

EN ESPAÑOL

THE
MACARTHUR
NEW TESTAMENT
COMMENTARY

✦ JOHN MACARTHUR ✦

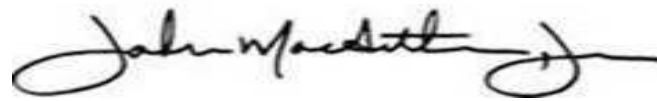
HEBREWS

HEBREOS

OVER 1 MILLION SOLD IN THE SERIES

EL COMENTARIO MACARTHUR NUEVO TESTAMENTO

HEBREOS

A handwritten signature in black ink, which appears to read "John MacArthur". The signature is fluid and cursive, with a long horizontal stroke at the end.

Moody Press / CHICAGO

© 1983 by
THE MOODY BIBLE INSTITUTE
OF CHICAGO

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro puede ser reproducida en cualquier forma sin el permiso por escrito del editor, excepto en el caso de citas breves en artículos de revistas.

~~Todas las citas bíblicas en este libro son de La Biblia de las Américas, © 1960, 1962, 1963, 1968, 1971, 1972, 1973, 1975, y 1977 por la Fundación Lockman, y se utilizan con permiso. RV-1960~~

Biblioteca del Congreso

Datos de inscripción:

MacArthur, John F.

Hebreos: un comentario expositivo.

(El comentario MacArthur del Nuevo Testamento) Bibliografía. Incluye índice.

1. Biblia. NT-Comentario a Hebreos. I. Biblia.

NT Hebreos. II. Título. III. Serie: MacArthur, John F.

Comentario MacArthur del Nuevo Testamento. BS2775.3.M27

1983 227'.87O77 83-17450 ISBN 978-0-8024-0753-5

Impreso en los Estados Unidos de América

Dedicatoria

Con profunda gratitud a mi padre,
el doctor Jack MacArthur,
quien estimuló en mí la pasión por los libros
y me alentó con su ejemplo a usar los comentarios.

Comentarios del Nuevo Testamento de la serie del Dr. John F. MacArthur, Jr.

Mateo 1-7

Mateo 8-15

Mateo 16-23

Mateo 24-28

Hechos 1-12

Hechos 13-28

Romanos 1-8

Romanos 9-16

Primera a los Corintios

Gálatas

Filipenses Colosenses y Filemón

Primera y Segunda Tesalonicenses

Primera Timoteo

Segunda a Timoteo Tito

Hebreos

Santiago

Revelación 1-11

Revelación 12-22

Contenido

Capítulo

Prefacio

Introducción a los Hebreos

1. La superioridad de Cristo (1: 1-2)
2. La preeminencia de Cristo (1: 2-3)
3. Jesucristo superior a los ángeles (1: 4-14)
4. La tragedia de descuidar la salvación (2: 1-4)
5. Recuperación del Destino perdido del hombre (2: 5-9)
6. Nuestro Salvador perfecto (2: 9-18)
7. Jesús mayor que Moisés (3: 1-6)
8. No endurezcan su corazón (3: 7-19)
9. Entrar en el reposo de Dios (4: 1-13)
10. Nuestro Gran Sumo Sacerdote (4: 14-16)
11. Cristo el Perfecto Sacerdote (5: 1-10)
12. La tragedia de Rechazo completo Revelación-parte 1 (5: 11-14)
13. La tragedia de Rechazo completo Revelación-parte 2 (6: 1-8)
14. La tragedia de Rechazo completo Revelación-parte 3 (6: 9-12)
15. Las seguridades de las promesas de Dios (6: 13-20)
16. Melquisedec un tipo de Cristo (7: 1-10)
17. Jesús, el Sacerdote Superior-parte 1 (7: 11-19)
18. Jesús, el Sacerdote Superior-parte 2 (7: 20-28)
19. El Nuevo Pacto-parte 1 (8: 1-13)
20. El Nuevo Pacto-parte 2 (9: 1-14)

21. La Nueva Alianza-parte 3 (9: 15-28)
22. Cristo, el sacrificio perfecto (10: 1-18)
23. La aceptación de Cristo (10: 19-25)
24. Apostasía: Rechazo de Cristo (10: 26-39)
25. ¿Qué es la fe? (11: 1-3)
26. Abel: se reúnen en Fe (11: 4)
27. Enoc: Caminar en Fe (11: 5-6)
28. Noé: Obedeciendo en la Fe (11: 7)
29. Abraham: La vida de fe (11: 8-19)
30. La fe que vence a la muerte (11: 20-22)
31. Moisés: Las decisiones de Fe (11: 23-29)
32. La valentía de la fe (11: 30-40)
33. corre por tu vida (12: 1-3)
34. La disciplina de Dios (12: 4-11)
35. No alcanzar la gracia de Dios (12: 12-17)
36. Monte Sinaí y el Monte Sion (12: 18-29)
37. Conducta Cristiana: En relación con los otros (13: 1-3)
38. Conducta Cristiana: En relación con nosotros (13: 4-9)
39. Conducta Cristiana: En relación a Dios (13: 10-21)
40. Un epílogo breve (13: 22-25)

Bibliografía

Índice de la Escritura

Prólogo

La predicación expositiva del Nuevo Testamento sigue siendo para mí una comunión divina enriquecedora y gratificante. Mi objetivo siempre es tener comunión profunda con el Señor en la comprensión de su Palabra y, a partir de esa experiencia, explicar a su pueblo el significado de un pasaje. En palabras de Nehemías 8:8, me esfuerzo por ponerle sentido al mensaje de modo que ellos puedan oír realmente la voz de Dios hablándoles, y le puedan responder.

Obviamente, el pueblo de Dios necesita entenderle y esto requiere conocer su Palabra de verdad (2 Ti. 2:15) y permitir que su Palabra more en ellos en abundancia (Col. 3:16). Por tanto, el impulso prevalente en mi ministerio es ayudar a que la Palabra viva de Dios esté viva en su pueblo. Es una aventura reconfortante o renovadora.

Esta serie del comentario al Nuevo Testamento refleja el objetivo de explicar y aplicar las Escrituras. Algunos comentarios son sobre todo lingüísticos, otros son más que nada teológicos y algunos están más enfocados en la homilética. Este es particularmente explicativo o expositivo. No es técnico lingüísticamente, aunque se adentra en la lingüística cuando parece útil para la interpretación apropiada. No es teológicamente expansivo, aunque se enfoca en las doctrinas principales de cada texto y en su relación con todas las Escrituras. No es homilético principalmente, aunque cada unidad de pensamiento en general se trata como un capítulo, con un delineamiento claro y un flujo lógico de pensamiento. La mayoría de las verdades se ilustran —y se muestra su aplicación— con otras porciones de las Escrituras. Tras establecer el contexto de un pasaje, he intentado seguir de forma ajustada el desarrollo y el pensamiento del autor.

Mi oración es que cada lector entienda a cabalidad lo que dice el Espíritu Santo a través de esta parte de su Palabra, de forma tal que su revelación pueda arraigarse en las mentes de los creyentes y los lleve a una mayor obediencia y fidelidad, para la gloria de nuestro gran Dios.

Introducción

He titulado este estudio de la Epístola a los Hebreos “La preeminencia de Jesucristo”. Jesucristo es superior y preeminente a todos y a todo.

Los primeros tres versículos proporcionan una presentación adecuada. Pero antes de meternos a estudiarlos, necesitamos un poco de trasfondo como fundamento de nuestro estudio. El estudio de Hebreos es una aventura emocionante. Parte de la aventura se debe a la dificultad del libro. Es un libro con muchas verdades profundas y difíciles de captar que exigen un estudio diligente y fiel. Hay cosas aquí que están más allá de la comprensión y que requieren completa confianza en el Espíritu de Dios y en el compromiso sincero de entender su Palabra.

Mi antiguo profesor del Antiguo Testamento, el doctor Charles L. Feinberg, solía decir que no es posible entender la carta a los Hebreos sin entender el libro de Levítico, porque Hebreos tiene su base en los principios del sacerdocio levítico. Pero no se preocupe por la falta de comprensión de Levítico. Para cuando terminemos con Hebreos, también tendrá usted una buena comprensión de Levítico. Sin embargo, sería una clara ventaja si usted empezara, por su propia cuenta, a familiarizarse con Levítico, pues este contiene los símbolos ceremoniales para los cuales Hebreos presenta las realidades.

AUTOR

La epístola fue escrita por un autor desconocido. Algunos dicen que la escribió Pablo, otros dicen que fue Apolos y otros, que fue Pedro, y algunos dicen que fue tal o aquella persona. Debido a las diferencias en estilo, vocabulario y modelo de referencia personal en las epístolas que se conocen de Pablo, dudo yo que esta sea suya. Sabemos que fue escrita por un creyente, bajo inspiración, a un grupo de judíos sufrientes y perseguidos en alguna parte del Cercano Oriente, fuera de Israel. En cuanto a la autoría humana exacta, estoy con uno de los grandes maestros de la historia primitiva llamado Orígenes, quien dijo simplemente: “nadie sabe”. Muy adecuado, puesto que el propósito del libro es exaltar a Cristo. A lo largo de este estudio nos vamos a referir al hecho de que, como el resto de la Biblia, lo escribió el Espíritu Santo; y a Él sí lo conocemos.

AUDIENCIA

No hay referencias a los gentiles en el libro. No se mencionan ni se reflejan aquí los problemas entre gentiles y judíos en el seno de la iglesia, lo cual indica casi ciertamente que la congregación a la cual va dirigida la carta era estrictamente judía. Los méritos del

Señor Jesucristo y el Nuevo Pacto se revelaron a estos judíos creyentes y sufrientes —y a algunos incrédulos—; méritos que están en contraste con el Antiguo Pacto, bajo el cual habían vivido y adorado desde hacía tanto tiempo.

No conocemos la ubicación exacta de este grupo de hebreos. Quizás estaban en algún lugar cercano a Grecia. Sabemos que fueron los apóstoles y profetas quienes evangelizaron esta comunidad (2:3-4). Por supuesto, por los profetas quiere decirse profetas del Nuevo Testamento (Ef. 2:20). Evidentemente, esta iglesia se había fundado poco después de la ascensión de Cristo. En el momento en que la carta se escribió, ya existía allí una congregación pequeña de creyentes.

La carta también está dirigida a incrédulos que, evidentemente, eran miembros de la comunidad judía. A diferencia de muchos judíos en Palestina, ellos nunca tuvieron la oportunidad de conocer a Jesús. Cualquier cosa que supieran sobre Él era de segunda mano (He. 2:3-4). Por supuesto, ellos no tenían los escritos del Nuevo Testamento como testimonio, porque esos escritos no se habían unificado aún. Lo que supieran de Cristo y su evangelio lo habían aprendido de creyentes cercanos, o quizás directamente por boca de algún apóstol o profeta.

La carta debió escribirse después de la ascensión de Cristo, que ocurrió alrededor del año 30 d.C., y antes de la destrucción de Jerusalén en el año 70 d.C., puesto que el templo aún estaba de pie. Creo que probablemente se escribió cerca del 70, quizás en el 65. Sabemos que no hubo misioneros apostólicos enviados desde Jerusalén hasta al menos siete años después de haberse fundado la iglesia allí. Probablemente, poco tiempo después de aquello, los apóstoles habrían llegado a esta comunidad judía, tal vez a muchos kilómetros de distancia. Y, después de haberla alcanzado, los creyentes debieron tener cierto tiempo ya para aprender, como se refleja en la carta:

Porque debiendo ser ya maestros, después de tanto tiempo, tenéis necesidad de que se os vuelva a enseñar cuáles son los primeros rudimentos de las palabras de Dios; y habéis llegado a ser tales que tenéis necesidad de leche, y no de alimento sólido (5:12).

En otras palabras, les está diciendo: “Tuvieron tiempo suficiente para madurar, pero no son maduros”.

Debemos entender que a lo largo de esta epístola se tienen en mente tres grupos básicos de personas. Si no tenemos en cuenta a esos grupos, el libro resulta bastante confuso. Si, por ejemplo, como algunos han dicho, fuera escrito exclusivamente para cristianos, surgirían problemas extremos de interpretación en varios pasajes que difícilmente son

válidos para los creyentes. Y como la carta se refiere con frecuencia a los creyentes, tampoco puede haberse escrito principalmente para los incrédulos. De modo que debió escribirse para incluirlos a los dos. De hecho, la carta se dirige a tres grupos básicos en esta comunidad judía. Esa es la base fundamental para entender la epístola, y ahí es donde las personas suelen confundirse, especialmente en la interpretación de los capítulos 6 y 10.

GRUPO I: CRISTIANOS HEBREOS

Primero, en esta comunidad de judíos había una congregación de verdaderos creyentes en el Señor Jesucristo, provenientes del judaísmo en el que habían nacido y crecido. Ahora habían nacido de nuevo, habían recibido a Jesucristo como su Mesías y Salvador personal, y se habían hecho sus seguidores. El resultado fue una hostilidad tremenda por parte de su propio pueblo: ostracismo de sus familias, persecución y sufrimiento de muchas clases, aunque todavía no el martirio (10:32-34; 12:4). Sufrieron mucho, pues fueron perseguidos por sus compatriotas judíos y tal vez también por los gentiles.

Debieron haber anticipado gran parte de lo que les pasó y madurado lo suficiente para lidiar con ello. Pero no pasó ni lo uno ni lo otro. Carecían de total confianza en el evangelio, y por ende, en su Señor. Estaban en peligro de volver a los patrones y normas del judaísmo; no de perder su salvación, sino de confundir el evangelio con las ceremonias y el legalismo del judaísmo, debilitando así su fe y su testimonio. No pudieron llegar al punto de aceptar la distinción clarísima del evangelio, el Nuevo Pacto en Cristo, con las formas, ceremonias, patrones y métodos del judaísmo. Por ejemplo, aún se aferraban a la adoración y al ritual del templo. Por esa razón el Espíritu les habló tanto acerca del nuevo sacerdocio, el templo nuevo, el sacrificio nuevo y el santuario nuevo, todos estos mejores que sus versiones antiguas.

Habían ido más allá del judaísmo cuando recibieron a Jesucristo; sin embargo, era entendible que se sintieran tentados a aferrarse a muchos hábitos del judaísmo que habían formado parte de su vida. Cuando sus amigos y compatriotas comenzaron a perseguirlos intensamente, la presión los llevó a asirse aun más fuerte a algunas de sus tradiciones judías antiguas. Sentían que debían mantener un pie en sus relaciones antiguas. Era difícil romper con ellas.

Con toda esa presión, además de su fe débil y su ignorancia espiritual, estaban en grave peligro de mezclar lo nuevo con lo viejo. Estaban en grave peligro de convertir su cristianismo en rituales, ceremonias y legalismos. Era una congregación completa de

hermanos “débiles” (cp. Rom. 14:2; 1 Co. 8:9) que aún llamaban “inmundo” lo que el Señor había santificado (Mr. 7:19; Hch. 10:15; Rom. 14:12; 1 Ti. 4:1-5).

El Espíritu Santo les envió directamente esta carta para fortalecer su fe en el Nuevo Pacto, para mostrarles que no necesitaban el templo antiguo (que de cualquier forma a los pocos años sería destruido por Tito Vespasiano, mostrando que Dios había terminado ese asunto; cp. Lc. 21:5-6). No necesitaban el sacerdocio levítico-aarónico. No necesitaban los sacrificios diarios de antaño. No necesitaban las ceremonias. Tenían un pacto nuevo y mejor con un sacerdocio nuevo y mejor, un santuario nuevo y mejor, y un sacrificio nuevo y mejor. Las imágenes y los símbolos habrían de dar paso a la realidad.

La Epístola a los Hebreos se escribió para dar confianza a estos creyentes que se estaban hundiendo. El Señor le estaba hablando a cristianos, diciéndoles que asieran el pacto mejor y el sacerdocio mejor que no retrocedieran a los patrones del judaísmo, en cuanto al sacerdocio y en cuanto a todo lo demás. Debían vivir exclusiva y decididamente en el presente y dar testimonio de su nueva relación en Cristo.

GRUPO II: HEBREOS NO CRISTIANOS QUE ESTABAN CONVENCIDOS INTELECTUALMENTE

Todos hemos conocido personas que han oído la verdad de Jesucristo y están intelectualmente convencidas de que Él es de verdad quien dijo ser, pero no están dispuestos a hacer un compromiso de fe en Él.

En el grupo de hebreos a quienes se escribió esta epístola había esta clase de no cristianos, como ocurre hoy en muchos grupos. Es probable que desde Pentecostés haya habido en las iglesias personas convencidas de que Jesús es el Cristo, y que nunca se entregaron a Él.

Estos hebreos no cristianos, convencidos intelectualmente pero no comprometidos espiritualmente, son destinatarios de algunas de las cosas que el autor tiene por decir. Creían que Jesús era el Cristo, el Mesías al que se referían las Escrituras judías (lo que ahora llamamos el Antiguo Testamento), pero no estaban dispuestos a recibirlo personalmente como su Señor y Salvador. ¿Por qué? Quizás, como aquellos a quien describió Juan, creían en Él pero amaban más la aprobación de los hombres que la aprobación de Dios (Jn. 12:42-43). No estaban dispuestos a hacer el sacrificio requerido. De modo que el Espíritu Santo los exhorta a recorrer el camino completo de la fe salvadora, a recorrer todo el camino de compromiso con el señorío de Cristo.

En el capítulo 2 se encuentra una de las declaraciones especiales para este grupo de convencidos intelectualmente, mas no comprometidos espiritualmente:

Por tanto, es necesario que con más diligencia atendamos a las cosas que hemos oído, no sea que nos deslicemos. Porque si la palabra dicha por medio de los ángeles fue firme, y toda transgresión y desobediencia recibió justa retribución, ¿cómo escaparemos nosotros, si descuidamos una salvación tan grande? (2:1-3a).

Estaban en el punto de reconocer, pero no de comprometerse. Eran culpables del gran pecado de negarse a hacer aquello de lo cual intelectualmente estaban convencidos. Los mismos apóstoles les habían confirmado la verdad del evangelio, con todos los milagros y los dones del Espíritu Santo (v. 4). En el capítulo 6, el autor vuelve a hablar a este grupo:

Porque es imposible que los que una vez fueron iluminados y gustaron del don celestial, y fueron hechos partícipes del Espíritu Santo, y asimismo gustaron de la buena palabra de Dios y los poderes del siglo venidero, y recayeron, sean otra vez renovados para arrepentimiento, crucificando de nuevo para sí mismos al Hijo de Dios y exponiéndole a vituperio (6:4-6).

Esta es una advertencia al convencido meramente en su intelecto de no parar en el punto en que se encuentra. Si se detiene después de haber recibido la revelación total, y especialmente después de estar convencido de la verdad de esa revelación, sólo queda un camino por recorrer. Si una persona está totalmente convencida de que Jesucristo es quien afirmó ser y luego se niega a creer, tal persona se queda sin excusa y sin esperanza, pues aunque está convencida de la verdad del evangelio, no deposita su confianza en este. A tal persona se le advierte aquí que Dios no puede hacer nada más.

¿Cuál es el pecado más grande que puede cometer un hombre? Rechazar a Cristo:

Porque si pecáremos voluntariamente después de haber recibido el conocimiento de la verdad, ya no queda más sacrificio por los pecados (10:26).

Si una persona oye el evangelio, lo entiende y está convencida en su mente de la verdad, pero voluntariamente rechaza a Cristo, ¿qué más puede hacer Dios? ¡Nada! Todo lo que Dios puede prometerle es “una horrenda expectación de juicio, y de hervor de fuego que ha de devorar a los adversarios” (v. 27). La advertencia continúa:

¿Cuánto mayor castigo pensáis que merecerá el que pisotear al Hijo de Dios, y tuviere por inmunda la sangre del pacto en la cual fue santificado, e hiciere afrenta al Espíritu de gracia? (10:29).

Cuando usted conoce la verdad del evangelio y lo rechaza, las consecuencias son terribles y permanentes.

En 12:15, vuelve a haber otra advertencia:

Mirad bien, no sea que alguno deje de alcanzar la gracia de Dios; que brotando alguna raíz de amargura, os estorbe, y por ella muchos sean contaminados; no sea que haya algún fornicario, o profano, como Esaú, que por una sola comida vendió su primogenitura. Porque ya sabéis que aun después, deseando heredar la bendición, fue desechado, y no hubo oportunidad para el arrepentimiento, aunque la procuró con lágrimas (12:15-17).

Esta es la tragedia de llegar tarde, y nadie más tiene la culpa sino nosotros.

Los pasajes mencionados son controversiales y hablaremos de ellos en detalle en los lugares apropiados.

GRUPO III: HEBREOS NO CRISTIANOS QUE NO ESTABAN CONVENCIDOS

En este libro el Espíritu Santo no habla solamente a los cristianos para fortalecer su fe, o a los convencidos intelectualmente para empujarlos hacia la línea de la fe salvadora; también habla a quienes no han creído en absoluto, a quienes aún no están convencidos de ninguna parte del evangelio. Busca mostrarles con claridad que Jesús es quien dijo que era. Esta verdad es la idea principal del capítulo 9.

Por ejemplo, en 9:11 dice:

Pero [está] ya presente Cristo, Sumo Sacerdote de los bienes venideros, por el más amplio y más perfecto tabernáculo, no hecho de manos, es decir, no de esta creación.

Y pasa a explicar el nuevo sacerdocio de Cristo:

¿Cuánto más la sangre de Cristo, el cual mediante el Espíritu eterno se ofreció a sí mismo sin mancha a Dios, limpiará vuestras conciencias de obras muertas para que sirváis al Dios vivo? Así que, por eso es mediador de un Nuevo Pacto, para que interviniendo muerte para la remisión de las transgresiones que había bajo el primer pacto, los llamados reciban la promesa de la herencia eterna... Y de la manera que está establecido para los hombres que mueran una sola vez, y después de esto el juicio, así también Cristo fue ofrecido una sola vez para llevar los pecados de muchos; y aparecerá por segunda vez, sin relación con el pecado, para salvar a los que le esperan (9:14-15, 27-28).

Estos mensajes hablan directamente a los incrédulos, no a los cristianos y tampoco a quienes ya están convencidos intelectualmente del evangelio. Son para quienes necesitan saber de verdad quién es Cristo.

Entonces, estos son los tres grupos que la epístola tiene en perspectiva. La clave para interpretar cualquier parte de Hebreos es entender a qué grupo se está dirigiendo. Si no lo entendemos, podemos confundir las cosas. Por ejemplo, con seguridad el Espíritu no está diciendo a los creyentes: “Está establecido para los hombres que mueran una sola vez, y después de esto el juicio” (9:27). Siempre debemos entender a qué grupo está Él hablando. En cuanto procedamos con el estudio de Hebreos, relacionaremos cada texto con alguno de los tres grupos.

El mensaje principal va dirigido a los creyentes y periódicamente hay advertencias superpuestas a los dos grupos de incrédulos. De una forma maestra, de una forma tal que no puede ser sino divina, el Espíritu Santo habla para los tres, a cada una de sus necesidades particulares y a sus preguntas específicas.

En Hebreos hay confianza y seguridad para el cristiano. Hay advertencia para el intelectualmente convencido sobre recibir a Cristo o ser condenado por su conocimiento. Finalmente, hay una presentación convincente para el judío incrédulo que ni siquiera está persuadido intelectualmente de creer en Jesucristo. Hebreos es para estos tres grupos una presentación de Cristo, el Mesías, el autor de un Nuevo Pacto mayor que el del Antiguo Testamento. El Antiguo Pacto no era ni malo ni equivocado; Dios lo dio y, por tanto, era bueno. Pero era incompleto y preliminar. Preparó el escenario para el nuevo.

ESBOZO TEMÁTICO DEL LIBRO

Como ya hemos aclarado, el tema general es la superioridad o preeminencia de Cristo. Él es mejor que cualquier cosa anterior a Él, es mejor que cualquier persona del Antiguo Testamento, es mejor que cualquier institución del Antiguo Testamento, es mejor que cualquier ritual del Antiguo Testamento, es mejor que cualquier sacrificio del Antiguo Testamento, es mejor que todos los demás y que todo lo demás. Este esbozo general de Hebreos muestra el patrón básico de presentación de la superioridad de Jesucristo. Seguiremos de manera amplia este patrón en nuestro estudio.

La carta comienza con la superioridad general de Cristo sobre todo y sobre todos, una especie de resumen de toda la epístola en los primeros tres versículos. Luego viene la superioridad de Cristo con respecto a los ángeles; luego con respecto a Moisés, a Josué, a Aarón y su sacerdocio; luego con respecto al Antiguo Pacto; la superioridad del sacrificio

de Cristo con respecto a los sacrificios antiguos; la superioridad del pueblo fiel de Cristo con respecto a todos los infieles; y la superioridad del testimonio de Cristo con respecto al testimonio de cualquier otro. Este delineamiento breve nos proporciona la estructura del libro que, sobre todo lo demás, enseña la superioridad absoluta, completa y total, de Jesucristo.

ALGUNAS OBSERVACIONES DEL TRASFONDO

NINGÚN JUDÍO PODÍA VER A DIOS Y SEGUIR VIVIENDO

Antes de empezar a mirar los pasajes y versículos particulares, permítaseme sugerir un par de notas. Para los judíos siempre había sido peligroso acercarse a Dios. “No me verá hombre, y vivirá” (Éx. 33:20). En el gran día de la expiación (Yom Kipur) —que ocurría una vez al año y que muchos judíos siguen guardados hoy de una forma u otra— y solamente ese día, el Sumo Sacerdote podía entrar al Lugar Santísimo, donde habitaba la gloria *shekinah*, donde Dios estaba presente de manera única. No podían ver a Dios, no podían contemplarlo. Ni siquiera podían acercársele, excepto en este único día del año; y sólo una persona podía hacerlo, el Sumo Sacerdote. Debía entrar y salir rápido. No se podía quedar allí sin poner a Israel en terror de juicio.

Naturalmente, como no había ninguna cercanía personal con Dios, debía existir alguna base para la comunión entre Israel y Dios. Así, Dios estableció un pacto. En este pacto, Dios en su gracia e iniciativa soberana le ofreció a Israel una relación especial con Él. De una manera única, Él sería su Dios y ellos serían su pueblo para alcanzar el mundo. Ellos tendrían acceso especial a Él si obedecían su ley. Quebrantar la ley era pecado, y el pecado interrumpía el acceso a Él. Y puesto que siempre había pecado, el acceso siempre se interrumpía.

LOS SACRIFICIOS ANTIGUOS

De modo que Dios instituyó un sistema de sacrificios como hechos externos de arrepentimiento interno. Por medio del sacerdocio levítico, se hacían sacrificios que simbolizaban la expiación por el pecado, de modo que la barrera pudiera quitarse para tener acceso a Dios. Funcionaba así: Dios les dio su pacto, que incluía su ley, y con ello le ofreció al pueblo acceso a Él. El hombre pecaba, la ley se rompía y la barrera volvía a elevarse. Entonces se ejecutaba otro sacrificio de arrepentimiento para que la barrera cayera y la relación se restableciera.

Naturalmente, nos surge la pregunta de cuán seguido tenía que haber sacrificios. La respuesta es: incesantemente. Hora tras hora, día tras día, mes tras mes, año tras año. Nunca paraban. Además de esto, los sacerdotes también eran pecadores. Tenían que hacer sacrificios por sus pecados antes de que pudieran hacer sacrificios por los pecados del pueblo. De modo que la barrera subía y caía, subía y caía, subía y caía. Este sólo hecho ya demuestra la ineficacia del sistema. Era una batalla perdida contra el pecado y la barrera que este erigía. Y aparte de todo esto, el sistema en su totalidad nunca eliminaba el pecado de manera completa y final. Solamente lo cubría.

El hombre necesitaba un Sumo Sacerdote y un sacrificio perfectos para abrir el paso de una vez por todas: un sacrificio que fuera más que una simple figuración, no que tratara uno a uno nuestros pecados, sino que se los llevara todos de una vez por todas. Eso, dice el escritor de Hebreos, es exactamente lo que Jesús fue y lo que hizo.

EL SACRIFICIO NUEVO

Jesucristo vino como el mediador de un pacto mejor porque no debía repetirse hora tras hora ni mes tras mes ni año tras año. Cristo viene como el mediador de un pacto mejor porque su sacrificio quita de una vez y para siempre todos los pecados cometidos. Cristo viene como mediador de un pacto mejor porque es un sacerdote que no necesita hacer sacrificios para sí. Es totalmente perfecto, el sacerdote perfecto, el sacrificio perfecto. Jesucristo, en su sacrificio propio —su sacrificio de sí mismo— mostró la perfección que eliminaba el pecado.

En esa voluntad somos santificados mediante la ofrenda del cuerpo de Jesucristo hecha una vez para siempre (10:10).

Aquí, santificados significa “hechos puros” y el énfasis está en “mediante la ofrenda del cuerpo de Jesucristo hecha UNA VEZ PARA SIEMPRE”. Esto es algo sorprendentemente nuevo en el sistema de sacrificios: un sacrificio, ofrecido una sola vez. De veras es un pacto maravillosamente mejor.

Pero Cristo, habiendo ofrecido una vez para siempre un sólo sacrificio por los pecados, se ha sentado a la diestra de Dios (10:12).

Se trata de algo que ningún sacerdote podía hacer. Ni siquiera había sillas en el área de sacrificios en el tabernáculo o el templo. Los sacerdotes debían hacer sacrificios continuamente; su tarea no terminaba nunca. Jesús, habiendo hecho su sacrificio, “se ha

sentado”. Se terminó. Se acabó. “Porque con una sola ofrenda hizo perfectos para siempre a los santificados” (10:14).

MEJOR SACERDOTE, MEJOR SACRIFICIO

Entonces hay un sacerdote mejor que hizo un mejor sacrificio. Tal es el mensaje central de la carta a los Hebreos. El Espíritu dice al judío creyente: “Mantén tu confianza en este Sacerdote y este sacrificio”. Al convencido intelectualmente le dice: “Recibe a este Sacerdote y acepta el sacrificio que hizo. Estás en la línea divisoria de la decisión, no te pierdas sabiendo que estás tan sólo a un paso”. Y a quien no está convencido le dice: “Mira a Jesucristo. Ve que Él es mejor que los sacerdotes levíticos y su sacrificio es mejor que los incontables sacrificios de ellos. Recíbelo”.

El Espíritu dice aquí: “Judíos, toda su vida han buscado al Sacerdote perfecto. Han buscado el Sacrificio perfecto final. Se los presento: Jesucristo”.

DIFICULTADES PARA LOS CRISTIANOS JUDÍOS

Téngase en mente que la idea de un Nuevo Pacto no era fácil de aceptar para los judíos. Aun después que aceptaran el nuevo, les parecía difícil romper el antiguo en su totalidad. Por supuesto, los gentiles no tenían ese problema, debido a que nunca fueron parte del antiguo. Hacía mucho tiempo habían perdido cualquier conocimiento real del Dios verdadero y, en consecuencia, adoraban ídolos —algunos primitivos, algunos sofisticados, pero finalmente ídolos— (cp. Rom. 1:21-25).

Pero los judíos siempre habían tenido una religión divina. Durante siglos habían sabido de un lugar señalado por Dios para adorar, de una forma revelada por Dios de adorar. El mismo Dios había establecido su religión. En efecto, podían decir al testificar a los gentiles: “Aquí está la verdad”. Pero si alguien llegaba donde un judío y le decía lo mismo, probablemente el judío le respondería: “Yo ya conozco la verdad”. Si le respondían: “Pero esta verdad es del Dios verdadero”, el judío respondería: “Mi verdad también lo es”.

Para un judío no era fácil deshacerse completamente de toda su herencia, especialmente cuando sabía que Dios le había dado gran parte de ella. Aun después que los judíos recibían al Señor Jesucristo, esta parte les era difícil. Tenían un deseo tradicional de retener algunas de las formas y ceremonias que habían sido una parte de sus vidas desde su niñez. Por tanto, parte del propósito de Hebreos era confrontar a los judíos nacidos de nuevo con el hecho de que podían, y debían, dejar ir todos sus tropezaderos judaicos. Pero como el templo seguía de pie y los sacerdotes seguían ministrando allí, esta parte era

particularmente difícil. Dejar ir esas cosas se hizo más fácil después de la destrucción del templo en el 70 d.C.

Cuando se considera la persecución intensa que los judíos cristianos estaban padeciendo en aquel momento, es fácil apreciar las dificultades y tentaciones que enfrentaban. El Sumo Sacerdote Ananías era particularmente duro e implacable. Había prohibido la presencia de todos los judíos cristianos en los lugares santos. Eso fue fuerte. Toda la vida habían tenido acceso a tales lugares sagrados. Ahora no podían tener parte en los servicios que Dios ordenó. Se les consideraba impuros. No podían ir a la sinagoga, mucho menos al templo; no podían ofrecer sacrificios; no podían comunicarse con los sacerdotes. No podían hacer nada con su propio pueblo. Se les arrancó de su sociedad. Por aferrarse a Jesús como Mesías, se les prohibió casi todo lo sagrado que habían conocido. Aunque para los ojos de Dios eran los únicos judíos verdaderos (Rom. 2:28-29), sus compatriotas judíos los consideraban peores que los gentiles.

Muchos judíos cristianos estaban comenzando a decirse: “Esto no es fácil. Recibimos el evangelio y lo creímos. Pero es difícil romper con nuestra religión, con nuestro propio pueblo, con las tradiciones a las que siempre nos hemos aferrado, y enfrentar una persecución. Es difícil para nosotros no dudar de que Jesús sea el Mesías”. Tales dudas eran su gran problema, porque eran infantiles espiritualmente.

A lo largo de todo Hebreos, se les dice a estos cristianos inmaduros pero amados que mantengan su confianza en Cristo, su nuevo gran Sumo Sacerdote y mediador de un pacto mejor. Se les recuerda que no estaban perdiendo nada por lo cual no fueran a obtener algo infinitamente mejor. Se les privó del templo terrenal, pero ahora iban a obtener uno celestial. Se les privó del sacerdocio terrenal, pero ahora tenían un sacerdote celestial. Se les privó de la antigua norma de sacrificios, pero ahora tenían un sacrificio final.

TODO ES MEJOR

En esta epístola reina el contraste. Todo lo que aquí se presenta es presentado como mejor: una esperanza mejor, un pacto mejor, una promesa mejor, un sacrificio mejor, una sustancia mejor, un país mejor, una resurrección mejor, un todo mejor. Aquí se presenta a Jesucristo como el Mejor supremo. Y nosotros somos presentados como estando en Él, habitando en una dimensión completamente nueva: la celestial. Leemos del Cristo celestial, del llamado celestial, del don celestial, de la patria celestial, de la Jerusalén celestial y de nuestros nombres escritos en los cielos. Todo es nuevo. Todo es mejor. No necesitamos lo antiguo.

Ahora bien, el punto principal de lo que venimos diciendo es que tenemos tal Sumo Sacerdote, el cual se sentó a la diestra del trono de la Majestad en los cielos (8:1).

Este es el resumen completo de Hebreos en una sola frase. Nuestro sacerdote es el Sumo Sacerdote de sumos sacerdotes, y está sentado. Su obra está terminada, completamente consumada por toda la eternidad y a favor nuestro.

1 La superioridad de Cristo (1:1-2)

Dios, habiendo hablado muchas veces y de muchas maneras en otro tiempo a los padres por los profetas, en estos postreros días nos ha hablado por el Hijo, a quien constituyó heredero de todo, y por quien asimismo hizo el universo; (1:1-2)

El escritor no demora en declarar su propósito. Lo deja claro de forma sencilla en los tres primeros versículos. Nos dice que Cristo es superior a todos y a todo. Las tres características principales de superioridad son: preparación, presentación y preeminencia. Téngase en mente que todo el libro presenta a Cristo como lo mejor de lo mejor entre todo y todos los que le precedieron; absolutamente mejor que cualquier cosa provista en el Antiguo Testamento, el Antiguo Pacto.

LA PREPARACIÓN PARA CRISTO

Dios, habiendo hablado muchas veces y de muchas maneras en otro tiempo a los padres por los profetas, (1:1)

Esta es una indicación de cómo escribió Dios el Antiguo Testamento. Su propósito era preparar para la venida de Cristo. Ya fuera por profecía, tipificación, principio, mandamiento o cualquier cosa, su propósito era preparar para Cristo.

Los sentidos del hombre, maravillosos como son, son incapaces de llegar más allá del mundo natural. Para que sepamos algo sobre Dios, Él debe decírnoslo. Nunca podríamos conocer a Dios si Él no nos hablara. Por eso, el escritor nos recuerda, en el Antiguo Testamento Dios habló.

LOS CAMINOS DEL HOMBRE HACIA DIOS

El hombre vive en una “caja” natural que lo encierra en las cuatro paredes del tiempo y el espacio. Por fuera de esta caja está lo sobrenatural, y en alguna parte de su interior el hombre sabe que lo sobrenatural está ahí afuera. Pero en sí mismo, el hombre nada sabe con certeza sobre ello. De manera que alguien aparece y dice: “Tenemos que descubrir lo sobrenatural, el mundo de ‘allá afuera’”, y nace una religión nueva. Quienes están interesados corren hacia las paredes de la caja, toman sus cinceles mentales imaginativos e intentan hacer un agujero en una pared de la caja por medio del cual puedan salir, o al menos mirar, y descubrir los secretos del otro mundo.

En sentido figurado, es eso lo que siempre ocurre. El budista dice que cuando nos concentramos y nos esforzamos por alcanzar el nirvana, de repente salimos de la caja.

Hemos trascendido lo natural y nos hemos abierto camino a lo sobrenatural. Básicamente, el musulmán dice lo mismo, aunque con diferentes palabras. Así también todas las demás religiones: zoroastrismo, hinduismo, confucionismo o cualquiera que sea. Todos son intentos del hombre por escapar de la natural a lo sobrenatural, por salir de la caja. Pero el problema es que no puede salir por su cuenta.

EL CAMINO DE DIOS HACIA EL HOMBRE

Por definición, el hombre natural no puede escapar a lo sobrenatural. No podemos meternos en una cabina telefónica religiosa y transformarnos en superhombres. No podemos trascender por nosotros mismos nuestra existencia natural. Si algo hemos de saber acerca de Dios, no será por escapar, escalar, pensar o esforzarnos por llegar a Él. Solamente será porque Él venga hacia nosotros, porque Él nos hable. No podemos entender a Dios por nuestra cuenta más de lo que un insecto en nuestra mano puede entendernos a nosotros. Tampoco podemos bajar al nivel del insecto; y aun si pudiéramos hacerlo, no podríamos comunicarnos con él. Pero Dios puede bajar a nuestro nivel y puede comunicarse con nosotros. Lo ha hecho.

Dios se hizo hombre y entró en nuestra caja para hablarnos de Él, más completa y cabalmente de lo que pudo hablar por medio de sus profetas. No sólo fue aquella revelación divina, sino revelación divina personal del estilo más literal, perfecto y maravilloso. Todas las religiones humanas reflejan sus intentos de abrirse camino a través de la caja. Sin embargo, el mensaje del cristianismo es que “el Hijo del Hombre vino a buscar y a salvar lo que se había perdido” (Lc. 19:10).

Cuando Dios irrumpió en la caja, lo hizo en forma humana, y el nombre de esa forma humana es Jesucristo. Esa es la diferencia entre el cristianismo y todas las demás religiones del mundo. Por esa razón es tan necio cuando alguien dice: “No importa lo que usted crea o qué religión siga”. Importa muchísimo. Todas las religiones no son más que el intento del hombre por descubrir a Dios. El cristianismo es que Dios irrumpe en el mundo del hombre, mostrándole y diciéndole cómo es Él. Dios tuvo que invadir el mundo del hombre y hablarle sobre sí mismo, porque el hombre es incapaz de identificar, comprender o entender cosa alguna sobre Dios. Él nos dijo desde el principio que iba a venir.

POR LOS PROFETAS: DE MUCHAS MANERAS

Esto lo hizo por medio del Antiguo Testamento. Usó a hombres como instrumentos, pero estaba detrás de ellos iluminándolos y capacitándolos. Los deístas enseñan que Dios

empezó el mundo y luego se alejó, dejándolo andar por sí mismo. Pero Dios no se ha separado de su creación, Él participa en nuestro mundo. El Dios vivo y verdadero, a diferencia de los dioses falsos creados por el hombre, no es mudo ni indiferente. El Dios de las Escrituras, a diferencia de “la primera causa” impersonal de algunos filósofos, no se queda callado. Habla. Habló primero en el Antiguo Testamento, que no es una colección de sabiduría de hombres antiguos, sino la voz de Dios.

Nótese ahora cómo habló Dios: “muchas veces y de muchas maneras”. El escritor usa un juego de palabras en el idioma original: “Dios, *polumerōs* y *polutropōs*...”. Estas dos palabras griegas son interesantes. Significan, respectivamente, “**muchas veces**” (en términos de los libros) y “**de muchas maneras**”. Hay muchos libros en el Antiguo Testamento: treinta y nueve. Dios habló a los hombres muchas veces (*polumerōs*) en tales porciones y de muchas maneras (*polutropōs*). A veces por una visión, a veces por una parábola, a veces mediante tipos o símbolos. Hubo muchas formas diferentes por las cuales habló Dios en el Antiguo Testamento. Pero siempre es Dios hablando. Se incluyen también aquí palabras de los ángeles y los hombres porque Él quiere que las conozcamos.

Dios usaba hombres —sus mentes y sus personalidades—, pero estaban totalmente controlados por el Espíritu de Dios. Cada palabra que escribían era la palabra que Dios había decidido y se deleitaba con lo que escribían.

La expresión **de muchas maneras** incluye formas literarias. Parte del Antiguo Testamento es narrativa. Parte es poesía en la hermosa métrica hebrea. “De muchas maneras” incluye también muchos tipos de contenido. Parte es ley, parte es profecía, parte es doctrina, parte es ética y moral, parte es advertencia, parte es ánimo, y así sucesivamente. Pero siempre es Dios hablando.

REVELACIÓN PROGRESIVA

VERDAD PERO INCOMPLETA

No obstante, el Antiguo Testamento, a pesar de ser hermoso, importante y autoritativo, también es fragmentario e incompleto. Fue dado en el transcurso de unos mil quinientos años por medio de más de cuarenta escritores; en muchas revelaciones diferentes, cada una con sus propias verdades. Comenzó a construirse verdad por verdad. Era lo que llamamos revelación progresiva. Génesis presenta algunas verdades, Éxodo presenta otras más. La verdad se fue edificando de manera sucesiva. En el Antiguo Testamento, a Dios, por su gracia, le pareció bien dispensar su verdad a los judíos por medio de los profetas; de muchas formas diferentes, desarrollando su revelación progresivamente de menores a

mayores grados de iluminación. La revelación no se edificó de error a verdad, sino de verdad incompleta a verdad más completa. Y permaneció incompleta hasta la culminación del Nuevo Testamento.

Por tanto, la revelación divina que va del Antiguo al Nuevo Testamento es revelación progresiva. Progresó de promesa a cumplimiento. El Antiguo Testamento es promesa, el Nuevo Testamento es cumplimiento. Jesucristo dijo: “No penséis que he venido para abrogar la ley o los profetas”, esto es, el Antiguo Testamento; “sino para cumplir” (Mt. 5:17). Su revelación progresó de promesa a cumplimiento. De hecho, el Antiguo Testamento indica claramente que los hombres de fe que lo escribieron confiaban en una promesa que aún no habían entendido. Confiaban en una promesa que aún estaba por cumplirse.

Permítanme dar algunos versículos que respalden esto. Hebreos 11 menciona a muchos de los grandes santos del Antiguo Testamento. “Y todos éstos, aunque alcanzaron buen testimonio mediante la fe, no recibieron lo prometido” (v. 39). En otras palabras, nunca vieron el cumplimiento de la promesa. Previeron lo que había de pasar sin verlo cumplido completamente. Pedro nos dice que los profetas del Antiguo Testamento no entendieron todo lo que escribieron: “Los profetas que profetizaron de la gracia destinada a vosotros, inquirieron y diligentemente indagaron acerca de esta salvación, escudriñando qué persona y qué tiempo indicaba el Espíritu de Cristo que estaba en ellos, el cual anunciaba de antemano los sufrimientos de Cristo, y las glorias que vendrían tras ellos. A éstos se les reveló que no para sí mismos, sino para nosotros, administraban las cosas que ahora os son anunciadas por los que os han predicado el evangelio” (1 P. 1:10-12).

Por supuesto, debemos entender claramente que el Antiguo Testamento no tenía errores en ningún sentido. Antes bien, contenía un desarrollo de luz espiritual y normas morales, hasta que la verdad divina se refinó y finalizó en el Nuevo Testamento. La distinción no está en la validez de la revelación —su integridad o falibilidad— sino en su plenitud y el momento de ella. Al igual que a los niños se les enseña primero las letras y luego las frases, así también entregó Dios su revelación. Comenzó con “el libro de dibujos” de tipos, ceremonias y profecías, y progresó a la finalización total en Jesucristo y su Nuevo Testamento.

PROVENIENTE DE DIOS, A TRAVÉS DE SUS MENSAJEROS

Ahora la situación está lista para nosotros. Hace mucho tiempo Dios habló a “los padres”, las personas del Antiguo Testamento, nuestros antepasados espirituales, y también físicos

si somos judíos. Incluso Dios habló a algunos de nuestros predecesores gentiles. Les habló por los profetas, sus mensajeros. Un profeta es alguien que habla a los hombres por Dios; un sacerdote es quien habla a Dios por los hombres. El sacerdote lleva los problemas del hombre a Dios; el profeta lleva el mensaje de Dios a los hombres. Si los dos son verdaderos, los dos están comisionados por Dios, pero sus ministerios son muy diferentes. La carta a los hebreos tiene mucho que decir sobre los sacerdotes, pero su versículo inicial se refiere a los profetas. El Espíritu Santo establece la autoridad divina del Antiguo Testamento, su precisión y autoridad, a través del hecho de que los profetas lo recibieron de Dios y entregaron el mensaje.

A lo largo de todo el Nuevo Testamento se afirma esta verdad. Por ejemplo, Pedro nos dice que “la profecía no ha tenido su origen en la voluntad humana, sino que los profetas hablaron de parte de Dios, impulsados por el Espíritu Santo” (2 P. 1:21). “Profecía” en el texto se refiere al Antiguo Testamento. Ningún autor humano del Antiguo Testamento escribió por su propio albedrío, solamente escribió cuando el Espíritu Santo lo dirigía.

También Pablo nos dice que “toda la Escritura es inspirada por Dios y útil para enseñar, para reprender, para corregir y para instruir en la justicia” (2 Ti. 3:16). Recibimos todas las Escrituras por inspiración de Dios. Todas las Escrituras están completamente inspiradas por Dios. Dios no ha ocultado su Palabra en las palabras de los hombres, dejando a sus criaturas por sus propios medios para decidir si algo es Palabra divina o no lo es. El Antiguo Testamento es tan sólo una parte de la verdad de Dios, pero no es su verdad parcial. No es su verdad completa, pero es completamente su verdad. Es la revelación de Dios, su revelación progresiva en preparación a su pueblo para la venida de su Hijo, Jesucristo.

POR EL HIJO: UNA MANERA

En estos postreros días nos ha hablado por el Hijo, a quien constituyó heredero de todo, y por quien asimismo hizo el universo; (1:2)

La revelación perfecta y completa de Dios esperaba la venida de su Hijo. Dios, quien solía hablar de formas diferentes y a través de personas distintas, finalmente ha hablado de una manera, por medio de una Persona, su Hijo Jesucristo.

Todo el Nuevo Testamento se centra en Cristo. Los Evangelios cuentan su historia, las epístolas hablan de ella y el Apocalipsis nos dice cómo termina. De principio a fin, el Nuevo Testamento es Cristo. Ningún profeta recibió la verdad total de Dios. Los múltiples

hombres del Antiguo Testamento lo recibieron en partes, porciones y fragmentos. Jesús no sólo trajo la revelación final y completa de Dios, Él era esa revelación.

VIENE EN ESTOS POSTREROS DÍAS

Hay varias formas de interpretar la frase **en estos postreros días**. Podría referirse a los últimos días de la revelación. Podría significar que esta es la revelación final en Cristo, no habiendo nada más que añadir. O podría significar que en los últimos días de la revelación, esta llegaría por medio del Hijo de Dios. Pero creo que el escritor está haciendo una referencia mesiánica. La frase “los últimos días” era muy común a los judíos de la época y tenía un significado distintivo. Toda vez que un judío veía u oía estas palabras, inmediatamente tenía pensamientos mesiánicos, porque la promesa de las Escrituras era que el Mesías vendría en los postreros días (Jer. 33:14-16; Mi. 5:1-4; Zac. 9:9, 16). Interpretaremos la frase en dicho contexto, puesto que esta carta se escribió para judíos principalmente.

La mujer en el pozo, aunque era samaritana, le dijo a Jesús: “Yo sé que el Mesías va a venir. Cuando venga hablará de todo esto” (Jn. 4:25). Sabía que cuando llegara el Mesías, Él entregaría la revelación completa y final, como en efecto lo hizo.

Entonces el escritor está diciendo: “En estos últimos días prometidos, el Mesías (Cristo) ha venido y nos ha dado la revelación final de Dios”. Jesús vino en estos días finales. Tristemente, el propio pueblo del Mesías lo rechazó a Él y su revelación, y por ello el cumplimiento de todas las promesas de los últimos días aún está por completarse.

VERDADERO Y CUMPLIDO

El Antiguo Testamento se entregó en porciones. A Noé le fue revelada la parte del mundo de la que vendría el Mesías. A Miqueas, el pueblo en el que nacería. A Daniel, el tiempo de su nacimiento. A Malaquías, el precursor. Jonás fue una tipificación de la resurrección. Cada una de esas porciones de la revelación era cierta y precisa, y cada una estaba relacionada con las otras de una u otra forma. Cada una, de una forma u otra, señalaba al Mesías, al Cristo. Pero sólo en Jesucristo se juntó todo y se completó. La revelación en Él era total y plena.

Como la revelación está completa, añadir algo al Nuevo Testamento es blasfemo. Añadir el Libro del Mormón, Ciencia y Salud o cualquier otra cosa que afirme ser revelación de Dios es blasfemo. “En estos últimos días, Dios ha finalizado su revelación en su Hijo”. Se culminó. El final del libro de Apocalipsis advierte que si le añadimos algo, sus plagas

caerán sobre nosotros; y si le quitamos algo, también nos removerán del árbol de la vida y de la ciudad santa (Ap. 22:18-19).

En el primer versículo y medio de Hebreos, el Espíritu Santo establece la preeminencia de Jesucristo sobre todo el Antiguo Testamento, sobre su mensaje, sus métodos y sus mensajeros. Era exactamente lo que aquellos judíos, creyentes e incrédulos necesitaban oír.

Y así quedó establecida la prioridad de Jesucristo. Él es mayor que los profetas. Él es mayor que cualquier revelación del Antiguo Testamento, porque Él es la personificación de toda la verdad, y más. Dios se ha expresado plenamente en Cristo.

2 La preeminencia de Cristo (1:2-3)

En estos postreros días nos ha hablado por el Hijo, a quien constituyó heredero de todo, y por quien asimismo hizo el universo; el cual, siendo el resplandor de su gloria, y la imagen misma de su sustancia, y quien sustenta todas las cosas con la palabra de su poder, habiendo efectuado la purificación de nuestros pecados por medio de sí mismo, se sentó a la diestra de la Majestad en las alturas, (1:2-3)

Alguien dijo que Jesucristo había venido desde el seno del Padre al seno de una mujer. Vino a lo humano para que nosotros pudiéramos ir a lo divino. Se hizo el Hijo del hombre para que nosotros pudiéramos llegar a ser hijos de Dios. Nació en contra de las leyes de la naturaleza, vivió en pobreza, lo criaron en la oscuridad y sólo una vez —en su niñez— cruzó los límites de la tierra en la que nació. No tuvo riqueza ni influencia, tampoco tuvo formación o educación en las escuelas seculares. Sus familiares eran del montón y no tenían influencia. En su infancia, asustó a un rey. En su niñez, dejó perplejos a los sabios doctores. Como adulto, gobernó el curso de la naturaleza. Caminó sobre las olas y silenció el mar para dormir. Sanó a multitudes sin medicina y no cobró por sus servicios. Nunca escribió un libro, pero todas las bibliotecas del mundo no podrían contener los libros que se han escrito sobre Él. Nunca escribió una canción, pero ha proporcionado material para más canciones que las de todos los compositores juntos. Nunca fundó una universidad, pero ni siquiera todas las escuelas juntas pueden ufanarse de tener más estudiantes que Él. Nunca practicó la medicina, pero, ha sanado más corazones enfermos, que cuerpos enfermos los médicos. Este Jesucristo es la estrella de la astronomía, la roca de la geología, el león y el cordero de la zoología, el armonizador de todas las disonancias y el sanador de todas las enfermedades. A lo largo de la historia, hay grandes hombres que han llegado y se han ido, pero Él vive. Herodes no pudo matarlo. Satanás no pudo seducirlo. La muerte no pudo destruirlo y la tumba no pudo retenerlo.

CUMPLIMIENTO DE LAS PROMESAS

El Antiguo Testamento nos dice al menos en dos lugares (Jer. 23:18, 22; Am. 3:7) que a los profetas se les permitió entrar en los secretos de Dios. Sin embargo, en ocasiones escribieron esos secretos sin entenderlos (1 P. 1:10-11). En Jesucristo esos secretos se cumplieron y se hicieron entendibles. Él es la Palabra final de Dios. “Porque todas las promesas de Dios son en él Sí, y en él Amén, por medio de nosotros, para la gloria de Dios” (2 Co. 1:20). Todas las promesas de Dios se resuelven en Cristo. Todas sus

promesas se vuelven sí (verificadas y cumplidas). Jesucristo es la revelación suprema y final.

En estos postreros días. Los últimos días son días de cumplimiento. En el Antiguo Testamento los judíos veían los últimos días como aquellos en que todas las promesas se cumplirían. En aquellos días el Mesías vendría, el reino vendría, la salvación vendría e Israel no volvería a estar en cadenas. En los últimos días, las promesas cesarían y los cumplimientos se darían. Exactamente eso es lo que Jesús vino a hacer. Vino a cumplir las promesas. Aun cuando el aspecto milenario y terrenal del reino prometido sigue siendo futuro, la era del cumplimiento del reino comenzó cuando Jesús llegó, y no se completará hasta que entremos en los cielos eternos. La era del Antiguo Testamento de la promesa terminó cuando Jesús llegó.

Nos ha hablado por el Hijo. Jesucristo es la culminación de la revelación de Dios. Dios se expresó completamente en su Hijo. Tal cosa afirma que Cristo es más que un ser humano. Lo hace infinitamente superior a cualquier ser creado, porque Él es Dios manifestado en la carne. Es la revelación final de Dios, en quien todas las promesas divinas se cumplen.

Ya hemos visto la preparación para Cristo y la presentación de Cristo. Ahora miraremos su preeminencia. En esta sección potente y breve (1:2-3), el Espíritu Santo exalta a Cristo como la expresión final y total de Dios: superior y exaltado sobre todos y sobre todo. En estos versículos vemos a Cristo como el fin de todas las cosas (Herederero), el principio de todas las cosas (Creador) y el medio de todas las cosas (Sostén y Purificador).

Cuando surge la pregunta de quién era Jesucristo en realidad, algunos dirán que era un buen maestro; otros dirán que era un fanático religioso; otros, que era un farsante; y otros, que era un delincuente, un fantasma o un revolucionario político. Otros probablemente creerán que era la forma más elevada del ser humano, alguien con una chispa de divinidad que Él convirtió en una llama; ellos afirman que todos tenemos esa chispa, pero no la volvemos una llama. Hay incontables explicaciones humanas sobre quién era Jesús. En este capítulo vamos a revisar qué dice Dios acerca de quién era —y quién *es*— Jesús. En tan sólo la mitad del versículo 2 y el versículo 3 se presentan siete características excelentes de Jesucristo. En todas ellas queda claro que Él es más que un hombre.

SU CONDICIÓN DE HEREDERO

La primera característica de Jesús que aquí se menciona es su condición de herederero: **En estos postreros días {Dios} nos ha hablado por el Hijo, a quien constituyó herederero**

de todo. Si Jesús es el Hijo de Dios, es el heredero de todo lo que Dios posee. Todo lo que existe hallará su significado verdadero sólo cuando esté bajo el control final de Jesucristo.

Hasta los Salmos predecían que un día Él sería el heredero de todo lo que Dios posee. "Pero yo he puesto mi rey Sobre Sion, mi santo monte. Yo publicaré el decreto; Jehová me ha dicho: Mi hijo eres tú; Yo te engendré hoy". (Sal. 2:6-7). Y continúa diciendo: "Pídeme, y te daré por herencia las naciones, Y como posesión tuya los confines de la tierra. Los quebrantarás con vara de hierro; Como vasija de alfarero los desmenuzarás". (Sal. 2:8-9). Y vuelve a decir: "Yo también le pondré por primogénito, El más excelso de los reyes de la tierra". (Sal. 89:27). Aquí *primogénito* no significa que Cristo no existiera antes de que naciera como Jesús en Belén. No se trata en absoluto de un término cronológico; más bien, sí tiene todo que ver con derechos legales, especialmente los de herencia y autoridad (de los cuales hablaremos más en detalle en el capítulo 3). En los últimos días, Jesucristo recibirá por fin y eternamente el reino destinado de Dios.

Pablo explica que Cristo no sólo creó todas las cosas, sino que las cosas fueron creadas para Cristo (Col. 1:16) y que "de él, y por él, y para él, son todas las cosas. A él sea la gloria por los siglos. Amén" (Rom. 11:36). Todo lo que existe, existe para Jesucristo. ¿Qué verdad prueba mejor su igualdad con Dios?

En Apocalipsis 5, se describe a Dios sentado en un trono, con un rollo en su mano: "Y vi en la mano derecha del que estaba sentado en el trono un libro escrito por dentro y por fuera, sellado con siete sellos" (v. 1). El rollo es la escritura de propiedad de la Tierra y todo lo que hay en ella. Es la propiedad para el Heredero, Aquel que tiene el derecho de tomarla para sí. En tiempos del Nuevo Testamento, la ley romana requería que un testamento tuviera siete sellos para protegerlo de alteraciones. Cuando lo enrollaban, lo iban sellando en siete lugares, más o menos un sello por vuelta. Los sellos no debían romperse hasta después de la muerte de la persona que había hecho el testamento.

Juan continúa con su visión: "Y vi a un ángel fuerte que pregonaba a gran voz: ¿Quién es digno de abrir el libro y desatar sus sellos?" (v. 2). ¿Quién —se preguntaba el ángel— es el heredero legal de la Tierra? "Y ninguno, ni en el cielo ni en la Tierra ni debajo de la Tierra, podía abrir el libro, ni aun mirarlo" (v. 3). Juan, perplejo y apesadumbrado, "lloraba... mucho, porque no se había hallado a ninguno digno de abrir el libro, ni de leerlo, ni de mirarlo. Y uno de los ancianos [le] dijo: No llores. He aquí que el León de la tribu de Judá, la raíz de David, ha vencido para abrir el libro y desatar sus siete sellos" (vv. 4-5). Tras continuar mirando, vio "que en medio del trono y de los cuatro seres

vivientes, y en medio de los ancianos, estaba de pie un Cordero como inmolado, que tenía siete cuernos, y siete ojos, los cuales son los siete espíritus de Dios enviados por toda la Tierra” (v. 6). Jesucristo, el Cordero, vino y tomó el rollo de la diestra de Dios. ¿Por qué? Porque Él y solamente Él tenía el derecho de tomarlo. Él es el Heredero de la Tierra.

El capítulo 6 de Apocalipsis empieza con la descripción de la tribulación, el primer paso cuando Cristo retome la Tierra, que es suya por derecho. Él va desenrollando los sellos, uno por uno. Cuando cada uno de los sellos se rompe, la posesión y el control sobre su herencia se incrementa. Finalmente, “El séptimo ángel tocó la trompeta, y hubo grandes voces en el cielo, que decían: Los reinos del mundo han venido a ser de nuestro Señor y de su Cristo; y Él reinará por los siglos de los siglos” (11:15). Cuando desenrolle el séptimo sello y suene la séptima trompeta, la Tierra será suya.

En su primer sermón en Pentecostés, Pedro dijo a sus oyentes judíos: "Sepa, pues, ciertísimamente toda la casa de Israel, que a este Jesús a quien vosotros crucificasteis, Dios le ha hecho Señor y Cristo" (Hch. 2:36). En efecto, el carpintero que murió clavado en una cruz es el Rey de reyes y Señor de señores. Él gobernará el mundo. Satanás sabía esta verdad cuando se acercó a Jesús en el desierto y lo tentó con tomar el control del mundo de la manera equivocada: inclinándose ante él. Siendo Satanás el usurpador del gobierno de Dios sobre la Tierra, él intenta continuamente evitar por todos los medios que el Heredero verdadero reciba su herencia.

Cuando Cristo vino por primera vez a la Tierra, se hizo pobre por nosotros, para que nosotros pudiéramos ser ricos por medio de su pobreza. No tenía nada para sí. No tenía “dónde recostar la cabeza” (Lc. 9:58). Hasta de la ropa lo despojaron cuando murió. Lo enterraron en una tumba que pertenecía a otra persona. Pero cuando Cristo vuelva de nuevo a la Tierra, heredará todas las cosas completa y eternamente. Y, oh, grata sorpresa, por haber confiado en Él, seremos “coherederos con Cristo” (Rom. 8:16-17). Cuando entremos en su reino eterno, poseeremos conjuntamente todo lo que Él posee. No seremos cristos o señores junto con Él, pero seremos coherederos con Él. Su herencia maravillosa será nuestra también.

AÚN ASÍ, ALGUNOS LO RECHAZAN

De manera sorprendente, aunque Cristo es el Heredero de todo lo que Dios posee, y aunque ofrece hacer partícipe de su herencia a todo aquel que confíe en Él, aun así, algunos lo rechazan. Muchos rechazaron a Dios cuando se reveló en el Antiguo Testamento. Ahora

Dios se ha revelado perfectamente en el Nuevo Testamento de su Hijo y las personas lo siguen rechazando.

Jesús ilustró esta tragedia en una parábola.

Oíd otra parábola: Hubo un hombre, padre de familia, el cual plantó una viña, la cercó de vallado, cavó en ella un lagar, edificó una torre, y la arrendó a unos labradores, y se fue lejos. Y cuando se acercó el tiempo de los frutos, envió sus siervos a los labradores, para que recibiesen sus frutos. Mas los labradores, tomando a los siervos, a uno golpearon, a otro mataron, y a otro apedrearon. Envío de nuevo otros siervos, más que los primeros; e hicieron con ellos de la misma manera. Finalmente les envió su hijo, diciendo: Tendrán respeto a mi hijo. Mas los labradores, cuando vieron al hijo, dijeron entre sí: Este es el heredero; venid, matémosle, y apoderémonos de su heredad. Y tomándole, le echaron fuera de la viña, y le mataron. Cuando venga, pues, el señor de la viña, ¿qué hará a aquellos labradores? Le dijeron: A los malos destruirá sin misericordia, y arrendará su viña a otros labradores, que le paguen el fruto a su tiempo. Jesús les dijo: ¿Nunca leísteis en las Escrituras: La piedra que desecharon los edificadores ha venido a ser cabeza del ángulo. El Señor ha hecho esto, y es cosa maravillosa a nuestros ojos? Por tanto os digo, que el reino de Dios será quitado de vosotros, y será dado a gente que produzca los frutos de él. Y el que cayere sobre esta piedra será quebrantado; y sobre quien ella cayere, le desmenuzará (Mt. 21:33-44).

La parábola no necesita explicación.

Rechazar voluntariamente a Jesucristo trae completa condenación y destrucción por parte de un Dios vindicativo. Para Israel, la parábola dice: “Porque fue tan evidente lo que hicieron, no sólo rechazando y matando a los profetas sino rechazando y matando al Hijo, ustedes perdieron la promesa, que ha pasado a ser de una nación nueva: la Iglesia”. Dios separó a Israel hasta el tiempo en que Él le restaure.

SU CONDICIÓN DE CREADOR

La segunda característica de Cristo mencionada en Hebreos 1 es su condición de Creador: **Por quien asimismo hizo el universo.** Cristo es el agente por medio del cual Dios creó el mundo. “Todas las cosas por él fueron hechas, y sin él nada de lo que ha sido hecho, fue hecho” (Jn. 1:3). Una de las más grandes pruebas de la divinidad de Jesús es su capacidad para crear. Excepto por su completa ausencia de pecado, su justicia total, nada lo separa más de nosotros que su capacidad de creación. La capacidad para crear pertenece sólo a Dios, y el hecho de que Jesús pueda crear indica que Él es Dios. Él creó todo lo

material y todo lo espiritual. Aunque el hombre ha manchado su obra con el pecado, Cristo en el principio lo hizo todo bueno, y esa creación anhela la restauración a cómo eran las cosas en el principio (Rom. 8:22).

La palabra griega para **universo** es *kosmos*, pero no es esta la palabra que aparece en Hebreos 1:2. Aquí la palabra es *aiōnas*, que no significa el mundo material, sino “los siglos”, como suele traducirse. No solamente es Jesucristo responsable por la Tierra física; también es responsable por la creación del tiempo, el espacio, la materia y la energía. Cristo creó todo el universo y todo lo que lo hace funcionar, y lo hizo sin esfuerzo.

John C. Eccles, médico premio nobel de neurofisiología, dijo que la probabilidad de la combinación exacta de circunstancias para que la vida inteligente evolucionara en la Tierra era muy baja, aunque continuó diciendo que creía que había ocurrido pero que nunca volvería a ocurrir en otro planeta ni en otro sistema solar (“Evolution and the Conscious Self” [Evolución y la persona consciente] en John D. Rolansky, *The Human Mind: A Discussion at the Nobel Conference* [La mente humana: Una charla en la conferencia del nobel] [Amsterdam: North Holland, 1967]). Si usted no reconoce al Creador, tiene un gran problema a la hora de explicar cómo llegó a existir este universo maravilloso, intrincado e inconmensurable.

Sin embargo, miles y miles de hombres creen que el hombre emergió del ceno primitivo. El hombre simplemente evolucionó. Esa criatura maravillosa cuyo corazón late ochocientos millones de veces en un período de vida normal y bombea tanta sangre que podría llenar los depósitos de una fila de autos cuya longitud sea de Nueva York a Boston; esa misma criatura que en una sección del cerebro de poco más de un centímetro cúbico contiene todos los recuerdos de toda la vida; esa misma persona cuyos oídos transfieren las ondas de sonido y las pasa de aire a líquido sin que se pierda el sonido.

A. K. Morrison, otro científico brillante, nos dice que las condiciones para la vida en la Tierra exigen tantos miles de millones de circunstancias interrelacionadas minúsculas simultáneamente, en el mismo instante infinitesimal, que tal perspectiva está más allá de la credibilidad y de la posibilidad.

Considérese la inmensidad del universo. Si usted pudiera meter de alguna manera 1.2 millones de planetas Tierra en el sol, aún tendría espacio para 4.3 millones de lunas. El sol tiene casi 1.4 millones de kilómetros, (865 mil millas), de diámetro y está a aproximadamente 150 millones de kilómetros de la Tierra, (93 millones de millas). Nuestra estrella más cercana, Alfa Centauro, es 5 veces más grande que nuestro sol. La

luna está a una distancia de alrededor de 340 mil kilómetros, (211,463 millas), y se podría caminar hasta ella en 27 años. Un rayo de luz viaja a casi 300 mil kilómetros por segundo, (186 mil millas por segundo), de modo que un destello de luz llegaría a la luna en tan sólo segundo y medio. Si pudiéramos viajar a esa velocidad, nos tomaría 2 minutos y 18 segundos llegar a Venus, 4 minutos y medio llegar a Mercurio, 1 hora y 11 segundos llegar a Saturno, y así sucesivamente. Llegar a Plutón, que está a más de 4300 millones de kilómetros de la Tierra, (2,7 billones de millas), nos tomaría casi 4 horas. Habiendo llegado tan lejos, aún estaríamos dentro del sistema solar. La Estrella Polar está a 643 mil millones de kilómetros de la Tierra (400 trillones de millas), pero esa es una distancia que sigue siendo cercana, incluso con relación al espacio conocido. La estrella Betelgeuse está a más de 1.4 trillones de kilómetros de nosotros (1.4 trillones es 14 seguido de 17 ceros), (880 cuatrillones de millas [880 seguido de 17 ceros]). Tiene un diámetro de más de 400 millones de kilómetros, (250 millones de millas), aun mayor que la órbita de la Tierra.

¿De dónde provino todo esto? ¿Quién lo concibió? ¿Quién lo hizo? No puede ser un accidente. Alguien tuvo que hacerlo, y la Biblia nos dice que el Hacedor fue Jesucristo.

SU RESPLANDOR

Tercero, vemos el resplandor de Cristo, el brillo de la gloria de Dios. Jesús es **el resplandor de su gloria**. Aquí **resplandor** (*apaugasma*, “envío de luz”) representa a Jesús como la manifestación de Dios. Él nos revela a Dios. Nadie puede ver a Dios; nadie lo hará nunca. El único resplandor que nos llega de Dios está mediado por Jesucristo. Tal como los rayos del sol iluminan y calientan la Tierra, así también Jesucristo es la luz gloriosa de Dios que brilla en los corazones de los hombres. Tal como el sol no dejó nunca de brillar y no puede separarse de su brillo, Dios tampoco estuvo sin la gloria de Cristo y no se puede separar de ella. Dios nunca estuvo sin Cristo ni Cristo sin Él, y nunca, de ninguna forma, se puede separar de Dios. Sin embargo, el brillo del sol no es el sol. Cristo tampoco es Dios en ese sentido. Él es Dios completa y absolutamente, pero es una Persona distinta.

Nunca podríamos ver o disfrutar la luz de Dios si no tuviéramos a Jesús para verlo a Él. Jesús dijo una vez, estando en el templo, “Yo soy la luz del mundo; el que me sigue, no andará en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida” (Jn. 8:12). Jesucristo es el **resplandor de la gloria** de Dios, Él puede transmitir esa luz en nuestras vidas, para que a su vez nosotros podamos alumbrar con la gloria de Dios. Vivimos en un mundo de oscuridad. Está la oscuridad de la injusticia, el fracaso, las privaciones, la separación, la enfermedad, la muerte, y mucho más. Está la oscuridad moral de hombres ciegos por sus

apetitos y pasiones impíos. A este mundo oscuro envió Dios su Luz gloriosa. Sin el Hijo de Dios, sólo hay oscuridad.

Por supuesto, la gran tragedia es que la mayoría de los hombres ni siquiera quieren ver, mucho menos aceptar y vivir, la luz de Dios. Pablo explica que “el dios de este siglo cegó el entendimiento de los incrédulos, para que no les resplandezca la luz del evangelio de la gloria de Cristo, el cual es la imagen de Dios” (2 Co. 4:4). Dios envió su luz en la persona de Jesucristo, para que el hombre pudiera contemplar, aceptar y resplandecer esa luz. Pero Satanás se ha movido en este mundo para cegar las mentes de los hombres y evitar que la luz gloriosa del evangelio los alumbre.

Sin embargo, quienes recibieron su luz pueden decir: “Porque Dios, que mandó que de las tinieblas resplandeciese la luz, es el que resplandeció en nuestros corazones, para iluminación del conocimiento de la gloria de Dios en la faz de Jesucristo” (2 Co. 4:6). Es esto lo que sucede cuando Dios entra en una vida.

Un escritor de himnos dijo: “Ven a la luz. Está brillando por ti. La luz ha amanecido dulcemente sobre mí”. Qué maravilloso es darse cuenta de que Jesucristo, el cual es la expresión total de Dios en la historia humana, vino a nuestras vidas y nos dio la luz para ver y conocer a Dios. De hecho, su luz nos dio la vida en sí misma, la vida espiritual. Y su luz nos dio también propósito, significado, felicidad, paz, alegría, comunión, todo, por toda la eternidad.

SU SER

La siguiente característica de Cristo es su ser. Él es **el resplandor de su gloria, y la imagen misma de su sustancia**. Jesucristo es la imagen expresa de Dios. Cristo no era solamente la manifestación de Dios, era Dios en sustancia.

La imagen misma es una traducción del término griego que se usa para la impresión hecha con un sello o estampilla. El diseño del sello se reproduce en la cera. Jesucristo es la reproducción de Dios. Él es la impresión personal y perfecta de Dios en el tiempo y el espacio. Colosenses 1:15 ofrece una ilustración semejante para esta verdad incomprensible: “Él es la imagen del Dios invisible”. Aquí, la palabra *imagen* es *eikōn*, de la cual se deriva *ícono*. La palabra *eikōn* quiere decir “copia precisa”, “reproducción exacta”, como en una fina escultura o retrato. Llamar a Cristo el *eikōn* de Dios significa que Él es la reproducción exacta de Dios. “Porque en él habita corporalmente toda la plenitud de la Deidad” (Col. 2:9).

SU ADMINISTRACIÓN

En Hebreos 1:3, encontramos también la quinta característica de Cristo. Su administración o sustento. Él **sustenta todas las cosas con la palabra de su poder**. No es sólo que Cristo haya hecho todas las cosas y que algún día las vaya a heredar, sino que Él las sostiene mientras tanto. La palabra griega para **sustenta** quiere decir “apoyar, mantener”, y aquí se usa en tiempo presente para implicar una acción continua. Jesucristo en este momento es quien sustenta todas las cosas en el universo.

Basamos toda nuestra vida en la continuidad, la constancia, de las leyes. Cuando sucede algo que interrumpe aunque sea un poco la condición u operación normal de las cosas, como un terremoto, las consecuencias suelen ser desastrosas. ¿Puede imaginarse qué ocurriría si Cristo renunciara a sustentar con su poder las leyes del universo? Dejaríamos de existir. Si suspendiera la ley de la gravedad sólo por un momento breve, moriríamos, de formas inimaginables.

Si las leyes físicas variaran, tendríamos un desorden increíble. Quizás no existiríamos. Nuestra comida podría ser venenosa. No podríamos mantenernos en la Tierra; saldríamos despedidos hacia el espacio. Los océanos nos anegarían con frecuencia. Muchísimas más cosas ocurrirían, muchas que ni siquiera podríamos suponer.

Considérese, por ejemplo, la destrucción instantánea que ocurriría si la rotación de la Tierra se hiciera tan sólo un poco más lenta. El sol tiene una temperatura en su superficie de aproximadamente 6650 grados centígrados. Si estuviera más cercano a nosotros, nos quemaríamos, si estuviera más alejado nos congelaríamos. Nuestro planeta tiene una inclinación exacta de 23 grados, por lo cual tenemos cuatro estaciones. Si no tuviéramos esa inclinación, los vapores de los océanos se moverían al norte y al sur, convirtiéndose en continentes monstruosos de hielo. Si la luna no estuviera a la distancia exacta de la Tierra, las mareas de los océanos inundarían los terrenos completamente, dos veces al día. Por supuesto, después de la primera inundación, en lo que a nosotros respecta, las otras no importarían. Si el suelo oceánico tuviera tan sólo unos cuantos decímetros más de lo que tiene hoy, el dióxido de carbono y el nivel de oxígeno en la atmósfera terrestre se alteraría completamente y no podría existir vida animal o vegetal. Si la atmósfera no permaneciera en su densidad presente y se hiciera un poco más delgada, muchos de los meteoros inofensivos que se derriten al entrar en la atmósfera nos estarían bombardeando constantemente. Tendríamos que vivir bajo tierra o en edificios a prueba de meteoros.

¿Cómo puede el universo permanecer en este equilibrio tan fantásticamente delicado? Jesucristo sustenta y vigila todos sus movimientos e interacciones. Cristo, el Poder preeminente, lo mantiene.

Las cosas no ocurren por accidente en nuestro universo. No sucedieron por accidente en el principio. No van a ocurrir por accidente en el final y no están ocurriendo por accidente en este momento. Jesucristo es quien sustenta el universo. Él es el Príncipe de la cohesión. No es el creador “relojero” de los deístas, quien hizo el mundo, lo puso en movimiento y no se volvió a preocupar por él desde ese entonces. El universo es un cosmos, no un caos; un sistema confiable, no un desorden errático e impredecible; sólo porque Jesucristo lo sostiene.

Los científicos que descubren las verdades grandes y sorprendentes lo único que hacen es encontrar algunas de las leyes que Jesucristo diseñó y que hoy usa para controlar el mundo. Ningún científico, matemático, astrónomo o físico nuclear, podría hacer algo sin el poder sustentador de Jesucristo. El universo completo pende del brazo de Jesús. Su sabiduría inescrutable y su poder sin límite se manifiestan en el gobierno del universo. Y lo hace con la palabra de su poder, sin esfuerzo. La clave para el relato de la creación en Génesis está en dos palabras: “Dios dijo”. Dios habló y ocurrió.

Cuando pienso en el poder de Cristo para sostener el universo, esta verdad me llega directo al corazón. En Filipenses 1:6 leemos esta promesa maravillosa: “Estando persuadido de esto, que el que comenzó en vosotros la buena obra, la perfeccionará hasta el día de Jesucristo”. Cuando Cristo comienza una obra en nuestros corazones, la sostiene y la sustenta durante todo el proceso. Podemos imaginar la emoción de Judas cuando escribió: “Y a aquel que es poderoso para guardaros sin caída, y presentaros sin mancha delante de su gloria con gran alegría, al único y sabio Dios, nuestro Salvador, sea gloria y majestad, imperio y potencia, ahora y por todos los siglos. Amén” (Jud. 24-25). Cuando le entregamos la vida a Cristo, Él la sostiene y la sustenta y un día la llevará a la misma presencia de Dios. Tal como con el universo, una vida es un caos si Cristo no la sustenta.

SU SACRIFICIO

La sexta característica de Cristo es su sacrificio: **Habiendo efectuado la purificación de nuestros pecados por medio de sí mismo.** ¡Qué declaración más impresionante!

La Biblia dice que la paga del pecado es muerte. Jesucristo fue a la cruz, murió en nuestro lugar (nosotros merecíamos morir), llevó el castigo de nuestro pecado sobre Él. Si

aceptamos su muerte y creemos que murió por nosotros, Él nos librará del castigo por el pecado y nos purificará de su mancha.

La creación del mundo fue una obra maravillosa de Dios. Es maravilloso que sustente el mundo. Pero una obra más grande que hacer y sostener el mundo es purgar a los hombres de su pecado. En Hebreos 7:27 se nos dice que Jesús “no tiene necesidad cada día, como aquellos sumos sacerdotes, de ofrecer primero sacrificios por sus propios pecados, y luego por los del pueblo; porque esto lo hizo una vez para siempre, ofreciéndose a sí mismo”. En el Antiguo Testamento los sacerdotes tenían que hacer sacrificio tras sacrificio por ellos y por el pueblo. Jesús hizo un único sacrificio. No solamente era el sacerdote, también era el sacrificio. Y por cuanto su sacrificio era puro, podía purificar nuestros pecados, algo que todos los sacrificios juntos del Antiguo Testamento no podían hacer.

Y no por sangre de machos cabríos ni de becerros, sino por su propia sangre, entró una vez para siempre en el Lugar Santísimo, habiendo obtenido eterna redención. Porque si la sangre de los toros y de los machos cabríos, y las cenizas de la becerra rociadas a los inmundos, santifican para la purificación de la carne, ¿cuánto más la sangre de Cristo, el cual mediante el Espíritu eterno se ofreció a sí mismo sin mancha a Dios, limpiará vuestras conciencias de obras muertas para que sirváis al Dios vivo? ... Pero ahora, en la consumación de los siglos, se presentó una vez para siempre por el sacrificio de sí mismo para quitar de en medio el pecado (He. 9:12-14, 26b).

Jesucristo resolvió el problema del pecado de una vez por todas. Tenía que hacerse. No nos podíamos comunicar con Dios o entrar en comunión con Él a menos que se hiciera algo con el pecado. De modo que Cristo fue a la cruz y cargó con el castigo por el pecado de todo aquel que acepte su sacrificio, crea en Él y lo reciba. Él purgó el pecado, lo limpió.

Esta verdad debió haber parecido especialmente notable a los destinatarios originales de Hebreos. La cruz era una piedra de tropiezo para los judíos, pero el autor no se excusa por ello. En su lugar, muestra que es una de las siete características gloriosas de Cristo. Sus palabras son directas, como las de Pedro: “Sabendo que fuisteis rescatados de vuestra vana manera de vivir, la cual recibisteis de vuestros padres, no con cosas corruptibles, como oro o plata, sino con la sangre preciosa de Cristo, como de un cordero sin mancha y sin contaminación” (1 P. 1:18-19).

Todos somos pecadores. O pagamos el castigo por nuestro pecado, que es la muerte eterna, o aceptamos el pago de Jesucristo, por medio del cual recibimos vida eterna. Si el deseo de nuestro corazón es recibirle como Salvador, creer en su sacrificio y aceptarlo, en ese

momento Él lavará nuestros pecados. La Biblia dice que sin derramamiento de sangre no hay remisión de pecado (He. 9:22) y que “la sangre de Jesucristo... nos limpia de todo pecado” (1 Jn. 1:7). Jesús vino como el sacrificio perfecto. Aquel a quien se le perdonan sus pecados recibe el perdón sólo por medio de Jesucristo. Pero la sangre de Jesucristo nunca será aplicada a nosotros a menos que le recibamos por fe en nuestras vidas.

Y, de nuevo, ¡aun así hay personas que lo rechazan! Hebreos 10:26 nos advierte: “Si pecáremos voluntariamente después de haber recibido el conocimiento de la verdad, ya no queda más sacrificio por los pecados”. Si rechazamos a Jesucristo, no hay nada en el universo que pueda limpiarnos de nuestro pecado y moriremos en él. A tales personas, Jesús les dijo: “En vuestro pecado moriréis; a donde yo voy, vosotros no podéis venir”. (Jn. 8:21).

SU EXALTACIÓN

La última de las características de Cristo que aparecen en este pasaje es su exaltación. **Se sentó a la diestra de la Majestad en las alturas.** Ahora, **la Majestad en las alturas** es Dios. **La diestra** es el lado del poder. Jesús tomó su lugar como mano derecha de Dios. Lo maravilloso de esta declaración es que Jesús, el Sumo Sacerdote perfecto, **se sentó**. Esto manifiesta un contraste grande con el procedimiento sacerdotal del Antiguo Testamento. En los santuarios del templo y del tabernáculo no había sillas. El sacerdote no tenía un lugar para sentarse porque Dios sabía que no era apropiado que aquel se sentara allí. Su responsabilidad era hacer sacrificios, hacer sacrificios, hacer sacrificios, una vez tras otra. De modo que los sacerdotes ofrecían sacrificios a diario y nunca se sentaban. Pero Jesús ofreció un sacrificio y dijo: “Consumado es”. Luego fue y se sentó con el Padre. La tarea estaba hecha. Lo que no se pudo lograr bajo el pacto antiguo, ni siquiera tras siglos de sacrificios, se logró con Jesucristo para siempre.

Que Cristo esté sentado a la diestra del Padre significa al menos cuatro cosas. Brevemente, esas cosas son:

Primera, se sentó como señal de honor, para que “toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre” (Fil. 2:11). Sentarse a la derecha del Padre es un honor de verdad.

Segunda, se sentó como señal de autoridad. Cristo, “habiendo subido al cielo está a la diestra de Dios; y a él están sujetos ángeles, autoridades y potestades” (1 P. 3:22). Se sentó como gobernante.

Tercera, se sentó a descansar. Su obra estaba terminada. “Cristo, habiendo ofrecido una vez para siempre un sólo sacrificio por los pecados, se ha sentado a la diestra de Dios” (He. 10:12).

Cuarta, se sentó para interceder por nosotros. “Cristo es el que murió; más aun, el que también resucitó, el que además está a la diestra de Dios, el que también intercede por nosotros” (Rom. 8:34). Se sentó a la derecha del Padre para interceder por todos los que le pertenecemos.

Tenemos aquí la descripción divina de Jesucristo. Hemos visto la preeminencia de Cristo en todos sus oficios. Lo hemos visto como profeta, el portavoz definitivo de Dios. Lo hemos visto como sacerdote, expiando e intercediendo. Lo hemos visto como Rey, controlando, sustentando y sentado en su trono. Este es nuestro Señor Jesucristo.

Quien diga que Jesucristo es menos que esto es un necio y hace a Dios un mentiroso. Dios dijo que su Hijo es preeminente en todas las cosas.

¿Qué significa esto para nosotros? Rechazar a Jesucristo es quedar excluido de su presencia e ir al infierno eterno. Pero recibirlo es entrar en todo lo que Él es y posee. No hay más opciones.

3 Jesucristo es Superior a los ángeles (1: 4-14)

Hecho tanto superior a los ángeles, cuanto heredó más excelente nombre que ellos. Porque ¿a cuál de los ángeles dijo Dios jamás: Mi Hijo eres tú, Yo te he engendrado hoy, y otra vez: Yo seré a él Padre, Y él me será a mí hijo? Y otra vez, cuando introduce al Primogénito en el mundo, dice: Adórenle todos los ángeles de Dios. Ciertamente de los ángeles dice: El que hace a sus ángeles espíritus, Y a sus ministros llama de fuego. Mas del Hijo dice: Tu trono, oh Dios, por el siglo del siglo; Cetro de equidad es el cetro de tu reino. Has amado la justicia, y aborrecido la maldad, Por lo cual te ungió Dios, el Dios tuyo, Con óleo de alegría más que a tus compañeros. Y: Tú, oh Señor, en el principio fundaste la tierra, Y los cielos son obra de tus manos. Ellos perecerán, mas tú permaneces; Y todos ellos se envejecerán como una vestidura, Y como un vestido los envolverás, y serán mudados; Pero tú eres el mismo, Y tus años no acabarán. Pues, ¿a cuál de los ángeles dijo Dios jamás: Siéntate a mi diestra, Hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies? ¿No son todos espíritus ministradores, enviados para servicio a favor de los que serán herederos de la salvación? (1:4-14)

En este capítulo vamos a tratar con carne, no con leche. No puedo recordar un pasaje en el que haya pasado más tiempo. En alguna medida, es como un iceberg. Usted puede ver la cima con claridad, pero tal vez piense que no es muy impresionante ni importante. Veremos lo que hay por debajo de la superficie del pasaje, hasta sus verdades más profundas. En ese sentido, los versículos del 4 al 14 no son fáciles de entender. Si en alguna medida, aunque mínima, puedo ayudar a hacer más comprensibles estas verdades, habré tenido éxito en lo que le pedí a Dios.

Téngase en mente que la carta a los Hebreos se escribió para personas judías; principalmente para judíos creyentes, aunque también para judíos incrédulos. A los dos grupos se les insta que el Nuevo Pacto es mejor que el antiguo, que Jesucristo es el mejor Sacerdote, el mejor Mediador; y que Él es el sacerdote y el sacrificio definitivo al mismo tiempo. A través de todo el libro tenemos comparaciones entre el Nuevo Pacto y el antiguo, y entre Jesucristo y todos los demás, para mostrar la superioridad de Jesús en cualquier sentido.

En los primeros tres versículos se muestra la superioridad de Jesús sobre todo y todos. Después de pasar por todas las categorías humanas para las que Cristo es superior, el Espíritu Santo enseña que Jesucristo también es superior a los ángeles.

El hombre es una creación maravillosa y asombrosa; con seguridad está por encima de las plantas y los animales. Incluso de los animales más complejos. Está por encima de cualquier otra creación material. Pero también hay seres creados por encima de los hombres: los ángeles. Hebreos 2:9 nos dice que cuando Jesús se hizo hombre, "fue hecho un poco menor que los ángeles". Después de la caída de los ángeles rebeldes bajo el mando de Lucifer, los ángeles que permanecieron en el cielo ya no quedaron sujetos al pecado. Son santos, poderosos y sabios. No tienen las dolencias de los hombres. Estos seres son una creación espiritual especial. Dios los hizo antes que al hombre. De hecho, veían desde el cielo cómo Dios creaba el mundo. Eran de un orden superior al hombre, al menos están por encima del hombre caído.

La Biblia dice muchas cosas sobre los ángeles. Hay 108 referencias directas a los ángeles en el Antiguo Testamento y 165 en el Nuevo. El propósito principal de su creación fue darle a Dios un servicio y adoración especiales.

¿QUÉ SON Y QUÉ HACEN LOS ÁNGELES?

Los ángeles son seres espirituales, no tienen carne ni huesos. Sin embargo, tienen cuerpos. Cualquiera sea la forma celestial de los ángeles, son capaces de aparecer en forma humana. De hecho, en Hebreos 13:2 se nos advierte que tengamos en consideración a los extranjeros, puesto que podríamos estar albergando ángeles sin saberlo.

Los ángeles también aparecen en otras formas. Mateo, hablando de un ángel en la resurrección de Cristo, nos dice que "su aspecto era como un relámpago, y su vestido blanco como la nieve. Y de miedo de él los guardas temblaron y se quedaron como muertos" (Mt. 28:1-4). Este ángel apareció en gloria brillante y deslumbrante.

Los ángeles son muy inteligentes y tienen emociones. Por ejemplo, se alegran cuando un pecador se salva (Lc. 15:10). Los ángeles pueden hablarles a los hombres, como consta en muchos lugares de las Escrituras. El apóstol Pablo dice: "Mas si aun nosotros, o un ángel del cielo, os anunciare otro evangelio diferente del que os hemos anunciado, sea anatema" (Gá 1:8).

Los ángeles no se casan y no pueden procrear (Mt. 22:28-30). Al leer Colosenses 1:16-17, parece que Dios creó a todos los ángeles Colosenses 1:16-17, parece que Dios creó a todos los ángeles simultáneamente. La Biblia no menciona que se haya añadido ángeles a los creados originalmente. Dios los hizo a todos de una sola vez, cada uno con una identidad única.

Los ángeles no están sujetos a la muerte. Las Escrituras no indican por ninguna parte que mueran o que se les pueda aniquilar. Un tercio de ellos cayó (Ap. 12:4), pero aún existen como seres espirituales demoníacos. Cada uno es una creación permanente y directa de Dios que está en relación personal con Él. Por tanto, su número no se incrementa por procreación o creación adicional ni decrece por muerte o aniquilación.

Dios creó a los ángeles antes que al hombre, por tanto, tienen mucha más antigüedad que los hombres: evidentemente hay billones de ellos. Aun tras la caída de las huestes con Satanás, quedó una innumerable cantidad de ángeles. Daniel, en su visión del Anciano de días, vio "millares de millares" que le servían y "millones de millones" que le asistían (Dn. 7:10). Juan, en su visión de Palomos, también habla de una extensa multitud celestial que incluía ángeles. "Y su número era millones de millones" (Ap. 5:11).

Según Marcos 13:32 y Judas 6, los ángeles no caídos viven en todos los cielos. A los cielos en los cuales reside Dios se les llama de manera especial el tercer, el segundo cielo es el espacial, el cielo infinito; y el primer cielo es alrededor de la Tierra. Hoy día oímos muchas teorías y relatos superficiales sobre la vida extraterrestre, y sí hay seres especiales, que habitan otras partes del universo, aunque no sean del estilo que se ve en la televisión y las películas. Son los ángeles.

Los ángeles tienen un alto nivel de organización y están divididos en rangos, en lo que puede considerarse una organización muy compleja. Al parecer, los diferentes rangos tienen la responsabilidad de supervisar tronos, dominios, principados, potestades, autoridades y cosas de ese estilo. Entre las clases especiales de ángeles se encuentran los querubines, los serafines y a los que se describe como criaturas vivientes.

Son más poderosos que los hombres, y los hombres deben invocar el poder divino para lidiar con los ángeles caídos. En Efesios 6:10, 12 se nos pide fortalecernos "en el Señor, y en el poder de su fuerza... Porque no tenemos lucha contra sangre y carne", sino contra ángeles... ángeles caídos.

Los ángeles pueden moverse y actuar a velocidades increíbles. A veces se les dibuja con alas para sugerir que viajan rápido. Algunos tienen nombres: Miguel, Gabriel. Lucifer. Miguel está a la cabeza del ejército celestial y a Gabriel se le llama "el poderoso". Lucifer es el nombre de Satanás antes de la caída.

Los ángeles sirven y atienden a Dios. Son espectadores y participantes de las maravillosas obras divinas de redención y juicio. Sirvieron a Cristo durante su humillación. Al final de su tentación, los ángeles vinieron y le sirvieron. También sirven a los redimidos de Dios,

velando por la Iglesia, ayudándolos en las respuestas a sus oraciones, librándolos del peligro, dándoles aliento y protegiendo a los niños. Además, sirven a quienes no son salvos, anunciándoles el juicio e infligiéndoselo.

PERSPECTIVAS JUDÍAS DE LOS ÁNGELES

Para cuando se escribió esta epístola, el pueblo judío había comenzado a embellecer las enseñanzas básicas del Antiguo Testamento sobre los ángeles, debido a los escritos talmúdicos y a las interpretaciones rabínicas populares. Por tanto, el autor de Hebreos no sólo escribía con el trasfondo de la verdadera enseñanza bíblica, sino contra las ideas falsas y comunes judías.

La mayoría de los judíos creía que los ángeles eran muy importantes en el Antiguo Pacto. Consideraban que eran los seres más altos después de Dios. Creían que Dios estaba rodeado de ángeles) que ellos eran los instrumentos para traer su palabra a los hombres y para obrar la voluntad divina en el universo. Creían que los ángeles eran criaturas etéreas, hechas de alguna sustancia ardiente como luz centelleante, y que no comían ni bebían ni procreaban.

Muchos creían que los ángeles actuaban como el senado o concilio de Dios y que Él no hacía nada sin consultárselo; que, por ejemplo, el plural en "hagamos al hombre a nuestra imagen" (Gn. 1:26) se refería al concilio angélico.

Algunos judíos creían que un grupo de ángeles objetó la creación del hombre, pero que fueron aniquilados inmediatamente, y que otro grupo objetó la entrega de la ley y atacó a Moisés en el Monte Sinaí. Se acuñaron muchos nombres de ángeles. Los supuestos "ángeles de presencia", que estaban delante de Dios en todo momento, recibieron nombres como Rafael, Yurriel, Panuel, Gabriel y Miguel. “El” era un nombre de Dios que se usaba al final de cada uno de los nombres de los ángeles.

Creían que doscientos ángeles controlaban los movimientos de las estrellas y que un ángel especial, el ángel del calendario, controlaba la sucesión interminable de días, meses y años. Un ángel poderoso estaba a cargo de los mares, mientras otros vigilaban las heladas, el rocío, la lluvia, la nieve, el granizo, los truenos y los relámpagos. Otros eran guardianes del infierno y torturaban a los condenados. Incluso había ángeles que registraban por escrito cada palabra de los hombres. Había un ángel de la muerte y, por otro lado, un ángel guardián para cada nación y cada niño. Los ángeles eran tan numerosos que un rabino afirmó que cada brizna de hierba tenía su ángel.

Muchos judíos creían que el Antiguo Pacto lo recibieron de Dios por medio de ángeles. Esto, sobre todas las cosas, exaltó a los ángeles en la mente de los hijos de Israel. Creían que los ángeles eran los mediadores de su pacto con Dios, que los ángeles ministraban continuamente las bendiciones de Dios sobre ellos. El sermón de Esteban en el que acusa a Israel alude a esta creencia básica:

¡Duros de cerviz, e incircuncisos de corazón y de oídos! Vosotros resistís siempre al Espíritu Santo; como vuestros padres, así también vosotros. ¿A cuál de los profetas no persiguieron vuestros padres? Y mataron a los que anunciaron de antemano la venida del Justo, de quien vosotros ahora habéis sido entregadores y matadores; vosotros que recibisteis la ley por disposición de ángeles, y no la guardasteis (Hch. 7:51-53).

Vea ahora Gálatas 3:19: "Entonces, ¿para qué sirve la ley? Fue añadida a causa de las transgresiones, hasta que viniese la simiente a quien fue hecha la promesa; y fue ordenada por medio de ángeles en mano de un mediador".

El Antiguo Pacto llegó a los hombres y se mantuvo por la mediación angélica. Los judíos lo sabían y, en consecuencia, tenían en alta estima a los ángeles. Algunos respetaban tanto a los ángeles que en realidad los adoraban. El gnosticismo (cp. capítulo 1), entre otras cosas, requería la adoración de los ángeles. Incluso llegó a reducir a Jesucristo a un ángel. La iglesia de Colosas había estado coqueteando con el gnosticismo, pero Pablo les advirtió: "No dejen que les prive de esta realidad ninguno de esos que se ufanan en fingir humildad y adoración de ángeles" (Col. 2:18).

Así, la mentalidad judía exaltaba mucho y daba gran importancia a los ángeles. Por tanto, si el autor de Hebreos quería persuadir a sus compatriotas judíos de que Cristo era el Mediador de un pacto nuevo y mejor que el de Moisés, tendría que mostrarles, entre otras cosas, que Cristo era mejor que los ángeles; esa es la razón de ser de 1:4-14. Debía mostrar que Cristo es mejor que quienes mediaron y dieron el Antiguo Pacto: los ángeles. El autor utiliza siete pasajes del Antiguo Testamento para establecer esta verdad.

Las citas de Hebreos varían ligeramente de los textos del Antiguo Testamento de los cuales se tomaron. La razón es que para la época en que esta carta se escribió muchos judíos usaban una traducción griega del Antiguo Testamento, llamada Septuaginta (LXX). De la LXX se toman las citas de Hebreos. Una de las razones por las que no creemos que Pablo haya escrito esta carta es porque, en los escritos que sabemos suyos, él cita del texto hebreo y no de la LXX.

Si el escritor hubiere intentado probar a partir de los escritos cristianos que Cristo era un mediador mejor, sus lectores judíos habrían dicho: "No aceptamos estos escritos como parte de las Escrituras, como si vinieran de Dios". De modo que él les responde sabia y hábilmente: "Abran sus Escrituras y les mostrare con ellas que Cristo es mejor mediador y que el Nuevo Pacto es mejor que el antiguo". Su argumento es poderoso e irresistible.

Antes de ir más lejos, sería bueno señalar que algunas sectas y otras religiones heterodoxas niegan la deidad de Cristo con base en la traducción de la Reina Valera en el versículo 4 ("hecho"), asumiendo con esto que Jesús fue creado. Pero la palabra griega aquí no es *poleo*, "hacer o crear", sino *ginomai*, "llegar a ser", un significado que las traducciones más modernas dejan claro. Jesucristo siempre existió, pero se hizo mejor que los ángeles en su exaltación, implicando que algunas veces estuvo por debajo de los ángeles, verdad que queda clara en Hebreos 2:9. Pero la referencia en 1:4 es a su encarnación como Hijo de Dios. Como Hijo llegó a ser menor que los ángeles. Pero por causa de su fidelidad, obediencia y de la obra maravillosa que logró como Hijo, se le volvió a exaltar por encima de los ángeles, como había estado antes. Sin embargo, esta vez fue exaltado como Hijo, Técnicamente. Cristo no se hizo Hijo de Dios sino hasta su encarnación. Cristo no era el Hijo de Dios en el pasado eterno; era Dios en cuanto a la segunda persona de la Deidad. Llegó a identificársele como el Hijo, y como el Hijo se le exaltó por encima de los ángeles. De modo que se hizo mejor que los ángeles una vez más, aunque por un tiempo había sido inferior. Veremos esa verdad en detalle.

Esta sección maravillosa muestra que Jesús era mejor que los ángeles en cinco formas: su título, su adoración, su naturaleza, su existencia y su destino. Estos son los puntos del mensaje que el Espíritu Santo nos ha dado en el texto, por haber sido hecho superior a los ángeles.

SUPERIOR POR SU TÍTULO

Hecho tanto superior a los ángeles, cuanto heredó más excelente nombre que ellos. Porque ¿a cuál de los ángeles dijo Dios jamás: Mi Hijo eres tú, yo te he engendrado hoy, y otra vez: Yo seré a él Padre, y él me será a mi hijo? (1:4-5)

Jesucristo es mejor que los ángeles, primero que todo porque tiene un título mejor, un más excelente nombre. ¿A cuál ángel dijo Dios alguna vez: Mi Hijo eres tú, yo te he engendrado hoy? la respuesta es: a ninguno. De ningún ángel ha dicho Dios: Yo seré a él Padre, y él me será a mi hijo, los ángeles siempre han sido sólo ministros y mensajeros. Solamente Cristo es ángeles siempre han sido sólo ministros y mensajeros. Solamente

Cristo es el Hijo. A los ángeles se les creó para servir. Cuando el Cristo eterno vino a la Tierra como siervo —de hecho, como el Siervo supremo— también adquirió el título de Hijo de Dios. Por tanto, obtuvo un nombre o título mucho más excelente que ellos.

Nuestra cultura no le presta mucha atención al significado de los nombres. Excepto por los sobrenombres, por lo general no se pretende una relación entre la personalidad del niño y el significado de su nombre (que rara vez se conoce). Pero en los tiempos bíblicos Dios escogía nombres específicos, relacionados con el carácter o algún otro aspecto de la vida de la persona.

El escritor de Hebreos era bien consciente de haber hecho una pregunta retórica: **¿A cuál de los ángeles dijo Dios jamás: Mi Hijo eres tú, yo te he engendrado hoy** [Sal. 2:7], y otra vez: **Yo seré a él Padre, y él me será a mí hijo** [2 S. 7:14]? Por supuesto, la cita de 2 Samuel se refiere al más grande de los hijos de David (cp. Lc. 1:32; Jn. 7:42; Ap. 5:5, y otros). Ni un sólo ángel ha sido llamado alguna vez "hijo de Dios". Como sucede con los cristianos, los ángeles reciben el nombre colectivo de "hijos de Dios" en el sentido de que Dios los creó y de que, en algunas maneras ellos lo reflejan a Él. Pero en las Escrituras a ningún ángel por separado se le llama "hijo de Dios". Tampoco le ha dicho Dios a ningún ángel alguna vez: **Yo te he engendrado hoy**, porque no es esta la forma en que los ángeles están relacionados con Dios.

Este pasaje presenta a sus lectores judíos la sorprendente verdad de que Cristo es el Hijo encarnado de Dios. Como ya se dijo. Hijo es un título para el Cristo encarnado. Aunque se había anticipado en el Antiguo Testamento que Él sería Hijo (Pr. 30:4), no adquirió el título de Hijo sino hasta más adelante cuando el Padre lo engendró. Antes del tiempo y de su encarnación, Él era Dios eterno con Dios. El término **Hijo** sólo tiene que ver con Cristo en su encarnación. Solamente es una analogía para decir que Dios es el Padre y Jesús es el Hijo: es la forma de Dios para ayudarnos a entender la relación esencial entre la primera y segunda personas de la Trinidad.

La Biblia no menciona en ninguna parte que Cristo haya sido hijo desde la eternidad. Cuando se habla de su eternidad en Hebreos 1:8. Dios dice al Hijo: **Tu trono, oh Dios, por el siglo del siglo**. Cuando se habla de la eternidad de Cristo, se usa el título Dios; sólo se le llama *Hijo* cuando se está hablando de su encarnación.

De esto surge una pregunta: ¿no tuvo Cristo siempre un mejor nombre? Por qué dice que **heredó más excelente nombre que ellos**, ¿No tuvo siempre un **más excelente nombre**? Sí, pero obtuvo otro. Siempre fue Dios, pero se convirtió en el **Hijo**. No tuvo siempre el

título de Hijo. Ese es el título de su encarnación, Él es Dios eternamente, pero sólo a partir de su encarnación se le ha llamado *Hijo*.

Este es un punto sumamente Importante y requiere de mucho estudio para entenderlo. La verdad no es fácil de seguir a través de las Escrituras. Pero es una verdad que nos ayudará poderosamente cuando alguien venga a nosotros y diga: "Puesto que Jesús es el Hijo de Dios, resulta obvio que es eternamente inferior al Padre. Por tanto. Jesús no es Dios; es menos que Dios. Solamente es un hijo".

A Cristo nunca se le llamó Hijo, sino desde su encarnación. Antes de esto. Él era Dios eterno. Por tanto, es incorrecto decir que Jesucristo es eternamente inferior a Dios por ostentar el título de Hijo. Él no es un "hijo eterno", siempre siervo de Dios, siempre menor a Dios, siempre por debajo de Dios. Ser Hijo es una analogía para ayudarnos a entender la relación esencial de Cristo y su voluntad sometida al Padre para nuestra redención. Como ya se mencionó, el **hoy** en el versículo 5 muestra que Él se volvió Hijo en algún momento del tiempo, no en la eternidad. Su vida como Hijo comenzó en este mundo.

La cita en el versículo 5 desde 2 Samuel 7:14 —**Yo seré a él Padre, y él me será a mí hijo**— enfatiza el futuro, pues las palabras citadas se escribieron cientos de años antes del nacimiento de Jesús. En Juan 1:1-3, donde se presentan la eternidad y el carácter creador de Cristo, no se le llama Hijo sino *Verbo*. Pocos versículos más adelante leemos que el "Verbo fue hecho carne" (Jn. 1:14). Juan no se refiere a Cristo como el Hijo sino hasta que fue hecho carne. De modo que *no* hay justificación para decir que Jesucristo es siervo eterno de Dios o menos que Dios.

HIJO A TRAVÉS DEL NACIMIENTO VIRGINAL

Hay dos acontecimientos básicos en relación a los cuales Jesucristo es Hijo: su nacimiento virginal y su resurrección. No fue hijo sino hasta cuando nació en este mundo por medio del nacimiento virginal. Cuando Lucas describe una de las predicciones de este nacimiento, dice: "Respondiendo el ángel, le dijo: El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra; por lo cual también el Santo Ser que nacerá, será llamado Hijo de Dios" (Lc. 1:35). Aun en aquel momento, menos de un año antes de su nacimiento, el hecho de que iba a ser Hijo se plantea en futuro. "*Este será grande, y será llamado Hijo del Altísimo*" (v, 32). El carácter de Hijo de Cristo está inextricablemente ligado a su encarnación.

Y descendió el Espíritu Santo sobre él en forma corporal, como paloma, y vino una voz del cielo que decía: Tú eres mi Hijo amado; en ti tengo complacencia (Lc. 3:22).

Sólo después de la encarnación de Cristo, dijo Dios: "Este es mi Hijo".

HIJO A TRAVÉS DE LA RESURRECCIÓN

Su condición de Hijo llegó a su pleno florecimiento en su resurrección. No sólo es Hijo porque se hizo hombre mediante el nacimiento virginal, sino porque nació de nuevo desde la muerte. Tal como usted y yo nos hacemos hijos de Dios en todo el sentido de la palabra no por haber nacido una vez sino dos veces, así Jesucristo se hizo Hijo en todo el sentido de la palabra por haber nacido dos veces, no sólo una. Esta verdad profunda la deja clara Pablo en la Epístola a los Romanos:

Acerca de su Hijo, nuestro Señor Jesucristo, que era del linaje de David según la carne, que fue declarado Hijo de Dios con poder, según el Espíritu de santidad, por la resurrección de entre los muertos (Rom. 1:3-4).

Se hizo Hijo al nacer, se le declaró Hijo en la resurrección. La plenitud de ser Hijo proviene de su doble nacimiento.

Hechos 13:33 ata esta verdad al mismo Salmo, incluso al mismo versículo, que el escritor de Hebreos (Sal. 2:7), relacionando la cita con la resurrección: "Dios ha cumplido [la promesa] a los hijos de ellos, a nosotros, resucitando a Jesús; como está escrito también en el salmo segundo: Mi hijo eres tú, yo te he engendrado hoy". Jesús es Hijo en la resurrección y el nacimiento. Es su título humano, y nunca debemos quedarnos atrapados en el pensamiento herético de que Jesucristo es siervo eterno de Dios. Él llegó a ser Hijo por amor a nosotros, dejando de lado lo que era suyo por derecho, humillándose y vaciándose (Fil. 2:6-8).

En efecto, los ángeles son criaturas extraordinarias, las criaturas más sobresalientes. Por tanto, si Cristo tiene un más excelente nombre que ellos, debe tener el título más excelente. Y lo tiene: Hijo. Así se lo dice a los judíos el autor de Hebreos, argumentándolo con las mismas Escrituras de ellos.

SUPERIOR PORQUE RECIBE ADORACIÓN

Y otra vez, cuando introduce al Primogénito en el mundo, dice: Adórenle todos los ángeles de Dios. (1:6)

Jesucristo no sólo es superior a los ángeles por ser el Hijo de Dios, sino porque recibe adoración. Aun cuando Cristo se humilló, aun cuando se hizo inferior a los ángeles por un tiempo, los ángeles están para adorarlo. Y si los ángeles lo adoran, Él debe ser mayor que ellos. Y si es superior que ellos, su pacto es mejor que el que ellos trajeron: el Nuevo Pacto es mejor que el antiguo, y el cristianismo es superior al judaísmo.

Adórenle todos los ángeles de Dios es una cita del Salmo 97:7. El salmista predijo que Todos los ángeles adorarían a Cristo el Señor. Los judíos no debían sorprenderse con esta idea aquí en Hebreos. La verdad es que esas mismas palabras vienen de sus propias Escrituras. Los ángeles, lejos de igualarse al Hijo encarnado en gloria, tienen la orden de adorarlo.

¿Siempre han adorado a Cristo los ángeles? Sí, lo han adorado durante todo lo que llevan existiendo, pero antes de la encarnación lo adoraban como Dios. Ahora también le adoran como el Hijo, en su carácter encarnado. Este Hijo, quien se hizo hombre, está por encima de los ángeles. Es el mismo Dios a quien los ángeles siempre han adorado. Es un pecado absoluto y una violación de las leyes divinas más básicas adorar a alguien diferente a Dios. De modo que si el mismo Dios dice que los ángeles deben adorar al Hijo, ¡entonces el Hijo debe ser Dios! Cristo encarnado, aun el Cristo eterno, debe recibir adoración.

EL PRINCIPAL

En este pasaje, Cristo recibe el nombre de **Primogénito**. Y aquí, de nuevo, muchas sectas afirman tener una prueba textual para mostrar que Jesús es un ser creado.

"¡Miren! ¡Es el primogénito! ¿Ven? Nació tal como el resto de nosotros". Una supuesta prueba textual relacionada es Colosenses 1:15: "Él es la imagen del Dios invisible, el primogénito de toda creación". Pero *primogénito* (*prototókos*) no tiene nada que ver con el tiempo. Se refiere a la posición. No es una descripción sino un título que significa "el principal". El concepto estaba asociado con el primogénito porque el hijo mayor solía ser el heredero de todas las propiedades del padre.

El primer hijo nacido no siempre era el *primogénito*. Por ejemplo, Esaú era mayor que Jacob, pero Jacob fue el primogénito, el *prototókos*. Génesis 49:3 da una buena descripción del primogénito: "Rubén, tú eres mi primogénito, mi fortaleza, y el principio de mi vigor, principal en dignidad, principal en poder". Fortaleza, vigor, dignidad y poder son las palabras que describen el significado de primogénito. No es una palabra de tiempo; es una palabra para el derecho a gobernar, una palabra para autoridad. Y Jesucristo es el

Primogénito supremo, el *prototókos* supremo, el Hijo supremo con derecho a gobernar. Por tanto, estos pasajes no se refieren al nacimiento de Cristo como tal, sino a su soberanía.

"Él es la cabeza del cuerpo que es la iglesia, él que es el principio, el primogénito de entre los muertos, para que en todo tenga la preeminencia" (Col. 1:18). Jesús fue "el primogénito de entre los muertos". ¿Hubo resurrecciones antes de Jesús? Sí. Lázaro, las otras personas que Jesús resucitó durante su ministerio terrenal, todos los santos del Antiguo Testamento que volvieron a la vida en la crucifixión..., todos estos y otros ya se habían levantado de los muertos antes de Jesús. Por tanto, obviamente, el término no se refiere al tiempo. Jesús, como primogénito, es el más honrado, el más digno, el más alto, el más poderoso. De todos los que han resucitado. Él es el mayor, y está muy lejos por encima, aun de los más grandes.

EL SIGNIFICADO DE "OTRA VEZ"

La expresión **otra vez** en Hebreos 1:6 ha provocado entre los comentaristas una dificultad grande. Antes de poder entender la expresión de nuevo necesitamos mirar otra palabra clave en el pasaje: mundo. Escribe: **Y otra vez**, cuando introduce al Primogénito en el mundo, dice: Adórenle todos los ángeles de Dios. Aquí no se usa la palabra griega más común para *mundo* (*kosmos*, "el universo"), sino *oikoumenē*, ("la tierra habitada"). Cristo no fue el primero en nacer en la tierra, pero es el primogénito el principal, el que tiene más honra— que vino a una tierra ya habitada donde habían nacido millones antes que Él.

El orden de las palabras en la Reina Valera y King James (**Y otra vez, cuando introduce al Primogénito en el mundo**) ha añadido confusión a la interpretación en el versículo 6). Como se refleja en traducciones más modernas, el orden griego de las palabras es: "Y cuando introduce otra vez al Primogénito". De modo que, en el versículo 6, "**de nuevo**" se refiere a que Dios introduce a su Hijo primogénito en el mundo en otro momento. ¿Cuándo volverá a ocurrir este "de nuevo"? La única respuesta posible es en la Segunda Venida. Dios ya había introducido a su Hijo una vez y lo volverá a hacer, ¡en gloria resplandeciente!

Sólo en la segunda venida se cumplirá la profecía en su totalidad, cuando **todos los ángeles de Dios lo adoren**. En el presente los ángeles no entienden el concepto general lo suficientemente bien como para que le den al Hijo toda la adoración. Los profetas del Antiguo Testamento tenían una dificultad semejante para entender el significado completo de lo que habían escrito. Estaban inspirados por el Espíritu Santo, pero en muchos casos no entendían totalmente los mensajes que recibían, y escudriñaban "qué persona y qué

tiempo indicaba el Espíritu de Cristo que estaba en ellos, el cual anunciaba de antemano los sufrimientos de Cristo, y las glorias que vendrían tras ellos" (1 P. 1:11).

En el versículo siguiente, el apóstol explica que "a éstos se les reveló que no para sí mismos, sino para nosotros, administraban las cosas que ahora [nos] son anunciadas por los que [nos] han predicado el evangelio por el Espíritu Santo enviado del cielo" (1 P. 1:12). Ellos buscaban ver las cosas que no serían entendibles sino hasta que Cristo viniera, se predicara el evangelio y el Espíritu Santo se manifestara. De hecho, estas son "cosas en las cuales anhelan mirar los ángeles" (v. 12b). Los ángeles no las entienden aún. Tal vez las entiendan los "ángeles de la presencia" alrededor del trono, pero la gran mayoría de las huestes angelicales evidentemente aún no puede discernirlo todo. Los ángeles tienen una gran inteligencia, pero no son omniscientes. Cuando Dios traiga de nuevo a su primogénito al mundo, les dirá: "Ahora tienen el cuadro completo, y vuestra adoración puede ser total y completa".

Y miré, y oí la voz de muchos ángeles alrededor del trono, y de los seres vivientes, y de los ancianos; y su número era millones de millones, que decían a gran voz: El Cordero que fue inmolado es digno de tomar el poder, las riquezas, la sabiduría, la fortaleza, la honra, la gloria y la alabanza (Ap. 5:11-12)

¡Aquí está la adoración angélica! Cristo está listo para volver de nuevo a la Tierra y tomarla para sí. En 5:1 se dice que el Padre tiene el título de propiedad de la Tierra (el libro) y quienes estaban alrededor del trono decían: "¿Quién es digno de abrir el libro y desatar sus sellos?" (v. 2). Juan lloraba porque no había nadie que lo abriera, y de repente uno de los ancianos le dijo: "No llores. He aquí que el León de la tribu de Judá, la raíz de David, ha vencido para abrir el libro y desatar sus siete sellos" (v. 5). Entonces Jesucristo, el Cordero, tomó el rollo. Cuando estaba a punto de desenrollar los juicios y tomar posesión de la Tierra, los ángeles dijeron: "¡Ahora todo es claro!". Y había un número incontable de ellos, de todas partes del cielo, que emergieron en alabanza, junto con todas las otras criaturas del universo:

Y a todo lo creado que está en el cielo, y sobre la tierra, y debajo de la tierra, y en el mar, y a todas las cosas que en ellos hay, oí decir. Al que está sentado en el trono, y al Cordero, sea la alabanza, la honra, la gloria y el poder, por los siglos de los siglos, los cuatro seres vivientes decían: Amén; y los veinticuatro ancianos se postraron sobre sus rostros y adoraron al que vive por los siglos de los siglos (Ap. 5:13-14)

Aquí se habla de su Segunda Venida, cuando Él se revelará en toda su gloria como Hijo, como *Prototókos*, el Primogénito. Finalmente, los ángeles entenderán todo cuando lo vean venir como el Rey de reyes y Señor de señores.

SUPERIOR POR SU NATURALEZA

Ciertamente de los ángeles dice: El que hace a sus ángeles espíritus, y a sus ministros llama de fuego. (1:7)

Jesús es también superior a los ángeles por su naturaleza. En el versículo 7, el Espíritu Santo muestra las diferencias básicas entre la naturaleza de los ángeles y la del Hijo. El griego para la palabra hace es *poieō* ("crear" o "hacer"). Puesto que Cristo creó a los ángeles (Col. 1:16), Él es obviamente superior a ellos. No solamente Él los creó, sino que son su posesión, sus ángeles. Son sus siervos creados, sus ministros, sus espíritus y sus llamas de fuego.

LA AFIRMACIÓN DEL PADRE SOBRE LA DEIDAD DE JESÚS

Mas del Hijo dice: Tu trono, oh Dios, por el siglo del siglo; (1: 8a)

La primera parte del versículo 8 amplía la diferencia entre la naturaleza de Cristo y los ángeles. Esta es una de las declaraciones más sorprendentes e importantes en todas las Escrituras: ¡Jesús es el Dios eterno! Quienes dicen que Jesús era sólo un hombre, uno de muchos ángeles, uno de los profetas de Dios o un semidios de alguna clase, mienten y llevan sobre sí el anatema, la maldición de Dios. Jesús no es menos que Dios. El Padre dice al Hijo: **Tu trono, oh Dios, por el siglo del siglo.** Dios Padre reconoce a Dios Hijo. Creo que este versículo da la prueba más clara, poderosa, enfática e irrefutable de la deidad de Cristo en la Biblia, dicho por el mismo Padre.

LA AFIRMACIÓN DEL PROPIO JESÚS SOBRE SU DEIDAD

El testimonio del Padre sobre el Hijo corresponde con el testimonio del Hijo sobre sí mismo. Jesús, a través de todo su ministerio, afirmó ser igual a Dios. "Por esto los judíos aun más procuraban matarle, porque no sólo quebrantaba el día de reposo, sino que también decía que Dios era su propio Padre, haciéndose igual a Dios" (Jn. 5:18). Cuando dijo "Yo y el Padre uno somos" (Jn. 10:30), los líderes judíos entendieron bien su afirmación. A la luz de quien ellos pensaban que Él era, un simple humano, su reacción era de esperarse: "Por buena obra no te apedreamos, sino por la blasfemia; porque tú, siendo hombre, te haces Dios" (v. 33).

LA AFIRMACIÓN DE LOS APÓSTOLES SOBRE LA DEIDAD DE JESÚS

Pablo escribió lo siguiente hablando de Israel y todas sus bendiciones: "De quienes son los patriarcas, y de los cuales, según la carne, vino Cristo, el cual es Dios sobre todas las cosas, bendito por los siglos. Amén" (Rom. 9:5). La afirmación es que Jesucristo es Dios. En 1 Timoteo 3:16 el mismo apóstol escribe: "E indiscutiblemente, grande es el misterio de la piedad: Dios fue manifestado en carne, justificado en el Espíritu, visto de los ángeles, predicado a los gentiles, creído en el mundo, recibido arriba en gloria". Y otra vez Pablo vuelve a declarar: "Aguardando la esperanza bienaventurada y la manifestación gloriosa de nuestro gran Dios y Salvador Jesucristo" (Tit. 2:13).

Juan dice en su primera carta: "Pero sabemos que el Hijo de Dios ha venido, y nos ha dado entendimiento para conocer al que es verdadero; y estamos en el verdadero, en su Hijo Jesucristo. Este es el verdadero Dios, y la vida eterna" (1 Jn. 5:20). A través de todo el Nuevo Testamento la afirmación es inequívoca: Jesucristo es Dios.

AMANTE DE LA JUSTICIA

En Hebreos 1:8 continuamos leyendo: **Tu trono, oh Dios, por el siglo del siglo; cetro de equidad es el cetro de tu reino.** Jesucristo tiene un **trono** eterno desde el cual gobierna la eternidad como Dios y Rey. Él es Rey eterno, con un reino eterno y un **cetro de equidad**.

Has amado la justicia, y aborrecido la maldad, por lo cual te ungió Dios, el Dios tuyo, con óleo de alegría más que a tus compañeros. (1:9)

Este versículo revela las acciones de Jesús y sus motivos. No sólo actuó en justicia. Él **había amado la justicia**. ¿Cuántas veces hacemos lo que sabemos es la voluntad de Dios, pero lo hacemos sin gozo, con condescendencia? Sin embargo, Jesús amó la justicia. "Toda buena dádiva y todo don perfecto descende de lo alto, del Padre de las luces, en el cual no hay mudanza, ni sombra de variación" (Stg. 1:17). Esa es la justicia verdadera. Nunca varía de lo que es verdadero, justo y bueno. "Este es el mensaje que hemos oído de él, y os anunciamos: Dios es luz, y no hay ningunas tinieblas en él" (1 Jn. 1:5). Dios nunca varía; sus motivos, acciones y carácter nunca varían. Él es la luz total. Él es la justicia total. En todo lo que Jesús hizo estaba su amor por la justicia. Aun más que el salmista. Él podía decir "¡Oh, cuánto amo yo tu ley! Todo el día es ella mi meditación" (Sal. 119:97).

Dado que Cristo ama la justicia, aborrece **la maldad**. Si usted ama las normas de Dios, va a odiar las normas equivocadas. Estas dos convicciones son inseparables. No puede existir la una sin la otra. No se puede decir verdaderamente "Amo la justicia, pero me gusta el

pecado". Cuando hay amor verdadero por Dios, habrá amor total por la justicia y odio total por el pecado. Jesús odiaba tanto el pecado como amaba la justicia. Puede verse esto en su tentación. Puede verse cuando limpió el templo. Puede verse en su muerte en la cruz. Y cuanto más seamos como nuestro Dios, más vamos a encontrar que nosotros también amamos la justicia y odiamos el pecado. Por nuestras actitudes hacia la Justicia y el pecado podemos decir cuán cerca estamos de ser semejantes a Cristo.

En Hebreos 1:9 está la declaración más directa de la superioridad de Cristo con respecto a los ángeles: **Por lo cual te ungió Dios, el Dios tuyo, con óleo de alegría más que a tus compañeros.** Algunos comentaristas creen que **compañeros** se refiere a los hombres. Pero en este pasaje se habla de los ángeles, no de los hombres, la palabra griega simplemente connota una asociación, nada más. Lo que aquí se dice es que Jesucristo es superior a los ángeles, quienes son sus socios, sus compañeros celestiales. Pero ellos tan sólo son mensajeros de Dios. Cristo también es un mensajero de Dios, pero mucho más que un mensajero y, por lo tanto, mucho mayor que ellos. Él es el ungido, el exaltado, sobre todos los demás.

En el sermón en la casa de Cornelio, Pedro dice que Dios ungió a Jesús de Nazaret (Hch. 10:38). Dios lo había ungido y ordenado. El Salmo 2:2 y otros lugares del Antiguo Testamento anticipan esta unción. La palabra Mesías es una transliteración de la palabra hebrea para Ungido, la palabra Cristo es una transliteración de la palabra griega con idéntico significado. En otras palabras, el título supremo de Jesús (Mesías o Cristo) significa Ungido. Jesús era el Ungido de Dios. ¿Cuándo ocurrió esto? Creo que a Jesús se le *ungió* oficialmente como rey cuando subió al cielo, después de su resurrección. En ese momento, el Padre lo exaltó y le dio un nombre que es sobre todo nombre (Ef. 1:20-22). Él *asumió* su reinado al ascender. Aunque no ha reunido todo su reino, algún día cercano lo hará.

La naturaleza de Jesús (esto es, su deidad), como su título y el hecho de recibir adoración, muestra que es superior a los ángeles.

SUPERIOR POR SU EXISTENCIA

Y: Tú, oh Señor, en el principio fundaste la tierra, y los cielos son obra de tus manos. Ellos perecerán, mas tú permaneces; y todos ellos se envejecerán como una vestidura, y como un vestido los envolverás, y serán mudados; pero tú eres el mismo, y tus años no acabarán (1:10-12)

La cuarta forma en la que Jesús es superior a los ángeles es en su existencia. En esta cita del Salmo 102, el Espíritu Santo revela que Cristo es mejor que los ángeles porque existe eternamente. Si Jesús estuvo en el principio para crear, debió haber existido antes del principio y, por lo tanto, no tener principio. "En el principio era el Verbo" (Jn. 1:1).

Tal como se dobla y se desecha un vestido usado cuando ya no se le quiere más, así Jesús descartará los cielos y la Tierra. Un día. "los elementos ardiendo serán deshechos, y la tierra y las obras que en ella hay serán quemadas" (2 P. 3:10). "Y el cielo se desvaneció como un pergamino que se enrolla; y todo monte y toda isla se removió de su lugar" (Ap. 6:14). Durante la tribulación los cielos se doblarán como un rollo que se estira y al que luego se le cortan las puntas. Las estrellas caerán, vendrán y golpearán la Tierra, y toda isla y montaña se moverá de su lugar. El mundo completo se derrumbará.

Las cosas que podemos ver y sentir parecen permanentes. Como el pueblo al que advirtió Pedro, nos sentimos tentados a pensar que "todas las cosas permanecen así como desde el principio de la creación" (2 P. 3:4). Pero todas esas cosas van a perecer y el Señor va a crear unos cielos nuevos y una Tierra nueva. Cambiará la creación, pero no el Creador. "Tus años no acabarán". Cristo es eterno. Él es inmutable, nunca cambia. "Jesucristo es el mismo ayer, y hoy, y por los siglos" (He. 13:8).

Los hombres van y vienen. Las estrellas vienen y van. Los ángeles estaban sujetos a decaer, como lo demuestra su caída. Pero Cristo nunca cambia, nunca está sujeto a cambio, nunca es sujeto de alteración. Él es eternamente el mismo. Por tanto, es superior a los ángeles en el título, en la adoración, en la naturaleza, en la existencia y finalmente en el destino.

SUPERIOR DEBIDO A SU DESTINO

Pues, ¿a cuál de los ángeles dijo Dios jamás: Siéntale a mi diestra, hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies? ¿No son todos espíritus ministradores, enviados para servicio a favor de los que serán herederos de la salvación (1:13-14)

Aquí, tan sólo en el primer capítulo, está la séptima cita del Antiguo Testamento, del Salmo 110:1. Esta lleva a su apogeo la enseñan/a de la superioridad de Cristo con respecto a los ángeles.

Primero vemos el destino de Cristo y luego vemos el de los ángeles. A ningún ángel le ha prometido Dios sentarse a su derecha. Sólo el Hijo se sentará allí. El destino de Jesucristo es que al final todo el universo se sujetará a Él. "En el nombre de Jesús se (doblará] toda

rodilla de los que están en los cielos, y en la tierra, y debajo de la tierra" (Fil. 2:10). En el plan de Dios, Jesucristo está destinado a ser el soberano del universo y de todo lo que hay en él. "Luego el fin, cuando entregue el reino al Dios y Padre, cuando haya suprimido todo dominio, toda autoridad y potencia. Porque preciso es que él reine hasta que haya puesto a todos sus enemigos debajo de sus pies... Pero luego que todas las cosas le estén sujetas, entonces también el Hijo mismo se sujetará al que le sujetó a él todas las cosas, para que Dios sea todo en todos" (1 Co. 15:24-25, 28). Él está subordinado al Padre, pero sólo en cuanto a Hijo. El hijo de un rey puede ser igual a su padre en cada atributo de su naturaleza, aunque oficialmente esté sujeto a su padre. De modo que el Hijo eterno es Igualmente divino, aunque oficialmente esté en sujeción. Y sujetará bajo sus pies a todos los reinos, autoridades y poderes del mundo. ¿Cuándo sucederá todo eso? En su Segunda Venida, cuando vuelva en gloria.

Apocalipsis 19:15-16 da una descripción vívida de su próxima venida: "De su boca sale una espada aguda, para herir con ella a las naciones, y él las regirá con vara de hierro; y él pisa el lagar del vino del furor y de la ira del Dios todopoderoso. Y en su vestidura y en su muslo tiene escrito este nombre: REY DE REYES Y SEÑOR DE SEÑORES". El destino de Jesucristo es reinar eternamente sobre los cielos nuevos y la Tierra nueva.

Observe cuál es el destino de los ángeles: ¿No son todos espíritus ministradores, enviados para servicio a favor de los que serán herederos de la salvación? El destino de Jesús es reinar. El destino de los ángeles es servir para siempre a quienes son herederos de la salvación. ¡Qué perspectiva tan maravillosa y asombrosa para los cristianos! Además de estar por siempre en la presencia de Dios, nuestro destino es que los ángeles nos sirvan para siempre.

El rey de Siria amenazó una vez a Eliseo y su siervo y ellos no tenían forma de defenderse: "Y se levantó de mañana y salió el que servía al varón de Dios, y he aquí el ejército que tenía sitiada la ciudad, con gente de a caballo y carros. Entonces su criado le dijo: ¡Ah, señor mío!, ¿qué haremos? Él le dijo: No tengas miedo, porque más son los que están con nosotros que los que están con ellos. Y oró Eliseo, y dijo: Te ruego, oh Jehová, que abras sus ojos para que vea. Entonces Jehová abrió los ojos del criado, y miró; y he aquí que el monte estaba lleno de gente de a caballo, y de carros de fuego alrededor de Eliseo" (2 R. 6:15-17). ¿Quiénes montaban los carros y los caballos? Eran ángeles. Los ángeles protegen y liberan al creyente, al santo, del peligro temporal. Los ángeles rescataron a Lot y su familia, arrebatándolos de Sodoma. Los ángeles estuvieron con Daniel en la fosa y cerraron la boca de los leones. ¡Qué verdad tan reconfortante y maravillosa es saber que

los ángeles nos sirven! Su destino es continuar sirviéndonos por toda la eternidad. Pero el destino de Jesús es reinar. Por tanto. Él es infinitamente superior a los ángeles.

De modo que nos encontramos con que el Hijo de Dios es superior a los ángeles en todo aspecto, y cada una de sus superioridades está descrita en el Antiguo Testamento. Jesús es el Mesías. Él es Dios hecho carne. Es el Mediador de un Nuevo Pacto, un pacto mejor que el antiguo.

En este capítulo breve de catorce versículos, vemos la deidad de Jesucristo establecida por los nombres divinos. Se le llama Hijo, Señor y Dios. Por las obras divinas: Él crea, sustenta, gobierna, redime y limpia el pecado. Por el valor divino de recibir adoración de los ángeles y de todas las demás criaturas del universo. Por sus atributos divinos de omnisciencia, omnipotencia, inmutabilidad y eternidad. En todas estas formas se proclama la superioridad de Jesucristo.

¿Por qué son tan importantes estas verdades? El siguiente pasaje nos da la respuesta. “Por tanto, es necesario que con más diligencia atendamos a las cosas que hemos oído, no sea que nos deslicemos. Porque si la palabra dicha por medio de los ángeles fue firme, y toda transgresión y desobediencia recibió justa retribución, ¿cómo escaparemos nosotros, si descuidamos una salvación tan grande? (He. 2:1-3a). Si Dios esperaba una respuesta tan positiva a la ley, que vino por medio de los ángeles, ¿qué respuesta espera concerniente al evangelio, que vino a través de Jesucristo?

4 La tragedia de descuidar la salvación (2:1-4)

Por tanto, es necesario que con más diligencia atendamos a las cosas que hemos oído, no sea que nos deslicemos. Porque si la palabra dicha por medio de los ángeles fue firme, y toda transgresión y desobediencia recibió justa retribución, ¿cómo escaparemos nosotros, si descuidamos una salvación tan grande? La cual, habiendo sido anunciada primeramente por el Señor, nos fue confirmada por los que oyeron, testificando Dios juntamente con ellos, con señales y prodigios y diversos milagros y repartimientos del Espíritu Santo según su voluntad. (2:1-4)

Sin duda, el infierno está lleno de personas que nunca se opusieron activamente a Jesucristo, sino que simplemente rechazaron el evangelio. A esas personas se refieren estos cuatro versículos. Saben la verdad e incluso la creen, en el sentido de que la reconocen como verdadera y justa. Son conscientes de las buenas nuevas de la salvación provistas por Jesucristo, pero no están, dispuestas a entregarle sus vidas a Él. De modo que dejan pasar el llamado de Dios y caen en la condenación eterna. Esta tragedia hace que estos versículos sean muy importantes y urgentes.

LA ENSEÑANZA CORRECTA EXIGE UNA RESPUESTA

En medio del tratado sobre los ángeles, el escritor intercala una invitación. Aplica directamente a los creyentes lo que ha estado hablando sobre Cristo: que Él es superior a todo y todos, que es el Exaltado, que sólo Él puede limpiar el pecado, que es Dios, que es el creador, que es digno de adoración. Da una invitación personal a sus lectores y oyentes a responder a lo que han aprendido. Podría decirse que aquí la doctrina se vuelve invitación.

Un maestro eficaz debe hacer mucho más que tan sólo presentar los hechos bíblicos. También debe exhortar, advertir e invitar. Cuando el autor llega a Hebreos 2:1 ya está apasionado con el tema. Le importa la salvación de sus oyentes. No le satisface tan sólo decir cuál es la doctrina y después terminar e irse. Anhela que sus lectores respondan positivamente a lo que dice. No solamente quiere que Cristo sea exaltado, sino también aceptado. Un maestro puede saber mucho de la verdad, pero si no tiene preocupación compasiva por la forma en que las personas reaccionan a esta verdad, no es un maestro valioso. La Palabra de Dios exige respuestas, y un maestro fiel de la Palabra enseña para que respondan.

Así era el apóstol Pablo. Aunque era un gran teólogo, con un gran dominio de la filosofía y la lógica, era apasionado. En Romanos 9:1-3 (después de ocho poderosos capítulos

explicando el evangelio). Pablo da paso a una explosión de interés: "Verdad digo en Cristo, no miento, y mi conciencia me da testimonio en el Espíritu Santo, que tengo gran tristeza y continuo dolor en mí corazón. Porque deseara yo mismo ser anatema, separado de Cristo, por amor a mis hermanos, los que son mis parientes según la carne".

Pablo tenía una obsesión santa porque todas las personas, especialmente sus compatriotas judíos, llegaran a Cristo. "Hermanos, ciertamente el anhelo de mí corazón, y mí oración a Dios por Israel, es para salvación" (Rom. 10:1). He aquí el carácter del maestro verdadero, le interesa más que lo académico, más que la sola Información y pedagogía. Tiene una preocupación compasiva por la forma en que las personas responden a lo que oyen. "Por lo cual, siendo libre de todos, me he hecho siervo de todos para ganar a mayor número. Me he hecho a los judíos como judío, para ganar a los judíos; a los que están sujetos a la ley, (aunque yo no esté sujeto a la ley), como sujeto a la ley, para ganar a los que están sujetos a la ley; a los que están sin ley, como si yo estuviera sin ley, (no estando yo sin ley de Dios, sino bajo la ley de Cristo), para ganar a los que están sin ley. Me he hecho débil a los débiles, para ganar a los débiles; a todos me he hecho de todo, para que de todos modos salve a algunos. Y esto hago por causa del evangelio" (1 Co. 9:19-23).

A pesar del rechazo de su propio pueblo, la dureza de sus corazones y de su historia de persecución de los mensajeros de Dios, no obstante, Jesús se preocupaba por su salvación, "¡Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas, y apedreas a los que te son enviados! ¡Cuántas veces quise juntar a tus hijos, como la gallina junta sus polluelos debajo de las alas, y no quisiste!" (Mt. 23:37). En otra ocasión dijo a sus oyentes judíos: "Escudriñad las Escrituras; porque a vosotros les parece que en ellas tenéis la vida eterna: y ellas son las que dan testimonio de mí; y no queréis venir a mí para que tengáis vida" (Jn. 5:39-40). Tenía una preocupación compasiva por la respuesta de sus oyentes, la enseñanza fiel siempre exige una respuesta.

En Hebreos 13:22 se dice que toda la carta es una "palabra de exhortación". Por tanto, requiere una respuesta. De modo que cuando el corazón del escritor está más entusiasmado con su disertación por la superioridad de Cristo sobre los ángeles, él intercala una invitación conmovedora. Como todas las buenas invitaciones, esta incluye exhortación y advertencia: qué hacer y qué pasa si no se hace.

Los versículos iniciales de Hebreos 2 contienen la primera de cinco grandes advertencias intercaladas en el libro; a menudo, como aquí, en medio de un discurso sobre las características superiores de Cristo. Pareciera como si el escritor no pudiera avanzar mucho sin parar a hacer un llamado de atención: "¿Y ahora qué van a hacer con esto?".

Podemos conocer todo lo que se pueda conocer de Jesucristo y aun así ir al infierno si nunca lo hacemos nuestro, por no hacernos suyos.

ADVERTENCIA A LOS CONVENCIDOS INTELECTUALMENTE

¿Cómo escaparemos nosotros, si descuidamos una salvación tan grande? La cual, habiendo sido anunciada primeramente por el Señor, nos fue confirmada por los que oyeron, (2:3)

¿A quién va dirigida esta advertencia? No puede ser a los cristianos. Ellos nunca pueden estar en peligro de rechazar la salvación, en el sentido de no recibirla, puesto que ya la tienen. Pueden rechazar el crecimiento y el discipulado, pero no pueden rechazar la salvación. La advertencia tampoco puede ser a quienes nunca han oído el evangelio, porque no pueden rechazar lo que ni siquiera saben que existe. Por tanto, la advertencia debe estar dirigida a no cristianos, específicamente a judíos, convencidos intelectualmente del evangelio, pero que no lo reciben para sí mismos.

Sin embargo, si la advertencia es para los incrédulos, ¿por qué escribe el autor "nosotros" y "nos"? ¿Se está incluyendo él entre los convencidos intelectualmente pero los no entregados? ¿Está diciendo el autor que no es cristiano? No. Ese nosotros es de nacionalidad o de todos los que han oído la verdad. La decisión del autor de identificarse con sus lectores no implica que esté en la misma posición espiritual que ellos. Simplemente parece estar diciendo: "Todos los que hemos oído el evangelio debemos aceptarlo".

Todos hemos conocido a personas que dicen: "Sí, yo creo que Cristo es el Salvador y que lo necesito, pero aún no estoy listo para ese compromiso". Tal vez así es su esposo, su esposa, su hermano o un buen amigo. Van a la iglesia y oyen y oyen y oyen la palabra de Dios. Saben que es verdad y que la necesitan, pero no están dispuestos a comprometerse y aceptar personalmente a Jesucristo. Tienen todos los hechos pero no se han entregado. Son como la persona que cree que un yate lo puede mantener a flote, pero no se suben.

Creemos que esta advertencia es a todos los que han oído el evangelio, conocen los hechos sobre Jesucristo, saben que Él murió por ellos, que desea perdonarles sus pecados, que puede darles una nueva vida, pero no están dispuestos a confesarlo como Señor y Salvador. Con seguridad, esta es la categoría de personas más trágica en la existencia.

Nunca olvidaré a la mujer que llegó un día a mi oficina, me informó que era prostituta y dijo: "Necesito ayuda: estoy desesperada". Después de presentarle las afirmaciones de

Cristo, le dije: "¿Te gustaría confesar a Jesucristo como tu Señor?". Ella me contestó: "Sí. No puedo soportar más". Ella estaba en el fondo y lo sabía. De modo que hicimos una oración y en apariencia invitó a Cristo a su vida. Le dije: "Ahora quiero que hagas algo. ¿Tienes aquí el libro de todos tus contactos?". Cuando respondió que sí lo tenía, le sugerí: "Hagamos algo a la altura de las circunstancias: quemémoslo ahora mismo". Ella me miró sorprendida y replicó: "¿Qué me quiere decir?". "Así como lo dije -expliqué-. Si de verdad conociste a Jesucristo como tu Señor, si de verdad aceptaste su perdón y vas a vivir para Él, quememos el libro, celebremos tu nuevo nacimiento y alabemos al Señor". "¡Pero este libro vale mucho dinero!", objetó ella, le dije: "Estoy seguro de que sí". Entonces, guardando el libro y mirándome a los ojos, me dijo: "No quiero quemar mi libro. Supongo que eso significa que en realidad no quiero a Jesús". Y se fue.

Cuando calculó el costo, se dio cuenta de que no estaba lista. No sé lo que le pasó a esa mujer amada por Dios. Mi corazón arde por ella y suelo pensar en ella. Sé que conoció los hechos del evangelio y creyó en ellos; pero no estaba dispuesta a hacer el sacrificio, aun cuando lo que se negó a entregar no valía nada y lo que pudo haber tenido en Jesucristo lo valía todo.

Hay muchas personas como ella. Saben la verdad, están al borde de la decisión correcta, pero nunca la toman. Se deslizan. A ellos es a quienes habla este pasaje de Hebreos. El propósito de estos cuatro versículos es darles a estas personas un empujón poderoso hacia Jesucristo.

Por supuesto, el mensaje no está restringido a los judíos incrédulos. Es para cualquiera que esté en el borde de la decisión por Cristo, pero le dice que no por su propia voluntad, pecado, miedo a la persecución de su familia y sus amigos, o cualquier otra razón—y continúa rechazándolo. El hombre es necio, un necio más allá de todos los necios, una tragedia eterna, cuando no se decide por Jesucristo.

TRES RAZONES PARA SEGUIR A CRISTO

El pasaje nos da tres grandes razones para recibir la salvación: el carácter de Cristo, la certeza del juicio y la confirmación de Dios.

EL CARÁCTER DE CRISTO

Por tanto, es necesario que con más diligencia atendamos a las cosas que hemos oído, no sea que nos deslicemos. (2:1).

Se preguntará usted que tiene que ver esa declaración con el carácter de Cristo. Por tanto, es equivalente a "en consecuencia", la primera razón a la que debemos poner atención está en el capítulo 1 Está hablando de Jesucristo. A Él se le llamó Hijo, heredero de todas las cosas y creador del mundo (1:2). Él es el resplandor de la gloria de Dios, la representación exacta de la naturaleza divina, quien sustenta el universo, el purificador del pecado y el que se sienta a la diestra de la Majestad en lo alto (v. 3). Los ángeles le adoran y le sirven (vv. 4-7). Tiene unción sobre todos los demás, es el Señor de la creación, el Dios eterno e inmutable (vv. 8-12).

Cristo es estas cosas. ¿Quién podría rechazarlo? ¿Qué clase de persona podría rechazar a esa clase de Cristo: el Cristo que vino al mundo como Dios encarnado, murió en la cruz para el perdón de nuestros pecados, pagó nuestra pena, nos mostró amor divino y se ofreció a presentarnos ante Dios y a darnos su bendición y alegría más allá de toda imaginación?

Jesús era la voz de Dios. Jesús era Dios en el mundo y rechazarlo es rechazar a Dios. Rechazar a Dios es rechazar la razón de nuestra existencia. El hombre que rechaza la salvación que Cristo en su magnificencia nos ofrece, es un necio. No entiendo cómo alguien puede saber quién es Cristo, admitir que el evangelio es verdad y aun así no entregarle su vida. ¡Qué misterio tan incomprensible, qué tragedia!

Una mirada a algunas de las palabras en griego en 2:1 ayudará a entender estos cuatro versículos de apertura, las dos palabras clave son *prosechō* ("prestar atención a algo") y *pararheō* ("dejar deslizar"). Con su modificador, *prosechō* traduce "con más diligencia atender a algo" y es enfático. En otras palabras, sobre la base de quien es Cristo, debemos prestar mucha atención a lo que sobre Él hemos oído. No podemos oír estas cosas y permitir que se deslicen de nuestra mente. La palabra *pararheō* aquí se traduce "deslizarse de" y puede tener múltiples significados. Se puede usar para algo que fluye o se resbala, como un anillo que se sale de un dedo. Se puede usar para algo que se cae y se queda atrapado en un lugar difícil. Se usa para cosas que, por descuido, las personas dejan deslizar.

Pero las dos palabras tienen también connotaciones náuticas. *Prosechō* significa amarrar un barco, atarlo. *Pararheō* se puede usar para un barco que se rodó por el puerto porque a un marinero se le olvidó prestarle atención a la bodega o registrar apropiadamente los vientos, mareas y la corriente.

Con estos significados en mente, el texto podría traducirse así: *"En consecuencia, debemos asegurar con prontitud nuestras vidas a las cosas que hemos aprendido: no sea que el barco de la vida se deslice por el puerto de la salvación y se pierda para siempre"*. La ilustración es gráfica y apropiada. La mayoría de las personas no se lanza al infierno de cabeza o con intención. Se deslizan para allá. La mayoría de las personas no le da la espalda a Dios o lo maldicen en algún momento dado. La mayoría de las personas, bien despacio, casi imperceptiblemente, se desliza por el puerto de la salvación y va a parar en la destrucción eterna.

Un escritor lo puso en estas palabras, tomando como base a Shakespeare: "Hay una marea en los asuntos de los hombres que, cuando está bajando, lleva a la victoria; cuando se le ignora, las playas del tiempo quedan llenas de escombros". ¡Cuán verdadero! la descripción no es de un marinero ignorante o de uno rebelde y licencioso, sino de un marinero descuidado. Por lo tanto, debemos tener el mayor cuidado, no sea que, sin intención e inesperadamente, nos encontremos un día con que nos deslizamos para siempre del puerto de la salvación.

Debemos entender que no es el evangelio el que se desliza, como parece implicar la versión inglesa King James. Ese no es el significado. El griego y la mayoría de las traducciones modernas dejan claro que quienes se deslizan son las personas que no prestan atención. La Palabra nunca se aleja de nosotros. El peligro está en que nosotros nos alejemos de ella. El puerto de la salvación es absolutamente seguro. Jesucristo es quien nunca se mueve, nunca cambia y siempre está disponible para quien quiera la protección y seguridad de su justicia.

Para cuando se escribió Hebreos, multitudes de judíos habían oído el evangelio, muchos directamente de algún apóstol. Muchos, sin duda, estaban impresionados favorablemente con el mensaje, incluso Intrigados por este. Lo oyeron y quizás lo ponderaron. Pero la mayoría no lo aceptó. La advertencia de Jesús en Lucas 9:44 puede aplicar a todo el evangelio: "Haced que os penetren bien en los oídos estas palabras". Las palabras deben adentrarse en nosotros y provocar un cambio en nuestras vidas. No es suficiente con oírlo. Eso es tan sólo el principio, como nos lo recuerda Proverbios: "Hijo mío, está atento a mis palabras; inclina tu oído a mis razones. No se aparten de tus ojos; guárdalas en medio de tu corazón; porque son vida a los que las hallan, y medicina a todo su cuerpo" (4:20-22). Cuando oiga la Palabra de Dios, hágala suya. No se deslice de ella, porque eso es lo más peligroso que puede hacer.

No puede evitarse la pregunta de cuántos miles de personas en el infierno estuvieron cerca de la salvación, cuántos miles estuvieron cerca de echar las amarras y anclar, tan sólo para deslizarse para siempre porque no recibieron lo que oyeron y, en muchos casos, creyeron de verdad. Deslizarse es silencioso, muy fácil, pero absolutamente condenatorio. Todo lo que usted necesita hacer para ir al infierno es no hacer nada. Resulta muy difícil entender cómo puede alguien rechazar a Jesucristo cuando ha visto su carácter. Yo, que como cristiano vivo todos los días con Jesucristo y lo experimento en mi vida, encuentro altamente misterioso que las personas no corran hacia Él y todo lo que Él tiene para ellos.

Y así, a quien oye se le urge a responder por causa del carácter del incomparable Jesucristo.

Suelo pensar en una historia que leí sobre William Edward Parry, un explorador inglés que reunió un grupo y se fue al océano Ártico. Querían ir más al norte para continuar trazando los mapas, de manera que calcularon su ubicación con las estrellas y comenzaron una marcha muy difícil y peligrosa hacia el norte. Caminaron hora tras hora y, finalmente, totalmente exhaustos, pararon. Cuando volvieron a revisar su posición, se dieron cuenta de que estaban más al sur que cuando comenzaron. Iban caminando sobre un tempano de hielo que se movía hacia el sur más rápido de lo que ellos caminaban hacia el norte. Me pregunto cuántas personas creerán que sus buenas obras, sus méritos y su religiosidad los están acercando, paso a paso, a Dios, cuando en realidad se están alejando más rápido de lo que creen que se acercan. He ahí la tragedia en todo esto. Se despiertan un día para darse cuenta, como el grupo de Parry, que todo el tiempo anduvieron en la dirección equivocada.

No debe una persona estar satisfecha con los sentimientos religiosos, con venir a la iglesia, con casarse con una pareja cristiana o con las actividades eclesiales. Esa persona se deslizará al infierno si no hace un compromiso personal con Jesucristo, el Señor y Salvador.

LA CERTEZA DEL JUICIO

La segunda razón importante para aceptar a Cristo es la certeza del juicio para quienes no lo reciban. Los versículos 2 y 3 nos hablan de lo inevitable que es este castigo:

Porque si la palabra dicha por medio de los ángeles fue firme, y toda transgresión y desobediencia recibió justa retribución, ¿cómo escaparemos nosotros, si descuidamos una salvación tan grande? La cual, habiendo sido anunciada primeramente por el Señor, nos fue confirmada por los que oyeron, (2:2 3)

La palabra griega para **si**, (es el primer si), supone una condición cumplida, no una posibilidad. El significado en el contexto es que la palabra hablada por los ángeles era absoluta y categórica. La frase podría traducirse así: "Porque, considerando el hecho de que los ángeles en efecto hablaron esta palabra...".

¿Por qué el Antiguo Testamento, particularmente los diez mandamientos, están relacionados con los ángeles? ¿Por qué enfatiza el escritor que los ángeles mediaron el Antiguo Pacto? Lo hace porque los ángeles jugaron un papel decisivo al traer los diez mandamientos, como queda claro en varios pasajes.

Salmo 68:17 da una idea: "Los carros de Dios se cuentan por veintenas de millares de millares; el Señor viene del Sinaí a mi santuario". En el Sinaí, donde Moisés recibió la ley, el Señor estaba acompañado por una hueste de ángeles. El mismo Moisés nos informa: "Dijo: Jehová vino de Sinaí, Y de Seir les esclareció; Resplandeció desde el monte de Parán, Y vino de entre diez millares de santos, Con la ley de fuego a su mano derecha". (Dt. 33:2). Esto indica, creemos, que los ángeles hicieron su parte cuando llegó la ley (es decir estuvieron involucrados cuando la ley llegó).

Hechos 7:18 menciona específicamente que al menos un ángel estaba con Moisés en el Sinaí: "Este es aquel Moisés que estuvo en la congregación en el desierto con el ángel que le hablaba en el Monte Sinaí, y con nuestros padres". Unos versículos más adelante se nos dice que la ley se recibió "por disposición de ángeles" (v. 53).

El Antiguo y el Nuevo Testamentos nos dicen que los ángeles estuvieron en el Sinaí y fueron decisivos al traer la ley. Y si usted rompía la ley, la ley lo rompía a usted. No había salida. Se lapidaba a una persona si cometía adulterio, adoraba falsos dioses o blasfemaba el nombre de Dios. La ley era inviolable; el castigo por violarla era seguro. Como dice nuestro texto, **toda transgresión y desobediencia recibió justa retribución**. La ley castigaba todo pecado. Y ese castigo era justo.

Aquí se usan dos palabras para pecado: **transgresión** (*parabasis*) y **desobediencia** (*parakoē*). Transgresión significa cruzar la línea en un acto voluntario, Es un pecado de comisión abierto, de hacer intencionalmente algo que sabemos errado. Sin embargo, la desobediencia conlleva la idea de no haber entendido perfectamente, aunque no en el sentido de una persona sorda, que no puede evitar no oír. La desobediencia cierra deliberadamente sus oídos a los mandamientos, advertencias e invitaciones de Dios. Es un pecado de desatención, de omisión: no hacer nada cuando debíamos hacer algo. Uno es un pecado activo, el otro es pasivo, pero ambos son voluntarios y ambos son serios.

Véase Levítico 24:14-16:

"Saca al blasfemo fuera del campamento, y todos los que le oyeron pongan sus manos sobre la cabeza de él, y apedréelo toda la congregación. Y a los hijos de Israel hablarás, diciendo: Cualquiera que maldijere a su Dios, llevará su iniquidad. Y el que blasfemare el nombre de Jehová, ha de ser muerto; toda la congregación lo apedreará; así el extranjero como el natural, si blasfemare el Nombre, que muera".

Parece severo, pero Dios quería asegurarse de que se solucionara inmediatamente el problema de los falsos profetas blasfemos para mantener la pureza moral y espiritual de su pueblo.

Mírese ahora Números 15:30-36:

"Mas la persona que hiciere algo con soberbia, así el natural como el extranjero, ultraja a Jehová; esa persona será cortada de en medio de su pueblo. Por cuanto tuvo en poco la palabra de Jehová, y menospreció su mandamiento, enteramente será cortada esa persona; su iniquidad caerá sobre ella. Estando los hijos de Israel en el desierto, hallaron a un hombre que recogía leña en día de reposo. Y los que le hallaron recogiendo leña, lo trajeron a Moisés y a Aarón, y a toda la congregación; y lo pusieron en la cárcel, porque no estaba declarado qué se le había de hacer. Y Jehová dijo a Moisés: Irremisiblemente muera aquel hombre; apedréelo toda la congregación fuera del campamento. Entonces lo sacó la congregación fuera del campamento, y lo apedrearon, y murió, como Jehová mandó a Moisés".

Se preguntara usted: "¿Matarlo por recoger leña en sábado?", Sí, porque deliberadamente desacató la ley de Dios (cp. Stg. 2:10).

La ley inviolable que Dios determinó era fuerte. En Judas 5 leemos: "Mas quiero recordaros, ya que una vez lo habéis sabido, que el Señor, habiendo salvado al pueblo sacándolo de Egipto, después destruyó a los que no creyeron". Ese es un juicio severo sobre los incrédulos.

Nótese ahora la palabra justa en Hebreos 2:2. A Dios suele acusársele de ser injusto cuando su castigo nos parece desproporcionado con la falta cometida. Pero Dios, por su propia naturaleza, no puede ser injusto. Bajo el Antiguo Pacto castigó severamente a quienes decidieron vivir sin Él y no acatarlo. Los sacó de su pueblo por causa de quienes eran puros, santos y querían vivir para Él. Su juicio sobre el pueblo de Israel era severo porque ellos sabían la verdad.

El castigo siempre está relacionado con la luz. Entre más luz tengamos, más severo es el castigo, Jesús fue claro al respecto:

Entonces comenzó a reconvenir a las ciudades en las cuales había hecho muchos de sus milagros, porque no se habían arrepentido, diciendo: ¡Ay de ti, Corazín! ¡Ay de ti, Betsaida! Porque si en Tiro y en Sidón se hubieran hecho los milagros que han sido hechos en vosotras, tiempo a que se hubieran arrepentido en cilicio y en ceniza. Por tanto os digo que en el día del juicio, será más tolerable el castigo para Tiro y para Sidón, que para vosotras. Y tú, Capernaum, que eres levantada hasta el cielo, hasta el Hades serás abatida; porque si en Sodoma se hubieran hecho los milagros que han sido hechos en ti, habría permanecido hasta el día de hoy. Por tanto os digo que en el día del juicio, será más tolerable el castigo para la tierra de Sodoma, que para ti. (Mt. 11:20-24)

El principio es este: cuanto más sepa usted, más grande será el castigo por no cumplir lo que usted sabe. Tiro y Sidón eran sumamente culpables de incredulidad y desobediencia, y en las Escrituras Sodoma y Gomorra tipifican la inmoralidad e impiedad más grosera. Pero ninguna de ellas era tan culpable como Capernaum, Betsaida o Corazín, porque estas tres, además de haber tenido la luz del Antiguo Testamento, tuvieron la luz del mismo Mesías de Dios.

Marcos registra una enseñanza similar de nuestro Señor: "Guardaos de los escribas, que gustan de andar con largas ropas, y aman las saluciones en las plazas, y las primeras sillas en las sinagogas, y los primeros asientos en las cenas; que devoran las casas de las viudas, y por pretexto hacen largas oraciones. Estos recibirán mayor condenación" (Mc. 12:38-40).

El infierno es un lugar muy real. En el Nuevo Testamento se le llama lugar de fuego eterno (Mt. 25:41), donde el gusano no muere y el fuego no se apaga (Mr. 9:43-44). Se le llama lago de fuego que arde con azufre (Ap. 19:20); abismo o fosa sin fondo (Ap. 9:11; 11:7 y otros); tinieblas externas, donde está el lloro y el crujir de dientes (Mt. 22:13); y oscuridad de las tinieblas (Jud. 13).

Hay grados de castigo en el infierno. Los lugares más calientes pertenecen a quienes más luz han rechazado. Préstese atención a las palabras del mismo Jesús: "Aquel siervo que conociendo la voluntad de su señor, no se preparó, ni hizo conforme a su voluntad, recibirá muchos azotes. Mas el que sin conocerla hizo cosas dignas de azotes, será azotado poco; porque a todo aquel a quien se haya dado mucho, mucho se le demandará; y al que mucho

se le haya confiado, más se le pedirá" (Lc. 12:47-48). El Señor está hablando sobre el juicio, y lo que quiere decir es sencillo: cuanta más luz, más responsabilidad.

Esta verdad se presenta de la forma más clara posible en el libro que ahora estamos estudiando. "El que viola la ley de Moisés, por el testimonio de dos o de tres testigos muere irremisiblemente. ¿Cuánto mayor castigo pensáis que merecerá el que pisoteare al Hijo de Dios, y tuviere por inmunda la sangre del pacto en la cual fue santificado, e hiciere afrenta al Espíritu de gracia?" (He. 10:28-29). La persona que conoce, entiende y cree en el evangelio, pero se desliza y se aparta de este, experimentará el castigo más severo que exista. De modo que la certeza del castigo debe ser una motivación poderosa para aceptar a Cristo.

LA CONFIRMACIÓN DE DIOS

¿Cómo escaparemos nosotros, si descuidamos una salvación tan grande? La cual, habiendo sido anunciada primeramente por el Señor, nos fue confirmada por los que oyeron, testificando Dios juntamente con ellos, con señales y prodigios y diversos milagros y repartimientos del Espíritu Santo según su voluntad. (2:3-4)

La tercera razón importante para aceptar a Cristo es la confirmación de Dios. Cristo fue el primero en anunciar el evangelio y luego fue confirmado por los apóstoles, que lo habían oído de Él en persona. Sin embargo, lo que es más importante. Dios mismo dio testimonio y lo confirmó.

Cuando Jesús predicaba, también hizo algunas cosas que conferían más credibilidad al evangelio. Él dijo: "... Aunque no me creáis a mí, creed a las obras, para que conozcáis y creáis que el Padre está en mí, y yo en el Padre" (Jn. 10:38). Cuando afirmó ser Dios y luego hizo cosas que sólo Dios podía hacer, confirmó su divinidad y, en consecuencia, la verdad de su mensaje. En el día de Pentecostés, Pedro recordó a sus oyentes que "Jesús nazareno [fue un] varón aprobado por Dios entre vosotros con las maravillas, prodigios y señales" (Hch. 2:22).

Dios dio señales de confirmación semejantes a través de los apóstoles, los primeros predicadores del evangelio después de Jesucristo. Sin duda, muchos de los creyentes decían "¿Por qué debemos creerles? ¿Qué pruebas tenemos de que su mensaje viene de Dios? Siempre ha habido cantidades de falsos maestros por ahí. ¿Cómo sabremos que estos son auténticos?" Así que Dios les dio la capacidad a sus testigos apóstoles de hacer las mismas cosas que Jesús hizo: señales, maravillas y milagros. Y, de hecho, realizaron milagros sorprendentes. Levantaron muertos, sanaron muchas enfermedades y aflicciones

y Dios confirmó el ministerio de ellos por medio de esas obras maravillosas. Por tanto, discutir con un apóstol sobre el evangelio era discutir con Dios. Su predicación y su enseñanza eran verdad divina sustanciada por los milagros.

Como si esta confirmación no fuera suficiente, Dios les dio a los apóstoles repartimientos especiales del Espíritu Santo según su voluntad. La expresión según su voluntad parece haberse insertado para evitar que nos confundiéramos con respecto a la fuente de ciertos dones espirituales (cp. 1 Co. 12:11, 18, 28).

El doctor Earl Radmacher, presidente del Seminario Bautista Conservador del Occidente [de Estados Unidos], me contó de la vez que recibió en su correo un panfleto en el cual le daban los pasos necesarios para obtener al Espíritu Santo. Primero, debían repetirse las frases "alabado sea el Señor" y "Aleluya" tres veces más rápido de lo normal y por un período de diez minutos. Si lo hacía con la suficiente velocidad, pasaría a un lenguaje extraño y entonces habría obtenido al Espíritu Santo. Eso tiene tanto de ridículo como de blasfemo. Los dones del Espíritu se reciben acorde a su voluntad, no a nuestros esfuerzos.

La idea principal al final del versículo 4 es que los dones que los apóstoles recibieron del Espíritu Santo eran una confirmación divina adicional a su mensaje y su ministerio. Los dones mencionados en Hebreos 2:4 eran milagrosos, no una promesa a los creyentes en general. Romanos 12 y 1 Corintios 12-14 ilustran de forma representativa los dones espirituales no milagrosos que no estaban reservados para los apóstoles.

En Hechos 14:3 leemos que Pablo y Bernabé "se detuvieron [en Iconio] mucho tiempo, hablando con denuedo, confiados en el Señor, el cual daba testimonio a la palabra de su gracia, concediendo que se hiciesen por las manos de ellos señales y prodigios". Pablo habló a los cristianos en Roma "con potencia de señales y prodigios, en el poder del Espíritu de Dios; de manera que desde Jerusalén, y por los alrededores hasta Ilírico, todo lo [hubo] llenado del evangelio de Cristo" (Rom. 15:19). Como apóstol, tenía el don de hacer estos milagros. En otra carta dice: "Con todo, las señales de apóstol han sido hechas entre vosotros en toda paciencia, por señales, prodigios y milagros" (2 Co. 12:12). Por tanto, estas obras especiales pertenecieron exclusivamente a la era apostólica. No estaban para durar indefinidamente y no son para hoy.

¿Cuáles eran estos dones, específicamente? Considero que eran cuatro: sanidades, milagros, lenguas e interpretación de lenguas. Todos estos milagros cesaron después de la era apostólica. No son necesarios hoy porque no existe esa necesidad de confirmar el evangelio.

Aun en el Nuevo Testamento estas confirmaciones fueron dadas únicamente para el beneficio de los incrédulos. "Así que, las lenguas son por señal, no a los creyentes, sino a los incrédulos" (1 Co. 14:22). Cuando se completó la Palabra de Dios escrita cesaron las otras confirmaciones. Si alguien hoy viene a decir "así dice el Señor", ¿cómo sabemos que es genuino? Usted lo verifica con lo que dicen las Escrituras. Benjamín Warfield, gran estudioso de la Biblia, dijo: "Estos dones de milagros eran parte de las credenciales de los apóstoles como agentes autoritativos de Dios en la fundación de la iglesia. Así, la función de estos dones era confirmar a los apóstoles de manera diferencial en la iglesia apostólica, y esos dones se fueron con los apóstoles".

Entonces, las tres grandes razones por las cuales no debe alguien rechazar el evangelio de la salvación son; el carácter de Cristo, la certeza del juicio y la confirmación de Dios. Dios ha avalado este evangelio con señales, maravillas, milagros y dones espirituales especiales: pero ahora él lo avala con el milagro y la autoridad de su Palabra escrita.

Que no se diga de usted que rechazó a Jesucristo. La historia cuenta que el fracaso al lanzar un cohete en el momento preciso de la noche provocó la caída de Antwerp y la liberación de Holanda se retrasó veinte años. Sólo tres horas de descuido le costaron a Napoleón la batalla de Waterloo. Rechazar la salvación de Cristo puede costarle a usted la bendición eterna, la dicha eterna, y traer sobre su vida juicio condenatorio y castigo eterno. No deje que la gracia de Dios se le deslice.

5 Recuperación del destino perdido del hombre (2:5-9)

Porque no sujetó a los ángeles el mundo venidero, acerca del cual estamos hablando; pero alguien testificó en cierto lugar, diciendo: ¿Qué es el hombre, para que te acuerdes de él, O el hijo del hombre, para que le visites? Le hiciste un poco menor que los ángeles, Le coronaste de gloria y de honra, Y le pusiste sobre las obras de tus manos; Todo lo sujetaste bajo sus pies. Porque en cuanto le sujetó todas las cosas, nada dejó que no sea sujeto a él; pero todavía no vemos que todas las cosas le sean sujetas. Pero vemos a aquel que fue hecho un poco menor que los ángeles, a Jesús, coronado de gloria y de honra, a causa del padecimiento de la muerte, para que por la gracia de Dios gustase la muerte por todos. (2:5-9)

Después del llamado urgente en 2:1-4 a no rechazar la salvación, el escritor regresa brevemente a su explicación sobre los ángeles como una introducción a su enseñanza sobre el destino del hombre. Primero, presenta otra verdad sorprendente sobre el rango o posición de los ángeles en relación con Cristo: Porque no sujetó a los ángeles el mundo venidero, acerca del cual estamos hablando. Sólo Dios será el soberano del mundo venidero, que es otra indicación de su superioridad con respecto a los ángeles. Si los ángeles son los siguientes por debajo de Dios y Jesús es superior a los ángeles, obviamente Jesús es Dios.

Además de continuar con el argumento sobre la superioridad de Cristo con respecto a los ángeles, este pasaje trata el destino del hombre. El hombre está perdido hoy, totalmente perdido. Al perder su relación directa con Dios también perdió el significado de su existencia. Estos versículos nos enseñan cuál es el destino previsto para el hombre, cómo y cuándo se perdió y cómo se puede recuperar mediante el Salvador exaltado.

EL DESTINO DEL HOMBRE ES REVELADO POR DIOS

Primero, vemos que Dios revela el destino del hombre. Porque no sujetó a los ángeles el mundo venidero, acerca del cual estamos hablando. Dios no pretendió nunca darle a los ángeles poder para gobernar el mundo venidero. Más bien, los ángeles están para servir a quienes serán los herederos de la salvación (1:14). En el mundo venidero los ángeles serán siervos, no gobernantes.

La palabra sujetó es traducción del verbo *hupotassō*, un término que se refería principalmente a tener los soldados organizados bajo un comandante. También se usaba para los sistemas administrativos. Dios no entregará la administración del mundo venidero a los ángeles. El mundo venidero será grande y maravilloso, un mundo de perfección.

Quien gobierne aquel mundo será glorioso. Pero no serán los ángeles. La superioridad de los ángeles con respecto a los hombres es temporal.

La palabra griega que se traduce mundo en el versículo 5 no es el término general *kosmos*, cuyo significado es "sistema"; tampoco es *aiōn*, cuyo significado es "eras, siglos". La palabra usada aquí es muy específica; es *oikoumenē*, "la Tierra habitada". Por tanto, habrá una Tierra habitada venidera, los amilenaristas afirman que no hay reino terrenal futuro. Pero este versículo dice con toda claridad que una Tierra así sí vendrá. No puede referirse al planeta Tierra presente, porque este va a cambiar significativamente (Zac. 14:9-11). De hecho, muchas señales parecen indicar que el cambio está cerca.

Por tanto, debe haber otra Tierra habitada venidera. ¿Cuál es? El gran reino milenial. La Tierra y todos los que la habitan también serán diferentes, los animales serán diferentes y algunas de las personas serán diferentes (redimidas y glorificadas; cp. Is. 11:35). Sencillamente, lo que el versículo 5 nos dice es que los ángeles no serán los gobernantes del mundo nuevo.

Sin embargo, para poner todo el asunto en perspectiva, debemos entender que los ángeles sí gobiernan este mundo presente, la Tierra que habitamos hoy. El principal ángel caído es Satanás, que también es el príncipe de este mundo (Jn. 12:31; 14:30). De Efesios también sabemos que este mundo está bajo una influencia demoniaca tremenda. Los demonios son ángeles caídos y se les llama principados, potestades, gobernadores de las tinieblas y huestes espirituales de maldad (Ef. 6:12). Pero no sólo Satanás y sus ángeles caídos tienen alguna capacidad de gobernar en este mundo: los ángeles santos también tienen ahora una especie de soberanía. Daniel 10 habla de Miguel y otro ángel santo que batallaba contra los ángeles caídos que influenciaban a los gobernantes de Persia y Grecia. Por tanto, el gobierno de esta Tierra está ahora en manos de ángeles caídos y de ángeles santos. Y, no es necesario decirlo, este gobierno "conjunto" hace que haya un conflicto extremo.

Sin embargo. Dios creó al hombre como rey de la Tierra y, según el destino final de Dios para el hombre, éste, será un día el soberano que su creador diseñó. De modo que no tiene sentido argumentar que Cristo no puede ser mayor que los ángeles porque se hizo hombre, pues el hombre es menor que los ángeles sólo por un tiempo [*Nota: En Hebreos 2:7 algunas versiones más modernas de la Biblia traducen "por un poco de tiempo" en lugar de "un poco"*]. Un día el hombre volverá a estar por encima de ellos e incluso juzgará a los ángeles caídos (1 Co. 6:3).

Pero alguien testificó en cierto lugar, diciendo: ¿Qué es el hombre, para que te acuerdes de él, o el hijo del hombre, para que le visites? Le hiciste un poco menor que los ángeles, le coronaste de gloria y de honra, y le pusiste sobre las obras de tus manos; todo lo sujetaste bajo sus pies. (2:6-8)

Cuando el escritor dice pero **alguien testificó en cierto lugar** no quiere decir que no supiera dónde estaba la cita o que se le hubieran olvidado las Escrituras. Obviamente, conocía bien el pasaje, pues lo cita perfectamente (de la LXX, la versión griega del Antiguo Testamento). Y el Salmo 8, del cual cita, dice que David es el compositor. Sin embargo, a lo largo de todo Hebreos no se menciona por nombre a ningún autor humano. En realidad, el escritor está tan interesado en que sus lectores judíos entiendan quién escribió el Antiguo Testamento que no lo atribuye a nadie más que a Dios. Es la voz del Espíritu Santo lo que le interesa, el autor humano es incidental.

Los versículos citados del Salmo 8 se refieren a la humanidad, no al Mesías, quien no se menciona en el pasaje de Hebreos antes del versículo 9. En los versículos 6-8 vemos el destino planeado de Dios para la humanidad en general. De nuevo, con mucha belleza, el escritor explica su idea usando el Antiguo Testamento.

David se había preguntado: "Dios tu hiciste esto, pero ¿por qué? ¿Qué es el hombre para que hayas hecho tanto por él?". Cuando miramos el universo, extenso y en apariencia ilimitado, y pensamos en el pequeño punto que llamamos Tierra en medio de todo esto no podemos sino preguntarnos: ¿Qué es el hombre? ¿Qué derecho tenemos a que Dios nos tenga tan presentes? El salmista procede a responder su propia pregunta: "Lo hiciste menor que los ángeles por un poco de tiempo... lo coronaste con gloria y honra... lo pusiste sobre la obra de tus manos... sujetaste bajo sus pies todas las cosas". Dios hizo al hombre para ser rey. Ese es el destino del hombre.

Sin duda, David y el escritor de Hebreos tenían en mente el primer capítulo de Génesis.

Entonces dijo Dios: Hagamos al hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza; y señoree en los peces del mar, en las aves de los cielos, en las bestias, en toda la tierra, y en todo animal que se arrastra sobre la tierra. Y creó Dios al hombre a su imagen, a imagen de Dios lo creó; varón y hembra los creó. Y los bendijo Dios, y les dijo: Fructificad y multiplicaos; llenad la tierra, y sojuzgadla, y señoread en los peces del mar, en las aves de los cielos, y en todas las bestias que se mueven sobre la tierra. Y dijo Dios: He aquí que os he dado toda planta que da semilla, que está sobre toda la tierra, y todo árbol en que hay fruto y que da semilla; os serán para comer. Y a toda bestia de la

tierra, y a todas las aves de los cielos, y a todo lo que se arrastra sobre la tierra, en que hay vida, toda planta verde les será para comer. Y fue así. Y vio Dios todo lo que había hecho, y he aquí que era bueno en gran manera... (Gn. 1:26-31).

Miremos Hebreos 2:6-8 parte por parte. **¿Qué es el hombre... o el hijo del hombre?** Algunos consideran que el **hijo del hombre** es una referencia a Cristo, pero creo que se trata sencillamente de un paralelo a hombre, la expresión hijo del hombre suele usarse en el Antiguo Testamento para referirse a la humanidad. Por ejemplo, a Ezequiel se le llama varias veces "el hijo del hombre", con lo cual se indicaba que era un ser humano, parte de la humanidad.

La palabra **acuerdes** en el griego tiene que ver con mirar a alguien con el propósito de beneficiarlo. Es más que tan sólo desear el bienestar de la persona; requiere cuidado activo. La palabra se usa dos veces en Lucas 1 para describir el hecho de que Dios visita al pueblo de Israel para redimirlo (vv. 68, 78). De hecho, la versión Reina Valera 1960 usa *visites* en el texto de Hebreos 2:6. Dios tiene una preocupación activa y real por la humanidad.

Le hiciste un poco menor que los ángeles. Cuando Dios creó al hombre, en un sentido lo hizo menor que los ángeles. No es que sea menor que los ángeles espiritualmente o que Dios lo ame menos. Tampoco menos que los ángeles en importancia para Dios. El hombre es menor que los ángeles sólo porque es físico y ellos son espirituales. ¿Qué quiere decir? Solamente esto: los ángeles son criaturas celestiales, mientras que el hombre está ligado a la Tierra. Obviamente, esta es una diferencia limitadora e importante y, por tanto, el hombre es de menor rango ahora. Pero hay un tiempo límite para tal inferioridad. La actual cadena de mando es temporal. Dios tiene un destino para el hombre que lo encumbrará a la categoría de rey, donde estará al menos al mismo nivel que los ángeles.

El hombre está confinado a la Tierra y al espacio relativamente cercano. Por otro lado, los ángeles no están confinados a lo espiritual. Pueden venir a la Tierra por su voluntad y tienen poder y fuerza sobrenaturales que ni siquiera un hombre sin pecado tendría. No sólo eso, sino que la única comunión directa del hombre con Dios ha sido la que existió cuando Jesús estaba en la tierra, los ángeles tienen acceso continuo al trono de Dios, los ángeles son seres espirituales: el hombre está hecho del polvo de la Tierra. Después de la rebelión de Satanás, los ángeles fieles quedaron asegurados en la santidad para siempre; después de la rebelión de Adán, todos los hombres se hicieron malditos con él. En Adán todos mueren (1 Co. 15:22). En el momento de la creación los ángeles eran perfectos: el hombre tan sólo era inocente. Incluso en su inocencia, tenía el hombre la elección de pecar.

Pero, más importante aún, los ángeles nunca estuvieron sujetos a la muerte como sí lo estaba el hombre. Las primeras palabras de Dios para Adán en el huerto fueron: "De todo árbol del huerto podrás comer; mas del árbol de la ciencia del bien y del mal no comerás; porque el día que de él comieres, ciertamente morirás" (Gn. 2:16-17).

En la Tierra nueva venidera las cosas serán muy diferentes. Entonces "recibirán el reino los santos del Altísimo, y poseerán el reino hasta el siglo, eternamente y para siempre... [y] el reino, y el dominio y la majestad de los reinos debajo de todo el cielo, [será] dado al pueblo de los santos del Altísimo, cuyo reino es reino eterno, y todos los dominios le servirán y obedecerán" (Dn. 7:18, 27). Los hombres redimidos no heredarán tan sólo un reino perfecto sino eterno, en el cual gobernarán ellos y no los ángeles. Apocalipsis 3:21 dice que los creyentes se sentarán con Cristo en su trono y gobernarán con Él. Efesios 1:20 dice que Él reinará sobre principados y potestades, es decir, sobre los ángeles. Por lo tanto, si Cristo reina sobre los ángeles en el reino y nosotros nos sentamos con Él en su trono, nosotros también reinaremos sobre los ángeles. **El hombre es menor que los ángeles sólo por un poco de tiempo.** En Cristo, toda la Tierra recibirá la redención y el hombre recibirá su corona. Esa es la promesa para el futuro.

Nótese ahora la segunda parte de Hebreos 2:7. Le coronaste de gloria y de honra, y le pusiste sobre las obras de tus manos. La palabra **coronaste** es *stephanoō*, sobre una corona (*stephanos*), de honor. Cuando Dios hizo a Adán puro e inocente, le dio honor y gloria. Algún día Él restaurará ese honor y gloria.

Todo lo sujetaste bajo sus pies. Porque en cuanto le sujetó todas las cosas, nada dejó que no sea sujeto a él; (2:8a).

El trono del rey siempre estaba más arriba, cuando alguien llegaba a su presencia se inclinaba ante él y en ocasiones le besaba los pies. Por tanto, se solía decir que sus súbditos estaban bajo sus pies. Cuando al hombre se le dé el derecho a gobernar la Tierra, toda la creación estará bajo los pies del hombre. Esa es la revelación del destino del hombre.

EL DESTINO DEL HOMBRE QUEDÓ RESTRINGIDO POR EL PECADO

Pero todavía no vemos que todas las cosas le sean sujetas. (2:8b)

Algo drástico ocurrió. El destino revelado del hombre quedó restringido por el pecado de Adán y Eva. Dios le dijo a Eva "Multiplicaré en gran manera los dolores en tus preñeces; con dolor darás a luz los hijos; y tu deseo será para tu marido, y él se enseñoreará de ti" (Gn. 3:16). El dolor del parto y la sujeción de la esposa al esposo son consecuencias

directas de la caída. Dios le dijo a Adán: "Por cuanto obedeciste a la voz de tu mujer, y comiste de) árbol de que te mandé diciendo: No comerás de él; maldita será la tierra por tu causa; con dolor comerás de ella todos los días de tu vida. Espinos y cardos te producirá, y comerás plantas del campo. Con el sudor de tu rostro comerás el pan hasta que vuelvas a la tierra, porque de ella fuiste tomado; pues polvo eres, y al polvo volverás" (Gn. 3:17-19). Entonces Dios expulsó al hombre del huerto. Y el Señor dijo: "He aquí el hombre es como uno de nosotros, sabiendo el bien y el mal; ahora, pues, que no alargue su mano, y tome también del árbol de la vida, y coma, y viva para siempre. Y lo sacó Jehová del huerto del Edén, para que labrase la tierra de que fue tomado" (Gn. 3:22-23). Cuando Adán pecó, la Tierra se corrompió, y él perdió inmediatamente su reino y su corona.

Dado que toda la humanidad cayó en Adán y el perdió su reino y su corona, ahora no vemos que la Tierra se sujete al hombre. Originalmente la Tierra estaba sujeta al hombre y suplía todas sus necesidades sin que él tuviera que hacer algo. Sólo tenía que aceptar y disfrutar la Tierra mientras esta proveía para él. Entonces, tentado por Satanás, el hombre pecó y su tentador usurpó la corona. Ahí puede verse el cambio en la línea de mando, El hombre cayó al fondo y la Tierra, bajo el poder del maligno, ahora gobierna al hombre. Si le presta bien atención a la ecología, sabrá que nosotros no gobernamos al mundo; el mundo nos gobierna. A pesar de toda nuestra tecnología moderna, debemos luchar constantemente contra la Tierra para poder sobrevivir.

¿Qué otras cosas le pasaron a Adán después que pecó? Primero, hubo un asesinato dentro de su propia familia. Después hubo poligamia, En los capítulos siguientes de Génesis leemos de la muerte. Para cuando llegamos al capítulo 6, Dios envía un diluvio para destruir toda la humanidad, excepto una familia. El hombre había perdido efectivamente su corona. El príncipe de la Tierra, del sistema del mundo, ahora es Satanás. "El mundo entero está bajo el maligno" (1 Jn. 5:19), El gobierna la Tierra maldita que, a su vez, gobierna al hombre pecador. Cuando el hombre perdió su corona, también perdió el dominio de sí mismo y el de la Tierra. Era completamente pecador y se hizo esclavo del pecado.

No sólo eso, sino que ahora el reino animal pasó a estar subordinado por el hombre sólo por miedo, ya no por afecto. Gran parte del reino animal ya no se pudo domesticar. El suelo, naturalmente y en abundancia, producía originalmente buenas cosas para que el hombre las tuviera a disposición.

Ahora produce espinas, cizaña y otras cosas dañinas, naturalmente y en abundancia. Las cosas buenas que el hombre obtiene de la Tierra hoy sólo se consiguen con esfuerzo

agotador. Los extremos de calor y frío, reptiles y plantas venenosos, terremotos, tornados, diluvios, huracanes, enfermedades, guerras. Todas estas cosas cayeron sobre el hombre después de la caída. Prácticamente, todo lo que Dios le había dado al hombre para su bien y bendición se hizo su enemigo, y el hombre ha estado peleando una batalla perdida desde entonces. Durante milenios ha estado muriendo. Y ahora ha encontrado que la Tierra está muriendo con él.

De manera sorprendente, la Tierra sabe de su condición, "Porque el anhelo ardiente de la creación es el aguardar la manifestación de los hijos de Dios. Porque la creación fue sujeta a vanidad, no por su propia voluntad, sino por causa del que la sujetó en esperanza" (Rom. 8:19-20). Dios sujetó la Tierra a su maldición para que el hombre tuviera dificultades permanentemente. El hombre debía saber que Dios estaba consciente de su pecado y tenía que sufrir las consecuencias, en parte, peleando contra la misma naturaleza que Dios diseñó para ser sierva del hombre. Pero cuando el nuevo reino comience, "la creación misma será libertada de la esclavitud de corrupción, a la libertad gloriosa de los hijos de Dios. Porque sabemos que toda la creación gime a una, y a una está con dolores de parto hasta ahora" (Rom. 21-22). La Tierra, consciente de la maldición que cayó sobre ella con la caída de Adán, gime por el día en que los hijos de Dios se manifiesten en el reino, porque sabe que ella también quedará libre de la corrupción.

Mientras tanto, el hombre sigue sujeto a la Tierra. Planta pero no es seguro que coseche. Edifica ciudades, casas, diques y monumentos; pero todas esas cosas pueden destruirse con un relámpago, terremoto, diluvio, incendio, erosión o simplemente por la edad. El hombre vive amenazado a toda hora. Su cerebro puede desarrollar un tumor en el apogeo de sus logros profesionales y quedar hecho un inútil. Justo en el momento de la fama atlética, puede quedar herido y parálítico incapacitado. Pelea consigo mismo, pelea con sus congéneres y pelea con la Tierra. Todos los días leemos y oímos de problemas en las naciones, de la imposibilidad de acuerdo entre estadistas mientras el mundo se consume en conflictos políticos y sociales... para no mencionar las dificultades económicas, los quebrantos de salud y las amenazas militares. Oímos el gemido del dolor de los animales mudos e incluso vemos las luchas de los árboles y sus frutos contra la enfermedad y los insectos. Nuestros abundantes hospitales, doctores, medicinas, pesticidas, compañías de seguros, departamentos de policía y bomberos, funerarias, todas dan testimonio de la maldición de la Tierra.

No sorprende que la creación gima. Pero Dios no lo quiso así; y las cosas seguirán como están durante un tiempo en la escala de Dios. Algún día, en el mundo venidero, cuando

venga el reino, no habrá hospitales, los doctores se quedarán sin negocio y la naturaleza voraz de los animales salvajes (y los seres humanos) cambiará. Las cosechas y los árboles ya no tendrán plagas. El juego de la política se acabará y las guerras cesarán. Reinará el hombre el hombre redimido-. "Y volverán sus espadas en rejas de arado, y sus lanzas en hoces; no alzará espada nación contra nación, ni se adiestrarán más para la guerra" (Is. 2:4). Llegará el día en que, en el plan maravilloso de Dios, el hombre recibirá de nuevo el dominio que perdió. Los redimidos de Dios, sus hijos, no volverán a estar sujetos a la muerte. Serán como ángeles (Lc. 20:16). De hecho, en el reino, los hombres reinarán sobre los ángeles.

CRISTO RECOBRÓ EL DESTINO DEL HOMBRE

Pero vemos a aquel que fue hecho un poco menor que los ángeles, a Jesús, coronado de gloria y de honra, a causa del padecimiento de la muerte, para que por la gracia de Dios gustase la muerte por todos. (2:9)

Esto nos lleva al tercer punto. Cristo ha recuperado el destino revelado del hombre que estaba restringido por el pecado.

La muerte es la maldición final del destino perdido del hombre. Cuando Dios le advirtió a Adán del árbol del conocimiento de bien y del mal, le dijo: "Del árbol de la ciencia del bien y del mal no comerás: porque el día que de él comieres, ciertamente morirás" (Gn. 2:17). La cruz conquistó la maldición. Dios le restaurará al hombre su reino y le volverá a dar la corona.

Pero ¿cómo puede pasar esto? Si todos somos pecadores, ¿cómo podemos quedar libres de pecado? El único pago por el pecado es la muerte. "Porque la paga del pecado es muerte" (Rom. 6:23a). La única forma en la que el hombre puede volver a ser rey es quitando la maldición, la única forma de quitar la maldición es con el pago de la pena. Si al hombre se le ha de restaurar el reino, debe morir y resucitar hecho un hombre nuevo, con cualidades soberanas.

Pero aún queda la pregunta: ¿Cómo? Sabemos, aun sin la revelación de Dios, que no lo podemos hacer por nuestra cuenta. Hablando de Cristo, Pablo lo explica así:

Porque si fuimos plantados juntamente con él en la semejanza de su muerte, así también lo seremos en la de su resurrección; sabiendo esto, que nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con él, para que el cuerpo del pecado sea destruido, a fin de que no sirvamos más al pecado. Porque el que ha muerto, ha sido justificado del pecado. Y si

morimos con Cristo, creemos que también viviremos con él; sabiendo que Cristo, habiendo resucitado de los muertos, ya no muere; la muerte no se enseñorea más de él. Porque en cuanto murió, al pecado murió una vez por todas; mas en cuanto vive, para Dios vive. Así también vosotros consideraos muertos al pecado, pero vivos para Dios en Cristo Jesús, Señor nuestro. (Rom. 6:5-11)

Yo morí hace años. Estoy en perfecto estado de salud ahora, pero morí hace tiempo. Morí como Pablo lo describe en Gálatas: "Con Cristo estoy juntamente crucificado" (Gál. 2:20). En el momento en que puse mi fe en Jesucristo me identifiqué con Cristo. Morí con Él en la cruz. Para John MacArthur la maldición ya no existe. Ahora soy rey. Aún no he heredado mi dominio, pero me han restaurado la corona. Y cada uno de ustedes, que ha conocido y amado a Jesucristo, se identificó con Él desde el momento en que lo recibió. Se les crucificó y enterró juntamente con Cristo, y Él los ha resucitado a una vida nueva. La vida en la que la maldición se ha removido.

En Cristo somos reyes. No tenemos nuestro reino aún, pero con certeza será nuestro. El reino les pertenece a los santos del Altísimo. Nuestros cuerpos viejos van a decaer algún día, pero nosotros no vamos a morir. Nuestros cuerpos morirán, e incluso esos cuerpos resucitarán un día en una forma nueva y eterna. Nos liberaremos inmediatamente para ir a la presencia de Jesús. O, si Él vuelve antes de que muramos, nos llevará con Él a su reino.

Para lograr esta gran obra por nosotros. Jesús tuvo que hacerse hombre. Durante un tiempo, se hizo un poco menor que los ángeles. Para volver a recuperar el dominio del hombre, tuvo que probar la muerte en lugar del hombre. Si alguien muere por su propio pecado, está condenado para siempre en el infierno. Pero Cristo vino a morir por nosotros para que al morir pudiera conquistar la muerte.

Y cantaban un nuevo cántico, diciendo: Digno eres de tomar el libro y de abrir sus sellos; porque tú fuiste inmolado, y con tu sangre nos has redimido para Dios, de todo linaje y lengua y pueblo y nación; y nos has hecho para nuestro Dios reyes y sacerdotes, y reinaremos sobre la tierra. (Ap. 5:9-10).

En tanto usted y yo nos identifiquemos con Jesucristo en su muerte, en tanto lo recibamos como Salvador, la maldición quedará eliminada y nos haremos herederos junto con Él del reino eterno.

Obviamente, si vamos a gobernar como reyes en la Tierra, tiene que haber un reino. Y vi tronos, y se sentaron sobre ellos los que recibieron facultad de juzgar; y vi las almas de

los decapitados por causa del testimonio de Jesús y por la palabra de Dios, los que no habían adorado a la bestia ni a su imagen, y que no recibieron la marca en sus frentes ni en sus manos; y vivieron y reinaron con Cristo mil años. (Ap. 20:4)

¿Quién estará en esos tronos? Nosotros, los reyes. Seremos reyes con nuestro gran Rey, el Rey de reyes. El Rey redentor gobernará con sus santos redimidos en la Tierra redimida.

El hombre cambiará:

Acontecerá en lo postrero de los tiempos, que será confirmado el monte de la casa de Jehová como cabeza de los montes, y será exaltado sobre los collados, y correrán a él todas las naciones. Y vendrán muchos pueblos, y dirán: Venid, y subamos al monte de Jehová, a la casa del Dios de Jacob; y nos enseñará sus caminos, y caminaremos por sus sendas. Porque de Sion saldrá la ley, y de Jerusalén la palabra de Jehová. Y juzgará entre las naciones, y reprenderá a muchos pueblos; y volverán sus espadas en rejas de arado, y sus lanzas en hoces; no alzará espada nación contra nación, ni se adiestrarán más para la guerra. (Is. 2:2-4)

Los animales cambiarán:

Morará el lobo con el cordero, y el leopardo con el cabrito se acostará; el becerro y el león y la bestia doméstica andarán juntos, y un niño los pastoreará. ... Y el niño de pecho jugará sobre la cueva del áspid, y el recién destetado extenderá su mano sobre la caverna de la víbora. No harán mal ni dañarán en todo mi santo monte; porque la tierra será llena del conocimiento de Jehová, como las aguas cubren el mar. (Is. 11:6, 8-9)

Incluso las plantas cambiarán:

Se alegrarán el desierto y la soledad; el yermo se gozará y florecerá como la rosa. Florecerá profusamente, y también se alegrará y cantará con júbilo; la gloria del Líbano le será dada, la hermosura del Carmelo y de Sarón. Ellos verán la gloria de Jehová, la hermosura del Dios nuestro. (Is. (35:1-2)

Cristo probó la muerte por usted y por mí. Lo hizo para recuperar nuestro destino perdido. Si ha estado usted andando a tientas, intentando descubrir por qué existe, espero que ahora sepa la razón. No hay razón para que seamos esclavos. No hay razón para que seamos indigentes. Sólo hay razones para que seamos reyes.

Hoy día, el hombre se pregunta: "¿Qué es el hombre?", El idólatra y el animista dicen: "El hombre es inferior a los pájaros y a los animales, incluso a los que se arrastran, a las piedras y a las astillas-. Y se inclina y adora a la serpiente. El materialista dice:

"Obviamente, el hombre es más que cualquier otro animal, pero sigue siendo producto del azar, el resultado de la selección natural evolutiva". La mayoría de las personas creen cosas como esas o más necias. Pero Dios dice: "Yo creé al hombre para que fuera rey de la Tierra. Sólo por un período breve lo he hecho inferior a los ángeles". Un día él se sentará en el trono de Jesucristo y reinará con Él en su reino. Confío en que usted estará allí reinando con Cristo.

6 Nuestro Salvador perfecto (2:9-18)

Pero vemos a aquel que fue hecho un poco menor que los ángeles, a Jesús, coronado de gloria y de honra, a causa del padecimiento de la muerte, para que por la gracia de Dios gustase la muerte por todos. Porque convenía a aquel por cuya causa son todas las cosas, y por quien todas las cosas subsisten, que habiendo de llevar muchos hijos a la gloria, perfeccionase por aflicciones al autor de la salvación de ellos. Porque el que santifica y los que son santificados, de uno son todos; por lo cual no se avergüenza de llamarlos hermanos, diciendo: Anunciaré a mis hermanos tu nombre, En medio de la congregación te alabaré. Y otra vez: Yo confiaré en él. Y de nuevo: He aquí, yo y los hijos que Dios me dio. Así que, por cuanto los hijos participaron de carne y sangre, él también participó de lo mismo, para destruir por medio de la muerte al que tenía el imperio de la muerte, esto es, al diablo, y librar a todos los que por el temor de la muerte estaban durante toda la vida sujetos a servidumbre. Porque ciertamente no socorrió a los ángeles, sino que socorrió a la descendencia de Abraham. Por lo cual debía ser en todo semejante a sus hermanos, para venir a ser misericordioso y fiel sumo sacerdote en lo que a Dios se refiere, para expiar los pecados del pueblo. Pues en cuanto él mismo padeció siendo tentado, es poderoso para socorrer a los que son tentados. (2:9-18)

Un artículo de periódico de hace unos años saludaba la llegada del "Hijo de Dios" al mundo. Este proclamado salvador, llamado hijo de Dios por sus seguidores, era un gurú de trece años. Asumió su posición en la línea larga de supuestos mesías, supuestos hijos de Dios, supuestos salvadores de una cosa u otra. Se unió a las filas de hombres como Simón el mago, quien murió al permitir que le enterraran para así poder resucitar como Cristo (Enciclopedia Británica), hasta salvadores modernos como Hitler y el Padre Divino. A algunos de estos se les recuerda más y fueron más Influyentes que otros, pero todos fracasaron completamente en vivir a la altura de lo que afirmaban. Y ninguno pudo expiar los pecados.

A medida que estudiamos estos versículos, que continúan mostrando que Jesucristo es superior a los ángeles, nos encontramos con las perfecciones de nuestro Salvador. Y oro por que quienes aún no han recibido a Jesucristo puedan sentirse Irresistiblemente atraídos a Él al verlo en su gran belleza.

Sólo hay un Salvador real, sólo hay un Salvador perfecto, Es Jesucristo. "Y en ningún otro hay salvación: porque no hay otro nombre bajo el cielo, dado a los hombres, en que

podamos ser salvos" (Hch. 4:12). ¿Cómo sabemos que, en efecto, Jesucristo es el único y perfecto Salvador? ¿Por qué deberíamos creerlo? ¿Que lo califica? La respuesta completa y bella se da en Hebreos 2:9-18

NACIDO PARA MORIR

Pero vemos a aquel que fue hecho un poco menor que los ángeles, a Jesús, coronado de gloria y de honra, a causa del padecimiento de la muerte, para que por la gracia de Dios gustase la muerte por todos. (2:9)

Los judíos no podían comprender la idea de que Dios se hubiera hecho hombre. Menos aun podían entender cómo, habiéndose hecho hombre, podría morir. ¿Cómo podía morir el Ungido de Dios, el Mesías? En consecuencia, cada vez que se predicaba el evangelio a los judíos, como en Hechos 17, era necesario explicar por qué Cristo tuvo que sufrir y morir (vv. 2-3). La cruz era una gran piedra de tropiezo para ellos, incluso los judíos conversos tenían dificultades con este asunto. ¿Cómo podía Jesús ser superior a los ángeles si los ángeles no morían? ¿Cómo podía ser Salvador si murió? Estas preguntas eran constantes.

Por un tiempo, **Cristo fue hecho un poco menor que los ángeles**, de forma tal que pudiera hacerse hombre. Se hizo hombre para poder morir, vino a morir porque su muerte y nada más que su muerte podía lograr la salvación del hombre. El Espíritu Santo diseñó en el vientre de María esas manos diminutas para que pudieran asir dos grandes clavos: diseñó sus pies para que pudiera subir una montaña y para que lo pudieran crucificar en una cruz; diseñó su cabeza sagrada para cargar una corona de espinas; y su cuerpo tierno, envuelto en pañales, para que una lanza lo perforara. Cristo vino para esto a la Tierra. Su muerte fue lo más lejano a un accidente. Y, a pesar del maligno que lo crucificó, su muerte fue lo más lejano a una tragedia. Era el plan supremo de Dios para su Hijo y su regalo supremo para la humanidad.

Dios creó al hombre en inocencia Y le dio el dominio de Tierra. El hombre pecó y perdió ese dominio. Jesucristo vino a morir, a quitar la maldición, para que el hombre pudiera volver a obtener el dominio; por tanto, su muerte fue la muerte con mayor propósito en la historia. Vino a restaurarle al hombre la corona. Pero la corona no podía restaurarse sin eliminar la maldición, si Él iba a quitar la maldición del hombre, tenía que lomar el lugar del hombre, haciéndose ÉI hombre. Y aunque para este propósito se hizo inferior a los ángeles, alcanzó lo que ningún ángel podría haber logrado.

En realidad, de esa manera logró cinco cosas. Por medio de su muerte, Jesucristo se hizo: (1) nuestro sustituto, (2) el autor de nuestra salvación, (3) nuestro santificador, (4) nuestro conquistador de Satanás y (5) quien se compadece de nosotros — el Salvador perfecto.

NUESTRO SUSTITUTO

Él murió **para que por la gracia de Dios gustase la muerte por todos**.

Murió en su lugar y en el mío; se hizo nuestro sustituto. Ninguna verdad es más básica para el evangelio. Esta es la primera y la principal razón de la encarnación: Aquel que está por encima de los ángeles se hizo menor que ellos por un tiempo para sufrir la muerte por cada uno. Permítame repetir brevemente la profundidad simple del evangelio.

Ezequiel advirtió que "el alma que pecare, esa morirá" (Ez. 18:4). La misma verdad está explícita en el Nuevo Testamento: "La paga del pecado es muerte" (Rom. 6:23a). El pecado trae muerte, inevitablemente y sin excepción. Por tanto, el hombre, dejado a sus propios recursos, no tiene más perspectiva que la muerte. Pero Dios tiene una solución: un Sustituto que cumpla con el castigo del hombre, que muera en lugar del hombre. Ese era su plan al enviar a la segunda persona de la Trinidad. Cristo se humilló, vino a la Tierra y murió en nuestro lugar. Sin embargo, esta es la doctrina que siempre le ha parecido más repugnante a la teología liberal. Su autosuficiencia homocéntrica no permitiría un sustituto, la muerte de Jesús puede ser un ejemplo bello e ilustrador de morir por una causa, de un mártir verdadero; pero nadie, según la teología liberal, puede tomar nuestro lugar. Sin embargo, en las Escrituras no hay evangelio, no hay buenas nuevas, sin la muerte sustitutiva de Jesucristo. Sin su muerte, no tenemos nosotros escapatoria de la muerte. Hebreos 2:9, lo deja claro.

LOS RECEPTORES DE SU HUMILLACIÓN

El mensaje fundamental de la redención es que Dios se hace hombre para sustituir al hombre en su muerte y, por tanto, liberar al hombre para que pueda vivir con ÉL. Esa sencillez del evangelio, Es sorprendente darse cuenta de que el Creador de los ángeles, el Jefe de los ángeles, el Señor de las huestes angélicas, aquel a quien los ángeles adoran, debía hacerse por un tiempo —y por causa nuestra— un poco menor que los ángeles. Eso es humildad suprema: y la experimentó por nosotros.

EL ALCANCE DE SU HUMILLACIÓN

En la muerte de Cristo vemos el alcance de su humillación, Los ángeles no pueden morir; pero Jesús vino a morir. Se puso tan por debajo de los ángeles que hizo algo que ellos

nunca podrían hacer. Su muerte no fue fácil ni gratuita. Fue muerte con sufrimiento, la salida de Cristo de la Tierra de los vivientes no fue calmada ni pacífica, sino que estuvo acompañada de tortura externa y agonía interna. La muerte que gustó fue la maldición del pecado. Lo que Jesús sintió mientras moría en la cruz fue la agonía total de todas las almas juntas en el infierno por toda la eternidad, sufrida en unas pocas horas. Todo el castigo por todo el pecado de todos los tiempos; esa fue la profundidad de su muerte. No era culpable de pecado alguno; sin embargo, sufrió por todos los pecados.

EL PROPÓSITO DE SU HUMILLACIÓN

Dios envió a su Hijo, y su Hijo vino voluntariamente, a morir por el hombre y redimirlo. "Pero cuando vino el cumplimiento del tiempo, Dios envió a su Hijo, nacido de mujer y nacido bajo la ley, para que redimiese a los que estaban bajo la ley" (Gál. 4:4). Jesucristo se propuso que su muerte fuera sustitutiva por todos. Y sólo porque el Hijo gustó la muerte como hombre nosotros somos libres de la muerte. Históricamente, los reyes han tenido quien les pruebe su comida para protegerlos de un posible envenenamiento. Jesucristo regó (drenó) hasta el poso (escoria) la copa del veneno que nos pertenecía. Con su propia muerte, Él sustituyó la nuestra y nos liberó para vivir con Dios.

EL MOTIVO DE SU HUMILLACIÓN

Para que por la gracia de Dios gustase la muerte por todos. ¿Qué conmovió a Jesucristo para sufrir por nosotros? Fue su gracia —su bondad gratuita y amorosa— Lo que hicimos no merecía la salvación que recibimos, y lo que merecíamos no lo recibimos. Eso es gracia. ¿Y qué impulsa a la gracia? El amor. El amor sin límites impulsó la obra de Cristo por nosotros. Jesús murió únicamente con base en su amor. No fue principalmente por las manos de los hombres o por obra de Satanás que murió por nuestros pecados, sino por el plan determinado y el conocimiento previo divino. "Nadie me [quita mi vida], sino que yo de mí mismo la pongo" (Jn. 10:18). El amor del Hijo era uno con el amor del Padre. "En esto consiste el amor no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó a nosotros, y envió a su Hijo en propiciación por nuestros pecados" (1 Jn. 4:10).

EL RESULTADO DE SU HUMILLACIÓN

El resultado de la humillación de Cristo fue su exaltación. Después de haber llevado a cabo su muerte sustitutiva, fue coronado de gloria y honra, exaltado a la derecha del Padre. Allí se sienta en un trono desde donde reina y reinará para siempre. No se glorifica a sí mismo. "Y nadie toma para sí esta honra, sino el que es llamado por Dios, como lo fue Aarón. Así tampoco Cristo se glorificó a sí mismo haciéndose Sumo Sacerdote, sino el

que le dijo: Tú eres mi Hijo, yo te he engendrado hoy" (He. 5:4-5). Ha estado sentado "sobre todo principado y autoridad y poder y señorío, y sobre todo nombre que se nombra, no sólo en este siglo, sino también en el venidero" (Ef. 1:21) y ante su nombre toda rodilla en el cielo, en la Tierra y debajo de la Tierra, se doblará un día (Fil. 2:10).

De modo que el autor dice a sus lectores judíos, y a otros que se puedan escandalizar o que permanezcan escépticos: "No nos disculpamos por la cruz; no la echamos debajo del tapete, porque la cruz no sólo nos salva sino que glorifica al Señor. Lejos de ser algo en lo cual nos avergoncemos, la humillación y la muerte de Cristo son las cosas en las que nos gloriamos". Él es nuestro gran sustituto, a quien agradeceremos y alabaremos por toda la eternidad.

EL AUTOR DE NUESTRA SALVACIÓN

Porque convenía a aquel por cuya causa son todas las cosas, y por quien todas las cosas subsisten, que habiendo de llevar muchos hijos a la gloria, perfeccionase por aflicciones al autor de la salvación de ellos. (2:10)

La frase **convenía a aquel por cuya causa son todas las cosas, y por quien todas las cosas subsisten**, se refiere principalmente a Dios Padre, aunque obviamente también se refiere al Hijo. La palabra **convenía** significa que lo hecho por Dios a través de Jesucristo era consecuente con su carácter. Era consecuente con la sabiduría de Dios. La cruz fue una obra maestra de sabiduría. Dios resolvió el problema que ninguna mente humana o angélica pudiera haber resuelto. Lo que hizo fue consecuente con su santidad, porque Dios mostró en la cruz su odio por el pecado. Fue consecuente con su poder, siendo el despliegue de poder más grande que se haya manifestado. Cristo soportó en unas cuantas horas lo que habría tomado una eternidad para los pecadores irredentos (separados, no arrepentidos). Fue consecuente con su amor en el sentido de haber amado tanto al mundo que dio a su Hijo unigénito por la redención de aquel. Finalmente, lo que hizo fue consecuente con su gracia, porque el sacrificio de Cristo era sustitutivo. La obra de la salvación fue totalmente consecuente con la naturaleza de Dios. Era totalmente conveniente que Él hiciera lo que hizo. Lo que le convenía al Padre también era conveniente para el Hijo, la humillación que Cristo sufrió por la salvación del hombre era consecuente con su amorosa naturaleza de gracia. Aunque todas las cosas son por su causa y por Él subsisten, se hizo por un tiempo menor que los ángeles para llevar muchos hijos a la gloria y convertirse por aflicciones en el autor perfecto de la salvación de ellos, He aquí la segunda característica de perfección que su humillación logró: autor de la

salvación. Jesús se tuvo que hacer hombre, y tuvo que sufrir y morir, para ser el proveedor perfecto de la salvación.

La palabra griega para autor es *archēgos*; literalmente, "*pionero*" o "*líder*". En Hechos 3:15 y 5:31, se usó, ambas veces, el término que se traduce "*Principe*" en referencia a Cristo. Siempre se refiere este término a alguien que participa a otros en sus esfuerzos. Por ejemplo, se usa para un hombre que comienza y lidera una familia en la cual nacen o se casan otros. Se usa para quien funda una ciudad en la cual otros llegan a vivir. Solía usarse para un pionero que iluminaba el camino para que otros lo siguieran. El *archēgos* nunca se quedaba atrás dando órdenes. Siempre estaba en el frente liderando y dando ejemplo. Cristo, como el *Archēgos* supremo, no se queda en la retaguardia dando órdenes. Siempre está delante de nosotros, como líder perfecto y ejemplo perfecto. Vivió por nosotros el modelo de obediencia perfecta. "Y aunque era Hijo, por lo que padeció aprendió la obediencia; y habiendo sido perfeccionado, vino a ser autor de eterna salvación para todos los que le obedecen" (He. 5:8-9). Con su propia obediencia determinó el modelo perfecto para nosotros. También nos determinó el modelo para el sufrimiento: "Pues para esto fuisteis llamados; porque también Cristo padeció por nosotros, dejándonos ejemplo, para que sigáis sus pisadas" (1 P. 2:21)

Para la mayoría de las personas, la vida se hace más angustiosa y espantosa al momento de la muerte. Ese es el punto en el cual no podemos avanzar ni un sólo paso por nuestra cuenta. Pero el autor de la salvación nos promete lo siguiente: "Porque yo vivo, vosotros también viviréis" (Jn. 14:19). La pregunta última en el mundo es: ¿Alguien ha podido burlar la muerte?; a esto la Biblia responde: Sí, Jesucristo. La segunda pregunta más importante es: Si lo hizo, ¿dejó el camino abierto para mí?; a lo cual la Biblia también responde: Sí. Él dejó el camino abierto. Todo lo que tenemos que hacer es poner nuestra mano en la suya y Él nos llevará de un lado de la muerte al otro. Cuando lo aceptamos como nuestro Salvador, podemos decir con el apóstol Pablo: "¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón? ¿Dónde, oh sepulcro, tu victoria?" (1 Co. 15:55).

Cristo, como el gran pionero de la redención, iluminó el camino de la muerte a la resurrección. Dijo: "Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en mí, aunque esté muerto, vivirá. Y todo aquel que vive y cree en mí, no morirá eternamente" (Jn. 11:25-26). Dios hizo a Cristo por un tiempo un poco menor que los ángeles de manera que pudiera descender a nosotros, ser nuestro *Archēgos* —nuestro pionero y ejemplo espiritual— y llevarnos al Padre.

NUESTRO SANTIFICADOR

Porque el que santifica y los que son santificados, de uno son todos; por lo cual no se avergüenza de llamarlos hermanos, diciendo: Anunciaré a mis hermanos tu nombre, en medio de la congregación te alabaré. Y otra vez: Yo confiaré en él. Y de nuevo: He aquí, yo y los hijos que Dios me dio. (2:11-13)

Además de convertirse en nuestro sustituto y el autor de nuestra salvación, se hizo nuestro santificador. Aquel que nos hace santos. Por supuesto, desde nuestra perspectiva y experiencia, es difícil pensar en nosotros como santos. El pecado es muy grande en nosotros. En el pensamiento y en la práctica estamos lejos de ser santos. Pero en la nueva naturaleza somos perfectamente santos. Ante Dios, quienes están en su Hijo son santos. Puede que no actuemos con santidad, pero lo somos; tal como un hijo que no suele actuar como su padre o que no suele complacerlo sigue siendo el hijo de su padre. Somos santos en el sentido de que, ante Dios, Cristo ha aplicado e impartido su justicia para nosotros. "Somos santificados mediante la ofrenda del cuerpo de Jesucristo hecha una vez para siempre" (He. 10:10). Su sacrificio nos hizo santos, y nos hemos convertido en **los que son santificados**.

Cristo ha eliminado la posibilidad de la pecaminosidad posicional: "Porque con una sola ofrenda hizo perfectos para siempre a los santificados" (He. 10:14). Por tanto, somos tan puros posicionalmente como Dios es puro, tan justos posicionalmente como Cristo es justo y tenemos el derecho a que se nos llame hermanos de Jesucristo porque ahora somos partícipes de su justicia. Tal es la maravilla y la bondad de la gracia de Dios. "Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él (2 Co. 5:21).

El que santifica y el santificado tienen ahora un mismo Padre, y el que santifica no se avergüenza de llamar hermanos a los santificados. ¡Qué verdad tan abrumadora! ¡Cuán humillante es que el Hijo de Dios nos llame hermanos! y no se avergüence de ello. Al conquistar el pecado con su muerte, rompió el dominio del pecado sobre nosotros y puso su justicia eterna sobre nosotros. Somos "coherederos con Cristo" (Rom. 8:17) porque su santidad es ahora nuestra santidad. Su justicia no solamente nos hace santos, sino, que nos hace sus hermanos. Esta es la única forma en que podemos llegar a ser hermanos de Cristo y, por tanto, hijos de Dios. No nacimos en la familia divina, solamente nacimos de nuevo en ella.

La experiencia práctica de la vida del cristiano incluye, por supuesto, el pecado; pero la realidad posicional de su nueva naturaleza es la santidad. "Y vosotros estáis completos en él" (Col 2:10), Completos y en naturaleza perfecta. El propósito primordial y básico de

nuestras vidas ahora es pasar a la práctica lo que somos en esa nueva perfección y posición. Ahora que somos hermanos de Cristo, hijos de Dios, debemos vivir como tales.

¿Puede Imaginarse usted a Dios feliz de llamarse el Dios suyo? Y lo está, no por quien usted es por sí mismo, sino por quien es en Cristo. Más adelante, el escritor de Hebreos dice de los creyentes: "Pero anhelaban una [patria] mejor, esto es, celestial; por lo cual Dios no se avergüenza de llamarse Dios de ellos; porque les ha preparado una ciudad" (He. 11:16). Darnos cuenta de que Jesús no se avergüenza de llamarnos hermanos y de que Dios no se avergüenza de decir "yo soy su Dios" debería conmover nuestros corazones. Y debería hacernos más conscientes de que es por la justicia de Jesucristo que tenemos esta posición y no por la nuestra que, en el mejor de los casos es "como trapo de inmundicia" (Is. 64:6). Sin embargo, es extraño y triste que, aunque no se avergüence Dios de llamarnos suyos, a nosotros sí nos suele avergonzar llamarlo nuestro. ¿Con qué frecuencia podemos decir con sinceridad, como Pablo, que no nos avergonzamos del evangelio?

LA FRATERNIDAD COMENZÓ DESPUÉS DE LA CRUZ

El Señor Jesús nunca llamó "hermanos" a los de su pueblo antes de la cruz. Antes del Calvario los llamó discípulos, amigos u ovejas, pero nunca hermanos. ¿Por qué? Porque en realidad no podrían ser hermanos sino hasta después de la cruz, cuando Él pagó su pecado y les impartió su justicia. Sólo entonces se hicieron hermanos espirituales del Señor. Tan pronto como Jesús se levantó de los muertos, le dijo a María "Ve a mis hermanos" Por primera vez llamó "hermanos" a sus discípulos.

Y otra vez: Yo confiaré en él, Y de nuevo: He aquí, yo y los hijos que Dios me dio. (2:13)

Cuando Jesús estaba en este mundo, aprendió la obediencia de la fe, y con ello se hizo el Salvador perfecto. Aun el Antiguo Testamento reveló que Cristo pondría su confianza en el Padre. En el mismo pasaje también se reveló que sus hermanos harían lo mismo: He aquí, yo y los hijos que Dios me dio. Jesucristo no es nuestro hermano por causa de nuestra naturaleza común, puesto que Él es divino y nosotros somos humanos. Por la misma razón Él no es nuestro hermano por causa de la misma sabiduría o el mismo poder. Él es nuestro hermano por la justicia común y la fe común en el Padre.

¡Cuán maravilloso es darse cuenta de que cuando se nos llama a caminar por la fe, a someternos a Dios y vivir en total dependencia de Él, se nos llama a seguir el camino que Jesús recorrió! Eso es exactamente lo que Él dijo. "No puede el Hijo hacer nada por sí mismo, sino lo que ve hacer al Padre; porque todo lo que el Padre hace, también lo hace

el Hijo igualmente" (Jn 5:19). La hermandad con Jesús significa que poseemos su justicia y que caminamos por fe, como Él lo hizo.

NUESTRO CONQUISTADOR DE SATANÁS

Así que, por cuanto los hijos participaron de carne y sangre, él también participó de lo mismo, para destruir por medio de la muerte al que tenía el imperio de la muerte, esto es, al diablo, y librar a todos los que por el temor de la muerte estaban durante toda la vida sujetos a servidumbre. (2:14-15)

La palabra participaron es del griego *koinōnia*, cuyo significado es tener comunión o estar en sociedad. Requiere tener algo en común con los demás. Todos los seres humanos somos de carne y sangre. En eso somos semejantes. Es nuestra naturaleza común. Pero participó es de una palabra diferente, *metechō*, que tiene que ver con asir algo que no nos pertenece por naturaleza. Nosotros somos por naturaleza carne y sangre: Cristo no lo era. Sin embargo, voluntariamente, Él asumió algo que no le pertenecía por naturaleza. Añadió a su naturaleza nuestra naturaleza para que pudiera morir en nuestro lugar y para que pudiéramos asir la naturaleza divina que no nos pertenecía (cp. 2 P. 1:4),

Obviamente, el poder de Satanás sobre nosotros se quebró para que pudiéramos llegar a Dios. El poder principal de Satanás sobre el ser humano, su arma suprema contra él, es la muerte. Por supuesto, el pecado le da a Satanás poder sobre nosotros, pero el poder en sí es la muerte.

Así que en este aspecto, ¿por qué se volvió hombre Cristo? ¿Por qué murió? Para destruir por medio de la muerte al que tenía el imperio de la muerte, esto es, al diablo, la única forma de destruir a Satanás era despojándolo de su arma, la muerte: la muerte física, espiritual y eterna. Satanás sabía que Dios exigía nuestra muerte por nuestro pecado, la muerte se había convertido en el hecho más cierto de la vida. Satanás sabía que los hombres, de seguir como estaban, morirían y no estarían en la presencia de Dios sino en el infierno para siempre. Satanás quiere aferrarse a los hombres hasta que mueran, porque una vez que hayan muerto la oportunidad que tenían de salvación se pierde para siempre. Los hombres no pueden escapar después de la muerte. De modo que Dios tuvo que arrebatarse a Satanás el poder de la muerte. Sólo por ese propósito vino Jesús.

Si usted tiene un arma más poderosa que la de su enemigo, el arma de él se vuelve inútil. No se puede pelear contra una pistola con un arco y una flecha. El arma de Satanás es muy poderosa. Pero Dios tiene un arma aun más poderosa, la vida eterna, y con ella Jesús destruyó la muerte. El camino a la vida eterna es mediante la resurrección, pero el camino

a la resurrección es a través de la muerte. De modo que Jesús tuvo que experimentar la muerte antes de poder resucitar y darnos vida. Jesús destruyó la muerte al morir. ¿Cómo? Fue (entró) a la muerte, mediante la muerte, y resucitó conquistándola así. Entonces pudo decir: "Porque yo vivo, vosotros también viviréis" (Jn. 14:19). La resurrección de Jesucristo le otorga vida eterna al creyente. Es lo único que le pudiera haber dado vida eterna al hombre. La muerte es el poder del dominio de Satanás; y cuando Jesús hizo añicos (destrozó) el poder de Satanás, también hizo añicos (destrozó) su dominio.

Y librar a todos los que por el temor de la muerte estaban durante toda la vida sujetos a servidumbre. (2:15)

La muerte aterroriza a los hombres más que cualquier otra cosa. Es un miedo horrible, el rey de los terrores. Pero cuando recibimos a Jesucristo, la muerte ya no produce más miedo. Quedamos libres de la atadura del miedo a la muerte y, en su lugar, pasamos a anhelarla. Decimos con Pablo: "Para mí el vivir es Cristo, y el morir es ganancia" (Fil. 1:21) y "¿Dónde está, oh muerte tu aguijón? ¿Dónde, oh sepulcro, tu victoria?" (1 Co. 15:55). La muerte ya no produce más miedo, porque simplemente es nuestra liberación a la presencia de Dios. ¿Por qué? Porque hemos puesto nuestras manos en las del conquistador de la muerte, y Él nos llevará de un lado del sepulcro al otro. Él nunca lo hubiera podido hacer si no se hubiera vuelto por un tiempo un poco menor que los ángeles.

QUIEN SE COMPADECE DE NOSOTROS (NUESTRO SIMPATIZANTE)

Porque ciertamente no socorrió a los ángeles, sino que socorrió a la descendencia de Abraham. Por lo cual debía ser en todo semejante a sus hermanos, para venir a ser misericordioso y fiel sumo sacerdote en lo que a Dios se refiere, para expiar los pecados del pueblo. Pues en cuanto él mismo padeció siendo tentado, es poderoso para socorrer a los que son tentados. (2:16-18)

Cristo no vino a redimir Ángeles sino hombres. De modo que Él tomó sobre sí la forma de los descendientes de Abraham y se convirtió en un judío. Alguien ha bromeado: "Que extraño de Dios para elegir a los judíos". Nos preguntamos por qué escogió a ellos y no a alguna otra raza o nación a quien mostrar su favor especial. Pero si Él hubiera elegido algún otro grupo de personas, nos haríamos la misma pregunta acerca de ellos. Simplemente les eligió en Su soberana voluntad por amor.

"No por ser vosotros más que todos los pueblos os ha querido Jehová y os ha escogido, pues vosotros erais el más insignificante de todos los pueblos; sino por cuanto Jehová os amó, y quiso guardar el juramento que juró a vuestros padres, ..." (Dt. 7:7-8).

Otra vez el escritor responde a la pregunta, "Si Jesús es Dios, ¿por qué Él se hizo un hombre?". Él vino para sustituir a los hombres, para reconciliar a los hombres con Dios, para adaptarlos a la presencia de Dios y para destruir la muerte. Pero más allá de eso también vino para ayudar a los reconciliados cuando sean tentados. Quería sentir todo lo que sentimos, para que él pudiera ser misericordioso y comprensivo, así como un fiel, *Sumo Sacerdote*. Llegó no sólo para salvarnos sino para solidarizarse con nosotros.

En sus cartas a Timoteo, Pablo le dio palabras de consejo y aliento a su joven amigo sobre muchas cosas, su salud, sus críticos, su bienestar moral y espiritual. Pero todos sus consejos podrían tal vez resumirse en estas palabras de la segunda carta: "Acuérdate de Jesucristo, del linaje de David, resucitado de los muertos conforme a mi evangelio" (2 Tim. 2:8). Pablo estaba diciendo, en efecto, Timoteo, "Acuérdate de Jesucristo en su humanidad. Recuerde que, donde usted pueda ir, Él ha estado allí antes. Usted puede ponerse de rodillas cuando las cosas se ponen difíciles y puede orar: "Señor, tú sabes lo que pasó por cuando estabas aquí. Yo lo estoy pasando ahora." y Él dirá, "Sí, lo sé".

Cuando tienes un problema, es maravilloso poder hablar con el único divino que ya lo ha experimentado y lo ha superado con éxito. Otras personas pueden entender, pero no pueden considerar completamente la situación. Jesús vino para identificarse con nosotros, para vivir lo que vivimos. "Porque no tenemos un sumo sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras debilidades, sino uno que fue tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado", (He. 4:15). Se convirtió en nuestro Fraterno, **misericordioso y fiel sumo sacerdote**. Tenía hambre, tenía sed, que fue superado por el cansancio (fatiga), dormía, se le enseñó, creció, amaba, quedó atónito, era alegre, él se enojó, se indignó, fue sarcástico, él estaba apesadumbrado, se turbó, fue superado por los acontecimientos futuros, ejercitó la fe, leía las escrituras, él oró, él suspiró en su corazón cuando vio a otro hombre en la enfermedad, y él lloraba cuando su corazón le dolía.

Jesús sintió todo lo que llegaríamos a sentir —y mucho más. Por ejemplo, sintió tentación de un grado que posiblemente no podríamos experimentar. La mayoría de nosotros nunca sabrá por completo el nivel máximo de la tentación que podamos resistir, simplemente porque sucumbiremos generalmente mucho antes que se alcance el nivel. Pero puesto que Jesús nunca pecó, tomó la máxima medida de cada tentación que vino a él. Y salió victorioso en cada prueba.

¿Por qué pasó por eso? Para poder hacerse un misericordioso y fiel sumo sacerdote que pudiera compadecerse de nuestras debilidades y socorrer a los que son tentados. Nuestro Dios no es un Dios cósmico, poderoso y santo, pero indiferente. Sabe dónde nos duele,

dónde somos débiles, dónde somos tentados. Es el Dios al que podemos ir no sólo para salvación, sino para compasión.

Ese es nuestro Salvador. El Salvador perfecto. Nuestro sustituto, el autor de nuestra salvación, nuestro santificador, nuestro conquistador de Satanás y quien se compadece de nosotros. Qué gran Salvador es. No hay otro.

7 Jesús es superior a Moisés (3:1-6)

Por tanto, hermanos santos, participantes del llamamiento celestial, considerad al apóstol y sumo sacerdote de nuestra profesión, Cristo Jesús; el cual es fiel al que le constituyó, como también lo fue Moisés en toda la casa de Dios. Porque de tanto mayor gloria que Moisés es estimado digno éste, cuanto tiene mayor honra que la casa el que la hizo. Porque toda casa es hecha por alguno; pero el que hizo todas las cosas es Dios. Y Moisés a la verdad fue fiel en toda la casa de Dios, como siervo, para testimonio de lo que se iba a decir; pero Cristo como hijo sobre su casa, la cual casa somos nosotros, si retenemos firme hasta el fin la confianza y el gloriarnos en la esperanza. (3:1-6)

Después de haber visto la supremacía exaltada de Jesús, quien es mejor que los profetas y los ángeles, ahora pasamos a ver que es mejor que Moisés, aquel que recibió el primer pacto.

LA GRANDEZA DE MOISÉS

Los primeros seis versículos presentan la doctrina sobre la que se basa la exhortación del resto del capítulo. Para entender la exhortación, necesitamos entender la premisa; y para entender la premisa, necesitamos revisar qué pensaban de Moisés los judíos de la época. Para apreciar cómo, por qué y a qué nivel Jesús es mejor que Moisés, necesitamos ver primero cuán importante era Moisés. Y antes que eso, necesitamos preguntarnos por qué es necesario demostrar que Jesús es superior a Moisés.

Los judíos estimaban a Moisés muy por encima de cualquier otro judío que hubiera existido. Dios lo había protegido milagrosamente cuando era un bebé y se encargó personalmente de su entierro. Entre esos dos puntos, su vida transcurrió milagro tras milagro. Fue la persona a quien Dios le habló cara a cara. Vio la misma gloria de Dios y, de hecho, esa gloria quedó reflejándose en su cara por un tiempo. Cuando descendió del Sinaí. "la piel de su rostro resplandecía, después que hubo hablado con Dios (Éx. 34:29). Fue quien sacó a Israel de Egipto. Como enfatiza Pablo en Romanos 2, los judíos tenían una confianza grande en la ley. Los mandamientos y rituales del Antiguo Testamento eran sus prioridades absolutas, para ellos Moisés y la ley eran sinónimos. El Nuevo Testamento suele referirse a los mandamientos de Dios como "la ley de Moisés" (Lc. 2:22; Hch. 13:39 y otros). Moisés no sólo dejó los Diez Mandamientos, también escribió el Pentateuco, que establecía la ley levítica y otras leyes que gobernaban todo lo que hacían los judíos. Moisés dejó los planos para el tabernáculo y el arca del pacto.

Algunos judíos creían que Moisés era superior a los ángeles. Dios habló a los profetas en visiones, pero a Moisés le hablaba cara a cara. Le habló en una zarza ardiente. Le habló desde el cielo. Le habló en el Sinaí y escribió los mandamientos con un dedo de fuego. Sobre todos los demás, era el hombre de Dios.

Sin embargo, en este pasaje de Hebreos el Espíritu Santo llama en especial a los lectores judíos a mirar a Jesús. Moisés fue grande, en efecto; pero Jesús era mucho más grande. Se muestra que Jesús es superior a Moisés en oficio, obra y persona. En su oficio es el apóstol y sumo sacerdote. En su obra, es el constructor de la casa. En persona, es el Hijo.

EL OFICIO SUPERIOR DE JESÚS: COMO APÓSTOL Y SUMO SACERDOTE

Por tanto, hermanos santos, participantes del llamamiento celestial, considerad al apóstol y sumo sacerdote de nuestra profesión. Cristo Jesús. (3:1)

El Espíritu Santo estaba hablando directamente a los judíos cristianos que buscaban a Jesús con un ojo, pero con el otro miraban de reojo el judaísmo. Las palabras por tanto siempre nos llevan a algo previo. El escritor dice: "Con base en lo que acabo de decir, consideren a Cristo Jesús". El término considerad (*katanoēō*) implica atención y observación continua. La idea es "Piensen en Jesús y permanezcan así, para que puedan entender quién es Él y cuál es su voluntad".

Él recuperó el destino perdido del hombre, se humilló y se hizo nuestro sustituto, es el Autor de nuestra salvación, nuestro santificador, nuestro conquistador de Satanás y quien se compadece de nosotros: todas estas cosas lo hacen más que calificado para la consideración más seria posible. Jesús es el apóstol supremo, el enviado de Dios y el sumo sacerdote perfecto. Es poderoso, compasivo, misericordioso, fiel, salvador, reconciliador, protector, ayudador y fraternal. Sobre la base de quién es Él y lo que ha hecho, toda persona debería considerarlo. Toda persona debería centrarse en la suficiencia absoluta de Jesús y soltar todo lo demás. Tenemos un sumo sacerdote nuevo y un enviado de Dios nuevo. Es todo lo que cualquier persona necesitaría. ¡Qué mensaje tan maravilloso!

LOS HERMANOS SANTOS SON QUIENES COMPONEN LA COMUNIDAD DE LOS CREYENTES

Como creyentes, somos hermanos con Cristo porque nos identificamos con Él como hijos adoptivos del Padre celestial. Por tanto, muchas personas que han estudiado la epístola a los Hebreos han supuesto que debe haber sido escrito exclusivamente para cristianos, pues suele referirse a los lectores como "hermanos". Pero las Escrituras reconocen tipos de

hermandad diferentes al espiritual. Por ejemplo, tanto Pedro (Hch. 2:29) como Pablo (Hch. 13:38) se dirigieron a los incrédulos judíos como "hermanos". Pero **hermanos santos** sí se refiere a los cristianos, a quienes son hermanos verdaderos. Este pasaje particular está escrito para cristianos, judíos santos hermanos en Cristo. "Porque el que santifica y los que son santificados, de uno son todos: por lo cual no se avergüenza de llamarlos hermanos" (He. 2:11). Estos eran hermanos espirituales, santificados, apartados, hechos santos en Cristo.

Esta sección está escrita para los **participantes del llamamiento celestial**, quienes deseaban un país celestial (11:16), quienes habían venido a la Jerusalén celestial (12:22). Todas estas bendiciones muestran que el cristianismo es superior al judaísmo. El judaísmo era un llamamiento terrenal con una herencia terrenal. El cristianismo es un llamamiento espiritual y celestial con una herencia espiritual y celestial. Por lo tanto, es superior.

Pablo dijo: "Prosigo a la meta, a) premio del supremo llamamiento de Dios en Cristo Jesús... Mas nuestra ciudadanía está en los cielos, de donde también esperamos al Salvador, al Señor Jesucristo" (Fil. 3:14, 20). Nuestro hogar verdadero está en el cielo y vivimos espiritual mente en este momento en los lugares celestiales (Ef. 1:3; 2:6). Como verdaderos creyentes somos hermanos de Jesús por posición y, por tanto, santos. Sólo somos extranjeros y peregrinos en la Tierra. Nuestros cuerpos están en este mundo, pero realmente no pertenecemos aquí.

El escritor está diciendo a su lectores judíos cristianos: "Son ciudadanos de los cielos, ¿por qué no dejan pasar las cosas terrenales? ¿Por qué quieren aferrarse a los rituales terrenales, los símbolos terrenales, cuando tienen la realidad celestial?". Como cristianos no necesitamos los rituales religiosos porque tenemos una realidad espiritual. Jesús dijo que ahora (es decir, desde que Él vino) quien quiera adorar al Padre verdaderamente, debe hacerlo en espíritu y en verdad, no en rituales y ceremonias (Jn. 4:23). En el cristianismo bíblico no hay razón para los ritos externos porque los cristianos tienen acceso continuo a la realidad espiritual.

Todos nosotros, en ocasiones, nos sentimos tentados a creer que nuestras obras y ceremonias son lo más importante. Aun cuando sabemos la verdad, solemos sentirnos más cómodos y "religiosos" en ambientes más tradicionales y conocidos de adoración y cuando realizamos ciertas obras religiosas, o buenas obras, que consideramos particularmente agradables a Dios. Sabemos y aceptamos la gracia completa y gratuita de Dios en Cristo, pero nos aferramos a algunas formas de legalismo artificial en vez de vivir una vida positiva fortalecida por el Espíritu y controlada por Cristo. Considerar y experimentar la

suficiencia de Cristo debería derrumbar todos los esfuerzos legalistas, sean del judaísmo o de cualquier otra clase.

Para los cristianos, aferrarse a ceremonias religiosas terrenas no es sólo algo innecesario y sin sentido, sino perjudicial espiritualmente. Hacerlo nos cohibe de experimentar la plenitud de nuestra relación con Dios y de permitirnos seguirlo con la fidelidad debida. Tales cosas son barreras, no medios, para la bendición. Puesto que los creyentes tienen parte en la naturaleza justa de Cristo y su llamamiento celestial, viven una existencia celestial. Deben concentrarse entonces en esa existencia celestial, no en la terrenal. No son solamente los no salvos quienes necesitan **considerar a Jesús**. Los creyentes, no importa cuán maduros sean, también necesitan considerarlo en todo lo que hagan.

MANTENGAN LOS OJOS EN CRISTO

¿Por qué debemos estar en permanente consideración de Cristo, cuando como cristianos estamos ya en Él y nos identificamos con Él? Simplemente porque todos nosotros estamos lejos de descubrir completamente toda su gloria, toda su belleza, todo lo que Él es. Así, el Espíritu nos dice, como a aquellos primeros creyentes: "Miren a Jesús. Mantengan su mirada en Él y no volteen a ver todos los rituales, todos los problemas y todas las persecuciones. Manténganse considerando a Jesús. No necesitan más. Él es suficiente para todo. Ahora que tienen la realidad suprema, mantengan su atención en Él".

Puede que haya existido un cristiano más grande que Pablo, pero no puedo imaginar quién haya sido. Aun así, este gran apóstol dijo que su mayor deseo era "conocerle, y [conocer] el poder de su resurrección, y la participación de sus padecimientos, llegando a ser semejante a él en su muerte... No que lo [hubiera] alcanzado ya, ni que ya [fuera] perfecto: sino que [proseguía], por ver si [lograba] asir aquello para lo cual [fue] también asido por Cristo Jesús" (Fil. 3:10, 12). Ni siquiera Pablo había sondeado toda la profundidad de Cristo.

La razón por la que muchos cristianos están débiles y preocupados es que dejan de **considerar a Cristo**, y así no hacen suyas la fuerza, tranquilidad y guía totales de Él. El Espíritu Santo dice continuamente a todos los creyentes: Considerad a Cristo Jesús. Cuando la vida se torna difícil, los problemas parecen no tener solución, todo sale mal, cuando la desilusión y la depresión se vuelven "normales" y las tentaciones parecen imposibles de resistir, ponga su mirada en Jesús y manténgala allí intensamente hasta que Él comience a revelarse con todo su poder glorioso ante sus propios ojos.

Jesús dijo: "Aprended de mí" (Mt. 11:29). No dijo: "Aprended acerca de mí", sino: "Aprended de mí". ¿Disfruta usted de verdad su vida cristiana? ¿Se despierta en la mañana y dice: "Señor, no puedo esperar para ver lo que vas a hacer hoy"? ¿Pasa su día y dice: "Señor, tu comunión y tu presencia son emocionantes"? ¿Disfruta a Jesucristo? ¿Quiere a veces pararse y gritar? Usted debe disfrutarlo de esa manera. Pero muchos cristianos no disfrutaban a Jesús. Parecen desdichados e infelices, y no saben nada acerca de su gozo. Quizá piensen que lo único que el Señor hace por nosotros es reprendernos de vez en cuando. Lo ven así porque no caminan día a día con Él. No le conocen de forma abundante, profunda e íntima. Necesitan considerar a Jesús y aprender de Él.

Cuando estaba en la universidad, solía pagar cincuenta centavos de dólar para poder pasar por la puerta trasera del auditorio de la orquesta en los Ángeles. Subía al balcón con dos o tres libros y me sentaba a escuchar todo el concierto mientras hacía mis tareas. Disfrutaba a Bartok y Moussorgsky y otros grandes compositores. Mientras escuchaba, comencé a ganar aprecio por los maestros. A quien dijera que no le gustaba la gran música o las bellas artes, le decía: "Amigo mío. ve al auditorio de la orquesta y al museo de arte, y quédate allí hasta que los disfrutes". Usted tiene que aprender a amar a los maestros. Tiene que aprender a reconocer y disfrutar la belleza de los grandes genios.

Si quiere disfrutar a Jesús, debe quedarse con Él hasta aprender a disfrutarlo. Quédese ahí hasta que su vida cristiana sea goce tras goce. Hasta que todos los momentos de despertarse en las mañanas sean de alegría tras alegría. Considérelo. Centre su atención en Él.

Cuando Timoteo aún era joven, comenzó a tener problemas estomacales. Pablo le aconsejó tomar un poco de vino (1 Ti. 5:23). Entre otras cosas, estaba recibiendo críticas de algunos cristianos efesios. Perdió las ganas y le dolía. Pablo, en la segunda carta a Timoteo, su hijo en la fe, le dice que continúe, que sea buen soldado, un atleta bien entrenado, un labrador industrioso (2 Ti. 2:3-6). Pero su consejo más importante fue: "Acuérdate de Jesucristo, del linaje de David, resucitado de los muertos conforme a mi evangelio" (2:8). Hay muchas cosas prácticas, como tomar medicina cuando nos enfermamos, que los cristianos pueden y deben hacer. Pero cuando enfrentamos problemas espirituales, problemas serios, problemas intratables, la prescripción realmente valiosa es: "Acuérdate de Jesucristo, fija tu mirada en Él, aprende de Él".

En Hebreos 12:1-2 el escritor dice: "Por tanto, nosotros también, teniendo en derredor nuestro tan grande nube de testigos, despojémonos de todo peso y del pecado que nos asedia, y corramos con paciencia la carrera que tenemos por delante, puestos los ojos en

Jesús, el autor y consumidor de la fe, el cual por el gozo puesto delante de él sufrió la cruz, menospreciando el oprobio, y se sentó a la diestra del trono de Dios. Si vamos a correr la carrera cristiana, debemos mirar a Jesús.

En la universidad corrí los 100 y 200 metros. Aprendemos muy pronto que no se puede correr y mirar los pies al mismo tiempo. Miramos al frente. En las carreras cortas, poníamos la mirada en la cinta y manteníamos los ojos en ella hasta el final. Mirar a la cinta ayudaba en el deseo de ganar y nos mantenía corriendo en la dirección correcta. También desviaba la atención de nosotros y de quienes corrían a nuestro lado. Cuando estamos corriendo la carrera cristiana, debemos quitar la mirada de nuestros pies, de nosotros y de quienes nos rodean. Miramos a Jesús, el Autor y Consumidor de la fe. Le miramos a Él y eso ayuda mucho a correr. Mirándolo a Él sabemos por qué corremos, para dónde vamos y tenemos el poder y la alegría de mantenernos en la carrera.

CRISTO EL APÓSTOL

Jesús ha de considerarse el **apóstol y sumo sacerdote de nuestra profesión**. En el hecho de ser las dos cosas está la primera característica en que es superior a Moisés. Aunque en las Escrituras nunca se llamó a Moisés "apóstol", se le podría considerar un apóstol del Antiguo Testamento en el sentido más básico de la palabra. La palabra *apostolos* significa "enviado" y era un título que solía usarse para los embajadores. En este sentido, Moisés era un apóstol de Dios, su enviado para darle a su pueblo la ley y el pacto. Pero Jesús fue las dos cosas, **apóstol y sumo sacerdote**. Aunque a Moisés se le podría haber considerado una especie de apóstol, no tenía nada de sacerdote, mucho menos de sumo sacerdote. Jesús es superior a Moisés en su oficio porque el suyo es doble, mientras que Moisés tenía sólo uno.

Aun en el oficio de apóstol. Jesús es superior; primero, porque trajo un mejor pacto; y segundo, porque Él fue el sacrificio que hizo eficaz el mejor pacto. **Jesús es el apóstol supremo**, el supremo enviado de Dios.

¿Cuáles son las características de un apóstol o embajador? Primera, tiene los derechos, el poder y la autoridad del gobernante que lo envía. Jesús vino en el poder de Dios, con toda la gracia de Dios, todo el amor de Dios, toda la misericordia de Dios, toda la justicia de Dios y todo el poder de Dios. Segunda, un embajador habla en todo en nombre de quien lo envió, Jesús dijo: "Porque yo no he hablado por mi propia cuenta; el Padre que me envió, él me dio mandamiento de lo que he de decir, y de lo que he de hablar" (Jn. 12:49: cp. 8:28, 38). Jesús fue el embajador perfecto, el apóstol perfecto enviado de Dios.

LAS OBRAS SUPERIORES DE JESÚS: COMO EDIFICADOR

El cual es fiel al que le constituyó, como también lo fue Moisés en toda la casa de Dios. Porque de tanto mayor gloria que Moisés es estimado digno éste, cuanto tiene mayor honra que la casa el que la hizo. Porque toda casa es hecha por alguno; pero el que hizo todas las cosas es Dios. (3:2-4).

Esta es una comparación breve de las obras de Jesús con las de Moisés. Téngase en mente que para los gentiles es difícil entender el afecto que los judíos siempre han sentido por Moisés. Fue un gran hombre, un hombre cuyos hombros y cabeza sobresalían por encima de todos los demás hombres. En la mente de los judíos, casi todo lo que tiene importancia relacionado con Dios, está relacionado con Moisés. Por tanto, el Espíritu Santo trata muy cuidadosamente el asunto en este pasaje. Su sabiduría es maravillosa. Antes de mostrar la superioridad de Jesús con respecto a Moisés, señala Él, las semejanzas entre los dos. Antes de hablar de sus diferencias, habla sobre sus similitudes.

Moisés es estimado digno. El Antiguo Testamento confirma ese testimonio. "A mi siervo Moisés, que es fiel en toda mi casa. Cara a cara hablaré con él, y claramente" (Nm. 12:7-8). Él ejecutó el plan de Dios. Salió de Egipto al desierto, Dios lo perfeccionó. A Dios le tomó cuarenta años hacer de Moisés alguien útil; después lo usó por otros cuarenta años. El siervo de Dios sacó fielmente a los hijos de Israel de Egipto. Cuando llegó al Mar Rojo, creyó la promesa de liberación divina y condujo fielmente a su pueblo a través de las aguas divididas. Fue fiel en el desierto, Flaqueó en varias oportunidades, como le sucedió también mucho tiempo antes en Egipto cuando mató al egipcio. Por ejemplo, golpeó la roca en lugar de hablarle, como Dios había ordenado. Pero la mayor parte del tiempo Moisés fue fiel. Y el Espíritu Santo enfatiza aquí su fidelidad.

Tal como Moisés fue fiel a quien lo escogió, Jesús también lo fue, sólo que mucho más. Jesús, como el apóstol supremo, el enviado supremo de Dios, fue completamente fiel a su Padre. "El que habla por su propia cuenta, su propia gloria busca; pero el que busca la gloria del que le envió, éste es verdadero, y no hay en él injusticia" (Jn. 7:18). En otras palabras, Jesús dijo: "Saben que soy un apóstol verdadero porque no busco mi propia gloria, sino la gloria del que me envió". Desde la niñez estuvo siempre en los negocios de su Padre. "Porque el que me envió, conmigo está; no me ha dejado sólo el Padre, porque yo hago siempre lo que le agrada... Yo te he glorificado en la tierra; he acabado la obra que me diste que hiciese. Ahora pues, Padre, glorifícame tú al lado tuyo, con aquella gloria que tuve contigo antes que el mundo fuese" (Jn. 8:29; 17:4-5).

Jesús siempre hizo la voluntad del Padre. Fue **fiel**. La palabra fiel es maravillosa. La cualidad principal de un apóstol, al igual que de un discípulo, es la fidelidad. Jesús dijo: "Si no hago las obras de mi Padre, no me creáis" (Jn. 10:37). El Padre le había dicho a Jesús: "Te envío a la Tierra como hombre y este es el trabajo que debes hacer". Jesús vino a la Tierra y cumplió la tarea, sin cuestionamientos ni titubeos.

CONFIABLE EN SU CASA

La palabra **casa** es del hebreo *oikos*, cuyo significado es "familia"; se refiere a las personas, no a los edificios o lugares de habitación. Los creyentes del Antiguo Testamento —los israelitas en particular, pero también los prosélitos eran la familia de Dios. Moisés fue un mayordomo fiel de esa casa. "Ahora bien, se requiere de los administradores, que cada uno sea hallado fiel" (1 Co. 4:2). EL mayordomo no es el dueño de la casa, tan sólo la gerencia para el propietario. Dios era el dueño de Israel; Moisés fue tan sólo un gerente por un tiempo. Estaba a cargo de administrar las verdades, mandamientos, requisitos y las promesas que Dios le había confiado para el pueblo de Israel. Y probó él ser fiel en esto.

Cristo también fue **fiel** en su **casa**, la Iglesia. "Así que ya no sois extranjeros ni advenedizos, sino conciudadanos de los santos, y miembros de la familia de Dios" (Ef. 2:19). "Acercándoos a él, piedra viva, desechada ciertamente por los hombres, mas para Dios escogida y preciosa, vosotros también, como piedras vivas, sed edificados como casa espiritual" (1 P. 2:4-5). Somos la nueva casa y Jesús es quien cuida de nosotros. Tal como los creyentes del Antiguo Testamento se llamaban "casa de Moisés", los creyentes del Nuevo Testamento se llaman "casa de Cristo". Y como Moisés fue fiel a la casa terrenal, Jesús es fiel a la casa celestial. Jesús, al final de su vida, pudo decirle al Padre: "Yo te he glorificado en la tierra; he acabado la obra que me diste que hiciese" (Jn-17:4). Lo que de hecho dijo fue: "Le dije a la casa todo lo que me instruiste a decirles, e hice por ellos todo lo que me instruiste a hacer". Fue **perfectamente fiel al que le constituyó**.

Todos los cristianos son mayordomos en la casa de Dios, aunque en un sentido menor, por supuesto. Todos nosotros, por ejemplo, tenemos dones espirituales. Los tenemos como cometido sagrado; que no son los nuestros. Si somos infieles en la administración de nuestros dones espirituales, somos mayordomos infieles. A algunos de nosotros nos han dado responsabilidades especiales para testificar, específicamente a las personas de nuestra comunidad que Dios ha puesto a nuestro alrededor. Algunos han sido mayordomos infieles de esta confianza. A otros se les ha dado posiciones para enseñar o instruir y han sido infieles al estudiar diligentemente, fielmente y sacrificialmente. Estos también son mayordomos infieles. La vida cristiana es una confianza sagrada entregada a nosotros por

Dios, y exige nuestra fidelidad. Una de las mayores impresiones que un cristiano puede esperar es la de escuchar a su Señor decir al final de su vida, "como yo era fiel al padre, tú me has sido fiel." No hemos empezado a descubrir lo que Dios puede hacer a través de nosotros, si estamos dispuestos a ser fieles.

Porque de tanto mayor gloria que Moisés es estimado digno éste, cuanto tiene mayor honra que la casa el que la hizo. Porque toda casa es hecha por alguno; pero el que hizo todas las cosas es Dios. (3:3-4)

Moisés fue fiel, pero él era una parte de la familia que Jesús fundó. Esa es la diferencia, la gran diferencia. Jesús fue el creador de Israel. "Todas las cosas llegaron a ser por él, y aparte de él nada llegó a ser que ha llegado a ser" (Juan 1:3; cf. He. 1). Moisés fue sólo un miembro de la familia que Jesús construyó. Jesús creó a Israel; Jesús creó la iglesia. Desde que Dios erigió, o creó, todas las cosas, obviamente Jesús es Dios.

Antes de que cualquiera de nosotros se convirtiera en cristiano y, por lo tanto, parte de la casa de Cristo, la Iglesia, alguien nos introdujo en el evangelio. Esa persona era responsable en un sentido humano por parte de la casa de Dios, —así como nosotros somos responsables de una parte de la casa cuando llevamos o guiamos a otros a Cristo. Pero en el lado divino, sólo Dios edifica la casa y continúa edificando a medida que se añaden nuevos creyentes. Los testigos humanos no son más que los instrumentos que Él usa porque Él es el constructor. El constructor es mayor que cualquiera de sus herramientas. Moisés fue parte de la casa de Israel, y un instrumento que Dios usó en construirla. Obstinar-se en las formas del judaísmo o a su máximo líder es mantener sólo el símbolo de la realidad o a un instrumento de la realidad. Asirse a Jesús es aferrarse a la realidad misma.

LA PERSONA DE JESÚS ES SUPERIOR: COMO HIJO

Y Moisés a la verdad fue fiel en toda la casa de Dios, como siervo, para testimonio de lo que se iba a decir; pero Cristo como hijo sobre su casa, la cual casa somos nosotros, si retenemos firme hasta el fin la confianza y el gloriarnos en la esperanza. (3:5-6)

Aquí está el clímax. En este pasaje vemos que Moisés es por persona un siervo, mientras que Jesús es por persona un hijo. Hay una gran diferencia entre un siervo y un hijo. "Y el esclavo no queda en la casa para siempre; el hijo sí queda para siempre." (Juan 8:35). Los sirvientes vienen y van; los hijos son hijos de por vida. Moisés era un siervo, y se condujo a sí mismo como tal. La palabra griega usada en Hebreos 3:5 para siervo es *therapōn*, y es un término de dignidad y libertad, no de servilismo (esclavitud). Sólo se

utiliza esto una vez en el Nuevo Testamento, y sugiere a Moisés como el siervo de más alto rango, Moisés era en sí un siervo. Él era un siervo fiel, obediente, ministrador y cariñoso — un buen mayordomo de Dios. En Éxodo 35 a 40 hay veintidós referencias a la fidelidad de Moisés a Dios. Éxodo 40 sólo se refiere ocho veces a la obediencia de Moisés en todo lo que Dios ordenó de él. Pero no era el Hijo.

ACEPTAR A MOISÉS ES ACEPTAR A JESÚS

La fidelidad de Moisés tenía una razón importante y especial: **ser un testimonio de aquellas cosas que debían ser pronunciadas más tarde** (o las cosas futuras). El judaísmo no entendía en aquel tiempo, y no entiende ahora, que Moisés era fiel principalmente como un testimonio de las cosas que aún estaban por venir en Cristo. El judaísmo sin Cristo, el Antiguo Testamento sin el Nuevo Testamento, está incompleto. Es la sombra sin la sustancia. "Porque la ley, teniendo la sombra de los bienes venideros, no la imagen misma de las cosas, nunca puede, por los mismos sacrificios que se ofrecen continuamente cada año, hacer perfectos a los que se acercan". (He. 10:1). Era la sombra de la sustancia perfecta que iba a venir; y si rechazas la sustancia, la sombra no vale nada. Por otro lado, si una persona verdaderamente aceptó la sombra, también aceptaría la sustancia cuando se conociera. "Porque si creyeseis a Moisés, me creeríais a mí, porque de mí escribió él". (Juan 5:46).

“Pero Cristo como hijo sobre su casa, la cual casa somos nosotros,... (He. 3:6a). La iglesia en la que adoramos no es la casa del Señor. Nosotros somos la casa del Señor. Su casa no es un edificio sino creyentes. “En quien vosotros también sois juntamente edificados para morada de Dios en el Espíritu. (Ef. 2:22). “Para que si tardo, sepas cómo debes conducirte en la casa de Dios, que es la iglesia del Dios viviente, columna y baluarte de la verdad. (1 Tim. 3:15). Moisés era un sirviente en la casa de otra persona. Jesús es un Hijo sobre su propia casa, su propio pueblo.

LA MARCA DE LOS VERDADEROS CREYENTES

¿Cómo podemos saber que somos realmente la casa de Dios? Manteniendo **nuestra confianza y la magnificencia de nuestra esperanza hasta el final**. Esto no significa, como muchos han malinterpretado, que somos salvos si permanecemos hasta el final. No podemos salvarnos ni mantenernos salvos a nosotros mismos. El significado es simplemente que la continuidad es la prueba de la confirmación. Podemos decir si realmente somos la casa de Dios porque permanecemos allí. El que sale nunca perteneció a ese lugar (cf. 1 Juan 2:19). Aparentemente había muchos judíos que se habían alejado,

y es por ellos que el escritor de Hebreos da estas palabras, las cuales tanto advierten como animan. Algunos estaban convencidos del evangelio y estaban al borde del compromiso, pero se alejaban. Algunos, sin duda, incluso habían manifestado una profesión externa de fe. Pero en ambos casos se apartaron de la iglesia, demostrando que nunca fueron parte de ella. Los verdaderos santos perseveraron, y su perseverancia fue evidencia de su salvación. “Dijo entonces Jesús a los judíos que habían creído en él: Si vosotros permaneciereis en mi palabra, seréis verdaderamente mis discípulos. (Jn. 8:31). Una de las verdades más evidentes del Nuevo Testamento es que el Señor guarda a aquellos que pertenecen a él. “Y esta es la voluntad del Padre, el que me envió: Que de todo lo que me diere, no pierda yo nada, sino que lo resucite en el día postrero”. (Jn. 6:39). Jesús nunca ha perdido a nadie y nunca perderá a nadie de su casa.

Este pasaje nos dice dos cosas importantes. Primero, debemos estar seguros de que somos verdaderos cristianos. "Examinaos a vosotros mismos si estáis en la fe". (2 Cor. 13:5a). Segundo, cuando sabemos que estamos en Cristo, debemos mantener nuestros ojos en Él. Porque es todo lo que necesitamos, ya que estamos completos en Él.

8 No endurezcáis vuestros corazones (3:7-19)

Por lo cual, como dice el Espíritu Santo: Si oyereis hoy su voz, no endurezcáis vuestros corazones, como en la provocación, en el día de la tentación en el desierto, donde me tentaron vuestros padres; me probaron, y vieron mis obras cuarenta años. A causa de lo cual me disgusté contra esa generación, y dije: Siempre andan vagando en su corazón, y no han conocido mis caminos. Por tanto, juré en mi ira: No entrarán en mi reposo. Mirad, hermanos, que no haya en ninguno de vosotros corazón malo de incredulidad para apartarse del Dios vivo; antes exhortaos los unos a los otros cada día, entre tanto que se dice: Hoy; para que ninguno de vosotros se endurezca por el engaño del pecado. Porque somos hechos participantes de Cristo, con tal que retengamos firme hasta el fin nuestra confianza del principio, entre tanto que se dice: Si oyereis hoy su voz, no endurezcáis vuestros corazones, como en la provocación. ¿Quiénes fueron los que, habiendo oído, le provocaron? ¿No fueron todos los que salieron de Egipto por mano de Moisés? ¿Y con quiénes estuvo él disgustado cuarenta años? ¿No fue con los que pecaron, cuyos cuerpos cayeron en el desierto? ¿Y a quiénes juró que no entrarían en su reposo, sino a aquellos que desobedecieron? Y vemos que no pudieron entrar a causa de incredulidad. (3:7-19)

Desde Génesis hasta Apocalipsis, la Biblia está llena de señales de advertencias divinas, llamadas a disuadir al hombre del pecado y librarlo con ello de la ira de Dios. El Antiguo Testamento nos dice que Dios no se deleita en la muerte del impío (Ez. 33:11) y el Nuevo Testamento nos dice que no desea que nadie perezca, sino que todos se arrepientan (2 P. 3:9). Dios no creó al hombre para condenarlo al infierno, y a lo largo de toda su Palabra le advierte continuamente de los peligros y la pena por el pecado.

Hebreos 3:7-19 es una de esas advertencias. El Espíritu Santo parece estar dando un empujón sobrenatural a todo el que se encuentre al borde de aceptar a Jesucristo. Muchas personas aceptan el evangelio intelectualmente. Creen su mensaje, pero nunca se entregan a Aquel a quien el evangelio proclama. No se arrepienten de sus pecados y se vuelven a Él de todo corazón como Salvador y Señor. No le hace ningún favor a Dios —ni es benéfico para nosotros— gustar, admirar, alabar su evangelio, sin aceptarlo ni obedecerlo. Saber la verdad y no aceptarla trae peor juicio que nunca haberlo conocido.

La advertencia aquí es a quienes conocen el evangelio, quienes afirman su verdad, pero por su amor al pecado, temor a la persecución o a cualquier otra situación, no se han entregado a la verdad que saben es real. Es como si hubiera un incendio en un hotel y

estuvieran en el décimo piso, el bombero les grita que salten a la red que está abajo, pero no saltan. Dudan. Son conscientes del peligro y saben que la red es su única vía de escape; mas no actúan con base en lo que saben verdadero y necesario. Puede que los asuste salir heridos de la caída. Puede que les preocupe cómo se verían mientras caen, que la vergüenza los asuste. Pero la verdad es esta: saber sólo del peligro y la forma de esquivarlo no los salvará. Si no saltan, morirán. Cuando se trata de su vida, nada más debería importar.

El escritor de Hebreos, bajo la guía del Espíritu, tiene una gran inquietud por sus compatriotas, pues están en un aprieto. Han oído el evangelio, algunos de ellos por boca de los apóstoles, pero por varias razones no se deciden a aceptar a Cristo. Al parecer, algunos habían hecho la confesión de fe o habían hecho alguna declaración de confianza en Cristo, pero estaban comenzando a retractarse. Cuando sus amigos comenzaron a ridiculizarlos, empezaron a flaquear y dudar. No estaban dispuestos a entregarse por completo a Jesús, por tanto, se hicieron apóstatas. Sabiendo la verdad, le dieron la espalda voluntaria e intencionalmente.

Para reforzar la advertencia, el Espíritu usa un relato del Antiguo Testamento muy conocido para los judíos. Moisés acababa de ser mencionado, y es precisamente de la época de este, el más grande líder del Antiguo Testamento, que viene el relato. La historia puede dividirse en cuatro partes: la ilustración de Israel, la invitación a prestar atención, la instrucción de exhortarse unos a otros y el asunto de la incredulidad.

LA ILUSTRACIÓN DE ISRAEL

Una de las mejores formas de comenzar un sermón es por medio de una ilustración. Una vez que usted ha captado la atención de las personas, va a las Escrituras para afirmar su punto. Eso es lo que hace aquí el Espíritu de Dios. En este caso, la ilustración proviene de las Escrituras. Hebreos 3:7-11 es una cita del Salmo 95:7-11. El pasaje citado probablemente se escribió en tiempos de David, pero habla acerca del tiempo de Moisés. Es un ejemplo conmovedor del problema que enfrentaban muchos judíos en los tiempos de la iglesia primitiva. Describe la desobediencia de Israel y el rechazo de Dios en la peregrinación del éxodo.

El salmista usó esta historia para advertir a su pueblo de no caer en la incredulidad. Mil años después, el escritor de Hebreos la usó para el mismo propósito. Alrededor de dos mil años después, la advertencia sigue siendo válida.

El Espíritu Santo dice aquí a los hebreos que están al borde de la decisión, pero que no se han comprometido nunca: "No endurezcan sus corazones, oigan y hagan hoy lo que Dios quiere. No hagan como los hijos de Israel que, aun después de haber visto la prueba del poder de Dios y su cuidado por cuarenta años, siguieron sin creer en Él. No hagan eso".

PRUEBA DE LA INSPIRACIÓN BÍBLICA

"Por lo cual, como dice el Espíritu Santo: Si oyereis hoy su voz" (3:7)

He aquí uno de los testimonios más claros de las Escrituras sobre su inspiración divina. El escritor de Hebreos dice que el Espíritu Santo fue el autor del Salmo 95, del cual cita Hebreos 3:7b-11. La inspiración es del Espíritu Santo hablando por medio de las mentes humanas que Dios usa. El salmista no estaba declarando su propia opinión ni había escogido él sus palabras. Cuando escribió estas cosas, era el Espíritu quien hablaba. Eso es inspiración divina. Esas son las palabras del Espíritu de Dios, quien es el Autor verdadero de las Escrituras. "Porque nunca la profecía fue traída por voluntad humana, sino que los santos hombres de Dios hablaron siendo inspirados por el Espíritu Santo" (2 P. 1:21). El Espíritu Santo participó al momento de escribir cada palabra de la Biblia. Por esa razón es un pecado de primer grado, y abre las compuertas a toda clase de herejías, negar la inspiración verbal absoluta de las Escrituras. Dios originó los autógrafos, los primeros ejemplares, en cada una de sus palabras.

La advertencia básica del salmo ("Si oyereis hoy su voz, no endurezcáis vuestros corazones" [7b-8a]) se usa tres veces en Hebreos 3 (vv. 7-8, 13, 15) y una en el capítulo 4 (v. 7). La palabra **hoy**, por supuesto, indica urgencia. Significa "ahora", no necesariamente un período de veinticuatro horas. Se refiere al período de la gracia, que a veces puede ser menor a veinticuatro horas. En otras palabras, se refiere al presente. Si usted conoce la verdad de Jesucristo, si conoce el evangelio de Jesucristo, no haga lo que hizo Israel cuando conoció la verdad de Dios y vio su revelación. Es muy necio y peligroso endurecer su corazón. Nunca sabe usted cuánto tiempo tendrá para decidir. "Porque dice: En tiempo aceptable te he oído, y en día de salvación te he socorrido. He aquí ahora el tiempo aceptable; he aquí ahora el día de salvación" (2 Co. 6:2). El tiempo de la salvación de Dios siempre es *ahora*.

D. L. Moody, al principio de su ministerio, solía terminar su mensaje diciendo: "Vayan a casa y piensen en lo que he dicho". Una noche en Chicago les dijo que hicieran esto a quienes le oían y que volvieran la noche siguiente, listos para tomar una decisión. En aquella noche se desató el incendio de Chicago y algunos de los que habían estado allí

murieron. Fue aquella la última vez que le dijo a alguien que pensara las afirmaciones de Cristo y tomara la decisión después. Nadie sabe si tendrá un mañana para decidir. La palabra hoy significa el tiempo presente de la gracia. Los hombres de hoy, como en los tiempos de Moody, Hebreos, David y Moisés, nunca supieron cuánto tiempo iba a durar el período de gracia para ellos.

Escuchar a Dios y obedecerle es asunto de la voluntad. Endurecer el corazón, como lo hizo Israel, también lo es. Pablo advierte que nuestros corazones, o nuestras conciencias, pueden cauterizarse y volverse insensibles, como la piel que ha sufrido una quemadura (1 Ti. 4:2). La cicatriz que reemplaza la piel tiene poca capacidad de sentir.

Cuando estaba en la universidad, salí despedido de un auto que iba a 120 kilómetros por hora. Rodé 90 metros sobre mi espalda y sufrí quemaduras de tercer grado, debido a la fricción. La cicatriz resultante ahora es insensible.

Algo muy similar sucede cuando no se toma en cuenta la conciencia. La duración de hoy es la de la oportunidad para decidir, y en cuanto la conciencia sea sensible a Dios. Cuando el hoy de una persona se acaba, es demasiado tarde. Su corazón se endurece cada vez que le dice no a Jesucristo, o a cualquier parte de su verdad o voluntad. Cuando el corazón es suave, cuando la conciencia es sensible, cuando el intelecto está convencido de Cristo, es el tiempo de decidirse, cuando aún se es flexible y receptivo. De otra forma, la persona terminará volviéndose dura, terca e insensible espiritualmente. El evangelio dejará de tener apelación para nosotros.

"No endurezcáis vuestros corazones, como en la provocación, en el día de la tentación en el desierto". (3:8)

Israel había estado en Egipto por más de cuatrocientos años, más o menos los últimos doscientos como esclavos. Los egipcios, asustados por que los hebreos se volvieran una amenaza, intentaron debilitarlos y reducir su población haciéndolos trabajar dura y opresivamente en la construcción de ciudades y quizás pirámides. Los obligaron a trabajar en exceso, los tenían mal alimentados y los azotaban regularmente. Dios, para castigar a los egipcios e inducirlos a que dejaran ir a su pueblo, los afligió con una serie de diez plagas, la última de las cuales, la peor de todas, causó la muerte de todos sus primogénitos. En ese momento, el faraón le rogó a los israelitas que se fueran, cosa que hicieron rápidamente bajo el liderazgo de Moisés. Cuando llegaron al Mar Rojo, el faraón cambió de parecer y fue con sus tropas a llevarlos de vuelta. Dios realizó otro milagro permitiendo

que su pueblo atravesara por entre las aguas divididas que después cayeron sobre el ejército del faraón que los perseguía y se ahogaron todos.

Después que llegaron a la **tentación en el desierto**. Dios continuó bendiciéndolos con milagros: guiando su viaje con columnas de nube y de fuego (cuando viajaban de noche), y proveyéndoles comida y agua potable. Después de cada bendición, sólo se sentían satisfechos por un tiempo breve. Volvían pronto a la queja y a dudar de Dios. Se volvieron la ilustración clásica de incredulidad frente a la abrumadora evidencia. Dios se les había revelado clara y milagrosamente; ellos sabían que Él se había revelado, sabían lo que esperaba de ellos, y vieron evidencia tras evidencia de su poder y su bendición. Pero nunca creyeron de verdad. Tal como los egipcios obviaron rápidamente el temor de Dios, los israelitas obviaron rápidamente su confianza en Él. Ellos no se entregaron a Él en fe. Como resultado, tuvieron que andar, andar y andar... hasta que muriera toda la generación ingrata, desconfiada e incrédula. Anduvieron en círculos durante cuarenta años en una tierra estéril, desolada y opresiva— Por causa de su incredulidad.

"Donde me tentaron vuestros padres; me probaron, y vieron mis obras cuarenta años". (3:9).

Para la incredulidad ninguna prueba es suficiente. Pedir más pruebas es sólo un pretexto, una excusa, una táctica dilatadora. El pueblo de Israel se mantenía probando a Dios y el **día de la tentación** duró cuarenta años. "Toda la congregación de los hijos de Israel partió del desierto de Sin por sus jornadas, conforme al mandamiento de Jehová, y acamparon en Refidim; y no había agua para que el pueblo bebiese. Y altercó el pueblo con Moisés, y dijeron: 'Danos agua para que bebamos'. Y Moisés les dijo: ¿Por qué altercáis conmigo? ¿Por qué tentáis a Jehová?" (Éx. 17:1-2). No tenían fe en que Dios les daría el agua; estaban exigiéndole agua a Dios como si estuviera obligado y para ver si Él realmente la iba a proveer. El propósito real se menciona unos versículos más adelante: "los hijos de Israel... tentaron a Jehová, diciendo: ¿Está, pues, 'Jehová entre nosotros, o no?'" (Éx. 17:7). Dios había estado proveyéndoles todo el tiempo, tenían evidencia abundante de su poder y su cuidado. Pero no ponían su confianza completa en Dios, de modo que seguían diciendo: "Dios, haz esta otra cosa por nosotros para que sepamos que eres real". Pero cuando El los volvía a proteger o les volvía a proveer, ellos seguían sin creerle. "No sean como ese pueblo —les dice el escritor de Hebreos—. No inventen excusas para no creer; no endurezcan sus corazones a Dios como lo hicieron ellos, o perderán su oportunidad como ellos".

Dios había liberado a los israelitas de Egipto con plagas impresionantes y milagrosas. Con la misma capacidad milagrosa, los llevó por el Mar Rojo y destruyó a sus persegutores. Sin falta les proveyó el maná para alimentarlos y las columnas de nube y fuego los guiaban. Pero aún se preguntaban: "¿Está Dios entre nosotros?". Nada es más ilógico e irracional que la incredulidad. Se rehúsa a aceptar la evidencia más abrumadora, simplemente por la incredulidad no *quieren* creer. Como dejó claro Jesús en la parábola del hombre rico y Lázaro, no hay evidencia suficiente para quien no quiere creer, "Si no oyen a Moisés y a los profetas, tampoco se persuadirán aunque alguno se levante de los muertos" (Lc. 16:31). Por otro lado, quien *quiere* creer confía en Dios a pesar de cualquier aparente ausencia de evidencia. Dice: "Creo; ayuda mi incredulidad" (Mr. 9:24).

La mayoría de las personas no necesita más pruebas de que Dios es real o de que Jesús es su Hijo y el Salvador. Necesitan odiar su pecado, arrepentirse y entregarse a ÉL. Nunca se aceptará a un Dios a quien continuamente se le pone a prueba. Quien prueba a Dios hoy lo hace por las mismas razones que lo hicieron los israelitas en días de Moisés: para apartarlo, porque aman su pecado, sus propios caminos, sus propios planes, demasiado para cambiarlos por los de Dios.

A causa de lo cual me disgusté contra esa generación, y dije: Siempre andan vagando en su corazón, y no han conocido mis caminos. Por tanto, juré en mi ira: No entrarán en mi reposo. (3:10-11)

La palabra disgusté no implica sólo infelicidad o decepción. Significa irritado, agitado, furioso. Dios estaba extremadamente airado con el pecado de Israel. El pueblo seguía, seguía y seguía en lo mismo. Traduciendo de la LXX este pasaje, podría decirse: "Dios los resistió". Los rechazó y los repudió. ¿Por qué? **Porque siempre andaban vagando en su corazón, y no habían conocido Mis caminos.**

Cuando los israelitas finalmente se acercaron a la tierra prometida, Dios les ordenó enviar doce espías antes de que entraran. El informe de la mayoría fue muy negativo y pesimista. Vieron a los enemigos como gigantes y a sí mismos como "langostas". El informe de la minoría, de Caleb y Josué, fue optimista; no porque subestimaran el poder del enemigo, sino porque sabían que el poder del Señor era mayor. El pueblo creyó lo que dijo la mayoría e inmediatamente comenzó a rezongar y a quejarse con Moisés y Aarón. Para castigarlos, Dios les dijo: "Todos los que vieron mi gloria y mis señales que he hecho en Egipto y en el desierto, y me han tentado ya diez veces, y no han oído mi voz, no verán la tierra de la cual juré a sus padres; no, ninguno de los que me han irritado la verá" (Nm. 14:22-23). Tenían evidencia más que suficiente para creer que Dios podía llevarlos a salvo

a la tierra de la que fluye leche y miel, pero no le creyeron y no se les permitió entrar. El reposo era Canaán, donde el gran esfuerzo de andar y andar llegaría a su fin. Como veremos en el capítulo siguiente, es un símbolo de la salvación.

Es ahí cuando se acaba el hoy. Usted puede haber estado a punto de recibir a Jesucristo por mucho tiempo, jugando con la idea y pensando: "Dios, prueba una vez más que eres tú. No estoy seguro. Aún no estoy listo". Y un día Él dirá: "Has tenido suficiente evidencia; ya no hay más tiempo. Se acabó el hoy; ya es mañana. Nunca verás mi tierra prometida".

Si Israel tuvo evidencia más que suficiente para confiar en Dios durante los tiempos de Moisés, ¿cuánta más tenemos nosotros hoy? Tenemos la evidencia de que Jesucristo, el Hijo de Dios, murió en una cruz, resucitó al tercer día, y vive y salva a los hombres. La evidencia está ahí, la evidencia es segura. Cristo, el Hijo unigénito del Padre, ha manifestado a Dios. Lo ha declarado, ha mostrado su amor, su gracia, ha enviado el Espíritu Santo. No necesitamos un Moisés. Además de toda la evidencia histórica, tenemos a la tercera persona de la Trinidad para revelar a Cristo. La incredulidad frente a tan abrumadora evidencia es de veras trágica; no tiene excusa.

Ni siquiera quienes entraron a la tierra conocieron el descanso de Dios en el sentido verdadero. Lo primero que Dios les ordenó fue exterminar a los cananeos malvados, incrédulos e impíos. Dios iba a usar a su pueblo como instrumento de juicio. Los cananeos eran tan paganos y malos que, en jarras, sepultaban bebés vivos en los muros de cada ciudad que construían. Eran de una maldad e impiedad tan groseras que Dios quiso barrerlos de la faz de la Tierra. Pero en lugar de exterminar a los cananeos, los israelitas se mudaron a vivir con ellos. En consecuencia, excepto por unos cuantos siglos bajo sus propios jueces y reyes, los israelitas sufrieron explotación, exilio y dominio por una serie de conquistadores gentiles. En el 70 d.C., les destruyeron su templo y desde entonces han estado esparcidos por el mundo. Sólo en nuestros días Dios los ha comenzado a reunir de nuevo en su tierra. El descanso final de Israel sólo llegará en el reino que su Hijo edificará cuando vuelva.

PRESTAR ATENCIÓN A LA INVITACIÓN

Mirad, hermanos, que no haya en ninguno de vosotros corazón malo de incredulidad para apartarse del Dios vivo. (3:12)

Con base en la incredulidad de Israel en el desierto, se hace un llamado a los lectores de Hebreos para no seguir este ejemplo. Es una advertencia a no rechazar la verdad que se

conoce. El juicio de los días en el desierto cayó sobre los que rechazaron la Palabra de Dios por medio de Moisés, y la advertencia aquí es a quienes rechacen la Palabra de Dios en Cristo. La palabra hermanos no es una referencia a los cristianos, como "hermanos santos" en 3:1. Se refiere a los hermanos raciales, judíos incrédulos, como ocurre con el término en todo el libro de Hechos.

El mayor pecado del mundo es la incredulidad. Es la mayor ofensa a Dios y nos produce el daño más grande. Estos lectores tenían conocimiento del evangelio. Muchos, quizás, profesaban ser cristianos. Ninguno se consideraba activamente agresor a Cristo; pero todos estaban contra Él. No importa cuán cerca esté una persona de aceptar a Jesucristo como Salvador, si nunca llega a Él, sigue teniendo **un corazón malo de incredulidad**. Su castigo será mucho más severo por su conocimiento del Dios vivo. Si aquellos "recayeron, [es imposible que] sean otra vez renovados para arrepentimiento" (He. 6:6). Cuando usted ha oído la verdad de Jesucristo, cuando ha reconocido que esta es la verdad, para luego darle la espalda y alejarse de ella, no hay nada que Dios pueda hacer. Una vez que ha oído el evangelio y entendido sus afirmaciones, para luego decirle no a Jesucristo, usted ha recaído. Se ha convertido en un apóstata.

El Espíritu Santo dice a todos los que oyen el evangelio: "Respondan a Jesús mientras su corazón aún está cálido y suavizado por la verdad de Él, mientras está sensible. Respondan a su amor dulce y a su llamado de gracia. Si esperan demasiado, descubrirán que su corazón se vuelve más duro e insensible. La decisión será cada vez más dura porque su corazón se hará cada vez más duro. Si siguen en pos de su corazón malo e incrédulo, en lugar de seguir el evangelio, se apartarán por siempre del Dios vivo y perderán el derecho al descanso de la salvación".

Separarse de Jesucristo no es rechazar una religión. Separarse de Jesucristo es mucho más que rechazar el cristianismo tradicional e histórico. Separarse de Jesucristo es darle la espalda al Dios vivo. Es darle la espalda a la vida.

LA INSTRUCCIÓN: EXHORTARSE UNOS A OTROS DIARIAMENTE

Antes exhortaos los unos a los otros cada día, entre tanto que se dice: Hoy; para que ninguno de vosotros se endurezca por el engaño del pecado. (3:13)

La palabra **exhortaos** es del griego *parakaleō*, una forma de la palabra que usó Jesús para el Espíritu Santo en Juan 14:16. El significado de la raíz tiene que ver con caminar junto a alguien para ayudarlo. El escritor dice a los creyentes entre sus lectores: "Pónganse unos

al lado de los otros y ayúdense". Se les urge especialmente a ayudar a sus hermanos judíos incrédulos, animándolos a no endurecer su corazón sino a aceptar a Jesús como el Mesías.

La palabra **engaño** (*apatē*) quiere decir artimaña o estratagema. El pecado es una artimaña; rara vez parece lo que realmente es. Siempre se enmascara. Miente y engaña (cp. Rom. 7:11). Cuando una persona se endurece espiritualmente, rara vez está consciente de ello. Puede oír el evangelio de Jesucristo una y otra vez pero no responde. Mi padre solía usar una expresión conocida: "El mismo sol que derrite la cera endurece la arcilla". Si su corazón no se funde en la fe, la incredulidad lo endurecerá.

La vieja naturaleza sugiere constantemente que el pecado no es tan malo y que la confianza en Cristo no es tan importante como la Biblia dice. Hacerse cristiano parece muy costoso, muy exigente, muy restrictivo, muy monótono y sin emoción; pero sobre todo innecesario. Desde la perspectiva propia la persona no parece tan impía. "Cuido de mi familia, le ayudo a mi prójimo y soy buen ciudadano. No soy perfecto, por supuesto, pero tampoco soy malo. En mi vida hay espacio para mejorar, pero no necesito la 'salvación'". Ese es el razonamiento. Es esto lo que, con engaños, dice la naturaleza de pecado a los hombres en cuanto a su necesidad de salvación.

La evaluación divina es bien diferente. "Mas el justo vivirá por fe; y si retrocediere, no agradará a mi alma. Pero nosotros no somos de los que retroceden para perdición, sino de los que tienen fe para preservación del alma" (He. 10:38-39). Ahí lo tenemos. Está usted a la vera de la decisión, una decisión a la que no puede escapar. O cree en la salvación de su alma o cae en su condenación.

LA CONTINUIDAD ES PRUEBA DE LA SALVACIÓN

Porque somos hechos participantes de Cristo, con tal que retengamos firme hasta el fin nuestra confianza del principio. (3:14)

Si realmente creemos el evangelio, si le hemos entregado nuestra vida a Jesucristo, entonces al final del día, del año y de la vida, nuestro compromiso seguirá de pie. La más grande prueba de la salvación es la continuidad en la vida cristiana. El creyente verdadero permanece con Cristo. Jesús dijo: "Si vosotros permaneciereis en mi palabra, seréis verdaderamente mis discípulos" (Jn. 8:31). Cuando alguien se aparta del evangelio, se echa para atrás en su fe, sólo podemos concluir que dicha persona no creyó nunca. "Salieron de nosotros, pero no eran de nosotros; porque si hubiesen sido de nosotros, habrían permanecido con nosotros; pero salieron para que se manifestase que no todos son

de nosotros" (1 Jn. 2:19). Permanecer con el Señor es lo que marca la diferencia entre la posesión y la confesión.

EL ASUNTO: LA INCREDULIDAD

Entre tanto que se dice: Si oyereis hoy su voz, no endurezcáis vuestros corazones, como en la provocación. ¿Quiénes fueron los que, habiendo oído, le provocaron? ¿No fueron todos los que salieron de Egipto por mano de Moisés? ¿Y con quiénes estuvo él disgustado cuarenta años? ¿No fue con los que pecaron, cuyos cuerpos cayeron en el desierto? ¿Y a quiénes juró que no entrarían en su reposo, sino a aquellos que desobedecieron? Y vemos que no pudieron entrar a causa de incredulidad. (3:15-19)

El llamado a acudir al Señor sin demora se vuelve a repetir. Dios se había airado **con todos los que salieron de Egipto** y no creyeron, y en su ira les negó el descanso en la tierra prometida. El escritor les ruega a sus lectores que no sigan ese ejemplo para no sufrir ese desenlace. La desobediencia de la **incredulidad** despoja de las bendiciones y trae juicio.

La ilustración, invitación e instrucción carecen de valor si no se cree en aquello a lo cual apuntan. Dios tiene bendiciones grandes preparadas. Quiere derramar estas riquezas sobre nosotros, no sólo en esta vida sino durante toda la eternidad. Pero se necesita una sola cosa: fe. **No pudieron entrar a causa de incredulidad** (cp. Pr. 29:1; Jud. 5).

Muchos dicen: "No puedo creer. Tengo una mente pragmática y empírica que debe ver los hechos y ponderar toda la evidencia". Pero todos viven por fe. Vivimos por fe cuando vamos a un restaurante sin cuestionar la seguridad de lo que comemos. Cuando conducimos por una autopista, no tememos que después de la curva siguiente la ruta nos mande a un río sin puente. Confiamos en las personas que hicieron las autopistas y en las personas que han viajado por ellas antes que nosotros. Casi constantemente vivimos por fe. Si podemos poner nuestra fe en el departamento de autopistas y en quienes preparan la comida, con seguridad podemos poner nuestra fe en el Dios del universo. No confiar en Él es fatal.

9 Entrar al descanso de Dios (4:1-13)

Temamos, pues, no sea que permaneciendo aún la promesa de entrar en su reposo, alguno de vosotros parezca no haberlo alcanzado. Porque también a nosotros se nos ha anunciado la buena nueva como a ellos; pero no les aprovechó el oír la palabra, por no ir acompañada de fe en los que la oyeron. Pero los que hemos creído entramos en el reposo, de la manera que dijo: Por tanto, juré en mi ira, no entrarán en mi reposo; aunque las obras suyas estaban acabadas desde la fundación del mundo. Porque en cierto lugar dijo así del séptimo día: Y reposó Dios de todas sus obras en el séptimo día. Y otra vez aquí: No entrarán en mi reposo. Por lo tanto, puesto que falta que algunos entren en él, y aquellos a quienes primero se les anunció la buena nueva no entraron por causa de desobediencia, otra vez determina un día: Hoy, diciendo después de tanto tiempo, por medio de David, como se dijo: Si oyereis hoy su voz, no endurezcáis vuestros corazones. Porque si Josué les hubiera dado el reposo, no hablaría después de otro día. Por tanto, queda un reposo para el pueblo de Dios. Porque el que ha entrado en su reposo, también ha reposado de sus obras, como Dios de las suyas. Procuremos, pues, entrar en aquel reposo, para que ninguno caiga en semejante ejemplo de desobediencia. Porque la palabra de Dios es viva y eficaz, y más cortante que toda espada de dos filos; y penetra hasta partir el alma y el espíritu, las coyunturas y los tuétanos, y discierne los pensamientos y las intenciones del corazón. Y no hay cosa creada que no sea manifiesta en su presencia; antes bien todas las cosas están desnudas y abiertas a los ojos de aquel a quien tenemos que dar cuenta. (4:1-13)

Hebreos 4 continúa la advertencia que comenzó en 3:7 a los judíos informados pero insensibles. Tales judíos no solamente conocían las verdades básicas del evangelio sino que habían renunciado al judaísmo. Sin embargo, aún no confiaban en Cristo. Por supuesto, la advertencia es válida para quienquiera que dude de entregarse completamente a Jesucristo, y puede resumirse así: "**No endurezcáis vuestros corazones** como Israel en el desierto". Los israelitas habían salido de Egipto, pero a menudo deseaban regresar. Se negaban a confiar completamente en el Señor y, a pesar de que su vida antigua solía ser tan opresiva y desilusionadora, aún les parecía atractiva. Se detuvieron en el punto crucial de la decisión. En consecuencia, no se les permitió entrar en la tierra prometida ni al **reposo** de Dios. Así sucede con muchos que se acercan a Jesucristo. La incredulidad los priva del reposo. Ese es el pensamiento del autor.

EL SIGNIFICADO DEL REPOSO

La palabra reposo en español y la palabra griega (*katapausis*) de la que se traduce, tienen significados semejantes. La idea básica es cesar de trabajar o de ejecutar cualquier tipo de acción. Es parar de hacer lo que se está haciendo. Acción, trabajo o esfuerzo, se terminan. Aplicado al reposo de Dios, quiere decir que se acaban los esfuerzos propios en lo que a la salvación se refiere. Quiere decir que se terminan los intentos de agradar a Dios con nuestras obras carnales y débiles. El reposo perfecto de Dios es un descanso en la gracia gratuita.

Reposo también quiere decir libertad de cualquier cosa que lo preocupe o perturbe. Algunas personas no pueden descansar emocional y mentalmente porque se enojan con facilidad. Cada pequeño detalle los altera y siempre se sienten molestos. Reposo no significa libertad de todos los detalles y molestias; significa libertad de dejarse alterar fácilmente por tales cosas. Significa estar tranquilo, compuesto y en paz interiormente. Entrar al reposo de Dios significa estar en paz con Dios, poseer la paz perfecta que Él da. Significa estar libre de culpa e incluso de los sentimientos innecesarios de culpa. Significa la libertad de preocuparse por el pecado, porque el pecado está perdonado. El reposo de Dios es el final de las obras legalistas y la experiencia de la paz en el perdón total de Dios.

Reposo puede significar recostarse, asentarse, estabilizarse, estar seguro. No hay más cambios en frustración de una cosa a la siguiente, no hay más correrías en círculo. En el reposo de Dios estamos establecidos por siempre en Cristo. Somos libres de correr de filosofía en filosofía, de religión en religión, de estilo de vida en estilo de vida. Somos libres de fluctuar con cada viento de doctrina, cada idea o moda pasajera, que sople por nuestro camino. En Cristo estamos establecidos, arraigados, afianzados y somos inamovibles. Ese es el reposo cristiano.

El reposo requiere permanecer confiado, mantener la confianza. En otras palabras, descansar en algo o alguien significa mantener nuestra confianza en aquello o aquel. Por tanto, entrar al reposo de Dios, significa disfrutar la confianza perfecta e inamovible de la salvación en nuestro Señor. No tenemos razones para temer. Tenemos la confianza absoluta en el poder y el cuidado de Dios.

Reposo también significa apoyo. Entrar al descanso de Dios quiere decir que por el resto de nuestra vida y por toda la eternidad podemos apoyarnos en Dios. Podemos estar seguros de que Él nunca va a dejar de respaldarnos. En la nueva relación con Dios, podemos depender de Él en todo y para todo: para respaldo, salud, fuerza y todo lo que necesitemos. Es una relación en la cual estamos seguros y confiados en que le hemos entregado nuestra vida a Dios y que Él la sostiene en amor eterno y perfecto. Es una relación que requiere

estar asentado y fijo, en la que ya fue suficiente de ir de un lado a otro. Sabemos en quién hemos creído y permanecemos en Él.

El reposo del que habla Hebreos 3 y 4 incluye todos estos significados. Es completo, bendito, dulce, satisfactorio y pacífico. Esto es lo que Dios le ofrece a toda persona en Cristo. Es el descanso descrito e ilustrado en el reposo de Canaán que Israel nunca entendió y al que nunca entró por su incredulidad. Y tal como Israel nunca entró al reposo de Canaán por la incredulidad, así también, desde ese tiempo e incluso antes, un alma tras otra se ha perdido del reposo de la salvación de Dios por causa de la incredulidad.

Hay otras dos dimensiones más del reposo espiritual que no aparecerán en un diccionario: el reposo del reino del milenio y el reposo eterno del cielo. Son estas las expresiones últimas de la nueva relación con Dios en Cristo, la relación que cuida de nosotros en esta vida, en el reino y en el cielo para siempre.

Hebreos 4:1-13 nos lleva más profundamente a esta verdad enseñándonos cuatro cosas sobre el descanso de Dios: su disponibilidad, elementos, naturaleza y urgencia.

LA DISPONIBILIDAD DEL DESCANSO

Temamos, pues, no sea que permaneciendo aún la promesa de entrar en su reposo, alguno de vosotros parezca no haberlo alcanzado. (4:1)

La palabra **pues** se refiere, por supuesto a la incredulidad de Israel y el consecuente fracaso para entrar al reposo de Dios en Canaán. Como se ilustra con su experiencia, no confiar en Dios es algo a temer. Jesús advirtió: "Y no temáis a los que matan el cuerpo, mas el alma no pueden matar; temed más bien a aquel que puede destruir el alma y el cuerpo en el infierno" (Mt. 10:28). Sólo Dios tiene el poder de entregar una persona al infierno. Si no se cree en Él, Él es el único a quien debe temerse.

El cristiano no tiene necesidad de **temer** en el sentido en el que aquí se habla. Jesús dijo: "No temáis, manada pequeña, porque a vuestro Padre le ha placido daros el reino" (Lc. 12:32). La única clase de miedo que un cristiano debe tener es el temor reverente (1 P. 2:17; Ap. 14:7 y otros). Es el temor de respeto y honra, no el temor de condenación o el temor en el sentido de terror, al que se refiere el texto.

Pero estar perdido y enfrentar la separación eterna de Dios causa el miedo más extremo. Sin embargo, pocos perdidos sienten tal temor. Incluso muchos de los que han oído el evangelio y reconocen su verdad no tienen este temor. De modo que el escritor los urge, les suplica, a tener miedo de lo que hacen y de lo que enfrentan.

En tanto que **permanezca la promesa** hay oportunidad de obtener la salvación y entrar en el reposo de Dios. De otra forma, el llamado a creer sería una farsa. Aún hay tiempo. Dios tiene todavía la puerta abierta. Cuando Israel estaba en el desierto, a quienes se negaron a creer no se les permitió entrar en la tierra prometida. Pero Dios no se olvidó de Israel como su pueblo escogido. A los judíos que rechazaron a su Hijo, quienes se burlaron de él y lo crucificaron, no se les permitió entrar al reposo celestial divino. Pero incluso allí Dios no se olvidó de Israel. Infelizmente, muchos cristianos creen que Dios no tiene más planes con Israel como nación e incluso como pueblo; creen que su pueblo escogido es ahora la Iglesia. La creencia en que no hay más promesas para Israel y que no tendrá restauración o reino futuro pertenece al amilenarismo, que hoy día es común incluso entre evangélicos. Algunos argumentan que perdieron las promesas de Dios en cuanto a nación y pueblo diferenciado por lo que en incredulidad hicieron los judíos del Antiguo Testamento o por lo que le hicieron a Jesucristo.

Pero la promesa de Dios a Israel permanece. Uno de los pasajes que más claramente muestra que Israel aún está en los planes de Dios y que Dios aún obra en él se encuentra en Hechos 3. Poco después de Pentecostés, Pedro dijo a un grupo de judíos a las afueras del templo: "Mas vosotros negasteis al Santo y al Justo, y pedisteis que se os diese un homicida, y matasteis al Autor de la vida" vv.14 15). Pero después de esta acusación fuerte y, al parecer, final, concluye diciendo: "Vosotros sois los hijos de los profetas, y del pacto que Dios hizo con nuestros padres, diciendo a Abraham: En tu simiente serán benditas todas las familias de la Tierra. A vosotros primeramente, Dios, habiendo levantado a su Hijo, lo envió para que os bendijese, a fin de que cada uno se convierta de su maldad" vv. 25-26). Aunque mataron al Autor de la vida, al mismo Hijo de Dios, seguían siendo hijos del pacto incondicional que Dios hizo con Abraham. De modo que el autor de Hebreos podía decirles: "La promesa de entrar a su reposo permanece". El reposo todavía está disponible. ¡Cuán maravillosa gracia!

Una traducción más precisa de la última parte de Hebreos 4:1 es: "No sea que crea usted que ha llegado tarde para entrar en el reposo de Dios". En otras palabras, algunos judíos estaban en peligro de declarar que no confiaban en Cristo porque creían que era demasiado tarde. Tal vez creían que su pueblo había perdido la oportunidad de recibir al Mesías y también la salvación. No tenían razones para semejante desespero, porque la promesa seguía vigente. Pero tenían una razón para temer, no porque hubieran perdido la oportunidad de la salvación, sino porque *podrían* perderla si seguían posponiendo la aceptación de Cristo como su Salvador personal.

Mel Trotter al principio de su adultez era tan corrupto como quepa imaginar. Sus hijos pasaban hambre porque él se gastaba su dinero en alcohol. Su hijita murió de desnutrición cuando iba a cumplir cuatro años. Los vecinos donaron el dinero suficiente para enterrarla con ropa nueva y en un ataúd. A media noche Trotter irrumpió en la morgue, le quitó la ropa a su hija muerta y la cambió por alcohol. Sin embargo, poco tiempo después, Jesucristo lo alcanzó, cambió su vida y se convirtió en uno de los más grandes predicadores que Estados Unidos ha conocido.

En tanto que la persona tenga la oportunidad de decidir, puede decidir. Nunca está alguien tan lejos de Dios para que Él no pueda alcanzarlo. En tanto su corazón sea sensible a la voz del Espíritu, en tanto pueda oír el llamado de Dios, tiene tiempo para ser salvo. El reposo de Dios sigue disponible. Sólo Dios sabe cuál es el tiempo para cada persona.

LOS ELEMENTOS DEL DESCANSO

El reposo de Dios, su salvación, se basa en tres cosas: fe personal, decreto soberano y acción inmediata.

FE PERSONAL [SALVADORA]

Porque también a nosotros se nos ha anunciado la buena nueva como a ellos; pero no les aprovechó el oír la palabra, por no ir acompañada de fe en los que la oyeron. Pero los que hemos creído entramos en el reposo, de la manera que dijo: Por tanto, juré en mi ira, no entrarán en mi reposo; aunque las obras suyas estaban acabadas desde la fundación del mundo. (4:2-3)

Desde el lado humano, el primer requisito para la salvación es la **fe**. Oír el evangelio es esencial, pero no suficiente. Los israelitas de antaño oyeron las buenas nuevas del **reposo** de Dios, pero no les sirvió de nada porque no las aceptaron. No confiaron en el Dios que les dio las buenas nuevas. No sirve de nada que oigamos si no creemos. Ese es el énfasis aquí. Oír las buenas nuevas del reposo de Dios no produce beneficios ni ganancias a ninguna persona en ningún momento, a menos que el oír este **acompañado de fe**.

Es una tragedia que el infierno va a estar lleno de personas que dirán: "Señor, Señor, ¿no profetizamos en tu nombre, y en tu nombre echamos fuera demonios, y en tu nombre hicimos muchos milagros? Y entonces [Jesús les declarará]: Nunca os conocí; apartaos de mí, hacedores de maldad" (Mt. 7:22-23; cp. Lc. 13:26-27). Su conocimiento y su obra no estaban unidos con su fe. Los judíos se enorgullecían en el hecho de tener la ley de Dios, las ordenanzas de Dios y los rituales de Dios. Se sentían especialmente orgullosos por ser

descendientes de Abraham. Pero Jesús advirtió que los hijos verdaderos de Abraham creían como Abraham y actuaban como él (Jn. 8:39). Pablo les recordó a sus compatriotas judíos que "es judío el que lo es en lo interior, y la circuncisión es la del corazón, en espíritu, no en letra; la alabanza del cual no viene de los hombres, sino de Dios" (Rom. 2:29). Espiritualmente hablando, un judío incrédulo es una contradicción.

Si usted se pasa una luz roja, un policía le obliga a pararse y le empieza a escribir una multa, usted no le muestra su ejemplar de las leyes estatales de conducción a la hora de defenderse. No intenta usted determinar su inocencia diciéndole que ha leído el librito muchas veces y que se sabe de memoria la mayoría de sus normas. Lejos de hacerlo inocente, esto lo hace más responsable de vivir de acuerdo con las leyes y mucho más culpable por incumplirlas. Conocer la ley sólo es ventajoso si la obedecemos. Pablo dice: "Pues en verdad la circuncisión aprovecha, si guardas la ley; pero si eres transgresor de la ley, tu circuncisión viene a ser incircuncisión" (Rom. 2:25).

Ser judío bajo el Antiguo Pacto no era asunto de tener la ley sino de obedecerla. Ser cristiano bajo el Nuevo Pacto no es asunto de conocer el evangelio sino de confiar en él. Tener una Biblia, leerla, conocerla, llevarla cada domingo a la iglesia e incluso enseñarla, no nos hace cristianos. Lo único que nos hace cristianos es confiar en aquel de quien la Biblia testifica. Jesús les advirtió: "Escudriñad las Escrituras; porque a vosotros os parece que en ellas tenéis la vida eterna; y ellas son las que dan testimonio de mí" (Jn. 5:39). La cuestión no es conocimiento u obras, sino fe. Pablo estaba feliz y agradecido por los cristianos de Tesalónica, no solamente porque hubieran aceptado el evangelio como palabra de Dios, sino porque lo creían (1 Ts. 2:13; cp. 2 Ts. 2:13). Esto significa que debemos entregar toda nuestra vida al señorío de Cristo.

Los dos lados de esta verdad, el positivo y el negativo, son categóricos, absolutos. **Los que han creído entrarán en el reposo.** Y los que no creen **no entrarán en Mi reposo.** Lo que se cree y lo que no se cree son cosas muy serias. Desde la perspectiva humana, creer y nada más nos salvará; la incredulidad, aun si está acompañada del resto de las cosas, nos condenará. Estas son los dos lados igualmente verdaderos del evangelio, que es *buenas* nuevas solamente para quien lo acepta de todo corazón.

NUESTRO REPOSO ES EL REPOSO DIVINO

Otro punto debe mencionarse aquí. El reposo prometido a quienes creen es el reposo de Dios (**mi reposo**). El reposo de Dios de su obra en la creación y el reposo que nos da en Cristo, no son la clase de reposo que se produce por debilidad o por inactividad, sino el

reposo de la obra terminada. **Las obras tuyas estaban acabadas desde la fundación del mundo.** Dios ya lo ha hecho todo, ha culminado su obra, está al alcance por la fe de quien quiera entrar en ella y participar en su reposo.

Cuando Dios terminó la creación, dijo (parafraseando brevemente Gn. 2): "Terminé. He creado un mundo maravilloso para el hombre y la mujer. Les he dado todo lo que necesitan terrenalmente, inclusive el uno al otro, para que tengan una vida completa, bella y satisfactoria. Más importante aun, tienen una comunión perfecta, intacta y sin mancha conmigo. Ahora yo puedo descansar y ellos pueden descansar en mí".

Porque en cierto lugar dijo así del séptimo día: Y reposó Dios de todas sus obras en el séptimo día. (4:4)

El reposo del sábado se instituyó como símbolo del descanso verdadero que vendría en Cristo. Por esa razón Jesús podía violar el sábado, y este se deja completamente aparte en el Nuevo Testamento. Cuando vino la verdadera tierra de reposo, el símbolo era innecesario. "Por tanto, nadie os juzgue en comida o en bebida, o en cuanto a días de fiesta, luna nueva o días de reposo, todo lo cual es sombra de lo que ha de venir; pero el cuerpo es de Cristo" (Col. 2:16-17).

Adán y Eva eran completamente justos cuando Dios los creó. Caminaban y hablaban con Dios tan regular y naturalmente como caminaban y hablaban entre ellos. Estaban en el reposo, en su sentido original y más completo. Dependían de Dios para todo. No tenían ansiedades, preocupaciones, dolor, frustraciones ni tristezas. No necesitaban el perdón de Dios porque no tenían pecado. No necesitaban consuelo porque nunca estaban acongojados. No necesitaban alientos porque nunca fracasaban. Sólo necesitaban la comunión con Dios, porque por Él fueron hechos. Este era su "reposo" en Dios. Dios completó su obra perfecta y descansó. Ellos *eran* su obra perfecta y descansaron en Él.

Pero algo terrible ocurrió. Cuando Satanás comenzó a poner en duda la palabra, la integridad y el amor de Dios, Adán y Eva decidieron creerle a Satanás. Confiaron en él antes que en Dios. Y cuando perdieron la confianza en Dios, perdieron el reposo divino. Y desde entonces hasta hoy, la separación del hombre con Dios no solamente ha sido para pecado sino agotadora. Todo el propósito de la Biblia y toda la obra de Dios en la historia humana tiene una sola razón de ser: llevar al hombre de vuelta al reposo divino.

Para lograrlo, Dios tuvo que eliminar la barrera que los apartaba del reposo, la barrera que los separaba de Él. Envío a su Hijo para hacer precisamente eso: proveer una vez más el descanso del hombre en su Creador. Por medio de la muerte de Cristo se vuelve a ofrecer

vida a los hombres. Reposo es otra palabra para vida, la vida como Dios quería que fuera. Inclusive las personas que vivieron antes de Jesús fueron salvas por lo que Dios iba a hacer mediante su Hijo. Cristo cargó los pecados pasados y futuros, y el reposo de Dios, por medio de Cristo, ha estado disponible para todo aquel que en Él crea.

Quienes pecaron mientras vagaban por el desierto no se perdieron solamente de Canaán. A menos que hayan ejercido una fe personal en Dios en algún momento durante esos cuarenta años, también se perdieron la vida eterna de la cual Canaán era solamente un símbolo.

DECRETO DIVINO

Y otra vez aquí: No entrarán en mi reposo. Por lo tanto, puesto que falta que algunos entren en él, y aquellos a quienes primero se les anunció la buena nueva no entraron por causa de desobediencia. (4:5-6)

El **reposo** aún **permanece**. ¿Por qué? Porque Dios no lo podía cortar. Eso habría significado que Dios comenzó algo que no merecía la pena completar. Pero Él no hace ese tipo de cosas. Dios no estableció a la humanidad para nada. Alguien tenía que entrar al reposo que Él proveyó: **Falta que algunos entren en él**. Cuando el hombre perdió el reposo divino, Dios comenzó inmediatamente el proceso de recuperación. Por medio de su Hijo, Jesucristo, algunos volverían al reposo. Dios creó al hombre para que tuviera comunión con Él y su plan no va a frustrarse por un arcángel rebelde o una humanidad incrédula. Por tanto, por decreto divino, siempre ha habido un remanente de creyentes, incluso entre el tan incrédulo Israel. "Así también aun en este tiempo ha quedado un remanente escogido por gracia" (Rom. 11:5). El camino al reposo divino siempre ha sido angosto y sólo unos pocos, en relación a toda la humanidad, lo han encontrado. Pero algunos deben entrar en él, porque el propósito de Dios debe ser cumplido. Él por Decreto soberano diseñó un descanso para la humanidad y algunos, por lo tanto, van a **entrar en ese reposo** [descanso].

El segundo elemento del reposo que aquí se menciona es el decreto soberano de Dios. Se menciona en segundo lugar, pero fue primero. Sin el decreto divino, la fe del hombre sería fútil y carecería de valor. Somos salvos por dos razones: la voluntad de Dios, expresa en enviar a su Hijo para salvar a los hombres; y nuestra voluntad, expresa en nuestra confianza en que su Hijo nos salva. Podemos obtener la salvación porque planeó salvarnos antes de que el mundo fuese creado. Esta es la predestinación o la elección, Jesús dijo: "Ninguno puede venir a mí, si el Padre que me envió no le trajere" y "ninguno puede venir

a mí, si no le fuere dado del Padre" (Jn. 6:44, 65). La fe personal es necesaria antes de que Dios pueda aplicar su redención en nosotros. Sin embargo, nuestra fe personal es eficaz porque antes el Padre nos llevó al Hijo. Podemos tener salvación porque Dios *quiere* que seamos salvos. Sólo la **desobediencia** nos mantiene afuera.

ACCIÓN INMEDIATA

Otra vez determina un día: Hoy, diciendo después de tanto tiempo, por medio de David, como se dijo: Si oyereis hoy su voz, no endurezcáis vuestros corazones. (4:7)

El tercer elemento del reposo es la acción inmediata. Dios determina **un día: Hoy**. La oportunidad de entrar en el reposo de Dios que aún permanece, pero no permanecerá indefinidamente. Para todo individuo terminará con la muerte o antes; y para toda la humanidad terminará en el Último Día. La era de la gracia no es para siempre. Por esta razón la acción inmediata es la base para entrar al reposo de Dios, siendo salvado. Por esto dijo Pablo: "He aquí ahora el tiempo aceptable; he aquí ahora el día de salvación" (2 Co. 6:2). Cuando Dios vio la civilización que estaba a punto de ahogar, dijo: "No contendrá mi espíritu con el hombre para siempre, porque ciertamente él es carne; mas serán sus días ciento veinte años" (Gn. 6:3). En otras palabras, una persona no tiene más que su vida en la Tierra para creer en Dios. La esperanza de vida hoy día es mucho menor que 120 años; y, por supuesto, ninguno de nosotros tiene garantizado que logrará vivir hasta el promedio. Dios limita el tiempo para la salvación. Este es el hoy de Dios, en este momento; este es el único día, la única oportunidad, de la que podemos estar seguros.

LA NATURALEZA DEL REPOSO

Porque si Josué les hubiera dado el reposo, no hablaría después de otro día. Por tanto, queda un reposo para el pueblo de Dios. Porque el que ha entrado en su reposo, también ha reposado de sus obras, como Dios de las suyas. (4:8-10)

ES ESPIRITUAL

El reposo del que aquí se habla no es el descanso físico de Canaán. Aquel era sólo una imagen. Porque si Josué les hubiera dado el reposo, no hablaría después de otro día. El reposo verdadero de Dios no viene por medio de Moisés, Josué o David. Viene por medio de Jesucristo. El reposo de Dios no es esencialmente físico. Es verdad que el reposo en Dios y la confianza en sus promesas nos pueden aliviar de los nervios, las tensiones y otros problemas físicos. Pero tales cosas son derivadas de su reposo. Muchas sectas prometen a sus seguidores felicidad, riqueza y salud en esta vida. La Biblia no lo hace. El

reposo que promete Dios es espiritual, no físico. Independiente de los beneficios físicos o terrenales que el Señor nos pueda dar, su promesa básica es darnos reposo espiritual, bendición espiritual. Algunos de los creyentes más fieles en Dios son los más ocupados, los más trabajadores incansables y a veces hasta los más afligidos. Sin embargo, están en el reposo de la salvación divina.

ES PARA ISRAEL

La expresión pueblo de Dios puede referirse en general a alguien que conozca a Dios; pero aquí se refiere específicamente a Israel. La salvación es primero que todo para Israel. El evangelio "es poder de Dios para salvación a todo aquel que cree; al judío primeramente, y también al griego" (Rom. 1:16). Existe un reposo para el pueblo de Dios, y en el Antiguo Testamento a Israel se le designa el pueblo de Dios. El reposo espiritual divino se prometió primero para Israel, y no habrá terminado Dios con Israel en tanto este no entre en su reposo.

ES FUTURO

Porque el que ha entrado en su reposo, también ha reposado de sus obras, como Dios de las suyas. (4:10)

El reposo de Dios también es futuro. Juan oyó estas palabras hermosas desde el ciclo en su visión en Patmos: "Escribe: Bienaventurados de aquí en adelante los muertos que mueren en el Señor. Sí, dice el Espíritu, descansarán de sus trabajos, porque sus obras con ellos siguen" (Ap. 14:13). Creo que Hebreos 4:10 anticipa el día final en que cesaremos todos nuestros esfuerzos y obras, y entraremos en la presencia de Jesucristo. Esto incluye el reposo prometido a Israel, el reposo final en el que Israel y todo el resto del pueblo de Dios cesará sus obras y descansará como lo hizo Dios cuando terminó su creación. Esta es la realidad del reposo del sábado.

LA URGENCIA DEL REPOSO

Procuremos, pues, entrar en aquel reposo, para que ninguno caiga en semejante ejemplo de desobediencia. Porque la palabra de Dios es viva y eficaz, y más cortante que toda espada de dos filos; y penetra hasta partir el alma y el espíritu, las coyunturas y los tuétanos, y discierne los pensamientos y las intenciones del corazón. Y no hay cosa creada que no sea manifiesta en su presencia; antes bien todas las cosas están desnudas y abiertas a los ojos de aquel a quien tenemos que dar cuenta. (4:11-13)

La necesidad del **reposo** de Dios es urgente. Las personas deberían asegurarlo con diligencia, propósito intenso y preocupación. No es que alguien pueda por sí mismo alcanzar la salvación, sino que debería buscar con diligencia entrar al reposo de Dios por medio de la fe antes de que pierda su oportunidad, como los israelitas en el desierto.

No podemos jugar con Dios. **Porque la palabra de Dios es viva y eficaz, y más cortante que toda espada de dos filos... y discierne los pensamientos y las intenciones del corazón.** En el contexto inmediato, este versículo significa que los lectores que están dudando de confiar en Cristo, que incluso están considerando caer de nuevo en el judaísmo, hacen mejor en procurar entrar al descanso de Dios con **diligencia**, porque la Palabra de Dios está viva. No es estática, sino activa, activa constantemente. Puede perforar hasta las partes más profundas **del corazón** para ver si se cree de verdad o no.

De modo que la Palabra de Dios no solamente salva, consuela, alimenta y sana; también es una herramienta de juicio y ejecución. En el día del gran juicio su Palabra penetrará y **desnudará** los corazones que no han confiado en Él. La farsa y la hipocresía quedarán descubiertas, y ninguna confesión de fe —no importa cuán ortodoxa sea—, ninguna lista de buenas obras —no importa cuán sacrificiales sean—, contará para algo delante de Él. Solamente importarán los **pensamientos y las intenciones del corazón**. La Palabra de Dios discierne perfectamente, es la perfecta *kritikos* (de donde obtenemos "crítico"). No solamente analiza perfectamente todos los hechos, sino todos los motivos, intenciones y creencias, que ni siquiera el más sabio de los jueces o críticos humanos podría discernir. La espada de su Palabra no cometerá errores en el juicio o la ejecución. Se quitarán todos los disfraces y sólo la persona real quedará a la vista.

La palabra que se traduce **abierto** tenía dos usos diferentes en los tiempos antiguos. Se usaba para un luchador que tomaba a su oponente por la garganta. En esta posición, inevitablemente, los dos hombres estaban cara a cara. El otro uso tenía que ver con los juicios penales. Se ataba una daga afilada al cuello del acusado, con la punta justo debajo de su mentón, de modo que no pudiera inclinar su cabeza, sino que tuviera que mirar al juez. Los dos usos tienen que ver con situaciones graves en un, cara a cara. Cuando el incrédulo llegue al escrutinio de la Palabra de Dios, inevitablemente estará cara a cara con la verdad perfecta sobre Dios y sobre sí mismo.

A la luz de un juicio tan perfecto y veraz, y de un reposo tan maravilloso y hermoso, ¿por qué endurecería una persona su corazón a Dios?

10 Nuestro gran sumo sacerdote (4:14-16)

Por tanto, teniendo un gran sumo sacerdote que traspasó los cielos, Jesús el Hijo de Dios, retengamos nuestra profesión. Porque no tenemos un sumo sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras debilidades, sino uno que fue tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado. Acerquémonos, pues, confiadamente al trono de la gracia, para alcanzar misericordia y hallar gracia para el oportuno socorro. (4:14-16)

El Espíritu Santo continúa llamando a los judíos que oyen el evangelio y se apartaron del judaísmo pero aún no han confiado en Cristo. Eficazmente, ha estado diciendo: "Ustedes saben que Cristo es superior a los profetas, los ángeles y Moisés; saben los peligros de no confiar en Cristo y saben que lo necesitan. ¿Qué los detiene para que tomen la decisión?". Hebreos 4:1-13 era un llamado urgente a no demorarse en aceptar la salvación de Dios, su reposo perfecto, en Jesucristo.

Hasta ahora, el llamado ha sido más que todo negativo: Si no cree, estará condenado, separado por siempre de Dios y de su reposo. Se ha mostrado a la Palabra de Dios en su papel de juicio y de verlo todo, como espada de dos filos (4:12).

Ciertamente, el peligro del infierno es real, y si un predicador evita esta verdad —especialmente cuando trate de alcanzar a quienes no son salvos—, no está siendo fiel al evangelio. Estas cosas *deben* enseñarse y predicarse porque son verdad y muy importantes. Gritar "¡Fuego!" en un recinto lleno en el que no hay ningún incendio no solamente es contra la ley, sino sumamente cruel y peligroso. Pero *no* gritar "¡Fuego!" cuando el edificio sí *está* en llamas es aún más cruel y peligroso. Cuando se hace con el espíritu y la forma correctos, advertir a los incrédulos de los peligros del infierno es uno de los mayores actos de bondad que podemos mostrarles.

EL MENSAJE POSITIVO

El mensaje ahora gira hacia el lado positivo del evangelio. La salvación hace más que alejarnos del infierno, infinitamente más. Muchos caricaturizan el fundamentalismo evangélico diciendo que su único mensaje es: "fuego y azufre, infierno y condenación".

La salvación no sólo nos salva de la muerte espiritual, también trae vida espiritual. No sólo debe buscarse por lo que nos pasaría si no la aceptamos, sino por lo que nos pasará si lo hacemos. Lo que nos pasa cuando la aceptamos tiene su base en la identidad de Jesús. Si no hubiera otra razón en el universo para obtener la salvación, el hecho de que Jesús

sea quien es sería razón suficiente. Tener una relación viva con Él es la experiencia más grande que puede tener una persona. Caminar en la comunión del Cristo vivo es algo glorioso incluso si no hubiera infierno del cual escapar. De modo que tenemos razones para recibir a Jesucristo y entrar en el reposo de Dios, no sólo por el miedo a su juicio sino por su belleza, no sólo por su ira sino por su gracia, no sólo porque es juez sino porque también es un sumo sacerdote misericordioso y fiel.

Hay tres cualidades que hacen de Jesús nuestro gran sumo sacerdote: su sacerdocio perfecto, su persona perfecta y su provisión perfecta. Como Él es perfecto en estos aspectos, es el único sumo sacerdote verdadero de Dios. Todos los demás, sin importar cuán fieles, no eran sino símbolos de su sacerdocio.

SU SACERDOCIO PERFECTO

Por tanto, teniendo un gran sumo sacerdote que traspasó los cielos, Jesús el Hijo de Dios, retengamos nuestra profesión. (4:14)

El sumo sacerdocio de Jesucristo es exaltado a lo largo de todo Hebreos. El capítulo uno dice que se hizo "la purificación de nuestros pecados" (v. 3). En el capítulo dos, Él es "misericordioso y fiel sumo sacerdote" (v. 17). Y en el capítulo tres, es "apóstol y sumo sacerdote de nuestra profesión" (v. 1). Los capítulos 7—9 se enfocan casi exclusivamente en el sumo sacerdocio de Jesús. Aquí en 4:14 se le llama **gran sumo sacerdote**.

Dios escogió a los sacerdotes del antiguo Israel para ser mediadores entre su pueblo y Él. Bajo el Antiguo Pacto sólo el sumo sacerdote podía ofrecer el sacrificio más alto y eso sólo ocurría una vez al año en el día de la expiación (*Yom Kipur*). El sumo sacerdote llevaba simbólicamente todos los pecados del pueblo al Lugar Santísimo y derramaba sangre sobre el propiciatorio como sacrificio para expiar los pecados de ellos. Él representaba a Dios ante el pueblo y al pueblo ante Dios como no podría hacerlo ningún otro instrumento humano.

Como aprendemos de Levítico 16, aun antes de que el sumo sacerdote pudiera entrar al Lugar Santísimo y mucho antes de que pudiera ofrecer un sacrificio allí, debía hacer un ofrecimiento por sí mismo, puesto que él, tal como aquellos a los que representaba, era pecador. Además, su tiempo en el Lugar Santísimo era limitado. Sólo tenía permitido permanecer en la presencia de la gloria *Shekinah* de Dios durante el tiempo del sacrificio.

Para entrar al Lugar Santísimo el sacerdote tenía que pasar tres áreas en el tabernáculo o el templo. Recogía la sangre y pasaba por una puerta a los atrios externos, pasaba por otra

puerta al Lugar Santo y luego por el velo al Lugar Santísimo. No se sentaba ni se demoraba. Tan pronto como ofrecía el sacrificio, salía del lugar y no regresaba en todo el año.

Todos los años se necesitaba un Yom Kipur tras otro. Entre cada uno de estos sacrificios anuales, —día tras día— se hacían miles de sacrificios adicionales, de lo producido o de animales. El proceso no terminaba nunca, nunca se completaba, porque el sacerdocio y los sacrificios no eran perfectos.

Jesús, nuestro gran sumo sacerdote, después de haber hecho un único sacrificio perfecto en la cruz, también pasó por las tres áreas. Cuando **traspasó los cielos**, atravesó el primer cielo (la atmósfera), el segundo cielo (el espacio exterior) y llegó al tercer cielo (la morada de Dios; 2 Co. 12:2-4). Jesús fue adonde estaba Dios, no simplemente donde habitaba su gloria. Este es el más santísimo de todos los lugares. Pero Jesús no tenía que retirarse. Su sacrificio se hizo una sola vez y para siempre. El sacrificio era perfecto, el sumo sacerdote era perfecto, y se sentó para toda la eternidad a la diestra de Dios Padre (He. 1:3). "Yo te he glorificado en la tierra; he acabado la obra que me diste que hiciese. Ahora pues, Padre, glorifícame tú al lado tuyo, con aquella gloria que tuve contigo antes que el mundo fuese" (Jn. 17:4-5). Había hecho la expiación perfecta por el pecado, el propósito para el cual había venido a la Tierra. Y la obra quedó completada cuando entró en el cielo y se presentó en persona en el Lugar Santísimo (He. 9:12).

Nuestro gran Sumo Sacerdote no pasó por el Tabernáculo o el Templo. **Él traspasó los cielos**. Cuando llegó allí, se sentó y Dios dijo: "Estoy satisfecho". Mi Hijo, Jesucristo, consumó la expiación por todos los pecados de todos los tiempos **para** todos los que vienen a él por fe y aceptan lo que hizo por ellos. "La demanda de 4:14, por lo tanto, es que los judíos no comprometidos acepten a Jesús Cristo como su verdadero Sumo Sacerdote. Deben demostrar que su confesión es pertenencia verdadera al aferrarse a Él como su Salvador. Esto enfatiza el lado humano de la seguridad del creyente. Los verdaderos creyentes se mantienen firmes, aferrándose rápidamente así como Dios los **sustenta rápidamente**."

EL FINAL DEL SACERDOCIO Y SACRIFICIOS JUDÍOS

La crucifixión de Jesús ocurrió menos de cuarenta años antes de la destrucción de Jerusalén en el año 70 d. C. Con ella también se destruyó el templo, el único lugar donde se podían hacer los sacrificios. Por tanto, desde poco después del tiempo de Cristo, no han vuelto a ocurrir sacrificios judíos, ni siquiera hasta hoy. En consecuencia, no ha habido

necesidad de un sacerdocio judío desde aquella época. El *Yom Kipur* todavía se celebra como día santo, el más importante de los días santos, pero no hay sacerdotes o sacrificios que se ofrezcan porque no hay sacerdotes para hacer los sacrificios ni templo donde estos puedan ofrecerse.

EL FINAL DE TODO SACERDOCIO Y SACRIFICIO RITUAL

Ni Cristo ni los sacerdotes establecieron forma alguna de sacerdocio cristiano. Pedro se refiere a la iglesia, a todos los creyentes, como un "sacerdocio santo" y un "real sacerdocio" (1 P. 2:5, 9). Los cristianos, como redimidos de Dios, somos una clase de sacerdotes en el sentido general de que tenemos la responsabilidad de llevar a Dios a otros hombres por medio de la predicación y la enseñanza de su Palabra, y de llevar a los hombres a Dios mediante nuestro testimonio. Pero el Nuevo Testamento no enseña ni reconoce ninguna orden especial de sacerdocio o sistema de sacrificios. Todas las afirmaciones de mediación especial sacerdotal entre Dios y los hombres —el ofrecimiento de sacrificios por los pecados, la expiación por ellos al repetir, supuestamente, el sacrificio de Cristo mediante un ritual, o cualquier otra afirmación o práctica— es, en su totalidad, no bíblica y pecaminosa. Es un desafío abierto a la obra terminada de Jesucristo.

Cualquier sacerdocio religioso formal en la Tierra implica hoy que la expiación perfecta y final por el pecado no se ha hecho. Es igual a la rebelión de Coré, Datán y Abiram, a quienes la Tierra se tragó por la ira de Dios debido a su suposición impía (Nm. 16). En la economía del cristianismo no hay, en absoluto, lugar para el sacerdocio. Cualquier sacerdocio establecido es ilegítimo y una afrenta directa al sacerdocio final de Jesucristo.

Tenemos nuestro perfecto y gran sumo sacerdote, y Él, de una vez por todas, ya realizó el sacrificio único que se necesitaba por el pecado, el único sacrificio eficaz que podría hacerse por el pecado. Cualquier otro sacerdote que intente reconciliar a los hombres con Dios es una barrera, más que un mediador. Por la fe en Jesucristo, cualquier persona puede entrar en la presencia de Dios. Cuando Jesús murió el velo del templo se rasgó de arriba abajo. El acceso a Dios quedó totalmente abierto para quien quiera entrar en los términos divinos.

SU PERSONA PERFECTA

Porque no tenemos un sumo sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras debilidades, sino uno que fue tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado. (4:15)

Al final del versículo 14 se identifica de nuevo a **Jesús el Hijo de Dios** como nuestro gran sumo sacerdote. Aquí están juntos su nombre humano, Jesús, y su título divino, Hijo de Dios. Estas dos partes de su naturaleza se reflejan también en el versículo 15.

LA HUMANIDAD DE JESÚS

La mayoría de las personas parece pensar que Dios está alejado de la vida y las preocupaciones humanas. Jesús era el Hijo de Dios, pero su divinidad no evitó que experimentara nuestros sentimientos, emociones, tentaciones y dolor. Dios se hizo hombre, se hizo Jesús para participar de la tentación, pruebas y sufrimiento de los hombres y triunfar sobre ellos, para que pudiera ser un sumo sacerdote comprensivo y compasivo.

Cuando tenemos problemas, heridas o estamos deprimidos, queremos expresar nuestros sentimientos y necesidades con alguien que nos entienda. Jesús puede **compadecerse de nuestras debilidades**. La frase: "Nadie me entiende como Jesús", es de un famoso himno, no sólo es hermosa y alentadora sino verdad absoluta. Nuestro gran sumo sacerdote no es sólo misericordioso y fiel, sino perfectamente comprensivo. Tiene una capacidad sin igual para compadecerse de nosotros en cada peligro, prueba y situación que aparezca en nuestro camino, porque Él ya pasó por todas estas cosas. En la tumba de Lázaro el cuerpo de Jesús se estremeció. En el huerto de Getsemaní, poco antes de su arresto, sudó gotas de sangre. Experimentó toda clase de tentaciones y pruebas, toda clase de vicisitudes, toda clase de circunstancias a las que alguien pudiera enfrentarse. Y ahora mismo está a la diestra del Padre intercediendo por nosotros.

Jesús no sólo tenía todos los sentimientos de amor, preocupación, desilusión, pena y frustración que nosotros tenemos, sino que también tenía un amor mucho mayor, era infinitamente más sensible a nuestras preocupaciones, tenía puntos de justicia infinitamente más altos y era totalmente consciente del mal y los peligros del pecado. Por tanto, en oposición a lo que tendemos a pensar, su divinidad hizo que sus tentaciones y pruebas fueran mucho más difíciles de soportar para Él que lo que las nuestras son para nosotros.

Permítame dar una ilustración para ayudar a explicar cómo puede ser cierto esto. Experimentamos dolor cuando tenemos alguna herida, a veces el dolor es extremo. Pero si se hace muy severo, experimentaremos insensibilidad o incluso podemos desmayarnos. Cuando salí despedido del auto y me deslice sobre mi espalda en la autopista, sentí dolor por un momento y después ya no sentí nada. Nuestro cuerpo tiene formas de apagar el dolor cuando está más allá de lo que podemos soportar. El umbral del dolor varía

ampliamente de persona a persona, pero todos tenemos un punto de quiebre. En otras palabras, la cantidad de dolor que podemos soportar es limitada. Por tanto, podemos concluir que hay un grado de dolor que nunca experimentaremos porque nuestros cuerpos apagarán nuestra sensibilidad de una u otra forma —tal vez hasta con la muerte— antes de que alcancemos ese punto.

Con la tentación opera un principio semejante. Existe un grado de tentación que podemos no experimentar nunca simplemente porque, no importa cuán espirituales seamos, sucumbiríamos y no saldríamos airoso. Pero Cristo no tenía esa limitación. Por cuanto no tenía pecado, asumió todo lo que Satanás le envió. No tenía sistema de choque, ni tenía un límite de debilidad, para apagar la tentación después de cierto punto. Como nunca sucumbió, experimentó la tentación al máximo. Y la experimentó como hombre, como ser humano. Fue tentado de todas las maneras, como nosotros y mucho más. La única diferencia es que Él nunca pecó. Por tanto, cuando llegamos a Jesucristo podemos recordar que Él sabe todo lo que sabemos, y mucho que nosotros no sabemos, sobre la tentación, las pruebas y el dolor. **No tenemos un sumo sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras debilidades.**

Tal verdad era especialmente sorprendente y poco creíble para los judíos. Sabían que Dios era santo, justo, sin pecado, perfecto, omnipotente. Conocían sus atributos y naturaleza divinos y no podían comprender que experimentara dolor, mucho menos tentación. No sólo esto, sino que bajo el Antiguo Pacto, la forma en la cual Dios trató con su pueblo fue más indirecta, más distante. Excepto en momentos especiales y raros, incluso los creyentes fieles no experimentaban su intimidad y cercanía de la manera en que los creyentes ahora lo hacemos. Los judíos creían que Dios no podía ser partícipe de los sentimientos humanos. Dios estaba muy lejos, demasiado distante del hombre en su naturaleza, para poder identificarse con nuestros sentimientos, tentaciones y problemas.

Si comprender la compasión de Dios era difícil para los judíos, era aún más difícil para la mayoría de los gentiles de la época. Los estoicos, cuya filosofía dominaba gran parte de la cultura griega y romana de los tiempos neotestamentarios, creían que el principal atributo de Dios era la apatía. Algunos creían que no tenía sentimientos ni emociones de ninguna clase. Los epicúreos afirmaban que los dioses viven intermundia, entre los mundos físico y espiritual. Ellos no participaban en ninguno de los dos, de manera que difícilmente podía esperarse que entendieran los sentimientos, problemas y necesidades de los mortales. Estaban completamente separados de la raza humana. La idea de que Dios pudiera identificarse con el hombre —y lo hiciera— en sus pruebas y tentaciones era

revolucionaria tanto para judíos como para gentiles. Pero el escritor de Hebreos está diciendo que no solamente tenemos un Dios que "está allí", sino que "ha estado aquí".

La palabra **debilidades** no se refiere directamente al pecado, sino a flojera o falta de firmeza. Se refiere a todas las limitaciones naturales de la humanidad, que incluyen también el lastre del pecado. Jesús conocía de primera mano la tendencia de la naturaleza humana al pecado. Su humanidad era su campo de batalla. Fue aquí donde Jesús enfrentó y batalló con el pecado. Salió victorioso, pero no sin vivir la tentación, dolor y angustia más intensos.

Sin embargo, en toda esta lucha, Jesús fue **sin pecado** (*chōris hamartia*). Estaba completamente apartado, separado del pecado. Estas dos palabras griegas expresan la ausencia absoluta de pecado. Aunque fue tentado sin tentación misericordia para que pecara, ni siquiera la más ligera mancha de pecado entró en su mente o se expresó en sus palabras o acciones.

Algunos pueden preguntarse cómo puede identificarse Jesús completamente con nosotros si en realidad no pecó como nosotros. Sin embargo, lo que lo califica es haber enfrentado el pecado con su justicia y verdad perfectas. El sólo hecho de experimentar algo no nos da comprensión de ello. Una persona puede pasar por muchas cirugías exitosas sin entender nada de cirugía. De otra parte, un médico puede realizar miles de operaciones complicadas y exitosas sin haber pasado él nunca por el quirófano. Lo que lo califica es su conocimiento de la enfermedad o desorden, y sus habilidades quirúrgicas, no haber padecido la enfermedad. Tiene gran experiencia con la enfermedad —mucho más que cualquiera de sus pacientes—, habiéndola confrontado en todas sus manifestaciones. Jesús nunca pecó, pero entiende el pecado mejor que cualquier ser humano. Lo ha visto con más claridad y lo ha batallado con más diligencia de lo que cualquiera de nosotros sería capaz.

La mera ausencia de pecado puede estimar apropiadamente el pecado. Jesucristo no pecó, no podía pecar, no tenía capacidad para pecar. Sin embargo, sus tentaciones fueron mucho más terribles porque no caía y las soportaba hasta el extremo. La ausencia de pecado en Él incrementaba su sensibilidad al pecado. "Considerad a aquel que sufrió tal contradicción de pecadores contra sí mismo, para que vuestro ánimo no se canse hasta desmayar. Porque aún no habéis resistido hasta la sangre, combatiendo contra el pecado" (He. 12:3-4). Si quiere hablar con alguien que entienda qué es el pecado, hable con Jesucristo. Él conoce el pecado, y conoce y entiende nuestra debilidad. Independiente de qué nos lance Satanás en el camino, hay victoria en Jesucristo. Él entiende; Él ha estado aquí.

El doctor John Wilson solía contar la siguiente historia. Booth Tucker estaba dirigiendo unas reuniones de evangelización en la Ciudadela del Ejército de Salvación, en Chicago. Una noche, después de haber predicado sobre la compasión de Jesús, un hombre se le acercó y le preguntó cómo podía hablar de un Dios compasivo, comprensivo y amoroso. Le dijo aquel hombre: "Si su esposa hubiera acabado de morir, como la mía, y sus bebés estuvieran llorando por su madre que no regresaría nunca, no estaría diciendo esas cosas".

Pocos días después, la esposa del señor Tucker murió en un accidente de tren. Llevaron su cuerpo a Chicago, a la Ciudadela, para el funeral. Después del servicio, el predicador desconsolado bajó la mirada al rostro silente de su esposa y luego se volteó hacia los feligreses, dijo: "El otro día, cuando estaba aquí un hombre me dijo que si mi esposa hubiera acabado de morir y mis hijos estuvieran llorando por su madre, no estaría en capacidad de decir que Cristo era comprensivo y compasivo, o que era suficiente para todas las necesidades. Si ese hombre está aquí, quiero decirle que Cristo es suficiente. Mi corazón está roto, deshecho, pero hay en él una canción que Cristo puso ahí. Quiero decirle a aquella persona que Jesucristo está hablándome hoy palabras de consuelo". El hombre estaba allí, fue y se arrodilló junto al ataúd y Booth Tucker lo presentó a Jesucristo.

Tenemos un sumo sacerdote compasivo, cuyo sacerdocio es perfecto y Él mismo es perfecto.

SU PROVISIÓN PERFECTA

Acerquémonos, pues, confiadamente al trono de la gracia, para alcanzar misericordia y hallar gracia para el oportuno socorro. (4:16)

Quien nos entiende perfectamente también proveerá perfectamente para nosotros. "No os ha sobrevenido ninguna tentación que no sea humana; pero fiel es Dios, que no os dejará ser tentados más de lo que podéis resistir, sino que dará también juntamente con la tentación la salida, para que podáis soportar" (1 Co. 10:13). Jesucristo conoce nuestras tentaciones y nos sacará de ellas.

ACÉRQUESE AL TRONO DE LA GRACIA DE DIOS

Una vez más, el Espíritu llama a quienes aún no han decidido aceptar a Jesucristo como su Salvador. No solamente deben evitar volver al judaísmo, sino que deben aferrarse a su confesión de Cristo y, finalmente —y necesariamente **acercarse confiadamente al trono de la gracia.**

En la antigüedad, las personas comunes y corrientes no podían acercarse a los gobernantes. Algunos de estos ni siquiera permitían que sus oficiales de más alto rango se acercaran sin permiso. La reina Ester arriesgó su vida cuando se acercó al rey Asuero sin invitación, aunque era su esposa (Est. 5:1-2). No obstante, cualquier persona penitente, sin importar cuán pecadora sea y cuán poco lo merezca, puede acercarse al trono de Dios en cualquier momento para obtener perdón y salvación, confiando en que los recibirá con **misericordia y gracia**.

Por el sacrificio de Cristo, el trono del juicio divino se convirtió en el **trono de la gracia** para quienes confían en Él. Así como los sacerdotes judíos, una vez por año y durante siglos, habían rociado sangre en el propiciatorio por los pecados del pueblo, Jesús derramó su sangre una vez y para siempre por los pecados de todo aquel que en Él crea. Esa es su provisión perfecta.

La Biblia habla mucho de la justicia de Dios. Pero qué terrible sería para nosotros que Él fuera solamente justo y no proveyera gracia. El hombre pecador merece la muerte, la sentencia de la justicia; pero necesita la salvación, el regalo de la gracia. Y a este mismo trono de la gracia puede ir cualquier persona con confianza y seguridad. Es el **trono de la gracia** porque allí esta se otorga.

¿Cómo puede alguien rechazar a semejante sumo sacerdote, semejante Salvador, quien no sólo nos permite acercarnos a su trono por gracia y ayuda, sino que nos ruega que vayamos con confianza? Su Espíritu dice: "Vengan con confianza hasta el trono de Dios, que se ha convertido en un trono de gracia por causa de Jesús. Vengan hasta aquí, reciban la gracia y la misericordia cuando la necesiten, antes de que sea demasiado tarde, su corazón se endurezca y se termine el 'hoy' de Dios". **El oportuno socorro es ahora.**

¡Qué gran sumo sacerdote tenemos! Es compasivo y salva. ¿Qué más podría Él hacer?

11 Cristo es el sacerdote perfecto (5:1-10)

Porque todo sumo sacerdote tomado de entre los hombres es constituido a favor de los hombres en lo que a Dios se refiere, para que presente ofrendas y sacrificios por los pecados; para que se muestre paciente con los ignorantes y extraviados, puesto que él también está rodeado de debilidad; y por causa de ella debe ofrecer por los pecados, tanto por sí mismo como también por el pueblo. Y nadie toma para sí esta honra, sino el que es llamado por Dios, como lo fue Aarón. Así tampoco Cristo se glorificó a sí mismo haciéndose sumo sacerdote, sino el que le dijo: Tú eres mi Hijo, yo te he engendrado hoy. Como también dice en otro lugar: Tú eres sacerdote para siempre, según el orden de Melquisedec. Y Cristo, en los días de su carne, ofreciendo ruegos y súplicas con gran clamor y lágrimas al que le podía librar de la muerte, fue oído a causa de su temor reverente. Y aunque era Hijo, por lo que padeció aprendió la obediencia; y habiendo sido perfeccionado, vino a ser autor de eterna salvación para todos los que le obedecen; y fue declarado por Dios sumo sacerdote según el orden de Melquisedec. (5:1-10)

Entre las primeras cosas que un judío podía haberle preguntado a otra persona sobre su religión estaban: ¿Quién es su sumo sacerdote? ¿Quién es el mediador entre Dios y usted? ¿Quién ofrece los sacrificios para la expiación de los pecados? Durante los tiempos de la iglesia primitiva, un judío podría haberle preguntado a un cristiano: "¿Cómo le van a perdonar sus pecados si nadie está ofreciendo sacrificios ni intercediendo por usted? ¿Cómo puede usted afirmar que este pacto es superior al antiguo, dado por medio de Moisés, si en este usted no tiene sumo sacerdote?".

A lo cual el cristiano habría respondido: "Pero sí tenemos un sumo sacerdote, uno perfecto. Él ha ofrecido el sacrificio por nuestros pecados. No se limita a templos terrenales ni tiene que hacer sacrificios anuales, menos aun diarios. Hizo un sacrificio que expía todos los pecados cometidos en la historia, desde el principio hasta el final de los tiempos. Así de grande es aquel sumo sacerdote y así de grande fue su sacrificio. Y más que eso, nuestro sumo sacerdote está sentado a la diestra de Dios e intercede continuamente por nosotros, quienes le pertenecemos".

El corazón del libro de Hebreos (caps. 5—9) se enfoca en el sumo sacerdocio de Jesús. Su sacerdocio superior, más que cualquier otra cosa, hace que el Nuevo Pacto sea mejor que el antiguo. Él ha logrado lo que todos los antiguos sacerdotes no lograron y no podrían haber logrado.

Los sacerdotes del Antiguo Pacto tendían puentes hacia Dios. Los hombres no podían ir directamente a la presencia de Dios, por tanto, Dios llamó a algunos de ellos para ser ujieres, por así decirlo, para que llevaran a los otros a su presencia. El acceso a Dios sólo se abría en tanto los sacerdotes ofrecían los sacrificios, día tras día, año tras año, presentando a Dios sangre de animales. Los sacerdotes eran mediadores de Dios.

EL GRAN SUMO SACERDOTE, ÚNICO Y PERFECTO

Pero con el sacrificio de Jesucristo en la cruz, se acabó la necesidad del templo y del sacerdocio levítico. No había necesidad de un sumo sacerdote como los que sucedieron a Aarón ni de alguna forma de sacerdocio humano. Jesús era las dos cosas: Sumo sacerdote y sacrificio, y abrió un acceso eterno para el hombre a la presencia de Dios. Al momento de su crucifixión, el velo del templo se partió en dos, dejando abierto el Lugar Santísimo para quien fuera a Dios por medio del Hijo. En un sólo acto sacrificial perfecto, Jesucristo logró lo que miles y miles de sacrificios presentados por una gran cantidad de sacerdotes nunca lograron. Él abrió de manera permanente el camino a Dios, de modo que cualquier persona de cualquier época puede entrar a la presencia de Dios por la fe en Cristo.

LAS CUALIDADES DEL SACERDOTE

Porque todo sumo sacerdote tomado de entre los hombres es constituido a favor de los hombres en lo que a Dios se refiere, para que presente ofrendas y sacrificios por los pecados; para que se muestre paciente con los ignorantes y extraviados, puesto que él también está rodeado de debilidad; y por causa de ella debe ofrecer por los pecados, tanto por sí mismo como también por el pueblo. Y nadie toma para sí esta honra, sino el que es llamado por Dios, como lo fue Aarón. (5:1-4)

Estos cuatro versículos mencionan las tres características básicas de un **sumo sacerdote** judío. Dios lo nombraba, era compasivo con quienes ministraba y ofrecía sacrificios por ellos. Los siguientes seis versículos muestran cómo cumplía Cristo esos requisitos.

NOMBRADO POR DIOS DE ENTRE LOS HOMBRES

SER HOMBRE

Un sacerdote debe participar de la naturaleza de las personas para quienes oficia. Por tanto, un **sumo sacerdote** verdadero debe **tomarse de entre los hombres**; es decir, debe ser hombre. Dios no escogió a los ángeles para ser sacerdotes. Los ángeles no tienen la naturaleza humana. No pueden entender de verdad a los hombres y no tienen

comunicación abierta con ellos. Sólo un hombre podría estar sujeto a las tentaciones de los hombres, podría experimentar el sufrimiento como los hombres y, por ello, estar capacitado para servirles de forma comprensiva y misericordiosa. Sólo un hombre podría servir de manera correcta en favor de los hombres.

Si recordamos, para quiénes se escribió esta epístola, podemos ver más fácil la importancia de la idea que se quiere resaltar sobre Jesucristo. Para ser un sumo sacerdote perfecto —de hecho, para ser un sumo sacerdote de cualquier tipo— debía ser hombre. Hasta aquí todo era, por supuesto, muy claro y aceptable para los judíos. Su problema estaba con la encarnación: que *Dios se hiciera hombre*. El Espíritu Santo responde con mucha sencillez al problema de la encarnación con esta razón básica: el Mesías, quien es Dios, no podría haber sido un sumo sacerdote verdadero si no hubiera sido hombre. A menos que Dios pudiera sentir y pasar por las cosas que pasaban los hombres, Él no tendría la comprensión experimental de aquellos a quienes representaba.

Bajo el modelo antiguo, aun después de los pactos con Abraham y Moisés, no era posible acercarse a Dios. Después de la caída, Dios expulsó a Adán y Eva del huerto, y el hombre perdió el acceso a la presencia del Señor. En el desierto, el pueblo recibió la advertencia de no acercarse al Sinaí, donde Dios escogió manifestarse a Moisés cuando le dio el pacto de la ley. En el templo y el tabernáculo. Dios estaba detrás del velo y sólo el sumo sacerdote podía acercarse a Él.

Pero al enviar a su Hijo Jesucristo, Dios dejó de estar distante, trascendente y separado de los hombres. Entró al mundo humano y sintió todo lo que los hombres sentirían para poder ser un sumo sacerdote compasivo, misericordioso y fiel. Si Dios nunca se hubiera hecho hombre, nunca hubiera podido ser sumo sacerdote, mediador o intercesor. Nunca hubiera podido ofrecer el sacrificio absoluto y perfecto, requerido por la justicia divina, por los pecados de su pueblo. La encarnación no era una opción; era una necesidad absoluta. Era imperativa si el objetivo era la salvación de los hombres.

Juan Calvino dijo: "Era necesario que Cristo se hiciera un hombre real. Pues al estar tan separados de Dios, de cierta forma estamos delante de Él en la persona del sacerdote, lo cual no sería posible si este no fuese uno de nosotros. Así, que el Hijo de Dios tenga una naturaleza común con nosotros no disminuye su dignidad, sino que la eleva más para nosotros porque Él es apropiado para reconciliarnos con Dios pues es hombre". Dios tuvo que descender donde estamos para levantarnos y llevarnos de vuelta a Él.

TENÍA QUE SER UN HOMBRE DE DIOS [ESCOGIDO POR ÉL].

Pero un sacerdote verdadero no podía ser cualquier hombre. Dios debía haberlo **constituido**. No era un oficio que una persona pudiera cumplir sólo porque así lo planeó o lo anheló. Debía ser la persona de Dios, no solamente en el sentido de ser fiel y obediente, sino por haber sido escogido por Él. *Dios lo constituía a favor de los hombres*. "Y nadie toma para sí esta honra, sino el que es llamado por Dios, como lo fue Aarón" (v. 4; cp. 8:3).

Cuando se estableció el sacerdocio, Moisés recibió esta instrucción: "Harás llegar delante de ti a Aarón tu hermano, y a sus hijos consigo, de entre los hijos de Israel, para que sean mis sacerdotes; a Aarón y a Nadab, Abiú, Eleazar e Itamar hijos de Aarón" (Éx. 28:1). Desde el comienzo del sacerdocio, los sacerdotes no solamente servían a Dios, sino que Dios mismo los escogía. Cuando Coré, Datan y Abiram insistieron en democratizar el sacerdocio y afirmaron que cualquier israelita podría ser sacerdote, el Señor hizo que la tierra se los tragara (Nm. 16).

COMPASIVO CON LOS HOMBRES

Para que se muestre paciente con los ignorantes y extraviados, puesto que él también está rodeado de debilidad. (5:2)

La omnisciencia lo sabe todo; la compasión perfecta siente todo. Cristo no necesitaba aprender alguna clase de información cuando vino al mundo. Era omnisciente, todo lo sabía. Pero eligió participar en los sentimientos de los hombres personalmente para poder ser también compasivo, sentirlo todo. El verdadero sumo sacerdote tenía que ser compasivo con quienes servía. El verdadero sumo sacerdote participaría completamente de la situación humana, estaría íntimamente ligado en la madeja de la vida. Necesitaba vivir entre los hombres como un hombre, sentir como ellos en sus altos y bajos, para que pudiera **mostrarse paciente** con ellos.

Además de significar "mostrarse paciente", *metriopatheō* significa también tratar con bondad o moderación. En el contexto de Hebreos 5:2, puede conllevar la idea de estar en medio de cosas, en dos sentidos. Primero, está el significado de estar en medio, ser parte completa de algo. Segundo, está el de asumir una posición intermedia, de saber y entender, pero evitando los extremos. Por ejemplo, una persona con esta característica mostraría cierto balance entre irritación y apatía frente a la maldad. Sería paciente con quien hace el mal, pero no condonaría el error: sería comprensivo, pero no indulgente.

Un mejor ejemplo sería con relación al dolor o al peligro. Una persona que es muy compasiva o muy apática no puede ayudar a quien esté en problemas. Quien es demasiado

compasivo terminará inmerso en el problema, dejándose golpear demasiado por la pena o asustándose demasiado para ser de ayuda. Por otro lado, quien es apático posiblemente ni reconozca el problema que otro pueda estar teniendo y, en cualquier caso, no le interesará ayudar. En la mitad de las dos está la persona que *metriopatheō* describe. Se puede identificar completamente con la persona en problemas sin perder su perspectiva y juicio. El sumo sacerdote verdadero necesitaba esta característica. Debía experimentar los extremos de las emociones y tentaciones humanas, pero ser más fuerte que ellas. Con ello, estaría en capacidad de mostrar paciencia con quienes servía, sin hacerse víctima de su miseria.

Aquellos con los que el sacerdote debía **mostrar paciencia** eran los **ignorantes y extraviados**; es decir, quienes pecan por ignorancia. La provisión del Antiguo Pacto era: "Y el sacerdote hará expiación por la persona que haya pecado por yerro; cuando pecare por yerro delante de Jehová, la reconciliará, y le será perdonado". (Nm. 15:28). El sacerdote ministraba sólo a quienes habían pecado por ignorancia y por ello se extraviaban. En todo el sistema del Antiguo Testamento, no hay absolutamente ninguna provisión para quien quebranta la ley de forma desafiante, deliberada y sin arrepentimiento. Ninguna. "Mas la persona que hiciere algo con soberbia, así el natural como el extranjero, ultraja a Jehová; esa persona será cortada de en medio de su pueblo". (Nm. 15:30).

De manera que aquí el énfasis está en la compasión. El sumo sacerdote debía mostrar compasión por quienes se extraviaban por ignorantes. Como el sacerdote judío era pecador también, tenía la capacidad natural, y debía tener la sensibilidad, para captar una parte de lo que el prójimo estaba sintiendo.

SACRIFICIOS POR LOS HOMBRES

En su papel de mediador, el sumo sacerdote presentaba ofrendas y sacrificios (v. 1; cp. 8:3; 9:9).

OFRENDAS

En el sentido más amplio, las ofrendas incluían todo el dinero, joyas u otras cosas valiosas que las personas pudieran darle al Señor por medio de los sacerdotes. Pero creo que las referencias a las ofrendas en Hebreos se refieren específicamente a las ofrendas de grano o comida, las únicas ofrendas prescritas en el Antiguo Testamento que no requieren sangre. Era una ofrenda de acción de gracias y dedicación (véase Lv. 2).

Las ofrendas de grano consistían de harina fina y aceite, mezclados con incienso para dar un aroma agradable y algunas veces preparadas como un pastel. Parte de la ofrenda se ofrecía en el altar y el resto pertenecía a los sacerdotes para su alimentación. No se podían usar limón o miel porque fermentaban. Se pedía una cantidad pequeña de sal porque ayudaba a la preservación. Restringir lo que dañaría la comida y requerir lo que la preservaba simbolizaba una dedicación duradera. La ofrenda representaba la dedicación de una persona y sus posesiones a Dios en agradecimiento completo por lo que Dios había hecho.

SACRIFICIOS

Y por causa de ella debe ofrecer por los pecados, tanto por sí mismo como también por el pueblo. (5:3)

Sin embargo, los **sacrificios** eran la expiación por los pecados. No podían quitar la tendencia o la capacidad para pecar, sino que estaban diseñados para perdonar pecados particulares. En consecuencia, debían repetirse continuamente, día tras día, año tras año. Ofrecer sacrificios era la labor principal de un sacerdote. Y, puesto que él también era pecador, debía ofrecer sacrificios **por sí mismo y por el pueblo**.

EL SACERDOTE PERFECTAMENTE CALIFICADO

Así tampoco Cristo se glorificó a sí mismo haciéndose sumo sacerdote, sino el que le dijo: Tú eres mi Hijo, yo te he engendrado hoy. Como también dice en otro lugar: Tú eres sacerdote para siempre, según el orden de Melquisedec. (5:5-6)

Los versículos 5-10 muestran que Jesús satisfacía todos los requisitos para ser sumo sacerdote mencionados en los versículos 1-4, y más.

LLAMADO POR DIOS

Primero, Dios Padre escogió, envió y honró a Jesús. Una vez más el escritor escoge citas del Antiguo Testamento —**Tú eres mi Hijo, yo te he engendrado hoy** (Sal. 2:7) y **Tú eres sacerdote para siempre, según el orden de Melquisedec** (Sal. 110:4)— para respaldar lo que afirma. Los lectores judíos sabían que los dos pasajes se referían al Mesías. Sabían que el Mesías debía ser un gran rey y sacerdote, llamado por Dios. Aquellos pasajes del Antiguo Testamento así lo confirmaban.

No obstante, a pesar de que Jesús era el Hijo divino, Él no tomó esa posición para favorecerse o para honrarse a sí mismo. Dijo a los líderes judíos que lo cuestionaron: "Si yo me glorifico a mí mismo, mi gloria nada es; mi Padre es el que me glorifica, el que

vosotros decís que es vuestro Dios" Jn. 8:54). Dios revistió a Jesús con la autoridad y la honra del sumo sacerdote según el **orden de Melquisedec**.

De Melquisedec se hablará en detalle en el capítulo 7, pero aquí es necesario mencionar algunas cosas. Fue un rey y sacerdote que vivió en la época de Abraham, cuya ascendencia es completamente desconocida. Era rey de Salem (el nombre antiguo de Jerusalén) y era sacerdote del Dios verdadero (Gn. 14:18). Vivió muchos siglos antes del establecimiento del sacerdocio aarónico y su sacerdocio no tiene fin (He. 7:3), a diferencia del de Aarón, que comenzó en tiempos de Moisés y terminó en el 70 d. C, con la destrucción del templo. Por tanto, su sacerdocio era superior al de Aarón en dos formas. Melquisedec era rey, mientras que Aarón no lo era; y su sacerdocio era perpetuo, mientras que el de Aarón fue temporal. Por tanto, el sacerdocio de Melquisedec es una descripción mejor del sacerdocio de Cristo que el de Aarón.

COMPASIVO CON LOS HOMBRES

Y Cristo, en los días de su carne, ofreciendo ruegos y súplicas con gran clamor y lágrimas al que le podía librar de la muerte, fue oído a causa de su temor reverente. Y aunque era Hijo, por lo que padeció aprendió la obediencia. (5:7-8)

Segundo, Jesucristo era compasivo con los hombres: se identificaba con ellos, los entendía, sentía con ellos. Él era hombre, tan cierto como cualquier hombre que sirviera en el templo o el tabernáculo. Los días de su carne fueron un paréntesis en la vida de Jesucristo, quien existía antes y después de su vida terrenal. Pero un paréntesis muy importante y necesario. Entre otras cosas, ofreció ruegos y súplicas por la angustia que enfrentó al hacerse pecado por quienes creyeron en Él La noche anterior a la cruz, en el huerto de Getsemaní, Jesús oró y agonizó tan intensamente que sudó gotas de sangre. Tenía el corazón roto de pensar en cargar con el pecado. Sintió el poder del pecado y de la tentación. Lloró. Derramó lágrimas. Estaba herido. Sintió pena. Aprendió de una nueva forma, por su experiencia terrena, lo que siempre había sabido en su omnisciencia. No podría haber sido un sumo sacerdote completamente compasivo si no hubiera experimentado lo que experimentamos y sentido lo que sentimos.

Cuando Jesús oró al que podría librarlo de la muerte, no esperaba escapar de la cruz o del sepulcro. Era para eso que había venido a la Tierra (Jn. 12:27). Una traducción más precisa de Hebreos 5:7 es "*sacarlo* de la muerte". Jesús no estaba pidiendo que lo salvaran de morir sino que el Padre lo sacara de la muerte; esto es, salvarlo de quedarse muerto. No pedía evitar la cruz sino recibir certeza de la resurrección (cp. Sal. 16:8-11).

El Padre oyó a Jesús a causa de su **temor reverente**. La palabra griega *eulabeia*, traducida "temor reverente" puede significar también "sumisión reverente", como se refleja en la NVI. Conlleva la idea de ser devotamente sumiso. Jesús reconocía la soberanía de Dios y se entregó al Padre.

Y aunque era Hijo, por lo que padeció aprendió la obediencia. (5:8)

Ocorre con frecuencia que la mejor forma de aprender compasión —y a veces la única— es sufriendo en carne propia lo que otro ha sufrido. El sufrimiento es un maestro excelente. Podemos leer y oír sobre el dolor de una quemadura. Incluso podemos ver personas que se queman. Pero hasta que nosotros mismos no sufrimos la quemadura, no podremos compadecernos completamente de la víctima. Yo había leído, visto inclusive, algunos accidentes automovilísticos, pero sólo cuando fui parte de uno que casi me quita la vida me di cuenta de cuán horrible puede ser.

Jesús tenía que aprender ciertas cosas por medio del sufrimiento. No fue exento para nada del dolor y las dificultades. Aunque era el Hijo de Dios, Dios en carne humana, estaba llamado a sufrir. Aprendió el significado completo del costo de la **obediencia** hasta la muerte **por lo que padeció**, y por lo tanto Dios lo afirmó como Sumo Sacerdote perfecto.

Esa es la clase de Sumo Sacerdote que necesitamos, uno que sepa y entienda lo que estamos pasando. Cuando vamos al Señor en oración, nos arrodillamos y decimos: "Dios, este problema, ésta pérdida, este dolor, está rompiendo mi corazón", es maravilloso sentir sus brazos alrededor de nosotros y sentir en nuestro corazón que nos dice: "Lo sé, lo sé".

SACRIFICIO POR LOS HOMBRES

Y habiendo sido perfeccionado, vino a ser autor de eterna salvación para todos los que le obedecen. (5:9)

Jesús, en su sufrimiento y muerte, cumplió el tercer requisito para ser Sumo Sacerdote. Se ofreció en sacrificio y con ello llegó a ser el **perfecto** Sumo Sacerdote y fuente de salvación eterna. Jesús pasó por todo lo que tenía que pasar y logró todo lo que necesitaba lograr para poder ser un Sumo Sacerdote perfecto. Por supuesto, no fue **hecho perfecto** en el sentido de haber mejorado su naturaleza. Ya era eternamente perfecto en justicia, santidad, sabiduría, conocimiento, verdad, poder y en todas las demás virtudes y aptitudes. Ni su personalidad ni su naturaleza cambiaron. Se perfeccionó en el sentido de haber completado su curso de calificación para convertirse en el Sumo Sacerdote eterno.

Sin embargo, al ofrecer Jesús su sacrificio, difería en dos formas muy importantes de los otros sumos sacerdotes. Primero, no tenía que hacer un sacrificio por sí mismo antes de poder hacerlo por los demás. Segundo, su sacrificio fue una sola vez y para siempre. No tenía que repetirse día tras día, año tras año o siglo tras siglo.

Jesús abrió el camino con su muerte para la **eterna salvación**. Todos los sacerdotes juntos de todos los tiempos no podrían dar salvación eterna. Sólo podían proveer perdón temporal. Pero Jesucristo con un sólo acto, un sacrificio, una ofrenda, perfeccionó para siempre a los suyos. El Sumo Sacerdote perfecto hace perfectos a quienes aceptan su sacrificio perfecto, los **que le obedecen**.

La **obediencia** mencionada aquí, **los que le obedecen**, no está relacionada con mandamientos, reglas y regulaciones. No es obediencia a la ley. Es "la obediencia a la fe" (Rom. 1:5). Dios quiere que le obedezcamos con creer en Cristo. La verdadera obediencia, tal como las obras verdaderas, antes que todo es creer verdaderamente. Jesús dijo: "Esta es la obra de Dios, que creáis en el que él ha enviado" (Jn. 6:29). Confiar en Jesucristo es la obra de la fe y la *obediencia* de la fe.

Triste y lamentablemente, no todas las personas creen. Y quien no cree no obedece verdaderamente, sin importar cuán moral, bien intencionado, religioso y sincero sea. En 1 y 2 Tesalonicenses Pablo habla de las dos respuestas al evangelio, las únicas dos respuestas posibles. En la segunda carta habla de la retribución divina "a los que no conocieron a Dios" y a los que no "obedecen al evangelio de nuestro Señor Jesucristo" (1:8). A diferencia de la primera carta, donde congratula la obra misionera de los cristianos fieles de Tesalónica en Macedonia y Acaya (1:8). Su obediencia en la fe llevó a otros a la obediencia a la fe, y al don de **eterna salvación**.

12 La tragedia de rechazar la revelación completa-Primera parte (5:11-14).

Acerca de esto tenemos mucho que decir, y difícil de explicar, por cuanto os habéis hecho tardos para oír. Porque debiendo ser ya maestros, después de tanto tiempo, tenéis necesidad de que se os vuelva a enseñar cuáles son los primeros rudimentos de las palabras de Dios; y habéis llegado a ser tales que tenéis necesidad de leche, y no de alimento sólido. Y todo aquel que participa de la leche es inexperto en la palabra de justicia, porque es niño; pero el alimento sólido es para los que han alcanzado madurez, para los que por el uso tienen los sentidos ejercitados en el discernimiento del bien y del mal. (5:11-14)

Hemos llegado a una sección de Hebreos donde hay variadas interpretaciones, a menudo en conflicto, incluso entre evangélicos. El pasaje general es 5:11—6:12, y tiene que ver con la madurez espiritual. Las primeras dos partes (5:11-14 y 6:1-8) están, en mi opinión, dirigidas a los incrédulos, mientras que la tercera (6:9-12), a los creyentes.

EL CONTRASTE ENTRE EL CRISTIANISMO Y EL JUDAÍSMO

A lo largo de todo Hebreos, se dan múltiples comparaciones y contrastes básicamente entre cristianismo y judaísmo. Esta verdad es esencial para interpretar la epístola correctamente.

La mayoría de los libros de la biblia tiene un tema central, o un conjunto de temas estrechamente relacionados. Una de las primeras normas de la hermenéutica (interpretación) bíblica formal es descubrir ese tema central y hacer todas las interpretaciones restantes a la luz de ese tema. Por ejemplo, el Evangelio de Juan contiene muchas verdades profundas y maravillosas acerca de Dios y su plan para el hombre. Pero el mensaje central, primordial, de este Evangelio es la deidad de Jesucristo. Quien no vea esta verdad no puede entender apropiada y completamente las otras verdades que Juan presenta en el libro.

El tema y mensaje central de la carta a los hebreos es la superioridad del Nuevo Pacto con respecto al antiguo, esto es, del cristianismo con respecto al judaísmo. Dentro de este tema hay otros subtemas como la superioridad del nuevo sacerdocio, el nuevo sacrificio, el nuevo Mediador y otros. Esa es la clave que abre cada sección de Hebreos, y usar otra clave es, en mi opinión, forzar la entrada.

En Hebreos, el Espíritu Santo no está contrastando dos clases de cristianismo. No está contrastando a cristianos inmaduros y maduros. Está contrastando al judaísmo con el cristianismo, a los judíos no salvos del judaísmo con los judíos redimidos del cristianismo. Está contrastando la sustancia y la sombra, el modelo y la realidad, lo visible y lo invisible, el facsímil y el original, el tipo y el antitipo, la imagen y la realidad.

En esencia, el Antiguo Testamento es la revelación divina de las imágenes y los prototipos, que en el Nuevo Testamento se cumplieron en Cristo. Por tanto, la Epístola a los Hebreos compara y contrasta las dos caras de la revelación divina que refleja nuestra división de la Biblia.

LA TERCERA ADVERTENCIA

Acerca de esto tenemos mucho que decir, y difícil de explicar, por cuanto os habéis hecho tardos para oír. (5:11)

Por supuesto, esto se refiere al papel de Melquisedec, quien acaba de mencionarse (vv. 6, 10). Sin embargo, el autor hace una tercera nota parentética antes de explicar el orden de Melquisedec (en el cap. 7). Como ya lo dijimos, a lo largo de todo Hebreos se encuentran intercaladas varias advertencias a los judíos intelectualmente convencidos que aún estaban al borde de la decisión, pero que todavía no habían llegado a la fe en Cristo. Estas advertencias también podían funcionar en el contexto de dar ánimo y consejo a los judíos que *habían* confiado en Cristo pero se sentían tentados a regresar al judaísmo por las dudas, las críticas y, para algunos, incluso la persecución. Pero el énfasis estaba en los incrédulos. La primera advertencia (2:1-4) tenía que ver con rechazar el evangelio, y la segunda (3:7-19) con endurecer sus corazones a este. La tercera advertencia se ocupa de la madurez espiritual: el peligro de quedarse en las verdades y promesas elementales del Antiguo Pacto, ahora que el Nuevo lo había superpuesto. Creo que esta advertencia está dirigida también al mismo grupo, como las otras dos: a los judíos incrédulos que conocían bien el evangelio pero aún no lo habían aceptado. Tal vez algunos hayan hecho alguna confesión de fe superflua, pero no creían de verdad. Se les habla del peligro de no apropiarse de la bendición del Nuevo Pacto, sin la cual no pueden tener vida eterna. Están cerca y, sin embargo, muy lejos.

BEBÉS INCRÉDULOS

Por supuesto, en el Nuevo Testamento se exhorta muchas veces a los cristianos inmaduros a que crezcan. A lo largo de la historia de la Iglesia ha habido necesidad de tal consejo, pero no creo que aquí sea este el caso. El autor está hablando a los judíos dubitativos que

aún se aferran al judaísmo: "Vengan a la madurez, a ser completos, en el Nuevo Pacto". No es esta la más tradicional de las interpretaciones, pero considero que es consecuente con el contexto general del libro y puede defenderse. Como antes, la advertencia y el llamado son evangelísticos. La madurez a la cual se llama no corresponde a la de un cristiano que crece en la fe, sino a la de un incrédulo que llega a la fe, a las verdades y bendiciones maduras y ya desarrolladas del Nuevo Pacto. Es la misma madurez o perfección (de *teleioō*) que aparece en 10:1 y 14, que sólo puede referirse a la salvación, no al crecimiento cristiano.

El Antiguo Pacto era el alfabeto espiritual. El Antiguo Pacto era el bebé hablando, las letras y los sonidos de las primeras palabras de un niño. Usted no usa una enciclopedia para enseñarle a leer a un niño. Usa dibujos y otros objetos visuales. Señala el dibujo o el objeto y dice: "Esto es una bola. Esto es un caballo. Esto es un pez". Más adelante le explica qué son. Le dice que las bolas son redondas, que los caballos comen heno y que los peces "respiran" agua. La revelación de Dios al hombre progresó de manera semejante. El Antiguo Testamento fue la enseñanza divina fundamental y elemental. Comenzó con "dibujos". En efecto. Dios decía: "Esta es una fiesta que deben celebrar. Este es un sacrificio que deben hacer. Esta es la ropa que debe usar un Sumo Sacerdote y este es el baño ceremonial que se requerirá en ciertas ocasiones". Cada una de esas cosas tenía propósitos y beneficios para el tiempo en que se entregaron. Pero sobre todo eran imágenes de las cosas por venir y que el pueblo no estaba preparado para entender. Eran símbolos y sombras de las realidades en Cristo y el Nuevo Pacto (Col. 2:17).

Ahora que el Nuevo Pacto ha venido en Jesucristo, el escritor de Hebreos dice a sus compatriotas judíos: "Dejen los dibujos, la leche y la comida para bebés del Antiguo Testamento. Vengan a las realidades cumplidas y a la comida sólida del Nuevo Testamento. Dejen el judaísmo y vengan a Cristo".

LA TORPEZA DIFICULTA EL ENTENDIMIENTO

Antes de que pudieran terminar de entender la importancia del sacerdocio de Jesús, semejante al de Melquisedec, los lectores necesitaban ir más allá de su entendimiento limitado e inmaduro de Dios. Una señal clara de esa inmadurez era la simple torpeza para oír, el letargo espiritual. La relación de Melquisedec y su sacerdocio con Cristo es rica y significativa, además importante para el desarrollo del libro, pero los incrédulos no pueden entenderla, ni siquiera quienes aceptan el evangelio intelectualmente. "Pero el hombre natural no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios... porque se han de discernir espiritualmente" (1 Co. 2:14). A estos creyentes de orilla se les decía que no había por qué

profundizar en las cosas del Nuevo Pacto en ese momento, porque se habían vuelto **tardos para oír**.

La palabra **tardos** viene del griego *nōthros*, que está compuesta de la palabra para "no" y para "empujón". Por tanto, significa literalmente "sin empuje", lento, torpe. Cuando se usa para una persona, por lo general quiere decir intelectualmente estático o corto. Sin embargo, en el contexto de este pasaje, indica principalmente torpeza espiritual.

Cuando una persona es torpe espiritualmente, es difícil de enseñar. Estos judíos se habían quedado dormidos por el rechazo y la dureza de corazón, y tendrían que despertar y estar alertas si querían apreciar la verdad, importancia y necesidad del Nuevo Pacto. Por supuesto, no podían entender verdaderamente el evangelio, hasta que pusieran su confianza en el Portador del evangelio. Para poder ver su importancia, ellos tenían que "despertar y poner atención".

Estos incrédulos aletargados tienes múltiples contrapartes hoy día. Las personas oyen el evangelio, se conmueven y se emocionan. La comprensión espiritual parece empezar, pero cuanto más lo oyen sin aceptarlo, más lentos se vuelven. Se niegan a actuar en la verdad que conocen y se endurecen cada vez más contra ella, a menudo mientras afirman que la admiran y la respetan. Se aíslan más de la verdad y la comprensión espiritual... y de la vida espiritual.

Aunque, como ya lo hemos repetido, este pasaje no está dirigido a los creyentes, el mismo principio aplica. Cuando no confiamos y actuamos conforme a alguna parte de la verdad de Dios que conocemos, nos endurecemos a esa verdad y nos beneficiamos cada vez menos de ella. O cuando evitamos ahondar en las partes más profundas de la Palabra de Dios, quedando satisfechos con las cosas básicas, nos aislamos del Espíritu Santo a ese mismo nivel. Desde una perspectiva algo diferente, el maestro o predicador puede sufrir espiritualmente cuando no se preocupa por enseñar y predicar las verdades más profundas, y a veces complicadas, de las Escrituras... o cuando le da miedo hacerlo. Cuanto más se resista o se niegue a enseñarlas, menos significarán para él. Pablo podía decir que no dejó de declarar todo el consejo o propósito de Dios (Hch. 20:27). Él no rechazó ni omitió parte alguna de la Palabra de Dios. Ningún siervo fiel del Señor acomodará su enseñanza al cristiano perezoso y torpe.

LA TORPEZA ES GRADUAL

La implicación de 5:11 es que quienes son tardos para oír estuvieron alguna vez alertas e interesados, tal vez hasta ávidos, de aprender el evangelio. No comenzaron siendo torpes,

se volvieron así poco a poco. Sin duda, estos eran los que alguna vez "fueron iluminados y gustaron del don celestial" (6:4). En algún momento se sintieron tocados y conmovidos, y se abrieron a la Palabra. Alguna vez estuvieron al borde de la salvación. Sin embargo, ahora se han hundido en un estado de modorra o estupor espiritual.

LA TORPEZA ES IMPRODUCTIVA

Porque debiendo ser ya maestros, después de tanto tiempo, tenéis necesidad de que se os vuelva a enseñar cuáles son los primeros rudimentos de las palabras de Dios; y habéis llegado a ser tales que tenéis necesidad de leche, y no de alimento sólido. (5:12)

Debido a la cantidad de tiempo que pasaron aprendiendo la verdad del Nuevo Testamento, deberían saber suficiente para estar enseñándola. Pero como nunca la aceptaron, no crecieron en ella, y *no podían* crecer en ella. Estuvieron expuestos a una parte grande de la verdad de Dios, sobre la cual probablemente hubieran aprobado un examen. Tenían la verdad de forma factual y superficial, pero la verdad no los tenía a ellos.

Pablo declaró en Romanos: "He aquí, tú tienes el sobrenombre de judío, y te apoyas en la ley, y te glorías en Dios, y conoces su voluntad, e instruido por la ley apruebas lo mejor, y confías en que eres guía de los ciegos, luz de los que están en tinieblas, instructor de los indoctos, maestro de niños, que tienes en la ley la forma de la ciencia y de la verdad. Tú, pues, que enseñas a otro, ¿no te enseñas a ti mismo? " (2:17-21). En otras palabras, se enorgullecían de la idea de ser maestros religiosos. Pero en Hebreos el Espíritu Santo dice explícitamente lo que está implícito en el pasaje de Romanos: no solamente estaban incapacitados para enseñar a aquellos judíos, sino que necesitaban volver a la clase de preescolares. No entendían el abecé de su propia fe. Era evidente por su falta de voluntad para reconocer su cumplimiento claro.

He conocido a muchos así que se confiesan cristianos, algunos de ellos teólogos reconocidos. Conocen bien las Escrituras y los idiomas bíblicos. Saben qué dice la Biblia. Pero no saben, o aceptan, su significado. Por el tiempo y estudio que le han dedicado, deberían ser maestros de la Palabra de Dios. Pero ni siquiera comprenden sus cosas fundamentales. Han sido estudiantes "avanzados" de las Escrituras por décadas, pero aun no conocen a Jesucristo. Quizás enseñen, pero lo que enseñan no es la Palabra de Cristo pura.

Hace algunos años hablé sobre escoger la pareja perfecta para la vida en una conferencia de jóvenes. Después de la sesión, una joven se me acercó y me pidió que habláramos. Cuando nos sentamos en las escaleras del templo, me contó que su novio decía que una

persona podía hacer lo que quisiera, en el sexo o en cualquier otra área, y estaba bien si nadie más salía afectado. Después de indagar un poco más, descubrí que su novio tenía 21 años y ella apenas 14. Cuando le recordé brevemente qué decía Dios del sexo fuera del matrimonio, se tomó la cabeza y dijo: "Yo lo sé. ¿Sabe lo que necesito? Necesito ser salva". Me explicó que, además de haber crecido en una iglesia, su padre era pastor. Le respondí: "Entonces tú sabes cómo ser salva". Ella dijo: "No, no lo sé. He oído que mi padre predica al respecto, pero no lo entiendo".

Esta es una ilustración perfecta de lentitud espiritual. La niña había oído el evangelio toda su vida, pero había rechazado a Jesucristo por tanto tiempo que el evangelio le parecía ahora nebuloso. Ya no lo podía entender. Creía que los sermones de su padre eran aburridos y no tenían sentido. Se había vuelto completamente indiferente a la Palabra de Dios. Después de haberle yo explicado cuidadosamente el evangelio, oramos juntos y confesó a Cristo como su Señor y Salvador.

LA TORPEZA REQUIERE VOLVER A APRENDER

Por cuanto los judíos informados pero incrédulos se habían vuelto apáticos espirituales, **necesitaban que se les volviera a enseñar**. Como la joven mencionada anteriormente, necesitaban comenzar desde el principio en **los primeros rudimentos de Las palabras de Dios**.

LOS PRIMEROS RUDIMENTOS DE LAS PALABRAS DE DIOS

¿Cuáles son los primeros rudimentos de las palabras de Dios? La palabra *Stoicheia* (primeros rudimentos) significa aquello que viene primero. En referencia a un lenguaje quiere decir las letras del alfabeto como partes básicas de las palabras, el abecé. En la ciencia se usaba para los elementos físicos básicos y en matemáticas para las partes básicas de una prueba.

La frase **las palabras de Dios** no se refieren al evangelio. Los receptores del mensaje eran judíos y para ellos las palabras de Dios significaban el Antiguo Testamento. Las palabras de Dios eran las leyes de Dios, la mente de Dios revelada en él. Para los judíos era una ventaja grande que se les hubiera confiado las palabras de Dios (Rom. 3:1-2). Pero lo que necesitaban reaprender era los rudimentos de la revelación del Antiguo Testamento, la ley. Habían estado ya bastante tiempo expuestos al Nuevo Pacto, pero ni siquiera entendían el antiguo, como se evidenciaba por su incapacidad para manejar la verdad más profundidad sobre Melquisedec.

Estos judíos ni siquiera entendían el significado de su propia ley. Necesitaban que alguien volviera y les mostrara los dibujos otra vez. No estaban preparados para leer el libro; debían volver al abecé, las verdades elementales en dibujos de las ordenanzas, ceremonias, sacrificios, días de fiesta y purificación. Tales cosas prefiguraban a Cristo, y no podrían reconocerlo a menos que entendieran los dibujos.

LA NECESIDAD DE MADURAR

El Antiguo Testamento es el alfabeto; el Nuevo Testamento es el mensaje maduro, completo. "Pero antes que viniese la fe, estábamos confinados bajo la ley, encerrados para aquella fe que iba a ser revelada. De manera que la ley ha sido nuestro ayo [tutor], para llevarnos a Cristo, a fin de que fuésemos justificados por la fe" (Gál. 3:23-24). La ley era un tutor, un maestro de niños, que enseñaba las verdades primeras y básicas de Dios. En el Nuevo Pacto ya no estamos más bajo el tutor. Hemos crecido. Esa es la idea a resaltar aquí. Cristo ha llegado, la sustancia reemplazó las sombras, los grandes escritos que podemos leer reemplazaron el libro de dibujos. La composición completa reemplazó el alfabeto. Los prototipos le han dado paso a la verdad.

PROGRESIÓN O REGRESIÓN

Se les vuelve a decir: **habéis llegado** (cp. v. 11, "habéis hecho"). Un bebé no habrá llegado a necesitar leche. Nace con esa necesidad. La única persona **que llega** a necesitar la leche, la comida para bebés, es quien se devuelve a su niñez. Estos judíos, en lugar de crecer más, se estaban haciendo menos maduros. Iban deslizándose de regreso a su infancia espiritual.

Si usted no progresa, se devuelve. Por el rechazo y la dureza ellos volvieron a un lugar en que sólo podían consumir **leche** otra vez. Para las personas es fácil oír el evangelio, y volverlo a oír y oír hasta que se les vuelve normal y carente de todo significado. En lugar de ir tras la verdad de Cristo y entregarle sus vidas, se hacen lentos y se quedan estancados espiritualmente. Se hicieron tardos para oír y lentos para entender, retardados espiritualmente. Necesitan que se les alimente otra vez como a los bebés.

Estos judíos que habían desdeñado a Cristo —algunos de ellos mientras profesaban su nombre no estaban en condiciones de consumir la comida sólida sobre el sacerdocio de Melquisedec. Tenían que empezar otra vez desde abajo, incrementando gradualmente su percepción y comprensión espiritual.

Y todo aquel que participa de la leche es inexperto en la palabra de justicia, porque es niño. (5:13)

Un niño espiritual es **inexperto** (*apeiros*) a las verdades más profundas. No las puede digerir así como un bebé no puede digerir la carne. La idea es de una persona sin experiencia, sin habilidades, y por tanto, incapaz y sin preparación. El sistema espiritual, como el físico, tiene que crecer para poder maniobrar con las cosas más difíciles. Un niño puede aprender algo mirando un libro de dibujos, pero nada si mira un texto. Un niño espiritual podría encontrar algún significado en los dibujos del Antiguo Testamento, pero nada de la **palabra de justicia** del evangelio.

Pero el alimento sólido es para los que han alcanzado madurez, para los que por el uso tienen los sentidos ejercitados en el discernimiento del bien y del mal. (5:14)

El contraste aquí es sencillo. Quien continúe alimentándose solamente con las revelaciones elementales divinas no va a crecer, ni va a tener discernimiento alguno. Un niño pequeño puede meterse a la boca casi todo, tocar todo lo que pueda, ir a cualquier parte a distancia de gateo, sin ningún concepto de lo que **está bien** y mal, de qué es útil y qué es peligroso. Por otra parte, el adulto maduro ha desarrollado un discernimiento considerable. Tiene cuidado con lo que come, lo que hace y adónde va.

El mismo principio opera en el reino espiritual. El creyente que ha alcanzado madurez tiene discernimiento de lo que está bien y mal, de lo verdadero y falso, de lo útil y lo prejudicial, de lo justo y lo injusto.

Pero como el escritor en el capítulo 7 *sí va a explicar* la importancia del orden de Melquisedec, parece esperar que sus lectores maduren espiritualmente antes de leer esta parte del mensaje. Esto es, parece creer que pronto obtendrán la salvación, porque sólo la salvación, el nuevo nacimiento, los pondrá de inmediato en el nivel de madurez espiritual necesario para entender la palabra de justicia. Parece estar diciendo: "Dejen el judaísmo y crezcan en el instante de la salvación". El judaísmo es la infancia que deben dejar para pasar a la madurez de la adultez por la fe en el Nuevo Pacto del Mesías [o Mesianico].

13 La tragedia de rechazar la revelación completa-Segunda parte (6:1-8)

Por tanto, dejando ya los rudimentos de la doctrina de Cristo, vamos adelante a la perfección; no echando otra vez el fundamento del arrepentimiento de obras muertas, de la fe en Dios, de la doctrina de bautismos, de la imposición de manos, de la resurrección de los muertos y del juicio eterno. Y esto haremos, si Dios en verdad lo permite. Porque es imposible que los que una vez fueron iluminados y gustaron del don celestial, y fueron hechos partícipes del Espíritu Santo, y asimismo gustaron de la buena palabra de Dios y los poderes del siglo venidero, y recayeron, sean otra vez renovados para arrepentimiento, crucificando de nuevo para sí mismos al Hijo de Dios y exponiéndole a vituperio. Porque la tierra que bebe la lluvia que muchas veces cae sobre ella, y produce hierba provechosa a aquellos por los cuales es labrada, recibe bendición de Dios; pero la que produce espinos y abrojos es reprobada, está próxima a ser maldecida, y su fin es el ser quemada. (6:1-8)

Usted puede ir al templo por años y oír el evangelio una y otra vez, incluso ser miembro fiel de la iglesia, y nunca aceptar de verdad a Jesucristo. A esa clase de persona va dirigido este mensaje. El escritor se dirige específicamente a judíos que habían oído el evangelio pero no habían aceptado a Cristo como Salvador y Señor, sin embargo, la advertencia se aplica a cualquiera, sea judío o gentil. Todos los que conocen la verdad de la gracia salvadora de Dios en Jesucristo, los que quizás la han visto cambiar las vidas de muchos de sus amigos y familiares, los que tal vez hasta hayan hecho la confesión de fe en Él, y, no obstante, se hayan dado la vuelta y se alejan en lugar de aceptarla completamente, reciben la advertencia más severa. El rechazo persistente de Cristo puede resultar en que aquellas personas pasen el punto de no retorno espiritual y pierdan para siempre la oportunidad de la salvación. Eso es lo que siempre ocurre con quien es indeciso. A la larga, termina siguiendo su corazón malvado de incredulidad y le da la espalda por siempre al Dios vivo.

Tales personas suelen haber abrazado una forma de cristianismo, pero no tienen su realidad. Jesús dice de ellos: "No todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos. Muchos me dirán en aquel día: Señor, Señor, ¿no profetizamos en tu nombre, y en tu nombre echamos fuera demonios, y en tu nombre hicimos muchos milagros? Y entonces les declararé: Nunca os conocí; apartaos de mí, hacedores de maldad" (Mt. 7:21-23). Ese es el asunto aquí en la declaración en paréntesis del escritor de Hebreos a los incrédulos.

A diferencia de los cuchillos, la verdad se vuelve más aguda con el uso, que en el caso de la verdad es aceptación y obediencia. Una verdad oída pero no aceptada ni seguida se vuelve opaca y carente de significado. Cuanto más la rechazamos, más inmunes nos hacemos a ella. Por no aceptar el evangelio cuando todavía era noticia nueva, estos judíos del primer siglo estaban empezando a hacerse indiferentes a él, y se habían vuelto lentos, negligentes y duros espirituales. No podían acercarse ahora por su cuenta para tomar la decisión correcta con respecto al evangelio porque no usaron lo que de él sabían. De hecho, estaban en peligro de tomar la decisión errada por el desespero: darse la vuelta y regresar al judaísmo por la presión y la persecución.

Esa era la situación que enfrentaban los judíos incrédulos, y es ese el tema de 5:11-14. Espiritualmente, se estaban haciendo lentos, duros y torpes. La solución la reciben en el capítulo 6.

Por tanto, dejando ya los rudimentos de la doctrina de Cristo, vamos adelante a la perfección; no echando otra vez el fundamento del arrepentimiento de obras muertas, de la fe en Dios, de la doctrina de bautismos, de la imposición de manos, de la resurrección de los muertos y del juicio eterno. (6:1-2)

Las ideas clave **las dan** las expresiones **dejando y vamos adelante a la perfección**, que son en realidad dos partes de la misma idea. Juntas son el primer paso para que estos judíos se transformen en maduros espirituales. Tenían que dejar de una vez por todas, sus lazos con el Antiguo Pacto, con el judaísmo, y aceptar a Jesucristo como Salvador. Debían hacerlo inmediatamente, sin titubear más. La madurez que trae la salvación no es un proceso. Es un milagro instantáneo. La madurez de la cual habla este pasaje es dejar el abecé del Antiguo Pacto para entrar en la revelación y bendición del Nuevo.

En el griego, **dejando** es *aphiēmi*, que significa olvidar, dejar de lado, dejar atrás, ignorar, aplazar. Se refiere al desprendimiento total, a la separación total, de una ubicación o condición previa. *The Expositor's Greek Testament* [El Testamento griego del expositor] traduce Hebreos 6:1 así: "Abandonemos [renunciemos] las enseñanzas elementales sobre Cristo". Alford comenta: "Por lo tanto... dejando (en el sentido de dejar atrás, de estar harto; para ir tras otra cosa)".

En 1 Corintios 7, Pablo usa *aphiēmi* hablando de que los esposos cristianos no deben abandonar (esto es, separarse) de su cónyuge no creyente. El divorcio es una separación marital total, el abandono completo de la relación. En relación con el matrimonio está mal,

pero en relación con dejar el judaísmo por Cristo es obligatorio. El judío incrédulo debía divorciarse completamente de su religión antigua antes de poder recibir la salvación.

La misma palabra griega se suele usar para el perdón de los pecados (como en Mt. 9:2, 5-6; Rom. 4:7 y Stg. 5:15). Cuando recibimos el perdón, nuestros pecados quedan atrás de nosotros, separados de nosotros, divorciados de nosotros. En Mateo 15:14 se usa el mismo término para hablar de alejarnos de los falsos maestros, y en Marcos 1:20 se usa cuando Jacobo y Juan dejaron a Zebedeo, su padre, para seguir a Jesús. En lo concerniente a sus vidas laborales, ellos abandonaron a su padre, se separaron completamente de él y de su negocio de pesca.

Los rudimentos [principios elementales o básicos] de la doctrina de Cristo (el Mesías) que debían dejar los judíos incrédulos eran las enseñanzas del Antiguo Testamento sobre Él, otra indicación de que no está hablándoles a cristianos inmaduros ("niños"). Nunca debemos dejar las enseñanzas básicas y elementales del evangelio, no importa cuánto maduremos en la fe. Debe recordarse que el asunto aquí no es la madurez espiritual como cristiano, sino empezar la primera etapa de la madurez espiritual *haciéndose* cristiano. Tiene que ver con soltar algo a lo cual nos hemos estado aferrando, dejarlo, hacerlo de lado, para tomar algo completamente nuevo. Por tanto, solamente puede tratarse de una referencia a los incrédulos, porque en ninguna parte sugiere la Palabra de Dios que el cristiano deje las enseñanzas básicas del cristianismo para ir tras algo más.

Lo que se debe soltar son las provisiones y principios del Antiguo Pacto, del judaísmo. No es cuestión de añadir a lo que se tiene. Es cuestión de abandonar lo que tiene para cambiarlo por algo más. Es esto precisamente lo que el Espíritu Santo les pedía a los hebreos: abandonar las sombras, los estereotipos, los dibujos y los sacrificios de la antigua economía para entrar a la realidad del Nuevo Pacto en Jesucristo. Se podría parafrasear así: "Dejen de mirar los dibujos del Mesías y acérquense al Mesías de verdad" o "Suelten el Antiguo Pacto y acepten el Nuevo".

CARACTERÍSTICAS INCOMPLETAS DEL ANTIGUO TESTAMENTO

El **fundamento** del Antiguo Pacto tenía seis características que se señalan en los versículos 1-2. Estas son: —**el fundamento del arrepentimiento de obras muertas, —de la fe en Dios, —de la doctrina de bautismos, —de la imposición de manos, —de la resurrección de los muertos y —del juicio eterno.** A diferencia de cómo se suelen interpretar, estas no son verdades cristianas que hay que abandonar para poder ir a la

madurez. Son conceptos del Antiguo Testamento. Para ser precisos, apuntaban al evangelio, pero como tales no son parte del evangelio.

ARREPENTIMIENTO DE OBRAS MUERTAS

El arrepentimiento de obras muertas es alejarse de las malas acciones, acciones que llevan a la muerte. "Porque si la sangre de los toros y de los machos cabríos, y las cenizas de la becerra rociadas a los inmundos, santifican para la purificación de la carne, ¿cuánto más la sangre de Cristo, el cual mediante el Espíritu eterno se ofreció a sí mismo sin mancha a Dios, limpiará vuestras conciencias de obras muertas para que sirváis al Dios vivo?" (He. 9:13-14). Ezequiel dijo: "El alma que pecare, esa morirá" (18:4). En el Nuevo Testamento esta verdad se expresa así: "La paga del pecado es muerte" (Rom. 6:23). El Antiguo Testamento enseñaba que el ser humano debe arrepentirse y darle la espalda a las malas obras que lo conducían a la muerte. Pero este modelo del Antiguo Testamento es sólo la primera parte del arrepentimiento. Los hombres sólo sabían que debían darle la espalda a las malas obras y mirar a Dios. Esa era toda la doctrina que conocían.

En la predicación de Juan el Bautista, incluso al comienzo del ministerio de Jesús, el mensaje básico era: "Arrepentíos, porque el reino de los cielos se ha acercado" (Mt. 3:2; 4:17). Solamente se predicaba el arrepentimiento. Darle la espalda al pecado y mirar a Dios. Pero la doctrina del arrepentimiento maduró, se completó, en Jesucristo. Pablo les recuerda a los ancianos de la iglesia de Éfeso que deben testificar "a gentiles acerca del arrepentimiento para con Dios, y de la fe en nuestro Señor Jesucristo" (Hch. 20:21). Pablo, en su defensa ante el rey Agripa, mencionó que anunció el evangelio "primeramente a los que están en Damasco, y Jerusalén, y por toda la tierra de Judea, y a los gentiles, que se arrepintiesen y se convirtiesen a Dios, haciendo obras dignas de arrepentimiento" (26:20). Pero procedió a explicar que el objeto de su mensaje era Jesucristo y su obra de salvación (v. 23). No servía para nada el sólo hecho de alejarse de las malas obras y mirar hacia Dios. Nadie se puede acercar a Dios sino por medio de Jesucristo.

Ahora que el Nuevo Pacto está vigente, el arrepentimiento carece de significado sin la fe en Jesucristo. Jesús dijo: "Nadie viene al Padre, sino por mí" (Jn. 14:6). Quien busque arrepentirse de sus pecados y acercarse a Dios sin consideración de Cristo no alcanzará nunca a Dios, sin importar cuan sincero sea. Jesucristo es el único camino a Dios que el mismo Dios ha proporcionado.

Arrepentirse de las obras muertas no es más que darle la espalda al pecado, y esa es una verdad importante y maravillosa del Antiguo Testamento. Pero eso no es todo. Sólo se

cumple, se hace eficaz, cuando una persona llega a Jesucristo en fe. El manejo incompleto del pecado se debe reemplazar con el manejo completo.

FE EN DIOS

El significado de **la fe en Dios** ya se tocó. Hoy día, no sirve para nada tener fe en Dios si no se tiene fe en su Hijo, Jesucristo, quien es el único camino a Dios. Pedro dijo: "Arrepentíos, y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de los pecados" (Hch. 2:38). No existe un arrepentimiento aceptable sin fe en Cristo. El único "arrepentimiento para vida" está relacionado con creer en Jesucristo (Hch. 11:17-18). La única fe aceptable ahora es la fe en Dios Hijo. No hay camino al Padre sino por el Hijo.

El Antiguo Testamento enseñó el arrepentimiento de obras muertas y la fe en Dios. El Nuevo Testamento enseña el arrepentimiento por la fe en el Señor Jesucristo, el único camino a Dios. La distinción es clara. Los judíos a los cuales esta carta iba dirigida creían en Dios, pero no eran salvos. Su arrepentimiento de obras y su fe en Dios, no importa cuán sincera fuese, no los podía acercar a Dios sin Cristo. "En ningún otro hay salvación; porque no hay otro nombre bajo el cielo, dado a los hombres, en que podamos ser salvos" (Hch. 4:12).

INSTRUCCIÓN SOBRE LOS LAVAMIENTOS

La traducción de "doctrina de bautismos" en la mayoría de las versiones se puede prestar a confusión, especialmente porque en todo el resto del libro, inclusive en Hebreos 9:10, la misma palabra griega (*baptismos*) se traduce **abluciones** [Nota: otras traducciones lo indican como "ceremonias de purificación"]. No es *baptizō*, la palabra que siempre se usa para la ordenanza del bautismo. Parece que los traductores parten del supuesto que este pasaje se dirige a cristianos, en cuyo caso la palabra "bautismos" podría ser apropiada. Pero el uso aquí de *baptismos*, en lugar de *baptizō*, es otro indicador fuerte de que el pasaje no va dirigido a cristianos.

Todos los judíos tenían a la entrada de su casa un lavabo para que los familiares y visitantes lo usaran en las purificaciones ceremoniales, que eran muchas. Lo que se les pide a los lectores es que abandonen y olviden esos lavamientos. Hasta el Antiguo Testamento predecía que algún día un lavamiento espiritual dado directamente por Dios reemplazaría las ceremonias de purificación: "Esparciré sobre vosotros agua limpia, y seréis limpiados de todas vuestras inmundicias; y de todos vuestros ídolos os limpiaré" (Ez. 36:25). Las purificaciones antiguas eran múltiples, físicas, simbólicas y temporales; la purificación nueva es de una única vez, espiritual, real y permanente. Es el "lavamiento

de la regeneración y por la renovación en el Espíritu Santo" (Tito 3:5b). Es haber nacido (regeneración) del agua y del espíritu que, como le dijo Jesús a Nicodemo, eran necesarios para entrar al reino (Jn. 3:5).

IMPOSICIÓN DE MANOS

Esta **imposición de manos** no tiene nada que ver con las prácticas apostólicas (Hch. 5:18; 6:6; 8:17; 1 Ti. 4:14; etc.). Bajo el Antiguo Pacto, quien ofrecía un sacrificio debía poner sus manos sobre él para simbolizar que se identificaba con el sacrificio (Lv. 1:4; 3:8,13).

Nuestra identificación con Jesucristo no procede de poner nuestras manos sobre Él; procede del bautismo del Espíritu en unión con Él por la fe. El escritor les dice a estos judíos inmaduros: "Olvídense de las enseñanzas sobre la imposición de manos en los sacrificios del templo. Afórrense a Cristo poniendo su esperanza en Él".

RESURRECCIÓN DE LOS MUERTOS

La doctrina de la **resurrección** en el Antiguo Testamento no es clara o completa. Aprendemos que hay vida después de la muerte, que hay recompensas para los buenos y castigo para los impíos —y no hay mucho más allá que eso sobre la resurrección. Por ejemplo, de Job aprendemos que la resurrección será corporal, no solamente espiritual (Job 19:26). No hay mucho más que podamos aprender sobre el tema en el Antiguo Testamento. Por supuesto, en el Nuevo Testamento la resurrección es una de las doctrinas principales y más detalladas. Es el tema principal de la predicación apostólica. El asunto se completó en Jesucristo, que dijo: "*Yo soy* la resurrección y la vida" (Jn. 11:25). La resurrección del cuerpo se describe con bastante detalle en 1 Corintios 15; y en 1 Juan 3:2 se nos dice: "Seremos semejantes a él, porque le veremos tal como él es". ¿Por qué habría alguien de contentarse con el intento de entender la resurrección desde las enseñanzas limitadas y vagas del Antiguo Testamento?

JUICIO ETERNO

Pocas cosas adicionales a lo dicho en Eclesiastés podemos aprender del Antiguo Testamento sobre el juicio final: "Porque Dios traerá toda obra a juicio, juntamente con toda cosa encubierta, sea buena o sea mala" (12:14). El castigo vendría sobre los impíos y la bendición sobre los buenos.

Sin embargo, una vez más, el Nuevo Testamento nos dice muchas cosas sobre el **juicio eterno**, mucho más de lo que las personas quieren oír. Sabemos qué va a sucederles a los creyentes: "Ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús" (Rom. 8:1).

Tendremos que comparecer ante el Señor y ver el juicio de nuestras obras —para recompensa o falta de ella— pero nosotros no estaremos sujetos a juicio (1 Co. 3:12-15). También sabemos qué les va a suceder a los incrédulos. Sabemos del juicio de las ovejas y las cabras (Mt. 25:31-46) y del juicio del gran trono blanco (Ap. 20:11-15). Sabemos que Jesucristo es el responsable de todos los juicios (Jn. 5:21-29). Sabemos esto y mucho más sobre los juicios por el Nuevo Testamento.

La idea de Hebreos 6:1-2 es sencillamente que los judíos incrédulos deben dejar por completo las sombras y símbolos elementales e inmaduros del viejo pacto, y aferrarse a la realidad perfecta y madura del nuevo. El Espíritu Santo los está llamando a dejar los abecés del **arrepentimiento de obras muertas** por la enseñanza neotestamentaria sobre el arrepentimiento con Dios y la nueva vida en Cristo. Dejar los abecés de la **fe en Dios** por la fe en Jesucristo. Dejar los abecés de las ceremonias de **purificación** por la limpieza del alma a través del Verbo. Dejar los abecés de la **imposición de manos** en el sacrificio por aferrarse al Cordero en fe. Dejar los abecés de la **resurrección de los muertos** por la resurrección total y gloriosa a la vida. Dejar los abecés del **juicio eterno** por la verdad total sobre el juicio y las recompensas como están reveladas en el Nuevo Pacto.

Estas seis doctrinas eran las básicas del judaísmo que había que dejar a un lado, a favor de las mejores cosas que vendrían en Cristo. El Antiguo Testamento es incompleto. Es verdadero. Es de Dios. Era una parte necesaria de la revelación y del plan divino de salvación para el hombre. Pero es sólo una revelación parcial y no es suficiente. El judaísmo está abrogado. El judaísmo está anulado. Ya no es una expresión válida de adoración u obediencia a Dios. Debe ser abandonado.

EL PODER

Y esto haremos, si Dios en verdad lo permite. (6:3)

Interpretar este versículo es difícil, a pesar de su brevedad y su simpleza. Lo miraremos desde dos ángulos. Algunos intérpretes creen que la primera persona del plural es aquí una referencia editorial del escritor a sí mismo. Dice él: "E iré y les enseñaré lo que necesitan saber si Dios me lo permite". Otros creen que el escritor tan sólo busca identificarse con aquellos a quienes escribe, y dice: "Madurarán si Dios lo permite".

Creo que las dos interpretaciones pueden ser correctas. No son mutuamente excluyentes y son consecuentes con el resto de Hebreos. El Espíritu Santo debe dar energía a las dos (**si Dios lo permite**): tanto el servicio (que el autor vaya a enseñarles) como la salvación (que los lectores pasen a la madurez espiritual en Cristo), si es que las dos cosas han de

ser eficaces y fructíferas. Todo gira alrededor de lo que Dios permita. La necesidad del permiso de Dios es la idea central. "No que seamos competentes por nosotros mismos para pensar algo como de nosotros mismos, sino que nuestra competencia proviene de Dios" (2 Co. 3:5, cp. Stg. 4:13). "Ninguno puede venir a mí, si el Padre que me envió no le trajere" (Jn. 6:44). Tanto el maestro como el que busca, han de reconocer la soberanía de Dios.

CINCO GRANDES VENTAJAS

Porque es imposible que los que una vez fueron iluminados y gustaron del don celestial, y fueron hechos partícipes del Espíritu Santo, y asimismo gustaron de la buena palabra de Dios y los poderes del siglo venidero. (6:4-5)

Los hebreos a los que el autor se dirige aquí tienen cinco grandes ventajas, resumidas en estos dos versículos.

FUERON ILUMINADOS

Primero, debemos notar que este pasaje no hace referencia alguna a la salvación. No hay mención de la justificación, santificación, nuevo nacimiento o regeneración. **Quienes una vez fueron iluminados** no se mencionan nacidos de nuevo, santificados o justificados. Aquí no se usa nada de la terminología neotestamentaria normal usada para la salvación. De hecho, ninguno de los términos aquí usados se usa en otra parte del Nuevo Testamento para referirse a la salvación, y no debe considerarse que los términos de este pasaje aluden a ella.

La iluminación aquí mencionada tiene que ver con la percepción intelectual de la verdad bíblica y espiritual. En la LXX, la palabra griega (*phōtizō*) se traduce varias veces como "dar luz por el conocimiento o la enseñanza". Significa estar mentalmente consciente de algo, haber recibido instrucción, estar informado. No tiene ninguna connotación de respuesta: de aceptación o rechazo, de creer o no creer.

Cuando Jesús fue por primera vez en su ministerio a Galilea, declaró que había venido a cumplir la profecía de Isaías 9:1-2, que parcialmente dice: "El pueblo asentado en tinieblas vio gran luz" (Mt. 4:16). Todos los que vieron y oyeron a Jesús vieron esta "gran luz", pero no todos los que la vieron y la oyeron obtuvieron la salvación. Ver la luz de Dios y aceptarla no son la misma cosa. Aquellas personas en Galilea, como cualquier otro que oiga el evangelio, fueron iluminados en una u otra medida; pero, a juzgar por los relatos bíblicos, pocos creyeron en Jesús. Tenían conocimiento natural, información factual.

Vieron a Cristo, oyeron el mensaje de sus propios labios, vieron sus milagros con sus propios ojos. Tuvieron la oportunidad como ninguna de ver la verdad de Dios encarnada, una oportunidad que sólo tuvieron unos pocos miles en la historia. La Luz del evangelio había irrumpido *personalmente* en la oscuridad de sus vidas (cp. Jn. 12:35-36). La vida para ellos nunca podría volver a ser la misma. Sus vidas se vieron afectadas permanentemente por la impresión indeleble que Jesús debió haber causado en ellos. Sin embargo, muchos, si no la mayoría, no creyeron en Él (cp. Jn. 12:37-40).

Lo mismo ocurrió con los judíos a quienes estaba dirigido Hebreos 6:1-8. Fueron iluminados, pero no salvos. En consecuencia, estaban en peligro de perder toda oportunidad de obtener la salvación para volverse apóstatas. De estas personas habla Pedro en su segunda carta. "Ciertamente, si habiéndose ellos escapado de las contaminaciones del mundo, por el conocimiento del Señor y Salvador Jesucristo, enredándose otra vez en ellas son vencidos, su postrer estado viene a ser peor que el primero. Porque mejor les hubiera sido no haber conocido el camino de la justicia, que después de haberlo conocido, volverse atrás del santo mandamiento que les fue dado" (2 P. 2:20-21). Por la incredulidad, la luz que recibieron para salvarlos se volvió juicio contra ellos.

GUSTARON DEL DON CELESTIAL

Este grupo, además de haber visto la luz, **había gustado del don celestial**. El **don celestial** podría ser varias cosas. Las Escrituras dicen que el Espíritu Santo es un don celestial, pero como a Él se le menciona en el siguiente versículo, no considero que ese sea el significado aquí. Por supuesto, el don celestial más grande es Cristo (el "don inefable" de Dios, 2 Co. 9:15) y la salvación que brindó (Ef. 2:8). La salvación de Cristo es el don supremo celestial, y sin duda el don al cual se hace aquí referencia.

Sin embargo, ellos no recibieron este don grande. No lo celebraron, solamente lo degustaron, lo probaron. Ni lo aceptaron ni lo vivieron, solamente lo examinaron. Tal cosa contrasta con la obra de Jesús por nosotros: habiendo gustado la muerte por todos los hombres (He. 2:9), la bebió completa.

Jesús dijo a la mujer en el pozo de Jacob: "Si conocieras el don de Dios, y quién es el que te dice: Dame de beber; tú le pedirías, y él te daría agua viva" (Jn. 4:10). Jesús estaba hablando del don de la salvación, del "agua viva" que lleva a la "vida eterna". Quienes beban de ella —no la sorban o la degusten, sino la beban— recibirán la salvación. En

Galilea, poco tiempo después, Jesús les dijo a quienes lo oían: "Soy el pan vivo que descendió del cielo; si alguno comiere de este pan, vivirá para siempre" (Jn. 6:51; cp. v. 35). La vida eterna viene de comer, no solamente de gustar, el don de la salvación de Dios en Cristo. Uno de los ministerios del Espíritu previos a la salvación es dar a quienes no han recibido la salvación una degustación de las bendiciones de esta. Es parte de su ministerio de acercar a las personas a Cristo. Pero degustar no es comer. El Espíritu Santo nos dará una degustación, pero no nos obligará a comer. Dios puso la bendición de la salvación en los labios de estos judíos del Nuevo Testamento, pero aún no la habían comido. La degustación vino de lo que habían visto y oído, como muchos han visto el poder transformador de Cristo y oído el evangelio.

FUERON PARTÍCIPES DEL ESPÍRITU SANTO

La palabra **partícipes** (*metochos* en griego) tiene que ver con asociación, no con posesión. Estos judíos no habían poseído nunca el **Espíritu Santo**, simplemente estaban cerca cuando Él estaba cerca. Es la misma palabra que se usa para los compañeros de los pescadores en Lucas 5:7 y para Cristo en relación con los ángeles en Hebreos 1:9. Tiene que ver con participar en asociaciones y acontecimientos comunes. En el contexto de Hebreos 6:4, se refiere a cualquiera que haya estado donde el Espíritu Santo haya estado ministrando. Es posible tener asociación con el Espíritu Santo, beneficiarse de lo que hace y no haber recibido la salvación. Como vimos (2:4), estos judíos habían oído la Palabra, habían visto y participado de numerosas señales, maravillas, milagros y dones del Espíritu Santo. Incluso participaron en algunas de esas obras.

La Biblia nunca habla de los cristianos en asociación con el Espíritu Santo. Habla del Espíritu Santo *en ellos*.

Sin embargo, aquí hay algunas personas que tan sólo están asociadas con el Espíritu Santo. Quizás, como la mayoría en las multitudes a las cuales Jesús sanó y alimentó milagrosamente, fueron partícipes del poder del Espíritu Santo y de sus bendiciones, pero Él no habitaba en ellos. No poseían al Espíritu Santo ni el Espíritu Santo los poseía a ellos.

GUSTARON DE LA PALABRA DE DIOS

Una vez más, el autor dice que estos lectores **gustaron** algo de Dios, esta vez es su **palabra**. El término griego para **palabra** aquí (*rhēma*, que enfatiza las partes en lugar del todo) no es usual (*logos*) para referirse a la Palabra de Dios, pero se ajusta a su significado en este contexto. Como ocurrió con los dones celestiales, habían oído hablar a Dios y habían probado sus palabras y las habían degustado, sin comerlas de verdad. Se les había

enseñado sobre Dios. Sin duda, asistían regularmente a la iglesia. Quizás oyeran con atención y pensarán en detalle lo que oían. Lo absorbían todo, posiblemente con entusiasmo y aprecio. Pero no podían decir con Jeremías: "Fueron halladas tus palabras, y yo las comí; y tu palabra me fue por gozo y por alegría de mi corazón" (Jer. 15:16). La degustaron, pero no la probaron, como la nación a la cual habló Jeremías.

Herodes era así. A pesar del mensaje fuerte del profeta, inclusive acusaciones directas al rey, Herodes disfrutaba la predicación de Juan el Bautista (Mr. 6:20). Estaba perplejo y fascinado por este dinámico predicador. Le gustaba probar el mensaje de Dios. Pero cuando estuvo presionado a decidir, se olvidó del hombre de Dios y del mensaje de Dios. De mala gana, pero por su propia voluntad, accedió a decapitar a Juan. Haber degustado la Palabra de Dios sólo lo hizo más culpable.

Degustar es el primer paso para comer. No está mal degustar la Palabra de Dios. De hecho. David promueve hacerlo: "Gustad, y ved que es bueno Jehová" (Sal. 34:8). Todo el mundo debe probar el evangelio en algún grado antes de aceptarlo. El problema es quedarse sólo con probarlo. Como muchos de los que oyen el evangelio por primera vez, estos judíos se sintieron atraídos por su belleza y dulzura. Les supo muy bien. Pero no lo mascaron ni lo tragaron, mucho menos lo digirieron. Se quedaron en la degustación. Antes de que pasara mucho tiempo, su buen sabor ya había pasado y ellos se volvieron indiferentes. Sus papilas gustativas se volvieron insensibles y dejaron de responder.

Cualquiera que haya oído el evangelio y quizás hasta haya hecho una confesión de Cristo, pero que no esté seguro de su salvación, debe prestar atención al consejo de Pablo: "Examinaos a vosotros mismos si estáis en la fe; probaos a vosotros mismos" (2 Co. 13:5). Una persona así necesita saber si sólo probó el evangelio, pero no lo comió.

GUSTARON LOS PODERES DEL SIGLO VENIDERO

El siglo venidero es el reino futuro de Dios. Los poderes del reino son los poderes milagrosos. Estos judíos habían visto la misma clase de milagros que ocurrirán cuando Jesús traiga su reino terrenal. Los gustaron. Vieron a los apóstoles hacer señales y prodigios como los que se producirán en el reino milenial de Jesucristo. Vieron milagro tras milagro. Y cuanto más veían y probaban sin recibir, más culpables se hacían. Eran como quienes vieron a Jesús obrar milagros. ¡Cuán difícil es explicar el odio y la incredulidad de quienes vieron a Lázaro resucitado, quienes vieron que a los ciegos les volvía la visión y quienes vieron hablar a los mudos, y aun así rechazaban a quien realizó

estas maravillas delante de sus ojos! ¡Cuán culpables serán ante Dios en el juicio del gran trono blanco!

Tales judíos habían tenido la bendición maravillosa de la iluminación divina; de la asociación con el Espíritu Santo; de haber gustado los dones celestiales, su Palabra y su poder. Y sin embargo no creían.

LA CUARTA ADVERTENCIA

Porque es imposible que los que una vez fueron iluminados y gustaron del don celestial, y fueron hechos partícipes del Espíritu Santo, y asimismo gustaron de la buena palabra de Dios y los poderes del siglo venidero, y recayeron, sean otra vez renovados para arrepentimiento, crucificando de nuevo para sí mismos al Hijo de Dios y exponiéndole a vituperio. (6:4-6)

El Espíritu Santo, todavía hablando a quienes han oído la verdad y la han reconocido, pero han dudado en aceptar a Cristo, les da una cuarta advertencia, el punto crucial de 6:1 8. La advertencia, resumida, es esta: "Mejor acérquense a Cristo ahora, porque si se alejan será **imposible** que vuelvan al punto de arrepentimiento". Estaban en el mejor punto para **arrepentirse**: —plenos de conocimiento. Retroceder de esa posición sería fatal.

Muchos intérpretes afirman que el pasaje enseña que la salvación puede perderse porque creen que la advertencia está dirigida a los cristianos. Sin embargo, si esta interpretación fuera cierta, el pasaje también enseñaría que, una vez perdida, la salvación no se puede obtener de nuevo. Si, alguien pierde la salvación después de salvo, quedaría condenado para siempre. No habría un vaivén, dentro y fuera de la gracia. Pero el pasaje no habla a los cristianos y lo que se puede perder es la oportunidad de *recibir* la salvación, no la salvación como tal.

El creyente no necesita asustarse con perder la salvación. No puede perderla. La Biblia es absolutamente clara en esto. Jesús dijo: "Mis ovejas oyen mi voz, y yo las conozco, y me siguen, y yo les doy vida eterna; y no perecerán jamás, ni nadie las arrebatará de mi mano. Mi Padre que me las dio, es mayor que todos, y nadie las puede arrebatar de la mano de mi Padre" (Jn. 10:27-29). Pablo es igualmente claro: "¿Quién nos separará del amor de Cristo? ¿Tribulación, o angustia, o persecución, o hambre, o desnudez, o peligro, o espada?... Por lo cual estoy seguro de que ni la muerte, ni la vida, ni ángeles, ni principados, ni potestades, ni lo presente, ni lo por venir, ni lo alto, ni lo profundo, ni ninguna otra cosa creada nos podrá separar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús Señor nuestro" (Rom. 8:35, 38-39). "El que comenzó en vosotros la buena obra, la perfeccionará

hasta el día de Jesucristo" (Fil. 1:6). Vamos a obtener "una herencia incorruptible, incontaminada e inmarcesible, reservada en los cielos para [nosotros], que [somos] guardados por el poder de Dios mediante la fe, para alcanzar la salvación que está preparada para ser manifestada en el tiempo postrero" (1 P. 1:4-5). Si el poder de Dios no puede retenernos, no hay nada confiable, en lo cual podamos creer o en lo cual podamos depender. El cristiano no tiene ninguna razón en ningún momento de su vida para creer que puede perder su salvación. Si por la muerte de Cristo podemos obtener la salvación, ciertamente por su vida de poder e intercesión podemos mantener esa salvación (Rom. 5:10).

Los incrédulos sí están en riesgo de perder la salvación, en el sentido de perder la oportunidad de siquiera recibirla. Los judíos incrédulos estaban en grave peligro de retornar al judaísmo y no estar nunca en capacidad de arrepentirse y llegar a Cristo, por su inmadurez y torpeza espiritual. Se perderían para siempre porque habían rechazado, en el momento más vital de conocimiento y convicción, el único evangelio que podía salvarlos. No hay otro mensaje de salvación que pudieran oír, no hay otra evidencia de la verdad del evangelio que no hubieran visto.

Estos judíos, en particular, habían oído la predicación de los apóstoles y los habían visto realizar señales, prodigios y milagros (He. 2:4). Habían tenido el privilegio de contemplar prácticamente todas las manifestaciones de la Palabra y poder salvadores que Dios podría dar. Lo habían oído todo, lo habían visto todo. Incluso lo habían aceptado todo intelectualmente. Quien esté así de informado, quien haya atestiguado tantas cosas, quien haya tenido tan grande bendición de conocer el evangelio de Dios en cada oportunidad y quien le dé la espalda —por el judaísmo u otra cosa—, está eternamente perdido. No sólo rechazan el evangelio, también están **crucificando de nuevo para sí mismos al Hijo de Dios y exponiéndole a vituperio**. O pasaban al conocimiento pleno de Dios por medio de la fe en Cristo o le daban la espalda, haciéndose apóstatas y perdiéndose para siempre. No había otra alternativa.

Algunos han traducido de 6:4, *adunatos* (**imposible**) en 6:6 como "difícil", (6:4, conectado con 6:5 "sean otra vez renovados [frase que significa imposible, en versiones más modernas]"). Pero es claro, aun de otros pasajes en Hebreos, que esa traducción, [difícil], no tiene justificación. Es la misma palabra que aparece en 6:18 ("es imposible que Dios mienta"), en 10:4 ("porque la sangre de los toros y de los machos cabríos "no puede quitar, [imposible], los pecados"), y en 11:6 ("sin fe es imposible agradar a Dios"). Todos estos

pasajes carecerían de sentido si imposible se cambiara por difícil. No se puede escapar ni minimizar del fin severo de este peligro.

Una vacuna inmuniza porque ofrece una cantidad muy moderada de una enfermedad. Una persona que se expone al evangelio puede obtener lo suficiente para inmunizarla de todo el grueso del asunto. Cuanto más se le resista, con violencia o con decencia, más inmune a él se vuelve la persona. El sistema espiritual se hace cada vez más insensible y responde menos. La única esperanza es rechazar aquello a lo cual se está aferrando y recibir a Cristo sin demora; de otra forma la persona se endurecerá, a menudo sin saberlo, de tal forma que pierda para siempre su oportunidad.

La palabra **renovados** quiere decir restaurar, dejar en la condición inicial. La condición original de estos judíos fue de emoción por el evangelio que recién oían. Era hermoso. Se habían alejado del judaísmo y estaban al borde del cristianismo, aun del arrepentimiento evidentemente. Habían dejado sus malos caminos. Habían intentado dejar su pecado. Habían comenzado a mirar hacia Dios. Habían escalado todo el camino hasta el límite de la salvación. Dios les había dado toda la revelación que tenía. No había nada más que Él pudiera decir o hacer. Si se alejaban, lo harían con un corazón malvado de incredulidad y en contra de la revelación total. Tenían la ventaja de haberse criado bajo el Antiguo Pacto y habían visto toda la belleza y perfección del nuevo. Si desertaban, si ahora se alejaban del Dios viviente, no había esperanza de que alguna vez se restauraran al punto inicial en el que el evangelio estuvo fresco, el sabor del evangelio era dulce y el arrepentimiento era la respuesta apropiada. Tal vez nunca volvieran a ese punto. Cuando alguien rechaza a Cristo en la experiencia cumbre del conocimiento y la convicción, tampoco lo va a aceptar en un nivel menor. De modo que la salvación se vuelve imposible.

No podían regresar porque crucificaron de nuevo **para sí mismos al Hijo de Dios y exponiéndole a vituperio**. Aquí **para sí mismos** simplemente significa que en lo que a ellos les concernía el Hijo de Dios merecía que se le crucificara. Sin importar qué pudieran decir de labios para afuera, ahora se ponían del lado de quienes lo crucificaban. Dijeron en sus corazones: "Ese es el mismo veredicto nuestro". Habían juzgado a Jesucristo y, con toda la evidencia posible, habían decidido que no era el Mesías verdadero. Se dieron la vuelta y regresaron al judaísmo. Para ellos, Jesús era un impostor y engañador que recibió exactamente lo que merecía. Estaban de acuerdo con quienes mataron a Jesús y lo volvieron a exponer a vituperio. Aquí **vituperio** connota culpa. Habían declarado abiertamente que Jesús era culpable, tal como se le acusó.

Cuando alguien ha oído el evangelio y se aleja, hace exactamente lo que estos judíos hicieron. Aunque nunca tome el martillo y los clavos para clavárselos físicamente a Jesús, está de acuerdo con su crucifixión. Está de parte de los que le crucificaron. Si esto pasa en plena luz, la persona se ha convertido en apóstata y la salvación siempre estará por fuera de su alcance. Ha rechazado a Jesucristo a plena luz y poder de su evangelio. Está incurablemente en contra de Dios y el infierno más ardiente le espera. Toma su lugar con Judas, quien caminó, habló y comió con el Dios encarnado pero finalmente lo rechazó. "¿Cuánto mayor castigo pensáis que merecerá el que pisoteare al Hijo de Dios, y tuviere por inmunda la sangre del pacto en la cual fue santificado, e hiciere afrenta al Espíritu de gracia?" (He. 10:29).

Es engañarse a sí mismo de forma muy peligrosa creer que se está seguro por estar en la orilla, por diferir la decisión, por considerarse tolerante del evangelio sólo por no oponérsele externamente. Cuanto más tiempo permanezca alguien en la orilla, más se inclinará a su vida anterior. Quedarse ahí parado por mucho tiempo resulta inevitablemente en desertar del evangelio para siempre. Puede que no sea una decisión consciente contra Cristo. Pero es una decisión y es contra Cristo. Cuando a plena luz alguien se aleja de Él, vuelve a crucificarlo, en su propio corazón, y se ubica por siempre fuera del alcance del Señor. ¡Cuán terrible es rechazar a Jesucristo!

Porque la tierra que bebe la lluvia que muchas veces cae sobre ella, y produce hierba provechosa a aquellos por los cuales es labrada, recibe bendición de Dios; pero la que produce espinos y abrojos es reprobada, está próxima a ser maldecida, y su fin es el ser quemada. (6:7-8)

¿Ve usted la ilustración? Todos los que oyen el evangelio son como la tierra. La lluvia cae, la persona oyó el evangelio. La semilla del evangelio queda allí plantada, recibe alimento y crece. Algo de lo que crece es hermoso, bueno y productivo. Es la parte que está plantada, arraigada y alimentada por Dios. Pero otra parte del crecimiento es falso, espurio y no es provechoso. Proviene de la misma raíz, se ha alimentado del mismo suelo y de la misma agua, pero se torna espinoso, destructivo y queda **reprobada**. Ha rechazado la vida que se le ofreció y sólo sirve para ser quemada.

14 La tragedia de rechazar la revelación completa-Tercera parte (6:9-12).

Pero en cuanto a vosotros, oh amados, estamos persuadidos de cosas mejores, y que pertenecen a la salvación, aunque hablamos así. Porque Dios no es injusto para olvidar vuestra obra y el trabajo de amor que habéis mostrado hacia su nombre, habiendo servido a los santos y sirviéndoles aún. Pero deseamos que cada uno de vosotros muestre la misma solicitud hasta el fin, para plena certeza de la esperanza, a fin de que no os hagáis perezosos, sino imitadores de aquellos que por la fe y la paciencia heredan las promesas. (6:9-12)

Después de las advertencias más severas, vienen apelaciones muy amorosas. El escritor esperaba fervientemente que los incrédulos a quienes había hablado no desertaran, no apostataran. Su enfoque fue presentarlos, por así decirlo, a los verdaderos cristianos en su medio, para que fueran **imitadores de aquellos que por la fe y la paciencia heredan las promesas.**

Primero, habla brevemente a los creyentes que han de ser imitados. La palabra amados no se usa nunca en las Escrituras para referirse a los incrédulos. Ahora está hablando de las cosas que pertenecen a la salvación, mientras que en la parte anterior de este capítulo había estado hablando de las cosas que concernían a la revelación. Estas dos cosas —el uso de la palabra amados y la explicación de las condiciones para la salvación— indican el cambio de audiencia del escritor. Los asuntos previos —la iluminación intelectual sobre la palabra de Dios, la degustación de los dones de Dios y de su Espíritu, y demás— acompañan la revelación, no la salvación. Por supuesto, se pretende que ayuden a llegar a la salvación, pero ellos no lo hacen aparte de la fe en Jesucristo.

Los cristianos a imitar provienen del mismo trasfondo de quienes los van a imitar. Todos crecieron en el judaísmo. Habían tenido la misma oportunidad de conocer la revelación de Dios y de experimentar la obra de su Espíritu. Habían tenido la misma oportunidad de oír el evangelio, y de ver y experimentar la Iglesia de Cristo en acción. La única diferencia, aunque era una diferencia muy grande, es que algunos habían confiado en Cristo como Salvador y otros no. Esa también es la gran diferencia entre el trigo y la cizaña en la parábola de Jesús (Mt. 13:24-43). El mismo sol que endurece la arcilla derrite la cera.

El término **amados** (*agapētos*, de *agapē*) expresa la forma más alta de relación. Se usa sesenta veces en el Nuevo Testamento. Las primeras nueve las usa Dios Padre hablando de Cristo, su Hijo amado. En el resto de las veces, sean judíos o gentiles, se reserva su uso

sólo para los creyentes. Arthur Pink observa: "En realidad, no puedo amar a un hermano con el amor del evangelio que se me demanda, a menos que esté bien persuadido de que sí es mi hermano".

El escritor estaba convencido de que sus compañeros creyentes, aquellos a quienes les escribía, exhibían todos esos rasgos, todas esas marcas verdaderas, de la salvación, de la verdadera santidad en el sentido bíblico. La implicación es que, después de una investigación considerable, estaba convencido de que sus amados hermanos poseían las **cosas que acompañan [pertenecen] a la salvación** y que, por tanto, serían ejemplos formidables para que sus amigos incrédulos observaran e imitaran.

LO QUE VIENE CON LA SALVACIÓN

Muchas cosas **pertenecen a la salvación**. Los capítulos 5 y 6 de Romanos están dedicados en su totalidad a esas cosas. Pero las que se mencionan en esta sección de Hebreos en particular contrastan con las de la incredulidad mencionada en 5:11—6:5. Por ejemplo, a la salvación no le pertenece la infancia, sino la madurez; no la leche, sino el alimento sólido; no la inexperiencia en la justicia, sino la justicia perfecta; no el arrepentimiento de obras muertas, sino el arrepentimiento que mira a Dios para vida. Las cosas que vienen con la salvación son, antes que todo, positivas, no negativas. No reflejan la religión ceremonial externa, sino la regeneración transformación y nueva vida internas. Su importancia no viene de la repetición de sacrificios, sino del sacrificio único, perfecto y completo de Jesucristo. No se enfocan en las verdades elementales de la resurrección y el juicio, sino en la esperanza bendita del creyente; no sólo en estar iluminado, sino en que Dios los haga nuevos; no sólo en degustar la salvación, sino en festejarla; no sólo en ser partícipe del Espíritu Santo, sino en que Él habite adentro; no sólo en degustar la buena palabra de Dios, sino en beberla y comerla; no sólo en ver los milagros de Dios, sino en volverse uno de ellos. Estas son las cosas que acompañan la salvación.

¿A QUIÉN SE APLICA?

La frase aunque hablamos así, sin duda, busca animar a los creyentes que, después de leer la sombría sección anterior, pueden estarse preguntando, como muchos cristianos hoy, si esta advertencia se refiere a ellos. Pasar la parte final del versículo 9 para el principio ayuda a aclarar el significado. La lectura parafraseada sería: "Amados hermanos cristianos, aunque hemos estado hablando de estas advertencias impresionantes y atemorizantes para los incrédulos, sabemos que hay cosas mucho mejores que sí se refieren a ustedes. Ustedes tienen las cosas que pertenecen a la salvación, no a la

incredulidad. Estas advertencias para los apóstatas, y para los potenciales apóstatas, están en esta carta a ustedes porque ellos están en medio de ustedes".

De nuevo, la parábola del trigo y la cizaña vuelve a ser útil. Jesús enfatizó la idea de que los verdaderos creyentes y quienes sólo profesaban ser creyentes estarían juntos en la Iglesia hasta que Él regresara, y que los verdaderos creyentes nunca podrían estar seguros de quiénes eran los falsos. Las características de los incrédulos en Hebreos 5:11—6:4 no pretenden ser un criterio para que la Iglesia separe el trigo de la cizaña. Sólo la condición del corazón de una persona determina su posición ante Dios, y sólo Dios la conoce. Bajo ciertas circunstancias —como enseñar falsas doctrinas o vivir en inmoralidad— la Iglesia no solamente puede, sino que debe, excomulgar a un miembro. Pero el Señor ha dejado claro que no podemos determinar quién es realmente salvo en la iglesia y quién no lo es, y que no debemos intentar ser los jueces finales para decidir tales asuntos.

Sin embargo, sabemos que toda congregación puede tener un incrédulo en sus filas, incluso en posiciones de liderazgo, y a tales personas es a quienes el Señor advierte. El predicador y maestro fiel debe advertir sobre esto, aunque no esté en capacidad de determinar a qué individuos se refiere su advertencia. Debe enseñarlo como parte del consejo completo de Dios y dejar que su Espíritu lo aplique donde sea necesario. El escritor dice: "Amados, no digo estas cosas porque estén relacionadas con todos ustedes. No es así. Pero entre ustedes hay algunos que de verdad necesitan esta advertencia".

DIOS NO SE OLVIDA DE LOS SUYOS

Porque Dios no es injusto para olvidar vuestra obra y el trabajo de amor que habéis mostrado hacia su nombre, habiendo servido a los santos y sirviéndoles aún. (6:10)

Dios sabe quiénes son los suyos y quiénes son los fieles. No va Él a **olvidar** a los suyos ni su **obra** para ÉL. Nuestros nombres están seguros en su libro de la vida. No perderemos nuestra salvación y nuestras recompensas no serán olvidadas. Dice el escritor: "Descansa tranquilo". "No te preocupes".

Muchos cristianos de hoy, como a lo largo de la historia, experimentan tiempos de duda e incluso angustia ante la supuesta perspectiva de perder su salvación. Cuando leen u oyen un mensaje de juicio, son sacudidos e inseguros. Ellos no saben lo que es descansar en la obra terminada de Cristo y en su posición permanente en Él ante Dios.

Después de que Malaquías había dado su severa advertencia de juicio, muchos de los creyentes fieles, aparentemente estaban preocupados de que se les aplicara. Pero el Señor

calmó su miedo. "... fue escrito libro de memoria delante de él para los que temen a Jehová, y para los que piensan en su nombre. 'Y serán para mí especial tesoro', ha dicho Jehová de los ejércitos... 'los perdonaré, como el hombre que perdona a su hijo que le sirve'" (Mal. 3:16-17). En el capítulo siguiente, después da otra advertencia a los malvados, Dios vuelve a tranquilizar a los suyos: "Mas a vosotros los que teméis mi nombre, nacerá el Sol de justicia, y en sus alas traerá salvación..." (Mal. 4:2). Dios siempre conoce a sus fieles; Siempre conoce a los suyos. No debemos temer el juicio final. Si estamos en Cristo, nunca podremos ser condenados. No debemos preocuparnos por perder el rapto. Si pertenecemos a Cristo, estaremos seguros que nos llevará con Él. La soberanía de Dios y su fidelidad nos aseguran eso.

LAS OBRAS SON EVIDENCIA DE AMOR

Las obras de un cristiano no son lo que le salvó o lo que le mantienen salvo, pero sí son una evidencia de su salvación. Como nos dice Santiago, la fe sin obras está muerta, —no viva, no real, no genuina. Nuestra fe se demuestra por nuestras obras (Stg. 2:18, 26). Dios no es tan injusto e insensible tal que Él no alcance a ver las obras de amor de sus hijos queridos realizan. Él ve claramente el fruto de nuestra justicia.

Pablo dijo a los creyentes de Tesalónica que él sabía que Dios los había escogido para ser Suyos, que le salvó, a causa de su "...obra de vuestra fe, del trabajo de vuestro amor y de vuestra constancia en la esperanza en nuestro Señor Jesucristo". (1 Tes. 1: 3-4). Tenían el fruto de las buenas obras que era concordante para seguir adelante con su declaración de fe. El amor es un producto de la fe.

AMAR SU NOMBRE

El Amor y el servicio a los hermanos es una evidencia de la salvación (cf. Juan 13: 34-35). Pero una evidencia aún más significativa es el amor mostrado hacia su nombre. Dios sabe cuándo nuestro servicio es verdaderamente para su gloria ya sea que se haga o no por amor a su nombre.

Tan importante como amar a los hermanos cristianos es amar a Dios, pero amarle a Él es inconmensurablemente más importante. De hecho, el no amar a Dios en primer lugar y ante todo, no tendríamos la capacidad de amarnos unos a otros como debemos hacerlo. Los judíos cristianos que se elogian aquí ministraron... a los santos ante todo, por su amor al nombre de Dios. La gran razón por la que pudieron amarse tanto y servir tan bien, era porque amaban grandemente a Dios. La clave del verdadero servicio cristiano es un amor ardiente por el Señor. Todos los cristianos deberían ser cordiales y agradables; pero en

esto, no todos lo son, a menudo no nos diferenciamos de los incrédulos. Pero nuestra responsabilidad, nuestro llamado, es amar y servir a los hermanos cristianos, —y también a los incrédulos, —primero que todo por Dios, no por causa de ellos mismos.

En la introducción de su carta a los romanos, Pablo les manifiesta su gratitud por su fidelidad y su gran anhelo de visitarles (Romanos 1: 8-10). Pero él también les explica que la fuerza impulsora detrás de su ministerio para con ellos es por el bien del nombre de Dios y que es ante todo y en primer lugar es a Dios a quien sirve (1: 5, 9). El nombre de Dios representa todo lo que Él es. Amar Su nombre es tener un deseo apasionado por la gloria de todo lo que Dios es. Juan Hablando de algunos ministros misioneros itinerantes, dice de ellos, "... ellos salieron por amor del nombre de Él..." (3 Juan 7). Ministrando a causa de su gran amor por el Señor. Cuando Jesús recomisionó a Pedro, Él no le preguntó si amaba a los hombres y, si sucediese así, entonces sal y sírveles. El Señor le preguntó a Pedro tres veces: "¿Me amas?" Después de cada una de las respuestas afirmativas, Jesús le ordenó apacentar a Sus ovejas (Juan 21: 15-17), (la palabra "apacentar" evoca la noción de estar dedicado al servicio de Jesús como un ayudante de pastor que cuida el rebaño de su Señor [vea 1Pe_5:1-4]. La palabra incluye el concepto de alimentar y nutrir sin interrupción a las ovejas. Esto sirvió para recordar que el deber primordial del mensajero de Jesucristo es enseñar la Palabra de Dios). Nuestro servicio para Jesucristo debe estar primordialmente basado en el amor hacia Él. Nunca podremos amar adecuadamente a los hombres, salvos o perdidos, amables o antipáticos, hasta que no amemos a Cristo de la manera adecuada.

A estos fieles creyentes a quienes les fue dirigida esta carta de Hebreos primordialmente, amaron el nombre del Señor. Esta fue una prueba positiva de que su fe era real. Ministrándose unos a otros porque amaban a su Señor. Escuchamos mucho sobre amar y ministrar al Cuerpo de Cristo, sobre servirnos unos a otros en el oficio en el Cuerpo. Ningún énfasis podría ser más bíblico —si está en la perspectiva correcta. La autenticidad y la efectividad del ministerio que tenemos el uno para con el otro como santos, está directamente relacionado con el amor que tenemos por Cristo. Mientras más amemos a Dios, más anhelaremos hacer su voluntad. La preocupación nuestra, no debería ser tratar de avivar el amor por las personas, sino el amar a Dios más y más. Cuando nuestro amor por Él es el correcto, nuestro amor por los demás también será el indicado también.

UN MINISTERIO INMUTABLE

Tener a Dios como nuestro enfoque y primer amor no solamente nos da el deseo y el poder de amar y servir a otros; además, también nos sostiene en nuestro amor y servicio. Sólo el

amor de Dios tiene ese poder de permanencia. Los hebreos amorosos y fieles habían servido y estaban sirviéndoles aún. Su amor producía un ministerio para los santos que no se había interrumpido. Seguían amando y sirviendo. Siempre podían hablar de su comunión con el Señor y su servicio a los cristianos en tiempo presente.

¿CÓMO DEBEMOS SERVIR?

Primero, servimos ministrando con nuestros dones espirituales (cp. Rom. 12:3-8; 1 Co. 12:9-11; 1 P. 4:10-11). Nuestra primera línea de servicio es mediante nuestros dones espirituales. Pero no recibimos nuestros dones espirituales para usarlos por nuestra cuenta, mucho menos para provecho propio. Deben usarse para la gloria de Dios, en su poder y por amor de su nombre. Sea cual sea nuestro don (aconsejar, mostrar misericordia, ayudar, enseñar, predicar, administrar o el que sea), es para servir porque amamos a quien nos los dio.

Por supuesto, servirnos unos a otros no tiene nada que ver con nuestros dones espirituales; simplemente es parte de la responsabilidad de todo cristiano. Por ejemplo, el ministerio de todo creyente requiere oración por los demás creyentes. Debemos estar "orando en todo tiempo con toda oración y súplica en el Espíritu, y velando en ello con toda perseverancia y súplica por todos los santos" (Ef. 6:18). Nuestro ministerio mutuo también requiere reprender el pecado en un hermano, buscar restaurarlo en amor, confesarse unos a otros, perdonar, llevar las cargas de los otros, velar por el hermano más débil, dar para las necesidades de los santos y muchas otras responsabilidades. Todas estas cosas son parte de nuestro ministerio para con el prójimo, y ninguna de ellas surge por generación espontánea. Todas deben surgir por el amor correcto a Jesucristo.

La vida cristiana se reduce a una sola cosa: la medida de nuestro amor por el Señor. ¿Cuánto nos preocupa su nombre? No se trata de decirlo sentimentalmente, en un tono "espiritual" o repitiéndolo en vano en una conversación u oración, sino de hacer su voluntad por amor de su gloria. ¿Cuán noble y exaltada es nuestra perspectiva de Dios y cuán intensos son nuestra preocupación y amor genuino por él? Solamente cuando lo amemos con todo nuestro corazón, con toda nuestra alma, con toda nuestra mente y con toda nuestra fuerza, seremos capaces de amar a nuestro prójimo como a nosotros mismos.

Los santos que son ministrados son simplemente los demás cristianos. Todos los cristianos verdaderos son *hagios*, "santos" (cp. 1 Co. 1:2). No sin mencionar que no acostumbramos a pensar o actuar como santos en el sentido popular, porque el escritor está hablando de nuestra identidad en Cristo. Somos santos en nuestro Señor, incluso cuando somos infieles

y actuamos de manera impía. Ser un santo no tiene nada que ver con el grado de madurez o rango espiritual. Eso se refiere a cualquier persona que es salvada, quien es apartado por Dios para Sí mismo en Su Hijo Cristo Jesús. Debido a que Dios nos ve cuando ve a su Hijo, todos somos "santos a su vista".

La prueba de que los hebreos referidos en 6: 9-10 eran verdaderos creyentes era su amor, fiel y continuo ministerio a otros creyentes, compañeros santos. El mejor regalo de nuestro amor que se le puede dar a Dios, es el servicio amoroso y fiel el uno al otro, a sus hijos. Si le amamos Él, nos ocuparemos el uno por otro. Decir que amamos a Dios mientras no tenemos ninguna utilidad para nuestros hermanos en Cristo, es mentir. Juan, a menudo llamado el apóstol del amor, entra en esta verdad profundamente en su primera carta. "El que dice que está en la luz, y aborrece a su hermano, está todavía en tinieblas". Unos capítulos más tarde, él pone la misma verdad aún con más fuerza: "El que no ama, no ha conocido a Dios; porque Dios es amor". En el último capítulo él resume la verdad: "... aquel que ama al que engendró, ama también al que ha sido engendrado por él" (1 Juan 2: 9; 4: 8; 5: 1). Amarse unos a otros no es una opción o algo extra; es la piedra angular de la vida cristiana.

SIGA SU EJEMPLO

Pero deseamos que cada uno de vosotros muestre la misma solicitud hasta el fin, para plena certeza de la esperanza, a fin de que no os hagáis perezosos, sino imitadores de aquellos que por la fe y la paciencia heredan las promesas. (6: 11-12).

El escritor está hablando nuevamente a los incrédulos, aquellos que habían hecho algún tipo de profesión de fe, pero que estaban en peligro inminente de caer de nuevo en el judaísmo y de perder para siempre su oportunidad de salvación. La esperanza que ahora se extiende a ellos es para que se conviertan en imitadores de los verdaderos creyentes que acaban de ser descritos —convirtiéndose también en creyentes auténticos. "Echen un vistazo a estos verdaderos creyentes", dice. "Mi más sincero deseo es que todos ustedes se conviertan en lo que ellos son. Qué maravilloso sería si todos ustedes fueran iguales, si cada uno de ustedes pudiera tener la misma garantía de esperanza hasta el final. No queremos que te apartes y pierdas toda esperanza". No hay esperanza aparte de Jesucristo, y es por lo tanto hacia Él que están llamados a venir antes de que sea demasiado tarde para convertirse. Entonces así, todos podrían reclamar esta esperanza "La cual tenemos como segura y firme ancla del alma..." (Hebreos 6:19).

La diligencia (*spoudē*) puede llevar la idea de impaciencia o prisa. La sugerencia en este el pasaje es que los judíos incrédulos pueden llegar a creer rápidamente. Venir a Cristo no es un proceso largo y prolongado que lleva años, o incluso meses o semanas, de preparación. Todo eso toma es un acto de fe. A algunas personas les puede tomar mucho tiempo venir a Cristo después de escuchar por primera vez el evangelio —pero no es necesario, y no debería ser así. La salvación es una experiencia instantánea, y no debe posponerse.

La idea de la prisa también está en el versículo 12. La pereza de estos judíos incrédulos era un terrible obstáculo para su salvación. Lento es una traducción de la misma palabra (*nōthros*) que se traduce "tardos" en 5:11. Al igual que eran lerdos para escuchar, eran perezoso en creer. No habían rechazado el evangelio de manera consciente y directa; pero no aceptarlo, por la razón que sea, es lo mismo que rechazarlo. Hay un tiempo para el cuidado y deliberación, pero no cuando sabes lo correcto y no tienes garantía de cuánto tiempo tendrás la oportunidad de hacerlo. El tiempo para aceptar a Cristo nunca es tarde; siempre es ahora. "... ahora el 'tiempo aceptable'; he aquí 'ahora el día de salvación'". (2 Co. 6: 2). Es muy posible que muchas más personas que han escuchado el evangelio se pierdan porque posponen la confianza en Cristo, y lo rechazan deliberadamente a Él.

Antes de que sea demasiado tarde y para siempre, los que están al borde de la salvación deberían imitar a los verdaderos creyentes. La imitación, por supuesto, no debe ser en cuanto a sus personalidades o habilidades o estilos de vida o hábitos individuales, pero sí de su fe —evidenciada por el amor y el trabajo para el Señor. Se les dice, "sigue a los salvos", "a aquellos que han tenido la misma persecución que tú has tenido, pero que ellos la soportaron pacientemente porque su fe era real. Síguelos y obtén todas las promesas que trae la salvación" (véase Hebreos 13: 7).

15 Las seguridades de las Promesas de Dios (6: 13-20)

Porque cuando Dios hizo la promesa a Abraham, no pudiendo jurar por otro mayor, juró por sí mismo, diciendo: De cierto te bendeciré con abundancia y te multiplicaré grandemente. Y habiendo esperado con paciencia, alcanzó la promesa. Porque los hombres ciertamente juran por uno mayor que ellos, y para ellos el fin de toda controversia es el juramento para confirmación. Por lo cual, queriendo Dios mostrar más abundantemente a los herederos de la promesa la inmutabilidad de su consejo, interpuso juramento; para que por dos cosas inmutables, en las cuales es imposible que Dios mienta, tengamos un fortísimo consuelo los que hemos acudido para asirnos de la esperanza puesta delante de nosotros. La cual tenemos como segura y firme ancla del alma, y que penetra hasta dentro del velo, donde Jesús entró por nosotros como precursor, hecho sumo sacerdote para siempre según el orden de Melquisedec. (6: 13-20)

Solía haber un programa de televisión llamado "¿En quién confías?" Esa es una pregunta significativa. En nuestra época, estamos en camino de no confiar en nadie. Muchas personas han desarrollado una especie de psicosis de desconfianza, comúnmente conocida como brecha de la credibilidad. A los jóvenes se les enseña a no confiar en nadie más que en sí mismos y a aprender todo por su propia experiencia. Las promesas a menudo se hacen a la ligera, con poca intención de mantenerla. La palabra de una persona hoy en día rara vez puede ser parte de su naturaleza. Mentir ha llegado a ser la norma en gran parte de la sociedad. El mundo está lleno de mentirosos, tornándose en un problema básico. La Biblia dice que "el mundo entero está bajo el maligno". (1 Juan 5:19), y Jesús nos dice que el malvado, el diablo, es "el padre de las mentiras", que mentir es la esencia de su naturaleza (Juan 8:44).

En medio de la confusión y la agitación que siempre trae la mentira, la gente está buscando algo en lo que pueda confiar, algo en lo que pueda arriesgar sus vidas. Algunos recurren a la religión. Pueden pasar toda una vida en un sistema religioso particular, devotamente y cumpliendo sacrificadamente todos sus requisitos y estándares, pero nunca encuentran paz o significado o satisfacción. Pueden pasar años rezando y confiando completamente en un santo en particular, sólo para que le digan que el santo no fue realmente canonizado. O pueden poner su confianza en sanadores autoproclamados. Una madre llevó a su hijo pequeño a un curandero (sanador por la fe) con la esperanza de tener sus piernas lisiadas rehabilitadas. Le dijeron que se quitara los aparatos ortopédicos y que nunca más se los pusiera otra vez. Después de algunas semanas de dolor, se tuvo que hacer una cirugía de emergencia para salvar sus piernas de la amputación.

Los evangelistas al estilo de Elmer Gantry¹ siempre han obrado para embaucar el corazón de las personas, dinero y confianza. No hace muchos años, en Los Ángeles, un ministro llevó a cabo una campaña de televisión aparentemente para recaudar dinero para el trabajo misionero. Después de recaudar una suma considerable, simplemente se fue de la ciudad. La gente asiste a iglesias que dicen adorar y honrar a Jesucristo, pero enseñan doctrinas e ideas completamente contrarias a lo que Él enseñó. No aprenden nada sobre el Jesucristo de la Escritura. Abundan los maestros falsos, que son una y otra cosa, es decir, viven engañados así mismos y engañan a otras personas. Predicadores con altas credenciales académicas de prestigiosos seminarios enseñan filosofías y teologías que son totalmente no bíblicas y heréticas.

Entonces, ¿En quién podemos confiar? ¿En quién podemos realmente creer? Sin ser pesimista o cínico, el cristiano sabe que en el único que se puede confiar sin reservas es en Dios. Una y otra vez, a lo largo de sus páginas y en muchas formas, la Biblia nos dice que confiemos en el Señor con todo nuestro corazón. Ninguna declaración de este consejo es más hermosa que la de David: "Confía en Jehová, y haz el bien; Y habitarás en la tierra, y te apacentarás de la verdad. Deléitate asimismo en Jehová, Y él te concederá las peticiones de tu corazón" (Salmos 37: 3-4). Sólo en Él no hay ninguna brecha en su credibilidad, es completa.

EL EJEMPLO DE ABRAHAM

Como hemos visto, el escritor de Hebreos ha estado instando a los judíos a que abandonen el Antiguo Pacto. Todo lo que proviene del judaísmo debe ser abandonado y comprometerse completamente con Jesucristo en el Nuevo Pacto. Las formas y rituales y las ceremonias y las prácticas deben quedar atrás. Pero, como el escritor dice muy claramente aquí —y dice aún más claramente en el capítulo 11— la esencia, la sustancia, incluso del Antiguo Pacto era la fe, en lo que respecta al papel del hombre. En ningún momento fueron las formas y ceremonias lo más importante, siempre la fe fue lo primordial, lo supremo.

Probablemente el ejemplo más destacado, ciertamente del Antiguo Testamento de confiar en Dios, es el de Abraham, de hecho él, es llamado "padre de todos los creyentes" (Romanos 4:11); "los que son de fe, éstos son hijos de Abraham". (Gál. 3: 7). Y es a Abraham quien el escritor ahora lo establece, ante sus lectores, como un modelo de fe. Él está diciendo que pueden buscar el ejemplo de verdaderos creyentes a su alrededor; aun

¹ De la película El fuego y la Palabra (Elmer Gantry) (atractivo, oportunista, inmoral...)

en Abraham, que vivió miles de años antes que Cristo, es un modelo para que ustedes confíen en Él. Revisen su propia historia y se encontrarán con un hombre que confió totalmente en Dios". En vista de la persecución que estos judíos indecisos enfrentarían si se convertían al cristianismo, el autor les trae el recuerdo de su padre Abraham. El padre de los judíos también es el padre de quienes tienen fe. Es la ilustración perfecta de un hombre de fe que recorrió todo el camino con Dios, en medio de la adversidad, incertidumbre y aparente imposibilidad, confiando totalmente en Él para todo, hasta llegar a levantar el cuchillo con el que habría de sacrificar al único hijo que podía cumplir la promesa que Dios le había dado, —a causa de que Dios le pidió que lo sacrificara, hasta ese extremo era su confianza en Dios.

Pablo también utiliza a Abraham como ejemplo de la fe. Todo el asunto de romanos 4 es que Abraham recibió la salvación —Dios lo justificó, lo contó por justo— por su fe. Y no sólo recibió la salvación por fe antes del Antiguo Pacto (el mosaico), sino que la recibió aun antes de circuncidarse, que era la señal del pacto de Dios con Abraham. Lo que Pablo quiere decir es que la salvación nunca ha sido el resultado de la obediencia a la ley o por el cumplimiento de algún rito, sino que siempre ha sido por la fe. "Mas al que no obra, sino cree en aquel que justifica al impío, su fe le es contada por justicia" (Rom. 4:5; cp. Stg. 2:23). De hecho, Abraham no era sólo padre de los judíos creyentes, sino de todos los creyentes, judíos o gentiles.

¿Qué clase de fe tenía Abraham? ¿Por qué es tan importante, tan ejemplar, para que lo llamen el padre de los creyentes?

Abraham, cuyo nombre original era Abram, creció en el paganismo. Era descendiente de Sem, uno de los tres hijos de Noé; pero, al parecer, por muchas generaciones, su familia había adorado a falsos dioses. Creció en Ur, una ciudad caldea antigua de Mesopotamia. Dios, por sus propias razones, le habló a Abram, y primero le mandó ir a Harán y luego a Canaán. "Por la fe Abraham, siendo llamado, obedeció para salir al lugar que había de recibir como herencia; y salió sin saber a dónde iba" (He. 11:8). Sin más garantía que la palabra de Dios asegurándole que llegaría allí, Abraham creyó y salió.

El Señor le prometió a Abraham que le daría la tierra de Canaán a él y a sus descendientes, y que por medio de Abraham serían benditas todas las familias de la Tierra (Gn. 12:1-3). Aunque Abraham no tenía hijos y su esposa, Sara, era estéril, Dios también le prometió que sus descendientes serían tantos que no se podrían contar. Sin embargo, Abraham seguía sin hijos aun después de llegar a Canaán.

Después que Isaac, el hijo prometido, finalmente nació y cuando ya era adolescente, Dios le mandó a Abraham sacrificarlo. Abraham obedeció sin tener la menor idea de los motivos del Señor o lo que ocurriría. Obedeció porque le creía a Dios. De no haber intervenido Dios milagrosamente proveyendo un sacrificio sustituto, Abraham habría matado a Isaac en Moriah.

Sin embargo, la fe de Abraham no era ciega. Él no podía ver las consecuencias de su obediencia, pero podía ver el carácter de Dios. Abraham tenía una seguridad sólida. Podía confiar en Dios por algunas razones muy obvias y poderosas. Cuando el Señor hace una promesa, pone su integridad en ella. Toda promesa de Dios está asegurada por su carácter.

La integridad y la fidelidad de Dios son el tema central de Hebreos 6:13-20. Abraham es tan sólo un ejemplo de quienes confían en la integridad y la fidelidad divinas, que es lo único que puede darle valor a nuestra confianza. ¿Podemos confiarle a Dios nuestras vidas? ¿Podemos creer su Palabra? ¿Puede Él evitar que caigamos? ¿Puede terminar la obra que comenzó en nosotros? ¿Será que nos soltará o perderá interés en nosotros en algún momento? En resumen, ¿hay de verdad seguridad y salvación con Dios? Abraham creía que sí.

Este pasaje de hebreos nos da cuatro razones para confiar en Dios: quien Él es, su propósito, su promesa y su sacerdote.

SU PERSONA [QUIEN ES ÉL]

Porque cuando Dios hizo la promesa a Abraham, no pudiendo jurar por otro mayor, juró por sí mismo, diciendo: De cierto te bendeciré con abundancia y te multiplicaré grandemente. Y habiendo esperado con paciencia, alcanzó la promesa. (6:13-15)

No hay nadie en el universo más grande que Dios. La razón por la cual no puede mentir es porque Él es el autor de la verdad. Él es la verdad. Por definición, cualquier cosa que Él diga es verdad. Por su misma naturaleza, no puede mentir. No tiene la capacidad de mentir. Entonces, antes que todo, sus promesas están aseguradas por quien Él es. Cualquier cosa que Él haga está bien; cualquier cosa que Él diga tiene que ser verdadera. Por tanto, si Dios hace una promesa, no solamente la va a cumplir, sino que tiene que cumplirla.

Los lectores hebreos que reconocían la verdad del evangelio, que habían visto a los apóstoles realizar milagros, todavía estaban asustados con dejar el judaísmo. Los asustaba entregarse completamente al Mesías por miedo a que Él no pudiera salvarlos, a que algo

saliera mal. Así, el Espíritu Santo los alienta, les asegura que pueden confiar en Dios y hacer lo que Él dice.

Pablo, al comenzar su carta a su joven amigo Tito, le recuerda "la esperanza de la vida eterna, la cual Dios, que no miente, prometió desde antes del principio de los siglos" (Tito 1:2). Desde antes, Dios había prometido vida eterna a quienes fueran a Él, y Él no puede mentir. Santiago también habla de cuán confiable es Dios al principio de su epístola: "Toda buena dádiva y todo don perfecto descende de lo alto, del Padre de las luces, en el cual no hay mudanza, ni sombra de variación" (Stg. 1:17). Dios no se desvía nunca de su voluntad o sus promesas. No puede.

Por tanto, puesto que Dios ha prometido que todo aquel que llegue a Él por medio de su Hijo recibirá la salvación, es imposible que quien confíe en Cristo no sea salvo o pierda la salvación una vez la obtuvo. Dios prometió una y otra vez que si los hombres se acercan a Jesucristo, conocerán la salvación. "Mas a todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios" (Jn. 1:12).

Tan cierto como que Dios le cumplió a Abraham, él cumplirá su promesa a quienes confían en su Hijo. Su promesa básica a Abraham era: De cierto te bendeciré con abundancia y te multiplicaré grandemente (cp. Gn. 22:17). Entonces, una pregunta legítima es: ¿Cumplió Dios su promesa a Abraham?

Hay más de catorce millones de descendientes físicos de Abraham en el mundo hoy. Y no sólo estos, sino que muchos millones más alrededor del mundo son descendientes espirituales de Abraham. Dios cumplió su promesa.

Dios nunca ha fallado y nunca lo hará. Abraham estaba seguro por quien Dios es, el que no puede mentir. No hay posibilidad de que eche para atrás sus promesas. Podemos confiar en Dios porque no tiene la capacidad de equivocarse su naturaleza. "Y Jehová va delante de ti; él estará contigo, no te dejará, ni te desampará; no temas ni te intimides." (Dt. 31:8).

SU PROPÓSITO DE REDIMIR EL MUNDO PERDIDO

Diciendo: De cierto te bendeciré con abundancia y te multiplicaré grandemente. (6:14)

Abraham estaba seguro no sólo por quien Dios es, sino por el propósito divino. Dios no sacó a Abraham de su tierra y lo envió a una tierra extranjera para que vagara por el resto de su vida y satisfacer así un capricho divino. Dios tenía un propósito para Abraham, y para el mundo por medio de Abraham. Abraham no le pidió a Dios que lo enviara a Canaán

o que bendijera el mundo por medio de él. Fue idea de Dios, su propósito, era el plan divino. El llamamiento de Dios a Abraham, la promesa que le hizo y su pacto con él fueron todas decisiones completamente suyas.

El pacto abrahámico, junto con su promesa, era incondicional. Dios no le dijo a Abraham que lo bendeciría si él cumplía ciertos requisitos, si satisfacía ciertas condiciones. Dios le dijo a Abraham que hiciera muchas cosas, y él fue obediente. Pero no fue la obediencia de Abraham, tan importante y buena como esta fue, lo que le garantizó el cumplimiento de la promesa divina. La promesa de Dios era la garantía de su propio cumplimiento. Dios esperaba muchas cosas de Abraham, pero en lo que al cumplimiento de la promesa concierne, Abraham era solamente un espectador que veía lo que Dios estaba haciendo por él y por medio de él. Dios tenía un propósito predeterminado para Abraham. El propósito era que Abraham sería bendecido y que el mundo sería bendecido por medio de él.

Poco después de que Dios creó a Adán y Eva y los puso en aquel huerto hermoso, donde cada una de sus necesidades estaba satisfecha, ellos decidieron hacer lo único que él les exigió no hacer. Comieron del árbol del conocimiento y cayeron, y el resto de la creación cayó con ellos. Toda la Tierra quedó bajo maldición. Nuestros primeros padres perdieron la comunión con Dios y fueron expulsados del Edén. Al poco tiempo, ocurrió el primer homicidio, cuando Caín mató a su hermano Abel.

La corrupción, la violencia, la poligamia, el incesto, la mentira, el robo, el adulterio, la idolatría y todo el resto de los pecados se volvieron comunes y cada vez peores. De hecho, la humanidad se volvió tan terriblemente licenciosa que Dios los destruyó a todos, excepto los ocho en la familia de Noé. Sin embargo, la naturaleza del hombre aún era pecaminosa y las generaciones posteriores al diluvio siguieron ignorando a Dios y pecando en todas las formas concebibles. Dios había intentado alcanzar a la humanidad—inclusive por medio de Noé, mientras construía el arca— pero no lo oyeron ni cambiaron. El pecado alcanzó un máximo cuando, con la torre de Babel, los hombres intentaron tomarse el cielo por asalto. Dios les desbarató su plan haciéndolos hablar idiomas diferentes y esparciéndolos por el mundo.

Aun así, Dios no se rindió con el hombre. En su plan eterno, aquellos que creó a su imagen y semejanza le servirían y le adorarían. Para ello debía redimirlos. Dios pudo recuperar al hombre solo con medidas drásticas. Fue como si un gran río hubiera quedado bloqueado por un derrumbe. Dios tuvo que hacer un canal nuevo. Escogió a un pueblo determinado para que fuera el canal por el cual fluyera otra vez para el mundo el río de la vida. El padre

de ese pueblo fue Abraham. De sus descendientes vendría la nación de Israel, el canal histórico y terreno de Dios para la revelación y la redención. Los pactos antiguo y nuevo, la ley, las profecías, los sacrificios sacerdotales, todo vino por medio de Israel. El Mesías era judío, el más judío de todos. El plan divino de redención de Dios fue llevado a cabo a través de este pueblo elegido especialmente. “La salvación proviene de los judíos” (Juan 4:22). Y todos los judíos provienen de Abraham.

Dios escogió a Abraham. Dios predeterminó la vida de Abraham. Dios puso su amor sobre Abraham para ser aquel por medio del cual se abriría el canal. Era una cuestión de elección divina. Abraham fue honrado por Dios a causa de su fe y fue salvado por su fe, pero no fue elegido debido a su fe. Abraham no fue elegido por algún mérito, cualidad o virtud. Lo escogió por su voluntad soberana. "No por ser vosotros más que todos los pueblos os ha querido Jehová y os ha escogido, pues vosotros erais el más insignificante de todos los pueblos; sino por cuanto Jehová os amó, y quiso guardar el juramento que juró a vuestros padres". (Dt. 7:7-8).

Cuando Dios hizo el pacto factual (formal) con Abraham, le dijo a Abraham que cortara por la mitad algunos animales específicos y pusiera las mitades una frente a la otra. Después Abraham cayó en un sueño profundo, el Señor le habló acerca de su promesa y entonces, en la forma de un horno humeante y una antorcha encendida, pasó entre las mitades de los animales (Gn. 15). Por lo general, cuando ocurrían estos pactos, ambas partes caminaban entre los pedazos, para simbolizar las obligaciones mutuas de cumplir las condiciones acordadas. Pero Abraham no tuvo parte en determinar las condiciones del pacto o en la ceremonia que lo selló. Que solamente Dios hubiera caminado entre las partes significaba que la responsabilidad total por el cumplimiento del pacto era suya. Abraham no era una parte del pacto, solamente un testigo y el vehículo para su cumplimiento. El pacto era con Abraham en el sentido de que, hablando humanamente, giraba alrededor de él. Pero las condiciones y obligaciones eran de Dios únicamente. Dios hizo el pacto entre Él y Él.

El punto de esto para Hebreos 6:13-20 es que la promesa de Dios no depende de la fidelidad de nadie más que de la suya. Abraham, sus descendientes y todo el mundo a través de él serían bendecidos. Dios se debía al cumplimiento de su plan.

PROPÓSITOS PARA ISRAEL

¿Qué estaba llamado a ser el pueblo escogido de Dios? ¿Qué debían hacer ellos —por Él y para Él— para ayudar a cumplir el propósito divino de redimir al mundo perdido?

Muchas cosas. Pero esta nación, este canal construido a través del derrumbe del pecado que había bloqueado la comunión del hombre con Dios, este canal a través del cual Dios enviaría su flujo de bendiciones, tenía siete propósitos básicos.

Proclamar al verdadero Dios. El trabajo de ellos, en medio de la idolatría, el politeísmo, el poli demonismo, el animismo y todas las otras impiedades, antes que todo, era proclamar al verdadero Dios. "Este pueblo he creado para mí; mis alabanzas publicará" (Is. 43:21).

Revelar al Mesías. Debían revelar al Mesías, el Ungido, quien sería el gran Salvador del mundo. Él vendría por medio de ellos y ellos debían ser testimonio de su venida. Tan cierto como que los profetas y los salmistas debían proclamar su venida, era que toda la nación debía hacerlo (véase Sal. 110; Is. 42; 49-57; Zac. 6:12-13, etc.).

Para ser una nación de sacerdotes para Dios. Cuando Dios le entregó el pacto mosaico a Israel en Sinaí, le dijo: "Y vosotros me seréis un reino de sacerdotes, y gente santa" (Ex. 19:6). Un sacerdote es un mediador entre Dios y el hombre. Todo Israel debía servir como mediador para Dios ante el resto de la humanidad. Los sacerdotes levíticos ministraban a Israel e Israel ministraba al mundo.

Para preservar y transmitir las Escrituras. Israel era el escriba y depósito de las Escrituras, el agente de la Palabra de Dios. Los judíos escribieron todo el Antiguo Testamento, y prácticamente todo el Nuevo (cp. Rom. 9:4).

Para mostrar la fidelidad de Dios. Los israelitas serían un ejemplo de la fidelidad de Dios. Una y otra vez le fallaban a Dios, pero Él nunca les falló. Por supuesto, con su fidelidad debían dar testimonio de Dios. Pero aunque hubieran sido perfectamente fieles, su fidelidad no podía estar a la par con la de Dios. Israel sería el medio por el cual Dios mostraría su propia fidelidad. Dios aún no ha acabado de usar a Israel en este propósito. Pablo escribe esto hablando de los últimos tiempos: "Y luego todo Israel será salvo, como está escrito... así también éstos ahora han sido desobedientes, para que por la misericordia concedida a vosotros, ellos también alcancen misericordia" (Rom. 11:26, 31). Quienes afirman que todas las promesas que Dios no le ha cumplido a Israel se cumplen en la Iglesia ponen en tela de juicio la Palabra de Dios y su fidelidad. Israel es, ha sido y será un ejemplo vivo de su fidelidad.

Para mostrar la bendición de servir a Dios. "Bienaventurado el pueblo cuyo Dios es Jehová" (Sal. 144:15). El pueblo de Israel debía mostrar cuan bendecidos y cuan felices

son quienes pertenecen y sirven al Señor. No solamente debían ser un canal de su bendición, sino un ejemplo de ella.

Para mostrar la gracia de Dios con el manejo del pecado. Todo el sistema de sacrificios retrataba la gracia de Dios para tratar con el pecado. Los sacrificios no podían quitar el pecado por sí mismos, pero eran una imagen muy bonita de cómo Dios sí lo haría: por medio de la sangre del sacrificio eficaz y perfecto de su propio Hijo, Jesucristo (He. 9:11-14).

Israel era estratégico en el propósito divino. Dios no tenía que escogerlo, pero una vez escogido, tenía que usarlo para cumplir el propósito cometido. No podía Él dejar de usarlo sin violar su promesa incondicional a Abraham, algo imposible pues es contrario a su naturaleza. Por tanto, su promesa a quienes confían en su Hijo está tan segura como su promesa a Abraham.

Las promesas a Abraham y a quienes confían en Cristo están tan aseguradas como Dios lo está. "Ciertamente se hará de la manera que lo he pensado, y será confirmado como lo he determinado" (Is. 14:24). "El consejo de Jehová permanecerá para siempre" (Sal. 33:11).

Como creyentes, estamos seguros en Cristo porque Dios se propuso, desde antes de la fundación del mundo, conformarnos a la imagen de su Hijo, y si Él fallaba en esa promesa, fallaría en su propósito eterno. De hecho, la promesa de Dios a quienes creen en Cristo es una extensión de la promesa a Abraham: "no todos los que descienden de Israel son israelitas... Esto es: No los que son hijos según la carne son los hijos de Dios, sino que los que son hijos según la promesa son contados como descendientes" (Rom. 9:6-8).

"Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos bendijo con toda bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo, según nos escogió en él antes de la fundación del mundo, para que fuésemos santos y sin mancha delante de él" (Ef. 1:3-4). Nada se dice de nuestra parte; nuestras obras, nuestra fidelidad o cualquier cosa nuestra. Es el aspecto soberano del plan de Dios y tal cosa solamente es la base de nuestra seguridad. Dios se ha propuesto amarnos, se ha propuesto conformarnos a Cristo y nada puede violar eso. "Porque a los que antes conoció, también los predestinó para que fuesen hechos conformes a la imagen de su Hijo, para que él sea el primogénito entre muchos hermanos. Y a los que predestinó, a éstos también llamó; y a los que llamó, a éstos también justificó; y a los que justificó, a éstos también glorificó" (Rom. 8:29-30). La promesa es tan cierta que Pablo la escribe en pasado, incluye a los creyentes futuros.

SU JURAMENTO

No pudiendo jurar por otro mayor, juró por sí mismo... Porque los hombres ciertamente juran por uno mayor que ellos, y para ellos el fin de toda controversia es el juramento para confirmación. Por lo cual, queriendo Dios mostrar más abundantemente a los herederos de la promesa la inmutabilidad de su consejo, interpuso juramento. (6:13b, 16-17)

La tercera seguridad que da Dios, mencionada ya al final del versículo 13, es su juramento. En los tiempos del Nuevo Testamento era común que una persona jurara por algo o alguien mayor que sí mismo; por ejemplo, el altar, el sumo sacerdote o Dios. Una vez se hacía aquel juramento, se acababa la discusión. Se suponía que nadie haría semejante juramento a menos que estuviera completamente determinado a cumplirlo.

Por supuesto, Dios no necesitaba hacer un juramento. Su palabra es igual de buena con o sin juramento, como debería ser la nuestra (Mt. 5:33-37). Pero para acomodarse a la fe débil de los hombres, juró por sí mismo. Como su promesa ya era irrompible, su juramento no aseguraba más la promesa. Sin embargo, lo hizo para reasegurar a quienes son lentos para creer. La sola palabra de Dios es garantía suficiente, pero Dios hizo un juramento para mostrar que eso era exactamente lo que quería decir.

Creo que la promesa en el juramento de Dios es el Espíritu Santo. Pablo se refiere tres veces al Espíritu Santo como las arras de Dios para los creyentes (2 Co. 1:22; 5:5; Ef. 1:14). En el griego moderno la misma palabra básica que usó Pablo (*arrabōn*, "arras") significa anillo de compromiso, una fianza del matrimonio. Como si su sola promesa no fuera suficiente. Dios jura por sí mismo y nos deja la presencia del Espíritu Santo como arras, como fianza, en el juramento.

Para que por dos cosas inmutables, en las cuales es imposible que Dios mienta, tengamos un fortísimo consuelo los que hemos acudido para asirnos de la esperanza puesta delante de nosotros. (6:18)

Las dos cosas **inmutables** son la promesa de Dios y su juramento. Son inmutables, sin posibilidad alguna de cambio o variación. El término (*ametathetos*) se usaba en relación con los testamentos. Una vez hecho, un testamento era *ametathetos*, no lo podía cambiar nadie más que su autor. Dios ha declarado que su promesa y su juramento son *ametathetos*, incluso para Él. No se pueden cambiar ni alterar. Él dice: "Estás seguro. Acércate a Cristo; no hay nada que temer. Yo te sustentaré; nunca te dejaré ir". Nuestra seguridad no está en que nosotros no dejemos ir a Dios, sino en que Él nunca nos va a dejar ir a nosotros.

La LXX usa la palabra "refugio" para las ciudades de refugio que Dios proporcionó para quienes buscaban protección de los vengadores por una muerte accidental (véase Núm. 35; Dt. 19; Jos. 20). [N.T.: La RVR-60, en He 6:18 no usa la palabra en referencia al lugar al cual se acude] Nunca sabremos si Dios puede sostenernos sino hasta cuando, en medio del desespero, corramos a Él por refugio.

Jesús, y el evangelio que trajo, es la esperanza puesta delante de nosotros. Pablo habla así de su Salvador: "Jesucristo nuestra esperanza" (1 Ti. 1:1). En Colosenses se refiere al evangelio como nuestra esperanza (1:5).

SU SACERDOCIO

La cual tenemos como segura y firme ancla del alma, y que penetra hasta dentro del velo, donde Jesús entró por nosotros como precursor, hecho sumo sacerdote para siempre según el orden de Melquisedec. (6:19-20)

Dios le dio a Abraham la seguridad de quien Él es, su propósito y su juramento. Él también da todas esas cosas a quienes han creído en Cristo. Pero nos da otra: su Sacerdote. Jesús, en cuanto nuestro sumo sacerdote, sirve de ancla para nuestras almas, es quien siempre evitará que nos vayamos a la deriva y lejos de Dios.

Que Jesús **penetrara hasta dentro del velo** hace referencia a cuando entró al Lugar Santísimo, donde realizó el sacrificio por la expiación. Bajo el antiguo pacto, el sumo sacerdote lo hacía una vez al año. Bajo el nuevo, se hizo una sola vez y para siempre con el sacrificio de Cristo en la cruz. En la mente de Dios, nuestra alma anclada ya está segura dentro del velo, segura dentro de su santuario eterno. Cuando Jesús entró al Lugar Santísimo celestial, no salió, como lo hacían los sumos sacerdotes aarónicos, sino que "se sentó a la diestra de la Majestad en las alturas" (He. 1:3). En otras palabras, Jesús permanece allí para siempre como guardián de nuestras almas. Tan alto nivel de seguridad absoluta es casi incomprensible. ¡No se trata solamente de que nuestras almas estén ancladas en el santuario celestial, inviolable e invulnerable, sino que Jesucristo, nuestro Salvador, hace guardia cuidándolas también! ¿Cómo podría describirse la seguridad del cristiano con una palabra diferente a eterna? Verdaderamente podemos confiarles nuestras almas a Dios y a su Salvador, el Señor Jesucristo. He ahí una buena razón para que todos lleguen a la salvación y disfruten de su seguridad.

16 Melquisedec: Un tipo de Cristo

Porque este Melquisedec, rey de Salem, sacerdote del Dios Altísimo, que salió a recibir a Abraham que volvía de la derrota de los reyes, y le bendijo, a quien asimismo dio Abraham los diezmos de todo; cuyo nombre significa primeramente Rey de justicia, y también Rey de Salem, esto es, Rey de paz; sin padre, sin madre, sin genealogía; que ni tiene principio de días, ni fin de vida, sino hecho semejante al Hijo de Dios, permanece sacerdote para siempre. Considerad, pues, cuán grande era éste, a quien aun Abraham el patriarca dio diezmos del botín. Ciertamente los que de entre los hijos de Leví reciben el sacerdocio, tienen mandamiento de tomar del pueblo los diezmos según la ley, es decir, de sus hermanos, aunque éstos también hayan salido de los lomos de Abraham. Pero aquel cuya genealogía no es contada de entre ellos, tomó de Abraham los diezmos, y bendijo al que tenía las promesas. Y sin discusión alguna, el menor es bendecido por el mayor. Y aquí ciertamente reciben los diezmos hombres mortales; pero allí, uno de quien se da testimonio de que vive. Y por decirlo así, en Abraham pagó el diezmo también Leví, que recibe los diezmos; porque aún estaba en los lomos de su padre cuando Melquisedec le salió al encuentro. (7:1-10)

En el estudio bíblico, un tipo se refiere a una persona, práctica o ceremonia del Antiguo Testamento que tiene una contraparte, un antitipo, en el Nuevo. En ese sentido los tipos son predictivos. El tipo describe o prefigura al antitipo. Aunque el tipo es real, histórico y viene de Dios, es imperfecto y temporal. Por otro lado, el antitipo es perfecto y eterno. Como cabría esperarse, el estudio de los tipos y antitipos se llama tipología.

Por ejemplo, la serpiente de bronce que Dios le ordenó a Moisés usar como estandarte (Nm. 21:8) era un tipo de Cristo estando levantado en la cruz (Jn. 3:14). El cordero del sacrificio era un tipo del Cordero de Dios, Jesucristo que fuera sacrificado por los pecados del mundo (Jn. 1:29; Ap. 5:6, 8; etc.).

Melquisedec también es un tipo de Cristo. Como se mencionó antes, la Biblia da poca información histórica acerca de Melquisedec. Todo lo que sabemos está en Génesis 14, Salmo 110 y Hebreos 5—7. La información más detallada está en Hebreos 7:1-3.

Los tipos son, en el mejor de los casos, ilustraciones frágiles. Son analogías, y como toda analogía, se corresponden con la persona u objeto comparado solo en ciertos aspectos, quizás solo de una forma. La serpiente de bronce tipificaba a Cristo en el sentido de haber estado levantada para que todos pudieran verla y al hacerlo recibieran liberación. El cordero del sacrificio tipifica a Cristo en el sentido de inmensa mansedumbre (inocencia)

y en el de que su sacrificio fue por los pecados de otro. De igual forma, aunque Melquisedec no es en ningún sentido igual a Cristo, su sacerdocio único e incluso su nombre tipifican a Jesucristo y su obra en varios sentidos importantes.

El capítulo 7 es fundamental en Hebreos. Habla de la parte central y más importante del judaísmo: el sacerdocio. Solo el sacerdote podía hacer sacrificios y solo los sacrificios servían para perdonar los pecados. La obediencia a la ley era muy importante, pero ofrecer sacrificios lo era aún más. Y el sacerdocio era esencial para ofrecerlos. En consecuencia, el sacerdocio era muy valorado en el judaísmo.

La ley que Dios le dio a Israel era santa y buena, pero puesto que los israelitas, como el resto de los hombres, eran pecadores por naturaleza, no podían cumplir la ley a cabalidad. Cuando quebrantaban la ley, la comunión con Dios también se rompía. La única forma de restaurar esa comunión era quitando el pecado cometido, y la única forma de hacerlo era mediante un sacrificio de sangre. Cuando una persona se arrepentía y hacía una ofrenda apropiada mediante el sacerdote, el sacrificio mostraba la autenticidad de la penitencia por la obediencia a lo que Dios exigía. Dios aceptaba el acto fiel y concedía el perdón.

ENTENDER A MELQUISEDEC ES PARA LOS MADUROS

El escritor introdujo a Melquisedec en el capítulo 5, pero antes de poder explicar la importancia de este rey y sacerdote de la antigüedad, lanzó una advertencia para los judíos inmaduros que aún no aceptaban a Cristo como su Salvador (5:11—6:20). Después de haber animado a los creyentes con la seguridad de la salvación que siguió a la advertencia, vuelve a decir que Jesús es "sumo sacerdote para siempre según el orden de Melquisedec" (6:20). El asunto vuelve a ser aquel sacerdote tan único.

Se conjetura mucho sobre Melquisedec. Algunos insisten en que es un ángel que tomó forma humana por un tiempo, durante la época de Abraham. Pero el sacerdocio era una función humana, no angélica (He. 5:1). Otros sugieren que en realidad es Jesucristo, que no es solo un tipo, que adquirió una forma preencarnada durante la época de Abraham. Pero aquí se describe a Melquisedec como hecho semejante al Hijo de Dios (7:3), no como siendo el Hijo de Dios. Creo que Melquisedec fue un ser humano histórico, cuyo sacerdocio era tipo del de Cristo, un hombre a quien Dios diseñó para usarlo como una descripción de Jesucristo. Pero no podemos estar seguros de los detalles de su identidad. Es un asunto que está entre las cosas secretas que pertenecen solo al Señor.

Los relatos sobre Melquisedec en la historia sagrada son una de las pruebas más notables de inspiración divina y unicidad en las Escrituras. Todo el concepto de Melquisedec da

una luz sorprendente al hecho de que Dios escribió la Biblia. En Génesis solamente tenemos tres versículos sobre Melquisedec. Alrededor de mil años después, David lo menciona brevemente en el Salmo 110:4, declarando por primera vez que el sacerdocio del Mesías sería como el de Melquisedec. Después de otros mil años, el escritor de Hebreos nos dice aun más sobre la importancia de Melquisedec. Revela cosas sobre él que ni su contemporáneo Abraham sabían y de las cuales David apenas vio una parte. De modo que, razonamos, el Dios que escribió la carta a los hebreos escribió también Génesis, el Salmo 110 y el resto de las Escrituras.

Hebreos 7:1-10 presenta primero y después prueba la superioridad del sacerdocio de Melquisedec, comparado con el aarónico.

Porque este Melquisedec, rey de Salem, sacerdote del Dios Altísimo, que salió a recibir a Abraham que volvía de la derrota de los reyes, y le bendijo, a quien asimismo dio Abraham los diezmos de todo; cuyo nombre significa primeramente Rey de justicia, y también Rey de Salem, esto es. Rey de paz; sin padre, sin madre, sin genealogía; que ni tiene principio de días, ni fin de vida, sino hecho semejante al Hijo de Dios, permanece sacerdote para siempre. (7:1-3)

En esencia, los versículos 1-2 son un resumen del relato en Génesis 14. Nos recuerdan que Melquisedec era rey de Salem (un nombre antiguo de Jerusalén), que fue sacerdote del Dios Altísimo, que bendijo a Abraham después que el patriarca derrotó al rey opresor Quedorlaomer y a sus tres aliados, y que Abraham, a su vez le dio diezmos del botín. El escritor también señala que el significado literal del título de Melquisedec es Rey de paz (Salem proviene de la misma raíz hebrea que *shalôm*, "paz").

Antes de revisar el sacerdocio de Melquisedec, debemos revisar el levítico, con el cual es comparado el primero.

EL SACERDOCIO LEVÍTICO

Primero, como ya se mencionó, Dios dedicó a toda la tribu de Leví al servicio religioso. Aunque todos los sacerdotes eran levitas, no todos los levitas eran sacerdotes. De hecho, los sacerdotes no debían ser tan solo descendientes de Leví, sino también de Aarón, el hermano de Moisés. Los levitas no sacerdotales servían ayudando a los sacerdotes, y probablemente como cantantes, músicos o cosas por el estilo. El sacerdocio era estrictamente nacional, estrictamente judío. Segundo, los levitas estaban sujetos al rey tanto como quienes pertenecieran a otra tribu. Sus funciones sacerdotales no estaban bajo el control del rey, pero en el resto de los asuntos eran súbditos comunes y corrientes. No

eran la clase dominante en ninguna manera. De hecho, un levita no podía ser rey. Se les separó como los primeros frutos a Dios para un servicio sacerdotal especial (Nm. 8:14-16). Tercero, los sacrificios sacerdotales, inclusive el del sumo sacerdote en el día de la expiación, no eran permanentes. Debían repetirse, repetirse y repetirse, continuamente. No tenían permanencia alguna. No aportaban perdón permanente, justicia permanente, paz permanente. Cuarto, el sacerdocio levítico era hereditario. Quien sirviera como sacerdote lo hacía por haber nacido en la familia correcta, no por haber vivido una vida correcta. Quinto, así como los efectos de los sacrificios eran temporales, el tiempo de prestar servicio sacerdotal también lo era. El sacerdote servía desde los veinticinco años hasta los cincuenta, después de lo cual su ministerio se terminaba (Nm. 8:24-25).

EL SACERDOCIO SUPERIOR DE MELQUISEDEC

El sacerdocio de Melquisedec era superior al levítico en todos los aspectos, pero había cinco específicos dados en Hebreos 7:1-3.

EL SACERDOCIO DE MELQUISEDEC ERA UNIVERSAL, NO NACIONAL

En relación con Israel, Dios tomó el nombre Jehová o Yahvé. Pero ningún judío podía pronunciar el nombre de Dios. Era demasiado santo para pronunciarlo. Debido a que el hebreo antiguo no tenía vocales, ni siquiera los manuscritos más antiguos ayudan a saber exactamente cómo se debía pronunciar el nombre (aunque probablemente era Yahvé, en vez de Jehová). Cuando las Escrituras se leían en voz alta, el título Señor (en hebreo Adonay) sustituía el nombre de Dios. En la mayoría de las traducciones bíblicas, el nombre se da como SEÑOR (en letras versalitas) y ocasionalmente como Jehová. Este nombre estaba relacionado de manera única con el pacto de Dios con Israel. Era su nombre para el pacto.

Por tanto, los sacerdotes levíticos eran sacerdotes de Jehová. Los israelitas eran el pueblo de Jehová y los levitas eran los sacerdotes de Jehová. Los sacerdotes levíticos podían ministrar solamente para Israel y solamente para Jehová.

Sin embargo, Melquisedec era sacerdote del Dios Altísimo (*El Elyón*, un nombre más universal para Dios). El título representa que Dios es poseedor del cielo y la Tierra, que es Dios sobre toda distinción nacional o de dispensación. El Dios Altísimo está sobre judíos y gentiles, y se menciona en las Escrituras por primera vez en relación con Melquisedec (Gn. 14:18).

La importancia es esta: Jesús no es solamente el Mesías de Israel, sino del mundo. Su sacerdocio es universal, como el de Melquisedec. Esta verdad era muy importante para los judíos que habían llegado a Cristo, así como para quienes estaban considerando depositar su confianza en Cristo. Para ellos, no había otro sacerdocio establecido por el Dios verdadero más allá del levítico, que estaba restringido a Israel. Aquí se les recuerda que su padre Abraham, el primer judío, ofreció diezmos a otra clase de sacerdote. Este sacerdote servía al único Dios verdadero, pero vivió cientos de años antes de que el sacerdocio levítico existiera. Es notorio que, inmediatamente después que Abraham se encontró con Melquisedec, le habló al rey de Sodoma del "JEHOVÁ DIOS ALTÍSIMO" (Gn. 14:22), una combinación del nombre del pacto y el universal.

Por tanto, el mensaje a los judíos indecisos es: "Inclusive sus propias Escrituras reconocen un sacerdocio que no solo es completamente separado del de Aarón, sino que existía mucho antes". Este era un argumento muy poderoso.

EL SACERDOCIO DE MELQUISEDEC ERA REAL

Melquisedec era rey. En dos versículos (7:1-2) se le llama rey cuatro veces. Como ya se mencionó, cualquier forma de gobierno era completamente ajena al sacerdocio levítico. El sacerdocio universal de Melquisedec y su oficio real tipifican de manera muy hermosa el señorío de Jesús y su labor de salvación, como Rey perfecto y Sacerdote perfecto. Aunque Israel nunca lo supo, sus profetas predijeron el papel doble de mesías-rey. Zacarías escribe esto hablando del Mesías: "

13 El edificará el templo de Jehová, y él llevará gloria, y se sentará y dominará en su trono, y habrá sacerdote a su lado; y consejo de paz habrá entre ambos." (Zac. 6:13). Cuando David menciona a Melquisedec en su salmo, anticipa al Mesías que iba a ser las dos cosas: Sacerdote y Rey (110:1, 4).

Como Salem era el nombre anterior de Jerusalén, Melquisedec gobernaba la ciudad especial de Dios, su ciudad santa, tan cercana siempre a su corazón. "Porque Jehová ha elegido a Sion [Jerusalén]; La quiso por habitación para sí. Este es para siempre el lugar de mi reposo; Aquí habitaré, porque la he querido". (Sal. 132: 13-14). No sabemos cuándo comenzó Dios a considerar a Jerusalén como su ciudad santa, pero tenía allí ya en tiempos de Abraham —muchos siglos antes de que los sacerdotes de Israel ministraran en ella o que los reyes de Israel la gobernaran— un rey fiel que era un sacerdote fiel.

La verdad más definitiva de las Escrituras es que Dios escogió a los judíos como su pueblo especial, su pueblo único y querido. Pero las Escrituras también son claras en cuanto a

que Israel presumía continuamente y no entendía esa relación única con Dios. Por ejemplo, lo reconocían como Creador absoluto del cielo y de la Tierra, y como soberano del mundo. Pero les quedaba muy difícil entenderlo como Redentor del mundo. Como Creador y Sustentador, lo era para el mundo; pero como Salvador y Señor, lo era solo para ellos (la renuencia de Jonás para predicarles a los gentiles ilustra este hecho). Difícilmente podían concebir otro pacto divino y otro sacerdocio divino, especialmente uno real y superior al suyo. Sin embargo, la carta les dice que el pacto en Cristo, aunque es nuevo, no solamente se superpone al de ellos, sino que lo precede.

EL SACERDOCIO DE MELQUISEDEC ERA JUSTO Y PACÍFICO

En el pacto de Aarón no hay justicia ni paz permanentes. Sin embargo, Melquisedec era rey de justicia y de paz. Su nombre significa Rey de justicia. Aunque no hay registro histórico de su monarquía, sabemos que gobernó justa y pacíficamente.

El propósito del sacerdocio aarónico era obtener justicia para el pueblo. Los sacrificios tenían el fin de restaurar la relación de Dios con el pueblo. Pero no siempre funcionaban de manera profunda y permanente. Dios honraba el sacrificio que se hacía en la forma debida. Después de todo, Él lo había prescrito. Pero nunca se pretendió que quitara el pecado. Solo era la imagen previa, el tipo, de un sacrificio perfecto que podría quitar el pecado y lo haría. Simbolizaba el sacrificio que justificaría a los hombres, trayéndoles con ello la paz; pero por sí mismo no hacía justos a los hombres ni les daban paz. Como ritual temporal, lograba el propósito que Dios le dio. Pero no podía acercar a los hombres a Dios. Nunca fue su intención.

Melquisedec, aunque rey de justicia y paz, no podía justificar a los hombres ni darles paz. Su sacerdocio era un mejor tipo del sacerdocio de Cristo que el levítico, pero seguía siendo un tipo. Solo el Sacerdote divino podía dar justicia y paz. "Justificados, pues, por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo". Ese es el orden necesario: justicia y luego paz. Cristo nos da paz al darnos justicia. "Y el efecto de la justicia será paz; y la labor de la justicia, reposo y seguridad para siempre" (Is. 32:17).

La sangre de Cristo hizo lo que no pudieron la de los machos cabríos o toros. Los sacrificios levíticos duraban solo hasta que la persona volvía a pecar. El sacrificio de Cristo dura toda la eternidad. Una vez reconciliados con Dios por medio de Cristo, nunca se nos volverá a considerar pecadores, sino siempre justos. Cristo es el verdadero Rey de Justicia.

Como lo dice el salmista con tanta belleza: "La justicia y la paz se besaron" (Sal. 85:10). El hombre ha anhelado dos cosas: el sentido de justicia ante Dios y de paz con Él. En el Mesías estas bendiciones "se besaron" y se hicieron realidad. Cristo vino a justificarnos para que pudiéramos estar en paz con Dios. Melquisedec retrataba eso.

EL SACERDOCIO DE MELQUISEDEC ERA PERSONAL, NO HEREDITARIO

El sacerdocio levítico era completamente hereditario, a través de Aarón. El de Melquisedec era personal. Desde el comienzo del sacerdocio aarónico, la genealogía determinaba todo; las calificaciones personales no contaban. Si usted era descendiente de Aarón, podía servir; si no lo era, no. En consecuencia, los sacerdotes solían estar más pendientes de su genealogía que de su santidad.

Que se diga Melquisedec que era sin padre, sin madre, sin genealogía; que ni tiene principio de días, ni fin de vida, no significa que llegó de ninguna parte. Simplemente, significa que no se dice nada sobre sus padres u origen en el registro del Antiguo Testamento.

Es interesante que la palabra griega (*agenealogētos*), traducida sin genealogía no se encuentra en ninguna otra parte de las Escrituras. De hecho, en ninguna otra parte de la literatura griega. Sin duda, la razón es que sería una palabra inútil, pues no tendría sentido. Todos tienen una genealogía, la podemos rastrear o no.

El punto en Hebreos es que la parentela y el origen de Melquisedec son irrelevantes para su sacerdocio. Mientras que en el sacerdocio aarónico la genealogía lo era todo, para el sacerdocio de Melquisedec no era nada.

En esto, Melquisedec era un tipo de Cristo, no porque Jesús no haya tenido genealogía, sino porque su genealogía no era importante con relación a su sacerdocio. Para ser exactos, la genealogía real de Jesús es importante. En Mateo (1:1-17) Lucas (3:23-38) se presenta con algún detalle. De hecho, el evangelio de Mateo empieza como el "libro de la genealogía de Jesucristo" (1:1). Pero su linaje no va a Aarón o Leví, sino a Judá. Jesucristo, aunque era el Hijo de Dios, no estaba calificado para el sacerdocio levítico. Como Melquisedec, en lo relacionado a su sacerdocio, no tenía genealogía sacerdotal y no la necesitaba.

La elección de Cristo como sacerdote se debió a su valor personal, sus cualidades. La elección fue por quien Él era, no por su ascendencia genealógica. Jesús "no [fue] constituido conforme a la ley del mandamiento acerca de la descendencia, sino según el

poder de una vida indestructible" (He. 7:16). Las cualidades de Jesús, como las de Melquisedec, eran personales, no hereditarias.

EL SACERDOCIO DE MELQUISEDEC ES ETERNO, NO TEMPORAL

Individualmente, un sacerdote servía solamente desde los veinticinco hasta los cincuenta años. Ningún sacerdote, no importa cuán fiel, podía servir más de veinticinco años. Colectivamente, el sacerdocio también era temporal. Comenzó en el desierto, con el pacto mosaico y la ley. Terminó con la destrucción del templo de Jerusalén en el 70 d.C. El sacerdocio levítico era para el antiguo pacto y solo para el antiguo pacto, el pacto de la ley.

Sin embargo, el sacerdocio de Melquisedec no tenía esas barreras temporales o dispensacionales. Permanece sacerdote para siempre. No que viviera para siempre, sino que el orden del sacerdocio en el cual ministraba era para siempre. Si hubiera vivido para siempre, no sería un tipo sino una parte de la realidad. La descripción de un paisaje no es el paisaje, solo una sugerencia, una representación, de éste. El hecho de no tener un registro bíblico ni de otro tipo sobre el sacerdocio personal de Melquisedec simplemente simboliza la eternidad de su orden sacerdotal. Es un tipo del sacerdocio verdaderamente eterno de Cristo. Y Cristo "por cuanto permanece para siempre, tiene un sacerdocio inmutable; por lo cual puede también salvar perpetuamente a los que por él se acercan a Dios, viviendo siempre para interceder por ellos" (He. 7:24-25).

Jesús es sacerdote como Melquisedec. Su sacerdocio es universal, real, justo, pacífico, personal y eterno.

SUPERIORIDADES DEMOSTRADAS DE MELQUISEDEC

Considerad, pues, cuán grande era éste, a quien aun Abraham el patriarca dio diezmos del botín. Ciertamente los que de entre los hijos de Leví reciben el sacerdocio, tienen mandamiento de tomar del pueblo los diezmos según la ley, es decir, de sus hermanos, aunque éstos también hayan salido de los lomos de Abraham. Pero aquel cuya genealogía no es contada de entre ellos, tomó de Abraham los diezmos, y bendijo al que tenía las promesas. Y sin discusión alguna, el menor es bendecido por el mayor. Y aquí ciertamente reciben los diezmos hombres mortales; pero allí, uno de quien se da testimonio de que vive. Y por decirlo así, en Abraham pagó el diezmo también Leví, que recibe los diezmos; porque aún estaba en los lomos de su padre cuando Melquisedec le salió al encuentro. (7:4 10)

En estos versículos se nos dan tres razones o pruebas de cómo y por qué el sacerdocio de Melquisedec es superior al levítico.

ABRAHAM DIO DIEZMOS A MELQUISEDEC

Abraham, el padre del pueblo judío, dio diezmos de lo más selecto del botín de guerra. Aunque Melquisedec era rey, no peleó con Abraham contra Quedorlaomer. Tampoco tenemos registro ni razón para creer que Melquisedec haya realizado alguna vez un servicio sacerdotal para Abraham, quien simplemente reconoció al primero como sacerdote fiel y merecedor del Dios Altísimo y, en consecuencia, le dio los diezmos de lo mejor de su botín. Fue un acto voluntario que muestra agradecimiento a Dios.

El Espíritu Santo demuestra que Melquisedec era mayor que Leví y Aarón, los progenitores del sacerdocio levítico, probando que este rey y sacerdote es mejor que Abraham, el progenitor de Leví y Aarón.

Abraham no tenía ninguna obligación, ley o mandamiento de darle nada a Melquisedec. Lo dio libre y generosamente, y le dio lo mejor, no las sobras. Dio al Señor lo más selecto, por medio de su siervo Melquisedec [N.T.: Tal afirmación proviene de la versión inglesa NASB, donde se afirma que Abraham dio lo más selecto].

Bajo la gracia, estamos libres de las exigencias de la ley. El Nuevo Testamento no especifica una cantidad o proporción definida para darle a Dios de nuestros bienes. Pero eso no significa que dar sea opcional, o que deba depender de nuestros caprichos o sentimientos personales. Significa que la base de nuestras ofrendas debe ser nuestro amor y devoción a Dios, en gratitud por su don inestimable por nosotros. Tal como el sacerdocio de Melquisedec es un tipo del sacerdocio de nuestro Señor Jesucristo, la generosidad de Abraham con Melquisedec es un tipo de lo que deben ser nuestras ofrendas con el Señor. No es un tipo en el sentido de una décima parte, sino en el de lo más selecto de nuestras posesiones y en darlo libremente, no porque hay una exigencia de la ley.

Los levitas, por ser la tribu sacerdotal, no recibieron herencia de tierra, como sí ocurrió con las demás tribus. Se suponía que debían vivir de los diezmos de sus hermanos israelitas. Por supuesto, todas las tribus eran descendientes de Abraham, por medio de Jacob. Por tanto, bajo el antiguo pacto un grupo de descendientes de Abraham le diezmaba al otro. El punto de Hebreos 7:4-10 es que por cuanto Abraham, antepasado común y supremo de ellos, dio diezmos a Melquisedec, los mismos levitas también le entregaron diezmos a Melquisedec "por anticipado", por así decirlo. Aun antes de que existieran,

aquellos a quienes se les daban los diezmos ellos dieron el diezmo a otro sacerdocio, demostrando que ese sacerdocio era superior al suyo.

MELQUISEDEC BENDIJO A ABRAHAM

Una de las primeras cosas que aprendemos en las Escrituras acerca de Abraham, y que Abraham aprendió de Dios, es que por medio de él y de su descendencia todo el mundo recibiría bendición. Era una promesa impactante, sorprendente y maravillosa, especialmente porque se hizo cuando Abraham no tenía ningún descendiente y cuando parecía imposible que tuviera alguno.

Tal como no sabemos cuánto conocía Abraham a Melquisedec, tampoco sabemos cuánto conocía Melquisedec a Abraham. Solo se nos narra aquel encuentro breve descrito en los tres versículos de Génesis 14. Sin embargo, tal como Abraham sabía que debía diezmarle a Melquisedec, Melquisedec sabía que debía bendecir a Abraham. Y de este modo, el menor es bendecido por el mayor. Melquisedec, quien bendice, es sin disputa superior a Abraham, luego debe ser superior a los levitas, descendientes de Abraham. En consecuencia, su sacerdocio es superior al de ellos.

Directa o indirectamente, desde Génesis 12 hasta Malaquías, todo el Antiguo Testamento es la historia de los descendientes de Abraham, el pueblo escogido de Dios. Aun así, este rey y sacerdote que los dos Testamentos solamente mencionan en unos pocos versículos, era mayor que Abraham porque lo bendijo. Dios operaba en la vida de Melquisedec sobre la base de sus cualidades personales, y era mayor que Abraham en ellas. Por tanto, Dios lo escogió para bendecir a Abraham. Y si era mayor que Abraham, era mayor que cualquiera de sus descendientes.

En la Iglesia, Dios también opera sobre la base de las cualidades personales. La norma para los pastores maestros, para los ancianos con autoridad, para los evangelistas y para todos los demás tiene su base en las cualidades espirituales personales, no en la herencia o la clase (cp. 1 Ti. 3:1-13; Tito 1:5-9). Dios llama a ciertas personas en su plan de gracia sobre la base de las calificaciones personales especiales. Si alguien es fiel en lo poco, él lo hará señor de mucho. Si satisfacemos estas cualidades. Dios nos levantará en el ministerio. Él obró con Melquisedec de la misma manera. Estaba personalmente calificado para ser quien era. Su linaje no tenía nada que ver con que Dios lo hubiera escogido y enviado para bendecir a Abraham. Era superior y por ello bendijo a Abraham.

EL SACERDOCIO DE MELQUISEDEC ES ETERNO

El escritor vuelve a señalar la permanencia del sacerdocio de Melquisedec

Y aquí ciertamente reciben los diezmos hombres mortales; pero allí, uno de quien se da testimonio de que vive. (7:8)

Incluso si a los sacerdotes levíticos no se les hubiera exigido retirarse del ministerio cuando cumplían cincuenta años, habrían cesado de ministrar cuando murieran. Aquel sacerdocio era temporal y aquellos sacerdotes eran temporales. Los judíos pagaban diezmos a sacerdotes que morían. Abraham pagó diezmos a un sacerdote que, en el prototipo, vive. Como la muerte de Melquisedec no está registrada, su sacerdocio se considera eterno. En esto, su sacerdocio es claramente superior al de Aarón.

Por supuesto, Jesucristo es el verdadero y real Sacerdote eterno de quien Melquisedec no es sino una imagen. Jesucristo es el sacerdote, él único Sacerdote que está vivo para siempre. Es un sacerdote mayor porque está vivo, no muerto. Cristo es Sacerdote de un sacerdocio mejor que el de Aarón. Es de mejor sacerdocio aunque Melquisedec. Es el único Sacerdote del único sacerdocio que puede acercar a Dios a los hombres, y a los hombres a Dios. Qué gran palabra de seguridad para aquellos judíos que habían llegado a Jesucristo.

17 Jesús, el sacerdote superior—Primera parte (7:11-19)

Si, pues, la perfección fuera por el sacerdocio levítico (porque bajo él recibió el pueblo la ley), ¿qué necesidad habría aún de que se levantase otro sacerdote, según el orden de Melquisedec, y que no fuese llamado según el orden de Aarón? Porque cambiado el sacerdocio, necesario es que haya también cambio de ley; y aquel de quien se dice esto, es de otra tribu, de la cual nadie sirvió al altar. Porque manifiesto es que nuestro Señor vino de la tribu de Judá, de la cual nada habló Moisés tocante al sacerdocio. Y esto es aún más manifiesto, si a semejanza de Melquisedec se levanta un sacerdote distinto, no constituido conforme a la ley del mandamiento acerca de la descendencia, sino según el poder de una vida indestructible. Pues se da testimonio de él: Tú eres sacerdote para siempre, según el orden de Melquisedec. Queda, pues, abrogado el mandamiento anterior a causa de su debilidad e ineficacia (pues nada perfeccionó la ley), y de la introducción de una mejor esperanza, por la cual nos acercamos a Dios. (7:11-19)

La frase clave de este pasaje es "nos acercamos a Dios" (v. 19b). El mayor deseo de Dios para los hombres es que ellos lleguen a Él. Su mayor deseo para los creyentes es que continúen acercándose a ÉL. La meta de Dios en todo lo que hace por los hombres es para que ellos puedan llegar a su presencia. Acercarse a Dios es la esencia del cristianismo. Acercarse a Dios es la mayor experiencia del cristiano, y debe ser su propósito más alto. Tal es el diseño de Dios para el cristianismo: acceso a su presencia, llegar a su presencia sin que nada se interponga. A veces lo olvidamos.

Pareciera que algunos cristianos miran a Jesucristo solo como un medio para la salvación y la felicidad personal. Si creen que están salvos y son medianamente felices con sus circunstancias, consideran que sus vidas están completas. Buscan felicidad y seguridad. Las encuentran en Cristo y quedan satisfechos. Otros ven la vida cristiana como una relación creciente y continua con Dios por medio del estudio y la obediencia a su Palabra. Esta perspectiva de la vida cristiana es mucho más madura que la primera. Pero la clave para la vida cristiana es acercarnos a Dios. La expresión más completa de la fe es entrar a la presencia de Dios en su lugar santísimo celestial y tener comunión con Él. Y el judaísmo estaba (imitado en permitirles a los hombres esa entrada).

Pablo da la esencia de la madurez, la vida cristiana espiritualmente satisfecha, en su carta a los Efesios. "Para que habite Cristo por la fe en vuestros corazones, a fin de que, arraigados y cimentados en amor, seáis plenamente capaces de comprender con todos los

santos cuál sea la anchura, la longitud, la profundidad y la altura, y de conocer el amor de Cristo, que excede a todo conocimiento, para que seáis llenos de toda la plenitud de Dios" (Ef. 3:17-19). Esto es el cristianismo: "la plenitud de Dios".

Tal es la idea básica del evangelio. El judaísmo llevaba al hombre a la presencia de Dios, pero no en el sentido más puro ni total. El velo siempre estaba ahí. Solo en el nuevo pacto la entrada completa es posible. Solo por la sangre de Jesucristo, solo por la intercesión sacerdotal a la diestra de Dios, con base en su sacrificio perfecto en el Calvario, se abrió el acceso a Dios. Estos son los grandes temas recurrentes en Hebreos.

Los sacerdotes de Aarón no podían nunca llevar a un hombre completamente a Dios. Siempre había una barrera en medio. El velo no podía quitarse porque el pecado no se había quitado del todo. Pero que el Mesías fuera sacerdote según el orden de Melquisedec abrió el camino. Él pudo eliminar el velo porque expió el pecado. El de verdad cargó con nuestro pecado; los sacrificios levíticos tan solo anticipaban simbólicamente la cancelación de este. Y ahora que se han ajustado las cuentas con el pecado, el sacerdocio levítico deja de ser necesario y Dios lo hizo a un lado. No se necesita un símbolo cuando se tiene lo real. Ahora que lo perfecto ha venido, lo imperfecto se ha ido.

El propósito de Hebreos 7:11-19 es mostrar esta verdad. La idea es alentar a los judíos indecisos a romper con el sistema antiguo y llegar a Jesucristo. Cosa que no era fácil de aceptar o entender para los judíos. A pesar de las múltiples profecías sobre el Mesías y el nuevo orden que El traería, la mayoría de los judíos no podía imaginar que el orden mosaico fuera temporal, inadecuado, defectuoso e incapaz de brindar perfección. La sola idea es incomprensible para el judío piadoso. Toda la vida había supuesto que Dios instituyó el sistema levítico y que este era perfecto, suficiente y permanente. Estaban en lo cierto en cuanto a lo primero. Efectivamente, Dios los instituyó. Pero El nunca declaró o pretendió que ese sistema fuera perfecto, permanente o eternamente suficiente.

En este pasaje presente el Espíritu señala a la imperfección del sistema levítico. Se muestra con lógica invencible que el sacerdocio aarónico era imperfecto y por ello debía reemplazarse. Primero, muestra la imperfección del sacerdocio antiguo, después muestra la perfección del nuevo.

LA IMPERFECCIÓN DEL SACERDOCIO ANTIGUO

Dios nunca pretendió que el sacerdocio levítico durara para siempre, y en ninguna parte de las Escrituras se enseña esta idea. De hecho, el Antiguo Testamento anticipaba la llegada de otro sacerdocio (como en Sal. 110:4). Si Dios predijo la llegada de otro

sacerdocio, habría sido razonable suponer, aun sin mayor revelación, que el nuevo sería mejor y reemplazaría al antiguo. A Israel se le dijo que un mejor sacerdocio estaba por venir, del cual el Mesías sería sacerdote. Si el sacerdocio aarónico hubiera sido perfecto, otro hubiera sido innecesario. O, si de alguna forma Dios hubiera pretendido que el sacerdocio aarónico mejorara y que un día entrara a la edad de acceso perfecto al Padre, ¿por qué habría planeado que el Mesías fuera un sacerdote de un orden diferente?

No es un accidente o un error que Dios haya hecho a un lado el sacerdocio israelita. Así lo había planeado desde el principio. Esto es obvio porque tan pronto como llamó a Abraham, antes de que hiciera el pacto con él, Dios lo presentó a Melquisedec, sacerdote de mayor orden que el que vendría por los descendientes de Abraham.

EL SIGNIFICADO DE LA PERFECCIÓN

En las Escrituras, la palabra perfecto suele usarse en el sentido de madurez o estar completo, de ser lo que alguien o algo está llamado a ser. A veces significa crecimiento completo. Pablo la suele usar de esta forma. Sin embargo, en Hebreos se usa para referirse al objetivo e intención del cristianismo. Este objetivo, esta madurez, es el acceso a Dios. En este sentido no quiere decir madurez espiritual (estar avanzado en la fe) sino salvación en Cristo (llegar a la fe).

Hebreos 7:11 dice que la perfección no llega por medio del sacerdocio levítico. El propósito del sacerdocio era reconciliar a los hombres con Dios mediante un sacrificio por sus pecados. Pero este sacerdocio solamente podría describir, tipificar, la reconciliación real, porque solo podía tipificar la limpieza del pecado. Por tanto, era imperfecto en el sentido de que no daba a los hombres acceso a Dios. El versículo 19 dice que la ley no está en capacidad de perfeccionar a los hombres, y pasa a decir específicamente que esa imperfección, esa falla, estaba en no tener la capacidad de acercar a los hombres a Dios. Los objetivos del sacerdocio aarónico y la ley mosaica eran acercar a los hombres a Dios. Los dos eran imperfectos para alcanzar esa meta, en el sentido de que no podían hacerlo por sí mismos en ausencia del sacerdocio de Cristo.

En Hebreos la perfección significa, antes que cualquier otra cosa, acceso a Dios, no la madurez espiritual de los cristianos. "Porque con una sola ofrenda hizo perfectos para siempre a los santificados" (He. 10:14). En otras palabras, una persona se perfecciona cuando, por el sacrificio de Cristo, recibe acceso completo a Dios en Cristo.

El sacerdocio levítico no podía aportar acceso completo. Jesús dijo: "Nadie viene al Padre, sino por mí" (Jn. 14:6). Hablaba a los judíos, a quienes están bajo el antiguo pacto, el

sacerdocio levítico. Los sacrificios del viejo pacto tan solo cubren el pecado, no lo pueden eliminar. Hay un grado de perdón, pero nunca fue total. El perdón permanente, y por ende el acceso permanente a Dios, solo puede venir por medio de Jesucristo, en el nuevo pacto y a través del sacerdocio.

Porque la ley, teniendo la sombra de los bienes venideros, no la imagen misma de las cosas, nunca puede, por los mismos sacrificios que se ofrecen continuamente cada año, hacer perfectos a los que se acercan. De otra manera cesarían de ofrecerse, pues los que tributan este culto, limpios una vez, no tendrían ya más conciencia de pecado. (10:1-2)

Si los sacrificios antiguos pudieran llevar una persona a la presencia de Dios, habrían cesado. Habrían cumplido su propósito.

Los santos del Antiguo Testamento carecían de todo sentido de libertad de la conciencia de pecado. No podían tener ese privilegio porque los sacrificios del pacto no podían quitar completamente su pecado y llevarlos a Dios. Porque sus pecados al final no quedaban limpios, sus conciencias no podían quedar limpias del todo, no podían ser libres. El nuevo pacto da una comprensión mayor de perdón total, libertad de la culpa y conciencia de paz.

Jeremías predijo claramente el nuevo pacto y muchas de sus superioridades con respecto al antiguo.

"He aquí que vienen días, dice Jehová, en los cuales haré nuevo pacto con la casa de Israel y con la casa de Judá. No como el pacto que hice con sus padres el día que tomé su mano para sacarlos de la tierra de Egipto; porque ellos invalidaron mi pacto, aunque fui yo un marido para ellos, dice Jehová. Pero este es el pacto que haré con la casa de Israel después de aquellos días, dice Jehová: Daré mi ley en su mente, y la escribiré en su corazón; y yo seré a ellos por Dios, y ellos me serán por pueblo. Y no enseñaré más ninguno a su prójimo, ni ninguno a su hermano, diciendo: Conoce a Jehová; porque todos me conocerán, desde el más pequeño de ellos hasta el más grande, dice Jehová; porque perdonaré la maldad de ellos, y no me acordaré más de su pecado". (Jer. 31:31-34).

Hebreos 10:16-17 cita una porción de este pasaje, donde se expresa la idea de que si hay verdadero perdón de los pecados, el sacrificio deja de ser necesario. Una vez se haya ofrecido el sacrificio final, quedaríamos libres de pecado y con ellos libres de culpa. Pero durante todo el Antiguo Testamento los israelitas estaban atribulados porque sus pecados nunca quedaban cubiertos permanente y completamente. Aún estaban a la espera del sacrificio perfecto.

Hebreos 9:8-9 declara la misma idea: "Dando el Espíritu Santo a entender con esto que aún no se había manifestado el camino al Lugar Santísimo, entre tanto que la primera parte del tabernáculo estuviese de pie. Lo cual es símbolo para el tiempo presente, según el cual se presentan ofrendas y sacrificios que no pueden hacer perfecto, en cuanto a la conciencia, al que practica ese culto". Tales sacrificios no podían otorgarle a una persona acceso a la presencia de Dios. No ofrecían ningún "camino al Lugar Santísimo", donde habita Dios. Ofrecían libertad limitada de la culpa, "ya que [consistían] sólo de comidas y bebidas, de diversas abluciones, y ordenanzas acerca de la carne, impuestas hasta el tiempo de reformar las cosas" (v. 10). Por supuesto, "el tiempo de reformar las cosas" es el tiempo del nuevo pacto. Nadie tenía acceso completo a Dios bajo el antiguo pacto. Solo había un cubrimiento temporal del pecado, no su remoción ni la de la culpa que traía.

La enseñanza de 7:11 es clara. Si el sacerdocio levítico pudiera traer perfección —esto es, acceso a Dios o salvación—, ¿por qué habría provisto Dios otro sacerdocio?

Era sumamente importante que los judíos oyeran esta verdad. Era importante para los judíos creyentes como garantía de que estaban completamente seguros en Jesucristo, que su rompimiento con el judaísmo, sus rituales y sus sacrificios repetidos, estaba justificado. No tenían razón para mirar atrás anhelando las ceremonias y símbolos, sin importar que alguna vez hubieran sido significativos e importantes. No necesitaban más ese retrato de la salvación porque tenían la realidad del Salvador. Pero en el argumento de Hebreos 7, la verdad es aún más importante para los judíos que todavía no habían llegado del todo a Cristo. Les muestra que el sacerdocio levítico no podía llevar a los hombres a la perfección —a Dios—. Nunca fue su intención. En tanto se aferraran a él y confiaran en sus sacrificios, nunca quedarían libres del pecado, nunca tendrían acceso a Dios.

Lo que la antigua administración no podía hacer, Cristo sí lo hizo. El sacerdocio antiguo tenía su lugar en el plan de Dios. Pero era inferior y poco eficaz. Solo describía la perfección. De manera semejante, la ley tenía su lugar en el plan de Dios. Representaba la verdad y la justicia de Dios. Exigía perfección. Porque bajo él recibió el pueblo la ley. Pero ni el sacrificio que era descripción ni la ley que hacía exigencias, podían aportar perfección. La perfección solamente se proporciona en Jesucristo.

Porque cambiado el sacerdocio, necesario es que haya también cambio de ley. (7:12)

La palabra cambiado (*metatithēmi*) quiere decir poner algo en el lugar de otra cosa. En un sentido, el cristianismo proviene del judaísmo. Pero el cristianismo no es solo judaísmo mejorado, es un reemplazo del judaísmo. Para un judío converso, su fe cambió del

judaísmo al cristianismo. El nuevo sacerdocio, según el orden de Melquisedec, no añadía al de Aarón, sino que lo reemplazaba. El sacerdocio de Aarón ya no tiene validez alguna, ni siquiera como imagen de la salvación o como cubrimiento temporal del pecado. Está muerto, totalmente abrogado.

Como el sacerdocio aarónico y la ley mosaica estaban tan estrechamente ligadas, un cambio (reemplazo) en el sacerdocio también significaba un cambio en la ley. Entonces, ¿queda abolida también la ley de Dios? Sí, en un sentido. La palabra ley tiene significados diversos en las Escrituras. En el sentido más amplio, se refiere a todo el Antiguo Testamento, el antiguo pacto. También puede significar el Decálogo, los Diez Mandamientos. También puede referirse a los rituales y ceremonias exigidos en el antiguo pacto. Por cuanto Dios se los ordenó a Israel, eran parte de su ley para ellos. Creo que eso es claramente lo que quiere decir aquí. El Espíritu Santo está diciendo que, si el antiguo sacerdocio muere, también muere toda la ley relacionada con él.

Sin embargo, la ley moral de Dios, reflejada no solamente en los diez mandamientos, sino a lo largo de todo el Antiguo Testamento, es parte de la naturaleza divina y, por tanto, no hay forma de que cambie. En el Nuevo Testamento, la norma de justicia de Dios para su pueblo se reafirma, no decrece; mucho menos se elimina. Si el adulterio, el robo, la mentira y la codicia estaban mal bajo el Antiguo Testamento, lo siguen estando bajo el Nuevo. Como lo deja claro Jesús en el sermón del monte. Dios nos hace responsables de nuestras intenciones, no solo de nuestras acciones (Mt. 5:21-48). Dios ha fortalecido la ley moral en el nuevo pacto, en vez de hacerla a un lado, en lo concerniente a su pueblo. El Nuevo Testamento exige mayor juicio para la desobediencia (Hch. 17:30-31).

Pero la ley ceremonial, el sistema aarónico de sacrificios, ha quedado a un lado. El mensaje a los judíos es: "No tienen que hacer la travesía hasta el templo todo el tiempo. Eso se acabó; se terminó; quedó reemplazado permanentemente". Algunos de quienes se habían hecho cristianos y muchos de los que estaban pensando en hacerlo seguían adorando en el templo, aún se aferraban al ritual del antiguo sistema. Dejar de lado estas cosas resultaba muy difícil para muchos judíos y las razones para hacerlo eran sumamente difíciles de entender.

De hecho, algunos judíos creyentes no solo insistían en mantener sus prácticas judías, sino en hacerlas obligatorias para todos los que quisieran hacerse cristianos. Se les llamaba judaizantes, y fueron una plaga para la iglesia primitiva por muchos años. Les decían a los creyentes potenciales, incluso a los judíos no cristianos, que necesitaban circuncidarse, hacer sacrificios en el templo y seguir todas las leyes y rituales judíos prescritos. Pablo se

opuso enérgicamente a esta judaización del cristianismo en varias de sus cartas, especialmente en Gálatas.

Oh gálatas insensatos! ¿quién os fascinó?... ¿Habiendo comenzado por el Espíritu, ahora vais a acabar por la carne? Mas ahora, conociendo a Dios, o más bien, siendo conocidos por Dios, ¿cómo es que os volvéis de nuevo a los débiles y pobres rudimentos, a los cuales os queréis volver a esclavizar? Porque en Cristo Jesús ni la circuncisión vale algo, ni la incircuncisión, sino la fe que obra por el amor. (Gál. 3:1, 3; 4:9; 5:6).

En el monte de la transfiguración, Pedro estaba tan anonadado cuando vio a Moisés y Elías hablando con Jesús que solo atinó a decir: "Maestro, bueno es para nosotros que estemos aquí; y hagamos tres enramadas, una para ti, otra para Moisés, y otra para Elías" (Mr. 9:5). Jesús no dijo nada, pero "entonces vino una nube que les hizo sombra, y desde la nube una voz que decía: Este es mi Hijo amado; a él oíd. Y luego, cuando miraron, no vieron más a nadie consigo, sino a Jesús solo" (vv. 7-8). Dios le estaba diciendo a Pedro —a Santiago, a Juan y a toda persona—: "No oigan a Moisés y Elías. Este es mi hijo, óiganlo solo a Él". Aun antes de que terminara el nuevo pacto con la crucifixión y resurrección de Jesús, Dios mostraba que el antiguo había pasado. El pacto que Moisés y Elías representaban había pasado (cp. Jn. 4:21-24).

En el Sinaí, el pueblo estaba ubicado al pie de la montaña, de modo que no podía acercarse a Dios. En el tabernáculo y en el templo el velo estaba entre la presencia de Dios y ellos en el Lugar Santísimo. No solo era que el antiguo pacto no llevara a los hombres a la presencia de Dios, sino que evitaba que llegaran allí. Sin limpieza total, perdón total de los pecados, no estaban calificados. Pero Jesús, por así decirlo, bajó del monte al pueblo y rompió el velo.

De modo que todo el sistema del judaísmo cambió y no solo cambió sino que se intercambió por un orden nuevo, un Sacerdote nuevo, un sacrificio nuevo, un pacto completamente nuevo.

Y aquel de quien se dice esto, es de otra tribu, de la cual nadie sirvió al altar. Porque manifiesto es que nuestro Señor vino de la tribu de Judá, de la cual nada habló Moisés tocante al sacerdocio. (7:13-14)

Jesús no provenía de Leví, que era la única tribu sacerdotal. Era de Judá, que no tenía nada que ver con el servicio sacerdotal en el altar, como todas las otras tribus no levíticas. Por tanto, si Jesús llegaba a sumo sacerdote, obviamente era de un orden sacerdotal diferente al aarónico levítico. Y sus calificaciones sacerdotales, obviamente, no eran hereditarias.

El sacerdocio de Jesús —real, eterno, y perfecto—, semejante al de Melquisedec, cambió y reemplazó al levítico hereditario —típico, temporal e imperfecto—.

LA PERFECCIÓN DEL NUEVO SACERDOCIO

Y esto es aun más manifiesto, si a semejanza de Melquisedec se levanta un sacerdote distinto, no constituido conforme a la ley del mandamiento acerca de la descendencia, sino según el poder de una vida indestructible. Pues se da testimonio de él: Tú eres sacerdote para siempre, según el orden de Melquisedec. (7:15-17)

El lenguaje griego tiene dos palabras para distinto. *Alloioō* significa otro (es decir, uno adicional) de la misma clase. Sin embargo, la palabra en el versículo 15 es *heterōs*, cuyo significado es otro de una clase diferente. El primero indica una diferencia cuantitativa, el segundo indica una diferencia cualitativa. Si en Estados Unidos cambiara mi automóvil pequeño importado por otro automóvil pequeño e importado, estaría obteniendo otro que es *alloioō*, de la misma clase. Pero si lo cambiara por un auto grande estadounidense estaría obteniendo un automóvil *heterōs*, de una clase diferente, de una calidad diferente.

En Cristo no tenemos otro sacerdote semejante a quienes ministraban en el tabernáculo y el templo. Él es *heterōs*, de una clase y orden completamente diferente. Bajo el antiguo pacto había muchos sacerdotes y todos eran *alloioō*. Bajo el nuevo, solo hay un sacerdote y es *heterōs*.

EL SACERDOTE PERFECTO SURGE POR SÍ MISMO

En los versículos 11 y 15 se habla de otro sacerdote que se levanta. Pero en el versículo 15, se levanta está en voz media griega, que es reflexiva. Entonces, la frase podría traducirse así: "Otro sacerdote se levanta por sí mismo". Este significado es de importancia en varias maneras.

Primero, creo que se refiere al nacimiento virginal. Jesús, en cuanto a Dios, se levantó a sí mismo haciéndose nacer, por así decirlo. Ningún sacerdote aarónico podía hacer semejante afirmación. Todos los otros sacerdotes, con excepción de Jesús, "se levantaron" por virtud de sus padres, no por sí mismos.

Segundo, levantarse implica que este Sacerdote diferente no tiene antepasados sacerdotales, no tiene herencia sacerdotal. Los sacerdotes aarónicos solamente podían afirmar su derecho al sacerdocio por quienes eran sus padres. Jesús reclamó el derecho porque quien Él es.

Tercero, que Jesús se haya levantado indica su resurrección. En Hechos 2:32, Lucas usa *anistēmi* para referirse específicamente a la resurrección de Jesús.

No constituido conforme a la ley del mandamiento acerca de la descendencia, sino según el poder de una vida indestructible. Pues se da testimonio de él: Tú eres sacerdote para siempre, según el orden de Melquisedec. (7:16-17)

La norma prescrita para los sacerdotes en la antigua economía solo tenía que ver con lo físico. Por supuesto, se esperaba que el sacerdote fuera piadoso, como se esperaba que lo fuera el resto de los israelitas. Varios sacerdotes que fueron especialmente impíos recibieron un castigo severo de Dios. Pero la piedad no era una cualidad para servir en el altar. Primero, los sacerdotes debían ser descendientes de Aarón. Sin embargo, aun con este renombre, uno entre más de cien defectos o deficiencias físicas podía descalificarlos de cumplir esa labor. Pero no había una sola calificación moral o espiritual que debieran cumplir. Su servicio no tenía nada que ver con su carácter, capacidad, personalidad o santidad.

Sin embargo, el sacerdocio de Jesús, a semejanza del de Melquisedec, tenía su base de principio a fin en quien Él era. No tenía nada que ver con el cuerpo físico, sino todo que ver con el poder eterno, el poder de una vida indestructible. En el caso del sacerdocio levítico, no importa cuán mal se ajustara la persona al sacerdocio, o cuán renuente fuera para asumir el oficio, la ley lo hacía sacerdote por la familia en la cual había nacido y por ciertos requisitos físicos que debía satisfacer. Era compulsión externa. Para Jesucristo el sacerdocio es compulsión interna, por quien Él es. Se hizo sacerdote —y continúa siéndolo— por el poder eterno, un poder que puede lograr lo que ningún otro sacerdote pudo hacer jamás: dar acceso a Dios.

La evidencia y la lógica son abrumadoras a favor de la obsolescencia del sacerdocio levítico y de que el nuevo sacerdocio, predicho por Dios mucho tiempo antes, no podía ser levítico. Empezando con Génesis 49:10, el Antiguo Testamento es claro en que el Mesías debía venir de Judá. Y en muchos pasajes, como el Salmo 110:4, también es claro que el Mesías será sacerdote y rey, y que su sacerdocio no será por herencia ni temporal, sino eterno y su base serán las cualidades personales.

Jesucristo pudo hacer lo que Aarón no logró. Nos llevó a la presencia de Dios y nos ancló allí para toda la eternidad. "[La esperanza que] tenemos como segura y firme ancla del alma, y que penetra hasta dentro del velo"

(He. 6:19). Ese es el poder máximo, el amor máximo. Es el logro del Sacerdote máximo a través del sacerdocio máximo.

Queda, pues, abrogado el mandamiento anterior a causa de su debilidad e ineficacia (pues nada perfeccionó la ley), y de la introducción de una mejor esperanza, por la cual nos acercamos a Dios. (7:18-19)

Este es el punto culminante del texto. Cristo reemplaza a Aarón. Dios ha dejado a un lado lo antiguo e imperfecto y lo ha reemplazado por algo nuevo y perfecto. La palabra abrogado (*athetēsis*) está relacionada con quitar algo que se ha establecido. Por ejemplo, se usa para la anulación de un tratado, promesa, ley, regulación o la eliminación del nombre de una persona en un documento. Toda la parafernalia del sistema de sacrificios, todo el sistema ceremonial, quedó cancelado, anulado, eliminado, en su totalidad. Dios confirmó su anulación en el 70 d.C., cuando permitió la destrucción del templo.

El antiguo sistema podría revelar el pecado. Incluso podría cubrirlo en cierta forma y cierto grado de temporalidad. Pero no podía quitar el pecado y, por tanto, ese sistema debía abrogarse. No terminaba nada. No daba seguridad. No daba paz. El hombre no tenía una conciencia clara. Pero el sacerdocio de Jesucristo hizo realidad todo lo que Israel anticipaba. Brindó acceso a Dios.

Pedro nos dice: "Los profetas que profetizaron de la gracia destinada a vosotros, inquirieron y diligentemente indagaron acerca de esta salvación, escudriñando qué persona y qué tiempo indicaba el Espíritu de Cristo que estaba en ellos, el cual anunciaba de antemano los sufrimientos de Cristo, y las glorias que vendrían tras ellos. A éstos se les reveló que no para sí mismos, sino para nosotros, administraban las cosas que ahora os son anunciadas por los que os han predicado el evangelio por el Espíritu Santo enviado del cielo; cosas en las cuales anhelan mirar los ángeles" (1 P. 1:10-12). En otras palabras, los santos del Antiguo Testamento solo vieron la salvación a la distancia. Nunca tuvieron certeza o seguridad antes de que viniera Cristo. Confiaban en la esperanza y anhelaban una conciencia liberada del pecado. Pero ahora podemos ir a la presencia de Dios y sentarnos ante Él para decir con Pablo: "¡Abba, Padre!". Tenemos acceso a Dios.

Así que, hermanos, teniendo libertad para entrar en el Lugar Santísimo por la sangre de Jesucristo, por el camino nuevo y vivo que él nos abrió a través del velo, esto es, de su carne, y teniendo un gran sacerdote sobre la casa de Dios, acerquémonos con corazón sincero, en plena certidumbre de fe, purificados los corazones de mala conciencia, y lavados los cuerpos con agua pura (He. 10:19-22).

Una joven había acumulado muchas cuentas por pagar y no tenía cómo pagarlas todas. Estaba endeudada hasta el cuello. Tenía problemas y la situación era desesperada. Entonces apareció un joven que se enamoró de ella profundamente. Después de unos meses, le propuso matrimonio. Ella también lo amaba mucho, pero sentía que debía hablarle de sus deudas antes de aceptar casarse con él. Cuando se lo dijo, él respondió: "No te preocupes. Voy a pagar todas tus deudas. Déjamelas a mí". Antes de la boda le dio un anillo de compromiso y le reafirmó muchas veces que pagaría sus deudas. Confiaba en él implícitamente y sabía que era una persona de palabra. Tenía todas las razones para confiar y esperar lo mejor. Pero en realidad, no estaba aún libre de deudas y, en consecuencia, no podía tener paz por esa causa. Finalmente, se casaron y él pagó todo. No solo eso; le dijo que era rico más allá de sus sueños y le dio una cuenta corriente conjunta con él. Nunca debía volverse a preocupar ella por las deudas. Desde ese momento, estuvo segura en las riquezas de aquel a quien amaba y quien la amaba.

En ese mismo sentido, una persona está mucho mejor bajo el nuevo pacto que bajo el antiguo. En Cristo estamos libres de las deudas del pecado y vivimos para siempre en las riquezas de quien nos ama y a quien amamos.

18 Jesús, el sacerdote superior—Segunda parte (7:20-28)

Y esto no fue hecho sin juramento; porque los otros ciertamente sin juramento fueron hechos sacerdotes; pero éste, con el juramento del que le dijo: Juró el Señor, y no se arrepentirá: Tú eres sacerdote para siempre, según el orden de Melquisedec. Por tanto, Jesús es hecho fiador de un mejor pacto. Y los otros sacerdotes llegaron a ser muchos, debido a que por la muerte no podían continuar; mas éste, por cuanto permanece para siempre, tiene un sacerdocio inmutable; por lo cual puede también salvar perpetuamente a los que por él se acercan a Dios, viviendo siempre para interceder por ellos. Porque tal sumo sacerdote nos convenía: santo, inocente, sin mancha, apartado de los pecadores, y hecho más sublime que los cielos; que no tiene necesidad cada día, como aquellos sumos sacerdotes, de ofrecer primero sacrificios por sus propios pecados, y luego por los del pueblo; porque esto lo hizo una vez para siempre, ofreciéndose a sí mismo. Porque la ley constituye sumos sacerdotes a débiles hombres; pero la palabra del juramento, posterior a la ley, al Hijo, hecho perfecto para siempre. (7:20-28)

Aquí el Espíritu Santo presenta a Jesús como un sacerdote superior en tres formas. Él es el fiador de un mejor pacto, el Salvador eterno y es santo y sin pecado.

FIADOR DE UN MEJOR PACTO

Y esto no fue hecho sin juramento; porque los otros ciertamente sin juramento fueron hechos sacerdotes; pero éste, con el juramento del que le dijo: Juró el Señor, y no se arrepentirá: Tú eres sacerdote para siempre, según el orden de Melquisedec. Por tanto, Jesús es hecho fiador de un mejor pacto. (7:20-22)

Dios no le juró a Aarón que su sacerdocio sería para siempre. De hecho, nunca sugirió, ni a Aarón ni a nadie más, que ese sacerdocio no sería otra cosa sino temporal. Sin embargo, muchos israelitas sin duda creyeron que sería permanente, aunque esa idea no tuviera apoyo en las Escrituras. Cuando Dios estableció el antiguo sacerdocio o cuando consagró a los sacerdotes no hizo ningún juramento —ni ninguna promesa, condicional o incondicional de que este sacerdocio sería eterno. Pero con Cristo juró un sacerdocio eterno, como lo escribió David en el Salmo 110:4, cita a la cual se refiere aquí el autor por cuarta vez en la carta (véase también 5:6; 6:20; 7:17). Para enfatizar la idea, David añadió: Y no se arrepentirá. Dios tomó una decisión eterna sobre el nuevo sacerdocio eterno.

Ni David ni el escritor de hebreos sugieren que el juramento de Dios sea más confiable o válido que su palabra. Más bien, se trata de que cuando hace transacciones eternas, ha

decidido hacerlas con un juramento. El juramento no representa mayor fidelidad, sino énfasis en la permanencia.

Como ya mencionamos varias veces, los sacerdotes levíticos ministraban en el templo temporal y repetidamente. Eran mortales, luego morían y sus hijos debían reemplazarlos. También eran pecadores, entonces siempre debían ofrecer sacrificios a nombre propio antes de estar calificados para ofrecerlos por el pueblo. Los sacrificios solo tenían cierto efecto temporal, por ello debían repetirse una y otra vez. Dios pretendía que el sacerdocio operara de esa forma. No lo planeó para que fuera perfecto o permanente, razón por la cual no lo estableció con un juramento.

Sin embargo, cuando Dios le prometió el pacto a Abraham, lo hizo con un juramento (Gn. 22:16-18; cp. He. 6:13). Una promesa incondicional y eterna. "Queriendo Dios mostrar más abundantemente a los herederos de la promesa la inmutabilidad de su consejo, interpuso juramento" (He. 6:17). Dios quería que Abraham, y a la larga todo Israel y todo el mundo, supiera que su promesa era permanente. Fue por medio de Abraham que vino el Mesías y, por tanto, la bendición que cada creyente experimente durante toda la eternidad será el cumplimiento perpetuo del pacto abrahámico.

El sacerdocio de Jesús también tiene su base en el juramento divino, demostrando con ello que es eterno e inmutable. Por esa razón, Jesús es un fiador, una garantía, de un mejor pacto. El pacto que Dios hizo a través de Jesús es mejor que el antiguo porque este era temporal mientras aquel es eterno. Un sacerdote mejor garantiza un pacto mejor.

Es importante reconocer que el antiguo pacto no era malo. Dios no hizo el nuevo porque el antiguo fuera malo, sino porque era imperfecto y temporal. El pacto mosaico era un pacto muy bueno, dado por Dios, ordenado por Dios, y cumplió el propósito para el tiempo en que debía permanecer vigente. En muchos aspectos, el antiguo pacto era bueno por sí solo. Era bueno en cuanto a producto de la sabiduría y la voluntad justa de Dios. Servía un buen propósito porque ayudaba a refrenar el pecado y a promover la piedad. También apuntaba al Mesías y ayudaba a prepararle el camino. El pacto mosaico era exactamente el que Israel debía tener antes de la venida de Jesucristo. El nuevo pacto era mejor sencillamente porque el antiguo era incompleto. El antiguo era bueno; el nuevo es mejor.

En Génesis hay una excelente ilustración sobre ser fiador. Cuando los hijos de Jacob se estaban preparando para ir a Egipto por segunda vez y obtener comida para sus familias con hambre, Judá le recordó a su padre que el gobernante egipcio (José, pero ellos no lo sabían) les había dicho que no podían esperar más comida si no le llevaban a Benjamín,

su hermano menor, a Egipto. Solamente después que Judá se ofreció noblemente a servir de garantía por Benjamín, su padre aceptó con renuencia. "Yo te respondo por él; a mí me pedirás cuenta. Si yo no te lo vuelvo a traer, y si no lo pongo delante de ti, seré para ti el culpable para siempre" (Gn. 43:9). Después de haber recibido más comida de José, tuvieron que detener su regreso a casa porque José escondió su copa en el saco de comida de Benjamín. Judá, descorazonado por lo ocurrido y apenado por lo que la pérdida de Benjamín provocaría a su padre, volvió a ofrecerse en garantía por su hermano. Después de una explicación larga a José por su preocupación, Judá dijo: "Te ruego, por tanto, que quede ahora tu siervo en lugar del joven por siervo de mi señor, y que el joven vaya con sus hermanos" (44:33). Judá hizo una segunda promesa de garantía para poder cumplir la primera. Estaba dispuesto a hacer todo lo que fuera necesario para cumplirle a su padre la promesa de que Benjamín regresaría sano y salvo. Con ese gesto noble, Judá ilustró la idea de Cristo como garantía del nuevo pacto.

Pablo estuvo dispuesto a ser garantía por un esclavo que escapó: "Y si en algo te dañó, o te debe, ponlo a mi cuenta. Yo Pablo lo escribo de mi mano, yo lo pagaré" (Flm. 18 19).

Jesús es el mediador del nuevo pacto, y con ello ha proporcionado vida eterna. Pero Él hace más que mediar el pacto; además, lo garantiza. Él se ha convertido en garantía del pacto. Todas las promesas de Dios en el nuevo pacto las tenemos garantizadas por Jesús. Él garantiza el pago de todas las deudas que nos han dejado o nos dejarán nuestros pecados.

SALVADOR ETERNO

Y los otros sacerdotes llegaron a ser muchos, debido a que por la muerte no podían continuar; mas éste, por cuanto permanece para siempre, tiene un sacerdocio inmutable; por lo cual puede también salvar perpetuamente a los que por él se acercan a Dios, viviendo siempre para interceder por ellos. (7:23-25)

Los sacerdotes levíticos tenían lo que podría llamarse la descalificación máxima para el ministerio permanente: la muerte. Ninguno de ellos podía servir indefinidamente. Todos morían y debía haber un sucesor para que el sacerdocio pudiera continuar. Una vez más, el escritor les recuerda a los lectores judíos las limitaciones del antiguo pacto.

Como diciendo que el sacerdocio levítico nunca le podría traer salvación a Israel, Dios les dio una demostración dramática e importante, registrada en Números 20:23-29. Cuando

Aarón, el primer sumo sacerdote y el progenitor de todos los sacerdotes que siguieron, estaba a punto de morir, Dios le ordenó a Moisés llevar a Aarón y a su hijo Eleazar al monte Hor, a la vista de todo el pueblo. Dios le recordó a Moisés que Aarón, al igual que Moisés, no tendría permitido entrar a la tierra prometida. El dador humano de la ley y el progenitor humano del sacerdocio morirían antes de que Israel entrara en la tierra prometida. Moisés tomó la vestimenta de sumo sacerdote de Aarón y se la entregó a Eleazar. Después que Aarón murió, el pueblo lo lloró durante treinta días. La atención del pueblo estaba especialmente centrada en la muerte de Aarón, como si Dios quisiera resaltarles el hecho de que el sacerdocio que él representaba era un sacerdocio que moría.

En esta demostración breve, junto con la muerte de Moisés poco después, hay dos símbolos del antiguo pacto: que no era permanente y que no podía llevar al pueblo a la tierra prometida. Era temporal y no podía salvar. Ni la ley (representada por Moisés) ni los sacrificios (representados por Aarón) podían librarlos del desierto del pecado y llevarlos a la tierra de la salvación.

Mas, Jesucristo por cuanto permanece para siempre, tiene un sacerdocio inmutable. Jesús es el sumo sacerdote superior porque no necesita sucesor. Su sacerdocio es inmutable, eterno.

La palabra inmutable (*aparabatos*) significa más que la mera permanencia o algo que no se va a cambiar. Significa incambiable, inalterable, inviolable, algo que no puede cambiarse. No es solamente que el sacerdocio de Jesús sea inmutable. Es que no puede ser nada distinto a inmutable. No está en capacidad de otra cosa diferente a la inmutabilidad. Por la naturaleza divina del sacerdocio, no puede concluir nunca, debilitarse, hacerse ineficaz. ¡Jesucristo tiene un sacerdocio que es completamente incapaz de alterarse en esa forma! Él es el último sumo sacerdote. Ningún otro volverá a ser necesario.

Por lo cual puede también salvar perpetuamente a los que por él se acercan a Dios, viviendo siempre para interceder por ellos. (7:25)

Este es uno de los versículos más hermosos de las Escrituras. Como Juan 3:16, contiene toda la esencia del evangelio. La salvación es el tema central de toda la Biblia. La salvación es de lo que trata el texto.

El sacerdocio de Jesús no es solo eterno e inalterable, también es ilimitado en su alcance. Él salva perpetuamente (*pantelēs*). Aunque el significado en el contexto de 7:25 puede ser relativo a eterno, la idea básica de la palabra es su carácter de completo o perfecto. Por

tanto, la traducción de la Nueva Versión Internacional ("salvar por completo") es exacta e importante. El sacerdocio de Jesús no es una medida incompleta, como los sacrificios que solo simbolizaban la remoción del pecado. El símbolo era importante para aquel pacto. Dios lo había dado y lo exigía, pero aun así solo era un símbolo. No obstante, Jesucristo sí puede salvar eterna y completamente.

Por medio de la naturaleza podemos aprender algunas cosas de Dios. Pablo reconoce que el "eterno poder y deidad" de Dios (es decir, su naturaleza y su gloria) son evidentes para toda persona (Rom. 1:18-20). A tal evidencia la llamamos revelación natural. Pero es revelación limitada. Los pájaros nos pueden sugerir la belleza de Dios, pero no cantan canciones de redención. El océano y el batir de sus olas pueden sugerir la grandeza y lo dependientes que somos de él, pero no proclaman el evangelio. Las estrellas declaran la gloria de Dios, pero no el camino para llegar a Él. Dios entregó la revelación natural, como los sacrificios del Antiguo Testamento. La naturaleza que hizo proclama su grandeza y su gloria. Pero de la salvación solamente podemos aprender mediante la revelación especial: su Palabra escrita, la Biblia. Es una afirmación muy superficial cuando alguien dice que puede encontrar a Dios en una playa, un lago o un campo de golf. No hay forma de ver claramente en la naturaleza el juicio de Dios sobre el pecado, su bondad, su gracia, su redención o a su Hijo. En la naturaleza no podemos ver la necesidad de salvación o el camino a ella. Estas cosas solamente pueden verse con oídos espirituales, por medio de la revelación de su Palabra.

En las pocas palabras de Hebreos 7:25 podemos ver el fundamento de la salvación, su naturaleza, su poder, su objeto y su seguridad.

LA BASE DE LA SALVACIÓN

Por supuesto, la frase por lo cual se refiere a lo que se acaba de decir; a saber, que el sacerdocio de Jesús es inmutable, eterno. Puede salvar para siempre porque Él existe y ministra para siempre. La base de la salvación es la naturaleza divina y eterna de Cristo.

EL PODER DE LA SALVACIÓN

El poder de la salvación es la capacidad de Cristo: Él puede. Los otros sacerdotes nunca estuvieron en capacidad de salvar, ni siquiera parcial o temporalmente. Los sacrificios viejos cubrían el pecado parcial y temporalmente, pero no removían el pecado ni siquiera parcial o temporalmente. No libraban del pecado en ningún grado. Pero Jesucristo sí puede, Él es perfectamente capaz.

Un amigo tuvo un hijo que a los cuatro años le diagnosticaron leucemia. Uno de nuestros hijos tenía su misma edad. Cuando visité al niño en el hospital, me sentí particularmente descorazonado e impotente. Yo tenía un tremendo deseo de hacer que se sanara. Habría hecho todo lo que pudiera para devolverle a ese pequeño la salud perfecta. Tenía toda la voluntad, pero no podía. Carecía del poder.

Muchos, quizás la mayoría, de los sacerdotes del Antiguo Testamento estaban dispuestos a limpiar al pueblo de sus pecados; pero no podían, sin importar cuánto lo desearan. Sin embargo, nuestro gran Sumo Sacerdote no solo quiere, Él puede, es absolutamente capaz. ¡Alabado sea Dios por Cristo, que sí puede!

A los evangélicos se nos suele criticar por afirmar que Jesucristo es el único camino a Dios. La razón por la cual hacemos esta afirmación es porque la Biblia así lo enseña. Jesús dijo: "Nadie viene al Padre, sino por mí" (Jn. 14:6). No solamente puede salvar, sino que es el único que puede salvar. Es el único que tiene el poder de la salvación (Hch. 4:12).

LA NATURALEZA DE LA SALVACIÓN

La naturaleza de la salvación es acercar a los hombres a Dios. Al liberar a los creyentes del pecado, los califica para llegar a Dios. La liberación del pecado tiene todos los tiempos verbales principales: pasado, presente y futuro. En tiempo pasado, fuimos libres de la culpa del pecado. En tiempo presente, estamos libres del poder del pecado. En tiempo futuro, estaremos libres de la presencia del pecado. De modo que podemos decir: "Soy salvo" (o "he sido salvo") y "seré salvo". Todas estas declaraciones son ciertas; todas son bíblicas. Juntas representan la naturaleza completa de nuestra salvación.

EL OBJETO DE LA SALVACIÓN

Por supuesto, el objeto de la salvación eterna de Cristo, son quienes llegan a Él para obtener la salvación, los que por él se acercan a Dios. No hay más restricciones que esta, no hay más cualidades que la fe en el Hijo de Dios. "El que a mí viene, no le echo fuera" (Jn. 6:37). Jesús es el único camino, pero el camino está abierto a todo aquel que ponga su confianza en Él. El otro lado de esta verdad es que Jesús puede salvar a quienes llegan a Él en fe. Puede salvarlos a todos, pero no todos serán salvos, porque no todos creerán.

Nos sentimos tentados a pensar que cuando hemos presentado el evangelio, la verdad de la salvación, hemos cumplido con nuestra obligación. Pero para que el evangelio pueda salvar, debe haber una respuesta. Los padres necesitan estarse recordando esto cuando les enseñan a sus hijos las cosas de Dios. No podemos hacer que crean u obedezcan, pero

nuestra responsabilidad no se acaba hasta que les hayamos urgido tan fuertemente como sepamos a confiar en el Salvador de quien han oído.

LA SEGURIDAD DE LA SALVACIÓN

Él vive siempre para interceder por nosotros. La seguridad de nuestra salvación es la intercesión perpetua de Jesús por nosotros. No podemos mantenernos salvos por nuestra cuenta, como no podemos salvarnos por nuestra cuenta. Pero tal como Jesús tiene poder para salvarnos, tiene poder para guardarnos. Jesucristo intercede por nosotros ante el Padre constantemente, eternamente, perpetuamente. Cada vez que pecamos, le dice al Padre: "Ponlo a mi cuenta. Mi sacrificio ya pagó por eso". Por medio de Jesucristo, podemos presentarnos "sin mancha delante de su gloria con gran alegría" (Jud. 24). A la vista del Padre, en su Hijo ya no tenemos culpa. Cuando seamos glorificados, no tendremos ninguna mancha en su presencia.

SANTO Y SIN PECADO

Porque tal sumo sacerdote nos convenía: santo, inocente, sin mancha, apartado de los pecadores, y hecho más sublime que los cielos; que no tiene necesidad cada día, como aquellos sumos sacerdotes, de ofrecer primero sacrificios por sus propios pecados, y luego por los del pueblo; porque esto lo hizo una vez para siempre, ofreciéndose a sí mismo. Porque la ley constituye sumos sacerdotes a débiles hombres; pero la palabra del juramento, posterior a la ley, al Hijo, hecho perfecto para siempre. (7:26-28)

Todos los sacerdotes levíticos eran pecadores y debían ofrecer sacrificios por ellos mismos antes de poder ofrecerlos por el pueblo. No ocurre así con nuestro sumo sacerdote presente. Él es santo, inocente, sin mancha, apartado de los pecadores, y hecho más sublime que los cielos. A nosotros nos convenía, nos era necesario, que Él fuera esa persona. De otra forma, habría tenido que ofrecer sacrificios por sí mismo y habría tenido que repetirlos una y otra vez. Solo podía ser el sumo sacerdote eterno y perfecto si era completamente justo y libre de pecado. Y lo es.

Como creyentes, todos somos santos en el sentido de estar separados en Cristo para justicia. Se nos cuenta por justos en Él. Pero la justicia de Cristo está en sí mismo. Él era santo desde el principio, es eternamente santo. Nació santo en este mundo. Era incapaz de pecar. Él dijo acerca de sí mismo: "Viene el príncipe de este mundo, y él nada tiene en mí" (Jn. 14:30). No había pecado alguno en Jesús al que Satanás pudiera apelar.

Jesús también es inocente o inofensivo. Ser santo tiene que ver con Dios; ser inofensivo, con los hombres. Jesús no le hizo daño a nadie. Vivió para los demás. Fue de un lado a otro haciéndoles bien a los demás siempre, inclusive a aquellos que le habían hecho mal o, sabía Él, se lo harían. Sanó, pero nunca ofendió.

No tenía mancha, estaba libre de cualquier defecto espiritual o moral. Piense en esto. Durante 33 años, Jesucristo estuvo en el mundo, mezclándose con pecadores y en continua tentación de Satanás. Sin embargo, nunca se manchó en lo más mínimo con el pecado, no se ensució. Así como los rayos del sol pueden brillar hasta en el charco más estancado y desagradable sin perder su resplandor y pureza, Jesús vivió en este mundo sucio y pecador sin perder su pureza y belleza en lo más mínimo. Anduvo por el mundo y no lo tocó ninguno de sus defectos. Estuvo en el contacto más directo y personal con Satanás y salió tan limpio como antes de que se encontraran. Hasta que apareció Jesús, nunca hubo un sacerdote que no se hubiera contaminado.

Jesús estaba apartado de los pecadores. Era de una clase completamente diferente. Obviamente, no estaba separado de los pecadores en el sentido de no entrar nunca en contacto con ellos y no mezclarse. Sus padres, hermanos, amigos, discípulos y todas las personas que se encontraba, eran pecadores. Sin embargo, comía con ellos, viajaba con ellos, trabajaba con ellos y adoraba con ellos. Pero su naturaleza era totalmente aparte, totalmente diferente, de la de ellos y la nuestra. Por supuesto, por ello estamos grandemente agradecidos, pues de otra forma no habría sido nuestro Salvador.

Finalmente, es hecho más sublime que los cielos. Sublime por todas las otras cosas que se acaban de mencionar. Porque es santo, inocente, sin mancha y apartado de los pecadores. Por tanto, es sublime.

Por estas cinco características, Él no tiene necesidad de ofrecer sacrificios por sí mismo, como aquellos sumos sacerdotes. La ausencia de pecado no necesita sacrificios. Jesús ofreció un solo sacrificio, y no fue por Él sino por los demás. Lo hizo una vez. Un sacrificio perfecto por un sacerdote perfecto hecho para toda la eternidad.

Todos los sacerdotes del antiguo pacto, incluso los más dedicados y espirituales, eran débiles (v. 28). Pero Dios estableció el sacerdocio de Jesús eternamente fuerte, así como también es eternamente santo y eternamente eficaz.

Cuando el sumo sacerdote del Antiguo Testamento oficiaba, usaba un efod, una vestimenta elaborada en la cual había dos piedras de ónice, cada una con los nombres inscritos de seis de las tribus de Israel. El pectoral estaba atado al efod por cadenas de oro

y tenía doce piedras preciosas adicionales para representar a las doce tribus de Israel. Por tanto, cada vez que entraba a la presencia de Dios, llevaba consigo todas las tribus. Simbólicamente, el sumo sacerdote llevaba a los hijos de Israel en su corazón (sus afectos) y sus hombros (su fuerza) para Dios. Esto representaba lo que debía ser el sacerdocio: primero, un corazón para las personas; segundo, la fuerza para acercarlos a Dios. Sin duda, muchos de estos sacerdotes tenían el corazón con el pueblo. Pero ninguno de ellos estaba en capacidad de acercarlos a Dios. Ni siquiera podían acercarse ellos mismos a Él.

Nuestro sumo sacerdote no tiene esa debilidad. El lleva nuestros nombres en su corazón y sus hombros. Pero no necesita efod o pectoral como símbolos, porque tiene afecto verdadero y salvación verdadera. Nos ama perfectamente y nos puede salvar perfectamente. **Él puede, Él es capaz.**

19 El Nuevo pacto, parte uno (8: 1-13)

Ahora bien, el punto principal de lo que venimos diciendo es que tenemos tal sumo sacerdote, el cual se sentó a la diestra del trono de la Majestad en los cielos, ministro del santuario, y de aquel verdadero tabernáculo que levantó el Señor, y no el hombre. Porque todo sumo sacerdote está constituido para presentar ofrendas y sacrificios; por lo cual es necesario que también éste tenga algo que ofrecer. Así que, si estuviese sobre la tierra, ni siquiera sería sacerdote, habiendo aún sacerdotes que presentan las ofrendas según la ley; los cuales sirven a lo que es figura y sombra de las cosas celestiales, como se le advirtió a Moisés cuando iba a erigir el tabernáculo, diciéndole: Mira, haz todas las cosas conforme al modelo que se te ha mostrado en el monte. Pero ahora tanto mejor ministerio es el suyo, cuanto es mediador de un mejor pacto, establecido sobre mejores promesas. Porque si aquel primero hubiera sido sin defecto, ciertamente no se hubiera procurado lugar para el segundo. Porque reprendiéndolos dice: He aquí vienen días, dice el Señor, En que estableceré con la casa de Israel y la casa de Judá un nuevo pacto; No como el pacto que hice con sus padres El día que los tomé de la mano para sacarlos de la tierra de Egipto; Porque ellos no permanecieron en mi pacto, Y yo me desentendí de ellos, dice el Señor. Por lo cual, este es el pacto que haré con la casa de Israel Después de aquellos días, dice el Señor: Pondré mis leyes en la mente de ellos, Y sobre su corazón las escribiré; Y seré a ellos por Dios, Y ellos me serán a mí por pueblo; Y ninguno enseñará a su prójimo, Ni ninguno a su hermano, diciendo: Conoce al Señor; Porque todos me conocerán, Desde el menor hasta el mayor de ellos. Porque seré propicio a sus injusticias, Y nunca más me acordaré de sus pecados y de sus iniquidades. Al decir: Nuevo pacto, ha dado por viejo al primero; y lo que se da por viejo y se envejece, está próximo a desaparecer. (8: 1-13)

La frase el punto principal (*kephalaion*) significa eso exactamente —el punto principal, central, no un resumen, como sugieren algunas versiones. Aquí aparece el quid de lo que se ha hablado hasta ahora en la carta. El escritor está diciendo "Esto es lo que hemos enfatizado desde el principio: el sumo sacerdocio de Jesucristo". Se han presentado y explicado muchas cosas, pero todas están relacionadas, directa o indirectamente, con el sumo sacerdocio de Cristo.

El enfoque principal de Hebreos 8 está en el nuevo pacto. Pero como presentación al argumento de lo apropiado del pacto, el escritor menciona primero otras dos indicaciones

de la superioridad de Jesús como sumo sacerdote de este pacto: (1) que está sentado a la diestra de Dios, (2) su santuario celestial.

SU SILLA

Ahora bien, el punto principal de lo que venimos diciendo es que tenemos tal sumo sacerdote, el cual se sentó a la diestra del trono de la Majestad en los cielos. (8:1)

Como ya se mencionó, los sacerdotes levíticos nunca se sentaban. "Y ciertamente todo sacerdote está día tras día ministrando y ofreciendo muchas veces los mismos sacrificios, que nunca pueden quitar los pecados" (He. 10:11). La labor del sacerdote nunca terminaba, porque los sacrificios que ofrecía nunca eran eficaces permanentemente. Debían repetirse una y otra vez. Por tanto, el sacerdote nunca descansaba cuando estaba ministrando en el altar, porque nunca terminaba. En el tabernáculo o el templo no había ningún lugar para que los sacerdotes se sentaran. El propiciatorio del Lugar Santísimo no era nada parecido a una silla. En cualquier caso, habría sido completamente blasfemo que el sumo sacerdote (la única persona permitida en el Lugar Santísimo, y solo por un momento una vez al año) se hubiera querido sentar en el propiciatorio, que representaba el trono de Dios y su presencia especial.

Sin embargo, cuando Jesucristo ofreció su sacrificio, se sentó (cp. 1:3). Estaba en capacidad de sentarse porque había terminado su obra. Una de las últimas cosas que dijo en la cruz fue: "Consumado es". En un acto glorioso logró lo que todos los sacerdotes del Antiguo Testamento nunca habían logrado: perdonar los pecados de los hombres y así reconciliarlos con Dios. ¡Qué cosa tan maravillosa y asombrosa! Lo hizo todo con un sacrificio: su propio sacrificio. En lo que a nuestra salvación concierne, se sentó. Logró todo lo que podía lograrse, todo lo que se necesitaba. Sin embargo, las personas aún intentan añadirle algo a la gracia pura y simple de Dios y a la salvación por fe, aunque es absurdo creer que la obra de Cristo necesite añadiduras. El esfuerzo de salvación de nuestro Señor no puede tener nada para añadirle, porque es absolutamente perfecto. Esta verdad debería haber sido la noticia de mayor alegría posible para los judíos. Imagine un sacrificio final, una obra terminada, tal que el sumo sacerdote pudiera sentarse... ¡Y a la diestra de Dios!

La diestra de un monarca significaba honra, exaltación y poder. Estar a la diestra era un honor, pero sentarse allí era un honor supremo. Cristo se sentó a la diestra del trono de tronos: el trono eterno y celestial de Dios.

La idea de sentarse a la diestra quizás les haya recordado a algunos judíos el sanedrín, el concilio de gobierno judío compuesto por setenta ancianos. Este grupo tenía autoridades civiles y religiosas, y actuaba administrativa y judicialmente. Aun bajo el gobierno romano el sanedrín tenía un poder considerable, como lo evidencia su papel en el arresto y crucifixión de Jesús. Era una especie de tribunal supremo, y más. Cuando los miembros se sentaban para un juicio, un escriba o secretario se sentaba a cada lado del juez que presidía. El escriba de la izquierda era el responsable de escribir condenaciones, mientras el de la derecha era responsable de las absoluciones. Jesús dijo que no había venido al mundo para condenar sino para salvar (Jn. 3:17). Como sumo sacerdote, ahora se sienta en un lugar no solo de poder y honor, sino de misericordia. Está sentado allí intercediendo (He. 7:25) —escribiendo absoluciones, por así decirlo— por los suyos.

Jesucristo ha recibido un lugar de honor. Se ha abierto paso al Lugar Santísimo celestial. Se ha sentado con Dios en su trono. Sorprende aun más que nosotros los creyentes recibiremos un día la invitación a sentarnos en ese mismo trono. "Al que venciere, le daré que se siente conmigo en mi trono, así como yo he vencido, y me he sentado con mi Padre en su trono" (Ap. 3:21).

La carta a los Hebreos nos recuerda repetidamente que Cristo está a la diestra de Dios. Creo que el propósito de estarlo haciendo es asegurar a quienes se les prohibieron los servicios del templo en Jerusalén que no debían sentirse atemorizados por perderse lo que ocurría en el Lugar Santísimo temporal y simbólico. Tenían al Sacerdote eterno, perfecto y verdadero en el Lugar Santísimo real y celestial, del cual el terreno no era sino una descripción pobre y efímera. Jesucristo ministraba e intercedía por ellos en el real. Por ende, el argumento cumbre sobre el sacerdocio superior de Jesucristo es su exaltación en el cielo, para sentarse a la diestra de Dios: el lugar de honor, misericordia e intercesión.

Respecto a Jesús sentado a la diestra de Dios, viene a la memoria una historia trágica pero bella del libro de Hechos. Justo antes de que sacaran a Esteban de Jerusalén para apedrearlo hasta matarlo por predicar con tanta vehemencia ante el sanedrín, "puestos los ojos en el cielo, vio la gloria de Dios, y a Jesús que estaba a la diestra de Dios" (Hch. 7:55). En lo que a la redención concierne, Jesús está sentado porque está descansando de la obra terminada de la redención. Pero cuando uno de los suyos está en dificultades, se levanta, porque asume la posición de acción. Su poder y su energía se activan de inmediato en favor de sus amados. Se sienta como nuestro Redentor, pero se levanta como nuestro Ayudador en tiempos de necesidad.

El hecho de que Jesucristo, en toda su gloria, en toda su magnitud, en toda su exaltación celestial, aún esté preocupado con ministrarnos es sorprendente, maravilloso, provoca humildad. Siempre está sirviendo. Aun en su gloria ahora en el trono de Dios, es condescendiente para levantarse y ministrar a favor de nosotros cuando lo necesitemos. No recibió su majestad como algo que pudiera disfrutarse de manera egoísta. En Jesucristo la majestad y el servicio se unen perfectamente.

SU SANTUARIO

Ministro del santuario, y de aquel verdadero tabernáculo que levantó el Señor, y no el hombre. Porque todo sumo sacerdote está constituido para presentar ofrendas y sacrificios; por lo cual es necesario que también éste tenga algo que ofrecer. Así que, si estuviese sobre la tierra, ni siquiera sería sacerdote, habiendo aún sacerdotes que presentan las ofrendas según la ley; los cuales sirven a lo que es figura y sombra de las cosas celestiales, como se le advirtió a Moisés cuando iba a erigir el tabernáculo, diciéndole: Mira, haz todas las cosas conforme al modelo que se te ha mostrado en el monte. (8:2-5)

El santuario en el cual Jesús es ministro es infinitamente superior a aquel en que los sacerdotes judíos ministraban. Como era de esperarse, el Sacerdote superior ministra en un santuario superior. No ministra en un templo de cedro y oro o en uno de mármol blanco, aunque pueda ser muy bello e impresionante, mucho menos en un tabernáculo hecho con piel de animales. Al momento de escribir Hebreos, el tabernáculo había dejado de usarse hacía mil años, y el templo herodiano no duraría de pie más de cinco años. Pero el santuario de Jesús está en el verdadero tabernáculo que levantó el Señor, y no el hombre, y no puede deteriorarse, desmoronarse o destruirse.

Aquí no se usa la palabra verdadero como antónimo de falso. El tabernáculo verdadero israelita no se contrasta aquí con los tabernáculos o templos falsos de sus vecinos paganos. Tampoco es la idea decir que el tabernáculo de los israelitas fuera falso en algún sentido. Era temporal e inadecuado, pero no falso. Aquí se usa verdadero como antónimo de vago o irreal. La comparación es entre típico y temporal y entre real y permanente. "Dando el Espíritu Santo a entender con esto que aún no se había manifestado el camino al Lugar Santísimo, entre tanto que la primera parte del tabernáculo estuviese en pie. Lo cual es símbolo para el tiempo presente..." (Heb. 9:8-9a).

Ciertos filósofos místicos griegos sostenían que todo lo que vemos y oímos y el tacto no es más que una sombra o reflejo de una contraparte "real" en otro mundo. El mundo que

experimentamos no es el mundo real, verdadero; es sólo una representación, una copia efímera. En algún lugar se encuentra el verdadero caballo universal, por ejemplo, por lo cual los que montamos son sombras. En algún lugar está la verdadera silla, por lo cual en aquellas que nos sentamos son solo reflejos.

El escritor de Hebreos dice mucho de lo mismo, y él no era filósofo griego. Él estaba escribiendo la revelación de Dios. Pero en cierto sentido esos filósofos no estaban demasiado lejos en lo que respecta a la integridad, la perfección y la permanencia, nuestro mundo físico que es menos real que el eterno. El antiguo pacto y todos sus rituales y ceremonias y altares y sacrificios y tabernáculo y templos, no eran más que sombras y tipos, imágenes y reflejos, de las realidades de lo Nuevo. Todos estos tenían patrones celestiales. La adoración terrenal, incluso la más sincera y piadosa, es solo un remoto reflejo de cómo es la adoración en el cielo. El sacerdocio terrenal es solo una sombra inadecuada del verdadero sacerdocio.

Porque todo sumo sacerdote está constituido para presentar ofrendas y sacrificios; por lo cual es necesario que también éste tenga algo que ofrecer. (8:3)

El versículo 3 comienza a tomar el argumento de lo general a lo particular. La pregunta probablemente saldría en este punto, "Si Cristo ha terminado su trabajo y está sentado en cielo, ¿no tiene nada que hacer ahora? ¿Está terminado todo su trabajo sacerdotal?" Como acabamos de mencionar, la respuesta es: No. Su sacrificio ha terminado; Su trabajo expiatorio es terminado. Pero todo su ministerio sacerdotal no ha terminado. Si todo sumo sacerdote está constituido para presentar ofrendas y sacrificios, entonces Jesucristo, como Sumo Sacerdote perfecto, no puede hacer menos. Él es un verdadero sacerdote que está ministrando.

En nuestra discusión sobre Hebreos 5, analizamos brevemente la distinción entre las ofrendas y sacrificios. Las ofrendas se referían a las oblaciones de harina y los sacrificios a las dedicatorias de sangre. Las ofrendas de obsequios fueron entregadas para representar dedicación personal, compromiso y acción de gracias al Señor. Las ofrendas de sangre, por otro lado, eran para limpieza del pecado. Los sacerdotes fueron responsables de ofrecer ambos. Ni siquiera la ofrenda de comida más simple podría ser hecha por un laico mismo. Él trajo la ofrenda, pero podría ser presentada a Dios solo por un sacerdote.

Jesús ya ha ministrado el último sacrificio de sangre que es suficiente para todas las personas en todos los tiempos. Este trabajo suyo está completamente terminado, porque no hay necesidad, y para siempre no habrá necesidad, de cualquier sacrificio adicional

para la purificación del pecado. Pero la necesidad es que su pueblo redimido llegue a la dedicación y el compromiso, y la acción de gracias que no ha terminado. Estos regalos de alabanza y acción de gracias, Jesús continúa ministrando por nosotros ante Su padre.

Ninguno de nosotros puede alabar a Dios, o agradecerle, o comprometerse o dedicarse a la adoración, obediencia y servicio a Él, separadamente de Jesucristo. Así como ningún israelita podría ofrecer ya sea un regalo o un sacrificio a Dios, excepto a través de un sacerdote, así que los cristianos tampoco pueden hacerlo, excepto a través de su Sumo Sacerdote. No podemos confesar el pecado ni buscar el perdón separados de Cristo, más de lo que podríamos haber llegado a Dios separados de Cristo. Cualquier cosa de cualquier valor o alcance que hagamos como creyentes, debe hacerse a través de nuestro Señor. "Y todo lo que hacéis, sea de palabra o de hecho, hacedlo todo en el nombre del Señor Jesús, dando gracias a Dios Padre por medio de él." (Col. 3:17; ver Efesios 5:20).

Evidentemente, es necesario que Jesús continúe ministrando en nuestro nombre. Él continuamente trae los dones: la adoración, la alabanza, el arrepentimiento, la dedicación, el agradecimiento, de los corazones de Su pueblo ante el Padre.

Así que, si estuviese sobre la tierra, ni siquiera sería sacerdote, habiendo aún sacerdotes que presentan las ofrendas según la ley; los cuales sirven a lo que es figura y sombra de las cosas celestiales, como se le advirtió a Moisés cuando iba a erigir el tabernáculo, diciéndole: Mira, haz todas las cosas conforme al modelo que se te ha mostrado en el monte. (8: 4-5)

Si el Templo todavía estuviera en pie, "Él no sería sacerdote en absoluto", así Jesús no podría ministrarnos en la tierra bajo los términos del Antiguo Pacto. Durante Su ministerio terrenal, Jesús sanó a los enfermos, resucitó a los muertos, predicó en la ladera del monte y en la sinagoga, perdonó pecados, y se llamó a sí mismo el verdadero Hijo de Dios. Pero Él nunca reclamó el derecho a ministrar en el Templo. No se aventuró a acercarse un paso más hacia los santuarios interiores que cualquier otro judío de su época que no fuera sacerdote. Él no era de la tribu sacerdotal, y por lo tanto, no estaba calificado para el antiguo ministerio terrenal. Dios nunca mezcla lo oscuro con lo esencial, el tipo con el antitipo. Jesús no pudo ministrar las ofrendas antiguas en el antiguo santuario terrenal. Él ministra las nuevas ofrendas en el nuevo santuario celestial —construido por Dios, no los hombres (v. 2).

El tabernáculo cuya construcción Moisés dirigió conforme al modelo no era el original, no era el prototipo, que determinaba el patrón para el templo más elaborado y para el

infinitamente más elaborado santuario celestial. El santuario celestial no es una versión mejorada y arreglada del terrenal. Todo lo contrario. El terrenal no es más que una sombra, una copia vagamente sugestiva del celestial, que precedía al terrenal por toda la eternidad. Los dones, los sacrificios, el santuario e incluso los sacerdotes eran copias y sombras de sus contrapartes celestiales.

Una sombra no tiene sustancia, no tiene existencia o significado independiente de lo que la produce. Solamente existe como evidencia de lo real. Por supuesto, una copia puede ser útil. Por ejemplo, la copia de un contrato puede ser útil en muchas formas: para verificar los nombres, las fechas, los términos y las cosas que se acordaron. Pero en un tribunal solamente es valedero el contrato real. La copia es buena para verificar los términos, pero solo el contrato real obliga.

Entonces, ¿por qué debería alguien quedar satisfecho con una copia cuando puede tener lo real? ¿Por qué habría de quedar satisfecho un judío con el sacerdocio y los sacrificios antiguos —solamente copias y sombras del perdón y la reconciliación— cuando puede tener perdón y reconciliación reales en Jesucristo? ¿Y qué sacerdote del antiguo pacto puede compararse con el sumo sacerdote del nuevo pacto?

EL PACTO SUPERIOR

Pero ahora tanto mejor ministerio es el suyo, cuanto es mediador de un mejor pacto, establecido sobre mejores promesas. (8:6)

La silla y el santuario superiores de Jesús son evidencia de su ministerio superior. Su ministerio superior es evidencia de un pacto superior del cual Él es mediador y que tiene promesas superiores.

La palabra mediador (*mesitēs*) quiere decir alguien que está entre dos personas para unirlos, un intermediario en una disputa o conflicto. Debe representar a las dos partes. En religión, un sacerdote es un mediador entre Dios y los hombres. Muchas religiones falsas tienen sacerdotes, cuyo ministerio es hacer justamente eso, según afirman: reconciliar a los hombres con Dios o con los dioses. Por supuesto, estos son todos mediadores falsos porque, aunque puedan representar a los hombres en algún grado, no representan a Dios en absoluto. El antiguo pacto con Israel tenía sus mediadores. En los asuntos ceremoniales se trataba de los sacerdotes, y nadie más que los sacerdotes. Sin embargo, Moisés también actuó como mediador del antiguo pacto (Gál. 3:19; Éx. 20:19; Dt. 5:5). En un sentido, los profetas eran mediadores de la Palabra de Dios para Israel.

Asumiendo que los mediadores israelitas estuvieran haciendo legítimamente la obra de Dios, no eran mediadores falsos como los de las otras religiones. Pero no eran mediadores verdaderos tampoco, en el mismo sentido en que el tabernáculo terreno no era verdadero, sin ser falso (He. 8:2). Los mediadores israelitas eran verdaderos solamente en el sentido de apropiados, de ser y hacer lo que Dios quería. Sin embargo, no eran verdaderos en el sentido de eficaces. No podían juntar a Dios y a los hombres. No eran mediadores reales, solo reflejos del Mediador verdadero que había de venir. Ellos también eran solo copias y sombras.

El nuevo pacto no solo tenía un mejor Mediador, también tenía mejores promesas. Todos los pactos tienen su base en las promesas. A veces las promesas son nada más de una parte, a veces de las dos. A veces las promesas son condicionales, a veces no. Pero siempre hay promesas. En lo que a los pactos de Dios concierne, sus promesas siempre son lo importante. Los hombres incumplen sus promesas, Dios no. Los beneficios y el poder siempre están del lado de Dios; por tanto, las promesas importantes siempre son las de su parte. En consecuencia, son las promesas de Dios en el nuevo pacto las que aquí se llaman "mejores".

Porque si aquel primero hubiera sido sin defecto, ciertamente no se hubiera procurado lugar para el segundo. Porque reprendiéndolos dice: He aquí vienen días, dice el Señor, en que estableceré con la casa de Israel y la casa de Judá un nuevo pacto; (8:7-8)

El antiguo pacto no era falso, pero tenía defectos. Porque si aquel primero hubiera sido sin defecto, ciertamente no se hubiera procurado lugar para el segundo. Sus defectos y limitaciones los había descrito ya Jeremías, uno de los mismos profetas judíos. Hebreos 8:8-12, con excepción de las primeras palabras del versículo 8, es una cita directa de Jeremías 31. Lo que el escritor está diciendo es: "Vean lo que sus mismas Escrituras dicen sobre las ventajas del nuevo pacto. Deberían haber estado a la espera de un nuevo pacto y deberían haber sabido que sería superior al anterior. Uno de sus mismos profetas se lo dijo hace cientos de años". Sin embargo, millones de judíos, aun hoy, siguen aferrándose tenazmente al antiguo pacto, aun cuando sus propias Escrituras, por medio de un profeta amado por ellos, les han dicho por más de dos mil años que un nuevo pacto llegaría.

En la cita de Jeremías encontramos al menos ocho factores que muestran la superioridad del nuevo pacto con respecto al antiguo.

ESCRITO POR DIOS

Un testamento es una especie de pacto que ilustra con belleza los pactos de Dios con su pueblo. Aunque muchas personas pueden ser parte de las estipulaciones del testamento, lo escribe solo una persona: la dueña del testamento. Ningún beneficiario tiene parte en determinar sus beneficios. Solo puede aceptar o rechazar lo que el testamento le entrega, pero no lo puede cambiar.

El nuevo pacto en Cristo, el Mesías, tiene su base exclusivamente en los términos soberanos de Dios. El Señor le dijo a Jeremías: Estableceré... un nuevo pacto.

DIFERENTE DEL ANTIGUO

Por el hecho de que el pacto en Cristo sea nuevo y mejor es obvio que también es diferente en algún grado. Pero no es solamente un arreglo o una modificación. No es que sea ligeramente diferente del antiguo, sino radicalmente. Como se menciona en el punto siguiente, es semejante al antiguo en que se hizo soberanamente con el mismo pueblo. Pero su naturaleza y estipulaciones son completamente diferentes. Dios realizó un nuevo pacto, diferente al pacto que hizo con los padres de ellos (v. 9).

HECHO CON ISRAEL

En este aspecto, el nuevo pacto es exactamente como el antiguo: se hizo con Israel, con los judíos. Estableceré con la casa de Israel y la casa de Judá un nuevo pacto (v. 8; cp. v. 10). Dios nunca ha hecho un pacto con los gentiles, y según lo noto en las Escrituras, nunca lo hará. El nuevo pacto no es con la Iglesia, según parecen creer algunos. Es con el mismo pueblo que hizo el antiguo: Israel. Los gentiles pueden ser beneficiarios del nuevo pacto, como lo podían ser del antiguo (cp. Gn. 12:3). Pero los dos pactos se hacen solamente con Israel. Israel como nación rechazó a Dios habiendo rechazado a su Hijo. Pero Dios nunc ha rechazado a Israel ni ha transferido su pacto con ellos a alguien más.

El nombre original y básico de la nación judía es Israel. Después de la división trágica del reino, las dos partes se llamaron Israel (el reino del norte) y Judá (el reino del sur). Pero a las doce tribus en conjunto se les llama siempre Israel, o Israel y Judá. A veces oímos de "las tribus perdidas de Israel" en referencia a las tribus del norte que nunca regresaron de la cautividad. Pero los que no se llevó Asiria en el 722 a.C. se hicieron parte de Judá, de modo que las doce tribus aún estaban intactas. Aunque hayan perdido sus registros tribales, Dios sabe quiénes son y el hecho de que se hayan perdido para la historia humana no abroga el pacto de Dios con ellos (cp. Ap. 7:4-8).

Como ya se mencionó —y queda abundantemente claro en todo el Nuevo Testamento— los gentiles pueden participar por la fe en los beneficios del evangelio al mismo nivel de los judíos. Los gentiles podían tener parte en el pacto mosaico e incluso en el pacto abrahámico porque todas las naciones del mundo recibirían bendición en Abraham. Pero ninguno de estos pactos era con los gentiles. Jesús dijo: "la salvación viene de los judíos" (Jn. 4:22).

Dios no añadió condiciones ni exigencias a su pacto con Abraham. El pacto era sencillamente una declaración de la intención divina de bendecir a Abraham, sus descendientes y a todo el mundo, por medio de ellos. En el pacto mosaico, Dios adjuntó muchas exigencias, muchas leyes. Se le suele llamar el pacto de la ley. Israel debía obedecer todos los requisitos del pacto y en el Sinaí acordó que así lo haría. Muchas de las bendiciones prometidas a Israel estaban condicionadas a la obediencia prometida. Pero antes de entregarles los mandamientos, les dijo: "Y vosotros me seréis un reino de sacerdotes, y gente santa" (Éx. 19:6). Su llamado no estaba condicionado a la obediencia o la fidelidad. Sus bendiciones sí. Israel perdió muchas bendiciones por su desobediencia, pero nunca su llamado (Rom. 11:29). Rompió todas las leyes del pacto, pero no pudo romper el pacto. Los judíos hoy día siguen rompiendo las leyes del pacto y perdiéndose sus bendiciones. Pero, con toda su desobediencia, con toda su incredulidad y rechazo, no han roto, ni pueden romper, ninguno de los pactos que Dios ha hecho con ellos.

Cuando los gentiles reciben la salvación, se vuelven descendientes espirituales de Abraham. "Sabed, por tanto, que los que son de fe, éstos son hijos de Abraham. Y la Escritura, previendo que Dios había de justificar por la fe a los gentiles, dio de antemano la buena nueva a Abraham, diciendo: En ti serán benditas todas las naciones" (Gál. 3:7-8). El pacto abrahámico se cumple en cada uno de nosotros cuando aceptamos el único requisito del nuevo pacto: la fe en Jesucristo. "Y si vosotros sois de Cristo, ciertamente linaje de Abraham sois, y herederos según la promesa" (Gál. 3:29).

De hecho, por el momento, los gentiles están viviendo más el nuevo pacto que los judíos. Pero un día esto cambiará. Después que los gentiles hayan tenido suficiente tiempo para responder al evangelio, todo Israel será salvo (Rom. 11:26). El día de Israel está llegando. Israel volverá a ser injertada en el tronco del pacto de la salvación (cp. Rom. 11:17-24).

NO ES LEGALISTA

No como el pacto que hice con sus padres El día que los tomé de la mano para sacarlos de la tierra de Egipto; Porque ellos no permanecieron en mi pacto, Y yo me desentendí de ellos, dice el Señor. (8:9)

Las bendiciones del antiguo pacto estaban condicionadas a la obediencia de Israel a la ley que Dios les había dado en el pacto. Como Israel no cumplió, Dios se desentendió de ellos. Bajo la ley, el cuidado de Él dependía del cumplimiento de ellos. La desobediencia no abrogaba el pacto, pero los despojaba de todas sus bendiciones. Era un pacto de la ley. El nuevo pacto no es así.

INTERNO, NO EXTERNO

Por lo cual, este es el pacto que haré con la casa de Israel Después de aquellos días, dice el Señor: Pondré mis leyes en la mente de ellos, Y sobre su corazón las escribiré; Y seré a ellos por Dios, Y ellos me serán a mí por pueblo. (8:10)

El nuevo pacto tendrá una forma de ley diferente; interna, no externa. Bajo la antigua economía, todo era principalmente externo. Bajo el antiguo pacto, la obediencia existía principalmente por el temor al castigo. Bajo el nuevo, es por amor y acción de gracias en adoración. Antes, Dios entregó su ley en tablas y ellos debían escribirla en las muñecas, en la frente y en los marcos de las puertas para recordarla (Dt. 6:8-9). Por supuesto, aun cuando Dios entregó la ley antigua, pretendía que estuviera en el corazón de su pueblo (Dt. 6:6). Pero no podían escribirla en sus corazones como la escribían en los marcos de las puertas. Y para aquel entonces, los creyentes no habían recibido al Espíritu Santo, el único que puede cambiar los corazones. Sin embargo, el Espíritu escribe ahora la ley de Dios en la mente y en el corazón de quienes le pertenecen. En el nuevo pacto la adoración verdadera es interna, no externa; real, no ritual (cp. Ez. 11:19-20; 36:26-27; Jn. 14:17).

PERSONAL

Y ninguno enseñará a su prójimo, Ni ninguno a su hermano, diciendo: Conoce al Señor; Porque todos me conocerán, Desde el menor hasta el mayor de ellos. (8:11)

Al ser interno, el nuevo pacto debía ser personal. Y no es personal solamente porque la ley de Dios (su Palabra) esté escrita en nosotros, sino porque su Espíritu (que es una persona) está en nosotros. Todo creyente tiene un Consolador interno, un Maestro residente, un Amigo residente. "Mas el Consolador, el Espíritu Santo, a quien el Padre enviará en mi nombre, él os enseñará todas las cosas, y os recordará todo lo que yo os he dicho" (Jn-14:26).

OTORGA PERDÓN TOTAL

Porque seré propicio a sus injusticias, Y nunca más me acordaré de sus pecados y de sus iniquidades. (8:12)

Esta es la piedra angular del Nuevo Pacto. Esto es lo que los hombres necesitan más que cualquier otra cosa, —y lo que el Antiguo Pacto es figura, pero que no pudo dar. La promesa del Antiguo Testamento finalmente es ¡cumplida! Bajo el Antiguo Pacto, los pecados nunca podrían ser realmente olvidados, porque nunca fueron realmente perdonados. Solo estaban cubiertos, presagiando y anticipando el verdadero perdón en Jesucristo. Pero para aquellos que pertenecen a su amado Hijo, —ya sea que creyeran bajo el Antiguo Pacto o bajo el Nuevo— Dios olvida cada pecado.

ES PARA AHORA

Al decir: Nuevo pacto, ha dado por viejo al primero; y lo que se da por viejo y se envejece, está próximo a desaparecer. (8:13)

He aquí la piedra angular del nuevo pacto. Es esto lo que necesitan los hombres, más que cualquier otra cosa; es esto lo que describía el antiguo pacto pero no podía dar. ¡Finalmente se cumple la promesa del Antiguo Testamento! Bajo el antiguo pacto, no había olvido real de los pecados porque no había perdón real de ellos. Solo quedaban cubiertos, indicando y anticipando el perdón verdadero en Jesucristo. Pero para quienes pertenecen al Hijo —ya sea que hayan creído bajo el antiguo pacto o bajo el nuevo Dios olvida todo pecado.

ES PARA AHORA

Al decir: Nuevo pacto, ha dado por viejo al primero; y lo que se da por viejo y se envejece, está próximo a desaparecer. (8:13)

Al testificar del evangelio con los judíos —hoy o en tiempos del Nuevo Testamento—, una de las más grandes piedras de tropiezo para ellos es la idea de que el antiguo pacto ha muerto; que ya no es válido ni para ellos ni para nadie más. Dios ya no honra más ese pacto. Ha hecho otro, infinitamente mejor que el antiguo, por medio de su Hijo, Jesucristo, el Mesías de los judíos. Para los judíos es difícil darse cuenta de que el Antiguo Pacto con sus leyes y ceremonias era solamente un símbolo, un retrato del plan de Dios para ellos y para el mundo.

Su negación a reconocer que Jesús es el Mesías es como una persona que tiene una foto de un amigo que perdió hace tiempo. Mira frecuentemente la foto con amor, esperanza y

ansias. La foto es una representación y un recordatorio hermoso de su amigo, y por ello la foto como tal se vuelve muy querida. Un día el amigo aparece y dice; "Aquí estoy en carne y hueso, en persona". Pero la persona que ha venido a ver sigue viendo la foto sin reconocer nunca la presencia de su amigo. Se ha enfocado tanto en la foto que no reconocería a quien está en la foto cuando la persona apareciera. El símbolo ha sustituido la realidad. El símbolo recibe el trato de lo real y a lo real se le considera irreal. La foto no puede hacer nada y todo lo que el amigo pudiera hacer por él no se hace.

El símbolo del antiguo pacto no es malo, nunca lo fue. Tenía un propósito hermoso que Dios le dio. Señalaba al Hijo, representaba al Hijo, indicaba al Hijo, antes de que viniera a la Tierra. Pero ahora el Hijo ha venido, el símbolo ya no tiene ningún propósito y la intención de Dios es descartarlo.

Solo con decir que venía un nuevo pacto, Dios hizo viejo al primero, que ya no es válido. De hecho, desaparecería. El escritor humano de Hebreos no tenía ni idea de cómo se cumpliría esta verdad pocos años después de haber escrito esto. Cuando Tito destruyó a Jerusalén, destruyó el templo, que se había terminado hacía poco tiempo. Sin templo, no había altar, no había Lugar Santísimo. Por tanto, no podía haber sacrificios ni sacerdocio que ministrara. Y sin el sacerdocio y sus sacrificios no podía haber antiguo pacto. Se había terminado. Cuando el autor escribió el versículo 13, el pacto obsoleto estaba próximo a desaparecer. En menos de cinco años desaparecería completamente.

En realidad, el antiguo sistema de sacrificios terminó cuando el velo del templo se rasgó en dos y Cristo consumó su sacrificio (Mt. 27:50-51; Mr. 15:37-39; Lc. 23:44-46). Para ese momento, el sacrificio único e irrepetible de Cristo culminó con el resultado de que todos los hombres tenían en Cristo acceso directo a Dios (1 Ti. 2:5-6). La destrucción del templo completó la clausura del Antiguo Pacto, quitando el lugar de sacrificios que ya no tenía, hace tiempo, ningún propósito.

La era de la ley mosaica y del sacerdocio levítico se había terminado. La era del Hijo había llegado para siempre.

20 El Nuevo Pacto-parte dos (9: 1-14)

Ahora bien, aun el primer pacto tenía ordenanzas de culto y un santuario terrenal. Porque el tabernáculo estaba dispuesto así: en la primera parte, llamada el Lugar Santo, estaban el candelabro, la mesa y los panes de la proposición. Tras el segundo velo estaba la parte del tabernáculo llamada el Lugar Santísimo, el cual tenía un incensario de oro y el arca del pacto cubierta de oro por todas partes, en la que estaba una urna de oro que contenía el maná, la vara de Aarón que reverdeció, y las tablas del pacto; y sobre ella los querubines de gloria que cubrían el propiciatorio; de las cuales cosas no se puede ahora hablar en detalle. Y así dispuestas estas cosas, en la primera parte del tabernáculo entran los sacerdotes continuamente para cumplir los oficios del culto; pero en la segunda parte, sólo el sumo sacerdote una vez al año, no sin sangre, la cual ofrece por sí mismo y por los pecados de ignorancia del pueblo; dando el Espíritu Santo a entender con esto que aún no se había manifestado el camino al Lugar Santísimo, entre tanto que la primera parte del tabernáculo estuviese en pie. Lo cual es símbolo para el tiempo presente, según el cual se presentan ofrendas y sacrificios que no pueden hacer perfecto, en cuanto a la conciencia, al que practica ese culto, ya que consiste sólo de comidas y bebidas, de diversas abluciones, y ordenanzas acerca de la carne, impuestas hasta el tiempo de reformar las cosas. Pero estando ya presente Cristo, sumo sacerdote de los bienes venideros, por el más amplio y más perfecto tabernáculo, no hecho de manos, es decir, no de esta creación, y no por sangre de machos cabríos ni de becerros, sino por su propia sangre, entró una vez para siempre en el Lugar Santísimo, habiendo obtenido eterna redención. Porque si la sangre de los toros y de los machos cabríos, y las cenizas de la becerra rociadas a los inmundos, santifican para la purificación de la carne, ¿cuánto más la sangre de Cristo, el cual mediante el Espíritu eterno se ofreció a sí mismo sin mancha a Dios, limpiará vuestras conciencias de obras muertas para que sirváis al Dios vivo? (9:1-14)

Dios nunca le pide a nadie que renuncie a alguna cosa, sin que Él, le ofrezca algo mucho mejor a cambio. El principal obstáculo en el camino a la fe de los hebreos era su incapacidad de ver que todas las cosas que estaban relacionadas con la ley ceremonial (el pacto, los sacrificios, el sacerdocio y el ritual) eran preparatorias y transitorias. De modo que el escritor se da a la labor de perseguir una revelación definitivamente más clara del carácter mejor del nuevo pacto.

En consecuencia, en Hebreos 9:1-14 se siguen contrastando los pactos antiguo y nuevo. La primera parte del pasaje (vv. 1-10) delinea o resume las características del antiguo, mientras la segunda parte (vv. 11-14) delinea las características del nuevo.

CARACTERÍSTICAS DEL ANTIGUO PACTO

Ahora bien, aun el primer pacto tenía ordenanzas de culto y un santuario terrenal.
(9:1)

El primer pacto no carecía de valor u objeto. Dios lo dio y Él no hace nada sin valor u objeto. Por medio del antiguo pacto, Dios prescribió algunas clases de culto y un lugar especial para adorar. Pero era temporal, lo cual se mostraba por el carácter terrenal del santuario. El santuario y su culto fueron institución divina, pero eran temporales, como la Tierra. Dios los ordenó para dar una descripción hermosa, con significado y detallada del Mesías eterno.

El escritor de Hebreos hace muchas comparaciones. Ha comparado a los profetas, a los ángeles, a Josué y a Aarón con Cristo; siempre señalando y demostrando la superioridad de Cristo. Pero nunca menosprecia a las personas que compara con Cristo o su obra. De hecho, exalta a los profetas, a los ángeles, a Aarón, a Moisés y al antiguo pacto. No compara a Cristo con personas o cosas que fueran insignificantes o carentes de significado sino con los ordenados por Dios, fieles y con un propósito. No intenta levantar a Cristo menospreciándolos a ellos. Todo lo contrario: los ensalza y alaba. Así, exalta aún más a Cristo. Cuanto más ensalce legítimamente a las otras personas o cosas, tanto más ensalza a Jesús, más superior demuestra ser.

Dios instituyó las ordenanzas de culto, los ritos y las ceremonias para que ayudaran a mostrar a su Hijo, el Mesías, el Salvador verdadero. Eran servicios divinos, pero eran servicios temporales, realizados en un santuario temporal. Los versículos del 2-10 mencionan tres cosas sobre el culto antiguo: su santuario, sus servicios y su importancia.

EL SANTUARIO ANTIGUO

Porque el tabernáculo estaba dispuesto así: en la primera parte, llamada el Lugar Santo, estaban el candelabro, la mesa y los panes de la proposición. Tras el segundo velo estaba la parte del tabernáculo llamada el Lugar Santísimo, el cual tenía un incensario de oro y el arca del pacto cubierta de oro por todas partes, en la que estaba una urna de oro que contenía el maná, la vara de Aarón que reverdeció, y las tablas

del pacto; y sobre ella los querubines de gloria que cubrían el propiciatorio; de las cuales cosas no se puede ahora hablar en detalle. (9:2-5)

Esta es una descripción breve del santuario antiguo; primero del tabernáculo y después del templo. Sin embargo, aquí el énfasis está en el tabernáculo. Fue el primer santuario, además del más temporal y más terrenal. Por ende, sirve para ilustrar mejor la idea del autor. Estaba hecho principalmente de pieles y era transportable. Aun desde el punto de vista humano era la esencia de lo que no permanece. Daba toda la impresión de ser transitorio.

En la Biblia, hay solo dos capítulos dedicados a la creación, aunque hay como cincuenta enfocados en el tabernáculo (véase especialmente Ex. 25— 40). El tabernáculo es importante y exige atención en nuestro estudio porque es un retrato gigante de Jesucristo. Todo lo que se puede ver en el tabernáculo, puede verse en Él.

El atrio del tabernáculo tenía poco más de cuarenta y cinco metros de largo y casi veintidós de ancho. Su única puerta, al lado oriental, medía más de nueve metros de ancho y dos metros de alto, para permitir la entrada al mismo tiempo de varias personas. Es una descripción gráfica de Jesucristo, que dijo: "Yo soy el camino" y "yo soy la puerta". Tal como había una entrada única al tabernáculo, hay un solo camino a Dios: Jesucristo es el único camino y la única puerta. El cristianismo no es exclusivo porque los cristianos lo hayan hecho así, sino porque Dios lo hizo así. Por supuesto, a lo largo de la historia los cristianos han hecho que la iglesia terrenal sea exclusiva de muchas formas erradas. Pero Dios ha hecho que su Iglesia eterna sea exclusiva intencionalmente. Solo se puede entrar a ella por medio de Jesucristo.

El primer accesorio en el atrio exterior era el altar de bronce. Estaba hecho de madera de acacia revestida en bronce. Medía poco más de 2 metros cuadrados, estaba a más de 1 metro del nivel del piso y en la parte superior tenía una rejilla de bronce. Los carbones se ubicaban debajo de la rejilla y los sacrificios encima. En las cuatro esquinas del altar había cuernos para atar al animal cuando lo iban a sacrificar. El altar de bronce también es una descripción perfecta de Jesucristo, el sacrificio por el pecado.

El siguiente accesorio en el patio era el lavatorio, hecho también de bronce. Los sacerdotes lo usaban para lavarse las manos, e incluso los pies después de hacer los sacrificios de sangre. Esta es una descripción de Jesucristo como aquel que limpia a su pueblo. Una vez hemos recibido perdón por nuestros pecados por el sacrificio de Cristo, seguimos necesitando su limpieza diaria para restaurar la comunión y el gozo.

Siguiendo más hacia el occidente, al cruzar el atrio, se llegaba al tabernáculo como tal: casi 14 metros de largo, por 4.5 de ancho, por 4.5 de alto. El Lugar Santo ocupaba dos tercios del área lo cual quiere decir que el Lugar Santísimo era un cubo perfecto de aproximadamente 4.5 metros. Solo los sacerdotes podían entrar al Lugar Santo, donde había tres accesorios. El escritor de Hebreos menciona solo dos porque, como él dice, son cosas de las que no se puede ahora hablar en detalle (9:5).

El lugar Santo. A la izquierda, cuando el sacerdote entraba, había un candelabro de oro sólido con siete brazos, cada uno lleno de aceite puro de oliva. A la derecha, estaba la mesa donde se ponían los panes de la proposición. La mesa, como la base del altar, era de madera de acacia recubierta de oro. Tenía 90 centímetros de largo, 15 de ancho y 68 de alto. Cada sábado ponían doce panes de pan recién hecho sobre ella, uno por cada una de las doce tribus. Al final de la semana, los sacerdotes, y nada más que los sacerdotes, tenían permitido comerse los panes. Más allá, en el centro del Lugar Santo, estaba el incensario. También era de madera de acacia recubierto de oro, medía 30 centímetros por 45 y alrededor de 90 de alto. Sobre este altar estaban los carbones encendidos del altar de bronce en el atrio, donde se hacían los sacrificios.

Estos tres accesorios también describen a Cristo. Todo lo que había en el patio estaba relacionado con la salvación y la limpieza de los pecados. Jesús cumplió su sacrificio en la Tierra, fuera de la presencia celestial de Dios. El atrio exterior era accesible a todo el pueblo, como Cristo era accesible a todo quien fuera a Él. Pero en su santuario celestial está aislado del mundo, aun temporalmente hasta para su propio pueblo. Desde este lugar celestial Jesús ilumina ahora nuestro camino (descrito por el candelabro dorado), nos sustenta (descrito por los panes de la proposición) e intercede por nosotros (descrito por el incensario).

Jesús dijo: "Entre tanto que estoy en el mundo, luz soy del mundo" (Jn. 9:5). Cuando dejó el mundo, este quedó en tinieblas y Él es la luz de la vida solo para los creyentes. Es la luz que dirige nuestros caminos, el único que, a través del Espíritu, ilumina nuestra mente para entender la verdad espiritual. El único que, por el Espíritu que nos habita, nos guía a través de un mundo en oscuridad. Él es nuestra luz.

Jesús es nuestro sustento. Él es nuestra mesa del pan sagrado. Él es el único quien nos alimenta todos los días, quien nos sostiene con la Palabra. La Palabra no es solo nuestra comida sino nuestra luz. Y el aceite es el Espíritu de Dios, quien ilumina la Palabra para nosotros. El altar de incienso representa a Jesús intercediendo por nosotros, el sacrificio perfecto convirtiéndose en el intercesor perfecto.

El Lugar Santísimo. Tras el segundo velo estaba la parte del tabernáculo llamada el Lugar Santísimo, donde solo podía entrar el sumo sacerdote, y solamente una vez al año, el día de la expiación. En este lugar, el más santo de los lugares terrenales, no había más que un accesorio: el arca del pacto. En ella había tres artículos extremadamente preciosos: una urna de oro que contenía el maná, la vara de Aarón que reverdeció, y las tablas del pacto. Estaba hecha de madera de acacia cubierta de oro, tenía alrededor de noventa centímetros de largo, sesenta y siete y medio de ancho y sesenta de alto. En la tapa estaba el propiciatorio, donde estaban los querubines de gloria, figuras angélicas hechas de oro sólido. Entre las alas de esos ángeles, en el propiciatorio, Dios se encontraba con los hombres. “Y de allí me declararé a ti, y hablaré contigo de sobre el propiciatorio, de entre los dos querubines que están sobre el arca del testimonio, todo lo que yo te mandare para los hijos de Israel” (Éx. 25:22). Si Dios y el hombre se iban a encontrar, el encuentro solo podría ocurrir allí.

Lamentablemente, bajo la economía del Antiguo Testamento solamente una persona podía entrar al Lugar Santísimo y con muchas limitaciones. Para todo propósito práctico, el hombre no tenía acceso a Dios en absoluto. Los sacerdotes regulares no podían ir más allá de la primera parte del santuario y la persona del común no podía ir más allá del atrio exterior.

El único mobiliario en el Lugar Santísimo era el arca, que representa a Jesucristo, la propiciación verdadera. Cuando conocemos a Jesucristo como Salvador, llegamos a la presencia de Dios, al verdadero Lugar Santísimo. Dios ya no está en contacto con el hombre entre las alas de querubines en un propiciatorio dorado. Está en contacto con los hombres en su Hijo, por medio del cual el velo se partió en dos. Jesucristo es el propiciatorio. Solo sobre la base de la sangre de un cordero tendría Dios comunión con Israel, y solo sobre la base de la sangre de Cristo la tendrá con los hombres. Cuando Juan usa el término “propiciación” en 1 Juan 2:2, relaciona a Jesús con el propiciatorio, pues la misma palabra *hilastērion*, se usa para el propiciatorio en la LXX de Éxodo 25:17.

El antiguo pacto tenía un santuario con descripciones y símbolos divinos, pero era terrenal y temporal y nunca proporcionó acceso verdadero a Dios.

LOS SERVICIOS ANTIGUOS

Y así dispuestas estas cosas, en la primera parte del tabernáculo entran los sacerdotes continuamente para cumplir los oficios del culto; pero en la segunda

parte, sólo el sumo sacerdote una vez al año, no sin sangre, la cual ofrece por sí mismo y por los pecados de ignorancia del pueblo; (9:6-7)

El antiguo pacto tenía servicios divinos en su santuario. Todos los días, los sacerdotes debían recortar las mechas, añadir aceite al candelabro y poner incienso en el incensario. Todos los sábados debían cambiar los doce panes de la proposición. Entraban y salían continuamente del Lugar Santo, ministrando por el pueblo. Su trabajo no terminaba. En esto son imagen de Jesucristo, que no cesa de iluminarnos, sustentarnos e interceder por nosotros. Esta labor suya es perpetua, continua e incesante. Es maravilloso que nuestro Señor nunca detenga su labor sacerdotal por nosotros. Es un Sumo Sacerdote que vive para siempre.

Sin embargo, nada describe a Cristo tan perfectamente como la labor del sumo sacerdote en el Lugar Santísimo durante el día de la expiación (Yom Kipur), resumida en el versículo 7.

Cuando un israelita pecaba, su comunión con Dios cesaba. En consecuencia, los sacrificios por el pecado nunca terminaban y la obra sacerdotal nunca estaba completa. Sin embargo, a pesar de los sacrificios continuos, se acumulaban muchos pecados desconocidos u olvidados por los cuales no se había ofrecido sacrificio. El propósito del día de la expiación era hacer sacrificio por todos esos pecados que aún no se habían cubierto.

Era un día grandioso para la liberación de la conciencia (véase Lv. 16). El israelita sabía que cualquier pecado olvidado en los sacrificios diarios sería ahora considerado. La pizarra quedaba completamente limpia, al menos simbólicamente, por un tiempo. Yom Kipur era un tiempo de liberación y alivio. El judío devoto anhelaba el día de la expiación. No podía entrar por sí mismo a la presencia de Dios, pero el sumo sacerdote lo haría por él y él recibiría liberación.

En el día de la expiación, el sacerdote se limpiaba ritualmente desde muy temprano y vestía sus ropas elaboradas, con el pectoral (para dar a entender que llevaba al pueblo cerca al corazón) y el efod (sobre los hombros, para dar a entender que tenía el poder para ellos) que representaban las doce tribus. Entonces comenzaba su sacrificio diario. A diferencia de Cristo, debía hacer sacrificios por sus propios pecados. Es muy probable que hubiera matado veintidós animales diferentes antes de llegar al acontecimiento conocido como la expiación. Durante este día su labor era muy ajetreada y sangrienta. Después de finalizar todos estos sacrificios, se quitaba su vestimenta de gloria y belleza y volvía a

bañarse completamente. Luego se ponía un vestido de lino blanco, sin ninguna decoración u ornamento y realizaba el sacrificio de expiación.

En este ritual, el sumo sacerdote simbolizaba a Jesucristo que, en la verdadera obra perfecta de expiación, se despojó de toda su gloria y belleza hasta hacerse el más humilde de los humildes. Se vistió de carne humana, pura pero sin adorno alguno. Y en toda su humildad nunca perdió su santidad.

Cuando el sumo sacerdote terminaba la expiación, volvía a vestir el traje de gloria y belleza, describiendo aún más la obra de nuestro Señor. Jesús dijo en su oración sacerdotal, anticipando lo que ocurriría tras la crucifixión y la resurrección, lo siguiente: “Ahora pues, Padre, glorifícame tú al lado tuyo, con aquella gloria que tuve contigo antes que el mundo fuese” (Jn. 17:5). Lo que estaba diciendo era: “Devuélveme mis ropas. He hecho la obra expiatoria. Mi trabajo de humildad se ha terminado”.

Con el vestido de lino blanco, el sumo sacerdote retiraba los carbones del altar de bronce, donde habría de realizarse el sacrificio. Los ubicaba en un incensario dorado, junto con el incienso, y lo llevaba al Lugar Santísimo. Aquí vuelve a haber una descripción bellísima de Cristo en intercesión por los suyos ante la presencia de Dios. Luego, el sumo sacerdote salía y tomaba un novillo comprado con su propio dinero para ofrecerlo por sus propios pecados. Después de matar al novillo y ofrecerlo en sacrificio, otro sacerdote le ayudaba a recoger la sangre que se iba derramando. Él batía un poco de ella en un tazón pequeño y la llevaba al Lugar Santísimo, donde la rociaba en el propiciatorio. El pueblo podía oír el sonido de las campanas en su vestido a medida que se movía. Se apresuraba a salir y el pueblo respiraba aliviado al verlo. Si hubiera entrado al Lugar Santísimo ceremonialmente impuro, habría muerto.

Cuando salía, había dos cabritos esperándolo en el altar de bronce. En una urna pequeña había dos pajillas para decidir cuál cabrito usar en cada propósito. Una pajilla estaba marcada para el Señor y la otra para Azazel, para el chivo expiatorio. Cuando las suertes se echaban, se ataban a los cuernos de los cabritos. El designado para el Señor se sacrificaba sobre el altar. Su sangre se recogía de la misma forma que la del novillo y se batía en el tazón que se llevaba al Lugar Santísimo. Esta sangre también se regaba sobre el propiciatorio, pero esta vez por los pecados del pueblo. De nuevo, se apresuraba a salir.

Luego ponía sus manos sobre el cabrito que quedaba, el chivo expiatorio, para simbolizar que los pecados del pueblo pasaban a la cabeza del animal. Ese cabrito se liberaba en el desierto para que se perdiera y no regresara nunca.

El primer cabrito representaba la satisfacción de la justicia divina, en cuanto a que había habido pago por el pecado. El segundo representaba la satisfacción de la conciencia del hombre por saberse libre del castigo por el pecado. Y aquí también volvemos a ver a Cristo. En su muerte, pagó por el pecado del hombre, satisfaciendo con ello la justicia de Dios; y también se llevó nuestros pecados, dándonos paz en la mente y la conciencia. En realidad, los dos cabritos son dos partes de un mismo sacrificio. “Y de la congregación de los hijos de Israel tomará dos machos cabríos para expiación, y un carnero para [un] holocausto” (Lv. 16:5). Representaban la propiciación y el perdón, dos aspectos de un solo sacrificio expiatorio.

EL SIGNIFICADO DE LO ANTIGUO

Dando el Espíritu Santo a entender con esto que aún no se había manifestado el camino al Lugar Santísimo, entre tanto que la primera parte del tabernáculo estuviese en pie. Lo cual es símbolo para el tiempo presente, según el cual se presentan ofrendas y sacrificios que no pueden hacer perfecto, en cuanto a la conciencia, al que practica ese culto, ya que consiste sólo de comidas y bebidas, de diversas abluciones, y ordenanzas acerca de la carne, impuestas hasta el tiempo de reformar las cosas. (9:8-10)

En la ilustración del santuario antiguo y sus servicios, el Espíritu Santo enseña al menos tres cosas. Primera, la adoración a Dios estaba limitada en el antiguo pacto. No había acceso a Dios. El pueblo, aun el sumo sacerdote, no podía acercarse más. Segunda, el Espíritu quiere enseñar la limpieza imperfecta que se alcanzaba por medio de los sacrificios antiguos. Los israelitas nunca sabían si en verdad habían recibido el perdón. El chivo expiatorio se soltaba en el desierto, pero siempre había la posibilidad de que volviera al campamento. No había libertad de conciencia, no había seguridad de la purificación. Tercera, el Espíritu enseña que el antiguo pacto era temporal. Sin importar si el chivo expiatorio encontraba el camino de vuelta, los sacrificios —diarios y anuales— debían repetirse todos. El antiguo pacto era limitado, imperfecto y temporal. La provisión del nuevo pacto debía alcanzar a todos los creyentes del pasado para darles acceso, pureza y salvación permanente.

No había acceso (la purificación era limitada). Mientras el tabernáculo estuvo de pie, no había camino a la presencia de Dios. No había acceso. El pueblo ni siquiera podía entrar al Lugar Santo, mucho menos al Lugar Santísimo. Todo tenía la intención de probar que sin un Redentor, sin un Mesías, sin un Salvador, no habría acceso a Dios. El Espíritu Santo enseñaba la imposibilidad del acceso a Dios sin un sacerdote perfecto, un sacrificio

perfecto y un pacto perfecto. Al no permitir que el pueblo llegara más allá del atrio, ilustraba que por medio del judaísmo no habría acceso a Él, solo el símbolo de un acceso.

Solo cuando Jesús murió y ascendió al cielo llevó “cautiva la cautividad” y dio a los creyentes acceso a la presencia de Dios. “Subiendo a lo alto, llevó cautiva la cautividad, y dio dones a los hombres. Y eso de que subió, ¿qué es, sino que también había descendido primero a las partes más bajas de la tierra?” (Ef. 4:8-9). Tal es la fuente del acceso completo a Dios y la obtuvimos por el sacrificio perfecto de Jesús, su sacerdocio perfecto y su pacto perfecto. Solamente Jesús puede llevarnos a la presencia de Dios en el cielo. El camino al Lugar Santo celestial no podría abrirse mientras el primer tabernáculo estaba en pie.

Purificación imperfecta. Aun con todas las ceremonias y rituales, era imposible alcanzar una purificación perfecta del pecado. La imperfección específica a la cual este pasaje hace alusión es la de la conciencia. El antiguo pacto era imperfecto en todos los sentidos, pero el escritor solamente seleccionó unos cuantos para ilustrar su idea.

La palabra símbolo (parabolē) se refiere a ubicar las cosas lado a lado para compararlas. Lo antiguo se ubica junto a lo nuevo para comparar las dos cosas. De esta palabra griega obtenemos parábola. Lo antiguo no era más que una parábola, una lección, para Israel. Los sacrificios nunca tuvieron el propósito de limpiar el pecado, solamente simbolizaban esa limpieza. La conciencia de quien sacrificaba nunca estuvo libre del sentimiento de culpa porque la culpa seguía ahí. La limpieza era completamente externa. En consecuencia, no podía tener nunca una conciencia clara, un sentimiento de perdón profundo y duradero.

Pureza temporal. La limpieza, al igual que todo el pacto, no era solamente limitada e imperfecta, sino temporal. Consistía solo de comidas y bebidas, de diversas abluciones, y ordenanzas acerca de la carne, impuestas hasta el tiempo de reformar las cosas. Nunca se pretendió que este sistema durara para siempre. Nunca se pretendió que durara toda la historia humana. Su institución se dio miles de años después del comienzo de la historia humana y terminó miles de años antes del final de la historia humana. A día de hoy, han pasado casi dos mil años desde la última vez que hubo un sacrificio en el templo.

La palabra **reformular** viene de *diorthōsis* (se usa solo aquí) y significa “enderezar”; es decir, corregir, arreglar, poner derecho. Solo el nuevo pacto en Cristo endereza las cosas, y los antiguos símbolos y formas estaban destinados a servir solo hasta el tiempo de reformar las cosas. El antiguo pacto nunca fue capaz de arreglar las cosas entre Dios y el

hombre. Su propósito solo era simbolizar ese arreglo hasta que ocurriera el sacrificio verdadero y eficaz, el sacrificio que “reformó” al hombre desde adentro, no meramente en lo externo.

El antiguo santuario, los servicios y su significado tenían gran importancia y propósito, mucho propósito. Pero eran limitados, imperfectos y temporales, por lo cual no eran satisfactorios. Describían a Cristo, pero no podían llevar a cabo su obra. De hecho, parte de su propósito era mostrar a Israel que solo eran imágenes de las cosas mejores por venir. No solo describían a Cristo, sino que mostraban cuán inadecuadas eran.

CARACTERÍSTICAS DEL NUEVO PACTO

Pero estando ya presente Cristo, sumo sacerdote de los bienes venideros, por el más amplio y más perfecto tabernáculo, no hecho de manos, es decir, no de esta creación, y no por sangre de machos cabríos ni de becerros, sino por su propia sangre, entró una vez para siempre en el Lugar Santísimo, habiendo obtenido eterna redención. Porque si la sangre de los toros y de los machos cabríos, y las cenizas de la becerra rociadas a los inmundos, santifican para la purificación de la carne, ¿cuánto más la sangre de Cristo, el cual mediante el Espíritu eterno se ofreció a sí mismo sin mancha a Dios, limpiará vuestras conciencias de obras muertas para que sirváis al Dios vivo? (9:11-14)

Ya se han mencionado o insinuado muchas características del nuevo pacto en la explicación del antiguo. Pero el escritor se enfoca aquí en varias especialmente importantes al contrastar los dos pactos.

Siguiendo el patrón usado para demostrar lo inadecuado del antiguo pacto (vv. 1-10), describe brevemente el nuevo santuario, nuevo servicio y nuevo significado. Como siempre, la idea no es menospreciar el antiguo, sino mostrar que es una sombra incompleta. Para condensar los versículos 13 y 14, el Espíritu Santo dice: “Si estas cosas viejas eran tan buenos símbolos, ¡cuánto mejores serán las cosas reales que aquellas simbolizaban! Si el pacto externo, físico y temporal, lograba tan bien su propósito, ¡cuánto mejor será el interno, espiritual y eterno en cumplir su propósito!”.

EL SANTUARIO NUEVO

Pero estando ya presente Cristo, sumo sacerdote de los bienes venideros, por el más amplio y más perfecto tabernáculo, no hecho de manos, es decir, no de esta creación. (9:11)

Primero de todo, Cristo, como sumo sacerdote celestial, tiene un santuario infinitamente mayor para ministrar. Dios diseñó el antiguo tabernáculo, pero estaba hecho por hombres, con material de la creación física presente. Para aquel tiempo y para su propósito, era impresionante. Y en su interior, donde solo podían entrar los sacerdotes, también era hermoso, sin duda. Pero solo era una carpa. No se menciona aquí, pero el templo de Jerusalén, aunque muchísimo más magnificante que el tabernáculo, también estaba hecho con materiales de la creación presente y estaba sujeto al deterioro y la destrucción a la cual están sujetas todas las cosas de esta creación.

Sin embargo, el santuario nuevo no está hecho por hombres ni con materiales terrenales y no queda en la Tierra. Dios lo hizo en el cielo con materiales celestiales. De hecho, el santuario nuevo es el cielo. La Tierra pertenece a Dios, pero Él habita en el cielo, allí tiene su trono y su santuario (Hch. 7:48-50; 17:24). Como ha señalado varias veces el escritor de Hebreos, Jesucristo es rey y sacerdote, como Melquisedec. Y gobierna y ministra en el mismo lugar. Su santuario y su palacio son el mismo sitio. Por supuesto, en este pasaje el énfasis está en el santuario. El cielo es el más perfecto tabernáculo, no hecho de manos. Cristo ministra para nosotros en el cielo, en el salón del trono de Dios, a la diestra de Dios.

Los antiguos sacerdotes tenían que ir al Lugar Santo, para el pueblo, pero no con el pueblo. Igual ocurría con el sumo sacerdote en lo relacionado con el Lugar Santísimo, donde ni siquiera podían entrar otros sacerdotes. Pero nuestro Sacerdote celestial lleva a su pueblo con Él hasta el santuario. Nos lleva al santuario de los santuarios en el cielo; no a una presencia simbólica de Dios, sino a su presencia real. No es solamente que haya ido delante de nosotros, es que nos lleva con Él.

Si nosotros somos creyentes, ya nos ha llevado con Él. “Pero Dios, que es rico en misericordia, por su gran amor con que nos amó, aun estando nosotros muertos en pecados, nos dio vida juntamente con Cristo... y juntamente con él nos resucitó, y asimismo nos hizo sentar en los lugares celestiales con Cristo Jesús” (Ef. 2:4-6). En el instante en que Cristo nos salvó, nos llevó a la presencia del Padre donde, espiritualmente hablando, ya vivimos y viviremos para siempre con Él. En este momento vivimos con Él en lugares celestiales, en la presencia de Dios, en el salón del trono y su santuario. “Nuestra ciudadanía está en los cielos” (Fil. 3:20).

LOS SERVICIOS NUEVOS

Y no por sangre de machos cabríos ni de becerros, sino por su propia sangre, entró una vez para siempre en el Lugar Santísimo, habiendo obtenido eterna redención. (9:12)

¿Cómo ministra Cristo en su santuario celestial? ¿Qué hace como nuestro Sumo Sacerdote eterno? Principalmente, tres cosas. Primera, su servicio es por su propia sangre, no por el sacrificio de animales. El Sacrificador fue el Sacrificio. Segunda, su sacrificio ocurrió una vez, y esa vez fue suficiente para siempre por todas las personas. Tercera, obtuvo permanente y eterna redención. El limpió todos los pecados pasados, presentes y futuros en un acto único de redención.

LA IMPORTANCIA NUEVA

Porque si la sangre de los toros y de los machos cabríos, y las cenizas de la becerra rociadas a los inmundos, santifican para la purificación de la carne, ¿cuánto más la sangre de Cristo, el cual mediante el Espíritu eterno se ofreció a sí mismo sin mancha a Dios, limpiará vuestras conciencias de obras muertas para que sirváis al Dios vivo? (9:13-14)

Si el antiguo pacto, débil e imperfecto, cumplía su propósito, ¡cuánto mejor sería el nuevo pacto de Cristo, poderoso y perfecto, para cumplir su propósito! El nuevo no tenía solamente un propósito mejor, sino que lo lograba de una mejor manera, de manera perfecta. El propósito del sacrificio antiguo era simbolizar externamente la purificación del pecado. Y cumplió su propósito. Sin embargo, el propósito del sacrificio nuevo era la purificación verdadera, interna (donde realmente existe el pecado). Lograba su propósito superior de una forma superior.

No podía la sangre de los animales en los altares judíos dar paz a la conciencia culpable o borrar la mancha. Cristo, el Cordero celestial, se lleva nuestros pecados, fue un sacrificio de nombre más noble, y sangre más rica que la de ellos.

—Isaac Watts

Jesús lo hizo todo en la Tierra en obediencia al Padre por el Espíritu. Aun —de hecho, especialmente— en su sacrificio supremo, se ofreció a sí mismo sin mancha a Dios. Con ello purificó nuestra conciencia de obras muertas para que sirvamos al Dios vivo. Él libera nuestra conciencia de la culpa; una alegría y una bendición que ningún santo del Antiguo Testamento tuvo ni podía haber tenido. En Cristo, podemos acercarnos “con corazón

sincero, en plena certidumbre de fe, purificados los corazones de mala conciencia, y lavados los cuerpos con agua pura” (He. 10:22).

Los antiguos sacerdotes limpiaban lo externo, e incluso esto solo ocurría simbólicamente, de manera imperfecta y temporal. Pero Cristo nos limpia desde adentro, donde está el problema real. Hace más que purificar al viejo hombre: lo reemplaza con uno nuevo. Él purifica la conciencia, pero recrea a la persona. En Cristo, no somos viejas criaturas limpias, sino nuevas criaturas redimidas (2 Co. 5:17).

Un evangelista cuenta una experiencia de hace muchos años cuando celebraba reuniones en carpas. Un joven se le acercó y le preguntó qué podía hacer para ser salvo. El evangelista respondió: “Lo siento, es demasiado tarde”. “Oh, no —dijo el joven—. ¿Quiere decir que es demasiado tarde porque se acabaron los servicios?”. “No —dijo el evangelista—. Me refiero a que es demasiado tarde porque ya todo está hecho. Todo lo que pudiera hacerse por su salvación ya se hizo”. Después de explicarle al joven la obra completada de Cristo, lo llevó a la fe salvadora.

Nuestra salvación tiene su base en el pacto cuya obra de redención está completa, en un sacrificio que se ofreció una vez para siempre por todos, que es completo, perfecto y eterno.

21 El nuevo pacto —Parte tres (9:15-28)

Así que, por eso es mediador de un nuevo pacto, para que interviniendo muerte para la remisión de las transgresiones que había bajo el primer pacto, los llamados reciban la promesa de la herencia eterna. Porque donde hay testamento, es necesario que intervenga muerte del testador. Porque el testamento con la muerte se confirma; pues no es válido entre tanto que el testador vive. De donde ni aun el primer pacto fue instituido sin sangre. Porque habiendo anunciado Moisés todos los mandamientos de la ley a todo el pueblo, tomó la sangre de los becerros y de los machos cabríos, con agua, lana escarlata e hisopo, y roció el mismo libro y también a todo el pueblo, diciendo: Esta es la sangre del pacto que Dios os ha mandado. Y además de esto, roció también con la sangre el tabernáculo y todos los vasos del ministerio. Y casi todo es purificado, según la ley, con sangre; y sin derramamiento de sangre no se hace remisión.

Fue, pues, necesario que las figuras de las cosas celestiales fuesen purificadas así; pero las cosas celestiales mismas, con mejores sacrificios que estos. Porque no entró Cristo en el santuario hecho de mano, figura del verdadero, sino en el cielo mismo para presentarse ahora por nosotros ante Dios; y no para ofrecerse muchas veces, como entra el sumo sacerdote en el Lugar Santísimo cada año con sangre ajena. De otra manera le hubiera sido necesario padecer muchas veces desde el principio del mundo; pero ahora, en la consumación de los siglos, se presentó una vez para siempre por el sacrificio de sí mismo para quitar de en medio el pecado. Y de la manera que está establecido para los hombres que mueran una sola vez, y después de esto el juicio, así también Cristo fue ofrecido una sola vez para llevar los pecados de muchos; y aparecerá por segunda vez, sin relación con el pecado, para salvar a los que le esperan. (9:15-28)

Y por esta razón se remite a lo que se acaba de decir, a saber, que Cristo, a causa de su muerte sacrificial, se había convertido en el mediador de un nuevo y mejor pacto. Según la norma divina de justicia, el alma que pecare, morirá (Ez. 18:4). La única forma en que una persona podía llegar a Dios era pagando la pena por su pecado. Ese es el pago que hizo Jesús para todo el que confíe en Él. Así, se convirtió en un puente, un mediador —el único mediador—, entre Dios y los hombres. En un solo acto logró lo que los antiguos sacerdotes solo podían simbolizar en muchos actos repetidos. El acto supremo de mediación de Jesús fue su propia muerte en la cruz.

Las personas suelen preguntarse cómo se salvaban los creyentes del Antiguo Testamento, puesto que la salvación ocurre solo mediante Jesucristo (Hch. 4:12). Se salvaban sobre la misma base que los creyentes de hoy día: por la obra completada de Cristo. Parte de la obra de mediación de Cristo en el nuevo pacto era la remisión de las transgresiones que había bajo el primer pacto. Uno de los primeros logros de la muerte de Jesús fue redimir a todos lo que creían en Dios bajo el antiguo pacto. Después que Cristo murió, vieron lo que antes había sido solo una promesa. Era una promesa cierta, una promesa garantizada, pero, antes de la muerte expiatoria del Mesías, la promesa no se había cumplido. La idea aquí para los lectores originales —judíos salvos y no salvos— es que la muerte expiatoria de Cristo era retroactiva. Yom Kipur (el día de la expiación) también describía simbólicamente lo que logró la expiación de Cristo. También era retroactivo. Cuando el sumo sacerdote rociaba la sangre en el propiciatorio, los pecados no intencionales del pueblo durante el año anterior quedaban perdonados.

Pablo presenta la misma verdad en Romanos 3. Enseña que estamos "justificados gratuitamente por su gracia, mediante la redención que es en Cristo Jesús, a quien Dios puso como propiciación por medio de la fe en su sangre, para manifestar su justicia, a causa de haber pasado por alto, en su paciencia, los pecados pasados" (Ro. 3:24-25). Dios queda satisfecho cuando un hombre pone su fe en la sangre derramada de Cristo. Como derramó su sangre cientos —incluso miles— de años después que muchos creyentes del Antiguo Testamento habían muerto, la salvación de ellos era a crédito, por así decirlo. Por la fe obediente en Dios, se les concedió un crédito con lo que Jesucristo, su Mesías prometido, haría un día por ellos y por todos los pecadores que habían vivido y vivirían después. Dios, que sabía esto, fue tolerante y paciente hasta que el sacrificio verdadero se concretó, y cuando veía un corazón con fe verdadera, pasaba por alto los pecados de ellos. En un sentido más profundo, mucho antes de que el sacrificio ocurriera en la historia humana, ya había ocurrido en la mente de Dios, porque "las obras [de Cristo] estaban acabadas desde la fundación del mundo" (He. 4:3; cp. 1 P. 1:19-20; Ap. 13:8). Sin embargo, desde la perspectiva humana, los santos del Antiguo Testamento solamente podían mirar al futuro para la salvación.

De modo que los sacrificios del Antiguo Testamento no eran un medio para la salvación, sino las señales de la obediencia fiel y los símbolos del único sacrificio perfecto que sí sería el medio para tal salvación.

La herencia eterna que los santos del Antiguo Testamento no podían recibir sin la muerte de Cristo era la salvación, la remisión total, que era la única cosa que podía brindar acceso total a Dios. Cristo ratificó el nuevo pacto con su muerte y otorgó la salvación completa que Israel había estado anhelando desde el principio.

Tal verdad sirve para presentar la muerte de Cristo, el Mesías, cuya idea siempre había sido una piedra de tropiezo para los judíos (1 Co. 1:23). A pesar de las predicciones de su muerte en las Escrituras judías (véase Sal. 22 e Is. 53), era una verdad que prefirieron ignorar, si no negar. Se habían formado sus propias ideas sobre el Mesías. Algunas de ellas completamente bíblicas, otras parcialmente bíblicas y algunas no bíblicas en lo absoluto. Por supuesto, no se les podía responsabilizar por tener comprensión limitada del Mesías, pues Dios solo les había dado revelación limitada. El problema era que habían ignorado unas verdades mesiánicas intentando “llenar los espacios en blanco” por su cuenta, y un Mesías que moría, simplemente no se ajustaba a su teología.

NECESIDAD DE LA MUERTE DEL MESÍAS

Al ser muy consciente de ese punto débil teológico, el escritor de Hebreos procede a dar tres razones por las cuales era necesario que muriera el Mesías: un testamento exige una muerte, el perdón exige sangre y un juicio exige un sustituto.

UN TESTAMENTO EXIGE UNA MUERTE

Porque donde hay testamento, es necesario que intervenga muerte del testador. Porque el testamento con la muerte se confirma; pues no es válido entre tanto que el testador vive. (9:16-17)

Por su misma naturaleza, el testamento requiere la muerte de quien lo hizo. La palabra testamento, o pacto, proviene del griego *diathēkē*, cuyo significado básico corresponde cercanamente al que hoy le damos a la palabra testamento. Este no entra en efecto mientras no muera quien lo hizo. Hasta ese momento, sus beneficios y estipulaciones son solo promesas necesariamente futuras. La idea en los versículos 16-17 es simple y obvia.

Sin embargo, la relevancia para el antiguo pacto era todo menos obvia para los judíos a quienes aquí se hablaba, de modo que el escritor explica brevemente cómo se aplica. Basándose en el versículo 15, el escritor dice que Dios dejó un legado, una herencia eterna, para Israel en la forma de un pacto, un testamento. Como ocurre con cualquier testamento, solo era una especie de promesa de pago hasta que muriera su autor. En este momento no

se hace ninguna mención de quién era el testador o a cómo Cristo cumple ese papel en su vida y en su muerte.

EL PERDÓN EXIGE SANGRE

De donde ni aun el primer pacto fue instituido sin sangre. Porque habiendo anunciado Moisés todos los mandamientos de la ley a todo el pueblo, tomó la sangre de los becerros y de los machos cabríos, con agua, lana escarlata e hisopo, y roció el mismo libro y también a todo el pueblo, diciendo: Esta es la sangre del pacto que Dios os ha mandado. Y además de esto, roció también con la sangre el tabernáculo y todos los vasos del ministerio. Y casi todo es purificado, según la ley, con sangre; y sin derramamiento de sangre no se hace remisión. (9:18-22)

La segunda razón por la cual murió Cristo es porque la remisión exige sangre. Esta verdad está directamente alineada con el punto anterior, pero con una tenue diferencia en el significado. La sangre es un símbolo de la muerte, por tanto, la idea es muy cercana a la de la necesidad de la muerte del testador para que el testamento entre en vigencia. Pero la sangre también sugiere el sacrificio de animales, que era la señal del antiguo pacto; de hecho, aun del pacto abrahámico. En el antiguo pacto, la muerte de los animales era típica y profética, mirando con anticipación a la muerte de Cristo que ratificaría el segundo pacto. Aun antes del comienzo de los antiguos sacrificios sacerdotales, el pacto ya había quedado instituido o ratificado con la sangre.

Como se explicó en el versículo 19, Moisés roció la sangre sobre el altar y el pueblo (Éx. 24:6-8). El escritor les dice: “Miren a su gran Moisés, quien instituyó el viejo pacto con sangre”. Para nosotros es difícil entender hoy cuán sangriento y desagradable era el antiguo sistema de sacrificios. Pero, entre otras cosas, esa gran cantidad de sangre servía de recordatorio perpetuo de la paga por el pecado: la muerte.

Cuando Jesús se sentó con sus discípulos en la última noche antes de su muerte, tomó la copa y dijo: “Esto es mi sangre del nuevo pacto, que por muchos es derramada para remisión de los pecados” (Mt. 26:28). Él debía ratificar el pacto con su propia sangre, tal como Moisés ratificaba el antiguo pacto con la sangre de animales.

Quizás uno se vuelva morboso con la muerte de Cristo en sacrificio y se preocupe con su sufrimiento y derramamiento de sangre. Es especialmente posible preocuparse de manera no bíblica con los aspectos físicos de su muerte. No es la sangre física de Jesús la que nos salva, sino su muerte por nosotros, simbolizada en el derramamiento de su sangre física.

Si pudiéramos recibir la salvación con sangre y sin muerte, los animales habrían sangrado sin morir, y habría ocurrido igual con Jesús.

Puesto que el tabernáculo no se había construido todavía cuando Moisés ratificó el pacto, el hecho de haber rociado con la sangre el tabernáculo y todos los vasos del ministerio es anticipatorio. En un sentido, en tanto que duró el pacto, los sacerdotes del tabernáculo y el templo continuaron esparciendo la sangre que Moisés regó para iniciar el pacto.

El propósito de la sangre era simbolizar el sacrificio por el pecado, lo que traía purificación del mismo. De ahí que sin derramamiento de sangre no se hace remisión.

No obstante, necesitamos de nuevo tener en mente que la sangre era un símbolo. Si la propia sangre física de Cristo como tal no limpia el pecado, ¡cuánto menos lo hará la sangre física de los animales! No sorprende, entonces, que el antiguo pacto permitiera un símbolo para un símbolo. El judío que fuera muy pobre para ofrecer incluso un animal pequeño tenía permitido llevar un décimo de un efa (que es un gomer o 2,2 l. alrededor de dos cuartos de galón [Nota: usa tabla de Sociedades Bíblicas Unidas, RV-95 de estudio]) de flor de harina fina en su lugar (Lv. 5:11). Sus pecados quedaban tan cubiertos como los de quien podía ofrecer un cordero, un cabrito, una tórtola o una paloma (Lv. 5:6-7). La excepción es una muestra clara de que la purificación antigua era simbólica. Tal como la sangre de los animales simbolizaba la sangre de Cristo para expiación, el efa de harina simbolizaba y representaba la sangre del animal. De cualquier modo, esta ofrenda sin sangre era aceptable porque el antiguo sacrificio era completamente simbólico.

Sin embargo, esta era la única excepción. E incluso la excepción representaba un sacrificio de sangre. El símbolo básico no se podía cambiar porque lo simbolizado no se podía cambiar. “Porque la vida de la carne en la sangre está, y yo os la he dado para hacer expiación sobre el altar por vuestras almas; y la misma sangre hará expiación de la persona” (Lv. 17:11). Puesto que la paga del pecado es la muerte, nada diferente a la muerte, simbolizada en el derramamiento de sangre, puede expiar el pecado. No podemos entrar a la presencia de Dios por nuestros propios esfuerzos de justicia. Si pudiéramos ser buenos por nuestra cuenta, no necesitaríamos expiación. Tampoco podemos entrar a su presencia por ser ciudadanos ejemplares, ni siquiera por ser religiosos. No podemos entrar a su presencia por leer la Biblia, ir al templo, ofrendar generosamente para la obra del Señor y ni siquiera por orar. No podemos entrar a su presencia por pensar bien de Él. La única forma de entrar a la presencia de Dios, la única manera en que podemos ser partícipes del nuevo pacto, es a través de la muerte expiatoria de Jesucristo, que se hace eficaz para nosotros cuando confiamos en Él como Señor y Salvador.

Dios determinó las reglas. El alma que pecare morirá. El alma que es salva solo lo será a través del sacrificio del Hijo de Dios. Para este sacrificio no hay excepción, no hay sustituto, porque es lo real. Para los sacrificios antiguos, por ser meros símbolos, Dios permitió una excepción limitada y estrictamente calificada (la harina). Pero no puede haber excepciones para el sacrificio real, porque es el único camino a Dios.

La remisión es costosa, muy costosa. Pero suelo detenerme a pensar cuán ligeramente podemos tomar el perdón de Dios. Al final del día, cuando ya me acuesto, digo: “Dios, hoy hice esto y esto”, haciendo una lista de las cosas que había hecho y que sabía que no le agradaban. Sé que sabe de ellas, de modo que no tiene sentido intentar ocultárselas. También sé que las perdona porque así lo prometió, y le doy gracias. Entonces me quedo dormido a los pocos minutos, aceptando, pero no apreciando por completo la gracia maravillosa que puso a disposición mía tal seguridad y paz.

En otras ocasiones, cuando estoy estudiando la Palabra de Dios, y miro con más detenimiento el costo de mi salvación, termino abrumado. Cuando medito en el costo infinito del perdón de mis pecados para Dios, me doy cuenta de cuánto maltrato la gracia amorosa de mi Padre.

Pablo dijo: “Cuando el pecado abundó, sobreabundó la gracia” (Ro. 5:20). Luego, previendo que algunos distorsionarían esta verdad, procede a decir: “¿Qué, pues, diremos? ¿Perseveraremos en el pecado para que la gracia abunde? En ninguna manera. Porque los que hemos muerto al pecado, ¿cómo viviremos aún en él?” (Ro. 6:1-2). Conocer y alegrarse por la gracia de Dios ilimitada es una cosa; presumir de ella pecando a voluntad es bien diferente. Como pecadores perdonados, ¿cómo podemos presumir o tomar a la ligera el precio que se pagó por nuestro pecado? Estamos tan habituados a la gracia que abusamos de ella. De hecho, estamos tan acostumbrados a la gracia que cuando Dios nos castiga justamente, creemos que es injusto.

Dios no perdona el pecado bajando la vista y diciendo: “Está bien. Como te amo tanto, pasaré por alto tu pecado”. La santidad de Dios y su justicia no le permitirían pasarlo por alto. El pecado exige pago con la muerte. Y la única muerte lo bastante grande para pagar por todos los pecados de la humanidad es la muerte de su Hijo. El gran amor de Dios por nosotros no hizo que pasara por alto nuestro pecado, pero sí lo llevó a pagar el precio por nuestro pecado, como nos recuerda Juan 3:16 con tanta belleza. Dios no puede ignorar nuestro pecado; pero lo perdonará si confiamos en la muerte de su Hijo para ese perdón.

Fue, pues, necesario que las figuras de las cosas celestiales fuesen purificadas así; pero las cosas celestiales mismas, con mejores sacrificios que estos. (9:23)

Las figuras de las cosas celestiales eran las cosas relativas a la antigua economía. Eran bocetos o esquemas de las realidades del cielo. Era necesario que estas copias tuvieran sacrificios. Por tanto, era necesario que el nuevo pacto, el nuevo esquema, tuviera mejores sacrificios. Toda la sangre del antiguo pacto era solo una copia, un retrato débil, de la sangre que derramó Jesús.

Dios quedó tan satisfecho con la obra de Jesús que “le exaltó hasta lo sumo, y le dio un nombre que es sobre todo nombre, para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están en los cielos, y en la tierra, y debajo de la tierra; y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre” (Fil. 2:9-11). Dios está infinitamente satisfecho con Jesús.

Sin embargo, Dios no está satisfecho con nosotros. Esa es la razón por la cual tenemos que llegar a Él por medio de Jesús. Él es el único que satisface al Padre y, por tanto, nadie llega al Padre sino a través de Él. La idea de que Dios nos acepta como somos no es bíblica en lo absoluto. Llegamos a Jesús como somos, pues no tenemos nada digno para ofrecerle. Pero Él no nos presenta al Padre como somos. De la forma en que estamos, somos completamente impresentables. De otra forma, nos podríamos presentar por nuestra propia cuenta. Cuando Jesús nos presenta a su Padre, se presenta a sí mismo, como es. Cuando entramos a la presencia de Dios, Él ve a Jesús y no a nosotros. Él ve la justicia de Jesús, no nuestra injusticia. Ve el sacrificio de Jesús, no nuestro pecado. Su pago por nuestro pecado, no el castigo que merecíamos por él. Jesús reconoció la deuda de los pecadores. Reconoció que Dios debía quedar satisfecho y ofreció su propia sangre —se ofreció a sí mismo— por nosotros.

Jesús narra la historia de dos hombres que llegaron al templo a orar. Uno era fariseo, miembro del grupo de judíos más religioso y ortodoxo. Otro era un publicano, despreciado casi como un traidor por sus compatriotas judíos. El fariseo daba gracias porque no era como los demás: “Ladrones, injustos, adúlteros, ni aun como [el] publicano”. Luego mencionaba su fidelidad para ayunar y diezmar. Pero Jesús dijo que el fariseo “oraba consigo mismo”. En otras palabras, no estaba orando en absoluto, solamente congratulándose en el nombre de Dios. Por otra parte, el publicano, se sentía tan indigno que ni siquiera levantaba la mirada hacia el cielo, como suele ser la postura de oración. Se golpeaba el pecho y decía: “Dios, sé propicio a mí, pecador”. Jesús dijo que este hombre

“descendió a su casa justificado antes que el otro; porque cualquiera que se enaltece, será humillado; y el que se humilla será enaltecido” (Lc. 18:10-14).

Cuando el publicano dijo: “Sé propicio”, usó la misma palabra usada para Cristo en Hebreos 2:17 (“hacer propiciación”). Estaba pidiendo a Dios que fuera propicio con él, que lo mirara favorablemente, aunque no lo merecía. Estaba diciendo: “Confieso mi culpa. He quebrantado tu ley. He pecado contra ti y vengo a ponerme bajo la sangre rociada en el propiciatorio. Dios, por favor, queda satisfecho. Que tu actitud conmigo sea como con quienes están cubiertos por la sangre del sacrificio. Queda satisfecho conmigo por el sacrificio y perdóname en tu amor y tu misericordia”. No negó su pecado, como sí lo hizo el fariseo. Reconoció su culpa y se ubicó bajo la sangre del sacrificio. No le ofreció a Dios nada propio; nada de buenas obras, buenos hábitos, buenas intenciones, ni siquiera buenas excusas. Simplemente, se entregó a la misericordia de Dios, a su propiciación. Por ello Dios lo justificó y lo contó por justo.

Ninguna persona se puede justificar delante de Dios si no se ubica en la muerte de Cristo y dice: “Dios, soy un pecador. Me coloco en la muerte de tu Hijo. Queda satisfecho conmigo por amor a Él”.

Porque no entró Cristo en el santuario hecho de mano, figura del verdadero, sino en el cielo mismo para presentarse ahora por nosotros ante Dios; y no para ofrecerse muchas veces, como entra el sumo sacerdote en el Lugar Santísimo cada año con sangre ajena. De otra manera le hubiera sido necesario padecer muchas veces desde el principio del mundo; pero ahora, en la consumación de los siglos, se presentó una vez para siempre por el sacrificio de sí mismo para quitar de en medio el pecado. (9:24-26)

Cristo no entró a un Lugar Santísimo terrenal. Entró a la presencia de Dios, al Lugar Santísimo real y celestial. Y lo hizo por nosotros. ¡Qué bello es darse cuenta de que cuando entró, nos llevó con Él! Nos ha guiado ante Dios. Cristo no tuvo que ofrecerse muchas veces, como ocurría con los sumos sacerdotes terrenales, que debían hacer el sacrificio expiatorio cada año. El sacrificio de Jesús era mejor porque llevó con Él a su pueblo al Lugar Santísimo celestial y porque tuvo que hacer la ofrenda una única vez.

Si el sacrificio de Jesús no hubiera sido una vez y para siempre, habría tenido que sufrir desde el principio del mundo; es decir, desde que la humanidad comenzó. Habría tenido que morir continuamente, por así decirlo, desde el primer pecado de Adán. A semejanza del sacerdocio levítico, su obra expiatoria no terminaría jamás. Pero su sacrificio no tuvo

que repetirse, ni una sola vez. Está terminado, completamente terminado. ¡Alabado sea Dios!

Él hizo su único sacrificio de sí mismo en la consumación de los siglos. Las epístolas así lo confirman. “Hijitos, ya es el último tiempo” (1 Jn. 2:18); “la venida del Señor se acerca” (Stg. 5:8); “el fin de todas las cosas se acerca” (1 P. 4:7). La consumación de los siglos se dio con Cristo en el Calvario. No sorprende que los apóstoles esperaran el retorno del Señor en cualquier momento para establecer su reino: la era mesiánica final, el siglo venidero (Mt. 12:32). Mientras esa era no llegue, su promesa es que estará con nosotros en la era presente (Mt. 28:20). Él fue la consumación de los siglos por su sacrificio de una sola vez y para siempre. Él quitó el pecado. No lo cubrió, como lo habrían hecho los sacrificios antiguos; lo quitó.

La idea del ofrecimiento perpetuo de Cristo es una doctrina herética que ha contradicho por siglos esta y otras enseñanzas bíblicas sobre la obra culminada de Cristo. Según esta doctrina, como el sacerdocio de Cristo es perpetuo y el sacrificio es parte esencial del sacerdocio, entonces el sacrificio de Cristo debe ser también perpetuo.

Ludwig Ott, un teólogo católico romano, explica este dogma del sacrificio perpetuo, que la Iglesia Católica asumió como oficial en el concilio de Trento a mediados del s. xvi. Escribe: “La santa misa es un sacrificio verdadero y apropiado. Es física y propiciatoria, quita pecados y confiere la gracia del arrepentimiento. Dios, propiciado por el ofrecimiento de este sacrificio, concediendo la gracia del don y el don de la penitencia, remite transgresiones y pecados sin importar cuán severos sean”. En otras palabras, la satisfacción de Dios con el pecado depende de la asistencia semanal a misa. Por eso asistir a misa es tan importante para los católicos.

Pero la teoría del ofrecimiento perpetuo de Jesucristo está en oposición directa y absoluta con las Escrituras. Pero ahora, en la consumación de los siglos, se presentó una vez para siempre por el sacrificio de sí mismo para quitar de en medio el pecado. Sin duda, algunos católicos conocen a Cristo, pero al sostener la doctrina del ofrecimiento perpetuo de su sacrificio, minan el poder y la importancia del único sacrificio verdadero de Cristo, hecho por una única vez. Esta doctrina falsa se refleja claramente en el crucifijo, símbolo ubicuo del catolicismo romano. En imágenes, en el santuario o donde sea, la cruz rara vez está vacía en las representaciones católicas. Para los católicos, Jesús continúa siendo crucificado.

En la Comunión, la Santa Cena, recordamos la muerte de Cristo en sacrificio, como Él nos lo ordenó. Pero no le volvemos a sacrificar. El Señor ordenó a sus discípulos que recordaran su muerte, no que intentaran repetirla.

EL JUICIO EXIGE UN SUSTITUTO

Y de la manera que está establecido para los hombres que mueran una sola vez, y después de esto el juicio, así también Cristo fue ofrecido una sola vez para llevar los pecados de muchos; y aparecerá por segunda vez, sin relación con el pecado, para salvar a los que le esperan. (9:27-28)

Todos los hombres tenemos que morir, es un designio divino. Un designio que todos tenemos que cumplir. Después que venga la muerte, viene el juicio, que también es un designio divino. Y debido a que los hombres no pueden expiar sus propios pecados, el juicio de Dios exige que ellos o un sustituto pague por ellos.

Jesucristo tenía designado morir una vez, como todos los hombres. Pero a diferencia del resto, nunca enfrentará un juicio. Porque él tomó nuestros pecados, nuestro juicio, sobre Él. Pero el juicio ocurrió por nuestros pecados, no por los suyos porque no tenía ninguno. “Al que no conoció pecado, por nosotros [Dios] lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él” (2 Co. 5:21). Murió como el juicio lo exigía.

Como ya se ha mencionado varias veces, las personas siempre esperaban con ansias que el sumo sacerdote saliera del Lugar Santísimo en el día de la expiación. Si hacía algo equivocado, si no seguía las instrucciones precisas de Dios, moriría. De modo que siempre respiraban aliviados, por ellos y por él, cuando reaparecía.

A esa situación se alude en Hebreos 9:28. Si el pueblo estaba tan ansioso por ver reaparecer a los antiguos sumos sacerdotes del Lugar Santísimo, ¿cuánto más deberían los cristianos anhelar la reaparición de su Sumo Sacerdote desde el Lugar Santísimo celestial? Esto ocurrirá en la segunda venida (Ap. 19:11-16).

Cuando el sumo sacerdote salía del santuario, el pueblo sabía que Dios había aceptado su sacrificio. Lo había hecho todo bien. La reaparición de Jesucristo sería una confirmación adicional de que todo lo había hecho bien, de que su Padre está satisfecho con Él. Y como el Padre está satisfecho con Él, el Padre está satisfecho con nosotros, porque nosotros estamos en Cristo. Cuando regrese, nuestra salvación estará completa. Cuando aparezca por segunda vez para quienes lo esperan, no será para tratar con el pecado. El pecado

solamente necesitaba tratarse una vez y esta ocurrió en la cruz. Cuando vuelva, lo hará sin relación con el pecado.

En este pasaje se mencionan tres apariciones de Cristo. El versículo 26 habla de su manifestación en la consumación de los siglos, esto es, cuando vino para crucifixión. El versículo 24 habla de su aparición en el cielo, ante Dios. El versículo 28 habla de su aparición en la Tierra de nuevo. Es su tercera aparición, pero solo por segunda vez en la Tierra.

Al final de aquella semana de Pascua intensa, cuando Jesús estaba terminando su ministerio, los romanos habían preparado tres cruces para tres delincuentes. Dos de las cruces estaban destinadas para dos malhechores. La tercera era para un insurrecto llamado Barrabás, a quien se le había hallado culpable de traición al imperio. Pero Barrabás nunca llegó a la cruz. Era culpable y recibió su condena, pero no la ejecución, porque alguien más tomó su lugar. Ese día en la cruz del medio no había un rebelde profano o violento, sino el Hijo de Dios sin pecado. Barrabás no quedó libre por ser inocente, sino porque Jesús tomó su lugar. A Jesús no le crucificaron porque fuera culpable, sino porque podía tomar el lugar de Barrabás. Y el de cualquier otro pecador.

22 Cristo, el sacrificio perfecto (10:1-18)

Porque la ley, teniendo la sombra de los bienes venideros, no la imagen misma de las cosas, nunca puede, por los mismos sacrificios que se ofrecen continuamente cada año, hacer perfectos a los que se acercan. De otra manera cesarían de ofrecerse, pues los que tributan este culto, limpios una vez, no tendrían ya más conciencia de pecado. Pero en estos sacrificios cada año se hace memoria de los pecados; porque la sangre de los toros y de los machos cabríos no puede quitar los pecados. Por lo cual, entrando en el mundo dice: Sacrificio y ofrenda no quisiste; mas me preparaste cuerpo. Holocaustos y expiaciones por el pecado no te agradaron. Entonces dije: He aquí que vengo, oh Dios, para hacer tu voluntad, como en el rollo del libro está escrito de mí. Diciendo primero: Sacrificio y ofrenda y holocaustos y expiaciones por el pecado no quisiste, ni te agradaron (las cuales cosas se ofrecen según la ley), y diciendo luego: He aquí que vengo, oh Dios, para hacer tu voluntad; quita lo primero, para establecer esto último. En esa voluntad somos santificados mediante la ofrenda del cuerpo de Jesucristo hecha una vez para siempre. Y ciertamente todo sacerdote está día tras día ministrando y ofreciendo muchas veces los mismos sacrificios, que nunca pueden quitar los pecados; pero Cristo, habiendo ofrecido una vez para siempre un solo sacrificio por los pecados, se ha sentado a la diestra de Dios, de ahí en adelante esperando hasta que sus enemigos sean puestos por estrado de sus pies; porque con una sola ofrenda hizo perfectos para siempre a los santificados. Y nos atestigua lo mismo el Espíritu Santo; porque después de haber dicho: Este es el pacto que haré con ellos después de aquellos días, dice el Señor: pondré mis leyes en sus corazones, y en sus mentes las escribiré, añade: Y nunca más me acordaré de sus pecados y transgresiones. Pues donde hay remisión de éstos, no hay más ofrenda por el pecado. (10:1-18)

Se narra la historia de un poblado inglés cuya capilla tenía un arco donde estaba escrito: “Predicamos a Cristo crucificado”. Durante muchos años hombres fieles predicaron allí y presentaron al Salvador crucificado como el único medio para la salvación. Pero cuando murió la generación de predicadores fieles, surgió una que consideraba anticuados y repulsivos la cruz y su mensaje. Comenzaron a predicar la salvación por el ejemplo de Cristo, no por su sangre. No veían la necesidad de su sacrificio. Después de un tiempo, la hiedra creció sobre el arco y cubrió la palabra “crucificado”, de modo que solo quedó visible “Predicamos a Cristo”. Entonces la iglesia decidió que su mensaje no tenía por qué confinarse a Cristo y la Biblia. Así fue como los predicadores comenzaron a hacer

discursos sobre asuntos sociales, políticos, filosóficos, rearmamento moral y cualquier tema que ocurriera y produjera interés. La hiedra continuó creciendo en el arco hasta cubrir las últimas palabras. Entonces solo se leía: “Predicamos”.

En la sofisticada y culta Corinto, Pablo se propuso “no saber entre [ellos] cosa alguna sino a Jesucristo, y a éste crucificado” (1 Co. 2:2). Cristo crucificado es la única esperanza de los hombres, y ese es el tema de Hebreos 10:1-18. Aquí se presenta el registro de la muerte de Jesús desde una perspectiva teológica, más que histórica. Se nos muestra el significado y la profundidad de su muerte en toda su riqueza. Jesús fue en su muerte el sacrificio perfecto.

En el capítulo 9 vimos la necesidad de su sacrificio; aquí vemos el carácter de su sacrificio. Los primeros seis versículos son el fundamento para mostrar cuán ineficaces eran los antiguos sacrificios. Pisamos aquí un terreno conocido en el estudio de esta epístola.

EL FRACASO DE LOS ANTIGUOS SACRIFICIOS

Bajo el antiguo pacto, los sacerdotes estaban ocupados todo el día, desde el amanecer hasta el ocaso, matando y sacrificando animales. Se estima que durante la semana de Pascua mataban hasta trescientos mil corderos. La masacre era tan masiva que la sangre se drenaba afuera del templo con canales preparados especialmente para llevarla hasta el torrente de Cedrón, que al parecer corría con sangre.

Pero, sin importar cuántos sacrificios se hicieran, o cuán a menudo, eran ineficaces. Fracasaban de tres formas: no podían ofrecer acceso a Dios; no podían quitar el pecado y eran solamente externos.

NO PODÍAN OFRECER ACCESO A DIOS

El gran clamor del corazón de los santos del Antiguo Testamento era estar en la presencia de Dios (cp. Éx. 33:15; Sal. 16:11). Pero en realidad no tenían forma de llegar allá. Ni siquiera el sumo sacerdote podía llevar al pueblo dentro del velo, donde estaba la presencia simbólica de Dios. Todas las ceremonias y sacrificios antiguos, aunque se ofrecieran continuamente, año tras año, nunca hacían perfectos a los que se acercaban. Nunca podían salvar ni dar acceso a Dios.

Eran sombras y solamente podían reflejar la imagen misma de las cosas buenas venideras, las realidades de los privilegios y bendiciones de la salvación.

La ley era solo una imagen de estas cosas. Los rituales y las prácticas viejas son “sombra de lo que ha de venir; pero el cuerpo es de Cristo” (Col. 2:17). Cristo es el cumplimiento

de las cosas buenas venideras: perdón, paz, conciencia limpia, seguridad y, sobre todo, acceso a Dios. El antiguo pacto era solo una descripción de estas bendiciones, pero nunca se concretaban.

La palabra sombra (*skia*) se refiere específicamente a la sombra pálida, contrastada con una nítida. La ley, las ceremonias y los rituales juntos no eran sino una sombra pálida de las cosas que traería Cristo. Eran la forma, no el cuerpo. Retrataban algo real, pero no eran reales en sí mismas.

Por otro lado, la imagen misma (*eikōn*) indica una réplica exacta, una representación completa, una reproducción detallada. Si en aquel entonces hubiera existido la fotografía, el escritor lo hubiera llamado posiblemente una fotografía: una fotografía clara, nítida, detallada y a todo color. El Espíritu está diciendo que el antiguo sistema era una sombra, mientras que el sistema nuevo es el cuerpo como tal, la realidad misma. Antes de Cristo nadie se podía acercar sino hasta la sombra de las cosas buenas de Dios.

Aun hoy el judaísmo mantiene muchas de esas sombras. Los judíos tienen las Escrituras, lo que llamamos el Antiguo Testamento y continúan celebrando algunos días de fiesta. Pero no tienen tabernáculo, templo ni sacerdocio, por tanto, no tienen sacrificios, ni diarios ni anuales. Aún se celebra el Yom Kipur, pero sin sumo sacerdote, sin altar y sin cordero para sacrificar. Como muchos judíos incrédulos modernos se niegan a reconocer el nuevo pacto que hizo Dios con ellos, incluso el antiguo ha perdido gran parte de su significado. Lo que era ya pálido está aún más desteñido. Lo que ya era borroso ahora es todavía más borroso. La mayoría de los judíos no siguen las Escrituras ni las ceremonias. No aceptan el sacrificio nuevo e incluso han perdido el antiguo. Si durante el tiempo que estuvo vigente el antiguo pacto, los antiguos sacrificios no pudieron hacerlos perfectos, ¿cuán menos eficaces serían ahora, si de alguna manera continuaran?

La expresión hacer perfectos (*teleioō*) es completar, producir el fin pretendido. El fin al cual señalaba era el acceso a Dios, la salvación completa, pero nunca pretendió llevar a los hombres a Dios. No los hizo perfectos porque Dios nunca pretendió que los hiciera perfectos. Su propósito era describir, no perfeccionar.

Una vez más el escritor enfatiza que los mismos sacrificios se ofrecían continuamente cada año. La repetición de los sacrificios viejos es un asunto que se repite muchas veces en Hebreos. Podrían apilarse unas sombras sobre otras y aun así no obtendría cuerpo. La repetición de un símbolo es como multiplicar por cero. No importa cuántas veces se repita el proceso, el resultado nunca se incrementa.

¿Por qué, entonces, se metió Dios en la tarea de establecer el antiguo pacto, con sus ceremonias, rituales y sacrificios como sombras? ¿Cuál era la razón? Como ya aprendimos, la primera razón era simplemente que, aun siendo solo una sombra, tenía un propósito: reflejar la realidad de la cual era sombra. Señalaba a la salvación por venir. Debía generar expectativa en el pueblo de Dios. “Los profetas que profetizaron de la gracia destinada a vosotros, inquirieron y diligentemente indagaron acerca de esta salvación” (1 P. 1:10). Una sombra de algo —con seguridad, una sombra que Dios dio— es infinitamente mejor que la ausencia total de evidencia.

Segunda, el propósito de los sacrificios que eran sombras era recordar al pueblo de Dios que la paga del pecado es muerte. La sangre que en ocasiones se rociaba desde el altar venía de animales sacrificados por el pecado. Esto le recordaba constantemente al pueblo que la paga del pecado era la muerte, porque la muerte ocurrió todos los días durante toda su historia con la masacre de los animales.

Tercera, Dios le dio los sacrificios al pueblo como cubrimiento de los pecados. Una sombra es mejor que nada si en algo cubre el pecado. Cuando los antiguos sacrificios se ofrecían apropiadamente, con un corazón de fe, eliminaban el juicio de Dios temporal e inmediato. Que Él despreciara los sacrificios de alguien era cortar a esa persona del pueblo de Dios e incurrir en un castigo temporal, porque delataba al corazón desobediente e incrédulo. Estos sacrificios eran temporales, y su efecto y valor eran temporales. No podían llevar a una persona a la presencia de Dios, pero eran importantes para mantener una demostración de cómo era la relación pactada de esa persona con Dios.

NO PODÍAN QUITAR EL PECADO

De otra manera cesarían de ofrecerse, pues los que tributan este culto, limpios una vez, no tendrían ya más conciencia de pecado. Pero en estos sacrificios cada año se hace memoria de los pecados. (10:2-3)

Los sacrificios de animales, con su sombra, podían cubrir el pecado, pero nunca quitarlo. Pero lo que el hombre necesitaba era la eliminación del pecado. El pecado y la culpa nos carcomen. Pero el antiguo sistema no podía quitar el pecado o la culpa. Si pudiera, los sacrificios habrían parado. Una vez quitado el pecado, los sacrificios no habrían sido ya necesarios.

No era solo que los sacrificios no quitaban el pecado, además eran un recordatorio continuo de que no podían. En estos sacrificios cada año se hace memoria de los pecados.

Aun el cubrimiento del pecado era temporal. Solo duraba hasta el próximo pecado. Era un sistema pesado y decepcionante.

Suponga que usted se enferma, el médico le receta una medicina y usted comienza a tomarla. Si funciona, cada vez que vea el frasco se sentirá feliz y recordará que se curó, que la enfermedad desapareció. Pero si no funciona, cada vez que vea el frasco se acordará de la ineficacia de la medicina y de que está enfermo. Tal vez alivie los síntomas en ocasiones, pero no cura la enfermedad. Alguien que debe tomar una medicina para seguir vivo no puede decirse que está curado.

Los antiguos sacrificios y ceremonias tenían, de alguna forma, el mismo efecto sobre Israel. En vez de quitarle los pecados, solo le daba un alivio temporal y le recordaban constantemente que sus pecados seguían allí. Otro año, otro cordero, otro sacrificio; y los pecados seguían allí. Los sacrificios recordaban constantemente al pueblo que eran pecadores, que estaban a la merced de Dios y que no podían entrar a su presencia. Los sacrificios del tabernáculo y el templo solo servían para llamar la atención sobre el pecado, pero estaban lejos de borrarlo.

En 10:2, conciencia es la misma palabra griega (*suneidēsis*) que aparece en 9:9, 10:22 y 13:18. El significado básico es el mismo en las cuatro partes. La palabra tiene que ver con la forma de percatarse de manera innata de lo que está mal en la vida y del sentido de culpa que esto produce. La conciencia es parte de la constitución del hombre. Actúa en nuestra mente y corazón de manera semejante a cómo actúa el dolor en el cuerpo. La culpa reacciona a las heridas espirituales y morales de modo muy similar a como reacciona el dolor con heridas físicas. Los dos son sistemas de alerta. Ninguno de los dos es para disfrutar, pero sirven a un buen propósito.

Los creyentes del Antiguo Testamento nunca pudieron librarse de la presencia y la conciencia de culpa o de la tensión y ansiedad que producen (véase Ro. 5—6). Para los cristianos, es una bendición maravillosa saber que no hay condenación para los que están en Cristo (Ro. 8:1). Es maravilloso librarse de la culpa y reconocer que nuestros pecados se perdonaron continuamente por la gracia de Dios a través de la muerte de Cristo.

Pero con el pacto previo no había tal libertad de conciencia. De hecho, cuanto más fiel y piadosa fuera la persona, más probable era que se sintiera culpable, porque era más sensible y consciente de su pecado y de la santidad de Dios. Quedaba dividida entre el conocimiento de la ley de Dios y el de haberla quebrantado. Solo necesitamos leer el Salmo 51 para darnos cuenta de cuán profundamente sentía David su culpa. Era “un

hombre conforme al corazón de Dios” y, sin embargo, nunca estuvo libre de su conciencia de culpa ante Dios. Como deja claro este salmo, David conocía el amor, la misericordia y la gracia de Dios. Pero la liberación que tan bellamente describe es siempre futura. Sabía que la salvación, con su respectiva limpieza, renovación y gozo, era futura. No habla como alguien que ya la haya experimentado cuando dice: “Mi pecado está siempre delante de mí” (Sal. 51:3).

No es que el cristiano, el cual está realmente limpio del pecado, no tenga ya conciencia de este en su vida. Nadie debería estar más consciente de su propio pecado que el cristiano porque, igual que el santo fiel y piadoso del Antiguo Testamento, es más consciente de la santidad de Dios y las normas de justicia. El cristiano debería ser consciente de su pecado, pero su conciencia no debería cargarlo indebidamente.

Quienes se engañan con la presencia del pecado en su vida son el incrédulo y el creyente carnal o indocto. “Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros” y “le hacemos a él mentiroso” (1 Jn. 1:8, 10). Proverbios 28:13 es completamente verdadero cuando dice: “El que encubre sus pecados no prosperará; mas el que los confiesa y se aparta alcanzará misericordia”. El pecador perdonado no es insensible al pecado, pero sabe que Dios lo perdona en Cristo y por ello está libre del miedo al juicio.

ERAN SOLAMENTE EXTERNOS

Los antiguos sacrificios también eran ineficaces porque eran solamente externos. Nunca llegaban a la raíz del problema. El pecado se suele manifestar externamente, pero su causa siempre es interna. Los antiguos sacrificios no tenían forma de llegar al interior de la persona y cambiarla, porque la sangre de los toros y de los machos cabríos no puede quitar los pecados. Estos sacrificios solo santificaban “para la purificación de la carne”, lo externo, pero la sangre de Cristo, “el cual mediante el Espíritu eterno se ofreció a sí mismo sin mancha a Dios” (9:13-14), limpia nuestras conciencias, lo interno.

No había relación real entre el pecado de una persona y un sacrificio animal. La relación solo era simbólica, típica. Era imposible que la sangre de un animal amoral llevara perdón por la afrenta a Dios de un hombre moral. Solamente Jesucristo, la unión perfecta entre deidad y humanidad, podía satisfacer a Dios y purificar al hombre. Solo su muerte podía ser el sacrificio final, el único sacrificio eficaz.

Por lo cual, entrando en el mundo dice: Sacrificio y ofrenda no quisiste; mas me preparaste cuerpo. Holocaustos y expiaciones por el pecado no te agradaron. (10:5-6)

Es esencial saber que las ceremonias externas tenían un requisito interno que las hacía aceptables a Dios. La persona que no sacrificaba con corazón sincero no quedaba cubierta, ni siquiera externa o ceremonialmente (véase Am. 4:4-5; 5:21-25). Esta fue la clase de sacrificios que a Dios no le agradaron. El pueblo había tomado lo que debía ser solamente un símbolo de la fe real y lo habían vuelto un sustituto de la fe. Su confianza estaba en lo externo. Llegó a considerarse una especie de magia en la cual las palabras y actos prescritos producían automáticamente el resultado deseado. Dios había instituido el sistema de sacrificios, pero como un medio para expresarle obediencia a Él, no para usarlo a Él.

Así se lo recordó Samuel a Saúl cuando el sistema antiguo era relativamente nuevo: “El obedecer es mejor que los sacrificios, y el prestar atención que la grosura de los carneros” (1 S. 15:22). Sacrificar sin obediencia, cumplir el ritual sin fe y devoción a Dios, era una burla e hipocresía peor que no haber sacrificado nada. En el Salmo 51, David describe la única forma de sacrificio aceptable para Dios, incluso bajo el antiguo pacto: “Los sacrificios de Dios son el espíritu quebrantado; al corazón contrito y humillado no despreciarás tú, oh Dios” (Sal. 51:17). Isaías dice prácticamente lo mismo:

“¿Para qué me sirve, dice Jehová, la multitud de vuestros sacrificios? Hastiado estoy de holocaustos de carneros y de sebo de animales gordos; no quiero sangre de bueyes, ni de ovejas, ni de machos cabríos. Cuando extendáis vuestras manos, yo esconderé de vosotros mis ojos; asimismo cuando multipliquéis la oración, yo no oiré; llenas están de sangre vuestras manos. Lavaos y limpiaos; quitad la iniquidad de vuestras obras de delante de mis ojos; dejad de hacer lo malo; aprended a hacer el bien; buscad el juicio, restituid al agraviado, haced justicia al huérfano, amparad a la viuda. Venid luego, dice Jehová, y estemos a cuenta: si vuestros pecados fueren como la grana, como la nieve serán emblanquecidos; si fueren rojos como el carmesí, vendrán a ser como blanca lana.” (Is. 1:11, 15-18).

Cuando los sacrificios no se ofrecían con el espíritu correcto, ni siquiera podían cubrir temporalmente el pecado. Hasta el valor simbólico perdían. Eran solo la forma, sin contenido, no valían absolutamente nada. En lugar de agradar a Dios, se convertían en una abominación que Él odiaba (Is. 1:13-14).

LA EFICACIA DEL NUEVO SACRIFICIO

Ahora se compara la ineficacia de los sacrificios de animales con la eficacia del sacrificio de Cristo. Se mencionan siete aspectos de esta superioridad.

REFLEJA LA VOLUNTAD ETERNA DE DIOS

Por lo cual, entrando en el mundo dice: Sacrificio y ofrenda no quisiste; mas me preparaste cuerpo... Entonces dije: He aquí que vengo, oh Dios, para hacer tu voluntad, como en el rollo del libro está escrito de mí. (10:5, 7)

Primero, el sacrificio de Cristo era eficaz porque siempre había sido la voluntad de Dios. En la mente Dios, incluso antes de la creación del mundo, Él sabía que el sistema antiguo no sería eficaz. Él planeó desde el principio que Jesús viniera y muriera. Entrando en el mundo dice: Sacrificio y ofrenda no quisiste; mas me preparaste cuerpo. Cuando Cristo estaba a punto de encarnarse, en el borde del cielo, por así decirlo, le reconoce al Padre que su propio cuerpo era el sacrificio que le agradaría a Dios.

Dios no podía satisfacerse con sacrificios de animales, y menos aun cuando se convirtieron en una farsa y una mofa. Para muchos de quienes los ofrecían, se habían convertido en un ritual religioso carente de significado y nada tenían que ver con la obediencia o la fe.

La misión suprema de Jesús en la Tierra era hacer la voluntad del Padre. Una y otra vez en los Evangelios, Jesús habla de haber venido a hacer la voluntad del Padre y solo la voluntad del Padre. Su sacrificio era perfecto porque lo ofreció en obediencia perfecta a Dios. El propósito de Satanás durante la tentación en el desierto era disuadir a Jesús de su misión divina, apartarlo de la voluntad de su Padre. Satanás incluso impulsó a los discípulos para que involuntariamente trataran de disuadirlo de su misión; como cuando Pedro, creyendo que le mostraba lealtad a su maestro, reprendió a Jesús por sugerir que debía morir y resucitar (Mr. 8:31-33). “Mas para que el mundo conozca que amo al Padre, y como el Padre me mandó, así hago. Levantaos, vamos de aquí” (Jn. 14:31). Cuando Jesús dijo esto, sabía que lo iban a arrestar. Por tanto, cuando dice “vamos” se refiere a la crucifixión, el acto final de obediencia de Jesús al Padre.

Los discípulos deberían haberse dado cuenta con mucha antelación, por la enseñanza de Jesús, que el ministerio terrenal de su Señor lo llevaría al sufrimiento y la muerte. De hecho, deberían saberlo por las Escrituras. Sabían que era el Mesías y debían haber sabido

que el Mesías venía a morir. ¿Qué podría haber sido una predicción más clara de la muerte en sacrificio del Mesías que estas palabras de Isaías?

Ciertamente llevó él nuestras enfermedades, y sufrió nuestros dolores; y nosotros le tuvimos por azotado, por herido de Dios y abatido. Mas él herido fue por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados; el castigo de nuestra paz fue sobre él, y por su llaga fuimos nosotros curados (Is. 53:4-5).

Por supuesto, como tal, haber muerto no fue el acto supremo de obediencia de Jesús, sino haber tomado todo el pecado del hombre sobre sí en su muerte. Su prueba mayor de obediencia fue en el huerto, cuando oró: “Abba, Padre, todas las cosas son posibles para ti; aparta de mí esta copa; mas no lo que yo quiero, sino lo que tú” (Mr. 14:36). Antes y después de Jesús, muchas personas han enfrentado la muerte por martirio con disposición y valentía. Pero nadie más ha tomado —o podría haber tomado— sobre sí los pecados de todo el mundo. Nadie más ha estado —o podría haber estado— tan completamente repugnado ante la perspectiva. Y nadie más había sido —o podría haber sido— tan obediente.

En la cruz, Jesús estaba diciendo: “Padre, sé que no te satisfacen el sistema y los sacrificios antiguos, pero sé que estás satisfecho conmigo y con mi sacrificio. Así que pagaré feliz el precio de la obediencia”.

REEMPLAZA EL SISTEMA ANTIGUO

Diciendo primero: Sacrificio y ofrenda y holocaustos y expiaciones por el pecado no quisiste, ni te agradaron (las cuales cosas se ofrecen según la ley), y diciendo luego: He aquí que vengo, oh Dios, para hacer tu voluntad; quita lo primero, para establecer esto último. (10:8-9)

El escritor continúa su comentario al Salmo 40:6-8, al cual se ha referido en los versículos 5-7, señalando que Dios quitó el primer pacto, esto es, el de los antiguos sacrificios, para abrirle espacio al último, el sacrificio nuevo. Quería mostrar a los lectores judíos —otra vez— que el antiguo pacto no era, nunca había sido y no podía ser, satisfactorio. No se pretendía que fuera permanente ni verdaderamente eficaz, solo temporal y simbólico. El enfoque de Dios siempre estuvo en el segundo pacto, el pacto superior, el pacto perfecto. Y el segundo pacto ya vino en Jesucristo. Les dice: “No pueden estar bajo dos pactos al mismo tiempo, y ahora que llegó el segundo, el primero tiene que irse”. Cualquiera que fuera la validez y el propósito del primero, ahora eran pasado. Ya no era válido ni tenía

propósito. Dios lo había dejado a un lado para siempre. Todo este énfasis repetido revela un corazón de súplica que llama a sus lectores a la salvación en el Señor Jesucristo.

SANTIFICA AL CREYENTE

En esa voluntad somos santificados mediante la ofrenda del cuerpo de Jesucristo hecha una vez para siempre. (10:10)

El sacrificio nuevo es eficaz porque santifica al creyente, lo hace santo. El sistema antiguo no tenía forma de hacer santo al hombre. Santificar (*hagiazō*) significa básicamente apartar. Cuando la palabra se usa en las Escrituras para los hombres, se refiere siempre a estar apartado por o para Dios. Por este mismo grupo de palabras en el griego obtenemos la palabra santo. En términos bíblicos, un santo es una persona que Dios apartó para Él. La voluntad de Dios es apartarnos, no solo en la posición, sino en la práctica. “La voluntad de Dios es vuestra santificación” (1 Ts. 4:3).

El verbo griego en el versículo 10 (somos santificados) es un participio perfecto con un verbo finito que muestra de la manera más fuerte la salvación continua y permanente del creyente. La fuerza de la declaración es: “Han sido santificados de manera permanente”. Esto cumple el deseo de nuestro Señor: “Sed santos, porque yo soy santo” (1 P. 1:16; cp. Lv. 11:44).

Un acto, en un momento, aportó la santificación permanente para todo aquel que ponga su confianza en Jesucristo (cp. Col. 2:10; 2 P. 1:3-4). En la cruz, Él nos santificó, nos apartó hacia Él, nos hizo santos y de estima para siempre para Él y para el Padre.

Por supuesto, nuestras posiciones de lugar y práctica son dos cosas muy diferentes. Si estamos en Cristo, siempre estaremos en Él. Esta posición de lugar nunca se moverá ni una jota durante toda la eternidad. Pero nuestra santidad práctica, como todos sabemos, puede cambiar mucho. Pablo les escribió a los cristianos de Colosas: “Haced morir, pues, lo terrenal en vosotros: fornicación, impureza, pasiones desordenadas, malos deseos y avaricia, que es idolatría... en las cuales vosotros también anduvisteis en otro tiempo cuando vivíais en ellas. Pero ahora dejad también vosotros todas estas cosas: ira, enojo, malicia, blasfemia, palabras deshonestas de vuestra boca” (Col. 3:5, 7-8). Todos los creyentes a los que Pablo les hablaba aquí eran santos en cuanto a posición, pero muchos de ellos —quizás todos— no lo eran en la práctica. La voluntad de Dios es que nuestra práctica sea coherente con nuestra posición, que seamos de verdad en persona lo que somos en Cristo.

La que se considera en Hebreos 10:10 es santidad posicional, porque la santidad aquí es un hecho alcanzado: Somos santificados. Sin importar cuán santo pueda ser nuestro caminar, en nuestra posición estamos completa y permanentemente apartados para Dios si hemos confiado en la ofrenda del cuerpo de Jesucristo hecha una vez para siempre.

QUITA EL PECADO

Y ciertamente todo sacerdote está día tras día ministrando y ofreciendo muchas veces los mismos sacrificios, que nunca pueden quitar los pecados; pero Cristo, habiendo ofrecido una vez para siempre un solo sacrificio por los pecados, se ha sentado a la diestra de Dios. (10:11-12)

El sacrificio de Cristo es eficaz porque quita el pecado, cosa que el otro pacto nunca pudo hacer. El nuevo pacto llevó de los sacrificios diarios a un único sacrificio, de los sacrificios ineficaces a un único sacrificio perfectamente eficaz.

Estos dos versículos son una serie de contrastes: los múltiples sacerdotes contrastados con el único Sacerdote, los sacerdotes estando continuamente de pie contrastados con que el nuevo esté sentado y los sacrificios ineficaces que solo cubrían el pecado contrastados con el sacrificio eficaz que quita completamente el pecado.

El sistema levítico tenía veinticuatro órdenes en cada una de las cuales había cientos de sacerdotes que se repartían los turnos para servir en el altar. El sistema no carecía de sacerdotes, pero sí de eficacia. Ni siquiera todos los sacerdotes juntos podrían haber hecho un sacrificio eficaz por el pecado. Cristo no era sino un Sacerdote, y su obra fue perfecta y permanentemente eficaz.

Los sacerdotes levíticos estaban siempre de pie porque su ministerio nunca se terminaba. Cristo se ha sentado a la diestra de Dios después de haber hecho el sacrificio porque su obra estaba culminada.

Los sacrificios levíticos, con todos sus sacerdotes y repeticiones, nunca pueden quitar los pecados. El sacrificio de Cristo se llevó los pecados de los creyentes para siempre.

DESTRUYÓ A SUS ENEMIGOS

De ahí en adelante esperando hasta que sus enemigos sean puestos por estrado de sus pies. (10:13)

El sacrificio de Cristo era eficaz porque conquistó a sus enemigos. Ningún sacrificio del Antiguo Testamento hacía algo por deshacerse de Satanás. No tenían ningún efecto sobre

él, ni en los demonios impíos y las personas que le servían. Pero cuando Jesús murió en la cruz, asestó a sus enemigos un golpe mortal. Primero de todo, conquistó “al que tenía el imperio de la muerte, esto es, al diablo” (He. 2:14). Segundo, triunfó sobre todos los demás ángeles caídos (Col.

2:14-15). Tercero, desarmó y triunfó sobre todos los gobernantes y autoridades de todos los tiempos que habían rechazado y se habían opuesto a Dios (Col.

2:15). Ahora solo está esperando hasta que todos sus enemigos sean puestos por estrado de sus pies; esto es, hasta que reconozcan su señorío inclinándose a sus pies (Fil. 2:10).

Jesucristo se erigirá sobre todos sus enemigos. Obtuvo la victoria sobre ellos en la cruz. Allí se reunieron todos los enemigos de Dios para asestarle el peor golpe de ellos, la muerte. Pero Jesús conquistó la muerte tal como conquistó a sus otros enemigos. Pasó de un lado de la muerte al otro. Y no solo eso, sino que conquistó la muerte para todos los que alguna vez han creído en Dios. Jesucristo convirtió lo peor de Satanás en lo mejor de Dios.

PERFECCIONA A LOS SANTOS PARA SIEMPRE

Porque con una sola ofrenda hizo perfectos para siempre a los santificados. (10:14)

El sacrificio nuevo era eficaz porque da a los creyentes perfección eterna. De nuevo, debe enfatizarse que la perfección es la salvación eterna. Decir aquí que hacer perfectos significa “maduros espiritualmente” no sería consecuente con el contexto. La muerte de Jesucristo quita para siempre el pecado de quienes le pertenecen. Estamos totalmente seguros en nuestro Salvador. Necesitamos que se nos limpie cuando caemos en pecado, pero no necesitamos temer nunca más el juicio de Dios por nuestro pecado. En lo que al sacrificio de Cristo concierne, ya hemos sido santificados y perfeccionados, razón por la cual solo tuvo Él que sacrificarse una vez. Pues donde hay remisión de pecados, no hay más ofrenda por el pecado (10:18). El perdón es permanente porque el sacrificio es permanente.

CUMPLE LA PROMESA DE UN NUEVO PACTO

Y nos atestigua lo mismo el Espíritu Santo; porque después de haber dicho: Este es el pacto que haré con ellos después de aquellos días, dice el Señor: pondré mis leyes en sus corazones, y en sus mentes las escribiré, añade: Y nunca más me acordaré de sus pecados y transgresiones. (10:15-17)

Por último, el sacrificio nuevo de Cristo es eficaz porque cumple la promesa del nuevo pacto. En otras palabras, el sacrificio nuevo tenía que hacerse y tenía que ser eficaz porque Dios prometió que así sería. El sacrificio nuevo era el eje del nuevo pacto, del cual dijo Dios que pondría sus leyes en sus corazones, y en sus mentes las escribiría, y el cual haría que nunca se acordara de sus pecados y transgresiones. Por tanto, el sacrificio nuevo era eficaz porque tenía que lograr estas cosas (profetizadas en Jer. 31:33-34) para cumplir las promesas inquebrantables de Dios.

Aunque el nuevo pacto era nuevo, no era nuevo en revelación, sino el cumplimiento del antiguo. Ahora que había llegado, los judíos, más que nadie, deberían haberlo recibido con alivio y gozo ilimitados. La promesa no era de Jeremías, sino de Dios, el testimonio mismo del Espíritu Santo.

Los lectores estaban entre la espada y la pared en este gran dilema del cual no podían escapar. El Espíritu Santo, por medio del escritor de Hebreos, les estaba diciendo: “No pueden aceptar la enseñanza de su amado profeta Jeremías y rechazar el nuevo pacto que profetizó. No pueden aceptar el uno sin aceptar el otro”. Aceptar a Jeremías es aceptar a Jesucristo. Rechazar a Jesucristo es rechazar a Jeremías (por no mencionar a los otros profetas que hablaron del Mesías) y rechazar al Espíritu Santo.

Pues donde hay remisión de éstos, no hay más ofrenda por el pecado. (10:18)

El sacrificio estaba hecho. No habría más. Ya se había otorgado el perdón a quienes confiaran en este sacrificio único y perfecto. ¿Por qué quería alguien volver a los antiguos sacrificios, que no eran eficaces y nunca se terminaban? Rechazarlo es quedarse sin otra esperanza de perdón, para siempre.

“El Señor no retarda su promesa, según algunos la tienen por tardanza, sino que es paciente para con nosotros, no queriendo que ninguno perezca, sino que todos procedan al arrepentimiento” (2 P. 3:9). El antiguo pacto prometía la salvación gloriosa y perfecta; el nuevo la consiguió.

23 Aceptar a Cristo (10:19-25)

Así que, hermanos, teniendo libertad para entrar en el Lugar Santísimo por la sangre de Jesucristo, por el camino nuevo y vivo que él nos abrió a través del velo, esto es, de su carne, y teniendo un gran sacerdote sobre la casa de Dios, acerquémonos con corazón sincero, en plena certidumbre de fe, purificados los corazones de mala conciencia, y lavados los cuerpos con agua pura. Mantengamos firme, sin fluctuar, la profesión de nuestra esperanza, porque fiel es el que prometió. Y considerémonos unos a otros para estimularnos al amor y a las buenas obras; no dejando de congregarnos, como algunos tienen por costumbre, sino exhortándonos; y tanto más, cuanto veis que aquel día se acerca. (10:19-25)

Solo hay dos posibles consecuencias al conocer el evangelio. Cuando una persona conoce la verdad del evangelio, o lo cree o cae en apostasía. Hebreos 10:19-25 está hablando a los que creen, los que tienen una respuesta positiva a las afirmaciones de Jesucristo.

La respuesta positiva resulta en la salvación. Como Pablo lo deja claro en el bellissimo capítulo 13 de su primera carta a los Corintios, la salvación requiere fe, esperanza y amor. Este pasaje se enfoca en estos tres aspectos de la salvación.

ACERCARSE EN FE

La base principal sobre la cual podemos acercarnos a Dios en fe es la sangre de Jesucristo. El Lugar Santísimo del tabernáculo o el templo, representaba la presencia especial divina, y solo el sumo sacerdote podía entrar una vez al año. Pero en la sangre derramada de Cristo, su sacrificio perfecto, tenemos libertad para entrar en el Lugar Santísimo, en la misma presencia de Dios.

Creo que hermanos se refiere aquí, como en el resto de Hebreos y en Romanos (9:3) a los judíos, no a los creyentes. El autor urge a los hermanos físicos a aferrarse al sacrificio perfecto, Jesucristo, a acceder confiadamente por medio de Él a la presencia misma de Dios y habitar allí por toda la eternidad, sobre la base del terreno doctrinal cuidadoso que se ha dado. Para el judío que considerara con un mínimo de seriedad el antiguo pacto, esta perspectiva era tan asombrosa como maravillosa. Dándose cuenta de esto, el autor usa todos los argumentos persuasivos para llevarlos a la decisión positiva.

Si una persona intenta ir a la presencia de Dios con base en su carácter, sus obras o su afiliación religiosa, no encontrará acceso. Con seguridad, tampoco tiene acceso con base en la sola confesión verbal de Cristo. “No todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el

reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos. Muchos me dirán en aquel día: Señor, Señor,

¿no profetizamos en tu nombre, y en tu nombre echamos fuera demonios, y en tu nombre hicimos muchos milagros? Y entonces les declararé: Nunca os conocí; apartaos de mí, hacedores de maldad” (Mt. 7:21-23). Todas las cosas que mencionó Jesús parecían buenas. Pero no eran realmente en su nombre, porque no se hicieron con fe en Él y su poder. Quienes así lo confesaban no lo conocían personalmente, dijo Jesús. Obviamente, conocían su nombre, en el sentido de su título y su posición. Lo reconocían como “Señor”. Pero no lo habían recibido como su Señor y su Salvador, así que todo lo demás no contaba para nada.

Sin embargo, la sangre de Jesucristo cuenta para todo, y quien confíe en su expiación puede entrar con plena confianza delante de Dios, reclamando todas las bendiciones y promesas en su Hijo. Podemos ir en busca de misericordia y gracia (He. 4:16), no de justicia. Porque si Dios nos hiciera justicia, tendría que condenarnos, pues eso es lo que merecemos. Pero Jesús satisfizo la justicia de Dios a nuestro favor por su sangre derramada, de modo que ahora podemos reclamar la gracia y la misericordia de Dios. Dios no puede ser justo y condenar a quienes estamos en Cristo.

La más clara y conmovedora ilustración de Jesús sobre la gracia de Dios es la parábola del hijo prodigo. En realidad, el hijo que estaba en la casa también era pródigo, pero la historia se enfoca en su hermano, que se dio cuenta de que era pródigo y regresó a su casa. No merecía volver a casa y, con toda seguridad, no merecía que le aceptaran de vuelta con una celebración tan espléndida. Pero fue el amor del padre, no el mérito del hijo, lo que produjo la bienvenida. El hijo volvió por el desespero, pero volvió, y que regresara era todo lo que pedía el padre. El padre se encargó de todo lo demás.

El solo concepto de ir a Dios era revolucionario para los judíos... y para muchos más en todos los siglos hasta hoy día. ¿No puso Dios a unos ángeles y una espada ardiente para guardar la entrada del huerto cuando Adán pecó? ¿Y no tenían todos los hombres prohibido entrar a su presencia en el Lugar Santísimo, bajo pena de muerte? Pero ahora, dice el escritor, la sangre de Jesús ha enfriado las espadas ardientes y ha rasgado el velo del Lugar Santísimo en dos. Si usted llega a algún lado por Él, solo puede ser a la presencia de Dios, pero puede hacerlo con confianza.

El camino de Jesús a la presencia de Dios es nuevo y vivo. El camino antiguo ni siquiera podía llevar al hombre a la presencia de Dios simbólica, ceremonial; mucho menos a la

real. Pero el camino nuevo puede llevarnos allí, a través del velo, esto es, de su carne. Cuando la carne de Jesús se partió, ocurrió lo mismo con el velo que separaba a Dios y los hombres. La sangre de los animales tan solo permitía que el sumo sacerdote entrara por el velo un momento. La sangre de Jesús permite que todo el que crea en Él entre a través del velo de manera permanente.

La palabra nuevo (*prospatos*) en el versículo 20 se usa solo una vez en el Nuevo Testamento. Su significado original era “recién sacrificado”. Jesús es el camino nuevo, el sacrificio recién sacrificado, que abre el camino a Dios. Parece contradictorio que el recién sacrificado fuera también el camino vivo. Pero la muerte de Jesús conquistó la muerte y dio vida. Su muerte es el único camino a la vida que dura para siempre.

Mientras Jesús estuvo predicando, enseñando y sanando —es decir, mientras estuvo vivo—, su carne era una barrera para la presencia de Dios como lo era el velo del tabernáculo. El Salvador sin crucificar no podía salvar. Si Jesús solamente hubiera venido al mundo a servir encarnado, no podría haber sido el Salvador, sin importar cuántos años lo hubiera hecho o cuántos miles de milagros más hubiera realizado. En tanto su carne estuviera viva, era una barrera, en el sentido de que solo con su sacrificio podía expiar los pecados de los hombres y abrirle el camino al cielo. Cuando el velo físico del templo terrenal se rasgó durante la crucifixión de Jesús, el velo espiritual de su carne, por así decirlo, también se rasgó.

Jesús no solamente abrió el camino a Dios, sino que ahora es nuestro gran sacerdote sobre la casa de Dios. No solamente nos muestra el camino a Dios e incluso nos lo aporta, sino que nos lleva con Él hacia Dios y ministra para nosotros en el cielo. Una paráfrasis de Romanos 5:10 podría ser: “Si su muerte pudo hacer todo esto para salvarme, ¡qué podría hacer su vida en la presencia de Dios para cuidarme!”.

Acerquémonos con corazón sincero, en plena certidumbre de fe, purificados los corazones de mala conciencia, y lavados los cuerpos con agua pura. (10:22)

La palabra sincero (*alēthinos*) significa auténtico, sin superficialidad, hipocresía o motivos ocultos. Acercarse a Dios en plena certidumbre exige un compromiso auténtico.

La nación de Judá, como muchos individuos, solía llegar a Dios de cualquier forma, excepto con un corazón sincero. "Con todo esto, su hermana la rebelde Judá no se volvió a mí de todo corazón, sino fingidamente, dice Jehová." (Jer. 3:10). Pero llegaría el día en que su pueblo cambiaría. "Y les daré corazón para que me conozcan que yo soy Jehová;

y me serán por pueblo, y yo les seré a ellos por Dios; porque se volverán a mí de todo su corazón." (Jer. 24:7).

Simón el mago hizo una confesión de fe en Cristo, pero su corazón se corrompió. Intentó usar el nombre y el poder de Cristo para su gloria y beneficio, y Pedro le reprendió con severidad. "No tienes tú parte ni suerte en este asunto, porque tu corazón no es recto delante de Dios. Arrepiéntete, pues, de esta tu maldad, y ruega a Dios, si quizá te sea perdonado el pensamiento de tu corazón" (Hch. 8:21-22). Pablo aconsejó a los esclavos que fueran obedientes a sus amos: "Siervos, obedeced a vuestros amos terrenales con temor y temblor, con sencillez de vuestro corazón, como a Cristo" (Ef. 6:5). Desde los primeros días del antiguo pacto, Dios había exigido un corazón sincero. "Mas si desde allí buscares a Jehová tu Dios, lo hallarás, si lo buscares de todo tu corazón y de toda tu alma." (Dt. 4:29). Quienes encuentran a Dios son aquellos que lo buscan con todo su corazón, con total autenticidad.

Cierto tipo de fe es inherente a la naturaleza humana. Incluso en el nivel terrenal y puramente humano, no podemos operar sin ella. Comemos comida enlatada o en cajas que compramos en el mercado con toda la confianza en que no nos va a hacer daño. Tomamos agua del grifo sin cuestionamientos. Aceptamos pagos en papel impreso porque tenemos fe en que el gobierno nos devolverá dinero. Sin fe, la sociedad no podría funcionar.

Pero la fe salvadora no requiere solamente fe en un objeto diferente, requiere fe de una fuente diferente. Podemos confiar en la comida, el agua y el dinero por nuestro propio albedrío, nuestra propia decisión. La fe en Jesucristo debe incluir nuestra propia decisión, pero la precede la decisión de Dios. "Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios" (Ef. 2:8). La salvación es un regalo de Dios, y la fe salvadora es parte de ese regalo. Dios planta en el corazón el deseo y la capacidad de creer, y la capacidad de recibir el regalo de la salvación.

Cuando llegamos a Dios por la fe, no solo debemos hacerlo con un corazón sincero, sino purificados los corazones de mala conciencia, y lavados los cuerpos con agua pura. Como cabe esperar, esta figura se toma de las ceremonias de sacrificios del antiguo pacto. Los sacerdotes estaban lavando continuamente los utensilios y a sí mismos en los lavatorios de agua limpia, y la sangre salpicaba continuamente como símbolo de la limpieza. Pero toda la limpieza, fuera con agua o sangre, era externa. Solo Jesús podía limpiar el corazón del hombre. Él limpia con su Espíritu los pensamientos y deseos más internos.

En Cristo, nuestros pecados quedan cubiertos por la sangre y nuestra vida se transforma. Deben estar las dos cosas; juntas son los componentes de la salvación. Podemos decir que la primera es satisfacción con la posición y la segunda es santificación práctica. Dios está satisfecho con la aspersión de la sangre de Cristo, que removi6 el pecado y liber6 nuestras conciencias. Cambiamos por dentro cuando la Palabra nos lava y nacemos de nuevo.

SATISFACCIÓN POSICIONAL

La frase purificados los corazones de mala conciencia es una imagen de liberación hermosa, ya mencionada en 9:14. La conciencia nos condena y nos recuerda nuestra culpa; y la culpa no se puede eliminar mientras no se quite el pecado. Cuando Jesús murió, su sangre quitó nuestros pecados; y cuando lo aceptamos por la fe, nuestra conciencia quedó libre de culpa, quedamos limpios de mala conciencia. No nos condenamos más a nosotros mismos.

La purificación de nuestros corazones se refiere a la satisfacción de la justicia de Dios, la expiación por nuestros pecados, requerida antes de que seamos aceptables para Él.

LA SANTIFICACIÓN PRÁCTICA

La otra parte de nuestra purificación, tener lavados los cuerpos con agua pura, no se refiere al bautismo, sino que está relacionado con nuestra vida, con la forma en que el Espíritu Santo la cambia. Es la misma purificación que menciona Pablo en Tito 3:5 (“el lavamiento de la regeneración y por la renovación en el Espíritu Santo”) y en Efesios 5:26 (“el lavamiento del agua por la palabra”).

Estos dos aspectos de la purificación son inseparables. Cuando un hombre llega a Cristo, ocurren las dos. La muerte de Cristo paga la pena del pecado por nosotros y Dios queda satisfecho; y la purificación del Espíritu Santo comienza a cambiarnos internamente y Él queda satisfecho. La justicia de Dios queda satisfecha en los dos aspectos; por ello el creyente puede llegar a la presencia de Dios con confianza.

LOS TRES REQUISITOS DE LA FE

La fe que Dios honra, la proveniente de un corazón sincero, requiere tres cosas: sentimiento de necesidad, contenido y compromiso.

SENTIMIENTO DE NECESIDAD

La fe no puede comenzar mientras una persona no se dé cuenta de que necesita la salvación. Si no tiene a Cristo, necesita la salvación, se dé cuenta o no. Pero no tendrá

razones para creer hasta que sienta la necesidad, hasta que la reconozca. Cuando Saulo estaba persiguiendo a la Iglesia, tenía una necesidad grande de la salvación, pero con seguridad no sentía necesidad de ella. Él estaba convencido de que estaba haciendo la voluntad de Dios. Solamente cuando el Señor se le apareció de forma inesperada en el camino a Damasco, su necesidad se hizo evidente y penetró profundamente en Saulo. Puede ser que la necesidad no se entienda claramente en principio. En el camino a Damasco, Saulo quizás no hubiera sido capaz de explicar su necesidad espiritual como lo haría años después cuando escribió la carta a los Romanos. Sencillamente, sabía que algo estaba muy mal en su vida y que la respuesta estaba en Dios. Sabía que necesitaba algo del Señor.

Suele ocurrir que el sentimiento de necesidad de una persona es tan solo parcial. El primer sentimiento de necesidad puede no ser más que el de propósito en la vida o el de alguien que nos ame y se interese por nosotros. Puede ser también un sentimiento de necesidad de perdón o de quitar la culpa, de paz interior. Lo más importante es darse cuenta de que la respuesta a esa necesidad está en Dios. Las personas iban a ver a Jesús por muchas razones, algunas bastante superficiales. Pero cuando llegaban, Jesús satisfacía todas sus necesidades. Quizá solo sintieran la necesidad de sanidad física, pero también les ofrecía sanidad espiritual. El sentimiento no requiere la comprensión teológica de la doctrina de la salvación, solo un corazón sincero que sepa que necesita la salvación. Por otra parte, quien no siente la necesidad de salvación, no importa cuán buena sea su teología, está lejos de la fe en Dios. Sentir la necesidad es esencial, pero inadecuado por sí solo.

CONTENIDO

La persona no necesita tener un conocimiento y comprensión plenos de la doctrina de la salvación antes de obtener la salvación, pero sí necesita la verdad del evangelio (1 Co. 15:1-5): que está perdido y necesita al Señor Jesucristo como Señor y Salvador. Debe conocer el evangelio. La idea de “fe ciega” suena espiritual, pero no es bíblica. Incluso las grandes personas de fe no conocerán muchas cosas sobre Dios hasta que vean al Señor cara a cara en el cielo. Pero Dios no exige fe sin razones. Por ejemplo, el escritor de Hebreos acuña verdad sobre verdad y presenta a Jesús como el Mesías prometido a los judíos. También muestra que el nuevo pacto es superior al antiguo, que los sacrificios antiguos no eran eficaces, que solo el sacrificio nuevo puede llevar a Dios a una persona; y así sucesivamente.

Se cuenta la siguiente historia sobre Channing Pollock, un conocido dramaturgo. El señor Pollock estaba escribiendo una obra en colaboración con otro autor. Una noche, mientras

trabajaban en el apartamento de Pollock en Nueva York, algo en la obra provocó que el amigo le preguntara a Pollock: “¿Alguna vez has leído el Nuevo Testamento?”. Pollock dijo que no y continuaron trabajando hasta muy tarde, cuando el amigo partió. Pollock se fue a su cama, pero no pudo dormir. La pregunta de su amigo, simple y casual en apariencia, le había dejado pensando. Finalmente, se levantó de la cama, y buscó entre sus libros hasta encontrar un Nuevo Testamento. Después de leer todo el Evangelio de Marcos, se vistió y salió a caminar hasta el amanecer. Más tarde, contándole la historia a su amigo, le dijo: “Cuando regresé, me arrodillé y estaba apasionadamente enamorado de Jesucristo”. Comenzando con un sentimiento de necesidad, tan vago como era, pasó a ver la verdad y su evidencia. Y creyó.

COMPROMISO

El punto máximo de la fe es el compromiso. Confesar a Cristo, sin compromiso con Él, no es fe salvadora.

Mi padre solía contar la historia de una persona que caminaba sobre la cuerda floja y le gustaba hacerlo a través de las cataratas del Niágara, preferiblemente con alguien en la espalda. Muchas personas expresaban completa confianza en sus capacidades, pero siempre tenía problemas para encontrar un voluntario que confiara en él y se subiera a sus espaldas.

Muchas personas expresan completa confianza en Cristo, pero nunca se confían a Él.

Cuando John Paton fue traductor misionero en las Nuevas Hébridas, pasó mucho tiempo frustrado en su trabajo porque el pueblo no tenía una palabra para fe. Un día, un empleado fue a su casa y se tumbó en una silla grande. El misionero le preguntó qué palabra usaría para lo que acababa de hacer. La palabra que le dio fue lo que Paton usó para fe en su traducción del Nuevo Testamento. Sin dudas ni reservas. Aquel hombre le había entregado completamente su cuerpo a la silla. Había sentido la necesidad de descansar, estaba convencido de que la silla le proporcionaría un lugar para hacerlo y se entregó a la silla para descansar. De la misma forma, el creyente debe comprometer su vida al Señor Jesucristo. Solo entonces es fe, fe salvadora.

MANTENERSE FIRME EN LA ESPERANZA

Mantengamos firme, sin fluctuar, la profesión de nuestra esperanza, porque fiel es el que prometió. (10:23)

La segunda parte de la respuesta positiva al evangelio es la esperanza. Los mejores manuscritos griegos de este texto tienen la palabra *elpis* (“esperanza”), en lugar de *pistis* (“fe”), como en la rvr-60. Quien confía plenamente no puede evitar tener esperanza. Un creyente sin esperanza es una contradicción en sus propios términos.

Así de simple. Una persona con esperanza genuina se mantendrá firme. Quien se va, ha perdido la esperanza; quien aún tiene esperanza se mantendrá firme. Continuar es una señal de fe y de esperanza. Aferrarnos no hará mucho más por nuestra salvación que las buenas obras. Pero las dos son evidencia de que somos salvos. Muchos de los que han confesado a Cristo continúan dando evidencia con sus vidas de no haberlo conocido nunca.

Fui testigo de alguien que profesó a Cristo, luego se bautizó y poco después abrió un club nocturno pornográfico. Su vida es un ejemplo extremo de no mostrar correspondencia con el Cristo que había profesado. La “profesión” de su vida contradecía la profesión de sus labios. No mantuvo firme la profesión de su fe y esperanza en Jesucristo.

Mantenerse es el lado humano de la seguridad eterna. Los reformadores lo llamaban “la perseverancia de los santos”. No es algo que hagamos para mantener nuestra salvación, pero es evidencia, desde el lado humano, de que somos salvos. Es una paradoja, como la doctrina de la elección. Dios escoge soberanamente a quienes son salvos. Pero no salva a nadie que no crea. Dios nos tiene asegurados en su Hijo, pero nuestra voluntad, expresada en aferrarnos con perseverancia, también forma parte. Como lo reconocería hasta el más fuerte teólogo calvinista, la soberanía de Dios no excluye la responsabilidad del hombre. Jesús dijo: “Ninguno puede venir a mí, si el Padre que me envió no le trajere” (Jn. 6:44), y también: “Si vosotros permaneciereis en mi palabra, seréis verdaderamente mis discípulos” (Jn. 8:31).

Es muy triste que muchos lleguen a Cristo y digan que creyeron, pero se vayan pronto. En la parábola del sembrador, Jesús ilustró cuatro respuestas diferentes al evangelio. Algunas personas están tan lejos de querer la salvación que el diablo simplemente quita la semilla de la Palabra de Dios antes de que tenga tiempo para germinar. Otros responden con alegría al escuchar la Palabra, pero creen solo hasta “el tiempo de la prueba” (Lc. 8:13). Otros más creen hasta cuando llegan algunos problemas. Sin embargo, los creyentes verdaderos “son los que con corazón bueno y recto retienen la palabra oída, y dan fruto con perseverancia” (v. 15).

Quienes oyeron y vieron a Jesús fueron ejemplo de este tipo de respuesta. Durante la primera Pascua de su ministerio, “muchos creyeron en su nombre, viendo las señales que hacía”. Pero Jesús, sabiendo que sus corazones no estaban con Él, “no se fiaba de ellos” (Jn. 2:23-24). Eran ejemplo de las formas segunda y tercera de respuesta. Tuvieron un comienzo superficial con Jesús, pero pronto le dejaron. Jesús ya sabía que no eran sinceros; a los pocos días o semanas, el resto también lo sabría.

De manera similar, “aun de los gobernantes, muchos creyeron en él; pero a causa de los fariseos no lo confesaban, para no ser expulsados de la sinagoga. Porque amaban más la gloria de los hombres que la gloria de Dios” (Jn. 12:42-

43). Lo que prometía ser un avivamiento entre los líderes religiosos terminó siendo la conformación de una sociedad secreta de incrédulos.

Había un grupo tan impresionado con las señales y milagros de Jesús que le llamaron “el profeta que había de venir al mundo” y estaban planeando “apoderarse de él y hacerle rey” (Jn. 6:14-15). Pero Jesús, leyendo una vez más las mentes de quienes se habían confesado creyentes, conoció su insinceridad y se retiró a una montaña solo. Nada más querían un rey externo, no uno interno.

El verdadero creyente estará cerca en el final. Quizás se desanime o se frustre y ocasionalmente caiga en un hábito pecaminoso. Pero mantendrá firme, sin fluctuar, la profesión de su esperanza, porque fiel es el que prometió. La fe y la esperanza de un creyente verdadero nunca son en vano, porque están puestas en un Dios que cumple sus promesas. “Fiel es el que os llama, el cual también lo hará” (1 Ts. 5:24). Dios hará su parte y el creyente verdadero también hará la suya.

Había un joven cuyo padre lo dejó en una esquina del centro de la ciudad una mañana y le dijo que esperara hasta que regresara en media hora. Pero el auto del padre se averió y no pudo conseguir un teléfono. Pasaron cinco horas antes de que el padre pudiera regresar y estaba preocupado porque su hijo pudiera estar asustado. Pero cuando el padre llegó, su hijo estaba frente a la tienda, mirando por el cristal del escaparate, meciéndose sobre sus talones. Cuando el padre lo vio, corrió hacia él, lo abrazó y lo besó. Se disculpó y le preguntó: “¿Estabas preocupado? ¿Creíste que no iba a volver nunca?”. El joven lo miró y le dijo: “No, papá. Yo sabía que tú ibas a volver. Dijiste que lo harías”.

Puede parecer que las respuestas de Dios se demoren en llegar y que nuestra espera se vuelva incómoda o incluso dolorosa. Pero Él siempre hará lo que dijo. La razón por la cual podemos mantenernos firmes sin fluctuar es porque fiel es el que prometió.

MOTIVARNOS AL AMOR

Y considerémonos unos a otros para estimularnos al amor y a las buenas obras; no dejando de congregarnos, como algunos tienen por costumbre, sino exhortándonos; y tanto más, cuanto veis que aquel día se acerca. (10:24-25)

La tercera señal de la respuesta positiva al evangelio es el amor. La expresión particular de amor que aquí se menciona es el amor en comunidad. Los lectores judíos no la estaban pasando bien en su rompimiento con el antiguo pacto, el templo y los sacrificios. Todavía se aferraban al legalismo, a los rituales y a las ceremonias, las cosas externas del judaísmo. De modo que el escritor les dice que una de las mejores formas de mantenerse firmes en las cosas divinas —las cosas reales divinas que solo se encuentran en el nuevo pacto de Jesucristo— es estar en la comunidad del pueblo de Dios, donde puedan amar y ser amados, servir y ser servidos. No hay mejor lugar para recorrer el camino de la fe en Cristo o para esperar continuamente en Él que la Iglesia, su cuerpo.

La expresión aquel día se acerca puede referirse a la destrucción inminente del templo, que acabaría con todos los sacrificios y rituales. Sencillamente, el antiguo pacto no podía funcionar sin el templo, el cual, cuando se escribió Hebreos estaba a punto de que Tito lo destruyera. Pero creo que la referencia principal es a la venida del Señor, que hace aplicable el pasaje a todos nosotros. El único lugar en que podemos permanecer firmes hasta su regreso es entre su pueblo. Nos necesitamos unos a otros. Necesitamos la comunión mutua, porque nos fortalecemos y nos alentamos unos a otros.

Hace algunos años, un joven se sentó junto a mí en un avión y nos pusimos a conversar. Cuando descubrió que yo era ministro, dijo: “Yo solía ser parte de una iglesia, pero me parece que la relación con Cristo debe ser personal, no institucional. ¿Qué piensa usted?”. Después de agradecerle al Señor por semejante oportunidad tan abierta de serle testigo, le dije: “Estoy de acuerdo contigo”. Entonces me preguntó si yo sabía cómo podía él tener una relación personal con Cristo, a lo cual también respondí afirmativamente. Pensé: Verdaderamente, parece sentir necesidad de Cristo. Así que le pregunté si había estudiado la verdad del evangelio y la evidencia de las afirmaciones de Cristo. Respondió: “Sí, pero no sé cómo llegar a Él”. Le pregunté: “¿Estás listo para entregarte a él?”. Me dijo que sí y oramos juntos para que él se entregara. Al siguiente domingo estaba en nuestro servicio matutino y después me preguntó si nuestra iglesia tenía actividades semanales en las cuales pudiera participar. Este joven mostraba todas las evidencias de ser un creyente verdadero. Sintió su necesidad, estudió la evidencia, hizo un compromiso con Jesucristo, mostraba todo el deseo de mantenerse firme y tener comunión con su iglesia.

El escritor dice con mucha sencillez: “La puerta está abierta, el acceso para entrar a la presencia de Dios está disponible. Vengan y quédense en comunión con el pueblo de Dios y disfruten de la compañía divina para siempre”.

24 Apostasía: Rechazar a Cristo (10:26-39)

Porque si pecáremos voluntariamente después de haber recibido el conocimiento de la verdad, ya no queda más sacrificio por los pecados, sino una horrenda expectación de juicio, y de hervor de fuego que ha de devorar a los adversarios. El que viola la ley de Moisés, por el testimonio de dos o de tres testigos muere irremisiblemente. ¿Cuánto mayor castigo pensáis que merecerá el que pisotear al Hijo de Dios, y tuviere por inmunda la sangre del pacto en la cual fue santificado, e hiciere afrenta al Espíritu de gracia? Pues conocemos al que dijo: Mía es la venganza, yo daré el pago, dice el Señor. Y otra vez: El Señor juzgará a su pueblo. ¡Horrenda cosa es caer en manos del Dios vivo! Pero traed a la memoria los días pasados, en los cuales, después de haber sido iluminados, sostuvisteis gran combate de padecimientos; por una parte, ciertamente, con vituperios y tribulaciones fuisteis hechos espectáculo; y por otra, llegasteis a ser compañeros de los que estaban en una situación semejante. Porque de los presos también os compadecisteis, y el despojo de vuestros bienes sufristeis con gozo, sabiendo que tenéis en vosotros una mejor y perdurable herencia en los cielos. No perdáis, pues, vuestra confianza, que tiene grande galardón; porque os es necesaria la paciencia, para que habiendo hecho la voluntad de Dios, obtengáis la promesa. Porque aún un poquito, y el que ha de venir vendrá, y no tardará. Mas el justo vivirá por fe; y si retrocediere, no agradará a mi alma. Pero nosotros no somos de los que retroceden para perdición, sino de los que tienen fe para preservación del alma. (10:26-39)

Este capítulo podría titularse “La tragedia de pasar la página”, porque tiene que ver con quienes han oído el evangelio, se han encontrado cara a cara con las afirmaciones de Cristo, se han asociado con su Iglesia, pero se han ido. Eran personas cuyo corazón se sintió tocado con el evangelio de Cristo, personas que hicieron un compromiso superficial de fe en Él y que se identificaban visiblemente con la iglesia verdadera. Pero su entusiasmo se fue enfriando y el costo de ser cristiano se estaba haciendo muy alto. Estaban “cerrando el capítulo” del evangelio y estaban en peligro de convertirse en apóstatas.

De las cinco advertencias en Hebreos, esta es con mucho la más seria y aleccionadora. Puede ser la advertencia más seria en todas las Escrituras. Tiene que ver con la apostasía.

Cuando el incrédulo escucha el evangelio de Jesucristo, solo hay dos respuestas posibles. Después de haber oído las verdades y afirmaciones básicas sobre Jesucristo, o cree y se

salva o no cree y se vuelve apóstata. Como veremos, la apostasía es el pecado de rechazar el evangelio, para el cual no hay perdón. Un pasaje útil para definir la apostasía es 1 Juan 2:19, que dice: “Salieron de nosotros, pero no eran de nosotros; porque si hubiesen sido de nosotros, habrían permanecido con nosotros; pero salieron para que se manifestase que no todos son de nosotros”.

Siempre ha habido apóstatas del camino de Dios. Deuteronomio dice lo siguiente: “Han salido de en medio de ti hombres impíos que han instigado a los moradores de su ciudad, diciendo: Vamos y sirvamos a dioses ajenos, que vosotros no conocisteis” (13:13). Ellos eran una especie de apóstatas.

Saúl, el primer rey de Israel, se hizo apóstata. El Señor le dijo a Samuel: “Me pesa haber puesto por rey a Saúl, porque se ha vuelto de en pos de mí, y no ha cumplido mis palabras” (1 S. 15:11). Amasías, otro rey, también se volvió apóstata: “Volviendo luego Amasías de la matanza de los edomitas, trajo también consigo los dioses de los hijos de Seir, y los puso ante sí por dioses, y los adoró, y les quemó incienso. Por esto se encendió la ira de Jehová contra Amasías... Desde el tiempo en que Amasías se apartó de Jehová, empezaron a conspirar contra él en Jerusalén; y habiendo él huido a Laquis, enviaron tras él a Laquis, y allá lo mataron. (2 Cr. 25:14-15, 27).

Ni la apostasía es nueva ni la actitud" de Dios frente a ella lo es. Es el pecado más serio, porque es la forma más deliberada y voluntariosa de incredulidad. No es un pecado de ignorancia, sino el rechazo de la verdad conocida.

Por supuesto, Judas Iscariote es el apóstata clásico. Ninguna otra persona que rechazara a Cristo tuvo la exposición a la verdad, amor y gracia de Dios como Judas. Conocía al Señor en la intimidad. Era uno de los doce en el círculo íntimo de discípulos de Jesús. Había creído, había sido apóstol. Pero rechazó la verdad y se convirtió en apóstata. Su historia es la contradicción suprema a la excusa usual: “Probablemente creería en Cristo si tuviera un poco más de evidencia, un poco más de luz”. Judas tenía la evidencia perfecta, la luz perfecta, el ejemplo perfecto. Vivió alrededor de tres años con la Verdad encarnada, la Vida encarnada, sin embargo, le dio la espalda al único que es la verdad y la vida.

LA NATURALEZA DE LA APOSTASÍA

La apostasía es abandono o retiro intencional, una deserción. Algunos de los creyentes judíos acusaron falsamente a Pablo de usar el evangelio para hacer que otros judíos cristianos apostataran de las enseñanzas de Moisés (Hch. 21:21). Pablo habla de una deserción grande cuando advierte a los tesalonicenses que no se dejen engañar con

respecto a la venida del Señor: “Porque no vendrá sin que antes venga la apostasía” (2 Ts. 2:3). Claramente, Jesús está hablando de la misma apostasía en Mateo 24:10: “Muchos tropezarán entonces, y se entregarán unos a otros, y unos a otros se aborrecerán”.

Hay personas que caminan hacia Cristo, derechos hasta el borde de la fe salvadora. Oyen de Él y se le acercan. Quizás están profundamente convencidos de pecado e incluso hacen la confesión de fe. Pero su interés en las cosas de Dios comienza a desvanecerse, y las presiones y distracciones del mundo los distraen aún más, hasta que ya no queda ningún interés. Tal vez se vayan tras otra religión, o tras ninguna. La apostasía está determinada por lo que se deja, no por donde se llega después que algo se deja. Después que una persona deja a Dios, poco afecta adonde vaya. Nuestro Señor ilustró esto en la parábola del sembrador (Mt. 13:1-9, 18-23).

Hace muchos años tuve un amigo con quien solíamos ir al parque Pershing en Los Ángeles a testificar de Cristo. Creció en la iglesia, era miembro regular y confiable, pero siempre sentí que algo faltaba en su vida. De repente, dejé de verlo. Alrededor de tres años después, nos encontramos con una amiga mutua y le pregunté si sabía que había sido de él. Su respuesta fue: “Ah, sí. Ahora es ateo. Ya no cree en Dios. Ha aceptado la ética situacional y no le ve el sentido a la moral. No cree que nada sea bueno o malo per se”. Al parecer, se hastió de Dios y simplemente le dio la espalda.

El apóstol Pablo dijo que la apostasía sería característica de los últimos días: “El Espíritu dice claramente que en los postreros tiempos algunos apostatarán de la fe, escuchando a espíritus engañadores y a doctrinas de demonios; por la hipocresía de mentirosos que [tendrán] cauterizada la conciencia” (1 Ti. 4:1-2). Durante los últimos días, que yo creo que estamos viviendo ahora, la apostasía será cada vez peor.

CARACTERÍSTICAS DE LA APOSTASÍA

Porque si pecáremos voluntariamente después de haber recibido el conocimiento de la verdad, ya no queda más sacrificio por los pecados. (10:26)

Esta es posiblemente la definición bíblica más clara y concisa de apostasía: recibir el conocimiento de la verdad, es decir, el evangelio, pero permanecer voluntariamente en el pecado. El apóstata ha visto y oído la verdad —la conoce bien— pero la rechaza voluntariamente.

La apostasía tiene dos características principales: el conocimiento de la verdad del evangelio y su rechazo voluntario.

CONOCER Y RECONOCER LA VERDAD

Todo apóstata es un incrédulo, pero no todo incrédulo es un apóstata. Muchas personas nunca han tenido la oportunidad de oír el evangelio, ni siquiera una parte. Son pecadores y, por supuesto, no creen en Cristo, porque nunca han oído de Él ni de sus afirmaciones. Sin embargo, un apóstata está bien versado en el evangelio. Sabe más que lo suficiente para ser salvo.

El griego tiene dos palabras principales que pueden traducirse “conocimiento”. *Gnōsis* [G1108], tiene que ver con el conocimiento común, y en el Nuevo Testamento suele usarse para el conocimiento espiritual general. Pero *epignōsis*, la palabra que aparece en el versículo 26, denota conocimiento, comprensión y discernimiento completos. En otras palabras, quienes aquí aparecen descritos son quienes tienen más que una mera exposición al evangelio. Lo conocen bien. Un apóstata tiene toda la información. No le falta nada intelectualmente. Tiene *epignōsis*. Está entre los que “una vez fueron iluminados y gustaron del don celestial” e incluso “fueron hechos partícipes del Espíritu Santo” (He. 6:4).

El apóstata solo pudo crecer en la luz radiante de la proximidad con Cristo. Los apóstatas no se hacen en ausencia, sino en presencia, de Cristo. Crecieron, casi sin excepción, dentro de la Iglesia, en medio de todo el pueblo de Dios. Es posible que alguien lea la Biblia por sí mismo, vea claramente el evangelio y luego lo rechace, sin asociarse directamente con los cristianos. Pero la mayoría de los apóstatas proviene del interior de la Iglesia.

RECHAZO DE LA VERDAD

En algún momento, a veces incluso años después de pretensiones y autoengaños, el incrédulo que actúa como creyente finalmente deserta. Se rinde, pierde interés y se va por su propio camino. Vuelve a pecar voluntariamente y deja de tener en cuenta el camino de Dios y el pueblo del Señor. Conocer el camino de Dios, estudiar sobre este e identificarse con los creyentes para luego alejarse es volverse apóstata. El proceso de deserción puede ser gradual, pero en algún momento se toma la decisión consciente de dejar el camino de Dios y rechazar la gracia salvadora del Señor Jesucristo.

La palabra voluntariamente (*hekousiōs*) conlleva la idea de intención deliberada que es habitual. Aquí la referencia no es a los pecados de ignorancia o debilidad, sino a los planeados, determinados y premeditados. La diferencia entre pecar por ignorancia y pecar voluntariamente es como la diferencia entre homicidio involuntario y premeditado. *Hekousiōs* es habitual. No solamente es deliberado, sino que es una forma establecida de

pensar y creer. Es la renuncia permanente al evangelio, el abandono permanente de la gracia de Dios.

Puede ocurrir que un creyente caiga en el pecado y pierda su intimidad con el Señor y su pueblo. Pero, a menos que el Señor lo discipline y se lo lleve al cielo, regresará. La carga de estar alejado permanentemente será una convicción muy pesada. Mientras tanto, perderá el gozo, la paz y muchas otras bendiciones.

No siempre podemos determinar quién es apostata y quién se resbaló, y no deberíamos intentarlo. No estamos capacitados para distinguir entre un creyente carnal desobediente y un incrédulo apóstata. Eso es asunto del Señor. Pero hay una diferencia entre los dos, una diferencia grande. La preocupación de la persona debe ser que crea verdaderamente (2 Co. 13:5) y después ser un creyente fiel. Hay muchos llamados a examinarse a sí mismo en el Nuevo Testamento. Cada vez que un creyente participa de la Santa Cena se enfrenta a la realidad o ausencia de su salvación.

Pablo distingue entre apóstatas y cristianos desobedientes y carnales en su segunda carta a Timoteo. “Si sufrimos, también reinaremos con él; si le negáremos, él también nos negará. Si fuéremos infieles, él permanece fiel; Él no puede negarse a sí mismo” (2 Ti. 2:12-13). Si un creyente falla en su fidelidad al Señor, el Señor no le fallará al creyente en su fidelidad, porque Él ha prometido no dejarnos ir nunca. “Él no puede negarse a sí mismo” faltando a su propia fidelidad, no importa lo que hagan los suyos. El cristiano puede volverse débil en la fe y desobediente, algo ya de por sí malo. Pero eso no es negar al Señor, no es apostasía. El apóstata continúa habitualmente en incredulidad y en pecado. Juan nos dice que “Todo aquel que es nacido de Dios, no practica el pecado, porque la simiente de Dios permanece en él; y no puede pecar, porque es nacido de Dios” (1 Jn. 3:9).

Entonces, las dos principales características de la apostasía son el conocimiento suficiente del evangelio para ser salvo y la negación habitual y voluntaria de Dios, a pesar del conocimiento.

CAUSAS DE LA APOSTASÍA

¿Por qué alguien que conoce el evangelio, ha visto la luz y ha experimentado muchas de las bendiciones del Espíritu Santo, rechazaría tan maravilloso don?

¿Por qué haría algo así? En un sentido, siempre hay solo una causa: incredulidad voluntaria. Seguir nuestra propia voluntad no suele tener más motivos que lo que

queremos hacer. Pero en otro sentido, hay varias cosas que influyen fuertemente a una persona para abandonar a Dios, que estimulan su voluntad para negar a su Creador.

PERSECUCIÓN

Lo que puede acercar a un creyente al Señor probablemente alejará a un incrédulo de Él. Cuando la Iglesia ha estado bajo persecución, los fieles se han hecho más fuertes, espiritual y moralmente. Por otra parte, la persecución continua aleja a los incrédulos de la Iglesia y del contacto con las cosas divinas. No tienen la fuerza ni el deseo de pagar el precio alto por algo que significa tan poco para ellos. Las palabras son baratas, la persecución no. Los momentos difíciles no son para un incrédulo voluntarioso que simplemente usa la iglesia por negocio, por relaciones sociales u otras razones personales. O porque siempre ha ido a la iglesia y nunca ha perdido el hábito de hacerlo. La persecución, a veces tan suave como la crítica, suele ser bastante para romper el hábito.

Cuando la persecución es severa, el apóstata no solo se irá de la iglesia, sino que se unirá a los perseguidores. “Entonces os entregarán a tribulación, y os matarán, y seréis aborrecidos de todas las gentes por causa de mi nombre. Muchos tropezarán entonces, y se entregarán unos a otros, y unos a otros se aborrecerán” (Mt. 24:9-10). Algunos apóstatas no solo desertan de la Iglesia, sino que se vuelven contra ella.

FALSOS MAESTROS

Los falsos maestros también tienen su parte en la apostasía. En el mismo pasaje de Mateo, Jesús dice: “Y muchos falsos profetas se levantarán, y engañarán a muchos” (Mt. 24:11). La persecución ahuyenta a los incrédulos de la verdad, mientras que los falsos maestros los seducen. La enseñanza falsa puede provocar mucho daño, incluso en el pueblo de Dios, y lo hace. Puede confundir, desalentar y corromper a cualquier creyente que sea lo bastante inmaduro para reconocerla y enfrentarla o lo suficientemente pecador para resistirla. Pero un creyente verdadero nunca aceptará que una falsa enseñanza le lleve a negar al Señor, sin importar cuán poco bíblica o persuasiva sea. Los creyentes verdaderos quizás nieguen algunas verdades bíblicas por causa de las enseñanzas falsas, pero a la única persona a quien la enseñanza falsa le hará negar al Señor es la que nunca le perteneció. Cuando los incrédulos se “engordan” con el evangelio, por lo general encuentran a alguien que los alimente con algo de mejor sabor a su naturaleza pecaminosa. “Porque vendrá tiempo cuando no sufrirán la sana doctrina, sino que, teniendo comezón de oír, se amontonarán maestros conforme a sus propias concupiscencias” (2 Ti. 4:3).

TENTACIÓN

La tentación es a veces la causa de la apostasía. Las cosas de este mundo se vuelven más atractivas y más influyentes que las cosas divinas. Estos apóstatas son los oyentes “sobre piedra” (Lc. 8:13), que se sienten atraídos al evangelio por un momento, pero las tentaciones los alejan del compromiso. Ya sea que la tentación tome la forma de muchas tentaciones pequeñas por un período breve de tiempo, o de una muy fuerte y repentina, no tienen los recursos ni la voluntad para resistirla. Demas tal vez haya sido una de estas personas: “Amando este mundo” podría haber abandonado al Señor y a Pablo (2 Ti. 4:10).

NEGLIGENCIA

La causa más triste de la apostasía tal vez sea la negligencia. Una persona puede posponer tanto su decisión por Cristo que puede perder la oportunidad. No decidirse por Cristo es decidirse en contra de Él. Quizás esa persona nunca llegue a perseguir creyentes, ni siquiera a negar consciente y públicamente a Cristo. Pero por su resistencia continua al evangelio de Cristo, asume su posición lejos de Él poniéndose en riesgo de caer en apostasía. “¿Cómo escaparemos nosotros, si descuidamos una salvación tan grande?” (He. 2:3). No tomar una decisión positiva por Cristo es decidirse en contra de Él.

AFERRARSE A LO VIEJO

Aferrarse a la vieja religión, o simplemente a un estilo de vida antiguo, puede llevar a que una persona apostate en algún punto. Muchos de los judíos incrédulos a quienes estaba dirigido Hebreos estaban cerca de este peligro. No era solo que su religión no les produjera salvación, sino que se había vuelto un obstáculo para ella. La religión falsa puede volverse tan habitual, tan arraigada en nuestra forma de pensar y vivir, que dejarla atrás parece impensable. Sería como cortarnos una parte del cuerpo, de la vida. Jesús sabía lo difícil que podría ser romper con las costumbres antiguas, pero advirtió: “Si tu ojo derecho te es ocasión de caer, sácalo, y échalo de ti; pues mejor te es que se pierda uno de tus miembros, y no que todo tu cuerpo sea echado al infierno” (Mt. 5:29). La tradición religiosa ha sido por mucho tiempo uno de los obstáculos más grandes para el evangelio y uno de los mayores contribuyentes a la apostasía.

ABANDONO DE LA COMUNIÓN CRISTIANA

Otra causa de la apostasía es abandonar la comunión cristiana, algo que el escritor ya había mencionado (10:25). El mejor lugar para la influencia fuerte hacia Cristo es donde están los creyentes. Y el peor lugar en el que se puede estar es alejado de los creyentes, especialmente cuando la persona ha estado expuesta a la verdad del evangelio.

LOS RESULTADOS DE LA APOSTASÍA

Porque si pecáremos voluntariamente después de haber recibido el conocimiento de la verdad, ya no queda más sacrificio por los pecados, sino una horrenda expectación de juicio, y de hervor de fuego que ha de devorar a los adversarios. El que viola la ley de Moisés, por el testimonio de dos o de tres testigos muere irremisiblemente. ¿Cuánto mayor castigo pensáis que merecerá el que pisoteare al Hijo de Dios, y tuviere por inmunda la sangre del pacto en la cual fue santificado, e hiciere afrenta al Espíritu de gracia? Pues conocemos al que dijo: Mía es la venganza, yo daré el pago, dice el Señor. Y otra vez: El Señor juzgará a su pueblo. ¡Horrenda cosa es caer en manos del Dios vivo! (10:26-31)

NO QUEDA SACRIFICIO POR LOS PECADOS

El primer resultado de la apostasía es que el apóstata se queda sin sacrificio que pueda expiar sus pecados. Por lo tanto, queda más allá de la salvación. El único sacrificio que puede llevar a una persona a la presencia de Dios es el de la sangre de Cristo en el nuevo pacto. Si se rechaza este sacrificio, entonces se desperdicia toda esperanza de salvación. La oportunidad se va, la esperanza se va, la vida eterna se va. Separados de Cristo, todo lo que valdría la pena tener se va. Los antiguos y repetidos sacrificios del judaísmo pronto pararían. De cualquier forma, eran ineficaces. El único sacrificio eficaz ya se había hecho, y solo se haría una vez. Alejarse de este sacrificio no deja ninguno disponible; solo deja el pecado cuya pena es la muerte eterna.

TRAE MAYOR JUICIO

Sino una horrenda expectación de juicio, y de hervor de fuego que ha de devorar a los adversarios. (10:27)

El segundo resultado de la apostasía es un juicio mayor. Cuanto mayor sea el pecado, mayor es el juicio. Como la apostasía es el peor pecado, tendrá el peor juicio. Dios ve a quien conoce la verdad, pero se aleja como enemigo, como adversario, y su juicio es cierto y horrendo.

Antes de que Jesús expulsara los demonios de los dos gadarenos, los demonios clamaron diciendo: “¿Qué tienes con nosotros, Jesús, Hijo de Dios?

¿Has venido acá para atormentarnos antes de tiempo?” (Mt. 8:29). Eran bien conscientes de que el juicio final de tormento llegaría con certeza, y estaban asustados de que Jesús lo

acelerara. Los demonios sabían, mejor que muchos cristianos confesos, que los enemigos de Dios no podían escapar de su juicio, y que el hervor de fuego divino los consumiría.

Tan cierto como el juicio sobre los demonios es el juicio de quienes le dan la espalda a Jesucristo. Cuando Jesús explica la parábola de la cizaña, dice a sus discípulos:

El campo es el mundo; la buena semilla son los hijos del reino, y la cizaña son los hijos del malo. El enemigo que la sembró es el diablo; la siega es el fin del siglo; y los segadores son los ángeles. De manera que como se arranca la cizaña, y se quema en el fuego, así será en el fin de este siglo. Enviará el Hijo del Hombre a sus ángeles, y recogerán de su reino a todos los que sirven de tropiezo, y a los que hacen iniquidad, y los echarán en el horno de fuego; allí será el lloro y el crujir de dientes (Mt. 13:38-42)

Poco después, Jesús narró otra parábola con la misma idea: el final de los tiempos verá la separación entre creyentes e incrédulos, los creyentes irán al cielo y los incrédulos al infierno. “Así será al fin del siglo: saldrán los ángeles, y apartarán a los malos de entre los justos, y los echarán en el horno de fuego; allí será el lloro y el crujir de dientes” (Mt. 13:49-50).

Pablo nos da advertencias similares de juicio, incluyendo está en su segunda carta a los Tesalonicenses:

Y a vosotros que sois atribulados, daros reposo con nosotros, cuando se manifieste el Señor Jesús desde el cielo con los ángeles de su poder, en llama de fuego, para dar retribución a los que no conocieron a Dios, ni obedecen al evangelio de nuestro Señor Jesucristo; los cuales sufrirán pena de eterna perdición, excluidos de la presencia del Señor y de la gloria de su poder (2 Ts. 1:7-9).

Nada en el Antiguo Testamento se compara a la severidad del juicio descrito en el Nuevo. Suele creerse que el Antiguo Testamento muestra a un Dios duro y juzgador, mientras que el Nuevo muestra uno misericordioso y compasivo. Pero la misericordia y la ira de Dios se revelan claramente en los dos Testamentos. Es cierto que el Nuevo Testamento tiene una imagen más completa y bonita de la gracia y el amor de Dios, pero también tenemos una imagen más completa y aterradora de su ira.

GRADOS DE PECADO Y JUICIO

El que viola la ley de Moisés, por el testimonio de dos o de tres testigos muere irremisiblemente. ¿Cuánto mayor castigo pensáis que merecerá el que pisotear al

Hijo de Dios, y tuviere por inmunda la sangre del pacto en la cual fue santificado, e hiciere afrenta al Espíritu de gracia? (10:28-29)

Jesús dijo a Pilato: “El que a ti me ha entregado, mayor pecado tiene” (Jn. 19:11). El pecado de Judas fue mayor que el de Pilato. Los dos eran incrédulos, pero Judas fue apóstata. Tuvo mucha más luz y evidencia que Pilato, por tanto, era más culpable por traicionar a Cristo.

Jesús también dejó claro que el juicio, como la culpa, es en proporción al pecado: “Aquel siervo que conociendo la voluntad de su señor, no se preparó, ni hizo conforme a su voluntad, recibirá muchos azotes. Mas el que sin conocerla hizo cosas dignas de azotes, será azotado poco” (Lc. 12:47-48).

La enseñanza sobre el castigo no es clara en el Antiguo Testamento, pero tampoco lo es la de la salvación. Quien pecara bajo el antiguo pacto era culpable y merecía el castigo. Todos los judíos conocían la severidad de quebrantar la ley de Moisés. Si había testigos apropiados que afirmaran la desobediencia, la pena era la muerte. Pero el peor ofensor de aquella época no podía compararse con quien había oído el evangelio de Jesucristo y lo rechazaba. Tal persona se encontrará con Judas en la misma sección del infierno, enfrentando el mayor castigo.

Dios es menos tolerante con el pecado hoy día, no más tolerante, porque los hombres tienen mucha más luz. “Pero Dios, habiendo pasado por alto los tiempos de esta ignorancia, ahora manda a todos los hombres en todo lugar, que se arrepientan; por cuanto ha establecido un día en el cual juzgará al mundo con justicia, por aquel varón a quien designó, dando fe a todos con haberle levantado de los muertos” (Hch. 17:30-31).

RECHAZO DE DIOS

¿Cuánto mayor castigo pensáis que merecerá el que pisoteare al Hijo de Dios, y tuviere por inmunda la sangre del pacto en la cual fue santificado, e hiciere afrenta al Espíritu de gracia? (10:29)

LOS APÓSTATAS RECHAZAN AL PADRE

La apostasía requiere el rechazo total de la deidad: del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Tal como aceptar al Hijo es aceptar al Padre, rechazar al Hijo es rechazar al Padre. Dios dijo: “Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia” (Mt. 3:17). Pablo nos dice: “Dios también le exaltó hasta lo sumo, y le dio un nombre que es sobre todo nombre” (Fil. 2:9). El Hijo y el Padre son uno (Jn. 10:30) y no es posible rechazar al uno sin rechazar

también al otro. Por lo tanto, pisotear al Hijo de Dios es igual que pisotear al Padre. Y rechazar al Hijo es desdeñar al Espíritu Santo.

Pisotear al Hijo de Dios significa menospreciarlo, no darle valor. Quien ve una moneda en la acera puede creer que es una babosa y evitarla o darle una patada hacia una alcantarilla. No le interesa recogerla y examinarla. Algunas personas pisotean a Cristo y creen que no es nada. Lo ven claramente, se habrían podido acercar lo suficiente para examinarlo cuidadosamente si así hubieran querido. Pero no le dan valor y prosiguen su camino. No darle valor a quien el Padre ha declarado de valor infinito es una maldición y es temible.

LOS APÓSTATAS RECHAZAN AL HIJO

Considero que la frase en la cual fue santificado se refiere a Cristo. No podría referirse a un apóstata que ha considerado inmunda la sangre, porque difícilmente está él santificado. Por tanto, la referencia debe ser a Cristo. Jesús habló en la oración sacerdotal de santificarse por amor de quienes creyeran en Él (Jn. 17:19). Se aparta con Dios, aun cuando nos santifica por la sangre del pacto derramada en el calvario. El apóstata considera que este sacrificio es inmundo, de poca monta, sin valor. De ese modo rechaza a la segunda persona de la Trinidad, cuya misma sangre derramó por él.

El apóstata considera que la sangre de Cristo es sangre común y corriente, como la de cualquier otra persona. Considera sin valor lo que a Dios le costó su Hijo y lo que al Hijo le costó la agonía de hacerse pecado por nosotros. A lo que tiene valor infinito no le da ningún valor.

LOS APÓSTATAS RECHAZAN AL ESPÍRITU SANTO

La persona a la cual el Espíritu de gracia ha guiado por su obra preparatoria de la redención y a la cual Él ha movido al arrepentimiento (Jn. 16:8-11) insulta al Espíritu alejándose de Cristo. Rechaza la obra de preparación que el Espíritu con su gracia ha hecho en su corazón. Y eso es apostasía.

Pisoteando al Hijo de Dios, rechaza al Padre. Al considerar inmunda la sangre del pacto, rechaza al Hijo. Al insultar la dirección llena de bondad y gracia del Espíritu, lo rechaza también a Él. No sorprende que merezca tan severo castigo.

Pues conocemos al que dijo: Mía es la venganza, yo daré el pago, dice el Señor. Y otra vez: El Señor juzgará a su pueblo. ¡Horrenda cosa es caer en manos del Dios vivo! (10:30-31)

Dios es sufrido, paciente, amoroso, de gracia infinita y no quiere que nadie perezca (2 P. 3:9). Pero a quien le da la espalda a la gracia de Dios, no le queda nada que Dios pueda ofrecerle. Solamente juicio.

LOS FRENOS A LA APOSTASÍA

Dentro de esta advertencia severa hay un llamado urgente a no desertar. A los judíos que estaban a punto de creer se les dice dos cosas para prevenir que se conviertan en apóstatas y para guiarlos a la fe completa. Que revisen lo que han experimentado y que miren las recompensas que recibirán si continúan en lo que han aprendido de Cristo.

RECUERDEN SU SUFRIMIENTO Y SU SERVICIO

Pero traed a la memoria los días pasados, en los cuales, después de haber sido iluminados, sostuvisteis gran combate de padecimientos; por una parte, ciertamente, con vituperios y tribulaciones fuisteis hechos espectáculo; y por otra, llegasteis a ser compañeros de los que estaban en una situación semejante. Porque de los presos también os compadecisteis, y el despojo de vuestros bienes sufristeis con gozo, sabiendo que tenéis en vosotros una mejor y perdurable herencia en los cielos. (10:32-34)

Obviamente, el escritor conoce a quienes está escribiendo, o al menos sabe mucho sobre ellos. Era consciente de su participación profunda en la iglesia. Se les identifica muy de cerca con los cristianos (llegasteis a ser compañeros) que incluso experimentaron padecimientos, vituperios y tribulaciones por ello. Para el mundo, y con seguridad para los demás judíos de la sinagoga, ya eran cristianos. No eran creyentes, pero ya habían sufrido porque los consideraban creyentes. Y toda esa persecución no los había alejado en este punto.

Aun para un incrédulo es posible tener alguna forma de “primer amor” por Cristo. Al oír del amor de Cristo, de sus promesas y enseñanzas, de sus grandes obras y su gracia, es fácil sentirse fuertemente atraído por Él intelectual y emocionalmente. Si está en una comunidad de creyentes que sea amistosa y amorosa, la atracción es aún más fuerte.

Los judíos incrédulos a quienes este pasaje estaba dirigido se sentían así de atraídos. No habían confiado aún en el evangelio, pero ninguno se sentía avergonzado por él. Habían sufrido burlas, persecuciones y habían perdido sus propiedades por su asociación con los cristianos, pero la asociación parecía valer el sacrificio, de modo que los problemas aún

no habían provocado que ellos se alejaran. No se disculpaban externamente ni negociaban su posición por Cristo, y eso les había causado un costo alto.

Tales judíos estaban intelectualmente iluminados. Sabían todas las cosas básicas del evangelio. Pero esto no era un sustituto para la fe. Estaban en camino a creer, pero no habían creído. Así que el autor les pide pensar en cuán lejos han llegado ya, lo que han pasado, y les dice que completen el proceso de poner toda su confianza en Jesucristo. Se les dice: “Recuerden cuidadosamente todas las experiencias que han tenido al aprender de Cristo y al ser partícipes de su pueblo. Sería terrible retroceder ahora que están tan cerca. No deben rendirse. Sería terrible si, después de todo lo que han aprendido del evangelio, y todo lo que han sufrido y sacrificado, no recibieran la bendición real del evangelio: la vida eterna. Han mostrado un gran respeto por Cristo y un gran amor por su pueblo. Ahora pongan su confianza en Cristo, de modo que puedan volverse uno con su pueblo”. Como sucedió con la semilla en terreno pedregoso,

habían soportado hasta cierto grado, pero a medida que la persecución se incrementaba, saldrían heridos y desertarían (cp. Mt. 13:20-21).

La expresión traed a la memoria (*anamimnēskō*) significa más que recordar. Significa reconstruir en la mente. La idea es que estos judíos, tan cercanos a la salvación, deberían rememorar lo que habían aprendido y experimentado por causa del evangelio de Jesucristo, verdad por verdad y acontecimiento por acontecimiento. Debería ser esto un freno para la apostasía y un gran impulso para creer.

Tenían la perspectiva de una mejor y perdurable herencia. Habían dejado atrás muchas cosas terrenales —reputación, amigos, posesiones— por lo que podían percibir como las cosas mejores del nuevo pacto. Pero puesto que no habían confiado completamente en el Cristo del nuevo pacto, estaban en peligro de retirarse a la completa incredulidad de la cual no regresarían nunca. Habían aprendido y experimentado demasiado para quedar con alguna excusa básica por no creer, por lo tanto, el autor los urgía con amabilidad, pero con fortaleza a terminar de recorrer el camino de la salvación antes de que fuera demasiado tarde.

EL ANHELO DEL GALARDÓN

No perdáis, pues, vuestra confianza, que tiene grande galardón; porque os es necesaria la paciencia, para que habiendo hecho la voluntad de Dios, obtengáis la promesa. (10:35-36)

El segundo freno para la apostasía es la idea del galardón para los que creen. Les dice: “Ustedes saben cuál es la promesa. Saben cuán superior e inigualable es, y saben que Cristo será fiel para cumplirla. No dejen que su confianza tambalee ahora. Reclamen la promesa. Aseguren el galardón. Miren hacia atrás para recordar cuán maravilloso parecía y miren hacia adelante para ver cuánto más maravilloso va a ser”.

Necesitaban paciencia y perseverancia para evitar que sus circunstancias presentes los hicieran volver atrás. La luz que habían visto en el evangelio, así como los sufrimientos, persecuciones y pérdidas por su asociación externa con los creyentes no fueron inútiles. Su confianza no fue en vano, pero no era suficiente. Aún no habían hecho la voluntad de Dios completamente, porque no habían confiado en su Hijo plenamente. Y antes de aquello, no podían obtener la promesa. Conocían las promesas, se gozaban en ellas e incluso habían sufrido por ellas. Pero no las habían recibido. La iglesia está llena de personas como estas aún hoy. Es el lado negativo de Mateo 7:22-23. “Muchos me dirán en aquel día: Señor, Señor, ¿no profetizamos en tu nombre, y en tu nombre echamos fuera demonios, y en tu nombre hicimos muchos milagros? Y entonces les declararé: Nunca os conocí; apartaos de mí, hacedores de maldad”.

Porque aún un poquito, y el que ha de venir vendrá, y no tardará. Mas el justo vivirá por fe; y si retrocediere, no agradará a mi alma. Pero nosotros no somos de los que retroceden para perdición, sino de los que tienen fe para preservación del alma. (10:37-39)

El sufrimiento que podrían soportar no duraría para siempre, pero su salvación en Jesucristo sí. El Señor vendría a arreglar su mundo y no se tardaría. Mientras tanto, la forma de hacerse justo es por fe, y la forma en que los justos deberían vivir es por la fe. Desde el punto de vista humano, la fe es la base de la vida espiritual y del vivir espiritual. El conocimiento del evangelio es esencial. El sufrimiento por el evangelio es posible. Servir a los demás, en especial al pueblo de Dios, en nombre del evangelio está bien. Pero solo la fe traerá salvación y servirá para preservación del alma.

El llamado y la advertencia terminan con una nota positiva y esperanzadora. El escritor parece confiar en que algunos de los que está llamando creerán de verdad; de hecho, tanto que desde ya se identifica con ellos y con los otros creyentes verdaderos. No somos de los que retroceden para perdición.

25 ¿Qué es la fe? 11:1-3)

Es, pues, la fe la certeza de lo que se espera, la convicción de lo que no se ve. Porque por ella alcanzaron buen testimonio los antiguos. Por la fe entendemos haber sido constituido el universo por la palabra de Dios, de modo que lo que se ve fue hecho de lo que no se veía. (11:1-3)

“El salón de la fama de los santos”, “Los héroes de la fe”, “El cuadro de honor de los santos del Antiguo Testamento”, y “El capítulo de la fe” son solo algunos de los títulos que ha recibido Hebreos 11. Este capítulo tiene que ver con la primacía y excelencia de la fe, y se ajusta perfectamente al flujo de la epístola, que lo nuevo es mejor que lo antiguo.

Los judíos del primer siglo veían todo como un asunto de obras. Aun después de ver las verdades básicas del nuevo pacto, la tendencia era que intentaran ajustar estos principios nuevos al molde de obras de justicia.

Para el tiempo de Cristo, el judaísmo había dejado de ser el sistema sobrenatural que Dios había entregado originalmente. Se había desviado a un sistema de obras, con toda clase de requisitos legalistas. Era un sistema de esfuerzo propio, de salvación propia y de glorificación propia. Estaba lejos del sistema de fe que Dios les había dado. En muchos sentidos, era una secta religiosa con base en la ética (e incluso el judaísmo ordenado por Dios quedaba falseado sin su cumplimiento en Cristo).

Como a todos los sistemas de obras, Dios lo despreció, particularmente porque era una corrupción del sistema verdadero que Él había dado. Dios nunca redimió al hombre por las obras, siempre por la fe (cp. Hab. 2:4). Como quedará claro en este capítulo, desde los tiempos de Adán, Dios ha honrado la fe, no las obras. Las obras siempre han sido mandadas como un resultado de la fe, nunca un medio para la salvación. Dios no tolera ningún sistema de ética autoimpuesto como medio para llegar a Él.

Este tema de la fe está relacionado con el capítulo 10, donde el autor presentó el principio de la salvación por fe, de la cual son ejemplos los santos mencionados en el capítulo 11. Cita a Habacuc, un profeta judío, para reforzar la verdad de que este era el principio de la redención que Dios había honrado siempre. “Mas el justo vivirá por fe; y si retrocediere, no agrada a mi alma” (He. 10:38; Hab. 2:4). La fe es el camino a la vida, y la fe es una forma de vida. Nunca ha sido diferente.

Estos judíos habían oído argumentos poderosos sobre la superioridad del nuevo pacto con respecto al antiguo. Habían oído que, en lo relativo a su fe, los dos pactos eran iguales.

Esto es, el principio de la fe no se originó con el nuevo pacto. También fue parte activa del antiguo. De hecho, estaba activo cuando el hombre cayó y necesitó un camino de regreso a Dios. Se originó incluso antes de la formación de la Tierra. Puesto que Dios nos escogió en Cristo “antes de la fundación del mundo” (Ef. 1:4) y puesto que la única forma en que Dios nos acepta en Cristo es por nuestra fe, se deduce que Dios, obviamente, estableció la salvación por la fe en aquel entonces. El camino de regreso a Dios, en lo que al hombre se refiere, es por fe; siempre ha sido por la fe y solo por la fe.

Entre la declaración del principio de la fe y la lista larga de hombres y mujeres del Antiguo Testamento que lo ilustraron, hay una definición breve de fe.

LA NATURALEZA DE LA FE

Es, pues, la fe la certeza de lo que se espera, la convicción de lo que no se ve. (11:1)

En una figura que los poetas hebreos solían usar, el escritor expresa su definición de la fe en dos frases paralelas casi idénticas. No es una definición teológica completa, sino un énfasis de ciertas características básicas de la fe que son importantes para entender el mensaje que el escritor quiere dar.

LA CERTEZA DE LAS COSAS QUE ESPERAMOS

En tiempos del Antiguo Testamento, los hombres y las mujeres tenían que confiar en las promesas de Dios. Él les había hablado del Mesías que vendría, un Libertador que quitaría el pecado. Les había dicho que un día ese Mesías justo los purificaría y los gobernaría. Los fieles de Dios creían las promesas de Dios, tan incompletas y vagas como muchas de ellas eran. No tenían un grado alto de claridad específica si se comparan con las del Nuevo Testamento, pero sabían que eran dadas por Dios y ellos pusieron su confianza y esperanza completas en esas promesas.

Eso es la fe. Fe es vivir en una esperanza tan real que dé absoluta certeza. Las promesas que Dios dio a los santos en el Antiguo Testamento eran tan reales que ellos basaron su vida en ellas porque le creían a Dios. Todas las promesas del Antiguo Testamento están relacionadas con el futuro, un futuro distante para muchos de los creyentes. Pero los fieles del pueblo de Dios actuaban como si fueran presentes. Simplemente, le creyeron a Dios y su palabra, y con base en ello vivieron. Eran personas de fe, y la fe les dio certeza y sustancia presentes de lo que aún era futuro.

La fe no es un anhelo ferviente de que algo pase en un mañana incierto. La fe verdadera es certeza absoluta, a menudo de cosas que el mundo considera irreales e imposibles. La

esperanza cristiana es creer en Dios en contra del mundo, no creer en lo improbable en contra del azar. Si seguimos a un Dios cuya voz audible no hemos oído nunca y creemos en un Cristo cuya cara no hemos visto jamás, lo hacemos porque nuestra fe tiene una realidad, una sustancia, una certeza que es inamovible. Por eso, dijo Jesús, tenemos una bendición especial (Jn. 20:29).

Moisés consideró “mayores riquezas el vituperio de Cristo [el Mesías] que los tesoros de los egipcios; porque tenía puesta la mirada en el galardón” (He.

11:26). Moisés asumió una posición en la esperanza mesiánica y se olvidó de todas las cosas materiales que podría haber tocado y visto por un Mesías que no vendría a la Tierra hasta más de mil cuatrocientos años después.

Sadrac, Mesac y Abed-nego se enfrentaron con la elección de obedecer a Nabucodonosor, a quien habían visto bien, o a Dios, a quien nunca habían visto. Sin dudarlo, eligieron obedecer a Dios. La respuesta natural del hombre es confiar en sus sentidos físicos, poner su confianza en las cosas que puede ver, oír, saborear y sentir. Pero el hombre de Dios pone su confianza en algo más durable y confiable que cualquier cosa experimentable por los sentidos. Los sentidos pueden mentir; Dios no puede mentir (Tit. 1:2).

El filósofo Epicuro, que vivió varios cientos de años antes de Cristo, dijo que el fin principal en la vida es el placer. Pero no era hedonista, como muchos pudieran creer. Hablaba de un placer de larga vista: el placer final, no la gratificación temporal e inmediata. Sostenía que debemos ir en pos de lo que al final de cuentas nos traerá más satisfacción. Entendido de la manera correcta, este también debería ser el objetivo del cristiano.

Los cristianos no somos masoquistas. Todo lo contrario, vivimos para el placer final y permanente. Vivimos con la certeza de que cualquier incomodidad o dolor que podamos soportar por amor de Cristo en esta Tierra será más que compensado por una eternidad de éxtasis inagotable, de placer que ahora no podemos imaginar.

La palabra griega *hypostasis*, traducida aquí como certeza, aparece otras dos veces en Hebreos. En 1:3 se traduce “imagen misma”, hablando de la semejanza de Cristo con Dios, y en 3:14 se traduce “confianza”. El término se refiere a la esencia, el contenido real, la realidad, en oposición a la simple apariencia. La fe, pues, aporta un terreno firme sobre el cual sostenernos, esperando el cumplimiento de la promesa de Dios. Lejos de ser nebulosa e incierta, la fe es la convicción más sólida posible. La fe es la esencia presente de una realidad futura.

Los santos del Antiguo Testamento “murieron... sin haber recibido lo prometido, sino mirándolo de lejos” (He. 11:13). Vieron el cumplimiento de la promesa de Dios con los ojos de la fe que, cuando está puesta en Dios, tiene una visión infinitamente mejor que los mejores ojos físicos. Se aferraron a la promesa como la realidad final de sus vidas, como lo más cierto de su existencia.

LA CONVICCIÓN DE LO QUE NO SE VE

La frase la convicción de lo que no se ve lleva la misma verdad un poco más lejos, porque implica una respuesta, una manifestación externa de la seguridad interna. La persona de fe vive lo que cree. Su vida está entregada a lo que su mente y su espíritu están convencidos de que es cierto.

Por ejemplo, Noé creyó en Dios verdaderamente. No se podía haber embarcado en semejante tarea tan extraordinaria, exigente, y ridícula desde el punto de vista humano, que Dios le dio sin haber tenido fe absoluta. Cuando Dios predijo la lluvia, Noé no tenía ni idea de lo que era porque la lluvia no existía antes del diluvio. Es posible que Noé no tuviera ni idea de cómo construir una barca, mucho menos un arca gigante. Pero Noé creía en Dios y actuaba conforme a sus instrucciones. Tenía certeza y convicción: fe verdadera. La construcción del arca respaldaba su creencia interna de que la lluvia llegaría y el plan de Dios era apropiado para construir un arca que flotara. Su fe tenía base en la palabra de Dios, no en lo que podía ver o lo que había experimentado. Predicó en fe durante ciento veinte años, esperó en fe, y construyó en fe.

El hombre natural no puede entender esa clase de fe espiritual. Vemos al invisible (He. 11:27), pero quien no es salvo no puede hacerlo, porque no tiene forma de percibirlo. No cree en Dios ni en las realidades de su reino, porque no tiene sentidos espirituales. Es como un ciego que se niega a creer que la luz existe porque nunca la ha visto.

No obstante, hay una forma en que todos los hombres viven por fe. Como ya se ilustró en un capítulo anterior, la sociedad está edificada sobre un fundamento de fe. Bebemos agua del grifo con toda confianza en que es seguro. Comemos en un restaurante confiados en que la comida no está contaminada. Recibimos con toda disposición un cheque o dinero impreso, ninguno de los cuales tiene valor intrínseco. Los aceptamos por fe en la persona, compañía o gobierno que los hicieron. Ponemos nuestra fe en un cirujano, y en la medicina en general, aunque no tengamos ni el más mínimo conocimiento, competencia o experiencia en medicina. Nos entregamos al bisturí del cirujano en completa fe. La capacidad para la fe está creada en nosotros.

La fe espiritual opera en el reino de esa capacidad. Acepta y actúa de buen grado sobre muchas cosas que no entiende. Pero la fe espiritual es radicalmente diferente de la fe natural en una manera importante. No es natural, como nuestra confianza en el agua, el dinero o el médico. “Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios” (Ef. 2:8). Tal como la confianza natural viene con el nacimiento natural, la confianza espiritual viene de Dios.

EL TESTIMONIO DE LA FE

Porque por ella alcanzaron buen testimonio los antiguos. (11:2)

Las personas de la antigüedad alcanzaron buen testimonio de Dios por su fe y nada más que por su fe. Dios siempre ha aprobado y reconocido a la persona de fe. Este versículo implica lo que otras partes del capítulo dejan claro: que Dios hace conocida su aprobación de quien confía en Él. Varía la forma en la que muestra la aprobación, pero, al igual que Enoc (He. 11:5), todo santo tiene a Dios por testigo de que su fe le agrada a su Señor.

La fe no es tan solo una forma de agradar a Dios; es la única forma de hacerlo. “Pero sin fe es imposible agradar a Dios; porque es necesario que el que se acerca a Dios crea que le hay, y que es galardonador de los que le buscan” (11:6). No importa qué podamos pensar, decir o hacer para Dios o en su nombre, si no tenemos fe no tiene sentido ni valor. No hay posibilidad de que Dios lo apruebe.

El hombre moderno ha quedado ante un dilema, así lo han señalado con frecuencia evangélicos académicos como Francis Schaeffer. A lo largo de casi toda la historia, el hombre tuvo lo que los filósofos llaman un campo unificado de conocimiento. Esto es, el hombre entendía lo sobrenatural, la historia humana, la ciencia, la ética, la economía —todo—, dentro de un marco de referencia. Todas estas áreas eran parte de la realidad total. Pero entonces vino un movimiento grande en la filosofía conocido como racionalismo y negaba la existencia misma de lo sobrenatural, inclusive —especialmente inclusive— a Dios. Hombres como Graf, Wellhausen, Bauer, Strauss, Renan y muchos otros, comenzaron a socavar sistemáticamente toda creencia o doctrina sobrenatural.

El blanco principal era la Biblia. En el nombre de la academia bíblica, contradecían todas las afirmaciones sobrenaturales de las Escrituras, supuestamente por haberlas demostrado falsas. Reducían toda la realidad y el conocimiento a la razón natural, que trata solamente con lo que los sentidos físicos podrían observar y medir, y con lo que la mente humana podría interpretar por sí misma. El hombre llegó a ser la medida de todas las cosas. Todo

lo que estuviera fuera del área de la experiencia física y el entendimiento intelectual del hombre debía negarse o descartarse.

Pero la mayoría de personas no puede manipular esta explicación tan radical. Incluso desde la perspectiva humana, hay mucho de lo cual no da razón. Hacía del hombre nada más que una parte de una máquina gigante y sin sentido.

Algunos filósofos comenzaron a notar las limitaciones del racionalismo. Por ejemplo, Kierkegaard decidió abrirle un espacio a lo sobrenatural ubicándolo en un orden diferente al de la realidad del mundo cotidiano. De esta “historia superior”, como la describe Schaeffer, se cree que no es conocible de la misma forma en que es conocible el nivel terrenal e inferior. Solo se experimenta por un “salto de fe”. Al no poderse conocer realmente, toda persona es libre de hacer como le parezca con lo sobrenatural. Puede creer en una especie de dios “absolutamente otro”, como Paul Tillich; o puede tan solo creer en creer, tener fe en la fe. Pero aquello en lo cual se cree no tiene contenido definitivo, realidad definitiva, verdad definitiva. Es puramente existencial, sin contenido, irracional e ilógico. Para usar de nuevo una frase de Schaeffer, es un “escape de la razón”, el extremo opuesto del racionalismo. Por supuesto, estas dos filosofías son escapes del Dios verdadero.

Esta nueva filosofía de lo no racional empezó a influenciar primero el arte, que básicamente siempre ha sido realista. Los artistas variaban ampliamente en estilo y técnica, pero siempre buscaban retratar la realidad. Esto es, un retrato de un hombre siempre parecía un hombre, un retrato de una flor parecía una flor, y así sucesivamente. El arte era realista y podía razonarse. Pero con la llegada de la filosofía de lo no racional, el arte comenzó a reflejar esta nueva perspectiva. No había absolutos, no había certezas de nada. Un artista representaba a un hombre según como se sintiera en el momento que debía representarlo. Las flores tomaron la forma de lo que estuviera pasando por la mente del artista cuando las pintaba. Van Gogh, Gauguin, Picasso y muchos otros desarrollaron lo que llegó a conocerse como arte abstracto, que era completamente subjetivo, imaginativo y carente de contenido.

La siguiente influencia estuvo en la música. Esta también comenzó a reflejar únicamente lo subjetivo e imaginativo, sin ningún contenido o estructura, como se ve en Debussy, Cage y la música rock.

Luego el efecto llegó a la literatura, con Dylan Thomas, Arthur Miller y escritores por el estilo que usaron sus habilidades para socavar las normas y los absolutos no solo en la

literatura, sino en las áreas morales y espirituales también. El amor, la honradez, la verdad, la pureza, lo sagrado, lo justo... todos pasaron por el molino existencial para triturarlos en relativismo.

El relativismo no puede llevar a otro lugar que al desespero y la falta de significado, algo que muchos proponentes de esta filosofía notaron y reconocieron. Pero insistían en que eso es todo lo que hay en el mundo, en la vida, en el hombre; por lo cual, teníamos que hacer lo que pudiéramos con ello. Puesto que el hombre desechó a Dios, el hombre se quedó sin medida del mundo y de sí mismo... y no podía esperar encontrar una.

La teología fue el área que resultó significativamente más afectada. Un dios que pueda estar, que pueda ser bueno o que pueda preocuparse es un dios que inspira devoción y entrega. Un dios creado e imaginado por el hombre, el hombre puede volver a crear e imaginar. La teología de un dios que no se puede conocer ni entender no tiene nada de teología. No sorprende que la forma más extrema de esta teología sin contenido declarara que Dios está muerto. Por supuesto, ni siquiera esta doctrina tiene contenido o significado preciso. Significa sencillamente lo que quisiera decir quien la use cuando estaba hablando o escribiendo de ella.

Tal filosofía de lo no racional queda perfectamente ilustrada en el libro Trampa 22, que se centra en un escuadrón de aviadores estadounidenses de la Segunda Guerra Mundial ubicados en la isla ficticia de Pianos en el Mediterráneo. Su labor era ejecutar misiones muy peligrosas sobre Europa del sur y debían completar veinticinco misiones antes de tener derecho a un traslado. Uno de ellos, Yosarian, estaba especialmente deseoso de irse. Pero cuando completó su misión veinticinco, el nuevo comandante elevó el número a treinta, luego a cuarenta, cuarenta y cinco, cincuenta, y así sucesivamente. Los problemas mentales se volvieron la única justificación para un traslado. Pero si un aviador iba a decir que estaba loco para que lo retiraran de las misiones, eso era evidencia de que estaba bien. Los aviadores se dieron cuenta de que era un juego sádico y sin salida. De modo que Yosarian decidió construir una balsa y flotar hasta Suecia. No importaba que hubiera todo un continente entre Suecia y él o que las corrientes oceánicas lo llevaran a cualquier otro lado. A pesar de la imposibilidad de lograr su cometido, no podían disuadirlo. Había desarrollado un plan de escape desesperanzado para una situación desesperanzada e insistía en su derecho a ir por ello. Se lanzó de cabeza al absurdo.

Hoy día, las personas usan alcohol y drogas porque se han quedado sin opciones racionales. Están intentando escapar por medio de la hechicería, la astrología, la

reencarnación y muchos cultos más. Van en busca del significado, el sentido y la realidad, a menudo mientras niegan que tales cosas existan.

Son estos algunos de los caminos desesperados que recorren los hombres cuando rechazan a Dios, incluso los sensibles y los racionales. Se quedan solamente con el absurdo; sin fe, esperanza, paz, seguridad o confianza. Solo pueden saltar de un absurdo insípido y vacío a otro, sin posibilidad ni expectativa de que el siguiente sea mejor que el anterior.

Dios es la única respuesta racional, la única respuesta segura. Solo el Dios que creó a los hombres puede satisfacerlos. Solo el Dios que creó la razón puede hacer la vida razonable. Solo el Dios que creó el universo le puede mostrar al hombre el propósito que hay en él. Desde los tiempos de Adán, hay hombres que han creído en Dios y en lo que Él ha dicho. Para ellos la vida ha tenido sentido, seguridad, sustancia y confianza. No dieron un salto de fe ciego; más bien, pusieron su fe en una realidad futura que, por su fe, Dios hizo cierta y segura para ellos. Y con esta certeza vinieron la tranquilidad, la confianza y la esperanza. Creer en Dios da razones para vivir... y para morir. Justo antes de que lo apedrearán, “Esteban, lleno del Espíritu Santo, puestos los ojos en el cielo, vio la gloria de Dios, y a Jesús que estaba a la diestra de Dios” (Hch. 7:55). El destello de su Señor justificó todo lo que había soportado por causa del evangelio y todo lo que estaba por sufrir. Tenía algo por lo cual vivir y por lo cual morir.

LA ILUSTRACIÓN DE LA FE

Por la fe entendemos haber sido constituido el universo por la palabra de Dios, de modo que lo que se ve fue hecho de lo que no se veía. (11:3)

El escritor dice a los judíos que aún no habían confiado en Cristo: “Ya tienen algo de fe en Dios. Creen que Él creó el universo y todo lo que en éste hay”. Lo creían sin ninguna duda, aun cuando no estuvieron ahí mientras Dios lo creaba. No podían ver su acto de creación, pero podían ver su creación y creían en el Creador. Tenían un comienzo de fe. Sabían y habían aceptado esta verdad por fe, no por vista. Sus propias Escrituras así lo enseñaban y ellos lo creían.

Dios no creó solamente el mundo, sino el universo (*aiōn*), que designa al universo físico, además de su operación, su administración. Creó todo sencillamente con su palabra (*rhēma*), su habla divina. Creó de la nada, al menos no lo hizo de nada físico o de lo que se ve. El escritor afirma algo absolutamente estupendo en este versículo corto. La afirmación más grande, la más difícil de aceptar para un incrédulo, es que la comprensión de la creación es un producto completo de la fe.

El origen del universo ha sido un problema de vieja data para los filósofos y los científicos. Los siglos de investigación, especulación y comparación de notas y teorías no los ha llevado más cerca de la solución. Cada vez que parece haber consenso sobre una teoría particular, viene alguien con evidencia que la refuta o la hace menos plausible.

Bertrand Russell pasó la mayoría de sus noventa años como filósofo. Su convicción más segura era que el cristianismo era el mayor enemigo de la humanidad, porque enseñaba sobre un Dios tirano que suprimía el derecho a la libertad del hombre. Al final de sus días admitió que la filosofía “era un fracaso”, que no tenía respuestas para nada. Había escrito que “debemos conquistar el mundo con la inteligencia”, y sin embargo, todo su gran intelecto, y el de quienes buscaban las respuestas en ellos mismos, nunca encontró nada. La fe más grande de Russell estaba en la idea de que no había Dios. Rechazó la única fuente de respuestas, significado y esperanza.

La mayoría de la filosofía es un mero garabateo de palabras, como hacen la mayoría de personas con un lápiz. Sin la revelación, la fuente básica de la verdad, lo mejor que la filosofía puede hacer son mamarrachadas verbales. Algunos son más impresionantes que otros, pero ninguno puede afirmar que es verdad o que posee significado definitivo. Pablo advirtió así a los colosenses: “Mirad que nadie os engañe por medio de filosofías y huecas sutilezas, según las tradiciones de los hombres” (Col. 2:8).

A la ciencia no le ha ido mejor que a la filosofía con las respuestas al origen del universo. Aunque la ciencia, por definición, está limitada a lo observable, medible y repetible, algunos científicos persisten en especular sobre el origen de la Tierra y del universo, intentando reconstruir el proceso por medio de lo que hoy observamos. Como los filósofos, han adoptado una carga más allá de su competencia y recursos.

Por unos cien años, la teoría nebular fue la explicación científica dominante para el origen del universo. Después se reemplazó por la teoría de las mareas, que pronto se reemplazó por la teoría del estado constante, la teoría de la gran explosión súper densa, y así sucesivamente. Ninguna de estas teorías obtuvo aceptación universal entre los científicos. Hoy día, las teorías siguen multiplicándose y ninguna tiene aceptación universal aún, mucho menos está demostrada. Lo mismo es cierto sobre las teorías de la evolución. Hay incluso científicos no religiosos haciendo un llamado para que la ciencia reconsidere la noción misma de evolución. El descubrimiento de los orígenes está muy lejos del alcance del conocimiento y la investigación. Los intentos del hombre por descubrir de dónde vino el universo, o de dónde vino él, no pueden terminar en otra cosa que la inutilidad. Está condenado a pasar de una teoría indemostrable a otra.

El profesor de física T. L. Moore, de la Universidad de Cincinnati dijo: “Hablar de la evolución del pensamiento del barro marino a una ameba, de una ameba a un hombre pensante y consciente, no significa nada. Es la solución simple de un cerebro que no piensa”.

Por medio de la fe entendemos que la Palabra de Dios enmarcó el universo, una verdad que los pensadores más brillantes del mundo no han descubierto y no pueden descubrir por sí mismos. Está más allá del reino de la investigación científica, pero no está más allá del conocimiento, si estamos dispuestos a que la Palabra de Dios nos enseñe. El cristiano no tiene razón para enorgullecerse de su conocimiento. Es un regalo de Dios, como cualquier otra bendición de la fe. Por sus propios medios, no podría hacer algo más que el ateo más recalcitrante para descubrir la verdad acerca de los orígenes.

El cristiano insiste en que toda verdad es de Dios. Una parte —la del mundo natural— puede descubrirse con nuestros ojos, oídos, tacto e intelecto. Sin embargo, la mayor porción no. Solo puede aprenderse por fe, por lo cual el cristiano no debe disculparse. El mero intento de explicar el universo, o nuestro ser y naturaleza, sin contar con Dios es un esfuerzo necio. Estas cosas solamente se entienden por fe en la Palabra escrita revelada. La fe comprende lo que la mente del hombre, sin importar cuán brillante sea, no puede desentrañar. “Cosas que ojo no vio, ni oído oyó, ni han subido en corazón de hombre, son las que Dios ha preparado para los que le aman. Pero Dios nos las reveló a nosotros por el Espíritu; porque el Espíritu todo lo escudriña, aun lo profundo de Dios” (1 Co. 2:9-10).

Hace muchos años, un evangelista contó la bella historia de dos pequeños que visitó en un hospital de Londres.

Las camas estaban una al lado de la otra. Uno de los niños tenía una fiebre peligrosa, el otro había sido atropellado por un camión y su cuerpo estaba destrozado. El segundo le dijo al primero: “Guille, mira que el domingo estuve en la misión de la escuela dominical y me hablaron de Jesús. Creo que si le pides a Jesús ayuda, Él te ayudará. Dijeron que, si creemos en Él y le oramos a Dios, cuando muramos Él vendrá y nos llevará con Él al cielo”. Guille respondió: “¿Y qué pasa si cuando Él venga estoy dormido y no le puedo pedir ayuda?”. Su amigo dijo: “Tan solo deja la mano levantada; eso es lo que hicimos en la escuela dominical. Supongo que Jesús la ve”. Como Guille estaba demasiado débil para tener la mano levantada, el otro niño se la apoyó en una almohada. Esa noche murió Guille, pero cuando la enfermera lo encontró a la mañana siguiente, su mano aún estaba levantada.

Podemos estar seguros de que el Señor vio su mano, porque el Señor ve la fe y la acepta. Por fe, Guille vio el camino al cielo. Por fe, vio lo que el entendido nunca descubriría por sí mismo. Las grandes verdades de la fe se descubren por la fe sencilla. No es el camino del mundo a la verdad, pero de aquí a mil años

—si el Señor retarda todo eso su venida— el mundo aún estará desarrollando y rechazando sus teorías. La persona de fe conoce la verdad ahora. La fe es el único camino a Dios.

26 Abel: Adorar en la fe (11:6)

Por la fe Abel ofreció a Dios más excelente sacrificio que Caín, por lo cual alcanzó testimonio de que era justo, dando Dios testimonio de sus ofrendas; y muerto, aún habla por ella. (11:4)

James Moffatt escribió: “La muerte nunca es la última palabra en la vida de un hombre justo. Cuando un hombre deja este mundo, sea justo o injusto, deja algo aquí. Puede dejar algo que crezca y se expanda como un cáncer o un veneno, o puede dejar algo como la fragancia de un perfume o el florecimiento de una belleza que permee la atmósfera con bendición”. El hombre deja al mundo o como Pablo o como Nerón.

Los muertos narran historias. No están callados, aún hablan a quienes les oigan. Desde hace miles de años, Abel habla a la persona del siglo xx. Este personaje, que vivió cuando la Tierra era nueva, que fue la segunda generación de la humanidad, tiene algo para enseñarle al hombre moderno, sofisticado y tecnológico. Vivió en una época muy distante, en una cultura muy diferente, con mucho menos conocimiento de Dios del que nosotros tenemos. Pero lo que tiene para decirnos es más relevante que cualquier cosa que podamos leer en nuestros periódicos y revistas actuales.

El tema obvio de Hebreos 11 es la fe, y sobre la fe Abel nos habla. Es la primera persona en una lista larga de personas fieles que puede enseñarnos algo sobre la vida de fe. Él, y los otros mencionados en el capítulo 11, ilustran una clase de fe pura que se separa fuertemente de las obras. Esta es la distinción que los lectores judíos, especialmente, necesitan ver. Es necesario mostrarles que, desde el mismo principio, la fe ha sido lo único que Dios aceptará para salvar al hombre caído.

Adán y Eva no podían haber sido personas de fe en el mismo sentido que sus descendientes. Habían visto a Dios cara a cara, habían tenido comunión con Él y habían vivido en el paraíso. Hasta antes de pecar, no tenían necesidad de la fe porque vivían en la luz de Dios. Incluso después de haber pecado, tenían el recuerdo y el conocimiento de esta relación bella y única con su Creador. Sus hijos fueron los primeros en necesitar la fe en el sentido completo. Abel fue el primer hombre de fe, y es importante entender que su fe tuvo que ver con su salvación personal.

La fe de Abel llevó a tres cosas progresivas: el sacrificio verdadero, la justicia verdadera y el testimonio verdadero. Como creyó, ofreció un sacrificio mejor. Como ofreció un sacrificio mejor, obtuvo la justicia. Como obtuvo la justicia, es para todas las épocas una voz viva que dice: “La justicia es por la fe”.

Dios sacó a Adán y Eva del huerto por el pecado. El pecado violó su comunión con Dios y les quitó el derecho de estar en su presencia. Pero, aunque su juicio los sacó, su gracia prometió un camino para volver. Del hombre y la mujer nacería aquel a quien Satanás heriría en el calcañar, pero quien heriría a Satanás en la cabeza (Gn. 3:15). Esto es, Aquel que nacería de la simiente de la mujer conquistaría y destruiría a Satanás, y libraría con ello a la humanidad de la maldición del pecado. Dentro de la maldición misma, estaba la promesa de un Redentor. Mientras se ejecutaba el juicio, se ofrecía misericordia.

Solamente una mujer, la madre de Jesús, ha poseído alguna vez una simiente que no proviniera de ningún hombre. El Espíritu Santo la puso en ella y así fue la simiente de una mujer la que produjo el nacimiento de Jesús, el Salvador prometido. En la primera parte del primer libro de la Palabra de Dios no estaba solo profetizada la venida del Redentor, sino su nacimiento virginal.

Por los comentarios de Eva tras el nacimiento de Caín, es posible que creyera que su primogénito sería el libertador prometido. Probablemente, su nombre significa “obtener” u “obtener algo” y la declaración de Eva, “¡Con la ayuda del Señor, he tenido un hijo varón!” (Gn. 4:1), podría traducirse: “Obtuve a ‘Él está aquí’”. Si creyó que este hijo era el libertador, estaba profundamente equivocada. Este hijo llegó a ser el primer asesino de la humanidad, no su salvador. Incluso dejando de lado la impiedad e infidelidad de Caín, no podría él haber sido el salvador, ni ninguno de los descendientes físicos de Adán y Eva. La carne solamente puede producir carne. En Adán todos murieron, y los hijos de Adán no podían dar una vida que ni ellos tenían.

No sabemos la diferencia de edad entre Caín y Abel, pero Abel nació después. El significado básico de Abel podría ser “respiro”, “debilidad” o “vanidad”, conllevando la idea de brevedad. En cualquier caso, su vida fue breve, efectivamente; la cortó su celoso hermano.

Abel era “pastor de ovejas”, mientras Caín era “labrador de la tierra”. Uno era pastor, el otro era agricultor. La concepción de los dos fue posterior a la caída, y ambos nacieron fuera del Edén. Por tanto, nacieron en pecado. Fueron el segundo y el tercero de los hombres que vivieron en la Tierra. Vivieron y actuaron como toda la humanidad desde que ellos estuvieron vivos y operativos. Tenían las mismas naturalezas, capacidades, limitaciones e inclinaciones que el resto de las personas desde entonces. En otras palabras, en todos los asuntos esenciales de la naturaleza humana, eran exactamente como nosotros. No se asemejan de manera alguna a los seres primitivos de la fantasía evolucionista.

Los evolucionistas y varios intérpretes de las Escrituras, en una demostración de sus sesgos y preconcepciones, han argumentado que el relato de los inicios del hombre en Génesis no tiene forma de ser correcto porque Adán, Eva, Caín, Abel y los otros personajes mencionados en los primeros capítulos eran muy avanzados para haber sido los primeros seres humanos. Además de las afirmaciones sobrenaturales e imposibles sobre Adán y Eva hablando con Dios, los críticos razonan que el hombre original no podía haber domesticado animales, como Abel, o plantado cultivos, como Caín; mucho menos haber inventado instrumentos musicales o herramientas de metal (4:21-22).

Sin embargo, la Biblia es clara en que Adán y Eva eran altamente inteligentes cuando Dios los creó. Adán le puso nombre a todos los animales, lo cual requiere el desarrollo de un vocabulario creativo. Sus hijos entendían la crianza de animales y la agricultura, y en pocas generaciones aparecieron las herramientas y los instrumentos musicales ya mencionados. El relato de Génesis, breve como es, aporta una descripción definitiva de personas con lenguaje y cultura general bien desarrollados.

Los primeros habitantes humanos de la Tierra —Adán, Eva, Caín y Abel— vivieron y funcionaron como seres humanos de la forma en que lo hacemos hoy.

ABEL PRESENTÓ UN SACRIFICIO VERDADERO

Por la fe Abel ofreció a Dios más excelente sacrificio que Caín. (11: 4a)

Este versículo nos lleva de vuelta a Génesis, donde leemos del sacrificio de Abel: “Y aconteció andando el tiempo, que Caín trajo del fruto de la tierra una ofrenda a Jehová. Y Abel trajo también de los primogénitos de sus ovejas, de lo más gordo de ellas. Y miró Jehová con agrado a Abel y a su ofrenda; pero no miró con agrado a Caín y a la ofrenda suya. Y se ensañó Caín en gran manera, y decayó su semblante.” (Gn. 4:3-5).

UN LUGAR PARA ADORAR

Caín y Abel tenían un lugar para adorar. Por cuanto ofrecían sacrificios, debían haber usado alguna clase de altar para hacerlos. No hay mención de que erigieran un altar en aquel momento, y puede ser que ya existiera uno cerca al lado oriental del huerto del Edén, donde Dios había ubicado al querubín con la espada de fuego para evitar que el hombre volviera a entrar.

Parece perfectamente consecuente con la gracia de Dios que haya provisto Él los medios para adorarlo desde el principio. Quizás este altar fuera un precursor del propiciatorio, un lugar donde el hombre podía ir a pedir perdón y expiación. Muy al comienzo de la historia

del hombre, Dios prometió un Libertador futuro, y desde muy temprano proveyó un medio temporal de adoración y sacrificio.

UN TIEMPO PARA ADORAR

También debe haber habido un tiempo para adorar. “Tiempo después” significa literalmente “al final de los días”; es decir, al final de cierto período de tiempo. Por tanto, puede ser que Dios hubiera designado un tiempo especial para ofrecer sacrificios. Dios es un Dios de orden, y sabemos que en los siglos posteriores prescribió tiempos y formas definidos de adoración. El hecho de que Caín y Abel llegaran a ofrecer sacrificios al mismo tiempo sugiere que Dios había especificado un tiempo particular.

UNA FORMA DE ADORAR

También creo que Dios había designado una forma de adorar. Caín y Abel no sabrían nada de la necesidad de adorar u ofrecer sacrificios, mucho menos sobre la forma en que debía hacerse, si Dios no se lo hubiera dicho, quizás a través de sus padres. Es de especial importancia que el primer acto registrado de adoración fue un sacrificio, una ofrenda por el pecado, el acto supremo de adoración en todos los pactos de Dios con su pueblo. Abraham le ofreció sacrificios a Dios, y por medio de Moisés vinieron los rituales de sacrificio complicados y exigentes del antiguo pacto. El eje del nuevo pacto es el sacrificio perfecto de Jesús en la cruz, una sola vez y para siempre. Es inconcebible que Caín y Abel se tropezaran por accidente con los sacrificios como forma de adoración a Dios. El hecho de que Dios aceptara solo uno de los sacrificios también parece indicar que había establecido un patrón de adoración.

Abel ofreció su sacrificio por la fe. Puesto que “la fe viene por el oír” (Ro. 10:17), Abel debe haber tenido alguna revelación de Dios sobre la cual basar su fe. Debe haber sabido el lugar, tiempo y forma en que Dios quería que se ofreciera el sacrificio por el pecado.

No hay nada intrínsecamente malo en una ofrenda de granos, frutos o vegetales. El pacto mosaico los incluía. Pero las ofrendas de sangre siempre fueron primero, porque solamente los sacrificios de sangre lidian con el pecado.

Aquí es donde comienza la vida de fe, en el sacrificio por el pecado. Comienza con creerle a Dios que somos pecadores, que merecemos la muerte, que necesitamos su perdón y que aceptamos su plan revelado para nuestra liberación. Ese es el comienzo de la vida de fe. En esa fe Abel presentó su sacrificio a Dios. Y por esa fe su sacrificio era aceptable a Dios.

Cuando Abel hizo lo que Dios dijo, estaba revelando su obediencia y reconociendo su pecado. Por otra parte, Caín fue desobediente y no reconoció su pecado. Abel ofreció a Dios más excelente sacrificio que Caín porque Dios había prescrito el sacrificio de sangre. De alguna forma, Abel sabía lo que Dios quería —y Caín también—. La diferencia entre los dos estaba en que Abel dio a Dios lo que Él quería, mientras Caín le dio lo que él mismo quería. Abel actuó en obediencia y Caín en desobediencia. Abel reconoció su pecado. Caín no.

En efecto, Abel se acercó a Dios y dijo: “Señor, esto es lo que querías, según dijiste. Prometiste que, si te lo traía, perdonarías mi pecado. Te creo, Dios. Reconozco mi pecado y reconozco el remedio que has prescrito. Helo aquí”. Caín tenía el mismo conocimiento de las exigencias divinas, pero decidió adorar a su manera. Siguiendo el ejemplo de sus padres, hizo lo que le parecía. En realidad, estaba negando su pecado.

Caín creía en Dios, de lo contrario no le habría llevado un sacrificio. Reconocía que había un ser supremo y que le debía alguna clase de adoración. Reconocía a Dios, pero no le obedecía. Él creía en Dios, pero no le creía a Dios. Pensaba que podía acercarse a Dios como le pareciera y esperaba que Dios quedara impresionado y satisfecho. Así, Caín se hizo el padre de todas las religiones falsas.

La religión falsa intenta llegar a Dios por cualquier otro camino, excepto el que Dios prescribió. Dice: “Puedo acceder a Dios pensando que estoy en el nirvana”, “puedo agradar a Dios por medio de la meditación”, “puedo satisfacer a Dios con mis obras o siguiendo las enseñanzas de Mary Baker Eddy, Joseph Smith o Charles Taze Russell”. La Palabra de Dios dice: “No hay otro nombre bajo el cielo, dado a los hombres, en que podamos ser salvos” (Hch. 4:12). La religión falsa dice que hay otro nombre, otro camino. La religión falsa es cualquier camino a Dios que Él no haya ordenado. Proverbios 14:12 señala esta verdad: “Hay camino que al hombre le parece derecho; pero su fin es camino de muerte”.

La idea de que un camino es tan bueno como otro no parece aceptable en ningún área de la vida excepto la religión o la moral. Cuando alguien va al médico, lo primero que quiere saber es la verdad. A nadie le gusta oír el diagnóstico de una enfermedad terrible. Pero la persona sensible preferiría saber la verdad a vivir en la ignorancia de algo que pueda arruinar su salud o incluso quitarle la vida. Una vez conoce el diagnóstico, quiere la cura correcta, no cualquier cura. Quiere el mejor tratamiento que pueda encontrar y por lo general irá adonde sea para obtenerlo. Se sentiría insultado y airado si el médico tan solo le dijera que se fuera para la casa e hiciera lo que le pareciera mejor: la opinión de ese

médico no sería diferente a la de cualquier otra persona. La razón por la cual pensamos así de la medicina es porque creemos que hay verdades médicas. La medicina no tiene todas las respuestas, pero buena parte de la medicina se sabe que tiene su base en los hechos, es fiable y segura. La razón por la cual esta misma clase de razonamiento no se aplica a lo espiritual y lo moral es el rechazo a las verdades y normas absolutas que Dios ha dado. De hecho, se rechaza la noción misma de los absolutos morales y espirituales. Caín rechazó las normas de Dios y se convirtió en el primer apóstata.

Caín no reconoció su pecado y se negó a obedecer a Dios al no darle el sacrificio que Él exigía. No tenía problemas con adorar a Dios, siempre que fuera en sus propios términos, a su manera. Y Dios rechazó su sacrificio, y lo rechazó a él.

La desobediencia de Caín a Dios y el establecimiento de sus propias normas de vida fueron el comienzo del sistema de Satanás en el mundo. Caín “Salió, pues, Caín de delante de Jehová...” (Gn. 4:16) y se adentró en una vida de obstinación, que es el eje de lo mundano y la incredulidad. Por su propia decisión, su propia voluntad, se alejó de Dios y del camino de Dios para irse en pos de sí mismo y de su propio camino. No debemos sentir pesar por él porque Dios haya rechazado su sacrificio. Sabía lo que Dios exigía y estaba capacitado para hacerlo. Pero, en su lugar, escogió hacer lo que él quería.

Hay toda clase de personas a nuestro alrededor disfrazadas de religión, inclusive de la religión cristiana, que niegan a Dios. Judas dice: “¡Ay de ellos! porque han seguido el camino de Caín” (v. 11). Caín es un ejemplo del hombre natural religioso, quien cree en Dios e incluso en la religión, pero a su manera, rechazando con ello la redención por la sangre. Pablo dice de tales personas que “tienen celo de Dios, pero no conforme a ciencia. Porque ignorando la justicia de Dios, y procurando establecer la suya propia, no se han sujetado a la justicia de Dios” (Ro. 10:2-3).

Caín era hipócrita, además de impío e incrédulo. No quería adorar a Dios, tan solo daba la apariencia de adoración. Su propósito era agradarse a sí mismo, no a Dios. Su sacrificio no era más que una actividad religiosa diseñada para ajustarse a sus propósitos y cumplir su propia voluntad. Caín era como el fariseo en el templo del que habló Jesús, que oraba “consigo mismo” (Lc. 18:11). Era condescendiente con Dios y se adoraba a sí mismo. También, como el fariseo, Caín volvió a casa sin la justificación; mientras que Abel, como el publicano penitente, volvió a casa justificado.

Dios no es arbitrario ni caprichoso. No estaba jugando con Caín y Abel. No los iba a responsabilizar por lo que no podrían haber sabido o hecho. Dios aceptó el sacrificio de

Abel porque él sabía lo que Dios quería y le obedeció. Y rechazó el de Caín porque sabía lo que Dios quería, pero desobedeció. Obedecer es justo; desobedecer es malo. Abel le pertenecía a Dios; Caín, a Satanás (1 Jn. 3:12).

Abel ofreció un sacrificio mejor porque representaba la obediencia de la fe. De buen grado, le llevó a Dios lo que pedía, y le dio lo mejor que tenía. En el sacrificio de Abel se prefiguró por primera vez el camino de la cruz. El primer sacrificio fue el cordero de Abel; un cordero por una persona. Después vino la Pascua, con un cordero por una familia. Luego el día de la expiación, con un cordero por una nación. Finalmente, vino el viernes santo, con un Cordero por el mundo entero.

LA JUSTICIA QUE ALCANZÓ ABEL

Por lo cual alcanzó testimonio de que era justo. (11:4b)

Lo único que alcanzó la justicia para Abel fue que, en fe, hizo lo que Dios le dijo. Esto es lo único que cambia la relación de un hombre con Dios. No es cuán buenos seamos, sino si confiamos en Él, lo que cuenta para Dios. Esa confianza se evidencia en la obediencia a su Palabra.

Abel era pecador, como Caín. Pero es muy posible, incluso probable, que Abel fuera mejor persona que Caín. Probablemente fuera más moral, más confiable, más sincero e incluso más agradable que Caín. Sin embargo, estas no fueron las cualidades de Abel que hicieron aceptable su sacrificio. La diferencia estaba en la forma de hacer los sacrificios. Uno se hizo en fe obediente; el otro en incredulidad desobediente.

La fe de Abel era la clase de fe que permite a Dios actuar en favor nuestro y hacernos justos. La fe verdadera es siempre obediente. Jesús dijo a los judíos que creían en Él: “Si vosotros permaneciereis en mi palabra, seréis verdaderamente mis discípulos” (Jn. 8:31). Creían en Jesús, pero no habían confiado en Él, de lo cual dijo Jesús que quedaría evidenciado por la obediencia a su palabra. La obediencia no produce fe, pero la fe siempre trae obediencia y el deseo de vivir justamente.

Amados, por la gran solicitud que tenía de escribiros acerca de nuestra común salvación, me ha sido necesario escribiros exhortándoos que contendáis ardientemente por la fe que ha sido una vez dada a los santos. Porque algunos hombres han entrado encubiertamente, los que desde antes habían sido destinados para esta condenación, hombres impíos, que convierten en libertinaje la gracia de nuestro Dios, y niegan a Dios el único soberano, y a nuestro Señor Jesucristo (Jud. 3-4).

No podemos afirmar que tenemos fe en Dios para luego pasar continuamente por alto su Palabra. Santiago debió haber conocido a algunas personas que así lo consideraban, pues escribió: “Hermanos míos, ¿de qué aprovechará si alguno dice que tiene fe, y no tiene obras? ¿Podrá la fe salvarle?... La fe, si no tiene obras, es muerta en sí misma” (Stg. 2:14, 17). La fe que no tiene obras, la fe desobediente, no es fe salvadora. No es fe válida en absoluto. Caín creía que Dios existía. Incluso los demonios lo creen, como continúa diciendo Santiago. “¿Mas quieres saber, hombre vano, que la fe sin obras es muerta?” (2:19-20).

Santiago vuelve luego al origen del asunto recordando a sus lectores que la fe de Abraham, por la cual se le consideró justo, quedó demostrada por su obediencia al ofrecer a su hijo Isaac, como Dios había ordenado. “¿No ves que la fe actuó juntamente con sus obras, y que la fe se perfeccionó por las obras?” (2:21-22).

Santiago no enseña la salvación por las obras. Pero sí está diciendo que nuestra fe solamente es real cuando resulta en obras. No podemos trabajar nuestro camino a Dios, pero habiendo llegado a Él, las obras serán evidentes y demostrarán que nuestra fe es auténtica. De hecho, el cristiano fue creado “en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviésemos en ellas” (Ef. 2:10).

Me parece que el testimonio divino de la aceptación del sacrificio de Abel, el que lo hizo contar por justo, pudo haber estado indicado porque Dios hizo que su ofrenda se consumiera. Al menos en cinco ocasiones registradas en las Escrituras, Dios mostró su aceptación de un sacrificio enviando fuego para que lo consumiera (Lv. 9:24; Jue. 6:21; 1 R. 18:38; 1 Cr. 21:26; 2 Cr. 7:1). En cualquier caso, de Génesis queda claro qué aprobaba Dios y qué no, en los sacrificios de Caín y Abel. No los dejó en la duda mientras ellos se quedaban ahí delante de Él.

Abel no fue considerado justo porque fuera justo, sino porque confió en Dios. Fue justo ante Dios porque tenía fe en Dios. Abel era el mismo pecador que antes de ofrecer su sacrificio. Ni siquiera recibió el Espíritu Santo, como ocurre hoy con los creyentes. Se fue con los mismos problemas que tenía antes. Pero tenía la aprobación de Dios, y la justicia de Dios terminó abonada a su cuenta.

ABEL HABLA DESDE LOS MUERTOS

Dando Dios testimonio de sus ofrendas; y muerto, aún habla por ella. (11:4c)

Cuando Dios confrontó a Caín, tras el homicidio de Abel, le dijo: “¿Qué has hecho? La voz de la sangre de tu hermano clama a mí desde la tierra” (Gn. 4:10). La primera vez que Abel “habló” después de muerto fue para Dios, le pidió que vengara su muerte. Como las almas bajo el altar “de los que habían sido muertos por causa de la palabra de Dios” (Ap. 6:9-10), Abel le pidió al Señor que vengara su sangre.

Su voz también hablaba a su hermano: “Ahora, pues, maldito seas tú de la tierra, que abrió su boca para recibir de tu mano la sangre de tu hermano. Cuando labres la tierra, no te volverá a dar su fuerza; errante y extranjero serás en la tierra” (Gn. 4:11-12). Cada parte del suelo que Caín pisara le recordaría su impiedad. En efecto, la Tierra rechazó a Caín como él había rechazado a Dios y a su hermano. Abel, aunque estaba muerto, continuaba hablándole a su hermano.

Sin embargo, el significado principal de Hebreos 11:4 tiene que ver con la enseñanza de Abel a las generaciones posteriores de creyentes y potenciales creyentes. Aún habla. Dice tres cosas: el hombre llega a Dios por fe, no por obras; el hombre debe aceptar y obedecer la revelación divina por encima de su propia razón y voluntad; y el pecado tiene un castigo severo. Estos son los tres puntos del sermón que Abel ha estado predicando para el mundo durante miles de años. Podría titularse “El justo por la fe vivirá”.

27 Enoc: Caminar en la fe (11:5-6)

Por la fe Enoc fue traspuesto para no ver muerte, y no fue hallado, porque lo traspuso Dios; y antes que fuese traspuesto, tuvo testimonio de haber agradado a Dios. Pero sin fe es imposible agradar a Dios; porque es necesario que el que se acerca a Dios crea que le hay, y que es galardonador de los que le buscan. (11:5-6)

El segundo héroe de la fe es Enoc. Mientras Abel ilustra la adoración por la fe —que siempre debe venir primero—, Enoc ilustra cómo caminar por la fe.

Dios nunca pretendió que las obras fueran un camino mediante el cual los hombres llegaran a Él. Pretendía que las obras fueran un resultado de la salvación, no un camino para ella. El hombre nunca ha sido capaz de acercarse a Dios sobre la base de las obras. Más bien, Dios siempre ha pretendido que las obras sean un producto de la salvación que los hombres reciben cuando se acercan a Él sobre la base de la fe.

Vivió Enoc sesenta y cinco años, y engendró a Matusalén. Y caminó Enoc con Dios, después que engendró a Matusalén, trescientos años, y engendró hijos e hijas. Y fueron todos los días de Enoc trescientos sesenta y cinco años. Caminó, pues, Enoc con Dios, y desapareció, porque le llevó Dios (Gn. 5:21-24).

Aquí vemos un concepto nuevo en el libro de Génesis. Abel sabía qué era adorar por la fe, pero en realidad no entendía el concepto de caminar con Dios. La revelación en las Escrituras es progresiva. Abel recibió parte de la revelación, Enoc recibió más.

Adán y Eva habían caminado y hablado con Dios en el huerto, pero cuando cayeron y Dios los expulsó de allí, no volvieron a caminar con Él. El destino definitivo del hombre queda reinstituído con Enoc, quien ilustra para todos los hombres qué significa estar en comunión con Dios. En Enoc volvió a alcanzarse el destino verdadero del hombre porque experimentó la comunión con Dios que Adán y Eva habían abandonado.

Creo que la fe de Enoc incluye todo lo que incluía la de Abel. Enoc debió haber ofrecido un sacrificio a Dios, simbólico del sacrificio final de Cristo, porque el sacrificio es el único camino a la presencia de Dios. No podría haber caminado con Dios a menos que primero hubiera llegado a Dios, y nadie puede llegar a Dios sin derramamiento de sangre. El principio no ha cambiado desde los días de Abel y Enoc hasta hoy.

Hebreos 11:5-6 muestra cinco características en la vida de Enoc en las cuales Dios se agradó: creía que Dios existe, buscó la recompensa divina, caminó con Dios, predicó para Dios y entró en la presencia de Dios.

ENOC CREÍA QUE DIOS EXISTE

Pero sin fe es imposible agradar a Dios; porque es necesario que el que se acerca a Dios crea que le hay. (11: 6a)

No hay en los hombres absolutamente nada que pueda agradar a Dios aparte de la fe. A Dios no le agrada la religión porque es en esencia un sistema desarrollado por Satanás para contrarrestar la verdad. La nacionalidad y la herencia no agradan a Dios (cp. Gá. 3:28-29). Los judíos creían que agradaban a Dios tan solo por ser descendientes de Abraham. Pero la mayoría del tiempo desagradaban a Dios. Las buenas obras no agradan a Dios por sí mismas, “ya que por las obras de la ley ningún ser humano será justificado delante de él” (Ro. 3:20). Sin fe es imposible agradar a Dios.

El primer paso de la fe es, simplemente, creer que Él existe. Enoc lo creyó. A Dios le agradan quienes creen en Él, incluso en el primer paso de creer que existe. Esto por sí solo no es suficiente para salvar a una persona, pero si la convicción es sincera y tiene continuidad, llevará a fe verdadera.

J. B. Phillips describe en su libro *Your God is Too Small* [Tú Dios es demasiado pequeño] algunos de los dioses comunes que las personas inventan. Uno es el dios viejo y grande, el de apariencia senil y canoso que desde arriba sonríe con indulgencia a los hombres y guiña el ojo mientras adulteran, roban, hacen trampas y mienten. También está el dios que es como el policía vigilante de una casa, cuya labor principal es hacer la vida difícil y poco disfrutable; además, está el dios de una caja, el dios privado, exclusivo y sectario. El dios gerencial es el de los deístas: un dios que diseñó y creó el universo, lo puso en marcha y ahora lo contempla de lejos. A Dios no le place la creencia en ninguno de estos ídolos sustitutos.

Creer que Dios existe es lo que le agrada. El simple reconocimiento de alguna forma de deidad — “el fundamento del ser”, “el que está arriba” o cualquier otro de los ya mencionados dioses fabricados por hombres— no es el objeto para creer que aquí se tiene en mente. Lo único que cuenta es creer en la existencia del Dios verdadero, el Dios de las Escrituras.

No podemos conocer a Dios por vista. Jesús dijo en Juan 1:18 “A Dios nadie le vio jamás”. Tampoco lo podemos conocer por la razón. En el libro de Job hay dos capítulos (38—39) dedicados a ilustraciones fuertes y coloridas que Dios hace sobre cómo el hombre no puede siquiera comprender el funcionamiento de la naturaleza. ¡Cuánto menos podremos entender a Dios con nuestras propias observaciones y razonamientos!

Dios da evidencia amplia de su existencia, pero no es la clase de evidencia que los hombres suelen buscar. Por ejemplo, la ciencia no puede demostrar su existencia. En el mejor de los casos, la evidencia científica es circunstancial. Paul Little escribió: “Pero puede decirse con el mismo énfasis que tampoco puede usted demostrar a Napoleón por el método científico. La razón está en la naturaleza de la historia y en la limitación del método científico. Para que algo pueda estar sujeto a demostración científica, debe ser repetible. No se puede anunciar un nuevo descubrimiento para el mundo sobre la base de un único experimento. Pero la historia, por su misma naturaleza, es irrepetible. Nadie puede volver a correr el principio del universo, traer de vuelta a Napoleón, repetir el homicidio de Lincoln o la crucifixión de Jesucristo. Pero el hecho de que estos acontecimientos no se puedan demostrar por repetición no prueba que no sean reales”.

La idea de Little es que no se puede aplicar el método científico a todo. No funciona. Tampoco puede usted colocar el amor, la justicia o la ira en un tubo de ensayo, pero ninguna persona sensible dudaría de su existencia. Por el mismo razonamiento, la existencia de Dios no debe ponerse en duda solamente porque no se puede probar científicamente.

Sin embargo, muchas cosas aprendidas por la ciencia aportan evidencia de su existencia. Por ejemplo, la ley de causa y efecto sostiene que para toda causa debe existir un efecto. Si usted va cada vez más para atrás en las causas, llegará a la larga a una causa sin causa. La única causa sin causa es Dios. Es este el argumento que usó previamente el escritor de Hebreos: “Porque toda cosa es hecha por alguno; pero el que hizo todas las cosas es Dios” (3:4).

El filósofo J. H. Stirling dijo: “Si cada eslabón de la cadena cuelga de otro, el todo penderá únicamente de la eternidad y no tendrá un soporte, asemejando a una serpiente rígida, a menos que se encuentre dónde anclarla. Termina usted añadiendo cualquier cantidad de debilidad a la debilidad y nunca obtiene fuerza”.

De acuerdo con la ley de la entropía, el universo está agotándose. Si se está agotando, no es autosostenible. Si no es autosostenible, debió haber tenido un comienzo y estamos de vuelta a la causa sin causa. Debe haber una primera causa y solo Dios califica para ella.

La ley del diseño inteligente también indica que Dios existe. Cuando vemos las plantas y los animales en toda su maravillosa complejidad, vemos cientos, miles, de diseños sorprendentemente complejos que no solo funcionan con belleza, sino que se reproducen perfectamente. Cuando miramos las estrellas, los planetas, los asteroides, los cometas, los

meteoros y las constelaciones, vemos que se mantienen con precisión en su curso por las fuerzas centrífuga, centrípeta y gravitacional. Semejante nivel de diseño masivo, complejo y maravillosamente funcional requiere la existencia de un diseñador.

Sabemos por la ciencia que el agua tiene una temperatura altamente específica, absolutamente esencial para estabilizar las reacciones químicas dentro del cuerpo humano. Si el agua tuviera una temperatura específica baja, herviríamos a la mínima actividad. Sin esta propiedad, la vida humana, y la mayoría de la vida animal, difícilmente sería posible.

El océano es el termostato del planeta. Se requiere una gran pérdida de calor para que el agua pase de estado líquido a sólido, y una gran obtención de calor para que se convierta en vapor. Los océanos son un colchón contra el calor del sol y las corrientes congelantes del invierno. Si las temperaturas de la Tierra no estuvieran moduladas por el océano, manteniéndose dentro de ciertos límites, o nos cocinaríamos hasta morir o nos congelaríamos hasta morir. ¿Cómo podría semejante nivel de diseño tan intrincado, exacto y absolutamente necesario surgir por accidente? Se requiere un diseñador.

Incluso el tamaño de la Tierra da evidencia de diseño. Si fuera mucho más pequeña, no habría atmósfera que hiciera posible la vida. La Tierra sería semejante a nuestra luna o a Marte. Por otro lado, si fuera mucho más grande, la atmósfera contendría hidrógeno libre, como Júpiter o Saturno, lo cual también evitaría que hubiera vida. La distancia de la Tierra al sol es absolutamente correcta. Un cambio, por minúsculo que fuera, la haría muy caliente o muy fría. La inclinación del eje de la Tierra asegura que haya estaciones. Y así prosigue el argumento.

La ciencia no puede demostrar a Dios, pero da una evidencia abrumadora de un diseñador y sustentador avanzado, cuyas funciones solo puede cumplir Dios.

Como la ciencia, la razón no puede demostrar a Dios. Pero como la ciencia, la razón aporta gran cantidad de evidencia a su favor. El hombre es un ser personal, consciente, racional, creativo y volitivo. No es concebible que haya llegado a serlo por accidente, o que su Creador sea algo menos que un ser personal, consciente, racional, creativo y volitivo. Creer que un humano personal, pensante y con capacidad de tomar decisiones se pudo haber desarrollado de una ameba a partir del barro y que continuó avanzando en una cadena evolutiva no tiene sentido.

Los estudios de los antropólogos muestran que el hombre es universalmente consciente de Dios. Esto no quiere decir que no haya quien no crea en forma alguna de dios —mucho menos que no lo haga en el verdadero Dios—, sino que los hombres en general creen. Que

algunos no lo crean, no niega la regla más de lo que la existencia de una persona con una sola pierna niega que los humanos sean criaturas con dos piernas.

La misma idea de Dios da sustancia al hecho de que Él existe. Que alguien pueda concebir a Dios sugiere que alguien le ha dado la posibilidad de esa concepción y que hay alguien que corresponde a esa concepción.

Pero a pesar de toda la evidencia natural, científica y racional de Dios, reconocerlo sigue siendo un asunto de fe. La demostración es posterior a la fe. “El que cree en el Hijo de Dios, tiene el testimonio en sí mismo” (1 Jn. 5:10). Incluso el científico recibe la prueba después de la fe. Su fe se vuelve cada vez más grande, a medida que se acumula la evidencia para su hipótesis. Su entrega a la hipótesis, su fe en ella, es lo que a la larga le lleva a la prueba, si la hipótesis es cierta. El testimonio del Espíritu Santo en el corazón de los creyentes es infinitamente mayor prueba de la existencia de Dios que las conclusiones cualesquiera de un experimento de laboratorio para la validez de una teoría científica.

ENOC BUSCÓ LA RECOMPENSA DE DIOS

El que se acerca a Dios crea que le hay, y que es galardonador de los que le buscan.
(11:6b)

No es suficiente creer tan solo que Dios existe. Para agradarlo, también es necesario creer que es moral y justo, que recompensará la fe en Él. Debemos reconocer que es un Dios de gracia, personal y amoroso, para quienes le buscan. Enoc creyó esto dentro de la revelación que tenía. No creía que Dios era solamente una gran fuerza cósmica impersonal. Creía y conocía a Dios de manera personal y amorosa. No se puede “caminar” con el fundamento del ser, el motor primero o la causa final. Enoc tuvo comunión con el verdadero Dios durante trescientos años, un Dios al que conocía como justo, amoroso misericordioso, perdonador y muy personal.

No es suficiente solo con postular a Dios. Einstein dijo: “Ciertamente, hay un Dios. Alguien que no crea en una fuerza cósmica es un necio. Pero no podemos conocerlo”. A pesar de que Einstein fuera tan brillante, estaba equivocado. Podemos conocer a Dios. De hecho, para poder agradarlo, debemos creer que es personal, conocible, amoroso, compasivo, moral y que responde con gracia a quienes llegan a Él. Ni siquiera es suficiente creer en el Dios verdadero. Muchos de los judíos a quienes estaba dirigida la carta de Hebreos reconocían al Dios verdadero, el Dios de las Escrituras. Pero no tenían fe en Él, no confiaban en Él. Enoc conocía al Dios verdadero y confiaba en Él.

Los dos Testamentos están llenos de enseñanzas no solo sobre cómo se puede encontrar a Dios, sino sobre su deseo de que se le encuentre. David dijo a su hijo Salomón: “Si tú le buscases, lo hallarás; mas si lo dejares, él te desechará para siempre” (1 Cr. 28:9). “Ciertamente hay galardón para el justo; ciertamente hay Dios que juzga en la tierra” (Sal. 58:11). “Yo amo a los que me aman, y me hallan los que temprano me buscan” (Pr. 8:17). “Me buscaréis y me hallaréis, porque me buscaréis de todo vuestro corazón” (Jer. 29:13). Jesús fue muy explícito: “Porque todo aquel que pide, recibe; y el que busca, halla; y al que llama, se le abrirá” (Lc. 11:10). No es suficiente creer que Él es. También debemos creer que recompensa a quienes le buscan.

La recompensa que da Dios por la fe es la salvación. “Para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna” (Jn. 3:16). “Mas buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas” (Mt. 6:33). En otras palabras, todo lo bueno que Dios tiene, la vida eterna inclusive, constituye la recompensa de la fe. Por la fe recibimos el perdón, un corazón nuevo, la vida eterna, la alegría, la paz, el amor, el cielo... ¡todo! Cuando confiamos en Jesucristo, nos hacemos herederos mutuos con Él. Todo lo que posee el Hijo de Dios también es nuestro.

ENOC CAMINÓ CON DIOS

Creer que Dios existe es el primer paso hacia la fe. Creer que recompensa a quienes confían en Él es el primer paso de la fe. Confiar plenamente en Jesucristo como Señor y Salvador solo es el comienzo de la vida de fe en Dios. Para continuar agradando a Dios, debemos tener comunión con Él, “caminar” con Él, como lo hizo Enoc. En los cuatro versículos de Génesis en los que se describe a Enoc (5:21-24), se menciona dos veces que caminó con Dios. En la LXX (el Antiguo Testamento griego), esta frase se traduce “agradó a Dios”; usa la misma palabra griega (*euarestēō*, “estar bien agradado”) que se usó dos veces en Hebreos 11:5-6. Caminar con Dios es agradar a Dios.

El término caminar o andar se usa muchas veces en el Nuevo Testamento para representar la vida con fe. “Porque somos sepultados juntamente con él para muerte por el bautismo, a fin de que... también nosotros andemos en vida nueva” (Ro. 6:4). “Porque por fe andamos, no por vista” (2 Co. 5:7). “Andad en el Espíritu, y no satisfagáis los deseos de la carne” (Gá. 5:16). “Andad en amor, como también Cristo nos amó, y se entregó a sí mismo por nosotros” (Ef. 5:2). Cristo incluso se refiere a nuestra comunión con Él en el cielo como caminar: “Andarán conmigo en vestiduras blancas, porque son dignas” (Ap. 3:4). Como Enoc, todo creyente debería caminar con Dios cada día que esté sobre la Tierra. Cuando estemos en el cielo vamos a caminar con Él para siempre.

RECONCILIACIÓN

Lo primero que queda implicado de Enoc caminando con Dios es la reconciliación. “¿Andarán dos juntos, si no estuvieren de acuerdo?” (Am. 3:3). La idea es obvia. En realidad, dos personas no pueden caminar juntas en comunión íntima si no están de acuerdo. Entonces caminar juntos presupone la existencia de armonía. Si Enoc caminó con Dios, obviamente estaba de acuerdo con Dios. La rebelión había terminado para este hombre de fe. Desde que Adán cayó, toda persona nacida en este mundo ha estado en rebelión con Dios. Nosotros no desarrollamos la rebelión o caemos en ella; nacimos en rebelión. Nuestra misma naturaleza, desde antes del nacimiento, está en enemistad con Dios. Todos somos “por naturaleza hijos de ira” (Ef. 2:3). El propósito de la salvación es reconciliar a los hombres con Dios, restaurar la relación rota por el pecado. Por causa de la fe, Enoc se reconcilió con Dios, y como estaba reconciliado con Dios, pudo caminar con Él.

NATURALEZA CORRESPONDIENTE

La segunda verdad implícita en que Enoc caminara con Dios es que Dios y Enoc tenían naturalezas correspondientes. Hay animales que pueden convertirse en muy buenas compañías para los hombres. Pueden dar grandes muestras de sensibilidad y lealtad con sus amos, y se puede desarrollar una relación cercana con los años. Pero el hombre no puede tener comunión ni siquiera con el más inteligente y devoto de los animales. Nuestras naturalezas son muy diferentes. Los animales pueden ofrecer compañía, pero no comunión. Podemos sacar a caminar a un perro, pero no podemos “caminar” con el perro, en el sentido de tener comunión con él. Para el incrédulo es igualmente imposible tener comunión con Dios (2 Co. 6:14-16) y por la misma razón: su naturaleza es diferente de la divina. Incluso al incrédulo lo creó Dios a su imagen, pero esa imagen ha quedado destrozada por el pecado, su naturaleza se corrompió tanto que la comunión con su Creador no es posible: no hay esfera común en la cual Dios y él concuerden.

Cuando obtenemos la salvación, nos hacemos ciudadanos de un reino nuevo. Aún estamos en la Tierra, pero nuestra vida verdadera, nuestra ciudadanía real, está en el cielo (Fil. 3:20). Como dice Pedro, llegamos a ser “participantes de la naturaleza divina” (2 P. 1:4). En Cristo recibimos una naturaleza celestial, su propia naturaleza y por lo tanto podemos tener comunión con Dios. Dado que Enoc caminó con Dios, debió tener una naturaleza que correspondía con la de Dios.

IDONEIDAD MORAL Y TRATO JUDICIAL DEL PECADO

Caminar con Dios implica idoneidad moral y trato judicial del pecado. No podíamos tener una naturaleza nueva si Dios no nos hubiera quitado el pecado. El hecho de que una persona camine con Dios significa que Él le ha perdonado su pecado, entonces ha quedado justificado y Dios lo da por justo. Solo cuando Dios ha quitado el pecado, podemos pasar a la presencia de Dios y comenzar a caminar con Él. Dios no caminará por ningún camino que no sea el camino de la santidad. “Si decimos que tenemos comunión con él, y andamos en tinieblas, mentimos, y no practicamos la verdad; pero si andamos en luz, como él está en luz, tenemos comunión unos con otros, y la sangre de Jesucristo su Hijo nos limpia de todo pecado” (1 Jn. 1:6-7). Las únicas personas con quienes Dios camina son las que están limpias del pecado. Enoc caminó con Dios, Él tuvo que haberle perdonado su pecado y haberle declarado justo.

UNA VOLUNTAD RENDIDA

Caminar con Dios implica rendir la voluntad. Dios no fuerza su compañía a nadie. Él solo se ofrece a sí mismo. Dios debe tener primero la voluntad de recibir a una persona, pero esa persona también debe tener la voluntad de llegar a Dios. La fe es imposible sin la voluntad para creer. Así como caminar con Dios presupone que hay fe, también presupone que hay voluntad, una voluntad rendida.

Una voluntad rendida es una rendición en el amor. La voluntad rendida no es sumisión abyecta o resignación al camino y voluntad del Señor. Es, podría llamarse, una voluntad dispuesta, una entrega voluntaria y gozosa. “Y este es el amor, que andemos según sus mandamientos” (2 Jn. 6).

¡Enoc caminó con Dios durante trescientos años! No sorprende que el Señor saliera a caminar con él un día y se lo llevara con Él al cielo. El Nuevo Testamento se refiere a este estilo de vida como caminar en el Espíritu. Debemos vivir continuamente en la atmósfera de la presencia, el poder, la dirección y la enseñanza del Espíritu. El fruto de andar así en el Espíritu es: “amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza” (Gá. 5:22-23).

Caminar en el Espíritu es permitir que le llene el pensamiento. Es decirle, cuando se despierta en la mañana: “Espíritu Santo, es tu día, no el mío. Úsame como te parezca”. Y es decir a lo largo del día: “Espíritu Santo continúa librándome del pecado, dirige mis elecciones y decisiones, úsame para glorificar a Jesucristo”. Es poner cada decisión, cada oportunidad, cada tentación, cada deseo, delante de Él y pedirle por su dirección y poder.

Caminar en el Espíritu es dinámico y práctico. No es resignación pasiva, sino obediencia activa.

El Nuevo Testamento describe el camino con Dios de muchas maneras. 3 Juan 4 dice que es caminar de verdad; Romanos 8:4 lo llama caminar espiritualmente; Efesios 5:2 lo describe como caminar en amor, 5:8 como caminar en la luz y 5:15 como caminar en sabiduría.

Habría sido maravilloso tener a Enoc como ejemplo; o a Noé, Abraham o cualquier otro de los héroes de la fe en Hebreos 11. Pero tenemos un ejemplo incluso mayor: nuestro Señor Jesucristo, quien supremamente caminó con Dios.

No hizo nada, absolutamente nada, que no fuera la voluntad del Padre. El apóstol amado nos recuerda esto: “El que dice que permanece en él, debe andar como él anduvo” (1 Jn. 2:6). Si queremos saber cómo caminar, tan solo necesitamos mirar a Jesús. Desde la niñez se interesó continuamente en los negocios de su Padre y nada más que en ellos. Caminó constantemente con Dios.

FE CONTINUA

Finalmente, una persona no puede caminar con Dios a menos que haya llegado primero a Dios por la fe. De la misma manera, tampoco puede seguir caminando sin tener fe continua. Caminar con Dios es caminar en fe y caminar por fe. “Por fe andamos, no por vista” (2 Co. 5:7). “Por tanto, de la manera que habéis recibido al Señor Jesucristo, andad en él; arraigados y sobreedificados en él, y confirmados en la fe” (Col. 2:6-7).

Enoc creyó en Dios y siguió creyendo en Dios. No podía haber caminado con Dios por trescientos años sin confiar en Dios durante todo ese tiempo. Enoc nunca vio a Dios. Caminó con Él, pero no lo veía. Tan solo creyó que Él estaba ahí. Así agradó a Dios.

ENOC PREDICÓ PARA DIOS

De éstos también profetizó Enoc, séptimo desde Adán, diciendo: He aquí, vino el Señor con sus santas decenas de millares, para hacer juicio contra todos, y dejar convictos a todos los impíos de todas sus obras impías que han hecho impíamente, y de todas las cosas duras que los pecadores impíos han hablado contra él (Jud. 14-15).

Que Enoc hubiera predicado para Dios lo aprendemos solamente por el libro de Judas. A juzgar por este relato, su mensaje sobre la impiedad fue breve y quizás repetitivo, pero inspirado. No tenemos indicios de cuán eficaz fue su predicación, pero el propósito de Enoc era ser fiel, no eficaz. Hizo lo que Dios le exigió, y a Él le dejó los resultados. Una

cosa es cierta: Por su predicación y vida fiel, quienquiera que haya oído a Enoc o vivido cerca de él no tenía excusa para no creer en Dios. Hayan creído o no por su predicación, la influencia de Enoc en aquellas personas debió haber sido poderosa.

El informe de Judas sobre la predicación de Enoc contradice cualquier noción de que Enoc haya vivido en un tiempo fácil para creer. Estuvo rodeado de falsos maestros y enseñanzas falsas. No sabemos si estaba en comunión con otros creyentes, pero sabemos que vivió en medio de una multitud de incrédulos. No había forma en que predicara tan fuerte como lo hizo sin oposición considerable. Batalló contra su propia generación de la misma forma que lo haría después Noé contra la suya. Les hizo saber que eran impíos y que Dios los juzgaría. Creo que Dios se complació con Enoc porque su fe era más que algo en su corazón. Se oía de sus labios y se veía en su vida. Su fe era activa y dinámica, vocal y temeraria.

ENOC ENTRÓ A LA PRESENCIA DE DIOS

Por la fe Enoc fue traspuesto para no ver muerte, y no fue hallado, porque lo traspuso Dios; y antes que fuese traspuesto, tuvo testimonio de haber agradado a Dios. (11:5)

Al final, después de trescientos años de creer, caminar y predicar, fue a estar con el Señor en una forma única y maravillosa. Dios lo traspuso sin que experimentara la muerte. Le agradó tanto a Dios que bajó a llevárselo con Él al cielo. En un momento estaba aquí, al siguiente momento “le llevó Dios” (Gn. 5:24). Por la fe, Dios traspuso a Enoc. Caminó por tanto tiempo cerca de Dios que, por así decirlo, caminó hasta el cielo.

No sabemos la razón de que Dios esperara trescientos años antes de llevarse a Enoc con Él. Tal vez fuera para darle tiempo suficiente para que predicara y diera testimonio a la generación incrédula y dura en la que vivió. Más aun, no sabemos por qué se llevó Dios a Enoc de esa manera tan inusual. Tal vez fue para evitarle más persecución y ridiculización, que con seguridad las experimentó. Tal vez es porque Dios quería estar aun más cerca de quien tanto le había agradado. "Estimada es a los ojos de Jehová La muerte de sus santos. " (Sal. 116:15). Dios ama a sus santos y ama la comunión con sus santos. Enoc fue tan precioso para el Señor que Él pasó por alto la etapa de la muerte con este santo admirable.

Enoc es una descripción bella de los creyentes que se irán directamente al cielo cuando el Señor regrese a por su esposa, la Iglesia. Tal como Dios traspuso a Enoc sin que viera la muerte, lo hará con su pueblo que esté vivo en el rapto. “Luego los que estemos vivos, los que hayamos quedado, seremos arrebatados junto con ellos en las nubes para encontrarnos con el Señor en el aire. Y así estaremos con el Señor para siempre” (1 Ts. 4:17).

28 Noé: Obedeciendo en la fe (11:7)

Por la fe Noé, cuando fue advertido por Dios acerca de cosas que aún no se veían, con temor preparó el arca en que su casa se salvase; y por esa fe condenó al mundo, y fue hecho heredero de la justicia que viene por la fe. (11:7)

“La fe sin obras está muerta” (Stg. 2:26). La fe verdadera siempre tiene acciones para respaldar su afirmación. Santiago, al comienzo del segundo capítulo de su carta, condena a quien dice tener fe pero no hace nada para ayudar a otro cristiano con necesidades. Para que la fe sea válida, debe resplandecer visiblemente en buenas obras. Si usted cree realmente en Dios, habrá evidencia de ello en su vida, en las cosas que dice y en las que hace.

Abel ilustra la adoración de fe, Enoc ilustra cómo caminar en la fe. Noé, tal vez más que cualquier otra persona en la historia, ilustra la obra de la fe: la obediencia.

Satanás ha intentado continuamente confundir y engañar a las personas, inclusive al pueblo de Dios, acerca de la fe y las obras. Si fuera posible, convencería a una persona de que puede salvarse mediante algunas buenas obras. Si esta estrategia funciona, la persona estará perdida para Dios. Si una persona confía en Dios y recibe la salvación, entonces Satanás intenta convencerla de dos extremos: que debe hacer buenas obras para mantener su salvación (legalismo) o que, ahora que tiene la salvación por la fe, puede olvidarse de las buenas obras (licencia). Sin embargo, desde Génesis hasta Apocalipsis, la Biblia es clara en cuanto a que una persona solamente se puede salvar por la fe y, una vez salva, las buenas obras seguirán como resultado.

Pablo, que proclamó con tanta fuerza la justificación por la sola fe, también proclamó una vida de buenas obras para quienes estaban justificados: “Que hagan bien, que sean ricos en buenas obras, dadivosos, generosos” (1 Ti. 6:18). De hecho, Dios creó a los creyentes para “buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviésemos en ellas” (Ef. 2:10). Todos los santos mencionados en Hebreos 11 dieron a conocer su fe auténtica por algo que hicieron. La fe no puede verse sino por las cosas que hace. Si es fe verdadera, hará muchas cosas buenas.

Noé era un hombre de fe y su vida mostraba continuamente su fe por su obediencia total a Dios. “Noé, varón justo, era perfecto en sus generaciones; con Dios caminó Noé” (Gn. 6:9). Adoró a Dios con fe, como Abel, y caminó con Dios con fe, como Enoc. Además, trabajó para Dios con fe.

Una vez oí una entrevista deportiva a un jugador profesional de fútbol americano, poco antes de la final del Súper Tazón. Le preguntaron cuáles pensaba que eran las posibilidades de ganar el juego que venía. Aquel respondió: “Creemos que si hacemos justo lo que dijo el entrenador, ganaremos”. El equipo tenía fe absoluta en la sabiduría y el juicio del entrenador. Pero los jugadores también sabían que ganar dependía de que hicieran lo que se les había dicho.

La fe de Noé fue estupenda por su confianza absoluta en Dios y por su obediencia constante y sin cuestionamientos por ciento veinte años en una labor que, desde la perspectiva humana, parecía absurda e imposible.

En Hebreos 11:7 tres cosas dan prueba de la autenticidad de la fe de Noé. Primera, respondió a la palabra de Dios. Esta es siempre una característica de la fe verdadera. Segunda, reprendió al mundo. Era tal hombre de Dios que su vida misma era una reprensión para los malvados que lo rodeaban. Tercera, recibió la justicia de Dios. Estas son las señales clásicas de la fe verdadera.

NOÉ RESPONDIÓ A LA PALABRA DE DIOS

Por la fe Noé, cuando fue advertido por Dios acerca de cosas que aún no se veían, con temor preparó el arca en que su casa se salvase. (11: 7a)

Cuando Dios le dijo a Noé que estaba listo para destruir el mundo a causa de su maldad y le mandó que construyera un arca (Gn. 6:13-14), Noé lo dejó todo y comenzó a trabajar. Probablemente, Noé vivió en Mesopotamia, entre los ríos Tigris y Éufrates, a una distancia larga de cualquier océano o lago considerable. Es difícil imaginar cómo le sonó el mensaje de Dios a Noé. Para la mayoría de nosotros habría sido algo tan raro, exigente, vergonzoso y absolutamente abrumador que habríamos hecho lo posible por escapar de ello. Habríamos pensado en miles de excusas para no hacerlo. Habríamos hecho lo que pudiéramos para quitarle a Dios esa idea de la cabeza o al menos convencerle de que se buscara a otro para hacerlo.

Pero Noé, con apenas una fracción de la luz divina que nosotros tenemos, no peleó, no argumentó nimiedades, no se excusó, no se quejó ni procrastinó. No cuestionó a Dios, tan solo le obedeció. Tardó más de cien años en cumplir esta única orden. La fe verdadera no cuestiona, y Noé no lo hizo. Entre los incontables santos fieles que aguantaron y persistieron en obediencia a Dios, Noé es el supremo, aunque sea solo por la magnitud y el lapso de tiempo de la labor que le encomendó el Señor.

Sin duda, Noé tenía muchas cosas personales por hacer. Entregar todo su tiempo y esfuerzo para construir un barco requería una clase especial de compromiso. Probablemente tenía poca idea de cómo funcionaba un barco para el océano. Con certeza, nunca había visto ni oído de un barco gigante como debía serlo el arca. No tenía ninguna experiencia en construcción naval, no tenía acceso fácil a los materiales de construcción ni ayuda más allá de la de sus hijos. Y ni siquiera ellos pudieron haberle ayudado durante muchos años después que comenzó la construcción, pues no nacieron sino hasta cuando Noé cumplió quinientos años (Gn. 5:32). Uno de los más grandes actos de fe prácticos en la toda historia fue cuando Noé cortó el primer árbol para la madera del arca.

Dios le advirtió a Noé cosas que aún no se veían. No había visto la lluvia porque probablemente no existía antes del diluvio. Nunca había visto un diluvio porque no podría ocurrir uno sin lluvia. Noé respondió por la fe al mensaje de Dios, “la certeza de lo que se espera, la convicción de lo que no se ve” (He. 11:1). Noé preparó el arca por la fe. No tenía nada para hacerlo más allá de la palabra de Dios, que para Él fue más que suficiente.

Noé construyó el arca con temor. La palabra griega (*eulabeia*) se puede traducir “cuidado, o preocupación, piadoso”, donde piadoso ha de tomarse en el sentido de devoción espiritual auténtica. Trataba el mensaje de Dios con gran respeto y reverencia. “Noé, [fue] varón justo, era perfecto en sus generaciones; con Dios caminó Noé” (Gn. 6:9). Era un hombre de fe obediente, aun antes de que Dios lo llamara a construir el arca. Había sido fiel sobre cosas pequeñas y ahora el Señor le había dado una tarea grande.

El arca simbolizaba mucho del trato futuro de Dios con los hombres. Por ejemplo, la palabra hebrea para brea tiene la misma raíz (*kpr*) que la usada en la expiación. La brea evitaba que las aguas del juicio entraran al arca, tal como la sangre expiatoria de Cristo evita el juicio del pecador.

No sabemos con certeza la longitud de un codo en épocas de Noé, pero usando las menores y más conservadoras aproximaciones, sería casi medio metro. Sobre esta base, el arca tenía 133.5 metros de largo, poco más que 22 de ancho y 13 de alto. En otras palabras, media de largo lo que mediría una cancha y media de fútbol americano, con más de 4 pisos de alto. Como tenía tres plataformas, el total de área de las plataformas era aproximadamente 892 metros cuadrados, y el total de volumen dentro de las plataformas era de aproximadamente 36.812 metros cúbicos. Los ingenieros navales han descubierto que las dimensiones y la forma del arca dan forma al diseño de barco más estable conocido. El arca no estaba diseñada para maniobrabilidad, sino para estabilidad, a fin de proteger mejor a quienes estaban en ella.

El arca es una imagen hermosa de la salvación ofrecida en Jesucristo. Era lo suficientemente grande para albergar todos los animales necesarios que aseguraran la sobrevivencia de cada especie. Tenía el espacio pleno para permitir el ingreso de toda persona que quisiera llegar a Dios para estar a salvo. Que solamente entraran ocho personas al arca quiere decir que solo ocho querían la salvación en los términos de Dios. Dios no desea “que ninguno perezca, sino que todos procedan al arrepentimiento” (2 P. 3:9). La naturaleza de Dios no cambia. Su voluntad en tiempos de Pedro era la misma que en tiempos de Noé. Solamente quienes rechazaron el camino de la salvación perecieron en el diluvio. Si más personas hubieran llegado a Él para estar a salvo, podemos estar seguros de que el arca los habría acomodado. De igual forma, la sangre de Jesús es más que suficiente para expiar los pecados que todos hemos cometido desde la caída. Que no se salven más personas significa tan solo que quienes están salvos son los únicos que quieren ser salvos. Jesús declaró que no echa fuera a quien llega a Él (Jn. 6:37).

Cuando Dios llamó a Noé para aquella tarea gigante, le mencionó el pacto que haría con él (Gn. 6:18). Como explicó más adelante el Señor, el pacto también era con “...todo ser viviente, con toda carne que hay sobre la tierra” (9:16) que sobrevivió al diluvio, toda la humanidad inclusive, por supuesto. Pero el pacto fue, primero de todo, con Noé, el hombre que “... halló gracia a los ojos de Jehová” (6:8).

Aunque Noé fue “perfecto en sus generaciones” y “con Dios caminó”, seguía siendo pecador. Era un hijo caído de Adán, como se ve claramente en su embriaguez e inmodestia cuando las cosas comenzaron a salir bien después del diluvio (9:20-21). Recibió la salvación por la “gracia” de Dios, que obró a través de su fe. La justicia de Noé, como la de cualquier otro creyente antes y después de Él, estaba en el Señor. Noé fue contado por justo, la pura gracia de Dios lo justificó, aplicada por la fe. Ni siquiera la fe de Noé, tan sorprendente como era si se le compara con la nuestra, lo salvó. Dios no estaría obligado a salvar a ninguna persona ni siquiera por la fe si en su amor y misericordia no hubiera declarado que esa es la condición para salvarlos. Dios tiene el derecho de salvar a quienes quiera, y desea salvar a quienes crean en su Hijo. Él toma nuestra fe y, por su gracia, la cuenta por justicia (Ro. 4:5).

La autenticidad de la fe de Noé queda demostrada por su obediencia a la palabra de Dios. En la perspectiva divina, la confianza y la obediencia son inseparables. Como nos gusta cantar, no hay otra opción más que “confiar y obedecer”. Tal como Noé confió y obedeció, Dios quiere que todos quienes le pertenecen hagan lo mismo. Quiere que confiemos en Él en el juicio por la prueba que vamos a pasar, la tentación que vamos a enfrentar, la decisión

que vamos a tomar. Quiere que le adoremos de la manera correcta, como Abel, y que caminemos con Él, como Enoc. También quiere que le obedezcamos, como Noé. El Señor tiene arcas para que todo creyente construya. Para nosotros, es tan importante construir el arca que nos da como lo fue para Noé construir la que Dios le asignó. Tal vez la nuestra no sea tan grande y sorprendente ni nos tome tanto tiempo, como la de Noé, pero es la única que nosotros podemos construir para agradar a Dios. Y, como la de Noé, cuando edificamos en la fe, de acuerdo al plan de Dios y por su poder, logrará lo que Él quiere. También, como la de Noé, nuestra obra para el Señor puede verse absurda o carente de propósito a los ojos del mundo. Pero si es su obra, le agraderá a Él, el único a quien el creyente debe preocuparle agradar.

Mi padre solía contar la historia de un hombre que caminaba arriba y abajo por los andenes con una publicidad que decía en la parte delantera: “Soy tonto para Cristo”. En la espalda decía: “¿Para quién es tonto usted?”. En un sentido, toda persona es tonta para algo a los ojos de alguien. Muchos activistas políticos y sectarios están perfectamente dispuestos a verse tontos por su causa. ¿Cuánto más debe estar dispuesto un cristiano a verse tonto por la causa de Cristo?

Pedro y sus socios habían pescado toda la noche sin atrapar nada. Cuando estaban lavando sus redes en la playa, Jesús se subió a una de las barcas, predicó un rato a la multitud que se había reunido allí y luego le dijo a Pedro que fuera hasta la parte profunda y arrojara de nuevo las redes. Pedro le hizo saber al Señor que pensaba cuán inútil sería el esfuerzo, pero de cualquier forma obedeció. Atraparon tantos peces que tuvieron que pedir ayuda, y las dos barcas casi se hundieron por la carga. La fe de Pedro era pequeña, pero obedeció y recibió una recompensa desproporcionada por su fe. Como Noé, obedeció con fidelidad a Dios y Dios honró su fe y su obediencia.

Noé creyó en la palabra de Dios sobre el juicio venidero, sobre el tamaño correcto y la forma de construir el arca, y sobre la promesa de salvarlo a él y su familia. No se puso a seleccionar qué creer y qué obedecer. Creyó y obedeció en todo lo que Dios le dijo.

NOÉ PRENDIÓ AL MUNDO

Y por esa fe condenó al mundo. (11:7b)

La obediencia de Noé incluyó la proclamación al resto del mundo del mensaje divino sobre el juicio venidero. En 2 Pedro 2:5 se le llama “pregonero de justicia”. Dios llamó a Noé a predicar mientras construía el arca. Probablemente, la predicación fue más difícil

que la construcción. Los trabajos difíciles siempre son más fáciles de manejar que las personas difíciles.

Los tiempos en los que creció Noé estuvieron entre los más malos y corruptos de la historia. “Y vio Jehová que la maldad de los hombres era mucha en la tierra, y que todo designio de los pensamientos del corazón de ellos era de continuo solamente el mal.” (Gn. 6:5). Si algún hombre tuvo razones para lamentarse por el tiempo en que vivió era Noé. Pero no se quejó del tiempo en que nació, su suerte en la vida o su llamado. Obedeció tal como él era y desde donde estaba.

El trabajo de Noé era advertir a las personas de su época que Dios les juzgaría pronto por su maldad e incredulidad. Habían tenido la misma oportunidad de conocer a Dios y su voluntad que Noé. La diferencia entre Noé y quienes le rodeaban no era en la cantidad de luz sino en la respuesta a ella.

La humanidad en su mayoría ha quedado poseída por el demonio. Creo que “los hijos de Dios” que vinieron y cohabitaron con “las hijas de los hombres” (Gn. 6:2) eran ángeles caídos, demonios (cp. 1 P. 3:19-20). Por esa cohabitación, la raza caída cayó incluso más. El mal de la naturaleza propia humana se mezcló y fue demasiado para que el Señor lo soportara. Debía venir el juicio. Donald Barnhouse dijo: “El infierno es tanto una historia de amor como lo es Dios en el cielo”. La justicia y el pecado no pueden coexistir. Dios no puede establecer la justicia hasta que no se destruya el pecado.

Como siempre, el juicio del Señor se vio apaciguado por su misericordia. Él nunca está feliz con el juicio, sin importar cuán merecido sea. A Dios “le dolió en su corazón” (Gn. 6:6) la maldad del hombre y el hecho de tener que juzgarlos con tanta severidad. Dio 120 años para que recibieran las advertencias y se arrepintieran aplazando con ello el juicio (6:3). En realidad, cuando Noé nació hubo una clase de advertencia, 500 años antes de que él comenzara el arca. Cuando su padre, Lamec, le estaba poniendo nombre, dijo: “Este nos aliviará de nuestras obras y del trabajo de nuestras manos, a causa de la tierra que Jehová maldijo.” (5:29). Después, mientras Dios tenía a Noé construyéndole el arca — una imagen dramática del diluvio venidero— también puso a Noé por testigo ante los demás, para advertirles. “Esperaba la paciencia de Dios en los días de Noé, mientras se preparaba el arca” (1 P. 3:20). En otras palabras, al mismo tiempo que preparaba el juicio, también preparaba la vía de escape.

La gente recibió una advertencia amplia de juicio y conocimiento amplio de la verdad. Por un lado, tuvieron a la naturaleza de testigo. “Porque las cosas invisibles de él, su eterno

poder y deidad, se hacen claramente visibles desde la creación del mundo, siendo entendidas por medio de las cosas hechas, de modo que no tienen excusa” (Ro. 1:20). También tenían el testimonio de Abel sobre la adoración apropiada a Dios y el testimonio de Enoc sobre la comunión apropiada con Dios. Además de toda esta luz, el castigo de Dios sobre Caín debería haber sido un recordatorio constante de lo que pensaba Él del pecado. El Espíritu mismo de Dios contendía con el del hombre (Gn. 6:3), buscando hacerlo volver a su Creador. Entonces tuvieron 120 años de predicación justa con Noé. ¿Qué más podía haber hecho Dios?

No tenían excusa por su pecado antes de que Noé comenzara a construir el arca, menos aun la tenían después que la terminó. Ciento veinte años, incluso cuando los hombres a veces vivían casi mil, era un tiempo más que prolongado para que quien quisiera arrepentirse lo hiciera.

C. H. Spurgeon dijo: “Quien no cree que Dios castigará el pecado, no cree que lo perdonará por medio de su sangre expiatoria”. Muchos oyen felices las promesas de la gracia de Dios, pero no quieren oír nada sobre su juicio. Spurgeon siguió diciendo: “Encarezco a quienes profesan al Señor que no sean incrédulos con respecto a las amenazas terribles de Dios con los impíos. Crean la amenaza, aunque se les hiele la sangre. Crean, aunque la naturaleza se encoja por la condenación abrumadora. Porque si no creen, la incredulidad con Dios en un aspecto los llevara a no creer en otros aspectos de la verdad revelada”.

Tal como las personas pueden haber inventado excusas para no arrepentirse o para aplazar la decisión, Noé debió sentirse también tentado a inventar excusas sobre sus capacidades para predicar y construir el arca. Con seguridad, Satanás le sugirió más de una vez que tenía todo el tiempo para construir el arca “después”. Ciento veinte años dan una oportunidad muy amplia para procrastinar. Pero Noé no aplazó la tarea ni inventó excusas; simplemente predicó y construyó, tal como era su llamado. En medio del ridículo, la maldad, el exceso de años con poca evidencia de éxito y la abundancia de preguntas sin respuesta, Noé obedeció, obedeció y continuó obedeciendo.

La advertencia divina sobre el juicio no es solo un acto de misericordia, sino que incluso el juicio tiene un aspecto misericordioso. Por causa del remanente de creyentes sobre la Tierra en los días de Noé, el Señor tuvo que cortar el cáncer espiritual malicioso y destructivo que de otra forma habría abrumado al mundo.

La vida y el testimonio de Noé resplandecieron en iluminadora condenación contra el mundo malvado, cruel y oscuro. El negro nunca se ve tan negro como cuando se contrasta con el blanco. El hombre de fe reprende al mundo nada más con su vida, incluso si nunca pronuncia una palabra de reproche. Un joven ateniense le dijo a Sócrates: “Te odio, porque cada vez que me encuentro contigo me muestras lo que soy”.

Tal vez la lección más triste de los días de Noé es que los hombres no han cambiado su actitud hacia Dios desde entonces, y no la cambiarán hasta que el Señor regrese. “Mas como en los días de Noé, así será la venida del Hijo del Hombre. Porque como en los días antes del diluvio estaban comiendo y bebiendo, casándose y dando en casamiento, hasta el día en que Noé entró en el arca, y no entendieron hasta que vino el diluvio y se los llevó a todos, así será también la venida del Hijo del Hombre” (Mt. 24:37-39).

Los paralelismos entre los días de Noé con los nuestros son aleccionadores. En los días de Noé rechazaron el mensaje de Dios, como hoy día. En su época, había maldad, inmoralidad, violencia, lascivia, vulgaridad, grosería, mentira, homicidio y blasfemia rampantes; como hoy día. En su época hubo un remanente que halló la gracia, tal como hay hoy un remanente creyente. En tiempos de Noé, o un poco antes, Dios traspuso a Enoc, describiendo así el rapto de los creyentes cuando regrese el Señor, algo que podría suceder en nuestro tiempo.

Podemos estar tan seguros como ellos de la inminencia del juicio, porque Dios lo ha prometido tan claramente como lo merece la humanidad. Alguien dijo: “Si Dios no destruye nuestro mundo, tendrá que disculparse con Sodoma y Gomorra”. Sin embargo, el próximo juicio será diferente en dos formas. Primera, no habrá diluvio (Gn. 9:15), sino fuego (2 P. 3:10). Segunda, será el último. Y, una vez más, el único refugio seguro es el arca de Dios, Jesucristo.

NOÉ RECIBIÓ LA JUSTICIA DE DIOS

Y fue hecho heredero de la justicia que viene por la fe. (11:7c)

La fe de Noé quedó demostrada porque recibió la justicia de Dios, que solo se otorga a quienes confían en Él. “Noé, varón justo, era perfecto en sus generaciones; con Dios caminó Noé” (Gn. 6:9). Fue la primera persona en las Escrituras a quien se le llamó justa.

Todos los que creen en Dios son justos, no siempre en la práctica, pero siempre en la posición. La justicia de Cristo se imparte a nosotros por la fe (Ro.

3:22). El Padre nos ve como ve al Hijo, santo y justo, porque por la fe estamos en el Hijo. Si usamos lentes de colores, todo lo que veamos parecerá de ese color. Dios mira a los creyentes por medio del lente de su Hijo, y nos ve cómo ve al Hijo. Miles de años antes de la encarnación, Dios miró a Noé y vio al Hijo, porque Noé creyó.

29 Abraham: La vida de la fe (11:8-19)

Por la fe Abraham, siendo llamado, obedeció para salir al lugar que había de recibir como herencia; y salió sin saber a dónde iba. Por la fe habitó como extranjero en la tierra prometida como en tierra ajena, morando en tiendas con Isaac y Jacob, coherederos de la misma promesa; porque esperaba la ciudad que tiene fundamentos, cuyo arquitecto y constructor es Dios. Por la fe también la misma Sara, siendo estéril, recibió fuerza para concebir; y dio a luz aun fuera del tiempo de la edad, porque creyó que era fiel quien lo había prometido. Por lo cual también, de uno, y ése ya casi muerto, salieron como las estrellas del cielo en multitud, y como la arena innumerable que está a la orilla del mar. Conforme a la fe murieron todos éstos sin haber recibido lo prometido, sino mirándolo de lejos, y creyéndolo, y saludándolo, y confesando que eran extranjeros y peregrinos sobre la tierra. Porque los que esto dicen, claramente dan a entender que buscan una patria; pues si hubiesen estado pensando en aquella de donde salieron, ciertamente tenían tiempo de volver. Pero anhelaban una mejor, esto es, celestial; por lo cual Dios no se avergüenza de llamarse Dios de ellos; porque les ha preparado una ciudad. Por la fe Abraham, cuando fue probado, ofreció a Isaac; y el que había recibido las promesas ofrecía su unigénito, habiéndosele dicho: En Isaac te será llamada descendencia; pensando que Dios es poderoso para levantar aun de entre los muertos, de donde, en sentido figurado, también le volvió a recibir. (11:8-19)

Solo hay dos formas de vivir. Una, la más común por amplio margen, es vivir por vista, basar todo en lo que se puede ver. Es la forma empírica. La otra, mucho menos común, es vivir por fe, basando la vida en lo que no puede verse, en primeros y últimos términos. Por supuesto, la forma cristiana es la de la fe. Nunca hemos visto a Dios o a Jesucristo, ni el cielo, el infierno o al Espíritu Santo. Nunca hemos visto a ninguna de las personas que escribió la Biblia ni a un manuscrito original de la Biblia. Aunque vemos los resultados de las virtudes que Dios ordena o la gracia que otorga en sus múltiples facetas, nunca las hemos visto. Aun así, vivimos con la convicción de todas estas cosas por la fe. Apoyamos nuestra vida terrenal y nuestro destino eterno en cosas que nunca hemos visto. El pueblo del Señor ha vivido siempre de esa manera.

La vida de fe tiene algunos ingredientes específicos reflejados en la vida de Abraham y señalados por este texto. Abraham es un compuesto del patrón divino de fe. Revela la totalidad de la vida de fe verdadera con todos los ingredientes que la constituyen. Abraham fue el padre del pueblo judío, por tanto, se presenta a los judíos destinatarios de la carta a

los hebreos como el ejemplo de fe más estratégico. Necesitaban darse cuenta de que Abraham era más que el padre de su raza; por su ejemplo también era el padre de quienes tienen fe, el padre de todo el que viva por la fe en Dios.

Los rabinos habían enseñado desde mucho antes, que Abraham complació a Dios por sus obras. Creían que Dios buscó por toda la Tierra hasta que finalmente encontró a un hombre justo, sobresaliente —Abraham—, y que por su bondad lo seleccionó Dios para ser el padre de su pueblo escogido. Tal enseñanza falsa necesitaba corregirse. Era necesario mostrar a partir del Antiguo Testamento que Abraham no era justo en sí mismo, sino que Dios lo contó por justo como resultado de su fe.

Cuando Esteban estaba predicando a los líderes judíos de Jerusalén, comenzó mostrándoles cómo Abraham había confiado en Dios con obediencia, dejando su tierra y creyendo las promesas de bendición divinas (Hch. 7:2-5). Pablo, en su poderoso argumento de Romanos sobre la justificación por la fe, usa a Abraham como la ilustración central (Ro. 4). Abraham es el ejemplo clásico de la vida de fe.

Para que un judío aceptara que la salvación es por fe, debía demostrársele que esta verdad fue válida para Abraham. Los judíos hacían lo correcto al considerar a Abraham como un gran ejemplo. El problema era que lo consideraban de la manera incorrecta. Sabían que agradó a Dios, pero debía demostrárseles que agradó a Dios porque confió en Él, no por sus buenas obras.

El Nuevo Testamento deja claro que Abraham fue un hombre de fe. Desde su época, quien confíe en Dios, sea judío o gentil, es un hijo espiritual de Abraham. “Sabed, por tanto, que los que son de fe, éstos son hijos de Abraham” (Gá. 3:7; cp. v. 29). Quienes confiaron en Dios antes del diluvio —como Abel, Enoc y Noé— eran solamente ejemplos parciales de la fe. Abraham fue el primer hombre de fe establecido; es el patrón, el prototipo, de la fe para los hombres de todas las épocas.

En este pasaje hay cinco características de la fe que nos muestran este patrón completo: el peregrinaje de la fe, la paciencia de la fe, el poder de la fe, el efecto positivo de la fe y la prueba de la fe.

EL PEREGRINAJE DE LA FE

Por la fe Abraham, siendo llamado, obedeció para salir al lugar que había de recibir como herencia; y salió sin saber a dónde iba. (11:8)

El plan de Abraham no era irse de Ur y de Harán para ubicarse a la larga en la tierra de Canaán. De hecho, cuando salió de Ur no tenía ni idea del lugar al cual iba. Dios lo llamó, y solamente Él sabía lo que le tenía preparado.

La expresión siendo llamado es participio presente. En otras palabras, cuando Abraham entendió lo que le dijo Dios, comenzó a preparar su equipaje. Fue obediencia instantánea. Puede haberle tomado varios días, tal vez semanas o meses, hacer los preparativos finales para el viaje, pero en su mente ya estaba en camino. Desde entonces, todo lo que hizo giró alrededor de obedecer el llamado de Dios.

Abraham fue un pagano pecador que creció en una sociedad incrédula e idólatra. No sabemos con exactitud cómo o cuándo Dios se dio a conocer a Abraham por primera vez, pero creció en un hogar pagano (Jos. 24:2). Ur, su ciudad natal, estaba en Caldea, en la región general llamada Mesopotamia, entre los ríos Tigris y Éufrates. Era una tierra fértil y culturalmente avanzada. Quedaba cerca del lugar donde estaba el huerto del Edén (cp. Gn. 2:14) y aproximadamente a doscientos veinticinco kilómetros de donde un día se construiría la gran ciudad de Babilonia.

Isaías se refiere a Abraham como “la piedra de donde [Israel fue cortado]” y “[el] hueco de la cantera de donde [fue arrancado]” (Is. 51:1-2), recordándoles a sus compatriotas judíos que Dios soberanamente se dignó a llamar a Abraham desde el paganismo y la idolatría para bendecirlo a él y al mundo a través de él. Tal vez haya tenido normas morales más altas que sus amigos y vecinos, pero no fue esta la razón por la cual Dios lo escogió. Dios lo escogió porque quiso escogerlo. Y cuando Dios le habló, él oyó; cuando Dios prometió, él confió; cuando Dios ordenó, él obedeció.

Cuando una persona llega a Jesucristo, Dios le exige un peregrinaje de su antiguo estilo de vida a uno nuevo, tal como la fe de Abraham lo separó del paganismo y la incredulidad para llevarlo a una tierra y una vida nueva. “De modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas” (2 Co. 5:17). La salvación trae separación del mundo. El Señor obra en el corazón la voluntad total para dejar atrás todo lo que no le place. No nos puede guiar a nuevas formas de vivir hasta que nos saque de las viejas. Debemos responderle: “No sé lo que vas a hacer conmigo, Señor, pero voy a dejar todas las cosas. No sé con qué las sustituirás, pero las voy a dejar ir”.

Tal es la actitud del peregrino fiel. La vida de fe comienza con la voluntad de dejar nuestro Ur, nuestro lugar propio de pecado e incredulidad; dejar el sistema del mundo. “No os conforméis a este siglo, sino transformaos por medio de la renovación de vuestro

entendimiento, para que comprobéis cuál sea la buena voluntad de Dios, agradable y perfecta” (Ro. 12:2; cp. 2 Co. 6:14; Gá. 1:4).

Dejar la vieja vida es uno de los obstáculos más grandes para llegar a Cristo, y también es uno de los más grandes obstáculos para vivir fielmente una vez estamos en Cristo. Desde la perspectiva de la vieja vida y la vieja naturaleza, la nueva vida en Cristo puede parecer sosa y poco emocionante. Cuando pensamos así, no entendemos que, una vez nos hicimos cristianos, recibimos un nuevo conjunto de valores, intereses y deseos que no podemos experimentar con anterioridad. No podemos “ver” las bendiciones y la satisfacción de la vida en Cristo antes de confiar en Él como Señor y Salvador. Creemos y después experimentamos. Primero debemos estar dispuestos a “[salir], pues, a él, fuera del campamento, llevando su vituperio, porque no tenemos aquí ciudad permanente, sino que buscamos la por venir” (He. 13:13-14). A menudo, el vituperio es todo lo que vemos en principio. Anhelamos por fe la ciudad por venir.

A la fuerza que nos hace querer aferrarnos a la vieja vida se le llama a veces mundanalidad. La mundanalidad puede ser una acción, pero es principalmente una actitud. Es querer hacer las cosas que son pecaminosas, egoístas o sin valor, ya sea que las hagamos o no. Es querer la alabanza de los hombres, independiente de si la recibimos o no. Es aferrarse externamente a altas normas de conducta, pero desear internamente vivir como el resto del mundo. La peor clase de mundanalidad es la religiosa, porque tiene apariencia de piedad. Se aferra externamente a las normas divinas (añadiendo por lo general algunas propias), pero la motivan los deseos mundanos y egoístas. Es pretenciosa e hipócrita. Este era el gran pecado de los fariseos, como solía indicarlo Jesús.

La mundanalidad no es tanto lo que hacemos, sino lo que queremos hacer. No está tan determinada por nuestras acciones como por lo que hay en nuestro corazón. Hay quienes no cometen ciertos pecados solamente porque les asustan las consecuencias, otros por el qué dirán de los demás, otros por un sentido de superioridad moral al resistirse; pero en todas las instancias hay un deseo fuerte de cometer estos pecados. El deseo de pecar es la raíz de la mundanalidad, y el creyente debe separarse de ella. “No améis al mundo, ni las cosas que están en el mundo. Si alguno ama al mundo, el amor del Padre no está en él” (1 Jn. 2:15; cp. Stg. 4:4). El significado raíz de santidad es separación, estar apartado para Dios.

Una de las señales más claras de la muerte de la mundanalidad es el cambio en los deseos, en los amores. A medida que crecemos en Cristo y nos enamoramos más de Él, nuestro amor por las cosas del mundo disminuye. Tales cosas sencillamente pierden su atractivo.

No queremos hacerlas como solíamos antes. El peregrinaje de la fe comienza separándonos del mundo, y cuando nos concentramos en Jesús y en nuestra comunión con Él, pronto dejamos de interesarnos por las cosas que antes amábamos tanto. Cuando tenemos un desliz y las hacemos, odiamos lo que hicimos en la debilidad de nuestra carne (cp. Ro. 7:14-25).

Paradójico como pueda resultar en principio, la señal más clara de madurez espiritual es ser capaces de hacer lo que queremos hacer. “Por la fe Moisés, hecho ya grande, rehusó llamarse hijo de la hija de Faraón, escogiendo antes ser maltratado con el pueblo de Dios, que gozar de los deleites temporales del pecado, teniendo por mayores riquezas el vituperio de Cristo que los tesoros de los egipcios; porque tenía puesta la mirada en el galardón” (He. 11:24-26). Moisés no se olvidó de Egipto porque debiera hacerlo o porque se sintiera obligado, sino porque quiso. Egipto había perdido su atractivo. No podía compararse con lo que Cristo le ofrecía. En este aspecto el cristiano maduro espiritualmente es como una persona mundana: hace lo que quiere. La gran diferencia es que el cristiano maduro quiere lo que Dios quiere.

LA PACIENCIA DE LA FE

Por la fe habitó como extranjero en la tierra prometida como en tierra ajena, morando en tiendas con Isaac y Jacob, coherederos de la misma promesa; porque esperaba la ciudad que tiene fundamentos, cuyo arquitecto y constructor es Dios. (11:9-10)

La segunda norma de fe aquí mencionada parece algo extraña en principio. Abraham, como peregrino, estuvo dispuesto a dejar su tierra, sus amigos, sus negocios, su religión... todo. No perdió tiempo dejando todas estas cosas atrás. Pero la fe también tiene un tiempo para esperar y ser paciente.

Morar en tiendas era típico de los viajeros y los nómadas. Ni siquiera en tiempos de Abraham se consideraba las tiendas como residencias permanentes. Y no solo Abraham, sino su hijo y su nieto, Isaac y Jacob, vivieron en tiendas. Estaban en la tierra que Dios les había prometido, pero no se habían asentado en ella. De hecho, aquellos grandes patriarcas nunca poseyeron la tierra, excepto por la fe. La tierra estaba a la vista pero no a mano. Por cercana que estuviera, la tierra seguía siendo una promesa. Abraham no construyó ninguna casa ni ciudad. Habitó como extranjero en la tierra prometida como en tierra ajena.

Como transeúnte en la tierra, tenía que ser paciente. La paciencia debió haber sido aún más difícil al considerar que la tierra le estaba prometida. También pudo haber necesitado

paciencia en Harán. Pero nunca esperó poseer Harán; nunca se la prometieron. Sin embargo, todo el resto de su vida, Abraham caminó de lado a lado la tierra que Dios le había prometido, aunque nunca poseyó más que una pequeña parcela donde enterró a Sara (Gn. 23:9-20). Dios le prometió la tierra, pero nunca la poseyó. La fe de Abraham exigía una gran cantidad de paciencia para vivir sin refunfuñar como extranjero en su propia tierra.

Abraham esperó con paciencia las cosas realmente valiosas. Nunca vio cumplida la promesa de Dios; tan solo esperó, esperó y esperó. Suele ocurrir que los tiempos más duros para nosotros como creyentes son los momentos intermedios, los tiempos de espera. Estamos tentados a decirle a Dios: “¡Promesas, promesas!”. Abraham pasó una gran cantidad de tiempo esperando. Esperó largos años al hijo de la promesa, hasta que llegó finalmente. Esperó toda su vida por la tierra de la promesa, que nunca recibió. No obstante, esperó, vio y obró en la creencia paciente de que Dios era fiel.

Si supiéramos que Cristo viene en un mes, concentraríamos nuestra atención en dejar el pecado, orar, dar testimonio, servir y ocuparnos de todos los demás asuntos del Padre celestial. Entregarse todo un mes al Señor no sería tan difícil si supiéramos que se acabaría tan pronto. Pero estar dedicados a los asuntos divinos mes tras mes, año tras año, con sus promesas en apariencia tan lejos de cumplirse como cuando por primera vez fuimos salvos, requiere paciencia.

William Carey pasó treinta y cinco años en India y solamente vio unos cuantos conversos. Sin embargo, todo misionero cristiano en India desde aquel entonces tiene una deuda con Carey. Él plantó para que ellos pudieran cosechar. Él tradujo la Palabra de Dios a los dialectos indios, de modo que prácticamente todo esfuerzo misionero en India ha tenido su base en algún grado en su obra pionera. La mayoría de los frutos de su labor solo los pudo ver por la fe. Tuvo la paciencia de la fe y no se cansó de “hacer el bien”. “Por tanto, hermanos, tened paciencia hasta la venida del Señor. Mirad cómo el labrador espera el precioso fruto de la tierra, aguardando con paciencia hasta que reciba la lluvia temprana y la tardía. Tened también vosotros paciencia” (Stg. 5:7-8).

Es desalentador orar, confiar y obrar, y no ver los resultados. Una madre puede orar quince, veinte o treinta años por la salvación de su hijo y nunca verlo llegar a Cristo. Un ministro puede servir en una iglesia con fidelidad por diez años y ver poca evidencia de crecimiento espiritual. Noé trabajó más de cien años en el arca, predicando al mismo tiempo. El progreso con el arca era muy lento y el éxito en el testimonio, nulo. Pero continuó con la construcción y la predicación hasta que las dos estuvieron terminadas. La

fe verdadera es sorda a la duda, muda ante el desaliento y ciega ante la imposibilidad. No importa lo que ella experimente, solo ve el éxito prometido.

El secreto de la paciencia de Abraham fue su esperanza en el cumplimiento final de la promesa divina. La tierra prometida final para él era el cielo, como para nosotros. Aun si hubiera poseído la tierra de Canaán mientras estaba vivo, no era esta su herencia final. Fue paciente porque sus ojos estaban en la ciudad que tiene fundamentos, cuyo arquitecto y constructor es Dios. Aunque la tierra en este mundo fuera importante para él y para la promesa de Dios, miró la Tierra celestial, de la cual sabía que era una herencia sin falta.

Hay un sentido en el cual es posible “tener tanta mentalidad celestial que no seamos de bien terrenal”. Pero en un sentido mucho más profundo es imposible ser de bien terrenal si no somos de mentalidad celestial. Solo quienes tienen mentalidad celestial tendrán la paciencia para continuar siendo fieles en la obra de Dios cuando se haga difícil, despreciada y, aparentemente, no culmine. No hay mayor cura para el desaliento, la fatiga, la lástima personal, que pensar en estar un día en la presencia del Señor y pasar la eternidad con Él. No debemos excusarnos por ser de mentalidad celestial.

Cuando nos concentramos en las cosas de abajo es cuando vivimos y morimos con cada cosita que sale mal, que parece demorarse, que no tiene éxito o que los demás no aprecian. Por esa razón Pablo nos pide que pongamos nuestra mira “en las cosas de arriba, no en las de la tierra” (Col. 3:2). Cuando nuestros pensamientos estén en el cielo, seremos pacientes con lo que ocurra aquí abajo. Si miramos continuamente a las cosas del mundo —sus pruebas, problemas y dificultades, por un lado; o su dinero, fama y placeres, por el otro— no podremos evitar que los deseos impacientes de la carne nos absorban. Pero si mantenemos nuestro enfoque en el cielo, en Dios, en Jesucristo, no nos preocupará lo que suceda aquí. Pablo le dijo a Timoteo: “Tú, pues, sufre penalidades como buen soldado de Jesucristo. Ninguno que milita se enreda en los negocios de la vida, a fin de agradar a aquel que lo tomó por soldado” (2 Ti. 2:3-4).

La ciudad divina recibe muchos nombres en las Escrituras, pero quizás su nombre más alentador lo da Ezequiel: “Jehová-sama. (Aquí habita el Señor)” (Ez. 48:35). De todas las cosas allí que son hermosas y atractivas, con mucho, la más hermosa y atractiva es que el Señor está allí.

Los cuarenta años que pasó Moisés en el desierto llevando a Israel a la tierra prometida fueron los más exigentes de su vida. Pero los anteriores cuarenta años pudieron haber sido los más difíciles en cuanto a la paciencia se refiere. Había recibido su formación en la

corte del faraón, había recibido tratamiento de hijo del faraón y luego se vio obligado a huir por su vida hacia el desierto, donde en estos cuarenta años intermedios cuidó las ovejas de su suegro. Debió sentirse tentado con frecuencia a creer que su talento, capacidades y formación habían quedado desperdiciados. Pero “se sostuvo como viendo al Invisible” (He. 11:27). Como con Abraham, los ojos de Moisés estaban en Dios, no en sus circunstancias.

EL PODER DE LA FE

Por la fe también la misma Sara, siendo estéril, recibió fuerza para concebir; y dio a luz aun fuera del tiempo de la edad, porque creyó que era fiel quien lo había prometido. Por lo cual también, de uno, y ése ya casi muerto, salieron como las estrellas del cielo en multitud, y como la arena innumerable que está a la orilla del mar. (11:11-12)

La fe es poderosa. La fe ve lo invisible, oye lo inaudible, toca lo intangible y alcanza lo imposible. Lamentablemente, la fe de algunos es solo hablada y nunca se convierte en acciones reales. La fe verdadera es activa, poderosamente activa.

La fe estuvo activa en el milagro del nacimiento de Isaac. Desde el punto de vista humano, era imposible que Abraham y Sara tuvieran un hijo. Además de que Sara había sido estéril toda la vida (Gn. 16:1), al momento del embarazo tenía noventa años y estaba muy fuera del tiempo de la edad para tener hijos. Con todo, a esa edad concibió y dio a luz al hijo prometido (Gn. 21:2).

El relato de Génesis no da mucha indicación de que Sara mostrara alguna vez fe en Dios. Tanto Abraham como Sara, en ocasiones diferentes, se rieron ante la promesa divina de tener un hijo a su edad (Gn. 17:17; 18:12), pero Sara incluso había tomado el asunto en sus manos y había persuadido a Abraham de que tuviera un hijo con Agar, su sierva (16:1-4). No confiaba en la promesa divina y se inclinó por hacer las cosas a su manera; un camino que, como pronto descubrió, no era el de la obediencia y la felicidad. Su idea y el consentimiento de Abraham produjeron un hijo, Ismael, cuyos descendientes han sido una molestia desde ese día para los descendientes del hijo de la promesa. Ismael se convirtió en el progenitor de los árabes, y cada judío se ha enfrentado al antagonismo del mundo árabe desde que nace, por la desobediencia de Abraham y Sara. La impaciencia de Sara fue costosa.

Aunque la fe de Sara fue débil en ocasiones, creció hasta confiar en la promesa de Dios, de modo que recibió fuerza para concebir (*katabolēn spermatos*). El significado literal de

esta frase es “entregar la semilla”. Sin embargo, una mujer no entrega la semilla que produce la concepción. Por tanto, esta frase ha de referirse a Abraham, haciéndolo el sujeto aludido de la frase. Parece que es mejor interpretar la frase *autē Sarra*, como dativo de acompañamiento o de asociación. En otras palabras, el versículo podría estar diciendo que Abraham, en asociación con Sara, recibió el poder de entregar la semilla. Creo que la fe era la de Abraham, no la de Sara. Por medio de la fe de Abraham, Dios cumplió milagrosamente su promesa.

Sin embargo, la declaración creyó que era fiel quien lo había prometido definitivamente se refiere a Sara y deja claro que ella llegó a confiar en Dios y, por consiguiente, le corresponde estar en la lista de los héroes de la fe.

Por lo cual también, de uno, y ése ya casi muerto, salieron como las estrellas del cielo en multitud, y como la arena innumerable que está a la orilla del mar. (11:12)

Abraham tuvo hijos sobre hijos, todo el pueblo de Israel. Todo judío nacido y por nacer es resultado de la fe de Abraham. Tal es el poder de la fe.

La fe de Abraham estaba en Dios. La promesa de Dios sobre un hijo especial y sobre los descendientes que no se podían contar fue la base de la fe de Abraham. Jesús dijo: “Al que cree todo le es posible” (Mr. 9:23) y “para Dios todo es posible” (Mt. 19:26). El poder y la voluntad de Dios están en un lado, y la confianza del hombre en el otro. La fe tiene el poder para lograr todo lo que sepamos que es la voluntad de Dios.

Si Dios no está en capacidad de satisfacer alguna de nuestras necesidades, es sencillamente porque no confiamos en Él. Él nos da muchas cosas que nunca pedimos y de las cuales ni siquiera somos conscientes. Pero muchas otras cosas, especialmente las bendiciones espirituales que prometió, no las podemos recibir porque no nos abrimos a ellas. Pablo afirmó: “Todo lo puedo en Cristo que me fortalece” (Fil. 4:13), y nos recuerda “a Aquel que es poderoso para hacer todas las cosas mucho más abundantemente de lo que pedimos o entendemos, según el poder que actúa en nosotros” (Ef. 3:20). El poder de Dios es para que lo reclamemos conforme a su voluntad. Que las cosas pedidas parezcan imposibles no tiene la más mínima importancia. El único obstáculo para su cumplimiento es la falta de fe.

EL EFECTO POSITIVO DE LA FE

Conforme a la fe murieron todos éstos sin haber recibido lo prometido, sino mirándolo de lejos, y creyéndolo, y saludándolo, y confesando que eran extranjeros

y peregrinos sobre la tierra. Porque los que esto dicen, claramente dan a entender que buscan una patria; pues si hubiesen estado pensando en aquella de donde salieron, ciertamente tenían tiempo de volver. Pero anhelaban una mejor, esto es, celestial; por lo cual Dios no se avergüenza de llamarse Dios de ellos; porque les ha preparado una ciudad. (11:13-16)

Ni Abraham ni Isaac ni Jacob poseyeron jamás la tierra prometida. De hecho, fue casi quinientos años después de la muerte de Jacob que Israel tomó posesión de Canaán por primera vez. Conforme a la fe murieron todos éstos sin haber recibido lo prometido. Sin embargo, lejos de ser un lamento, esta es una declaración positiva de que estos hombres murieron con la esperanza y seguridad perfectas del cumplimiento. Para una persona de fe, la promesa de Dios es tan buena como la realidad. Su promesa de la gloria venidera era tan alentadora y cierta para los patriarcas como la posesión real lo pudo haber sido.

No sabían estos hombres de fe qué estaba pasando. Dios no les había dado una información completa, no había dicho ni una palabra en cuanto a cuándo o cómo cumpliría las promesas. Tan solo dio las promesas, y eso fue suficiente. Tenían una muestra de la tierra prometida. Caminaron y pastaron sus rebaños sobre ella, criaron allí a sus hijos, pero no estaban impacientes por poseerla. Fue suficiente poseerla de lejos, porque su preocupación principal era una patria mejor, esto es, celestial.

Mientras tanto, estaban contentos con ser extranjeros y peregrinos sobre la tierra. En el mundo antiguo, solía considerarse a los extranjeros (*zenoi*) con odio, suspicacia y desdén. Tenían pocos derechos, incluso para lo normal de la época. También fueron peregrinos (*parepidēmoi*), exiliados o pasantes. Eran refugiados en su propia tierra prometida. Pero estos patriarcas fieles iban desde Canaán a un lugar mejor, y no les importaba.

Lo más positivo acerca de nuestra fe no es lo que podemos ver, sujetar o medir, sino la promesa de que un día estaremos para siempre con el Señor. Los cristianos cuya fe no se extiende hasta el cielo tendrán sus ojos en las cosas de este mundo y se preguntarán por qué no son más felices en el Señor. Nada en esta vida, ni siquiera las más abundantes bendiciones terrenas de Dios, le dará a un creyente la satisfacción y la alegría que vienen con la seguridad absoluta de la gloria futura.

David declaró: “Una cosa he demandado a Jehová, ésta buscaré; Que esté yo en la casa de Jehová todos los días de mi vida, Para contemplar la hermosura de Jehová, y para inquirir en su templo.” (Sal. 27:4). Job, después de pasar por pruebas, destitución y enfermedad increíbles, pudo decir: “Yo sé que mi Redentor vive, y al fin se levantará sobre el polvo;

Y después de deshecha esta mi piel, en mi carne he de ver a Dios” (Job 19:25-26). Esta es la esperanza y la seguridad del creyente: el efecto positivo de la fe.

Dios bendice a las personas con esta fe. No se avergüenza de llamarse Dios de ellos. Sin importar lo que seamos en nosotros mismos, Dios no se avergüenza de llamarse nuestro Dios. “Yo honraré a los que me honran” (1 S. 2:30). Los patriarcas honraron a Dios y Dios les honró a ellos. Nada honra más a Dios que la vida de fe; de hecho, nada honra a Dios, sino la vida de fe.

LA PRUEBA DE LA FE

Por la fe Abraham, cuando fue probado, ofreció a Isaac; y el que había recibido las promesas ofrecía su unigénito, habiéndosele dicho: En Isaac te será llamada descendencia; pensando que Dios es poderoso para levantar aun de entre los muertos, de donde, en sentido figurado, también le volvió a recibir. (11:17-19)

La prueba de la fe de Abraham fue su disposición a entregarle al Señor todo lo que tenía, inclusive el hijo de la promesa, a quien había recibido milagrosamente por su fe. Después de toda la espera y las preguntas, Dios le había dado al hijo. Entonces, antes de que el hijo fuera mayor, Dios le pidió que se lo entregara y Abraham obedeció. Abraham sabía que el pacto, que solo se podía cumplir por medio de Isaac, era incondicional. Por tanto, sabía que Dios haría lo necesario, resucitar a Isaac de los muertos inclusive, para mantener su pacto.

Pensó que Dios es poderoso para levantar aun de entre los muertos. La idea de sacrificar a Isaac debió de haberle dolido terriblemente a Abraham, pero sabía que tendría a su hijo de vuelta. Sabía que Dios no tomaría —de hecho, no podría— permanentemente a su hijo, o tendría que cambiar sus palabras, algo que es imposible.

Si Noé ilustra la duración de la fe, Abraham muestra la profundidad de la fe. Con una fe tremenda y monumental, Abraham llevó a Isaac hasta la cima del Monte Moriah y lo preparó para ofrecérselo a Dios. Creía en la resurrección de los muertos incluso antes de que Dios revelara la doctrina. Debía creer en la resurrección porque, si Dios le hubiera permitido ejecutar la orden de sacrificar a Isaac, la resurrección habría sido el único medio para que Dios cumpliera su promesa.

Como al final resultó que él no murió, Isaac solo se convirtió en un tipo de la resurrección. Abraham lo ofreció, pero no lo sacrificó. Dios proveyó un sustituto. El hecho de que Abraham ofreciera a Isaac probó su fe. Jesús ordena esto: “Si alguno quiere venir en pos

de mí, niéguese a sí mismo, y tome su cruz, y sígame” (Mt. 16:24). “Así que, hermanos, os ruego por las misericordias de Dios, que presentéis vuestros cuerpos en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios, que es vuestro culto racional” (Ro. 12:1).

Cuando John Bunyan estaba en la cárcel por predicar el evangelio, estaba profundamente preocupado por su familia. En particular, le afligía su hijita ciega, por la cual tenía un amor especial. Y escribió: “Vi en esta situación que era un hombre que estaba derribando su casa sobre la cabeza de su esposa e hijos. Sin embargo, pensaba: ‘debo hacerlo, debo hacerlo’. Ayúdame a lanzar desde tu trono el ídolo más querido que he conocido —¡y qué equivocado que sea un ídolo! — y a adorarte solo a ti”.

Por lo tanto, los patriarcas se reafirmaron en las cinco grandes características de la fe: su peregrinación, la separación del mundo; su paciencia en esperar que Dios obrara; su poder para hacer lo imposible; su efecto positivo al enfocarse en las promesas eternas de Dios; y su prueba en el sacrificio obediente.

30 La fe que vence a la muerte (11:20-22)

Por la fe bendijo Isaac a Jacob y a Esaú respecto a cosas venideras. Por la fe Jacob, al morir, bendijo a cada uno de los hijos de José, y adoró apoyado sobre el extremo de su bordón. Por la fe José, al morir, mencionó la salida de los hijos de Israel, y dio mandamiento acerca de sus huesos. (11:20-22)

Matthew Henry dijo: “Aunque la gracia de la fe es de uso universal durante toda la vida cristiana, especialmente lo es cuando morimos. La fe tiene su más grande obra por lograr al final, para ayudar a los creyentes a terminar bien, a morir de manera que honre al Señor, con paciencia, esperanza y gozo, de forma tal que dejemos un testimonio sobre la verdad de la Palabra de Dios y la excelencia de sus caminos”.

El pueblo de Dios le glorifica cuando zarpa de este mundo con las banderas completamente izadas y ondeando. Si alguien debiera morir triunfalmente es el creyente. Cuando el Espíritu Santo triunfa sobre la carne, cuando dejamos consciente y felizmente atrás el mundo por el cielo, cuando hay expectativa y gloria en nuestros ojos mientras llegamos a la presencia del Señor, nuestra muerte agrada a Dios. “Estimada es a los ojos de Jehová la muerte de sus santos.” (Sal. 116:15).

Los tres patriarcas mencionados en Hebreos 11:20-22 ilustran el poder de la fe para enfrentar la muerte. No siempre vivieron con fidelidad. Confiaron en Dios con imperfección, como nosotros. Los nombres de estos tres hombres aparecen frecuente y favorablemente en las Escrituras, y estamos inclinados a pensar en ellos como modelos de la vida de fe. En algunos aspectos lo fueron. José sobresale especialmente. Aunque sus hermanos le odiaron y lo vendieron como esclavo, confió y obedeció a Dios en medio de muchas tentaciones y dificultades, mientras estaba completamente separado de su familia en una tierra extraña y pagana.

Sin embargo, el énfasis de este pasaje está en la fe de Isaac, Jacob y José en el final de sus vidas. Cada uno de ellos enfrentó la muerte con una fe plena y confiada. Por ello están en la galería de héroes de Hebreos.

A muchos creyentes les parece difícil esperar y enfrentar la muerte. Sin embargo, el cristiano que en su mayor parte caminó con Dios en fidelidad suele encontrar que las últimas horas de su vida son las más dulces. Cualesquiera que hayan sido los altibajos en las vidas de Isaac, Jacob y José, se fueron disfrutando la luz de la fe verdadera.

La fe de estos tres hombres al morir es significativa porque, como Abraham, murieron sin ver el cumplimiento de las promesas divinas. Las pasaron a sus hijos por la fe. Habían recibido las promesas por la fe y las pasaron por la fe. Dios había prometido tres cosas en su pacto con Abraham: la posesión de la tierra de Canaán, la creación de una nación grande de sus descendientes y la bendición del mundo por medio de esos descendientes. Pero Abraham nunca vio ocurrir ninguna de estas tres cosas. Murió en fe diciendo: “Isaac, verás el inicio de estas promesas”. Pero Isaac también murió en fe diciendo lo mismo a Jacob, y así también Jacob con José. Hebreos 11:13 es válido para los cuatro: “Conforme a la fe murieron todos éstos sin haber recibido lo prometido, sino mirándolo de lejos, y creyéndolo, y saludándolo, y confesando que eran extranjeros y peregrinos sobre la tierra”. Sin embargo, tenían tanta confianza en la palabra de Dios que pasaron las promesas en herencia a sus hijos. Creían en lo que nunca habían visto, y pasaron a sus hijos lo que nunca habían visto. Esta es la seguridad de la fe. No tenían herencia que dejar, sino las promesas de Dios, y consideraban que eran un gran tesoro para legar a sus hijos. No vieron la posesión de la tierra, el establecimiento de la nación o la bendición para el mundo, pero vieron las promesas y eso era suficiente.

Nunca dudaron del cumplimiento de las promesas. No murieron desesperados ni con sueños por cumplir, sino en la paz perfecta de las promesas aún no cumplidas, confiados porque eran promesas divinas. Sabían por fe que Dios cumpliría las promesas porque sabían que era un Dios que cumplía los pactos y un Dios de verdad. Murieron diciendo: “Llegarán. En el tiempo de Dios llegará su cumplimiento”. Murieron retando a la muerte, sabiendo que, aunque murieran, Dios les había prometido que no podían morir. Este tipo de fe es magnífico, es la clase de fe que Dios honra.

Tal como ocurrió con los santos mencionados en los versículos 4-19, estos tres hombres aparecen para mostrar que los principios de la salvación por la fe y de agradar a Dios por la fe no se originan con el nuevo pacto. La fe siempre ha sido el camino, nunca las obras. Sin una sola excepción, todo hombre de Dios ha sido un hombre de fe. Ni Abel ni Enoc ni Noé ni Abraham ni Isaac ni Jacob ni José se salvaron por las obras. Todos se salvaron por la fe. Sin fe siempre ha sido imposible agradar a Dios (He. 11:6).

LA FE DE ISAAC

Por la fe bendijo Isaac a Jacob y a Esaú respecto a cosas venideras. (11:20)

Tal como el padre de Isaac le pasó la bendición de la promesa de Dios, así lo hizo él con sus hijos por la fe. Tenía la certeza absoluta de que sí ocurrirían. Para ese momento, las

promesas eran la herencia, que los patriarcas valoraban tanto como la mayoría de personas valoran las posesiones materiales, la fama y el poder.

Isaac vivió más que el resto de los patriarcas; sin embargo, se le dedicó menos espacio en Génesis y en Hebreos que a los demás. Mientras que Abraham, Jacob y José tienen cada uno alrededor de doce capítulos en Génesis que se centran en ellos, Isaac tiene poco más de dos: los capítulos 26 y 27, y la mitad del 25. Fácilmente, Isaac fue el menos espectacular y el más común de los cuatro. Fue menos dinámico y colorido, y más tranquilo y pasivo. En general, probablemente tuvo la fe más débil. Sabemos más de sus errores que de sus éxitos.

Debido a la hambruna, Isaac trasladó su familia a Gerar. Mientras estaba allí, Dios le habló en una visión notable y alentadora. “Habita como forastero en esta tierra, y estaré contigo, y te bendeciré; porque a ti y a tu descendencia daré todas estas tierras, y confirmaré el juramento que hice a Abraham tu padre. Multiplicaré tu descendencia como las estrellas del cielo, y daré a tu descendencia todas estas tierras; y todas las naciones de la tierra serán benditas en tu simiente” (Gn. 26:3-4). En otras palabras, Dios le pasó directamente a Isaac las promesas del pacto con Abraham. Tan solo esas promesas deberían haber evitado que Isaac se preocupara y temiera, porque Dios no podría haberlas cumplido si Isaac no estuviera protegido. No solo eso, el Señor le dijo específicamente: “Estaré contigo, y te bendeciré”.

Sin embargo, a la primera señal de peligro posible, Isaac demostró su falta de fe. Cuando los hombres de Gerar le preguntaron por Rebeca, dijo que era su hermana, no su esposa, por miedo a que los filisteos le mataran para quedarse con ella (Gn. 26:7). Por supuesto, con ello no hacía otra cosa que seguir los pasos de su padre, porque Abraham mintió dos veces sobre Sara de la misma manera (Gn. 12:13; 20:2). Rebeca era hermosa y los filisteos bien podrían haber hecho lo que Isaac temía. Pero en vez de confiar en el Señor para que le protegiera, mintió. No solo eso, sino que parece haberse preocupado más por él mismo que por Rebeca.

Dios le reveló al rey Abimelec la relación verdadera entre Rebeca e Isaac y el rey los puso a ambos bajo protección. Abimelec, un filisteo pagano, estaba más preocupado con la ética del asunto que Isaac, un hombre a quien Dios había escogido. Reprendió fuertemente a Isaac diciéndole: “¿Por qué nos has hecho esto? Por poco hubiera dormido alguno del pueblo con tu mujer, y hubieras traído sobre nosotros el pecado” (Gn. 26:10). La gracia de Dios prevaleció, aunque fuera por medio de un incrédulo, sin ayuda o previsión de Isaac.

El Señor continuó bendiciendo a Isaac, quien se hizo rico. La envidia de los filisteos los llevaba a cegar los pozos que él abría y terminó marchándose de aquella tierra, que parece haber sido lo que el Señor quería todo el tiempo. En ese punto Isaac reconoció la mano de Dios en el asunto. "... Porque ahora Jehová nos ha prosperado, y fructificaremos en la tierra." (Gn. 26:22). Aun así, esta declaración muestra poca fe porque parece estar diciendo: "¡Ya era hora!".

Entonces se trasladó a Beerseba, que era parte de la tierra prometida, y quizás el Señor dijo: "¡Ya era hora!". Tuvo que hacer que Isaac regresara a la tierra por la puerta trasera y casi por la fuerza. Una vez más el Señor le volvió a hablar a Isaac y le repitió las promesas del pacto, e Isaac "... Y edificó allí un altar, e invocó el nombre de Jehová" (26:24-25). Por su obra soberana, Dios llevó de vuelta a casa al hijo pródigo. Así funciona la gracia.

Isaac fue cobarde y espiritualmente débil en repetidas ocasiones, pero ya había creído en Dios y estaba establecido en el rollo de los fieles. Siguió el ejemplo de su padre en algunas cosas buenas y malas. Como Abraham, confió en que Dios le daría un hijo. Rebeca era estéril, como lo fue Sara, e Isaac oró con seriedad por un hijo. "Y oró Isaac a Jehová por su mujer, que era estéril; y lo aceptó Jehová, y concibió Rebeca su mujer." (Gn. 25:21).

Básicamente, Isaac era materialista. Vivía principalmente por vista y gusto. Tenía preferencia por Esaú, posiblemente porque este era un cazador y le daba a su padre buenas comidas. Aun siendo Isaac ya viejo y estando a punto de morir le pidió a Esaú que fuera a cazar y le hiciera "un guisado" para comerlo, antes de que le diera la bendición por ser el mayor (27:7). Estaba pensando más en su estómago que en la promesa de Dios. Debía saber por Rebeca que Dios pretendía que fuera Jacob quien recibiera la herencia y no Esaú (25:23), y debía haber sabido por sus dos hijos que Esaú le había vendido a Jacob los derechos de la primogenitura (25:33). Sin embargo, estaba determinado a bendecir a Esaú. La historia no habla bien de Isaac ni de Jacob ni de Esaú. Isaac insistió en dar la bendición al hijo que, sabía, no era el elegido de Dios. Esaú, el cual había despreciado y vendido su primogenitura, pensaba que podía comprarla de vuelta con la misma facilidad. Y Jacob, instigado por su madre, intentó asegurar la bendición con un engaño en vez de hacerlo por la fe. Toda la familia actuó de manera vergonzosa. Padre e hijo intentaron hacer lo incorrecto de manera incorrecta, y madre e hijo intentaron hacer lo correcto de forma incorrecta. Dios produjo el resultado que Rebeca y Jacob querían, pero no por las razones o los métodos de ellos. Él no honró lo que ellos hicieron más de lo que hicieron Isaac y

Esaú. Dios solamente honra la fe, y ninguno de ellos obró con fe. El resultado correcto se dio por la fidelidad de Dios, no por la de ellos.

Cuando la irreversibilidad de la bendición se hizo obvia, Isaac comenzó a evidenciar su fe. Si Jonás fue un profeta reacio, Isaac fue un patriarca reacio. Solo consintió cuando se dio cuenta de que la bendición iba a ser para el hombre de Dios sin importar el resto. Finalmente dijo sí al camino del Señor. Dios lo tuvo que encerrar en una esquina antes de que creyera; pero lo hizo. Cuando enfrentaba la muerte, bendijo a Jacob con la bendición que ni su padre ni él poseyeron, y que ni Jacob ni sus hijos poseerían. Isaac bendijo a Jacob en fe, sabiendo que Dios cumpliría sus promesas a su manera y en su tiempo.

Isaac fue una mancha en el registro del Antiguo Testamento en algunos aspectos. Pero al final, era el hombre de Dios. Se sometió, creyó y obedeció.

LA FE DE JACOB

Por la fe Jacob, al morir, bendijo a cada uno de los hijos de José, y adoró apoyado sobre el extremo de su bordón. (11:21)

La vida de Jacob fue como la de su padre en muchos sentidos. Fue de altibajos espirituales. A veces caminaba por fe y a veces tropezaba por vista. Tuvo períodos de gran fe y períodos de gran miedo y ansiedad. En ocasiones negoció con Dios (Gn. 28:20-21) y en ocasiones reconoció con prontitud la bendición divina (31:5). Alabó al Señor con reverencia cuando tuvo el sueño de la escalera celestial (28:16-17) y en una oportunidad estaba tan dispuesto a recibir la bendición divina que peleó con Él toda la noche (32:24-26).

Jacob, a diferencia de su padre, no intentó evadir el plan de Dios para sus herederos. José, aunque era el más joven de los hermanos, excepto por Benjamín, fue el elegido para recibir la bendición, tal como Jacob había sido el elegido sobre Esaú, aunque fuera más joven. De hecho, José recibió una bendición doble porque a sus dos hijos, Efraín y Manasés, los bendijo Isaac; aunque, de nuevo, Efraín, el menor, recibió la bendición mayor (48:19). En consecuencia, en lugar de tener solo una tribu descendiente de José, como sí ocurrió con sus hermanos, descendieron de él dos tribus (por lo general conocidas como medias tribus).

Cuando José estaba muriendo, bendijo a su hijo a través de sus dos nietos. “Y dijo Israel [el nuevo nombre de Jacob] a José: He aquí yo muero; pero Dios estará con vosotros, y os hará volver a la tierra de vuestros padres. Y yo te he dado a ti una parte más que a tus

hermanos” (48:21-22). Una vez más, lo que nunca se había poseído se heredó por la fe. Jacob murió como un hombre de fe.

LA FE DE JOSÉ

Por la fe José, al morir, mencionó la salida de los hijos de Israel, y dio mandamiento acerca de sus huesos. (11:22)

José pasó toda su vida adulta en Egipto. Aunque fue heredero de cuarta generación de la promesa, nunca pudo afirmar haber pasado por la tierra prometida, mucho menos haberla heredado. Debían haber pasado unos doscientos años desde que Dios hizo el pacto inicial con Abraham. Doscientos años de la promesa y el cumplimiento no estaba a la vista. De hecho, para el tiempo de la muerte de José, ninguno de los descendientes de Abraham (es decir, de los descendientes de la promesa) vivía en la tierra prometida. Por causa de la hambruna, José había llevado a su padre y sus hermanos a Egipto. A Jacob le llevaron de vuelta a Canaán cuando murió, y José quedaría satisfecho si tan solo enterraban allí sus huesos. Si él no podía heredar la tierra, que al menos la tierra lo “heredara”. Solo hasta el éxodo pudieron llevar los huesos de José a Canaán (Éx. 13:19), pero su corazón y su esperanza siempre estuvieron allí.

Tuvo que mirar hacia el futuro para ver la promesa, pero la vio con claridad y confianza. “Yo voy a morir; mas Dios ciertamente os visitará, y os hará subir de esta tierra a la tierra que juró a Abraham, a Isaac y a Jacob” (Gn. 50:24). Mientras hacía que sus hermanos le juraran llevar sus huesos de vuelta a Canaán, repitió las palabras aseguradoras de fe: “Dios ciertamente os visitará” (Gn. 25).

Estos tres hombres creyeron en Dios cuando enfrentaban la muerte. Su fe flaqueó en ocasiones, pero fue fuerte y confiada en la muerte. La muerte es la prueba de fuego de la fe. Por cientos de años, quizás miles, los tribunales de justicia han tomado la palabra de un moribundo al pie de la letra. La necesidad de mentir y engañar se termina y, por lo general, es creíble lo que se dice en el lecho de muerte. Así es con nuestro testimonio de fe. No solo se acaba nuestra pretensión y nuestra necesidad de hipocresía, sino que es extremadamente difícil fingir la fe cuando usted sabe que se enfrenta a la eternidad. La fe de un moribundo es creíble porque no hay farsa que pueda pasar esta prueba.

El cristiano que teme a la muerte tiene una debilidad seria en su fe, porque morir en Cristo no es más que pasar a la presencia del Señor. Pablo dice: “Porque para mí el vivir es Cristo, y el morir es ganancia” (Fil. 1:21). Para quienes creen, “sorbida es la muerte en victoria” (1 Co. 15:54).

31 Moisés: Las decisiones de la fe (11:23-29)

Por la fe Moisés, cuando nació, fue escondido por sus padres por tres meses, porque le vieron niño hermoso, y no temieron el decreto del rey. Por la fe Moisés, hecho ya grande, rehusó llamarse hijo de la hija de Faraón, escogiendo antes ser maltratado con el pueblo de Dios, que gozar de los deleites temporales del pecado, teniendo por mayores riquezas el vituperio de Cristo que los tesoros de los egipcios; porque tenía puesta la mirada en el galardón. Por la fe dejó a Egipto, no temiendo la ira del rey; porque se sostuvo como viendo al Invisible. Por la fe celebró la Pascua y la aspersión de la sangre, para que el que destruía a los primogénitos no los tocara a ellos. Por la fe pasaron el Mar Rojo como por tierra seca; e intentando los egipcios hacer lo mismo, fueron ahogados. (11:23-29)

La vida está hecha de decisiones. Algunas son sencillas y no tienen importancia, otras son complejas y sumamente importantes. Muchas se toman de manera casi inconsciente, mientras otras las pensamos cuidadosamente por largo tiempo. Algunas decisiones las tomamos por omisión. Cuando le damos largas a decidir, estamos tomando una decisión. Pero sigue siendo nuestra decisión, porque decidimos darle largas. El curso y la calidad de nuestras vidas están determinados mucho más por nuestras decisiones que por nuestras circunstancias.

La vida cristiana conlleva tomar decisiones correctas. Puede verse la madurez de un cristiano por las decisiones que toma. Santidad es tomar las decisiones correctas, carnalidad es tomar las equivocadas. Nuestra vida cristiana se levanta o cae en cuanto a madurez y santidad sobre la base de las decisiones que tomamos. Cuando Satanás nos tienta, decidimos decir sí o no. Cuando tenemos la oportunidad de testificar, sacamos ventaja de ello o no lo hacemos. Decidimos si dedicamos o no el tiempo para leer la Biblia y orar. No es un asunto de tener tiempo, sino de buscar el tiempo, y buscar ese tiempo exige una decisión. En los negocios, ocurre con frecuencia que debemos escoger entre hacer más dinero o ser honrados y éticos; o entre seguir avanzando o darle más tiempo a nuestra familia y a la obra del Señor. Prácticamente todo lo que hacemos requiere una decisión.

Shakespeare dijo:

Hay una marea en los asuntos humanos, La cual, tomada en pleamar, nos lleva a la fortuna; Pero si la dejamos pasar, todo el viaje de la vida Queda varado en aguas poco profundas y en la miseria.

Napoleón creía que hay una crisis en cada batalla, un período de diez a quince minutos del cual depende el resultado. Sacar ventaja de este período es la victoria, perderlo es la derrota.

Todo en la vida del creyente es una oportunidad para glorificar a Dios. Los antiguos griegos tenían una estatua llamada Oportunidad. La figura tenía por delante un cabello largo y ondeante, pero por detrás estaba calva. Simbolizaba el hecho de que podemos aferrarnos a las oportunidades cuando vienen hacia nosotros, pero una vez pasan no hay nada a lo cual aferrarnos.

Desde el principio de los tiempos, Dios les ha dado oportunidades a los hombres que determinen sus vidas. El primer hombre con capacidad de escoger fue Adán. Hizo la elección errada e inició la cadena trágica de elecciones erradas que ha plagado a sus descendientes desde entonces.

Dios, hablándole a Israel en el desierto, dijo: “A los cielos y a la tierra llamo por testigos hoy contra vosotros, que os he puesto delante la vida y la muerte, la bendición y la maldición; escoge, pues, la vida, para que vivas tú y tu descendencia” (Dt. 30:19). En Siquem, Josué exhortó a su pueblo: “Escogeos hoy a quién sirváis” (Jos. 24:15). Y en el monte Carmelo, Elías les preguntó a los israelitas indecisos: “... ¿Hasta cuándo claudicaréis vosotros entre dos pensamientos? Si Jehová es Dios, seguidle; y si Baal, id en pos de él.” (1 R. 18:21).

Abel escogió el camino de Dios al ofrecer un sacrificio apropiado, y Dios le bendijo. Caín rechazó el camino de Dios al ofrecer su propia clase de sacrificio, y Dios le maldijo. Enoc escogió el camino de Dios al caminar con Él toda su vida, y Dios le llevó directamente al cielo. Noé y su familia escogieron el camino de Dios al obedecerlo continuamente, y Dios les salvó del diluvio. Los demás rechazaron el camino divino y murieron ahogados. Abraham escogió el camino de Dios al creer en Él, sin importarle cómo se vieran las cosas desde su perspectiva, y Dios le contó por justo. Otras personas de su época rechazaron el camino de Dios y murieron en sus pecados. Isaac, Jacob y José escogieron el camino de Dios y exhibieron una fe que conquistó la muerte. Los pueblos incrédulos alrededor de ellos escogieron otro camino y la muerte los conquistó.

Las decisiones correctas se toman sobre la base de la fe correcta. A menudo no vemos las consecuencias de nuestras decisiones. Satanás intenta hacer que su camino parezca atractivo y bueno y que el camino de Dios parezca difícil y poco disfrutable. Cuando conocemos la voluntad de Dios en un asunto, la escogemos por fe. Sabemos que es la decisión correcta, porque es la voluntad de Dios, incluso antes de ver los resultados. La voluntad de Dios es la única razón que necesitamos. Cuando elegimos el camino de Dios, usamos el escudo de la fe para desviar las tentaciones y seducciones de Satanás (Ef. 6:16).

Lo opuesto a elegir el camino de Dios es siempre el camino de Satanás, y no creer en Dios es creer en Satanás. Cuando pecamos, creemos en Satanás; creemos que su camino es mejor que el de Dios. Creemos al padre de mentiras por encima del Padre de la verdad.

Moisés vivió la mayoría de su vida antes del Monte Sinaí, con su sistema de mandamientos y rituales. Pero antes y después del Monte Sinaí vivió por fe, no por obras. Ninguna otra persona en las Escrituras, excepto Jesús, ilustra el poder de las decisiones correctas mejor que Moisés. Como Moisés recibió el pacto de Dios en el Sinaí, siempre se le asocia con la ley divina. De hecho, a esta ley suele llamársele ley de Moisés. En la mente judía estaba asociado con mandamientos, rituales y ceremonias; con todas las exigencias y obras religiosas del antiguo pacto. Pero él fue un hombre que vivió por fe.

Debido a que, para los judíos, Moisés es uno de los personajes más respetados del Antiguo Testamento, mostrar que vivió por fe y no por legalismo es uno de los argumentos más poderosos posibles para convencer a los judíos de que el camino de Dios siempre ha sido la fe.

La vida de Moisés ilustra las decisiones positivas y negativas de la fe, las cosas que acepta y las cosas que rechaza. Hebreos 11:23-29 menciona tres cosas que la fe acepta y cuatro que rechaza.

LA FE ACEPTA LOS PLANES DE DIOS

Por la fe Moisés, cuando nació, fue escondido por sus padres por tres meses, porque le vieron niño hermoso, y no temieron el decreto del rey. (11:23)

Faraón, para cortar la explosión demográfica entre los esclavos hebreos en Egipto, promulgó un edicto según el cual todos los bebés varones debían morir ahogados en el Nilo. Amram y Jocabed escondieron primero al niño durante tres meses, luego lo pusieron en una canasta a prueba de agua en el Nilo, cerca del lugar donde la hija del faraón se bañaba. La princesa lo encontró y lo tomó para criarlo como su propio hijo. La hermana

de Moisés, María, estaba viendo y persuadió a la princesa a tener una mujer hebrea que lo criara. Por supuesto, María buscó a su madre, quien pudo criar a su propio hijo casi como si hubiera estado en su casa.

Los padres de Moisés, Amram y Jocabed, no temieron el decreto del rey. Ignoraron las presiones y las amenazas del mundo cuando ellas entraron en conflicto con el camino divino. Esteban indica en el sermón ante el sanedrín que la preocupación de ellos era más que su niño hermoso: “Nació Moisés, y fue agradable a Dios” (Hch. 7:20). No solo los padres de Moisés, sino Dios, tenían un afecto especial por el niño. Creo que los padres de Moisés eran conscientes de alguna manera del interés especial de Dios, pues por la fe en Dios lo escondieron y se opusieron a la orden del faraón. Protegieron al bebé por el propósito de Dios, para el bien de Moisés y para el de ellos.

Los padres de Moisés estuvieron dispuestos a arriesgar sus vidas por seguir el camino de Dios. Su decisión era clara: salvar al niño sin importar las consecuencias. Salvar a Moisés era más que su propia voluntad, era también la voluntad divina. No tenemos forma de saber cuánto conocían ellos el plan de Dios para el destino de su hijo, pero les fue suficiente saber que Él tenía una razón especial para la protección de Moisés.

Requiere una fe considerable haber dejado a Moisés en una canasta y confiar en que la hija del faraón, entre todas las personas, tuviera compasión del bebé, a quien reconoció inmediatamente como hebreo. También requiere fe creer que, una vez adoptado por la princesa, crecería en el camino del Señor y no en el paganismo de Egipto. Desde la perspectiva humana, sus padres no tenían forma de saber si tan siquiera se perdonaría la vida del niño; mucho menos si, entre todas las posibilidades, volvería a ellos. Sin embargo, estuvieron dispuestos a dejarlo ir y lo confiaron al Señor.

Jocabed crió a Moisés y le enseñó las promesas de Dios para Israel: que heredarían la tierra de Canaán y serían una nación grande que bendeciría al mundo. Le inculcó la promesa de un gran libertador, la esperanza mesiánica en la cual Abraham se había regocijado (Jn. 8:56). Su madre ayudó a cultivar en él la fe que se volvería característica en su vida. No sabía por qué Dios permitió que su hijo se criara en la corte egipcia, dentro de la misma casa de aquel que quería muertos a todo el resto de bebés hebreos. Sin embargo, sabía que esto estaba en el plan de Dios y, a diferencia de Sara, no intentó ajustar el plan por su cuenta.

Intentar mejorar el plan de Dios es más pretencioso que tomar un marcador e intentar mejorar la Mona Lisa. Nuestros garabatos no harán más que arruinar la obra maestra. Dios

necesita nuestra obediencia, no nuestra ayuda; nuestra confianza, no nuestro consejo. Él hace planes, nosotros caminamos en ellos por fe.

LA FE RECHAZA EL PRESTIGIO DEL MUNDO

Por la fe Moisés, hecho ya grande, rehusó llamarse hijo de la hija de Faraón. (11:24)

Durante cuarenta años, Moisés fue príncipe de Egipto, la sociedad más rica, culta y avanzada de la época. Por tanto, tenía un alto nivel de educación y habilidades, y era parte de la corte real. “Y fue enseñado Moisés en toda la sabiduría de los egipcios; y era poderoso en sus palabras y obras” (Hch. 7:22). Su educación formal debió haber incluido aprender a leer y escribir jeroglíficos, hierático y probablemente algunas lenguas cananeas. Por supuesto, aprendió el hebreo de su madre. Pudo haber aprendido todo lo que Egipto tenía para ofrecerle. Pero su formación en Egipto nunca embotó su conocimiento de la esperanza de Israel y de las promesas de Dios.

Cuando Moisés cumplió cuarenta años, se enfrentó a una decisión crucial. Tuvo que decidir entre hacerse un egipcio completo, con lealtad absoluta y sin reservas, o unirse a su pueblo, Israel.

El factor decisivo fue su fe en Dios. Por la fe Moisés... rehusó llamarse hijo de la hija de Faraón. En todos esos años no vaciló nunca en su devoción al Señor. De alguna manera, Dios también le indicó que lo había escogido para un servicio especial y que, de ahí en adelante sería única y exclusivamente un israelita. Una vez más, sabemos por Esteban que Moisés conocía que tenía una misión a realizar para Dios y su pueblo: “Él pensaba que sus hermanos comprendían que Dios les daría libertad por mano suya; mas ellos no lo habían entendido así” (Hch. 7:25). El pueblo de Israel no entendía la misión de Moisés, pero él sí. Eran esclavos en la tierra que alguna vez los había honrado por causa de José. Ahora Moisés estaba en una situación semejante a la de José, pero Dios tenía una obra bien diferente para él. José usó el poder de Egipto para el bien del pueblo escogido por Dios. Moisés tendría que oponerse al poder de Egipto para el mismo propósito.

En el mundo, la fama siempre trae cierta honra. Si usted nació en la familia correcta, o es un deportista o artista exitoso, el mundo creerá que usted es grande, sin importar si lo es o no. Si tiene mucho dinero, sin importar cómo lo obtuvo, el mundo le tendrá en alta estima. Si usted tiene suficientes títulos junto a su nombre, ciertas personas creerán que usted ha llegado lejos. Lo mismo ocurre con el poder político y muchas otras formas de éxito humano. Moisés tenía la mayoría de estas cosas y, sin embargo, las dejó de lado.

Desde el punto de vista del mundo, estaba sacrificando todo por nada. Pero desde el punto de vista espiritual, estaba sacrificando nada por todo. Renunció al poder, honra y prestigio del mundo por la causa de Dios, y sabía que ganaría por ello infinitamente más de lo que perdería, porque tenía puesta la mirada en el galardón (v. 26).

Lo que el mundo considera grande, nada tiene que ver con lo que Dios considera grande. Él honra a las personas sobre una base totalmente diferente. No está interesado en nuestra ascendencia, en cuánto dinero tenemos, qué educación tenemos o cuál posición tenemos. No son estas cosas las que le interesan principalmente en nosotros.

Jesús habla de un hombre que fue más grande que todos los faraones. Incluso fue más grande que Noé, Abraham, Moisés, David o Elías. Fue más grande que cualquier persona del Antiguo Testamento. Un ángel anunció su nacimiento y le dijo a su padre: “Será grande delante de Dios... y será lleno del Espíritu Santo, aun desde el vientre de su madre. Y hará que muchos de los hijos de Israel se conviertan al Señor Dios de ellos” (Lc. 1:15-16). Jesús dijo que no había nacido un hijo de mujer que fuera mayor que este hombre: Juan el Bautista (Mt. 11:11).

Juan nació en una familia sencilla. Zacarías, su padre, era un sacerdote, pero estaba lejos de ser famoso o influyente. Elisabet, su madre, era prima de María, la madre de Jesús; pero en aquella época esa relación difícilmente era una distinción. Quizás Juan no tuvo mucha educación. Pasó los primeros años de su vida adulta en el desierto, “estaba vestido de pelo de camello, y tenía un cinto de cuero alrededor de sus lomos; y comía langostas y miel silvestre” (Mr. 1:6). No tenía nada que lo calificara para la grandeza a los ojos del mundo. No obstante, a los ojos de Dios, era la persona más grande que había nacido antes de que naciera el Hijo de Dios.

Juan el Bautista fue grande porque obedeció a Dios, porque estaba lleno del Espíritu y porque ganó muchas de las personas escogidas por Dios para el Señor. Juan amaba al Señor, no al mundo. “No améis al mundo, ni las cosas que están en el mundo. Si alguno ama al mundo, el amor del Padre no está en él... pero el que hace la voluntad de Dios permanece para siempre” (1 Jn. 2:15, 17). En tanto que podamos romper con Dios para proteger nuestros intereses mundanos, no estamos viviendo por fe. La fuerza de la fe se demuestra en la negación propia.

El barón Justinian von Weltz renunció a su título, propiedades e ingresos, para irse como misionero a lo que en aquel entonces era la Guinea holandesa. Hoy día, su cuerpo yace allí en una tumba solitaria y el mundo lo olvidó. Pero podemos estar seguros de que Dios

no le ha olvidado. Cuando se estaba preparando para ir al servicio misionero dijo: “¿Qué significa para mí ostentar el título de ‘noble cuna’ cuando nací de nuevo para Cristo? ¿Qué significa para mí tener el título de ‘señor’ cuando deseo ser siervo de Cristo? ¿Qué significa que me llamen ‘su excelencia’ cuando tengo necesidad de la gracia de Dios? Pondré todas estas vanidades y todo lo demás a los pies de mi querido Señor Jesús”.

A Moisés no le importó su herencia ni ventajas egipcias. Las dos cosas eran paganas y mundanas, y él se había entregado a cosas mayores.

El mundo tiene poco para ofrecer comparado con las riquezas y la satisfacción de Cristo. Moisés se unió felizmente con el pueblo escogido por Dios, aunque eran esclavos, en lugar de sacar ventaja del prestigio y los privilegios de Egipto y ser infiel a Dios.

LA FE RECHAZA EL PLACER DEL MUNDO

Escogiendo antes ser maltratado con el pueblo de Dios, que gozar de los deleites temporales del pecado. (11:25)

No se necesita convencer a nadie de que el pecado suele ser divertido. Puede alimentar nuestro orgullo, satisfacer nuestros deseos y apetitos físicos, y ofrecer muchos otros placeres. Pero tiene dos características que el mundo no nota: siempre es malo y siempre es temporal. Y, sin importar cuán satisfactorio pueda ser temporalmente, su satisfacción está destinada a desvanecerse. No hay bien en él y no puede traernos bien ni a nosotros ni a nadie más ni a Dios. Cualquier apariencia de bien es engañosa y fugaz.

A veces nos preguntamos por qué los incrédulos, las personas del mundo, los inmorales consumados, y a veces incluso delincuentes parecen salir tan bien. Son exitosos, famosos, ricos, sanos... solventes prácticamente en todo sentido. Por otra parte, muchos de los santos más fieles de Dios son pobres, enfermos, poco exitosos en los negocios y ridiculizados. Queremos preguntar como Job: “¿Por qué viven los impíos, y se envejecen, y aun crecen en riquezas? Su descendencia se robustece a su vista, y sus renuevos están delante de sus ojos. Sus casas están a salvo de temor, ni viene azote de Dios sobre ellos” (Job 21:7-9). Después procede a mencionar cuán exitosos son en la ganadería, cuán sanos y felices son sus hijos, y cómo viven tan despreocupados y siempre celebrando. “Pasan sus días en prosperidad”, e incluso “dicen... a Dios: Apártate de nosotros, porque no queremos el conocimiento de tus caminos. ¿Quién es el Todopoderoso, para que le sirvamos? ¿Y de qué nos aprovechará que oremos a él?” (véase Job 21:10-15).

Queremos implorar con Jeremías: “¿Por qué es prosperado el camino de los impíos, y tienen bien todos los que se portan deslealmente?” (Jer. 12:1). El salmista tenía la misma pregunta: “He aquí estos impíos, sin ser turbados del mundo, alcanzaron riquezas. Verdaderamente en vano he limpiado mi corazón, y lavado mis manos en inocencia” (Sal. 73:12-13). Estaba preguntando: “¿Por qué son malos y ricos y yo soy puro pero pobre?”.

Job responde la pregunta cuando dice: “En paz descienden al Seol” (21:13). Mueren y todo se termina, excepto por el juicio. Disfrutan y se las arreglan con el pecado por un momento, pero solo por un momento. Zofar, uno de los tres amigos consejeros de Job, estaba en lo correcto en un punto: “La alegría de los malos es breve, y el gozo del impío por un momento” (Job 20:5). Si tomamos seriamente a Santiago, no envidiaremos a los malvados, de los cuales escribe: “Habéis vivido en deleites sobre la tierra, y sido disolutos; habéis engordado vuestros corazones como en día de matanza. Habéis condenado y dado muerte al justo, y él no os hace resistencia” (Stg. 5:5-6). Pero precede estos comentarios con: “¡Vamos ahora, ricos! Llorad y aullad por las miserias que os vendrán. Vuestras riquezas están podridas, y vuestras ropas están comidas de polilla. Vuestro oro y plata están enmohecidos; y su moho testificará contra vosotros, y devorará del todo vuestras carnes como fuego. Habéis acumulado tesoros para los días postreros” (5:1-3). Los malvados heredarán un “tesoro” de juicio que no esperan. Como dijo Pablo en Romanos 2:5-6, atesoran ira que se soltará en el día del juicio divino.

David aprendió a las malas que el placer pecaminoso es breve y desastroso. Por el placer de tener a Betsabé, primero cometió adulterio y luego hizo matar a su esposo. Más adelante lloraba: “Porque yo reconozco mis rebeliones, y mi pecado está siempre delante de mí” (Sal. 51:3). Vio morir a su hijo pequeño, producto de la relación con Betsabé. Vio a otro hijo, Absalón, rebelarse contra él y morir ahorcado. El pecado de David fue de corta duración en el placer, pero de largas consecuencias en la vida.

Moisés sabía que Dios lo estaba llamando a dar su vida por su pueblo. Tenía una elección. Podría haber obedecido o desobedecido. Desobedecer tiene muchas atracciones. Entre otras, habría sido más fácil y se podría haber disfrutado más a corto plazo. Es muy difícil dejar de buscar las cosas terrenales. Es aun más difícil dejarlas una vez las tenemos. Y Moisés tenía muchas de esas cosas cuando tenía cuarenta años. No tenemos razones para creer que alguna vez participara en prácticas inmorales, pero disfrutaba los placeres de una vida muy cómoda. Tenía la mejor comida, las mejores habitaciones, la mejor recreación, lo mejor en todo lo que su época podía brindarle. Tales cosas no eran pecado en sí mismas. José había disfrutado los mismos placeres en el mismo lugar, mientras era

completamente obediente a Dios. Pero habrían sido pecado para Moisés si hubiera decidido quedarse en la corte egipcia, y las olvidó por causa del llamado divino. Hizo la elección consciente de ser maltratado con el pueblo de Dios, antes que gozar de los deleites temporales del pecado. Eso fue un acto de fe. Creyó que si hacía lo que Dios quería, el final le resultaría infinitamente mejor.

Dios nos ha llamado a la santidad. Nos ha llamado a separarnos del pecado. La obediencia no siempre es fácil, pero al final el pecado es mucho, mucho, más duro. El camino de Dios no solamente es para honrarlo a Él, sino para nuestro propio bien. El camino de Satanás es para su honra y para nuestro mal.

LA FE RECHAZA LA PLENITUD DEL MUNDO

Teniendo por mayores riquezas el vituperio de Cristo que los tesoros de los egipcios; porque tenía puesta la mirada en el galardón. (11:26)

Moisés tenía todo lo material que quisiera viviendo en el palacio del faraón. Tenía comida, posesiones y dinero más que suficientes. Descubrimientos como el de la tumba de Tutankamón, que vivió tan solo alrededor de cien años después de Moisés, han mostrado cuán inmensamente rico fue Egipto en todo su apogeo. Moisés tenía acceso a una inmensa riqueza y probablemente tenía mucha que era propia. Tenía todas las cosas que el mundo estimaría. Debió haberse sentido fuertemente tentado a no dejarlas; pero no lo hizo.

La palabra usada para teniendo en el griego (*hēgeomai*) requiere pensamiento cuidadoso, no decisión rápida. Moisés pensó meticulosamente su decisión, pesando los pros y los contras. Pesó lo que Egipto quería ofrecerle contra lo que Dios le ofrecía. Cuando llegó a una conclusión, estaba bien fundamentada y era segura. El ofrecimiento de Dios era infinitamente superior en todo sentido. A los ojos del mundo no vale la pena sacrificar las riquezas por vituperio (caer en ridiculización y persecución). Sin embargo, Moisés creía que lo peor que pudiera soportar por Cristo sería más valioso que lo mejor del mundo.

Es interesante que el escritor de Hebreos diga que Moisés tuvo por mayores riquezas el vituperio de Cristo, puesto que vivió aproximadamente mil quinientos años antes de Cristo. Cristo es la forma griega de Mesías, el Ungido. Se dice de muchas personas especiales en el Antiguo Testamento que estaban ungidas. La unción separaba a las personas para un servicio especial al Señor. Por tanto, es posible que Moisés estuviera pensando en sí mismo como un mesías, un libertador. Si es así, el versículo 26 podría leerse de esta forma: “teniendo por mayores riquezas el vituperio de su propio mesianismo

como libertador de Dios...”. También es posible que la referencia sea a Moisés como un tipo de Cristo, como lo fueron José y Josué.

Sin embargo, creo que el significado es tal cual aparece en la mayoría de las traducciones: con “Cristo” en mayúscula. Es decir, Moisés sufrió vituperio por causa de Cristo, el Mesías verdadero, porque se identificó con el pueblo y el propósito del Mesías mucho antes de que Cristo viniera a la Tierra. Desde la caída de Adán, todo creyente ha recibido la salvación por la sangre de Jesucristo, sin importar en qué época viviera. Por tanto, también es cierto que cualquier creyente en cualquier época que haya sufrido en nombre de Dios ha sufrido en nombre de Cristo. En un sentido, David sufrió tanto por Cristo como Pablo. David dice en uno de sus salmos: “Los denuestos de los que te vituperaban cayeron sobre mí” (Sal. 69:9). Pablo hizo una declaración semejante desde el otro lado de la cruz: “yo traigo en mi cuerpo las marcas del Señor Jesús” (Gá. 6:17). El Mesías siempre se ha identificado con su pueblo. En un sentido muy real, cuando Israel sufría, el Mesías sufría, y cuando Moisés sufría, Él sufría. En las aflicciones de ellos por Él, Él se afligía. Una comparación de Mateo 2:15 con Oseas 11:1 muestra que el Mesías se identificaba íntimamente con su pueblo. Oseas se refiere a Israel, Mateo se refiere a Jesucristo. Tanto Israel como Cristo son el hijo llamado de Egipto.

Todos los cristianos deberían cargar voluntariamente el mismo vituperio. “Salgamos, pues, a él, fuera del campamento, llevando su vituperio” (He. 13:13). Todo el que se haya situado con Dios por la fe, que haya vivido por Él y le haya dado la espalda a las riquezas del mundo para ir por el camino que Dios le dicte ha recibido el vituperio de Dios y de su Ungido, su Cristo. Pertenece a todos los que han sufrido por Dios. La Iglesia carga el reproche de Cristo. Después que azotaran en el sanedrín a los apóstoles, “salieron de la presencia del concilio, gozosos de haber sido tenidos por dignos de padecer afrenta por causa del Nombre” (Hch. 5:41). Moisés habría estado de acuerdo con lo que Pedro escribió: “Si sois vituperados por el nombre de Cristo, sois bienaventurados, porque el glorioso Espíritu de Dios reposa sobre vosotros” (1 P. 4:14). Moisés rechazó los tesoros de Egipto y aceptó su posición con el Ungido de Dios.

No sabemos cuánto sabía Moisés del gran Libertador futuro divino. Pero tuvo mucha más luz que Abraham, y Jesús dice abiertamente que Abraham anheló y se alegró por ver el día de Jesús (Jn. 8:56). De la misma forma, Moisés anhelaba a Jesús.

El galardón de Dios es siempre mayor que el del mundo. “Mi Dios, pues, suplirá todo lo que os falta conforme a sus riquezas en gloria en Cristo Jesús” (Fil. 4:19). Él suple de acuerdo a sus riquezas, no de ellas. Un millonario que da diez dólares para ayudar a

alguien en necesidad de sus riquezas, pero no de acuerdo a ellas. Sin embargo, si diera cien mil dólares, estaría dando de acuerdo a sus riquezas. Con seguridad, Moisés vio el galardón de una vida bendecida, pero el énfasis se ve mejor en términos de estar en la recompensa eterna.

“Mejor es lo poco del justo, que las riquezas de muchos pecadores” (Sal. 37:16). No es pecado ser rico, pero es pecado querer ser rico. Si trabajamos con honradez y diligencia para la gloria de Dios, y nos hacemos ricos en el proceso, está bien. Pero si ponemos nuestra mente en hacernos ricos, tenemos la motivación errada. Pablo le dijo a Timoteo: “Porque raíz de todos los males es el amor al dinero, el cual codiciando algunos, se extraviaron de la fe, y fueron traspasados de muchos dolores. Mas tú, oh hombre de Dios, huye de estas cosas, y sigue la justicia, la piedad, la fe, el amor, la paciencia, la mansedumbre” (1 Ti. 6:10-11). En otras palabras, si Dios nos hace ricos en el camino, es maravilloso. Si en su sabiduría nos mantiene pobres, también es maravilloso. No debería afectarnos para nada, en tanto estemos en su voluntad. No afectó a Moisés. Disfrutó las riquezas de Egipto durante cuarenta años; pero se olvidó de ellas por el resto de su vida porque interferían con su obediencia a Dios y habrían evitado que recibiera las riquezas infinitamente superiores cuando llegara el tiempo de los galardones eternos.

Porcia, una heredera hermosa y rica, es la heroína de El mercader de Venecia. Tenía muchos pretendientes de familia noble que querían casarse con ella. Pero su padre había decretado que escogería a su esposo por medio de una prueba. Pertenecería a aquel que escogiera el cofre correcto, entre tres que él había preparado. Uno estaba hecho de oro. Tenía inscrito: “Quien me escoja habrá de obtener lo que muchos hombres desean” y en su interior tenía una calavera. El segundo cofre era de plata y tenía esta inscripción: “Quien me escoja obtendrá tanto como merezca” y adentro tenía la imagen de un bobo. El cofre ganador estaba hecho de plomo y tenía la foto de Porcia. En el exterior tenía la inscripción: “Quien me escoja debe dar y arriesgar todo lo que tiene”. Todos sus pretendientes, excepto Bassanio escogieron uno de los dos primeros cofres, porque los metales preciosos y las inscripciones eran muy atractivas. Bassanio escogió el del plomo y obtuvo la mano de Porcia, porque estuvo dispuesto a dar todo lo que tenía por aquella a quien amaba.

Es esa la actitud que debería tener todo cristiano con Cristo. Debemos estar dispuestos a olvidar y arriesgar todo lo que tenemos por la voluntad de Dios, sabiendo, junto con Moisés y Pablo, que nuestra “leve tribulación momentánea produce en nosotros un cada vez más excelente y eterno peso de gloria” (2 Co. 4:17; cp. Ro. 8:18).

LA FE RECHAZA LA PRESIÓN DEL MUNDO

Por la fe dejó a Egipto, no temiendo la ira del rey; porque se sostuvo como viendo al Invisible. (11:27)

La primera vez que Moisés dejó Egipto, salió huyendo del faraón, quien quería matarlo por asesinar a un capataz de esclavos (Éx. 2:15). La segunda vez que dejó Egipto, otro faraón quería evitar que Moisés saliera con los hijos de Israel. En los dos casos estaba en problemas.

Además de sus problemas con los reyes, enfrentaba otras presiones. Por un lado, tenía la presión de conservar el prestigio, el placer y la plenitud que ya mencionamos. La perspectiva de vivir en el desierto, no podrían haberle llamado mucho la atención. Cuando huyó por su vida, no tenía idea de que se casaría con una pastora y cuidaría el rebaño de su suegro durante los próximos cuarenta años en Madián. A lo sumo, sabía que la vida en el desierto no podría compararse ni medianamente con la vida en la corte real egipcia.

Sin embargo, la mayor presión para Moisés era el temor, dada la ira del rey. Es el mismo temor, aunque tal vez de clase y fuente diferente, que pueden enfrentar los creyentes en ocasiones. El temor es una de las armas más eficaces de Satanás, por lo tanto, una de las más usadas. Nos atemoriza que piensen diferente de nosotros, que perdamos nuestro trabajo, reputación o popularidad. Nos atemoriza la crítica, con frecuencia de personas que ni siquiera respetamos.

Sin duda, Moisés estuvo tentado a temer, pero no lo hizo. Dejó Egipto con determinación total a seguir un camino mejor. En este contexto, la traducción de la Nueva Versión Internacional parece más apropiada: “Por la fe Moisés, ya adulto, renunció...”. Hizo más que irse; le dio la espalda a Egipto y todo lo que representaba. Renunció permanentemente. Como Pedro, Santiago y Juan (Lc. 5:11), Moisés renunció a todo para seguir al Señor. El temor de Satanás no le frustró, atrasó o intimidó. Había puesto su mano en el arado y no iba a mirar atrás. En el Antiguo Testamento está unido a otro hombre de Dios que no temió: Daniel. Él tampoco comprometió sus principios e inspiró a sus tres amigos a hacer lo mismo (Dn. 1—2).

El temor había obrado en Abraham en varias ocasiones. También tuvo miedo de que el rey egipcio —y, unos años después, el rey filisteo— le matara por su bella esposa, Sara. Creyó que la podrían querer para ellos y por eso le matarían. En los dos casos mintió en lugar de confiar en Dios (Gn. 12:12; 20:2). Aarón tuvo miedo del pueblo y cedió a su insistencia de hacer un becerro de oro mientras Moisés estaba en el Monte Sinaí (Éx. 32:1-5). Diez de los doce espías enviados a Canaán dieron un informe negativo y exagerado

sobre cuán peligrosos eran sus habitantes, y los israelitas tuvieron miedo (Nm. 13:32-33). El ejército de Gedeón tuvo miedo y él dejó ir a veintidós mil (Jue. 7:3). Los discípulos se asustaron con la tormenta en el mar y el Señor les reprendió por su falta de fe (Mr. 4:38-40). A Pedro le asustó que lo criticaran y lo arrestaran, y negó a Jesús tres veces (Jn. 18:17, 25, 27).

El temor es una presión muy grande y todos nos sentimos tentados a doblegarnos cuando estar firmes en el Señor requiere decir algo o hacer algo poco popular, o peligroso. Pero la fe verdadera no se dobla ante la presión del mundo.

El temor no obró en Moisés, no al menos cuando el Señor lo llamó en Egipto. Sabía que tenía un medio de apoyo invisible pero poderoso, como viendo al Invisible. Sabía que Dios lo sostendría, lo fortalecería y lo recompensaría, sin importar lo que pasara o tuviera que enfrentar. Creyó con David: “Jehová es mi luz y mi salvación; ¿de quién temeré? Jehová es la fortaleza de mi vida; ¿de quién he de atemorizarme? (Sal. 27:1).

Cuando Moisés quiso salir de Egipto la segunda vez llevando al pueblo de Israel con él, no solo se encontró con la resistencia del rey, sino de su propio pueblo. Cuando les contó por primera vez el plan de Dios para liberarlos, estaban agradecidos (Éx. 4:31). Pero cuando el faraón ponía las cosas peores para ellos cada vez que Moisés presentaba alguna exigencia, se descorazonaban y se volvían contra el liderazgo de Moisés (6:9; 14:11-12). Ahora tenía al rey y a su pueblo contra él. Pero tampoco estaba asustado. Continuó diciendo lo que Dios quería y haciendo lo que Dios quería.

Moisés era la clase de hombre que era porque decidió poner su mirada en Dios y no en el monarca egipcio. ¿Cuántas veces caemos o retrocedemos frente a amenazas mucho menores? Cuando el mundo nos asusta, cuando tememos lo que hagan o digan los demás, nos estamos exponiendo a no agradar a Dios y a que nos discipline por nuestra falta de fe. La fe rechaza la presión del mundo, sin importar cuál pueda ser.

LA FE ACEPTA LA PROVISIÓN DE DIOS

Por la fe celebró la Pascua y la aspersión de la sangre, para que el que destruía a los primogénitos no los tocara a ellos. (11:28)

Esta es la segunda de tres cosas que la fe acepta. Este es el lado positivo de tomar las decisiones correctas. La fe verdadera acepta la provisión y el plan del Señor (véase la explicación de 11:23).

La plaga décima y última que Dios envió a los egipcios fue la muerte de los primogénitos (Éx. 11:5). La Pascua, en la cual se rociaba sangre de un cordero en los dinteles de las casas, se instituyó para proteger a los israelitas de esta plaga (12:7). Obviamente, la sangre no tenía poder para alejar al ángel de la muerte, pero rociarla como había ordenado Dios era un acto de fe y obediencia, y la sangre era simbólica del sacrificio de Cristo mediante el cual conquistó la muerte para todos los que creen en Él. El pueblo de Israel, Moisés inclusive, no entendía el significado completo de la ceremonia, pero sabían que era parte del plan de Dios. Dios lo exigía y ellos obedecían. Moisés aceptó la provisión divina. La fe siempre acepta la provisión divina, no importa cuán extraña y sin sentido pueda parecer al entendimiento humano.

Cuando un creyente acepta a Jesucristo por la fe, acepta la provisión divina para la salvación. Para el mundo, las buenas obras parecen una forma mejor que la fe para agradar a Dios. Pero el camino del mundo no es el camino de Dios. Para Él, “todas nuestras justicias [son] como trapo de inmundicia” (Is. 64:6). La fe acepta la justicia de Cristo aplicada a nuestro favor. Es este el camino de Dios, y por lo tanto es el camino de la fe.

LA FE ACEPTA LA PROMESA DIVINA

Por la fe pasaron el Mar Rojo como por tierra seca; e intentando los egipcios hacer lo mismo, fueron ahogados. (11:29)

Finalmente, la fe acepta la promesa de Dios, además del plan y la provisión divina. Cuando Moisés y su pueblo llegaron al Mar Rojo, faraón y su ejército estaban muy cerca. Desde su perspectiva, estaban atrapados; no había escape. Al principio el pueblo se descorazonó y se quejó sarcásticamente ante Moisés. “¿No había sepulcros en Egipto, que nos has sacado para que muramos en el desierto?” (Éx. 14:11). Pero se animaron de nuevo cuando Moisés les dijo: “No tengan miedo... Mantengan sus posiciones, que hoy mismo serán testigos de la salvación que el Señor realizará en favor de ustedes. A esos egipcios que hoy ven, ¡jamás volverán a verlos! Ustedes quédense quietos, que el Señor presentará batalla por ustedes” (vv. 13-14). Al menos por un momento, confiaron en Dios y por la fe pasaron el Mar Rojo como por tierra seca.

Creyeron la promesa de Dios a Moisés y comenzaron a caminar por el fondo del mar tan pronto como las aguas se partieron. Esto requiere una fe considerable, pues las aguas acumuladas a cada lado debieron haber sido aterradoras. Si las aguas hubieran vuelto demasiado pronto, Israel se habría ahogado, no los egipcios. El pueblo no tenía más

garantía que la palabra de Dios de que Él no cambiaría su mente ni los olvidaría. Pero su palabra era suficiente. Para los fieles, la palabra de Dios siempre es suficiente.

La fe le toma a Dios la palabra y es victoriosa. Suponer niega la palabra de Dios y causa destrucción. Los egipcios endurecieron sus corazones al Señor insistentemente, supusieron que podían confiar en sí mismos, y se ahogaron. La prueba de la fe es confiar en Dios cuando todo lo que tenemos son sus promesas. Cuando las aguas se apilan alrededor nuestro y los problemas están a punto de abrumarnos, es cuando se prueba la fe y cuando el Señor se deleita especialmente en mostrarnos su fidelidad, su amor y su poder. Cuando no tenemos más que su promesa para apoyarnos, su ayuda está más próxima y su presencia es la más estimada para quienes creen.

En cada coyuntura de la vida, o cumplimos la voluntad de Dios y su Espíritu nos llena, o hacemos nuestra voluntad y enfriamos al Espíritu. Cuando creamos en Dios verdaderamente, sabremos que Él está interesado en lo mejor para nosotros en todo, y siempre nos decidiremos por Él.

32 La valentía de la fe (11:30-40)

Por la fe cayeron los muros de Jericó después de rodearlos siete días. Por la fe Rahab la ramera no pereció juntamente con los desobedientes, habiendo recibido a los espías en paz. ¿Y qué más digo? Porque el tiempo me faltaría contando de Gedeón, de Barac, de Sansón, de Jefté, de David, así como de Samuel y de los profetas; que por fe conquistaron reinos, hicieron justicia, alcanzaron promesas, taparon bocas de leones, apagaron fuegos impetuosos, evitaron filo de espada, sacaron fuerzas de debilidad, se hicieron fuertes en batallas, pusieron en fuga ejércitos extranjeros. Las mujeres recibieron sus muertos mediante resurrección; mas otros fueron atormentados, no aceptando el rescate, a fin de obtener mejor resurrección. Otros experimentaron vituperios y azotes, y a más de esto prisiones y cárceles. Fueron apedreados, aserrados, puestos a prueba, muertos a filo de espada; anduvieron de acá para allá cubiertos de pieles de ovejas y de cabras, pobres, angustiados, maltratados; de los cuales el mundo no era digno; errando por los desiertos, por los montes, por las cuevas y por las cavernas de la tierra. Y todos éstos, aunque alcanzaron buen testimonio mediante la fe, no recibieron lo prometido; proveyendo Dios alguna cosa mejor para nosotros, para que no fuesen ellos perfeccionados aparte de nosotros. (11:30-40)

La fe es confiar completamente en la Palabra de Dios. Es confianza incondicional en lo que Él dice, estrictamente sobre la base de que Él lo ha dicho. El hecho es que o confiamos en lo que Dios dice o nos queda confiar en nuestro propio intelecto, instinto y actitudes. Estas son las únicas dos opciones. Nuestro propio camino es el de la incredulidad; el camino de Dios es el camino de la fe.

La fe ilustrada en Hebreos 11 es la que toma la palabra de Dios como viene y actúa basada en ella, arriesgándolo todo. Es fe que no pregunta ni pide señales o dirección milagrosa. Buscar señales, maravillas y explicaciones que podamos entender o en las que podamos gloriarnos no es fe. Es duda que busca pruebas a su alrededor. Todo aquello que requiera más que la Palabra de Dios es duda, no fe. A veces Dios da explicaciones y razones para su Palabra, pero no está obligado a hacerlo y la fe no lo demanda. Como dijo Jesús a Tomás: “Bienaventurados los que no vieron, y creyeron” (Jn. 20:29). Por tanto, la fe está opuesta a la naturaleza humana, opuesta al sistema del mundo. Suele exigir que aceptemos de Dios aquello para lo cual no vemos lógica o razón.

A un judío del primer siglo casi siempre le salía costoso volverse cristiano. Solía costarle sus amigos, familia, privilegios en la sinagoga, trabajo, posición social y respeto comunitario. También le costaba las ceremonias, rituales y tradiciones que los judíos consideraban tan valiosas, inclusive algunas que Dios había instituido para un momento particular. Los judíos que recibieron esta epístola estaban tentados a mantener un pie en cada uno de los mundos, a aceptar el cristianismo mientras se aferraban tanto como pudieran al judaísmo. Algunos intentaban hacer el viaje del nuevo pacto mientras mantenían sus barcas bien amarradas al muelle del antiguo.

Este capítulo les muestra a aquellos judíos reacios que los seguidores fieles de Dios en el Antiguo Testamento no eran como ellos. Cuando los fieles del Antiguo Testamento se decidieron por Dios, le entregaron todo a Él, porque tenían la visión correcta de quién era Dios. La fe correcta tiene su base en la teología correcta. La fe cree y le obedece a Dios porque sabe que Dios no puede mentir, no puede equivocarse, no puede errar, no puede salir derrotado, no se le puede sobrepasar. Se puede confiar en un Dios como este. De hecho, con un Dios como este, no tiene sentido hacer algo diferente a confiar en Él y obedecerle. Por supuesto, la incredulidad es ciega a esta clase de Dios y, por tanto, considera locura la confianza y la obediencia. Camina por vista.

La fe, pues, tiene su base en la actitud de una persona hacia Dios. Como lo observa J. B. Phillips en su libro *Your God is Too Small* [Tu Dios es demasiado pequeño], si tenemos un dios minúsculo, no confiaremos en él. Solo el Dios verdadero, el gran Dios soberano, amoroso, fiel, omnisciente, omnipotente y santo de las Escrituras merece confianza. Por cuanto los héroes de Hebreos 11 conocían a este Dios, confiaban en Él completamente.

Tal vez la señal suprema de la fe verdadera sea la valentía. Creer y seguir a Dios no es tan difícil cuando las cosas van bien, cuando la mayoría a nuestro alrededor son creyentes y cuando nuestra fe nos cuesta poco. La fe se demuestra cuando enfrenta el desastre, la prueba, la persecución, el ridículo, y sigue sin vacilar. La fe es la fuente de la valentía. No tenemos una fe grande por ser muy valientes, somos muy valientes porque tenemos una fe grande. Ciertamente, Moisés demostró esta valentía al enfrentar al faraón. Pero el escritor escoge otros modelos de la valentía de la fe.

Hebreos 11:30-40 nos muestra tres formas en las cuales la valentía demuestra la fe: conquista en las luchas, continúa en el sufrimiento y cuenta con la salvación.

CONQUISTA EN LAS LUCHAS

La vida es siempre una lucha para el creyente. El camino de Dios no es el camino del hombre, y mientras el creyente esté en el mundo tendrá que luchar en ese conflicto. La única arma eficaz que posee en esta lucha es la fe. Precisamente por esa fe llegan muchas de nuestras luchas, y solamente por la fe podemos enfrentarlas y conquistarlas.

JOSUÉ Y LOS ISRAELITAS EN JERICÓ

Por la fe cayeron los muros de Jericó después de rodearlos siete días. (11:30)

Los muros de Jericó eran estructuras masivas. Algunos muros de ciudades en aquella época eran tan anchos que se podía conducir dos carros lado a lado en la parte superior. Jericó era una ciudad fronteriza que era una fortaleza, ubicada estratégicamente cerca de la desembocadura del río Jordán, y sus muros estaban diseñados para protegerla del más fuerte ataque enemigo. Para lo usual en la época, era prácticamente inexpugnable.

Habían pasado cuarenta años desde que Israel había cruzado el Mar Rojo por fe (v. 29) y era ese el último acto de fidelidad con implicaciones que habían exhibido colectivamente. El viaje por el desierto del Sinaí, que habría requerido poco menos de cuarenta semanas, tomó cuarenta años, porque Dios juzgó el pecado de la generación anterior obligándolos a desaparecer. Su grosera incredulidad se manifestó en sus continuas quejas e idolatría, haciéndolos indignos de entrar a la tierra prometida. No hay nada en esos cuarenta años digno de mencionarse en un capítulo sobre la fe. Solamente cuando Israel llegó a Jericó, volvió a mostrar fe en Dios.

Jericó era el primer obstáculo en Canaán, y desde la perspectiva humana parecía un obstáculo insuperable para aquella multitud heterogénea de antiguos esclavos que habían estado vagando en círculos por el desierto durante tantos años. Su ubicación era estratégica, sus muros eran altos y anchos, y sus soldados estaban entrenados y bien armados.

El informe negativo de los diez espías que habían ayudado a explorar la tierra no era impreciso. Era algo exagerado, pero básicamente era correcto: “Este pueblo es mayor y más alto que nosotros, las ciudades grandes y amuralladas hasta el cielo” (Dt. 1:28). Moisés no les reprendió porque el informe fuera erróneo, sino por la incredulidad y el miedo con que dieron la noticia y fue recibida. “... No temáis, ni tengáis miedo de ellos. Jehová vuestro Dios, el cual va delante de vosotros, él peleará por vosotros, conforme a todas las cosas que hizo por vosotros en Egipto delante de vuestros ojos.” (Dt. 1:29-30). El obstáculo real no era Canaán, sino la incredulidad. La única dificultad para Dios era hacer que su pueblo fuera con Él.

Después, Dios usaría el ejército de Israel para conquistar la tierra, pero su plan para Jericó era que el pueblo no hiciera más que unos cuantos actos simbólicos: para mostrarles, a ellos y a los cananeos, cuán poderoso es Él. Todo lo que los israelitas tenían que hacer era marchar alrededor de la ciudad una vez al día, durante seis días, con siete sacerdotes al frente que llevaban cuernos de carneros delante del arca. El séptimo día debían marchar siete veces alrededor mientras los sacerdotes hacían sonar los cuernos. Finalmente, cuando los sacerdotes dieran el último sonido, todo el pueblo debía gritar y entonces caería el muro de la ciudad (Jos. 6:3-5). El pueblo obedeció con fe y las murallas cayeron como estaba predicho.

Militarmente, los siete días de marcha no exigían nada. Pero psicológicamente exigían una gran cantidad de valor. El plan debió haber sido vergonzoso para Israel. Así no se conquistan las ciudades. Todo el esfuerzo parecía completamente absurdo para los habitantes de Jericó, y probablemente incluso para muchos israelitas. Suele ser más fácil pelear que tener fe. Si peleamos, al menos tendremos cierto respeto del mundo, incluso si perdemos. Pero la fe siempre parece necia a los ojos del mundo.

Una de las cosas más sorprendentes de Josué 6 es que no se registra ni una sola palabra de duda o queja. Los israelitas creyeron lo que el Señor les dijo por medio de Josué e inmediatamente comenzaron a prepararse para la marcha (v. 8). Durante toda una semana marcharon cuidadosa y fielmente. Fue una piedra angular de la fe en la vida de Israel.

Dios se deleita en matar el orgullo de los hombres. Y acabó con el orgullo de Jericó haciendo que los muros de la ciudad cayeran del modo más simple posible, tal como unos años después enviaría un muchacho para matar al gigante Goliat y hacer huir a los filisteos. Con la derrota de Jericó también demolió cualquier orgullo que los israelitas pudieran haber tenido. Era obvio que su parte fue meramente simbólica. Ellos no podían atribuirse el mérito. Todo lo que Dios quería de ellos era fe, y eso fue lo que dieron, por la fe cayeron los muros de Jericó.

Alguien ha dicho que hay cuatro clases de fe. Hay una fe receptora, como cuando llegamos con las manos vacías a Cristo por la salvación. Hay una fe calculadora, que cuenta con que Dios obre por nosotros. Hay una fe arriesgada, que se mueve en el poder de Dios, osando hacer lo imposible. Y hay una fe reposada, la clase de fe que, en medio del dolor, el sufrimiento y el rechazo, se sienta confiada en que Dios libraré.

En la caída de Jericó vemos la fe que se arriesga. El pueblo de Israel estaba dispuesto a hacer todo, a arriesgarlo todo, porque creían en Dios. En conformidad exacta con la

instrucción divina, marcharon, sonaron los cuernos y gritaron. No añadieron nada ni dejaron nada por fuera. Tan solo obedecieron.

El gran misionero Robert Moffatt trabajó por años en Bechuanalandia, África del Sur, sin ver un solo converso. Cuando algunos amigos ingleses le escribieron preguntándole qué podían enviarle de regalo, pidió un juego de bandejas y vasos para la comunión. Como no había más conversos allí, quedaron sorprendidos, pero accedieron a sus deseos. Varios meses después, cuando la vajilla llegó, más de una docena de nativos habían recibido a Cristo y tuvieron su primera Santa Cena. Tal es la belleza y la valentía de la fe.

Tanto si el obstáculo es oposición directa, apatía, ridículo o cualquier otra cosa, todo cristiano tiene su Jericó y su Bechuanalandia. Si confiamos en el Señor y demostramos nuestra confianza continuando valientemente haciendo aquello para lo cual el Señor nos ha llamado, en el tiempo de Dios caerán los obstáculos.

RAHAB

Por la fe Rahab la ramera no pereció juntamente con los desobedientes, habiendo recibido a los espías en paz. (11:31)

Rahab era una candidata improbable para el salón de la fama de los fieles. Por un lado, era una prostituta; por el otro, era una gentil, y además, una cananea. De hecho, era amorrea, una raza a la cual ya había señalado Dios para la destrucción desde mucho antes (Gn. 15:16). Sin embargo, así es como obra la gracia de Dios. Su misericordia está abierta a todo el que la reciba, y su gracia siempre ha sido más amplia que para solo Israel, incluso en los tiempos del Antiguo Testamento.

Rahab no tenía más luz que ningún otro habitante de Jericó; sin embargo, creyó mientras los demás fueron incrédulos. Fueron más que solo incrédulos, fueron desobedientes. La implicación es esta: no solo sabían que Dios estaba con Israel, también sabían que Él les había llamado de alguna forma (esto es, a los habitantes de Jericó). Sin embargo, rechazaron la palabra de Dios. Quisieron matar a los espías israelitas, pero Rahab recibió a los espías en paz. Estaban preparados para pelear con Israel cuando los atacara, pero Rahab de nuevo le dio la bienvenida al pueblo de Dios. Por su fe, su familia y ella quedaron a salvo. Por su incredulidad, todos los demás murieron.

La destrucción de los cananeos fue de gran ganancia social y espiritual para el bien de la humanidad. Eran un pueblo depravado, idólatra y malvado. Eran conocidos por sus prácticas groseras de perversión e inmoralidad sexual, además de su crueldad general.

Entre otras cosas, solían poner a bebés vivos en jarrones y colocarlos dentro de los muros de la ciudad mientras los construían como sacrificio de los fundamentos. Estaban pidiendo el juicio.

En medio de esta incredulidad pagana, Rahab confesó y creyó: “Oyendo esto, ha desmayado nuestro corazón; ni ha quedado más aliento en hombre alguno por causa de vosotros, porque Jehová vuestro Dios es Dios arriba en los cielos y abajo en la tierra.” (Jos. 2:11). Y, en medio de tan bárbara crueldad, ella fue amable y recibió a los espías en paz. Ella aferró su vida al hecho de que Dios había dicho que Él salvaría y protegería a su pueblo, Israel, y ella quería estar del lado de Dios. Tuvo la valentía de la fe.

Rahab, por su fe, no solo logró salvarse, sino que recibió honra. Fue madre de Booz, quien se casó con Rut, la tatarabuela de David, con lo cual se convirtió en ascendiente de Jesús (Mt. 1:5).

MUCHOS OTROS

¿Y qué más digo? Porque el tiempo me faltaría contando de Gedeón, de Barac, de Sansón, de Jefté, de David, así como de Samuel y de los profetas; que por fe conquistaron reinos, hicieron justicia, alcanzaron promesas, taparon bocas de leones, apagaron fuegos impetuosos, evitaron filo de espada, sacaron fuerzas de debilidad, se hicieron fuertes en batallas, pusieron en fuga ejércitos extranjeros. (11:32-34)

Los seis hombres mencionados, quienes no aparecen en orden cronológico, fueron gobernantes en algún sentido. Varios son personajes bíblicos sobresalientes, mientras que otros son menos conocidos. Samuel fue juez y profeta, y David fue rey y profeta. Pero a ninguno se le exalta aquí por su oficio. A todos se les exalta por lo que lograron por la fe.

Gedeón fue un juez y líder militar, organizó un ejército de treinta y dos mil hombres para pelear contra los madianitas y los amalecitas. Para evitar que Israel creyera que la victoria vendría por la mano de ellos, Dios redujo el ejército a diez mil y luego a trescientos. Estos últimos fueron seleccionados sobre la única base de cómo bebían agua de una fuente. En oposición, los enemigos eran “como langostas en multitud, y sus camellos eran innumerables como la arena que está a la ribera del mar en multitud” (Jue. 7:12). Con todo, los hombres de Gedeón lo único que portaban eran trompetas y cántaros que contenían teas. Aun con menos hombres y menos esfuerzo que el usado para derrotar a Jericó, todo el ejército enemigo pagano quedó derrotado por completo (7:16-22). Solo un necio habría intentado una estrategia tan valiente sin la dirección y el poder divino. Desde

la perspectiva de la fe, solo un necio no intentaría algo así cuando tiene la dirección y el poder de Dios.

Aparte del relato breve en Jueces 4—5 y la mención breve en Hebreos 12:32, Barac es desconocido en las Escrituras. Nada sabemos de su pasado o formación. Dios prometió a Israel por medio de Débora, la juez, que lo libraría de Jabín, el rey cananeo, cuyo gran comandante, Sísara, tenía un ejército numeroso y aguerrido que se ufanaba de contar con novecientos carros de hierro. De acuerdo con la instrucción del Señor, Débora le pidió a Barac que juntara un ejército israelita de tan solo diez mil hombres tomados de dos tribus: Neftalí y Zabulón. Al resto de las tribus no se les pidió participar, al parecer para mostrar a Israel y a los cananeos que Dios podía salir victorioso con tan solo un ejército simbólico de una porción pequeña de Israel. Barac reunió sus hombres en el monte Tabor y atacó a Sísara, como se lo había ordenado Dios. “Y Jehová quebrantó a Sísara, a todos sus carros y a todo su ejército, a filo de espada delante de Barac; y Sísara descendió del carro, y huyó a pie.” (Jue. 4:15). Barac y sus hombres hicieron su parte y probablemente pelearon con valentía, pero el éxito de la campaña fue del Señor. Sin su ayuda, Israel habría terminado fácilmente masacrado. Débora le había dicho a Barac con anterioridad que la gloria de la victoria no sería suya. El Señor no solamente peleó la batalla por su pueblo, sino que permitió que una mujer matara a Sísara, de modo que Barac tenía aun menos razones para atribuirse el mérito (Jue. 4:9).

Barac creyó la promesa de victoria de Dios y no le preocupaba en lo más mínimo que una mujer obtuviera el mérito por haber matada a Sísara. De hecho, insistió en que Débora, una juez, fuera con él a la batalla (Jue. 4:8). Él quería su ayuda espiritual, no militar. Ella era la representante especial del Señor en aquellos tiempos y Barac quería a la persona del Señor con él. Que quisiera que ella lo acompañara era otra indicación de que confiaba en el Señor. Débora, como profetiza del Señor, era de mayor valor para él que sus diez mil hombres. A Barac no le preocupaba el poder de Sísara, porque tenía el poder de Dios. Con esa fe valiente conquistó reinos.

A Sansón no se le recuerda tanto por su fe como por su fuerza física y su credulidad personal. Fue inmaduro y egocéntrico en muchos aspectos, incapaz de sobrellevar el poder milagroso que Dios le había dado. Pero fue un hombre de fe. Nunca dudó que Dios era la fuente de su poder, del cual su cabello no era más que un símbolo.

Sansón fue juez de Israel y recibió la tarea especial de oponerse a los filisteos, quienes reinaron sobre Israel. Los motivos de Sansón para pelear contra los filisteos fueron en general mixtos, pero sabía que estaba haciendo la voluntad de Dios en el poder de Dios.

Desde su temprana adultez el Espíritu del Señor había estado con él y se nos dice específicamente que era el Espíritu quien lo fortalecía en sus sorprendentes batallas de un solo hombre (Jue. 13:25; 14:19; 15:14; 16:28).

Sansón sabía que Dios le había llamado y le había dado poder para “salvar a Israel de mano de los filisteos”, tal como le había dicho a la madre de Sansón antes de la concepción de su hijo (13:5). Dios le había prometido poder y Sansón confiaba en Dios para ese poder. Peleó contra los filisteos no con la valentía de la destreza física, sino con la de la fe.

Nos sentimos inclinados a juzgar a Sansón por su debilidad. Pero Dios lo elogia por su fe.

Jefté precedió a Sansón como juez de Israel. Su responsabilidad fue someter a los amonitas, uno de los enemigos de Israel. A pesar de la necedad de su voto (Jue. 11:30-31), la confianza de Jefté estaba en el Señor, y su poder provenía del Señor (vv. 29, 32). Hasta las personas de fe cometen errores, y Dios honró a Jefté por su fe.

David sobresale obviamente como uno de los personajes más grandes del Antiguo Testamento. Su confianza en el Señor comenzó cuando era niño, cuidando el rebaño, matando osos y leones y derrotando a Goliat con una honda. David enfrentó a Goliat con plena confianza en que el Señor le daría el poder para derrotarlo. Mientras el resto de Israel, incluyendo al rey y a los hermanos de David, estaban achicados por el miedo, David caminó con decisión hacia Goliat y le anunció: “Jehová te entregará hoy en mi mano, y yo te venceré, y te cortaré la cabeza, y daré hoy los cuerpos de los filisteos a las aves del cielo y a las bestias de la tierra; y toda la tierra sabrá que hay Dios en Israel.” (1 S. 17:46). Al parecer, a David nunca se le pasó por la cabeza no confiar en el Señor.

Como los otros héroes de la fe, David no era perfecto, pero Dios dijo de él que era una persona conforme a su corazón y haría lo que Él quería (Hch. 13:22). Le agradó a Dios por la valentía de su fe para confiar en Él y hacer su voluntad.

Samuel aparece en esta lista de guerreros, aunque no lo era. Pero peleó una batalla igual a las que enfrentan los guerreros. Sus grandes enemigos fueron la idolatría y la inmoralidad. Tuvo que mantenerse firme en medio de una sociedad contaminada y hablar con osadía la verdad de Dios. Con frecuencia, sus oponentes más severos no fueron los filisteos, los amorreos o los amonitas, sino su propio pueblo. A veces requiere más valentía enfrentarse con los amigos que con los enemigos. La presión social puede ser más asustadora que el poder militar. Este profeta de Dios, que fue también el último juez de Israel, comenzó “... ministraba en la presencia de Jehová” (1 S. 2:18) y continuó siendo fiel a Dios toda su vida. En la valentía de la fe, gobernó y profetizó.

Excepto por Samuel, los profetas no se mencionan por su nombre. Como menciona el escritor al principio del versículo 32, no tiene tiempo para dar más detalles sobre muchas otras personas fieles del antiguo pacto, ni siquiera para llamarlos por su nombre. Estos profetas arriesgaron todo por el Señor, como Gedeón, Barac y los otros. Aceptaron con gozo, valentía y confianza los mandatos de Dios y enfrentaron la oposición que llegara, sin importar cuál fuera. No pelearon batallas, pero obtuvieron muchas victorias en el Señor porque creyeron en Él. También conquistaron por la valentía de la fe.

Las hazañas de 11:33-34 son generales y se refieren colectivamente a las personas del versículo 32. Bocas de leones puede referirse a Daniel, y la expresión apagaron fuegos impetuosos a Sadrac, Mesac y Abed-nego. La idea al mencionar estas obras es mostrar que, ya fuera una necesidad de victoria política, de ayudar a quienes lo requerían, de recibir promesas, de vencer a los enemigos naturales, de proteger de la guerra o la debilidad, o de ganar la guerra, el poder para alcanzarlas era de Dios y recibían tal poder por la fe en Él.

CONTINUIDAD EN EL SUFRIMIENTO

Las mujeres recibieron sus muertos mediante resurrección; mas otros fueron atormentados, no aceptando el rescate, a fin de obtener mejor resurrección. Otros experimentaron vituperios y azotes, y a más de esto prisiones y cárceles. Fueron apedreados, aserrados, puestos a prueba, muertos a filo de espada; anduvieron de acá para allá cubiertos de pieles de ovejas y de cabras, pobres, angustiados, maltratados; de los cuales el mundo no era digno; errando por los desiertos, por los montes, por las cuevas y por las cavernas de la tierra. (11:35-38)

Elías devolvió a la vida al hijo de la viuda de Sarepta (1 R. 17:8-23), y su sucesor, Eliseo, hizo lo propio con el hijo de la mujer sunamita (2 R. 4:18-37). Estas madres y estos profetas creyeron en Dios para la resurrección, y Él la ejecutó.

Las mujeres sufrieron por un momento, pero el dolor pasó cuando sus hijos volvieron a la vida. Sin embargo, Dios no siempre obra de esta manera. Muchas de las aflicciones mencionadas en Hebreos 11:35-38 fueron de largo plazo, de toda una vida inclusive. Por medio de la fe, Dios les dio el poder a algunos en su pueblo de pasar por dificultades, no de escapar de ellas. Tal como a veces es la voluntad de Dios para su pueblo que conquisten en las luchas, también es su voluntad en ocasiones que su pueblo continúe en su sufrimiento. Él les dará la victoria también, pero puede ser solamente espiritual, la única

clase de victoria que garantiza. A veces se requiere más valor para mantenerse que para pelear; cuando se necesita más valentía, se necesita más fe.

A veces la aflicción es ineludible; otras veces no lo es. Para la persona de fe, ninguna aflicción evitable requiere negar o comprometer la Palabra de Dios. Lo que puede resultar de fácil escape para la persona del mundo, no lo es para el fiel. Cuando sufrimos por la Palabra de Dios y nos mantenemos por Él, pasaremos por tortura, no aceptando el rescate, a fin de obtener mejor resurrección. Es este el pináculo de la fe, la disposición para aceptar lo peor que tenga el mundo para ofrecer —muerte— porque confiamos en lo mejor que tiene Dios para ofrecer: resurrección.

La palabra atormentados proviene del griego *tumpanizō*, de la misma raíz que la palabra timbal, un tambor. La tortura particular aquí referida requería estirar a la víctima sobre un instrumento largo, semejante a un tambor, golpeándolo con garrotes, generalmente hasta la muerte. Los fieles de Dios están dispuestos a recibir golpes hasta morir antes que comprometer su fe en Él. No sacrificarían el futuro en el altar de lo inmediato. Preferirían morir porque sabían por fe que Dios los resucitaría un día.

Soportaron angustia mental y física, vituperios y azotes. Jeremías padeció maltrato emocional mientras le maltrataban físicamente, no es extraño que se le haya denominado el profeta llorón. No lloraba tanto por sí mismo como por el pueblo que había rechazado a Dios al rechazarlo a él. Soportó y continuó soportando toda clase de dolores por la Palabra de Dios.

La tradición sostiene que Isaías fue aserrado. El pueblo terminó tan irritado por su predicación poderosa que le cortaron en dos. Sin embargo, como Abel (11:4), continúa hablando hasta después de muerto.

Las muchas formas de sufrimiento mencionadas en estos versículos, al igual que las conquistas mencionadas en los versículos precedentes, son válidas en general para los santos fieles. Son un resumen de las formas múltiples de aflicción que enfrenta el pueblo de Dios y que a veces está llamado a soportar por Él. Tanto si los mataban como si los desterraban, la idea es la misma: con valentía y sin concesiones sufrieron por el Señor por causa de su fe. Confiaron siempre en el Señor ya fuera para vencer en una lucha o para continuar en el sufrimiento.

El mundo no era digno de tener a tales personas, tal como estas personas no merecieron los sufrimientos que recibieron. El mundo sería juzgado y castigado, por haberles impuesto este sufrimiento; y los santos fieles, por haber resistido en el sufrimiento,

recibirían resurrección y recompensa. Sabían junto con Pablo que “las aflicciones del tiempo presente no son comparables con la gloria venidera que en nosotros ha de manifestarse” (Ro. 8:18) y anhelaban junto con Pedro “una herencia incorruptible, incontaminada e inmarcesible, reservada en los cielos” (1 P. 1:4).

Dios no promete a sus santos liberación de todos los sufrimientos. Al contrario, Jesús nos dice que tomemos nuestra cruz y le sigamos (Mr. 8:34); y que, si a Él lo persiguieron, a nosotros también nos perseguirían (Jn. 15:20). Tanto Pablo (Fil. 3:10) como Pedro (1 P. 4:13) nos aconsejan gozarnos en nuestros sufrimientos por cuenta de Cristo. Pablo dijo a los creyentes de Corinto: “Sobreabundo de gozo en todas nuestras tribulaciones” (2 Co. 7:4).

Sadrac, Mesac y Abed-nego confiaban perfectamente en que Dios les salvaría del horno ardiente. “He aquí nuestro Dios a quien servimos puede librarnos del horno de fuego ardiendo; y de tu mano, oh rey, nos librará” (Dn. 3:17). Pero la fe mayor de ellos no quedó demostrada por la certeza de su liberación. Continuaron diciendo: “Y si no, sepas, oh rey, que no serviremos a tus dioses, ni tampoco adoraremos la estatua que has levantado” (v. 18). Su preocupación fundamental no era la seguridad de sus vidas, sino la seguridad de su fe. Con liberación física o no, no dejarían de lado su confianza en Dios.

CONTAR CON LA SALVACIÓN

Y todos éstos, aunque alcanzaron buen testimonio mediante la fe, no recibieron lo prometido; proveyendo Dios alguna cosa mejor para nosotros, para que no fuesen ellos perfeccionados aparte de nosotros. (11:39-40)

La fe verdadera tiene la valentía de contar con la salvación. Estos santos fieles tuvieron que vivir en la esperanza. Sabían muy poco sobre la naturaleza, el tiempo o el medio para la salvación divina. Pero sabían que vendría y ahí radicaba la base de su confianza. Tenían la confianza permanente en que un día Dios haría lo necesario para redimirlos y recompensarlos. Lo que sucediera con ellos antes de aquel momento no era relevante. No recibieron lo prometido, pero alcanzaron buen testimonio mediante la fe. Su fe no estaba en algo que se cumpliera inmediatamente, sino en el cumplimiento definitivo de las promesas. Es ahí donde más se prueba la fe y donde más importa.

La promesa definitiva era sobre un redentor, el Mesías, y su pacto que traería justificación con Dios. “Los profetas que profetizaron de la gracia destinada a vosotros, inquirieron y diligentemente indagaron acerca de esta salvación, escudriñando qué persona y qué tiempo indicaba el Espíritu de Cristo que estaba en ellos, el cual anunciaba de antemano

los sufrimientos de Cristo, y las glorias que vendrían tras ellos” (1 P. 1:10-11). Desde Enoc hasta los profetas, todos éstos, tuvieron sin reservas la fe valiente que cuenta con la salvación final.

Muchos de ellos nunca recibieron la tierra. En ocasiones obtuvieron la victoria terrenal; en otras no. En ocasiones su fe les salvó de la muerte, en otras les llevó a la muerte. No importa. Sabían que Dios les había provisto alguna cosa mejor.

Dios ha provisto “alguna cosa mejor” para nosotros; es decir, para quienes estamos bajo el nuevo pacto, la razón por la cual Dios no los iba a perfeccionar a ellos aparte de nosotros. Es decir, no se podía completar, perfeccionar, su salvación hasta nuestro tiempo, el del cristianismo. Sin importar cuánta fe hubiera tenido un creyente, su salvación solamente se completó con el cumplimiento de la expiación de Jesús en la cruz. Su salvación tenía su base en lo que haría Cristo; la nuestra la tiene en lo que Cristo hizo. Su fe esperaba la promesa; la nuestra recuerda el hecho histórico.

No eran creyentes de segunda categoría, aunque su salvación no se completó mientras vivieron. Eran creyentes del más alto orden. Lucharon, sufrieron y contaron con su salvación valientemente. Creyeron toda la Palabra de Dios que tenían, y es eso lo que cuenta para Él. ¡Cuánta menos fe solemos tener nosotros, a pesar de tener mejor luz! “Bienaventurados los que no vieron, y creyeron” (Jn. 20:29).

33 Corre por tu vida (12:1-3)

Por tanto, nosotros también, teniendo en derredor nuestro tan grande nube de testigos, despojémonos de todo peso y del pecado que nos asedia, y corramos con paciencia la carrera que tenemos por delante, puestos los ojos en Jesús, el autor y consumador de la fe, el cual por el gozo puesto delante de él sufrió la cruz, menospreciando el oprobio, y se sentó a la diestra del trono de Dios. Considerad a aquel que sufrió tal contradicción de pecadores contra sí mismo, para que vuestro ánimo no se canse hasta desmayar. (He 12:1-3)

La enseñanza eficaz usa figuras literarias. Muchas de ellas, especialmente las metáforas y los símiles, las encontramos en la Biblia. En el Nuevo Testamento, se compara repetidamente la vida cristiana con prácticas, situaciones y cosas cotidianas.

Por ejemplo, la vida cristiana se compara varias veces con una guerra. Pablo nos aconseja sufrir las penalidades como buenos soldados de Jesucristo (2 Ti. 2:3) y ponernos “toda la armadura de Dios” (Ef. 6:11). También usa la lucha para comparar. “De esta manera peleo, no como quien golpea el aire” (1 Co. 9:26; cp. 2 Ti. 4:7). Al cristiano se le llama generalmente esclavo de Jesucristo. Pablo se refiere a él con frecuencia como un esclavo, un siervo, de Cristo. En muchas de sus cartas se presenta como siervo (Ro. 1:1; Fil. 1:1; Tit. 1:1). Jesús se refirió a sus seguidores como sal y luz en el mundo (Mt. 5:13-16). Pedro se refiere a los cristianos como bebés y piedras vivas (1 P. 2:2, 5).

A Pablo le gustaban particularmente las ilustraciones con carreras. Usa frases como “corren en el estadio” (1 Co. 9:24), “vosotros corríais bien” (Gá. 5:7) y “no he corrido en vano” (Fil. 2:16). Esta ilustración también la usa el escritor de Hebreos 12:1-3.

En estos versículos vemos varios aspectos de la carrera comparados con la vida fiel en Cristo: la carrera como tal, el estímulo para correr, los obstáculos de la carrera, el Ejemplo a seguir, la meta u objetivo de la carrera y la exhortación final.

LA CARRERA

Por tanto, nosotros también, teniendo en derredor nuestro tan grande nube de testigos, despojémonos de todo peso y del pecado que nos asedia, y corramos con paciencia la carrera que tenemos por delante. (12:1)

La frase clave de este pasaje es corramos con paciencia la carrera que tenemos por delante. En la carta a los hebreos, como en muchos otros lugares del Nuevo Testamento, la primera

persona del plural puede referirse a creyentes, incrédulos o ambos. Por cortesía y afecto, un autor suele identificarse con aquellos para quienes escribe, sean o no cristianos.

Por ejemplo, en Hebreos 4 (v. 1, 14, 16) creo que el autor se dirige a los incrédulos. De igual manera, en 6:1 le dice a los incrédulos que avancen a la madurez de la salvación. En 10:23-24 la referencia puede ser a creyentes y a incrédulos.

Creo que en 12:1 el plural en primera persona se refiere a los judíos que han confesado a Cristo, pero no han terminado de correr el camino hacia la fe completa. Aún no han comenzado la carrera cristiana, cuyo inicio es la salvación, y el autor los llama a ello. Sin embargo, las verdades son principalmente válidas para los cristianos que ya están corriendo.

Dice el escritor: “Si no eres cristiano, entra a la carrera; porque si quieres ganar, primero tienes que entrar. Si eres cristiano, corre con paciencia; no te rindas”.

Lamentablemente, muchas personas ni siquiera están en la carrera, y difícilmente podría decirse que algunos cristianos la están corriendo. Algunos están trotando solamente, algunos caminan lentamente, algunos están sentados y otros incluso están recostados. Aun así, la norma bíblica para la vida en santidad es estar en la carrera, no en un paseo matutino. La palabra griega *agōn* se usa aquí para carrera, de la cual obtenemos agonía. Una carrera no es un lujo pasivo, sino algo exigente, a veces agotador y agonizante, y requiere nuestra más firme autodisciplina, determinación y perseverancia.

Dios advirtió a Israel: “¡Ay de los reposados en Sion, y de los confiados en el monte de Samaria...!” (Am. 6:1). El pueblo de Dios no está llamado a estar acostado sobre una cama de comodidades. Debemos correr una carrera agotadora y continua. En el ejército de Dios nunca vamos a oír: “¡Descansen!”. Quedarse quieto o retroceder es renunciar al premio. Peor todavía, es quedarse en las graderías y no participar nunca, por lo cual renunciamos a todo, incluso al cielo eterno.

La paciencia (*hypomonē*) es la determinación constante de seguir andando. Quiere decir continuar cuando todo dentro de usted quiere bajar la velocidad o rendirse. Todavía puedo recordar la experiencia insoportable que tuve en la escuela secundaria cuando corrí por primera vez los seiscientos metros. Estaba acostumbrado a correr los cien metros, que requiere más velocidad pero se termina rápidamente. De modo que empecé bien; de hecho, iba el primero en los primeros cien metros; pero terminé último y casi creí que me moría. Mis piernas temblaban, mi pecho jadeaba, mi boca estaba seca y me desplomé en la línea de meta. Así viven muchas personas su vida cristiana. Comienzan rápido, pero en cuanto

avanza la carrera van mermando la velocidad, se rinden o se caen. La carrera cristiana es un maratón, una carrera de larga distancia, no una carrera corta de velocidad. La Iglesia siempre ha tenido cristianos de carrera corta, pero el Señor quiere a quienes pueden “recorrer la distancia”. Habrá obstáculos, debilidad y agotamiento, pero debemos tener paciencia si queremos ganar. Dios está interesado en la constancia.

Muchos de los cristianos hebreos a quienes está dirigida la carta comenzaron bien. Habían visto las señales y maravillas, y estaban emocionados con su nueva vida (He. 2:4). Pero cuando fue pasando la novedad y comenzaron a aparecer las dificultades, empezaron a perder su entusiasmo y confianza. Recordaron los caminos antiguos del judaísmo, al ver la persecución y el sufrimiento que vivían y les esperaba, y se debilitaron y flaquearon.

Pablo conocía a algunos cristianos en las mismas condiciones. A ellos escribió: “Para que seáis irrepreensibles y sencillos, hijos de Dios sin mancha en medio de una generación maligna y perversa, en medio de la cual resplandecéis como luminares en el mundo” (Fil. 2:15) y “¿No sabéis que los que corren en el estadio, todos a la verdad corren, pero uno solo se lleva el premio? Corred de tal manera que lo obtengáis. Todo aquel que lucha, de todo se abstiene; ellos, a la verdad, para recibir una corona corruptible, pero nosotros, una incorruptible” (1 Co. 9:24-25).

Nada tiene menos sentido que correr una carrera que no se quiere ganar. Con todo, creo que la falta de deseo de ganar es un problema básico de muchos cristianos. Se conformaron con la salvación y esperan ir al cielo. Pero en una carrera, una guerra o la vida cristiana, la falta de deseo de ganar es inaceptable.

Pablo creía en este principio y tenía una determinación del estilo *hypomonē*. No buscaba comodidad, dinero, gran conocimiento, popularidad, respeto, posición, lujuria de la carne o cualquier otra cosa que no fuera la voluntad de Dios. “Así que, yo de esta manera corro, no como a la ventura; de esta manera peleo, no como quien golpea el aire, sino que golpeo mi cuerpo, y lo pongo en servidumbre, no sea que habiendo sido heraldo para otros, yo mismo venga a ser eliminado” (1 Co. 9:26-27). De eso se trata el compromiso cristiano.

Por supuesto, la competición en la vida cristiana es diferente de la carrea atlética, y al menos en dos formas. Primera, no competimos contra otros cristianos intentando vencerlos en justicia, reconocimiento o logros. Nuestra carrera no es de obras, sino de fe. Sin embargo, no competimos entre nosotros ni siquiera en la fe. Competimos por la fe, pero no entre nosotros. Nuestra competencia es contra Satanás, su sistema mundano y nuestra pecaminosidad, por lo general referida en el Nuevo Testamento como la carne.

Segunda, nuestra fuerza no está en nosotros, sino en el Espíritu Santo; de otra manera, no lo podríamos soportar. No estamos llamados a tener paciencia en nosotros, sino en Él.

El cristiano solamente tiene una forma de permanecer: por fe. Solo pecamos o fallamos cuando no tenemos confianza. Por ello nuestra protección contra las tentaciones de Satanás es “el escudo de la fe” (Ef. 6:16). En tanto que confiemos en Dios y hagamos lo que Él quiere, Satanás y el pecado no tienen poder sobre nosotros. No tienen forma de llegar a nosotros o estorbarnos. Cuando corremos en el poder del Espíritu de Dios, corremos con éxito.

EL ESTÍMULO PARA CORRER

Por tanto, nosotros también, teniendo en derredor nuestro tan grande nube de testigos. (12:1a)

Todos somos criaturas de motivación. Necesitamos una razón para hacer las cosas, y estímulo mientras las estamos haciendo. Una de las mayores fuentes de motivación y estímulo para los judíos incrédulos y para los cristianos serían estos creyentes grandes del pasado, héroes suyos, que llevaron una vida de fe. La nube de testigos son todos esos santos fieles mencionados en el capítulo 11. Debemos correr la carrera de la fe como lo hicieron ellos, siempre confiando, dándolo todo, sin importar cuáles sean los obstáculos, las dificultades o el costo.

Ellos sabían cómo correr la carrera de la fe. Se opusieron al faraón; olvidaron los placeres y privilegios de su corte; atravesaron el Mar Rojo; derribaron las murallas de Jericó; conquistaron reinos; cerraron bocas de leones; apagaron el poder del fuego; recibieron muertos por resurrección; sufrieron torturas, burlas, escarmiento, prisiones, lapidaciones, que los cortaran en dos; tuvieron que vestirse con piel de animales; y padecieron destitución. Todo por su fe.

El escritor dice ahora: “Deben correr como ellos. Puede lograrse si lo hacen como ellos: en fe. Ellos corrieron, corrieron y corrieron, y tenían menos luz para hacerlo que ustedes. Con todo, cada uno de ellos salió victorioso”.

No creo que la nube de testigos a nuestro alrededor esté parada en las graderías del cielo viendo cómo corremos. Aquí la idea no es que debamos ser fieles para no decepcionarlos ni que debamos intentar impresionarlos como un equipo deportivo lo hace con sus hinchas en la tribuna. Son testigos para Dios, no para nosotros. Son ejemplos, no observadores. Han probado con su testimonio que la única vida que vale la pena vivir es la de fe.

Esperar que unas graderías llenas de estas personas nos estén mirando no nos motiva, nos paraliza. No estamos llamados a agradecerles. No nos están mirando, nosotros debemos mirarlos a ellos. Nada alienta más que el ejemplo exitoso de alguien que “ya lo ha hecho antes”. Ver cómo fue Dios con ellos nos alienta a confiar en que será así con nosotros. El Dios de ellos es también nuestro Dios. El Dios de ayer es el Dios de hoy y el de mañana. No se ha debilitado ni perdido interés en su pueblo, tampoco ha menguado su amor y cuidado por ellos. Podemos correr como lo hicieron ellos. No tiene nada que ver con cómo nos comparamos con ellos, sino con cómo se compara nuestro Dios con el de ellos. Puesto que tenemos el mismo Dios, Él puede hacer las mismas cosas por medio de nosotros si confiamos en Él.

LOS PESOS QUE NOS OBSTACULIZAN

Despojémonos de todo peso (12:1b)

Uno de los mayores problemas que puede enfrentar un corredor es el peso. Hace varios años vino a nuestro país el ganador de la medalla de oro en unos Juegos Olímpicos recientes para una carrera por invitación. Lo consideraban el ser humano más rápido del planeta. Pero cuando corrió en el calentamiento, no se clasificó. En una entrevista posterior dijo que la razón era simple: tenía sobrepeso. Había entrenado poco y comido mucho. No había ganado mucho peso, pero era suficiente para que no ganara, incluso que no se clasificara. Por unos cuantos kilos, dejó de ser un ganador. En esa carrera particular, ni siquiera podía competir.

Un peso (*onkos*) es un bulto de algo. No es necesariamente malo. A menudo es algo perfectamente inocente e inofensivo. Pero nos empuja hacia abajo, distrae nuestra atención, disminuye nuestra energía y enfría nuestro entusiasmo por las cosas divinas. No podemos ganar cuando llevamos exceso de equipaje. Cuando sobre cierto hábito o condición preguntamos “¿Qué pasa con eso?”, la respuesta suele ser: “Con eso no pasa nada”. El problema no radica en qué es el peso, sino en lo que produce. Evita que corramos bien y que ganemos.

En la mayoría de los deportes, especialmente en los que la velocidad y resistencia cuentan, pesarse es una rutina diaria. Es una de las pruebas más simples y confiables de estar en forma. Cuando un atleta sobrepasa su peso límite, entra en un programa de dieta y ejercicio estricto hasta que baje adonde debería estar... o pasa a la suplencia del equipo.

El exceso de ropa también es un obstáculo. Los uniformes elaborados son buenos para las comparsas, las sudaderas son buenas para calentar, pero cuando llega la carrera, la mínima

cantidad de ropa que permita la decencia es la que debe usarse. Cuando nos preocupamos más por las apariencias que por la realidad y vitalidad espiritual, nuestra obra y testimonio de Jesucristo cargan con un peso serio.

No sabemos exactamente qué clase de cosas tenía en mente el escritor con respecto a los pesos espirituales, y los comentaristas han aventurado múltiples ideas. Desde el contexto de la carta como un todo, creo que el peso principal era el legalismo judío que se aferraba a las formas religiosas antiguas. La mayoría de aquellas cosas no eran malas en sí mismas. Dios había prescrito algunas de ellas para el tiempo del antiguo pacto. Pero ninguna tenía valor ahora, de hecho, se habían convertido en obstáculos. Estaban absorbiendo la energía y la atención de la vida cristiana. El templo, las ceremonias y la pompa eran hermosos y llamativos. Y todas las regulaciones, los “esto se puede” y “esto no” del judaísmo eran agradables para la carne. Hacían más fácil llevar la cuenta de la vida religiosa. Pero todos eran pesos, algunos de ellos de verdad pesados. Eran como un mazo a la vida espiritual por fe. Los creyentes judíos, o los creyentes potenciales, no tenían posibilidad de correr la carrera cristiana con tanto exceso de equipaje.

Algunos creyentes de Galacia enfrentaron el mismo problema. Pablo les dice: “Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí. No desecho la gracia de Dios; pues si por la ley fuese la justicia, entonces por demás murió Cristo” (Gá. 2:20-21). Y continúa diciendo: “¡Oh gálatas insensatos! ¿Quién os fascinó para no obedecer a la verdad, a vosotros ante cuyos ojos Jesucristo fue ya presentado claramente entre vosotros como crucificado? Esto solo quiero saber de vosotros: ¿Recibisteis el Espíritu por las obras de la ley, o por el oír con fe? ¿Tan necios sois? ¿Habiendo comenzado por el Espíritu, ahora vais a acabar por la carne?” (3:1-3). Para enfatizar su punto aún más, Pablo dice: “Mas ahora, conociendo a Dios, o más bien, siendo conocidos por Dios, ¿cómo es que os volvéis de nuevo a los débiles y pobres rudimentos, a los cuales os queréis volver a esclavizar?” (4:9). Dice: “Después que comenzaron la carrera cristiana, ¿por qué se ponen todos esos pesos antiguos encima?”.

Los demás cristianos pueden ser otro tipo de peso. Debemos tener cuidado de no culpar a otros por nuestras faltas. Pero muchos cristianos, además de no estar corriendo, están evitando que otros lo hagan. Por así decirlo, se están sentando en la pista y quienes están corriendo tienen que saltarlos como obstáculos. Pasa con frecuencia que los obreros en la Iglesia tienen que saltar o desviarse por culpa de los que no hacen nada. El diablo no pone todos los obstáculos en el camino. A veces hacemos la obra por él.

Despojémonos... del pecado que nos asedia. (12:1c)

El pecado es un obstáculo aun más importante para la vida cristiana. Obviamente, todo pecado es un obstáculo para la vida cristiana, y la referencia aquí puede ser para el pecado en general. Pero el uso del artículo definido (del pecado) parece indicar uno particular. Si hay un pecado particular que obstaculice la carrera de la fe es la incredulidad, dudar de Dios. La duda y la vida de fe se contradicen mutuamente. La incredulidad asedia los pies del cristiano de forma tal que no puede correr. Nos envuelve para que tropecemos cada vez que intentamos acercarnos al Señor, si es que lo intentamos. Nos asedia fácilmente. Cuando permitimos el pecado en nuestras vidas, especialmente la incredulidad, es muy fácil que Satanás evite que corramos.

EL EJEMPLO A SEGUIR

Puestos los ojos en Jesús, el autor y consumidor de la fe, el cual por el gozo puesto delante de él sufrió la cruz, menospreciando el oprobio, y se sentó a la diestra del trono de Dios. (12:2)

En las carreras, como en la mayoría de deportes, es muy importante adónde estamos mirando. Nada le sacará a usted tan fácil de su carrera o aminorar su paso como mirarse los pies, mirar al corredor que viene de atrás o a la multitud en las tribunas. La carrera cristiana es muy semejante.

Algunos cristianos están preocupados consigo mismos. Tal vez no sean egoístas o egocéntricos, pero le prestan demasiada atención a lo que están haciendo, a la mecánica de la carrera. Hay un lugar para preocuparse por ello, pero si le prestamos mucha atención a lo que estamos haciendo, nunca correremos bien para el Señor. A veces nos preocupa lo que otros cristianos piensen o hagan, especialmente en relación con nosotros. La preocupación por los demás también tiene su lugar. No pasamos por alto a nuestros hermanos en Cristo o lo que piensan de nosotros. Lo que piensan de nosotros, incluyendo las críticas, puede resultarnos útil. Pero si nos enfocamos en los demás, vamos a tropezar. Ni siquiera debemos enfocarnos en el Espíritu Santo. Debemos estar llenos del Espíritu, y cuando lo estemos, nuestro enfoque estará en Jesucristo, porque es ahí donde está el enfoque del Espíritu (Jn. 16:14).

No es que nos esforcemos por no mirar esto o aquello, u otras cosas que puedan distraernos. Si nuestro enfoque está en Jesucristo, veremos todo lo demás en su perspectiva correcta. Cuando nuestros ojos están en el Señor, el Espíritu Santo tiene la oportunidad perfecta para usarnos, para mantenernos en la carrera y hacernos ganadores.

Debemos enfocarnos en Jesús porque Él es el autor y consumidor de la fe. Es el ejemplo supremo de nuestra fe.

En 2:10 a Jesús se le llama el autor de la salvación. Aquí es el autor (*archēgos*) de la fe. Es el pionero y originador, quien comienza y lidera. Jesús es el autor, el originador, de toda la fe. Él originó la fe de Abel, de Enoc, de Noé, de Abraham, de David, de Pablo y la nuestra. El enfoque de la fe también es quien la origina. Pablo lo explica: “Nuestros padres... todos comieron el mismo alimento espiritual, y todos bebieron la misma bebida espiritual; porque bebían de la roca espiritual que los seguía, y la roca era Cristo” (1 Co. 10:1, 3-4). Miqueas había predicado la misma verdad cientos de años antes de Pablo. “Pero tú, Belén Efrata, pequeña para estar entre las familias de Judá, de ti me saldrá el que será Señor en Israel; y sus salidas son desde el principio, desde los días de la eternidad” (Mi. 5:2).

Pero creo que el significado principal de *archēgos* aquí es el de líder o ejemplo principal. Jesucristo es nuestro ejemplo preminente de fe. “Fue tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado” (He. 4:15). Jesús vivió la vida de fe suprema. Cuando el diablo le tentó en el desierto, cada una de las respuestas de Jesús fue una expresión de confianza en su Padre y su Palabra. Él no iba a pasar por alto la voluntad de Dios solo para obtener comida o para probar el señorío o protección del Padre (Mt. 4:1-10). Iba a esperar hasta que el Padre supliera, le protegiera o le dirigiera. Cuando la tentación terminó, su Padre le proveyó enviándole ángeles que le sirvieran. Confió en su Padre implícitamente, por todo y en todo. “No puedo yo hacer nada por mí mismo; según oigo, así juzgo; y mi juicio es justo, porque no busco mi voluntad, sino la voluntad del que me envió, la del Padre” (Jn. 5:30).

En el huerto de Getsemaní, justo antes del arresto, juicio y crucifixión, Jesús dijo al Padre: “Padre mío, si es posible, pase de mí esta copa; pero no sea como yo quiero, sino como tú” (Mt. 26:39). Cualquiera que fuera la probabilidad de dificultad o sufrimiento, Él confiaba en su Padre. La voluntad del Padre era para lo cual Él vivía y por lo que moriría. Fue lo único que Jesús consideró. La fe de todos los héroes juntos del capítulo 11 no podía igualarse a la del Hijo de Dios. Ellos fueron testimonios y ejemplos maravillosos de fe, pero Jesús es un ejemplo aun más maravilloso. La fe de aquellos fue verdadera y aceptable a Dios; la de Él era perfecta e incluso más aceptable. De hecho, sin la fidelidad de Jesús, la fe de ninguno contaría para nada. Porque si la fe perfecta de Jesús no le hubiera llevado a la cruz, nuestra fe sería en vano, pues no habría entonces sacrificio por nuestros pecados ni justicia que contara a nuestro crédito.

Además de que Jesús es el autor de la fe, también es su consumidor (*teleiōtēs*) el que la completa. Continuó confiando en su Padre hasta que pudo decir: “Consumado es” (Jn. 19:30). Estas palabras, junto con “Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu” (Lc. 23:46), fueron las últimas de Jesús antes de morir. Terminó su obra no solamente en el sentido de completarla, sino de hacerla perfecta. Si un compositor muere mientras escribe una obra maestra, su trabajo se acaba, pero su obra no se finaliza. En la cruz, la obra de Jesús quedó consumada: se hizo perfecta. Su obra logró exactamente lo que debía lograr porque, desde el nacimiento hasta la muerte, entregó toda su vida en las manos de su Padre. Nadie ha caminado nunca en la fe como Jesús.

El mundo siempre se ha burlado de la fe, igual que se burlaron de la fe de Jesús. “Confió en Dios; libréle ahora si le quiere; porque ha dicho: Soy Hijo de Dios” (Mt. 27:43). Pero en la fe, Jesús sufrió la cruz, menospreciando el oprobio. ¿Por qué no debemos confiar también en Dios para todo, si no hemos comenzado a sufrir lo que Cristo sufrió? “Porque aún no habéis resistido hasta la sangre, combatiendo contra el pecado” (He. 12:4). Jesús nos ha dejado tan alto ejemplo de fe que es en este que debemos poner nuestros ojos en tanto que vivamos. Es bueno observar los ejemplos de la nube de testigos del Antiguo Testamento, pero es imperativo que fijemos nuestros ojos en Jesús (cp. 2 Co. 3:18).

EL FINAL DE LA CARRERA

El cual por el gozo puesto delante de él sufrió la cruz, menospreciando el oprobio, y se sentó a la diestra del trono de Dios. (12:2b)

En los antiguos juegos ístmicos de Grecia, había un pedestal al final de la línea y de él pendía una corona, el premio del ganador. Nadie corre una carrera sin la expectativa de la recompensa. Quizás la recompensa no sea más que una cinta, trofeo o corona de laurel. Quizás sea un premio de gran cantidad de dinero. A veces la recompensa es fama y reconocimiento. A veces es un cuerpo sano. Ocasionalmente, también se corre la carrera por pura euforia.

Sin embargo, las carreras ístmicas y la carrera referida en Hebreos 12 no se corrían por la euforia. Este es el tipo de carrera *agōn*, de agonía, maratón, que parece no terminar nunca. No es una carrera que se corra por el gusto de hacerlo. Si no tiene usted algo importante en lo que ponga la mirada al final de esta carrera, probablemente no la comenzará y ciertamente no la terminará.

Jesús no corrió su carrera de fe por el placer de la carrera como tal, aunque debió haber experimentado gran satisfacción al ver las personas sanadas, consoladas, acercándose a la

fe y comenzando el camino de crecimiento espiritual. Pero no dejó la presencia de su Padre ni su gloria celestial, no soportó la tentación ni la oposición feroz de Satanás; no sufrió ridículo, desprecio, blasfemia, tortura y crucifixión por sus enemigos; no experimentó la incomprensión y la negación de sus propios discípulos; por los pocos placeres y satisfacciones, cualesquiera que fueran, que tuvo mientras estaba en la Tierra. Su motivación era infinitamente mayor.

Solo aquello al final de la carrera podría haber motivado a Jesús para dejar lo que dejó y soportar lo que soportó. Jesús corrió por dos cosas: por el gozo puesto delante de él y para sentarse a la diestra del trono de Dios. Corrió por el gozo de la exaltación. Jesús dijo esto en su oración sacerdotal al Padre: “Yo te he glorificado en la tierra; he acabado la obra que me diste que hiciese. Ahora pues, Padre, glorifícame tú al lado tuyo, con aquella gloria que tuve contigo antes que el mundo fuese” (Jn. 17:4-5). Jesús obtuvo su recompensa glorificando al Padre mientras estuvo en la Tierra, y glorificó a Dios exhibiendo totalmente los atributos del Padre y haciendo completamente la voluntad del Padre.

El premio por el cual deben correr los cristianos no es el cielo. Si somos cristianos verdaderamente, si pertenecemos a Dios por la fe en Jesucristo, el cielo ya es nuestro. Corremos por el mismo premio que corrió Jesús, lo alcanzamos de la misma forma en que Él lo alcanzó. Corremos por el gozo de la exaltación que Dios nos prometió si le glorificábamos en la Tierra como lo hizo su Hijo. Y glorificamos a Dios permitiendo que sus atributos brillen a través nuestro y obedeciendo su voluntad en todo lo que hacemos.

Cuando esperamos con ilusión la recompensa celestial al servicio fiel, la alegría será nuestra ahora. Pablo se refirió a sus conversos como su “gozo y corona” (Fil. 4:1) y su “esperanza, o gozo, o corona de que [se gloría]” (1 Ts. 2:19). Tenía alegría presente por causa de la promesa futura. Aquellos que había ganado para el Señor evidenciaban que había glorificado a Dios en su ministerio. El gozo en esta vida nos lo da la confianza de la recompensa en la siguiente.

Incluso si sufrimos para el Señor, debemos estar en capacidad de decir así con Pablo: “me gozo y regocijo con todos vosotros” (Fil. 2:17). Y aunque, como Pablo, aún no somos perfectos, también debemos olvidar lo que queda atrás y avanzar a lo que está adelante, continuando “al premio del supremo llamamiento de Dios en Cristo Jesús” (3:13-14). Deberíamos ser capaces de anhelar el día en que nuestro Señor nos diga: “Bien, buen siervo y fiel... entra en el gozo de tu señor” (Mt. 25:21). Dice el apóstol: “Por lo demás, me está guardada la corona de justicia, la cual me dará el Señor, juez justo, en aquel día; y no sólo a mí, sino también a todos los que aman su venida” (2 Ti. 4:8). Y cuando

lleguemos al cielo, podemos unirnos a los veinticuatro ancianos, lanzando nuestras “coronas delante del trono, diciendo: Señor, digno eres de recibir la gloria y la honra y el poder” (Ap. 4:10-11).

Cuando Jesús fue a la cruz, soportó todo lo que aquella exigía. Despreció la vergüenza y la aceptó voluntariamente, por la recompensa del Padre y la alegría de anhelar que se la entregaran. A medida que corremos la carrera de la vida cristiana, podemos correr anhelando alegremente esa misma recompensa: la corona de justicia que un día lanzaremos a sus pies como evidencia de nuestro amor eterno por Él.

LA EXHORTACIÓN

Considerad a aquel que sufrió tal contradicción de pecadores contra sí mismo, para que vuestro ánimo no se canse hasta desmayar. (12:3)

Debemos leer este versículo cuando nos cansemos en la carrera, cuando nuestra fe se agote y creamos que Dios nos ha dado la espalda, cuando parezca que nunca saldremos del caos en que estamos y estemos seguros de que nuestra fe no aguantará mucho más. Parte del propósito de poner nuestros ojos en Jesús es el mismo de considerar la grande nube de testigos: nuestro estímulo. Aquellos santos fueron héroes de la fe; Él es el epítome de la fe. Nada de lo que estemos llamados a soportar se comparará a lo que Él tuvo que soportar. Él es el Hijo de Dios divino, pero cuando estaba en la Tierra no vivió en su propio poder y voluntad, sino en la del Padre. De otra manera, no podría ser nuestro ejemplo. Y a menos de que, por el Espíritu Santo, estemos en capacidad verdadera de vivir en la misma manera que Él lo hizo, su vida no será un ejemplo, sino un ideal imposible para que se mofen de nosotros y nos juzguen.

Nos regocijamos porque un día viviremos “juntamente con Él” (1 Ts. 5:10), pero también debemos regocijarnos porque vivimos como Él justo ahora. No vivimos en nuestro propio poder, sino en el suyo; tal como en la Tierra Él no vivió en su propio poder, sino en el del Padre. Podemos decir con Pablo: “Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí” (Gá. 2:20).

34 La disciplina de Dios (12:4-11)

Porque aún no habéis resistido hasta la sangre, combatiendo contra el pecado; y habéis ya olvidado la exhortación que como a hijos se os dirige, diciendo: Hijo mío, no menosprecies la disciplina del Señor, ni desmayes cuando eres reprendido por él; porque el Señor al que ama, disciplina, y azota a todo el que recibe por hijo. Si soportáis la disciplina, Dios os trata como a hijos; porque

¿qué hijo es aquel a quien el padre no disciplina? Pero si se os deja sin disciplina, de la cual todos han sido participantes, entonces sois bastardos, y no hijos. Por otra parte, tuvimos a nuestros padres terrenales que nos disciplinaban, y los venerábamos. ¿Por qué no obedeceremos mucho mejor al Padre de los espíritus, y viviremos? Y aquéllos, ciertamente por pocos días nos disciplinaban como a ellos les parecía, pero éste para lo que nos es provechoso, para que participemos de su santidad. Es verdad que ninguna disciplina al presente parece ser causa de gozo, sino de tristeza; pero después da fruto apacible de justicia a los que en ella han sido ejercitados. (12:4-11)

Todos los judíos a quienes está dirigida la carta a los hebreos estaban sufriendo persecución por su ruptura con el judaísmo. Sus amigos y familiares, los cuales se ofendían porque le hubieran dado la espalda a las tradiciones y usos religiosos en que habían nacido y crecido, eran sus perseguidores. Les dice a los lectores que recuerden “los días pasados, en los cuales, después de haber sido iluminados, [sostuvieron] gran combate de padecimientos; por una parte, ciertamente, con vituperios y tribulaciones [fueron] hechos espectáculo; y por otra, [llegaron] a ser compañeros de los que estaban en una situación semejante” (10:32-33). Hasta los judíos incrédulos que estaban en la iglesia habían sufrido porque se les asociaba con los cristianos.

La aflicción en gran parte había tomado la forma de presión económica y social, aunque algunos de ellos terminaron encarcelados (10:34). Podemos imaginar los argumentos que oyeron para rechazar la nueva fe. “Miren en la que se metieron. Se hicieron cristianos y todo lo que han tenido son problemas, críticas, dificultades y sufrimiento. Han perdido a sus amigos, sus familias, sus sinagogas, sus tradiciones, su herencia... ¡todo!”.

Como hemos visto, aquellos que habían hecho meras confesiones de fe, estaban en peligro de volver al judaísmo, de apostatar, por esta presión. Los creyentes verdaderos estaban en peligro de que su fe se debilitara seriamente practicando de nuevo rituales y ceremonias del antiguo pacto.

Tal vez algunos creyentes se preguntarían por qué estaban sufriendo tanto si su Dios era un Dios de poder y paz. “¿Por qué no estamos obteniendo la victoria sobre nuestros enemigos, en lugar de que sean ellos quienes parezcan llevar la delantera? ¿Dónde está el Dios que supuestamente supliría todas nuestras necesidades, nos respondería las preguntas y llenaría nuestras vidas? ¿Por qué cuando nos volvimos al Dios de amor todos empezaron a odiarnos?”.

La última sección del capítulo 11 comienza a responder preguntas como estas y también aporta un fundamento para las exhortaciones de 12:4-11. Sufrir por Dios no era algo nuevo. Los santos del Antiguo Testamento habían conocido lo que era sufrir por su fe. Enfrentaron guerras, debilidades, torturas, azotes, prisiones, lapidaciones, destitución y toda clase de aflicción, todo por su confianza en el Señor (11:34-38). Y a pesar de todo esto, no recibieron la plenitud de la bendición prometida a los creyentes bajo el nuevo pacto, como que el Espíritu Santo habitara en ellos, el conocimiento del pecado completamente perdonado y las conciencias en paz. Estos héroes del pasado “no recibieron lo prometido” y aun así soportaron con valentía y “alcanzaron buen testimonio mediante la fe” (v. 39). Enfrentaron las aflicciones con la actitud correcta, lo cual se les aconseja hacer a los lectores de Hebreos: correr la carrera de la fe como sus antepasados lo hicieron (12:1).

Más importante, debían poner los ojos en Jesús, el cual había entregado más y había sufrido más que ningún otro. Una de las razones por las cuales “sufrió tal contradicción de pecadores contra sí mismo” fue para que sus seguidores no se cansen hasta desmayar (12:3). Podían mirar su ejemplo para obtener fuerzas.

Porque aún no habéis resistido hasta la sangre, combatiendo contra el pecado. (12:4)

Ninguno de los hebreos sufrientes a quienes iba dirigida esta carta había sufrido lo que Cristo sufrió. Ninguno había dado su vida por el evangelio. Ni había vivido alguno una vida absolutamente libre de pecado como lo había hecho Jesús, viviendo en obediencia perfecta al Padre y no mereciendo así ningún castigo. Por el contrario, algunos de sus sufrimientos eran merecidos y su objetivo era hacer crecer y disciplinarlos espiritualmente.

La palabra clave de 12:4-11 es disciplina, usada como nombre y como verbo. Viene del griego *paideia* que, a su vez, viene de [*pais*] (“niño”) y denota la formación de un niño. La palabra es un término amplio cuyo significado es cualquier cosa que hagan los padres y los maestros para formar, corregir, cultivar y educar a los niños de modo que les ayuden

a desarrollarse y a madurar como deben hacerlo. Se usa nueve veces en estos ocho versículos.

La ilustración cambia de una carrera a una familia. La vida cristiana requiere correr, trabajar, pelear y soportar. También forman parte de ella las relaciones, especialmente nuestra relación con Dios y con los creyentes. El énfasis de este pasaje está en el uso que da el Padre celestial a la disciplina en la vida de sus hijos.

PROPÓSITOS DE LA DISCIPLINA

Dios usa las dificultades como medio para disciplinar, para formar a sus hijos, para ayudarles a madurar en sus vidas espirituales. Él tiene tres propósitos específicos con su disciplina: castigo, prevención y educación.

Debemos darnos cuenta de que hay una gran diferencia entre la disciplina de Dios y su castigo de juicio. Como cristianos tenemos que sufrir con frecuencia las consecuencias dolorosas de nuestros pecados, pero nunca experimentaremos el juicio de Dios por ellos. Tal castigo lo tomó Cristo por completo en la crucifixión, y Dios no requiere doble pago por ningún pecado. Aunque merecemos el castigo airado de Dios por nuestros pecados, nunca tendremos que enfrentarlo, porque Jesús ya lo sufrió por nosotros. Ni el amor de Dios ni su justicia le permitirían exigir un pago por algo que su Hijo ya pagó por completo. En la disciplina, Dios no es un juez, sino un Padre (cp. Ro. 8:1).

CASTIGO

Experimentamos algo de la disciplina de Dios como resultado directo de nuestro pecado, pero el castigo es correctivo, no de juicio. Es castigo, claro que sí, pero no como el que reciben los incrédulos.

Dios castigó con severidad a David por su lujuria con Betsabé, y los resultantes adulterio y homicidio. La mayoría de los reyes hacía esta clase de cosas, y peores. Se consideraba un privilegio real. Pero, sin importar lo que alguna cultura tolerara, nadie en el pueblo de Dios tiene el derecho a pecar, ni siquiera su rey ungido, aquel de quien había dicho que era conforme a su corazón. De hecho, los bendecidos e iluminados por Dios tienen menos justificación para pecar. En consecuencia, Dios disciplinó a David no con ira, sino con amor. El pecado de David no le costó su salvación, aunque sí le resultara muy costosa por la pérdida de su hijo con Betsabé y los dolores incontables con varios de sus hijos. Pasó años de angustia que de otra manera no habría experimentado. Dios le dijo a David, por medio del profeta Natán lo siguiente por causa de su pecado (en realidad, serie de

pecados): “Ahora no se apartará jamás de tu casa la espada, por cuanto me menospreciaste, y tomaste la mujer de Urías heteo para que fuese tu mujer” (2 S. 12:10). Puede ser que incluso la prohibición para que construyera el templo fuera resultado indirecto de este pecado, pues fue por las guerras que Dios le negó este privilegio (1 Cr. 22:8).

Con todo, David fue mejor por la disciplina de Dios. Dios tenía un propósito con la disciplina: que su siervo se acercara más a Él, convencerlo de no pecar de nuevo y ayudarlo a crecer y madurar.

La iglesia de Corinto era particularmente inmadura y carnal. Entre otras cosas, muchos creyentes abusaban de la Santa Cena. La estaban utilizando como excusa para hacer fiesta e incluso para embriagarse (1 Co. 11:20-22). Pablo los reprendió con fuerza y les dijo claramente que por su pecado algunos estaban débiles, enfermos y otros inclusive habían muerto (v. 30). El Señor les estaba disciplinando para que no resultaran condenados con el mundo (v. 32).

Cuando disciplinamos a nuestros hijos, aun por las cosas serias, no los expulsamos de la familia. Les disciplinamos para corregir su comportamiento, no para repudiarlos. Dios tampoco nos expulsa de su familia cuando nos disciplina a nosotros sus hijos. Quiere acercarnos más profundamente a la comunión con su familia.

Con frecuencia nos resulta tan difícil ver lo bueno cuando Dios nos castiga, tal como les resulta verlo a nuestros hijos cuando nosotros los castigamos a ellos. Pero por cuanto Él es nuestro Padre celestial amoroso, sabemos que no hará nada para lastimarnos. Su disciplina puede doler, pero no lastima. Es lo mejor que el Señor puede hacer por nosotros cuando pecamos. Evita que volvamos a pecar.

Dios dice lo siguiente: “Si dejaren sus hijos mi ley, y no anduvieren en mis juicios, si profanaren mis estatutos, y no guardaren mis mandamientos, entonces castigaré con vara su rebelión, y con azotes sus iniquidades” (Sal. 89:30-32). Pero el otro lado de la promesa del castigo es la promesa de la fidelidad a su pacto: “Mas no quitaré de él mi misericordia, ni falsearé mi verdad. No olvidaré mi pacto, ni mudaré lo que ha salido de mis labios” (vv. 33-34). Cuando Dios castiga, no está rechazando, sino corrigiendo.

PREVENCIÓN

A veces Dios disciplina para prevenir el pecado. Tal como nosotros ponemos restricciones y límites, y a veces cercas literales, alrededor de nuestros hijos para evitar que se lastimen, Dios también lo hace con nosotros. No permitimos que nuestros hijos jueguen en calles

congestionadas, con fósforos o que se lancen a la piscina sin que alguien los esté viendo. Dios también pone cercas alrededor de sus hijos para protegerlos. Lo que puede parecernos terriblemente inconveniente o difícil puede ser la mano protectora y amorosa de Dios.

Si algo pudiera decirse del apóstol Pablo es que era disciplinado. También era genuinamente sencillo, siempre cuidadoso de dar el mérito al Señor por cualquier milagro o bondad que hubiera hecho. Aun así, Pablo nos dice que Dios le dio un aguijón en la carne para evitar que se exaltara (2 Co. 12:7). Dios permitió que este “mensajero de Satanás” abofeteara a Pablo no porque su amado y fiel apóstol fuera orgulloso, sino para evitar que se volviera orgulloso. El aguijón en la carne estaba ahí para proteger su bienestar espiritual. Pablo no disfrutaba el aguijón y rogó tres veces al Señor que se lo quitara. Pero cuando Dios le dijo: “Bástate mi gracia; porque mi poder se perfecciona en la debilidad”, Pablo aceptó con alegría el aguijón y, de hecho, se gloriaba en este (vv. 8-9). Aprendió que Dios no solo usaba este aguijón, sino muchas otras aflicciones, para hacerle mejor. “Por lo cual, por amor a Cristo me gozo en las debilidades, en afrentas, en necesidades, en persecuciones, en angustias; porque cuando soy débil, entonces soy fuerte” (v. 10). Pablo estaba agradecido con el Señor porque su disciplina le había hecho mejor. Es una de las bendiciones de Dios, aunque no tan atractiva como otras.

Nuestra enfermedad, nuestra falta de éxito en los negocios u otros problemas, pueden ser la forma en la cual Dios nos guarda de algo mucho peor. Si los hijos de Dios aceptaran su disciplina preventiva con mayor disposición y agradecimiento, Él tendría menos necesidad de administrar su disciplina correctiva.

EDUCACIÓN

Además de castigar y prevenir, la disciplina de Dios también nos educa para un mejor servicio y una mejor vida. Esta nos enseñará, si escuchamos qué dice Él por medio de ella.

Primero de todo, la disciplina nos puede ayudar a conocer mejor el poder y la suficiencia de Dios. A veces Dios puede llamar nuestra atención más fácilmente por medio de la aflicción que a través de la bendición. La prosperidad tiene una forma de hacernos sentir satisfechos e independientes, mientras que los problemas nos suelen hacer más conscientes de nuestra necesidad del Señor. Le necesitamos tanto cuando las cosas van bien como cuando no van bien, pero suele ocurrir que no sentimos que lo necesitamos hasta que nos enfrentamos a nuestra propia indefensión.

Dios mismo declaró que Job era “hombre perfecto y recto, temeroso de Dios y apartado del mal” (Job 1:1). Aun así, Dios permitió que sufriera dolor, pérdida, pena, enfermedad y ridículo, de forma tal que el aguijón en la carne de Pablo, cualquiera que fuese, parece insignificante en comparación. Como el aguijón de Pablo, las aflicciones de Job eran mensajeros de Satanás y llegaron a Job por aprobación divina (1:12; 2:6). Job atravesó este sufrimiento horrible y “no pecó Job con sus labios” (2:10).

Claramente, la disciplina de Job no fue un castigo ni fue preventiva. Fue enviada para educar aun más a Job en los caminos y el carácter del Señor. Fue un proceso lento. Job no pecó durante todo su sufrimiento, pero no entendía el porqué del sufrimiento. Intentó descubrir por su propia cuenta por qué estaba pasando por tan difícil momento. Sabía que no era por su pecado, y sabía que Dios no era malvado ni caprichoso. Pero no estaba dispuesto a aceptar su sufrimiento. Job lo soportó, pero no lo aceptó hasta que, después de dos largas conversaciones con Dios, reconoció que no necesitaba saber las razones de todo lo que le ocurriera. Dios es soberano, omnisciente y omnipotente. Job no aprendió durante sus sufrimientos la razón para ellos, sino que Dios es supremamente grande y maravilloso. Aprendió “cosas demasiado maravillosas... que... no comprendía” y le confesó a su Señor: “De oídas te había oído; mas ahora mis ojos te ven. Por tanto, me aborrezco, y me arrepiento en polvo y ceniza” (42:3, 5-6).

A través de su gran y, al parecer, interminable sufrimiento, Job obtuvo una perspectiva magnífica de Dios. Experimentó su majestad santa, su liberación, su cuidado, su poder, su consejo, su defensa... todo por medio de su disciplina. Job también aprendió una gran lección sobre sí mismo: que su sabiduría no era la de Dios. Aprendió a confiar en Dios por quien Él es, no por lo que pudiera ver o comprender. Cuando mejor vemos a Dios, mejor nos vemos a nosotros mismos.

La disciplina también puede enseñar compasión por los demás. Una vez más, la experiencia de Job es una ilustración perfecta. “Y quitó Jehová la aflicción de Job, cuando él hubo orado por sus amigos; y aumentó al doble todas las cosas que habían sido de Job.” (Job 42:10). Por medio de las dificultades Job vio a Dios más claramente, y también se vio a sí mismo y a otros más claramente. Se volvió más sensible y comprensivo. Aprendió bastantes cosas en la escuela de sufrimiento de Dios.

Cuando tenemos dificultades, problemas, angustias, deberíamos preguntarnos —mejor aún, pedirle a Dios que nos muestre— si nos está disciplinando como castigo, prevención o educación. Sin embargo, cuando preguntamos deberíamos recordar a Job y darnos cuenta de que Dios podría no mostrarnos la razón tan rápida o claramente como

quisiéramos. Siempre podemos estar seguros de que su disciplina nos corregirá, protegerá o instruirá. Cualquiera que sea la razón, será para nuestro bien y debemos estar agradecidos.

Solo la fe puede llevarnos a apreciar la disciplina, sea del tipo que sea. Estamos en condiciones de ver lo que pasa detrás del escenario en el sufrimiento de Job, porque las Escrituras proporcionan un retrato vívido de la actuación tanto de Satanás como de Dios. Pero Job no tenía ese conocimiento. Hasta donde podemos decir por el relato bíblico, Job murió sin saber exactamente por qué había sufrido tanto. Cuando finalmente reconoció la soberanía, omnipotencia y bondad de Dios en todo, fue por la fe. Pudo ver a Dios con más claridad (42:5), pero no vio los porqués y los motivos con más claridad. Cuando entendemos y confiamos en Dios más profundamente, quedamos satisfechos con el conocimiento que nos da, sin importar cuán limitado sea.

OLVIDAR LA PALABRA DE DIOS

Y habéis ya olvidado la exhortación que como a hijos se os dirige, diciendo: Hijo mío, no menosprecies la disciplina del Señor, ni desmayes cuando eres reprendido por él. (12:5)

El olvido produce una cantidad de problemas y angustias innecesarias. Nuestra mayor necesidad no es la de una nueva luz divina, sino de prestar atención a la que ya tenemos. Cuando la Palabra de Dios se rechaza, también se olvida. A veces la respuesta o ayuda que necesitamos está en una verdad que aprendimos tiempo atrás pero que se nos ha olvidado.

Los judíos del Nuevo Testamento habían olvidado muchas cosas del Antiguo. Habían olvidado que a Dios no le agradó nunca nada aparte de la fe, y habían olvidado que muchos de los santos que Él había escogido habían sufrido grandemente por su fe. Ahora se nos recuerda que también habían olvidado la enseñanza de Proverbios 3:11-12 sobre la disciplina divina.

Sufrir por Dios no era nada novedoso. Recibir la disciplina de Dios tampoco. Aquellos judíos estaban molestos por sus aflicciones, en parte porque habían olvidado la Palabra de Dios. En el Antiguo Testamento, no solo les había hablado Dios de sufrimientos y disciplina, sino que les había hablado como a hijos. Habían olvidado más que las verdades divinas, habían olvidado la exhortación de su Padre celestial. Volver a las Escrituras es escuchar a Dios, porque las Escrituras son su Palabra. Para los creyentes, es la Palabra del Padre.

Tal exhortación olvidada nos habla de dos peligros de la disciplina: menospreciarla y desmayar por causa de ella.

PELIGROS DE LA DISCIPLINA

Hijo mío, no menosprecies la disciplina del Señor. (12:5b)

MENOSPRECIARLA

Lo primero que puede evitar que Dios alcance lo que quiere que se cumpla en nuestras vidas es menospreciar su disciplina. Si no entendemos nuestros problemas como disciplina que el Señor envía para nuestro bien, no podemos beneficiarnos de ellos, como Él pretende. Nuestras reacciones no pueden ser correctas si nuestra perspectiva de lo que está ocurriendo no lo es. La debilidad espiritual que se menciona en este versículo no es que menospreciemos los problemas, sino que menospreciamos la disciplina del Señor por medio de ellos. Suele pasar que por darle mucho valor a los problemas terminamos menospreciando la disciplina del Señor. Nuestro enfoque está en la experiencia, no en nuestro Padre celestial y en lo que quiere hacer para nosotros a través de la experiencia.

Podemos menospreciar la disciplina de Dios en muchos sentidos. Podemos insensibilizarnos con Dios y su Palabra, de modo que cuando esté haciendo algo en nosotros o por nosotros, no reconozcamos su mano ello. Cuando nos insensibilizamos, la disciplina nos endurece, en lugar de suavizarnos. También podemos menospreciar la disciplina de Dios quejándonos. En este caso no nos olvidamos de Dios; de hecho, nuestra atención está en Él, pero de una manera equivocada. En lugar de soportar pacientemente, como los héroes santos, nos quejamos y refunfuñamos. No acusamos a Dios de nada equivocado, al menos no con muchas palabras. Pero quejarse ante Dios equivale a ello, a creer que no está haciendo algo bien. La preocupación no llega por nada que no sea la incredulidad, la falta de confianza en que Dios hará todo lo correcto, especialmente por sus hijos.

Arthur Pink comenta: “Recuérdese cuánta escoria queda aún entre el oro, vea la corrupción de su propio corazón y maravílese de que Dios no le ha afligido con mayor severidad. Hágase al hábito de seguir sus pasos y será menos probable que reciba sus zarpazos”.

Podemos evitar que Dios logre el resultado deseado de la disciplina por estar cuestionando. Como la queja, estar cuestionando muestra una clara falta de fe. Cuando un hijo le pregunta a sus padres: “¿Por qué?”, por lo general no está buscando una razón, sino

que está retándolos para que justifiquen lo que quieren que él haga. De la misma forma, cuestionar a Dios implica que Él no está justificado para hacer lo que quiera con nosotros.

Incluso cuando reconozcamos nuestra disciplina como disciplina, podemos preguntarnos si es de la clase correcta, de la severidad correcta, de la duración correcta o si llegó en el momento adecuado. Si le pegamos a nuestro hijo, quizás piense que quedarse sin cena hubiera sido mejor castigo. Si lo castigamos sin salir dos días, quizás crea que no haberle dado el dinero de una semana habría sido más apropiado. Por supuesto, la disciplina de un padre nunca es perfecta, pero lo más probable es que sea más apropiada de lo que el niño reconoce. Necesitamos reconocer que la disciplina de Dios siempre es la disciplina correcta, la perfecta. Exactamente la que necesitamos.

Tal vez el mayor peligro al menospreciar la disciplina de Dios es la indiferencia. Cuando no nos importa qué propósito tiene Dios con la disciplina o cómo podemos beneficiarnos de ella, su disciplina no puede ser eficaz. Se vuelve como una bendición que no usamos. Nos la da para nuestro beneficio y su gloria, pero no la usamos para ninguna de las dos cosas. Frustramos el propósito de la disciplina por la indiferencia espiritual.

DESMAYAR

Ni desmayes cuando eres reprendido por él. (12:5c)

Algunos terminan tan agotados con sus problemas que se rinden; se desesperan, se deprimen, desmayan. Llegan a ser espiritualmente inertes, indiferentes a qué está haciendo Dios o a por qué lo está haciendo. No son insensibles, no se quejan, no cuestionan ni son indiferentes. Simplemente están inmovilizados. Se rinden y desploman. El salmista tuvo esta experiencia y clamó para sí: “¿Por qué te abates, oh alma mía, y por qué te turbas dentro de mí?”. Conocía su problema y también conocía la cura, por lo que continúa diciendo: “Espera en Dios; porque aún he de alabarle, Salvación mía y Dios mío” (Sal. 42:11). La cura para la desesperanza es la esperanza en Dios. No es necesario que el hijo de Dios desmaye por la disciplina divina. Dios nos la dio para fortalecernos, no para debilitarnos; para animarnos, no para desalentarnos; para edificarnos, no para derribarnos.

Cuando la menospreciamos o nos insensibilizamos, no permitimos que la disciplina de Dios logre su propósito en nosotros y Satanás sale victorioso. El propósito de Dios se pierde, junto con nuestra bendición.

PRUEBAS EN LA DISCIPLINA

Porque el Señor al que ama, disciplina, y azota a todo el que recibe por hijo. Si soportáis la disciplina, Dios os trata como a hijos; porque ¿qué hijo es aquel a quien el padre no disciplina? Pero si se os deja sin disciplina, de la cual todos han sido participantes, entonces sois bastardos, y no hijos. (12:6-8)

Para el cristiano que responde a la disciplina del Señor, esta prueba dos cosas: el amor de Dios y que somos sus hijos.

PRUEBA EL AMOR DE DIOS

En lo primero que debemos pensar cuando estamos sufriendo es en el amor de nuestro Padre, porque el Señor al que ama, disciplina. No le podemos probar esto a nadie, ni siquiera a nosotros mismos, sino por la fe. Por la razón o el entendimiento humano podemos probar aun menos que estamos recibiendo disciplina por el amor de Dios. Pero la fe lo prueba. La lógica de la fe es sencilla: “Somos hijos de Dios. Dios ama a sus hijos y, por su propia naturaleza y su propio pacto, está obligado a hacerles solamente el bien. Por lo tanto, recibamos lo que recibamos de la mano divina, su disciplina inclusive, proviene del amor de Dios”. El Padre celestial, más que cualquier padre terrenal, quiere que sus hijos sean rectos, maduros, obedientes, competentes, responsables, capaces y confíen en Él. En tales formas, y muchas más, nos beneficiamos cuando aceptamos su disciplina.

Pablo nos dice que estemos “arraigados y cimentados en amor” (Ef. 3:17), esto es, tener la plena confianza en que Dios no puede hacer nada sin su amor por nosotros ni en contra de este. Dios ama continuamente, seamos conscientes de ello o no. Sin embargo, cuando somos conscientes de ello, puede conseguir infinitamente más bien en nosotros y por nosotros. En lugar de mirar nuestros problemas, miramos el amor de nuestro Padre y le agradecemos porque incluso las tribulaciones son prueba de su amor.

A alguien le preguntaron por qué miraba por encima de una pared y respondió: “Porque no puedo ver a través de ella”. Cuando los cristianos no pueden ver a través del muro del dolor, la confusión, la dificultad o el desespero, solo necesitan mirar por encima de la pared, a la cara de su amoroso Padre celestial.

Tal como el amor de Dios nos predestinó (Ef. 1:4-5) y nos redimió (Jn. 3:16), también nos disciplina.

Los niños siempre se han preguntado por qué los padres insisten en decirles: “Este castigo me duele más a mí que a ti”. La idea es difícil de aceptar para un niño hasta que se hace

padre. A un padre amoroso de verdad le duele tener que disciplinar a su hijo. El padre no recibe alegría ni gratificación alguna por causa de la disciplina como tal, sino por el beneficio futuro para su hijo.

Dios es más amoroso que cualquier padre humano y sufre cuando debe disciplinar a sus hijos. “Porque el Señor no desecha para siempre; antes si aflige, también se compadece según la multitud de sus misericordias; porque no aflige ni entristece voluntariamente a los hijos de los hombres” (Lm. 3:31-33). El Señor es tierno y cuidadoso en su disciplina. Nada es más sensible que el amor. Como Dios ama con amor infinito, es infinitamente sensible a las necesidades y sentimientos de sus hijos. Sufre cuando sufrimos. No le alegra la disciplina dolorosa de sus hijos como no le alegra la muerte de los incrédulos (Ez. 18:32). Tampoco nos disciplinará más de lo debido o de lo que soportemos como tampoco permitirá que seamos tentados más allá de lo que podemos resistir (1 Co. 10:13). No nos disciplina para acongojarnos, sino para mejorarnos.

Dios sufre cuando sufrimos, cualquiera que sea la razón. “En toda angustia de ellos él fue angustiado” (Is. 63:9). Todo lo que Israel pasó, el Señor lo pasó con él. Todo lo que sufrió, el castigo por sus pecados inclusive, también el Señor lo sufrió con él. Dios no nos entiende tan solo por habernos creado, sino porque se identifica con nosotros como nuestro Padre. Podemos estar seguros de que nuestra disciplina le duele más a Él que a nosotros. Y si Él mismo está dispuesto a sufrir por nuestro bien, ¿cómo no podemos estar dispuestos nosotros a soportar el sufrimiento felices y agradecidos?

PRUEBA QUE SOMOS SUS HIJOS

Y azota a todo el que recibe por hijo. Si soportáis la disciplina, Dios os trata como a hijos; porque ¿qué hijo es aquel a quien el padre no disciplina? Pero si se os deja sin disciplina, de la cual todos han sido participantes, entonces sois bastardos, y no hijos. (12:6b -8)

Lo segundo que prueba la disciplina está relacionado con lo primero. Prueba que somos hijos. Todos los hombres están sujetos al castigo divino, pero solo sus hijos reciben su disciplina.

Hay ocasiones en las que todos hemos querido disciplinar a los hijos de alguien más, cuando nos interrumpen o nos irritan. Cuando vemos a un hijo rebelde haciendo pataleta en una tienda, pensamos: “Si me lo llegaran a dejar al menos una semana...”. Pero no tenemos el deseo continuo de disciplinar a hijos que no son nuestros, porque no los

amamos como a los nuestros. La relación no es la misma, por tanto, la preocupación no es la misma.

Además de la motivación del amor, la disciplina se da por obligación. Estamos obligados a disciplinar a nuestros hijos, pero no estamos obligados a disciplinar a los hijos de otros, porque nuestros hijos son nuestra responsabilidad especial y porque la disciplina es para su bien. Dios tiene una relación de pacto con los suyos y está obligado a redimirlos, protegerlos, y bendecirlos. “Porque los montes se moverán, y los collados temblarán, pero no se apartará de ti mi misericordia, ni el pacto de mi paz se quebrantará, dijo Jehová, el que tiene misericordia de ti.” (Is. 54:10).

Podemos saber que somos hijos de Dios porque Él nos guía (Ro. 8:14) y por el testimonio de su Espíritu a nuestro espíritu (8:15-16). Sabemos que somos hijos de Dios por el hecho de haber confiado en Jesucristo. “Mas a todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios” (Jn. 1:12). También por la disciplina sabemos que somos hijos suyos, porque azota a todo el que recibe por hijo. Un hijo indisciplinado es un hijo no amado e infeliz. El amor de Dios no le permitirá que no nos discipline, y su castigo es otra de muchas pruebas de su amor por nosotros y de que somos sus hijos.

El otro lado, el lado trágico, de esta verdad es que Dios no disciplina a quienes no son sus hijos. La frase azota a todo el que recibe por hijo es inclusiva. Ni uno solo de sus hijos se perderá su disciplina amorosa. Sin embargo, a todo el que recibe es exclusiva. Solo quien lo reciba por medio de la fe en Jesús es su hijo.

Azota (*mastigoō*) se refiere a flagelar con un látigo, una antigua práctica judía común (Mt. 10:17; 23:34). Era una paliza severa y muy dolorosa. La enseñanza de Hebreos 12:6b, y de Proverbios 3:12 (del cual está citando) es que la disciplina de Dios puede ser severa en ocasiones. Cuando nuestra desobediencia o apatía son grandes, su castigo será grande.

Los padres suelen desanimarse cuando la disciplina parece no tener efecto. A veces no queremos meternos en ello por nosotros mismos, aunque sabemos que nuestros hijos necesitan la disciplina para su propio bien. Pero si amamos a nuestros hijos, los disciplinaremos mientras estén bajo nuestro cuidado. “El que detiene el castigo, a su hijo aborrece; mas el que lo ama, desde temprano lo corrige” (Pr. 13:24; cp. 23:13-14). Los tribunales de menores son un testimonio constante de que “el muchacho consentido avergonzará a su madre” (Pr. 29:15), además del resto de la familia y la comunidad.

Podemos tener la certeza de que Dios siempre nos disciplinará mientras estemos en esta vida, porque nos ama.

De modo que la disciplina en la vida cristiana no es a pesar de que seamos hijos, sino porque somos sus hijos. Porque ¿qué hijo es aquel a quien el padre no disciplina? Un padre que de verdad ama está absolutamente comprometido a ayudar a que su hijo esté a la mayor altura. ¡Cuánto más nuestro Padre celestial está comprometido con formarnos a su altura y a infligir el dolor para hacer de tal cosa una realidad!

Cuando vemos cómo van de bien algunos incrédulos y cuántos problemas estamos teniendo nosotros, debemos considerarlo una evidencia de que pertenecemos a Dios y ellos no. Si ellos se quedan sin disciplina, son bastardos y no hijos. Debemos lamentarnos por quienes no conocen a Dios; no envidiarlos por su prosperidad, salud, popularidad o atractivo. No deberíamos desearles nuestras pruebas o sufrimientos, sino que deberíamos desear para ellos lo que Pablo dijo a Agripa: “¡Quisiera Dios que por poco o por mucho, no solamente tú, sino también todos los que hoy me oyen, fueseis hechos tales cual yo soy, excepto estas cadenas!” (Hch. 26:29).

Jerónimo dijo algo paradójico que se ajusta a la idea de este pasaje de Hebreos: “La ira más grande de todas es cuando Dios ya no está airado con nosotros”. La aflicción suprema es volverse incorregible o inalcanzable para Dios. Cuando el Señor nos disciplina, deberíamos decir: “Gracias, Señor. Has probado una vez más que me amas y que soy tu hijo”.

PRODUCTOS DE LA DISCIPLINA

Por otra parte, tuvimos a nuestros padres terrenales que nos disciplinaban, y los venerábamos. ¿Por qué no obedeceremos mucho mejor al Padre de los espíritus, y viviremos? Y aquéllos, ciertamente por pocos días nos disciplinaban como a ellos les parecía, pero éste para lo que nos es provechoso, para que participemos de su santidad. Es verdad que ninguna disciplina al presente parece ser causa de gozo, sino de tristeza; pero después da fruto apacible de justicia a los que en ella han sido ejercitados. (12:9-11)

Los dos resultados de la disciplina mencionados en estos versículos están estrechamente relacionados con los tres propósitos de la disciplina sugeridos más arriba. La disciplina de Dios produce vida y santidad.

Es el hijo disciplinado quien respeta a los padres. La forma más segura en que un padre puede perder, o no ganar nunca, el respeto de su hijo es no corregirlo o castigarlo, sin importar cuán terrible sea el comportamiento de su hijo. Aun mientras los hijos están creciendo, saben instintivamente que un padre que los disciplina con justicia es un padre que los ama y se preocupa por ellos. También se dan cuenta de que un padre que siempre les deja hacer lo que quieran, no se preocupa por ellos. Tuvimos a nuestros padres terrenales que nos disciplinaban, y los venerábamos, por lo que aquella disciplina probaba y producía.

VIDA

Si respetábamos a nuestros padres terrenales aun cuando nos disciplinaban, ¿por qué no obedeceremos mucho mejor al Padre de los espíritus, y viviremos? Nuestra respuesta a la disciplina divina no debería ser la resignación resentida, sino la sumisión agradecida y dispuesta. Deberíamos querer beneficiarnos tanto como sea posible de la disciplina de nuestro Padre celestial.

Bajo el antiguo pacto, un hijo que era totalmente rebelde con su padre, uno incorregible o indisciplinado, debía morir lapidado (Dt. 21:18-21). Tal castigo era severo hasta el extremo, pero nos muestra cuán seriamente se toma Dios la obediencia de los hijos a los padres. Creo que Hebreos 12:9 sugiere la misma severidad. La rebeldía persistente de un cristiano contra Dios le puede costar la vida. Pablo habla de creyentes que “duermen”, es decir, que murieron, por participar indignamente de la Santa Cena (1 Co. 11:30). Juan nos dice que hay pecados “de muerte” (1 Jn. 5:16). Santiago implica la misma clase de muerte que resulta directamente del pecado: “Por lo cual, desechando toda inmundicia y abundancia de malicia, recibid con mansedumbre la palabra implantada, la cual puede salvar vuestras almas” (Stg. 1:21). Un cristiano que rechaza la disciplina de Dios, que se niega a beneficiarse de la corrección divina, puede perder la vida por su obstinación.

Sin embargo, más que esto, creo que la enseñanza aquí puede incluir la idea de que cuando obedecemos al Padre de los espíritus, tendremos una vida más rica y abundante. Usted no sabe qué es la victoria mientras no pelee una batalla. No sabe el significado de la libertad mientras no haya estado en prisión. No conoce la alegría del alivio mientras no haya sufrido, o de la sanidad mientras no haya estado enfermo. No sabe de qué se trata la vida mientras no haya experimentado algunos problemas y dificultades.

Una vez le pregunté a un misionero en Indochina si le gustaba vivir allí. La esencia de su respuesta fue: “No creo que pudiera volver a la existencia aburrida de Estados Unidos.

Hemos visto a Dios obrando muchos milagros allí. ¿Por qué queríamos regresar a esta rutina monótona?”. Había pasado por guerra, hambre, enfermedad, sublevaciones políticas y militares, e incontables experiencias adicionales que nosotros haríamos todo por evitar. Pero él sabía que estaba viviendo la plenitud de la presencia de Dios.

“Mucha paz tienen los que aman tu ley, y no hay para ellos tropiezo” (Sal. 119:165). Nadie vive mejor que el creyente que ama la ley y la voluntad de Dios, quien recibe con disposición y alegría todo lo que proviene de la mano de su Padre.

SANTIDAD

Y aquéllos, ciertamente por pocos días nos disciplinaban como a ellos les parecía, pero éste para lo que nos es provechoso, para que participemos de su santidad. (12:10)

Vivir para el Señor es vivir en santidad. El mayor deseo de Dios para nosotros es que seamos santos como Él es santo (1 P. 1:16), que participemos de su santidad.

La disciplina de Dios es siempre perfecta porque Él es perfecto. Los padres humanos nos disciplinan como les parece mejor, pero nuestro mejor intento suele estar errado y siempre es imperfecto. A veces castigamos más por enojo que con amor, y a veces castigamos más severamente de lo que la ofensa merecía. Incluso, a veces castigamos por equivocación a un hijo por algo que no hizo. Nunca voy a olvidar haber castigado a uno de mis hijos por algo que estaba seguro de que él hizo. Cuando se quedó llorando más de lo usual, le pregunté qué le pasaba. Dijo: “Papi, yo no lo hice”. Quedé deshecho y comencé a llorar. Pero el Señor no comete nunca esos errores con sus hijos. Su disciplina es siempre apropiada, siempre en el momento oportuno, de la clase correcta y en el grado correcto. Siempre nos es perfectamente provechosa, para que participemos de su santidad.

Solo hay una clase de santidad, la santidad de Dios. Él es la fuente y la medida de la santidad, que es la separación del pecado. Su mayor deseo para nosotros sus hijos es compartir su santidad con nosotros, que seamos “llenos de toda la plenitud de Dios” (Ef. 3:19). La única forma de estar separados del pecado, y así participar de su santidad y estar llenos de su plenitud, es conformarnos “a la imagen de su Hijo” (Ro. 8:29), lo cual requiere que aceptemos su disciplina como hijos. En cuanto a nuestra posición, ya somos santos, porque estamos justificados. Pero en la práctica nuestra santidad apenas está comenzando. Esa es la obra de la santificación: hacernos santos.

Es verdad que ninguna disciplina al presente parece ser causa de gozo, sino de tristeza; pero después da fruto apacible de justicia a los que en ella han sido ejercitados. (12:11)

La disciplina como tal no pretende ser agradable. Si lo fuera, tendría poco poder de corrección. Por su misma naturaleza, la disciplina no es agradable de administrar ni de soportar. La medicina, la cirugía, la terapia física y otros tratamientos por el estilo que estamos dispuestos a soportar, suelen ser dolorosos, incómodos e inconvenientes. Los soportamos por el resultado final: una mejor salud.

¿Cuánto más deberíamos estar dispuestos a soportar el tratamiento del Señor a nuestras necesidades espirituales, que después da fruto apacible de justicia? Debemos considerar nuestras dificultades como tratamientos espirituales que edifican nuestro carácter y nuestra fe, nuestro amor y nuestra justicia. Nunca parecerá así desde la perspectiva natural, pero, desde la perspectiva de la fe, vemos que la disciplina es una de las bendiciones más ricas y provechosas de Dios para sus hijos.

Alguien escribió: “¿Qué diré entonces? Diré que caigan las lluvias de la desilusión, si van a regar las plantas de la gracia espiritual. Que soplen los vientos de la adversidad, si van a servir para arraigar más fuertemente los árboles que Dios ha plantado. Diré que el sol de la prosperidad se eclipse, si ello ha de acercarme más a la luz verdadera de la vida. Bienvenida, disciplina dulce, disciplina diseñada para mi gozo, disciplina diseñada para hacerme lo que Dios quiere que sea”.

35 No alcanzar la gracia de Dios (12:12-17)

Por lo cual, levantad las manos caídas y las rodillas paralizadas; y haced sendas derechas para vuestros pies, para que lo cojo no se salga del camino, sino que sea sanado. Seguid la paz con todos, y la santidad, sin la cual nadie verá al Señor. Mirad bien, no sea que alguno deje de alcanzar la gracia de Dios; que, brotando alguna raíz de amargura, os estorbe, y por ella muchos sean contaminados; no sea que haya algún fornicario, o profano, como Esaú, que por una sola comida vendió su primogenitura. Porque ya sabéis que aun después, deseando heredar la bendición, fue desechado, y no hubo oportunidad para el arrepentimiento, aunque la procuró con lágrimas. (12:12-17)

Nada en las Escrituras es más importante que la doctrina. Es fundamental para todo lo demás. La doctrina bíblica puede definirse simplemente como “la verdad de Dios” y, aparte de su verdad, no podemos saber nada sobre Él, nada sobre nosotros espiritualmente ni podemos saber cómo nos ve Dios o qué quiere que seamos o hagamos. Sin la doctrina no puede haber base para la obediencia, la fe en Dios o el amor a Dios, puesto que nada sabríamos sobre Él.

Pero las Escrituras contienen mucho más que doctrina, mucho más que información sobre Dios y sobre nosotros. También contiene información para que vivamos las verdades que aprendemos. Saber y creer son una cara de la moneda; vivir y obedecer son la otra. Pablo une las dos en su encargo a Timoteo: “Esto enseña y exhorta” (1 Ti. 6:2). “Exhortar” significa aquí amonestar. La tarea del pastor es enseñar la doctrina correcta y exhortar a la vida correcta, y la tarea de todo cristiano es conocer la doctrina correcta e ir en pos de la vida correcta.

En mi anterior ministerio me pidieron predicar en una universidad cristiana bien conocida del medio oeste de Estados Unidos. Hablé de 2 Corintios 5, intentando darle aplicación práctica a alguna de las ricas enseñanzas de Pablo en tal capítulo. Después del mensaje, me pasaron una nota escrita por uno de los estudiantes en la cual me reprochaba por la exhortación apasionada y me sugería que solo debía presentar los hechos de la Escritura como los veía y dejar que la audiencia —sobre todo esta tan sofisticada— “sacara sus propias conclusiones”.

En principio, me tomó por sorpresa, pero después de pensar en lo que él había dicho, le escribí una nota de vuelta que decía: “Gracias por ayudarme a examinar mi ministerio, pero tenga la certeza de que estoy siguiendo un patrón establecido en las Escrituras”. La

enseñanza sin exhortación no es bíblica. Es no dar el consejo completo, o el propósito, de Dios (véase 2 Ti. 4:1-2).

La tendencia básica de Hebreos 12:12-17 es claramente una exhortación. Levantad, haced sendas derechas, seguid y mirad bien son todos términos de exhortación. El propósito aquí no es solo enseñar la verdad, sino animar para vivir de acuerdo a ella. A pesar de toda la doctrina que contiene la carta a los Hebreos, su propósito original no era enseñar, sino exhortar. “Os ruego, hermanos, que soportéis la palabra de exhortación, pues os he escrito brevemente” (13:22). Gran parte de la doctrina ya la habían oído antes los lectores. Tenían buen conocimiento del evangelio. Ahora el autor les urgía a seguir ese evangelio, confiar en este y obedecerlo.

La verdad que se conoce, pero no se obedece se vuelve un juicio sobre nosotros, en lugar de una ayuda. La enseñanza y la exhortación son inseparables. La enseñanza de la sana doctrina que no se aplica no tiene valor, y la exhortación que no se basa en la sana doctrina es engañosa. El método de instrucción divina es sencillo: explique los principios espirituales y después ilustre y anime a su aplicación.

Muchas personas tienen conocimiento de las doctrinas de las Escrituras, pero no saben nada de la vida práctica cristiana. Como dijo alguien, entienden las doctrinas de la gracia, pero no experimentan la gracia de las doctrinas. Por ejemplo, una cosa es creer en la inspiración e inerrancia de las Escrituras; otra bien diferente es vivir bajo la autoridad de las Escrituras. Una cosa es creer que Jesucristo es el Señor; otra bien diferente es rendirse a su señorío. Una cosa es creer que Dios es omnipotente; otra bien diferente es apoyarse en su brazo poderoso cuando somos débiles o estamos en problemas.

Los “por lo cual”, “por tanto” y “entonces” de la Biblia suelen ser transiciones de la enseñanza a la exhortación, de la verdad a la aplicación, del saber al hacer. En la carta a los romanos, quizás la carta más doctrinal de Pablo, él se enfoca principalmente en la doctrina. Pero no deja que sus lectores “saquen sus propias conclusiones”. La doctrina debe llevar a algo. Debería afectar, producir un cambio en nuestras vidas. El capítulo 12 comienza con una especie de clímax a todo lo que se ha dicho anteriormente. “Así que, hermanos, os ruego por las misericordias de Dios, que presentéis vuestros cuerpos en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios, que es vuestro culto racional” (v. 1). Después de establecer “las misericordias de Dios” durante once capítulos, nos exhorta a responder con compromiso. Después de la verdad “cada uno de nosotros dará a Dios cuenta de sí”, dice: “Así que, ya no nos juzguemos más los unos a los otros, sino más bien decidid no poner

tropiezo u ocasión de caer al hermano” (Ro. 14:12-13). Después de enseñar que toda la comida es pura, dice: “No sea, pues, vituperado vuestro bien” (Ro. 14:14-16).

En la Epístola a los Gálatas, después que Pablo pasa varios capítulos estableciendo la verdad de que los cristianos están libres de la ley, exhorta: “Estad, pues, firmes... y no estéis otra vez sujetos al yugo de esclavitud” (Gá. 5:1). Tan pronto termina de explicar la doctrina de sembrar y segar, dice: “Así que, según tengamos oportunidad, hagamos bien a todos, y mayormente a los de la familia de la fe” (Gá. 6:7-10).

Hebreos 12 también comienza con una exhortación. Después que el autor ha explicado cuidadosamente la fe, la ha explicado y definido, lo que en efecto está diciendo es: “Ahora que saben de qué se trata la carrera de la fe, vayan a correrla”. No es suficiente saber que el nuevo pacto es mejor; debemos aceptarlo para nosotros. No es suficiente saber que Cristo es el Sumo Sacerdote superior y perfecto; debemos confiar en su sacrificio expiatorio por nosotros. No es suficiente saber cómo debemos vivir; debemos vivir realmente lo que sabemos. El necio más grande de todos es quien conoce la verdad, pero no la aplica en su vida.

Los versículos 12-17 contienen tres exhortaciones: a continuar, a ser diligentes y a estar vigilantes. Primero de todo, están dirigidos a creyentes, aunque se aplican también a incrédulos. Lo que el escritor dice es: “Con base en que deben estar en la carrera de la fe para ganarla y en que su sufrimiento es parte de la disciplina amorosa de Dios para su bien, hay tres cosas aquí en las cuales deben concentrarse”.

CONTINUIDAD

Por lo cual, levantad las manos caídas y las rodillas paralizadas; y haced sendas derechas para vuestros pies, para que lo cojo no se salga del camino, sino que sea sanado. (12:12-13)

Estos versículos retoman la metáfora de la carrera. Lo primero que le ocurre a un corredor cuando se cansa es que sus brazos caen. La posición y el movimiento de los brazos son muy importantes al correr para mantener la coordinación y el ritmo corporal adecuados. Sus brazos ayudan a impulsar su zancada, y son las primeras partes del cuerpo en mostrar fatiga. Después siguen las rodillas. Primero los brazos comienzan a caer y luego las rodillas a tambalearse. Pero si usted se concentra en la caída de los brazos o el tambaleo de las rodillas, hasta ahí llegó. La única forma mediante la cual cabe esperar continuar es enfocándose en el objetivo.

Cuando experimentamos las manos caídas y las rodillas paralizadas espiritualmente, nuestra esperanza está en poner “los ojos en Jesús, el autor y consumidor de la fe” (12:2).

El escritor de Hebreos obtuvo su metáfora de Isaías. Los fieles en Israel habían pasado por muchas cosas. Tuvieron bastantes reyes malvados, algunos falsos profetas, compatriotas israelitas que en general eran desobedientes y tercos, enemigos poderosos que les amenazaban y al parecer ninguna posibilidad de vivir alguna vez en su propia tierra en paz. Estaban desanimados y abatidos, preparados para rendirse. Así que el profeta les recuerda el reino venidero, cuando “Se alegrarán el desierto y la soledad... Ellos verán la gloria de Jehová, la hermosura del Dios nuestro.” (Is. 35:1-). Luego les exhorta a que se aconsejen entre ellos: “Fortaleced las manos cansadas, afirmad las rodillas endebles. Decid a los de corazón apocado: Esforzaos, no temáis; he aquí que vuestro Dios viene con retribución, con pago; Dios mismo vendrá, y os salvará.” (Is. 35:3-4). En otras palabras: “No se rindan ahora. Mejores días están por venir. Pongan allá su mirada y tendrán el aliento y la fuerza que necesitan. ¡La victoria está adelante!”.

El énfasis de Hebreos 12:12 es el mismo de Isaías 35:3-4. No se nos dice que fortalezcamos nuestras manos o nuestras rodillas débiles y paralizadas, sino las manos y las rodillas, sin importar de quién sean. En otras palabras, no debemos concentrarnos en nuestras propias debilidades, sino en ayudar a fortalecer a otros cristianos en las suyas. Una de las maneras más seguras de alentarnos a nosotros mismos es dar aliento a alguien más, exhortarnos “y tanto más, cuanto [vemos] que aquel día se acerca” (He. 10:25). Una de las mejores maneras de continuar es animar a otros a continuar.

La frase y haced sendas derechas para vuestros pies se refiere a quedarse en la propia línea de carrera. Cuando usted se sale de su línea, no solamente se descalifica solo, sino que interfiere con otros corredores. Un corredor nunca se sale intencionalmente de su línea; solo le ocurre cuando se distrae o se descuida, cuando pierde su concentración en la meta o cuando la fatiga le priva del deseo de ganar.

Proverbios 4:25-27 nos dice: “Tus ojos miren lo recto, y diríjanse tus párpados hacia lo que tienes delante. Examina la senda de tus pies, y todos tus caminos sean rectos. No te desvíes a la derecha ni a la izquierda; aparta tu pie del mal”. Cuando comenzamos la carrera de la fe, nada debe distraernos ni causar un cambio de curso. Si lo hacemos, no solo tropezaremos nosotros, sino que haremos tropezar a otros.

La palabra sendas (*trochia*) se refiere a las huellas que dejaban las ruedas de los carros y carruajes que después seguían los viajeros. Cuando corremos, dejamos una huella detrás

nuestro que guiará o desviará a otros. Deberíamos tener mucho cuidado en dejar huellas rectas. La única forma en que dejaremos huellas rectas es vivir con rectitud y correr una carrera recta.

Para que lo cojo no se salga del camino, sino que sea sanado. (12:13b)

La palabra cojo puede usarse para los cristianos débiles y renqueantes que tropiezan o se desvían fácilmente. Es verdad que nuestros hermanos débiles serán los primeros en ser heridos por nuestro ejemplo pobre (cp. Ro. 14).

Pero creo que la referencia principal aquí es a los cristianos profesantes, quienes se han identificado con la iglesia, pero no son salvos. Han dado un paso hacia Cristo, pero no han recorrido el camino completo. Tienen la apariencia de estar en la carrera de la fe, pero no lo están. Corren peligro de apostatar y son particularmente vulnerables a tropezar. Son los primeros candidatos de Satanás para echarles la zancadilla.

Estas son la clase de personas en el borde, que se sientan en la orilla, a las que Elías retó en el monte Carmelo. Claramente, Elías estaba del lado del Señor y los profetas de Baal estaban contra él. Sin duda, algunos israelitas estaban firmemente con Baal y unos pocos estaban con Elías. Pero la mayoría estaba indecisa, aunque fueran israelitas. Preferían no tomar partido si podían evitar hacerlo. En realidad, intentaron jugar en ambos bandos. Durante la semana se juntaban con las sacerdotisas inmorales de Baal y el sábado iban a adorar al templo. De modo que Elías los confrontó: "... ¿Hasta cuándo claudicaréis vosotros entre dos pensamientos? Si Jehová es Dios, seguidle; y si Baal, id en pos de él. Y el pueblo no respondió palabra." (1 R. 18:21). La única respuesta fue silencio, pero el desafío había quedado planteado.

La LXX (la versión griega del Antiguo Testamento) usa la misma palabra (*chōlos*, "cojear, dudar") en 1 Reyes 18:21 que el escritor usa en Hebreos 12:13. Elías confrontó a los israelitas vacilantes y cojos para persuadirles de que asumieran una posición. El escritor de Hebreos advertía a los creyentes sobre el peligro de desviar a los incrédulos sin compromiso y a los cojos, y sobre hacerlos apostatar de modo que retrocedieran al judaísmo. Estos judíos que se decían cristianos, pero eran incrédulos estaban comenzando a dudar y a debilitarse en su compromiso bajo la presión de la persecución. Los cristianos inconsecuentes que dejaban caminos torcidos no eran de ayuda.

Tristemente, a veces los cristianos son las más grandes piedras de tropiezo para el cristianismo. Un mal ejemplo de un creyente verdadero puede alejar a alguien del compromiso completo con Cristo y, por lo tanto, de la salvación. Un testimonio pobre

puede causar daño irreparable, muchas veces sin saberlo. Puede provocar que un incrédulo renqueante se salga del camino, dejándole completamente dislocado espiritualmente.

Dios quiere que los incrédulos se sanen y se salven. Su voluntad es que nadie perezca (2 P. 3:9). Esta es de veras una exhortación seria: asegurarnos de que nuestra vida no cause que nadie rechace el evangelio.

Jesús nos advierte:

Vosotros sois la sal de la tierra; pero si la sal se desvaneciere, ¿con qué será salada? No sirve más para nada, sino para ser echada fuera y hollada por los hombres. Vosotros sois la luz del mundo; una ciudad asentada sobre un monte no se puede esconder. Ni se enciende una luz y se pone debajo de un almud, sino sobre el candelero, y alumbra a todos los que están en casa. Así alumbre vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras, y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos (Mt. 5:13-16).

Pedro da una ilustración práctica del principio, en el testimonio de una esposa que cree antes que su marido incrédulo: “Asimismo vosotras, mujeres, estad sujetas a vuestros maridos; para que también los que no creen a la palabra, sean ganados sin palabra por la conducta de sus esposas, considerando vuestra conducta casta y respetuosa” (1 P. 3:1-2). Directa e indirectamente, nuestro testimonio debe glorificar a Dios y, por lo tanto, ser la mejor influencia posible para todos a nuestro alrededor.

DILIGENCIA

Seguid la paz con todos, y la santidad, sin la cual nadie verá al Señor. (12:14)

Este versículo no es fácil de interpretar, y ha sido un problema para muchos cristianos sinceros. A primera vista, parece estar enseñando la salvación por obras: si perseguimos con éxito la paz y la santificación, recibiremos la salvación y veremos al Señor. Sin embargo, la verdad es que una persona no salva no puede seguir la paz o la santificación, no al menos con éxito. Solo los cristianos tienen la capacidad, por medio del Espíritu Santo, de vivir en paz y en santidad. “No hay paz, dijo mi Dios, para los impíos” (Is. 57:21) y cualquier cosa justa que los hombres intenten producir sin Dios, es como “trapo de inmundicia” (Is. 64:6).

Creo que el autor está hablando de la paz y de la justicia prácticas. Los cristianos, en cuanto a su posición en Cristo, ya están en paz y son justos, pero en la práctica hay un camino largo por andar. Debemos ser hacedores de paz por cuanto estamos en paz con Dios. Debemos vivir una vida justa porque se nos cuenta por justos. Nuestra práctica debe

hacerle justicia a nuestra posición. De otra forma, el incrédulo retrocederá y preguntará: “¿Por qué no practica lo que predica? Si no vive como dijo Cristo, ¿por qué debo aceptarlo como mi Señor y Salvador?” (cp. 1 Jn. 2:6).

Seguir la paz está relacionado principalmente con amar a los hombres, y seguir la justicia está relacionado principalmente con amar a Dios. Si amamos a los hombres, estaremos en paz con ellos; si amamos a Dios, viviremos justamente.

AMAR A LOS HOMBRES

La paz es una calle de dos vías. No es posible que dos personas, o dos naciones, vivan en paz, la una con la otra si una de ellas es continuamente beligerante. Jesús era pacífico con todos los hombres, pero no todos los hombres eran pacíficos con Él. Pablo aclara el principio: “Si es posible, en cuanto dependa de vosotros, estad en paz con todos los hombres” (Ro. 12:18). Solamente somos responsables por nuestro lado del proceso de la paz, pero no podemos usar la beligerancia del prójimo como excusa para responder de la misma manera. Tenemos la obligación de vivir pacíficamente, sin importar si aquellos que viven a nuestro alrededor nos tratan pacíficamente. Si no viven en paz, ese es su problema; nunca nuestra excusa.

Una vez fui testigo de una escena interesante en la calle. Al parecer, un personaje que conducía delante de mí iba en un carro tan nuevo que aún tenía la licencia del concesionario puesta. Otro conductor se fue por la derecha y aceleró en un barrizal, ansioso por pasar al primero. El carro nuevo quedó completamente sucio. Un tercer personaje, probablemente amigo de quien acababa de sacar el carro del concesionario, estaba en otro carro. Los dos forzaron al personaje impaciente a que se hiciera a un costado de la vía y le bloquearon. Entonces procedieron a derramar gaseosa sobre el vehículo de quien les ofendió. No fue una demostración de hacer la paz.

En otra ocasión, inadvertidamente cerré el paso a otro conductor. Aceleró para quedar a mi lado en el siguiente semáforo y comenzó a insultarme. Cuando terminó, bajé la ventana, admití que me había equivocado y le pedí que me perdonara. Obviamente, eso estuvo lejos de la respuesta que él esperaba, y siguió gritando enfadado. Pero yo había hecho un esfuerzo por la paz. Tanto como podía, intenté hacer la paz (cp. Stg. 3:13-18).

AMAR A DIOS

La santidad tiene que ver con amar a Dios. Habla de la vida pura, santa y obediente que vivimos, apartados para la gloria de Dios, porque le amamos. Cuando le amamos,

queremos ser como Él, otros le verán en nosotros y se sentirán atraídos hacia Él. El amor a los hombres y el amor a Dios son inseparables.

La parte más difícil de interpretar del versículo es sin la cual nadie verá al Señor. Creo que la referencia es a los incrédulos que observan que seguimos la paz y la santidad, sin las cuales ellos no se sentirían atraídos a Cristo para aceptarlo. El pasaje no dice “sin la cual usted no verá al Señor”, sino sin la cual nadie verá al Señor. En otras palabras, cuando los incrédulos ven la santidad y la paz del cristiano, se sienten atraídos al Señor. Jesús dijo: “En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tuviereis amor los unos con los otros” (Jn. 13:35). Y oró a su Padre por los discípulos así: “para que todos sean uno; como tú, oh Padre, en mí, y yo en ti, que también ellos sean uno en nosotros; para que el mundo crea que tú me enviaste” (Jn. 17:21). Nuestro amor por el prójimo es un testimonio del Padre y del Hijo. Es un medio para atraer a las personas a Cristo, sin quien nadie verá al Señor. A medida que corramos la carrera dejando una senda recta, mostrando amor por los hombres haciendo la paz y mostrando amor a Dios siendo santos, los demás verán al Señor.

Pablo sufrió por algunos de los cristianos inmaduros de Galacia, a quienes escribió: “Hijitos míos, por quienes vuelvo a sufrir dolores de parto, hasta que Cristo sea formado en vosotros” (Gá. 4:19). La oración de su corazón era que, sobre todas las cosas, crecieran a semejanza de Cristo. Asemjarnos a Cristo es nuestro testimonio más grande para el mundo.

VIGILANCIA

Mirad bien, no sea que alguno deje de alcanzar la gracia de Dios; que brotando alguna raíz de amargura, os estorbe, y por ella muchos sean contaminados. (12:15)

La expresión mirad bien traduce una palabra griega (*episkopeō*) que está relacionada cercanamente con *episkopos* (supervisor u obispo, sinónimo de anciano). Tenemos que supervisarnos unos a otros, ayudándonos a crecer en santidad y semejanza de Cristo. También debemos prestar atención, supervisar, a quienes están en medio de nosotros y no son creyentes, especialmente dentro de la iglesia. No debemos juzgar, sino ser sensibles, debemos buscar oportunidades para presentarles las afirmaciones de Jesucristo. Y como esta carta suele hablar de tales personas en la asamblea, este es un punto crítico.

PROCURAR QUE NINGUNO DEJE DE RECIBIR LA GRACIA DE DIOS

El primer propósito de nuestra supervisión debe ser que ganemos a quienes no son salvos para Cristo. La expresión deje de alcanzar significa llegar demasiado tarde, quedarse afuera. Si un incrédulo muere antes de confiar en Jesucristo, se perderá para siempre, no alcanzó para siempre la gracia de Dios. Trágicamente, cantidades de miles de personas han pasado su vida entera en las iglesias y nunca han obtenido la salvación. Otros tantos miles han llegado a la iglesia por un tiempo, no han visto evidencia de nada sobrenatural o atractivo y se han alejado en apostasía. Se nos exhorta a mirar bien, a estar pendientes, de que, en cuanto estemos en capacidad de influenciar a los demás, nadie alrededor nuestro, viva bajo la ilusión de ser cristiano cuando no lo es, o que ninguno de aquellos a quienes se ha expuesto el evangelio se aleje de este (cp. Mt. 7:21-23; 1 Jn. 2:19).

Sentimos la tentación de no dar testimonio a quienes profesan ser cristianos, pero tenemos razones para saber que no lo son. Tememos ofenderlos. Aun así, ¿cuánto mayor es la ofensa para sus almas eternas si no les presentamos a Cristo? Se nos exhorta, se nos ordena, hacer todos los esfuerzos para que nadie

deje de alcanzar la gracia de Dios.

EVITAR LA AMARGURA

El segundo propósito de la vigilancia es evitar la amargura. Moisés advirtió a los israelitas en el desierto: “No sea que haya entre vosotros varón o mujer, o familia o tribu, cuyo corazón se aparte hoy de Jehová nuestro Dios, para ir a servir a los dioses de esas naciones; no sea que haya en medio de vosotros raíz que produzca hiel y ajeno”. Además, les dijo: “y suceda que, al oír las palabras de esta maldición, él se bendiga en su corazón, diciendo: ‘Tendré paz, aunque ande en la dureza de mi corazón, a fin de que con la embriaguez quite la sed’”. (Dt. 29:18-19).

La “raíz venenosa” también conlleva la idea de amargura. La raíz de amargura se refiere a la persona que se identifica superficialmente con el pueblo de Dios, pero retrocede al paganismo. Sin embargo, no se trata de un apóstata común y corriente. Se trata de una persona arrogante y desafiante en lo relacionado con las cosas de Dios. Mira con altivez al Señor. La respuesta de Dios a tal incredulidad presuntuosa es ruda y definitiva. “20 No querrá Jehová perdonarlo, sino que entonces humeará la ira de Jehová y su celo sobre el tal hombre, y se asentará sobre él toda maldición escrita en este libro, y Jehová borraré su nombre de debajo del cielo” (Dt.29: 20).

Un propósito importante de la vigilancia es estar en guardia contra los apóstatas, no sea que su apostasía estorbe, y por ella muchos sean contaminados. Algunos apóstatas

simplemente se alejan de la iglesia y nunca volvemos a saber de ellos. Sin embargo, una persona con raíz de amargura es una influencia corrupta, una contaminación seria para el Cuerpo. Se queda dentro o cerca de la comunidad de la iglesia y esparce su maldad, duda y profanación general. No se contenta con apostatar sola.

EVITAR EL EGOÍSMO SUPERFICIAL

No sea que haya algún fornicario, o profano, como Esaú, que por una sola comida vendió su primogenitura. Porque ya sabéis que aun después, deseando heredar la bendición, fue desechado, y no hubo oportunidad para el arrepentimiento, aunque la procuró con lágrimas. (12:16-17)

Tal vez Esaú sea, aparte de Judas, la persona más profana y triste de las Escrituras. Superficialmente, sus acciones contra Dios no parecen tan malvadas como las de muchos paganos brutales y sin corazón. Pero la Biblia los condena fuertemente. Tuvieron una luz grande. Tuvieron toda oportunidad posible, como pocas personas en su época, de conocer y seguir a Dios. Conocían su Palabra, habían oído sus promesas, habían visto sus milagros y habían tenido comunión con el pueblo de Dios; aun así, con una voluntad determinada se volvieron contra Dios y sus asuntos.

Esaú no era solamente inmoral, sino profano. No tenía ética, fe, escrúpulos ni reverencia. No tenía en cuenta el bien, lo verdadero, lo divino. Era totalmente mundano, totalmente secular, totalmente profano. Los cristianos deben vigilar que no haya personas como Esaú que contaminen el cuerpo de Cristo. Mirad bien... no sea que haya algún fornicario, o profano, como Esaú.

Jacob, el hermano de Esaú, no era un modelo de ética o integridad, pero valoraba genuinamente los asuntos divinos. Los derechos de primogenitura eran preciosos para él, aunque los procurara por medios engañosos. Básicamente, confiaba y se apoyaba en Dios: su hermano no tuvo en cuenta a Dios y confió en sí mismo.

Finalmente, cuando Esaú despertó un poco y se dio cuenta de lo que había desechado, hizo un intento desganado por recuperarlo. Solo por haberlo procurado con lágrimas no quiere decir que hubiera sinceridad o remordimiento verdadero. No hubo en él oportunidad para el arrepentimiento. Se lamentó amargamente, pero no se arrepintió. De manera egoísta quería las bendiciones de Dios, pero no quería a Dios. Había apostatado por completo, y quedó para siempre fuera de la gracia de Dios. Continuó pecando “voluntariamente después de haber recibido el conocimiento de la verdad” y ya no quedó sacrificio por sus pecados (He. 10:26).

Debemos estar atentos a que ninguno se aleje de la verdad, se vuelva amargado o siga el curso del egoísta Esaú, el cual quería desesperadamente la bendición divina, pero no en los términos divinos (cp. Mr. 10:17-22).

36 El monte Sinaí y el monte de Sion (12:18-29)

Porque no os habéis acercado al monte que se podía palpar, y que ardía en fuego, a la oscuridad, a las tinieblas y a la tempestad, al sonido de la trompeta, y a la voz que hablaba, la cual los que la oyeron rogaron que no se les hablase más, porque no podían soportar lo que se ordenaba: Si aun una bestia tocara el monte, será apedreada, o pasada con dardo; y tan terrible era lo que se veía, que Moisés dijo: Estoy espantado y temblando; sino que os habéis acercado al monte de Sion, a la ciudad del Dios vivo, Jerusalén la celestial, a la compañía de muchos millares de ángeles, a la congregación de los primogénitos que están inscritos en los cielos, a Dios el Juez de todos, a los espíritus de los justos hechos perfectos, a Jesús el Mediador del nuevo pacto, y a la sangre rociada que habla mejor que la de Abel. Mirad que no desechéis al que habla. Porque si no escaparon aquellos que desecharon al que los amonestaba en la tierra, mucho menos nosotros, si desecháremos al que amonesta desde los cielos. La voz del cual conmovió entonces la tierra, pero ahora ha prometido, diciendo: Aún una vez, y conmoveré no solamente la tierra, sino también el cielo. Y esta frase: Aún una vez, indica la remoción de las cosas movibles, como cosas hechas, para que queden las incommovibles. Así que, recibiendo nosotros un reino incommovible, tengamos gratitud, y mediante ella sirvamos a Dios agradándole con temor y reverencia; porque nuestro Dios es fuego consumidor. (12:18-29)

Además de las presiones de incredulidad, tradición, impaciencia y rechazo de la fe, evitando que muchos judíos confiaran plenamente en Cristo, también estaba la presión del miedo. Estaban asustados por la persecución: críticas, ridículos, pérdidas económicas, encarcelamientos e incluso martirios (véase He. 10:32-39). Algunos ya habían conocido la persecución por el solo hecho de estar asociados con la iglesia. Todos podían ver de primera mano el sufrimiento que estaban pasando muchos creyentes verdaderos y fieles. Era evidente que ser piadoso en una sociedad impía era algo costoso.

Este pasaje advierte sobre algo aun más asustador que cualquier persecución humana: el juicio de Dios. Él juzgará a todo hombre en una de dos bases. Por la ley o por la gracia, por las obras propias o por la de Cristo, por la provisión de Sinaí o por la provisión de Sion. Dios tiene dos libros. En uno están registrados los nombres de todos aquellos que rechazaron a Dios, en el otro están los nombres de quienes le han aceptado por medio de su Hijo, Jesucristo (Ap. 20:12). Los salvos están en el libro de la vida, a veces llamado el libro de la vida del Cordero (Ap. 13:8). A aquellos cuyo nombre aparece en este libro Dios les juzgará por lo que Cristo hizo por ellos. Dios les juzgará por la justicia de Cristo y no

por la de ellos, por cuanto han confiado en Él por la fe. A quienes no confiaron en Él les juzgará y medirá por su propia justicia, que no tiene más valor para Dios que un “trapo de inmundicia” (Is. 64:6).

El miedo para quienes están a punto de aceptar a Cristo no debe ser la persecución que puedan recibir si creen en Él, sino el juicio que recibirán inevitablemente por rechazarlo. Su miedo no debería ser por ir al monte de Sion, sino por regresar al Sinaí. El contraste es vívido.

EL MONTE SINAÍ: EL MIEDO DE LA LEY

Porque no os habéis acercado al monte que se podía palpar, y que ardía en fuego, a la oscuridad, a las tinieblas y a la tempestad, al sonido de la trompeta, y a la voz que hablaba, la cual los que la oyeron rogaron que no se les hablase más, porque no podían soportar lo que se ordenaba: Si aun una bestia tocara el monte, será apedreada, o pasada con dardo; y tan terrible era lo que se veía, que Moisés dijo: Estoy espantado y temblando. (12:18-21)

El antiguo pacto estaba asociado con Sinaí porque fue allí donde Dios habló con Moisés cuando se instituyó el pacto. Era un pacto de la ley, y también era de juicio y temor. Decía: “Hagan esto, o no hagan aquello, o recibirán el juicio”. En algunos casos decía: “No hagan esto o morirán”. No es ese el lugar al cual nos lleva el nuevo pacto. A ese monte no nos hemos acercado.

Cuando Dios se estaba preparando para establecer aquel pacto, al pueblo incluso se le llegó a prohibir que pisara el monte, bajo pena de muerte. La expresión que se podía palpar no se refiere a permiso, sino a la posibilidad. Es decir, el Sinaí era una montaña física y, por lo tanto, se podía tocar, ver y caminar por ella. La montaña terrenal simbolizaba lo terreno del pacto, en contraste con Jerusalén la celestial (v. 22). El antiguo pacto era el pacto fundacional, el del jardín de infantes, el que daba los rudimentos y principios elementales de la naturaleza, voluntad y normas de Dios. Por tanto, se dio —y debía obedecerse— de la manera más física, tangible, pintoresca y simbólica.

Éxodo 19 describe las restricciones y los requisitos que Dios dio en preparación para la entrega de la ley. El pueblo debía consagrarse lavando su ropa (v. 10), absteniéndose de relaciones sexuales (v. 15) y no tenían permiso de tocar ni siquiera el borde de la montaña (v. 12). Dios estaba tan preocupado con que nadie incumpliera alguna de aquellas restricciones que hizo bajar a Moisés del monte para darles una advertencia final (vv. 21-22). Dios iba a demostrar su asombrosa santidad, y ningún pecador contaminado podía

acercarse, ver su santidad y seguir vivo. Iba a ser un día único en la historia humana. La demostración de poder se dio a través de medios físicos como rayos, truenos, nubes densas, sonidos fuertes de trompeta, fuego, humo y un temblor de tierra violento (vv. 16-18). El propósito principal de todas estas señales era convencer al pueblo de que era imposible acercarse a Dios. El hombre pecador no podía acercársele y seguir vivo.

Como cabe comprender, el pueblo estaba aterrorizado; estaban sobrecogidos por el miedo. “Viéndolo el pueblo, temblaron, y se pusieron de lejos. Y dijeron a Moisés: Habla tú con nosotros, y nosotros oiremos; pero no hable Dios con nosotros, para que no muramos” (20:18-19). A lo cual Moisés les aseguró que no tenían por qué aterrorizarse, a menos que desobedecieran. “No temáis; porque para probaros vino Dios, y para que su temor esté delante de vosotros, para que no pequéis” (v. 20). En otras palabras, si tenían el miedo apropiado hacia Dios, honrando su santidad y obedeciendo su ley, no tenían razones para temer su ira. Dios quería que todo su pueblo le tuviera temor reverente para que no pecaran.

El Dios del Sinaí es de veras un Dios para temerle, un Dios de juicio y de castigo. Sinaí, como representación del antiguo pacto, era una montaña de temor y juicio. El escritor de Hebreos dice a sus lectores: “Si se vuelven al judaísmo, vuelven al pacto de la ley, el temor, el juicio y la muerte”. Pablo lo describió como “el ministerio de muerte grabado con letras en piedras” (2 Co. 3:7).

Estar al borde del Sinaí, incluso sin tocarlo, es estar bajo el juicio y la condenación. Exige y castiga. Puesto que nadie puede cumplir sus exigencias, nadie puede escapar al castigo. En Sinaí, el hombre pecador que no ha sido perdonado está frente a un Dios infinitamente santo y perfectamente justo. Culpable, vil y sin merecer perdón, no tiene nada que esperar del Sinaí, excepto condenación divina. Los símbolos del Sinaí son la oscuridad, el fuego, el temblor y las trompetas del juicio. Para un pecador no perdonado, “horrenda cosa es caer en manos del Dios vivo” (He. 10:31). Hay buenas razones para temer al pie del Sinaí.

Dios le dio a Israel el pacto de la ley en medio del desierto, lejos de las distracciones, de toda interferencia y de todo lugar oculto. No tenían nada en qué enfocarse sino en Dios, por ello se volvieron completamente conscientes de su propio pecado. Lo primero que lleva a una persona al arrepentimiento y dependencia de Dios para liberación es tener conciencia de su propio pecado. Si una persona no ve su pecado, no tiene razones para buscar su salvación. Solamente el hecho de ver nuestro pecado nos hace ver nuestra necesidad de salvación del pecado y del juicio que trae. Este era el propósito del Sinaí, confrontar a las personas cara a cara con su propio pecado, sin tener lugar para ocultarse.

La ley es el espejo grande de Dios. Cuando la miramos, nos vemos como somos: infinitamente lejos de la norma de justicia divina. No hay ni un solo mandamiento que hayamos cumplido a la perfección o que podamos cumplir perfectamente, ya sea en acción o actitud. La ley no permite ni excepciones ni concesiones, solo obediencia perfecta. La ley nos abruma, nos mata. Ningún pecador puede soportar el Sinaí. Todo pecador ubicado frente al Sinaí queda paralizado por el temor. Tan terrible era lo que se veía, que Moisés dijo: Estoy espantado y temblando. Incluso Moisés, a quien Dios le habló por medio de la zarza ardiente y por medio de quien Dios retó al faraón, no pudo estar frente al Sinaí sin temor.

El apóstol Pablo había sido un estudiante de la ley por muchos años. Conocía el Antiguo Testamento como pocos en su época. Con todo, solamente cuando Jesús lo confrontó en el camino a Damasco se confrontó él realmente con la ley de Moisés. La había estudiado, memorizado y, probablemente, enseñado. Pero nunca la había confrontado. Nunca la había contemplado directamente para verse a sí mismo. Creía que estaba vivo. De hecho, creía que estaba vivo por su obediencia a la ley. Pero al ver a Jesucristo, también vio la ley y se vio a sí mismo reflejado en el espejo de la ley. En consecuencia, dijo Pablo: “venido el mandamiento, el pecado revivió y yo morí. Y hallé que el mismo mandamiento que era para vida, a mí me resultó para muerte; porque el pecado, tomando ocasión por el mandamiento, me engañó, y por él me mató” (Ro. 7:9-11). Aunque había estado activo en el judaísmo toda su vida y era erudito del Antiguo Testamento, nunca había estado a los pies del Sinaí. Tenía ojos, pero no había visto; tenía oídos, pero no había oído (Jer. 5:21). No había entendido la declaración clara e inconfundible de Deuteronomio 27:26. Pero en Cristo la entendió y la cita a los gálatas, los cuales estaban comenzando a recaer en el judaísmo: “Porque todos los que dependen de las obras de la ley están bajo maldición, pues escrito está: Maldito todo aquel que no permaneciere en todas las cosas escritas en el libro de la ley, para hacerlas” (Gá. 3:10).

EL MONTE DE SION: LA GRACIA DEL EVANGELIO

sino que os habéis acercado al monte de Sion, a la ciudad del Dios vivo, Jerusalén la celestial, a la compañía de muchos millares de ángeles, a la congregación de los primogénitos que están inscritos en los cielos, a Dios el Juez de todos, a los espíritus de los justos hechos perfectos, a Jesús el Mediador del nuevo pacto, y a la sangre rociada que habla mejor que la de Abel. (12:22-24)

La montaña del nuevo pacto es el monte de Sion y representa a Jerusalén la celestial. Al antónimo de Sinaí, no se le puede tocar, pero sí es posible acercarse. Sinaí simboliza la

ley, Sion simboliza la gracia. Nadie puede salvarse por la ley, pero cualquiera puede salvarse por la gracia. La ley nos confronta con los mandamientos, el juicio y la condenación. La gracia nos presenta el perdón, la expiación y la salvación.

Desde que David conquistó a los jebuseos y ubicó el arca en el monte de Sion, se ha considerado este lugar el sitio terrenal especial en que habita Dios. “Porque Jehová ha elegido a Sion; La quiso por habitación para sí. ‘Este es para siempre el lugar de mi reposo; Aquí habitaré, porque la he querido’”. (Sal. 132:13-14). Cuando Salomón trasladó el arca al templo, construido cerca al monte Moriah, el nombre Sion se extendió para incluir aquella área también. Al poco tiempo, Sion se volvió sinónimo de Jerusalén; por lo tanto, Jerusalén se volvió la ciudad de Dios y el lugar de los sacrificios. Isaías, el cual solía hablar de Sion con esperanza, dice que Dios pondrá salvación en Sion, y su gloria en Israel (46:13).

Mientras Sinaí era prohibitivo y aterrador, Sion era invitador y benevolente. Sinaí está cerrado para todos porque nadie es capaz de agradar a Dios en los términos del Sinaí: cumplimiento perfecto de la ley. Sion está abierto para todos porque Jesucristo ha satisfecho esos términos y se pondrá en el lugar de cualquiera que llegue a Dios a través de Él. Sion simboliza un Dios a quien es posible acercarse.

Sinaí estaba cubierto por nubes y oscuridad; Sion es la ciudad de la luz. “De Sion, perfección de hermosura, Dios ha resplandecido” (Sal. 50:2). Sinaí es juicio y muerte; Sion es perdón y vida, “Como el rocío de Hermón, Que desciende sobre los montes de Sion; ‘Porque allí envía Jehová bendición, Y vida eterna’”. (Sal. 133:3).

Claramente, los judíos a los cuales habla Hebreos en este punto son creyentes, pues se les dice: Os habéis acercado al monte de Sion. Ya estaban en el monte misericordioso de Dios, en la ciudad del Dios vivo, Jerusalén la celestial. Como cristianos, somos ciudadanos del cielo, donde ahora vivimos espiritualmente (Fil. 3:20).

Al acercarse al monte de Sion —es decir, al hacernos cristianos— obtenemos siete bendiciones adicionales: la ciudad celestial, la compañía de muchos millares de ángeles, la congregación de los primogénitos, Dios el Juez de todos, los espíritus de los justos hechos perfectos, Jesús, y la sangre rociada.

LA CIUDAD CELESTIAL

La ciudad del Dios vivo, Jerusalén la celestial, es el cielo. Llegar a Cristo es llegar al cielo, es el único camino para llegar al cielo. Cuando llegamos al monte de Sion, llegamos por

gracia a la ciudad que Abraham estaba buscando, “la ciudad que tiene fundamentos, cuyo arquitecto y constructor es Dios” (He. 11:10). Desde el momento de la salvación, el cielo es nuestra morada espiritual, donde están nuestro Padre celestial y nuestro Salvador, y donde está el resto de nuestra familia espiritual. Es allí donde está nuestro tesoro, nuestra herencia, nuestra esperanza. Todo lo que tenemos de valor está allí y todo lo que deberíamos querer está allí.

Sin embargo, mientras el Señor no nos lleve para estar con Él, no podemos disfrutar la ciudadanía total. Por ahora, somos embajadores en la Tierra. Como embajadores, tenemos ciudadanía completa de nuestro país, pero estamos lejos de este por un momento y no podemos disfrutar todas sus bendiciones. Mientras tanto, debemos ser emisarios fieles de nuestro Salvador y de nuestro Padre celestial, reflejando su naturaleza ante un mundo que no los conoce. Y Pablo nos anima a no perder nuestra perspectiva del valor incomparable de nuestra herencia celestial (Ro. 8:17-18).

Al igual que el escritor de Hebreos, Pablo utiliza el Sinaí y Jerusalén como imágenes de los pactos antiguo y nuevo, y por lo tanto, de las relaciones viejas y nuevas con Dios que estos representan. “Porque Agar es el monte Sinaí en Arabia, y corresponde a la Jerusalén actual, pues ésta, junto con sus hijos, está en esclavitud. Mas la Jerusalén de arriba, la cual es madre de todos nosotros, es libre... De manera, hermanos, que no somos hijos de la esclava, sino de la libre” (Gá. 4:25-26, 31). Sinaí es un monte de ataduras. Sion, la Jerusalén celestial, es un monte de libertad.

LA COMPAÑÍA DE MILLARES DE ÁNGELES

La compañía (*panēguris*, “reunión para un festival público”) se refiere a los millares de ángeles, no a la congregación de los primogénitos. La traducción podría ser: “Sino que os habéis acercado a... una compañía innumerable de ángeles reunidos para festejar”. Cuando nos acercamos a Cristo en el monte de Sion, llegamos a una gran reunión de ángeles que celebran, a quienes nos unimos en alabanza a Dios. Daniel nos da una idea de la cantidad de ángeles a quienes nos uniremos en el cielo: “Millares de millares le servían, y millones de millones asistían delante de él” (Dn. 7:10; cp. Ap. 5:11).

En el Sinaí también había innumerables ángeles como mediadores del pacto mosaico (Gá. 3:19), el pacto de la ley y el juicio. Pero los hombres no se les podían unir allí. Como el Dios a quien servían, en el Sinaí era imposible acercárseles. Los ángeles no estaban celebrando en el Sinaí; estaban haciendo sonar las trompetas del juicio.

Contrario a lo que algunas iglesias enseñan, no debemos adorar a los ángeles. Nos unimos a ellos en la adoración a Dios y solo a Dios. Pablo advierte: “Nadie os prive de vuestro premio, afectando humildad y culto a los ángeles” (Col. 2:18). Juan quedó tan impresionado con su visión de un ángel en la isla de Patmos que cayó a sus pies para adorarlo. Pero el ángel se lo prohibió diciéndole: “Mira, no lo hagas; yo soy consiervo tuyo, y de tus hermanos que retienen el testimonio de Jesús. Adora a Dios” (Ap. 19:10). En el cielo no adoraremos a los ángeles, sino con los ángeles. Nos uniremos a ellos en celebración eterna y alabanza a Dios.

LA CONGREGACIÓN DE LOS PRIMOGÉNITOS

La congregación de los primogénitos que están inscritos en los cielos es el cuerpo de Cristo. Los primogénitos son aquellos que recibieron la herencia. En cuanto a creyentes, somos “herederos de Dios y coherederos con Cristo”, quien es “el primogénito entre muchos hermanos” (Ro. 8:17, 29).

Jesús nos dice que no debemos alegrarnos en las grandes obras que Dios puede hacer por medio de nosotros, sino de que nuestros “nombres están escritos en los cielos” (Lc. 10:20). Nuestros nombres están inscritos en los cielos, en “el libro de la vida del Cordero” (Ap. 21:27).

DIOS EL JUEZ DE TODOS

En el monte de Sion podemos acercarnos a la misma presencia de Dios, un concepto incomprensible para el judío, que solo conocía al Dios del Sinaí. Pero en la crucifixión de Jesús “el velo del templo se rasgó por la mitad” (Lc. 23:45), y el camino a la presencia de Dios quedó abierto para siempre para quienes confíen en la obra expiatoria de esta crucifixión. Llegar a la presencia de Dios en el Sinaí era morir; llegar a su presencia en Sion es vivir (cp. Sal. 73:25; Ap. 21:3).

LOS ESPÍRITUS DE LOS JUSTOS HECHOS PERFECTOS

Los espíritus de los justos hechos perfectos son los santos del Antiguo Testamento, quienes solo podían añorar en el futuro el perdón, la paz y la liberación. Cuando lleguemos al cielo, nos uniremos a Abel, Abraham, Moisés, David y todos los otros miembros de la gran casa de Dios (cp. Mt. 8:11).

Ellos tuvieron que esperar un tiempo largo para la perfección que nosotros recibimos al instante en que confiamos en Cristo. De hecho, tuvieron que esperarnos (He. 11:40), en el sentido de tener que esperar la muerte y resurrección de Cristo antes de que pudieran

recibir la glorificación. En el cielo seremos uno con ellos en Jesucristo. No seremos inferiores a Abraham, Moisés o Elías, pues seremos iguales en justicia, porque nuestra única justicia será la justicia de nuestro Salvador.

JESÚS

Nos acercamos supremamente a Jesús, en la plenitud de su belleza y gloria como Mediador del nuevo pacto. Aquí se le llama a nuestro Señor por su nombre redentor, Jesús, que recibió porque “[salvaría] a su pueblo de sus pecados” (Mt. 1:21). Cuando nos acercamos al Monte de Sion, nos acercamos a nuestro Salvador, nuestro Redentor, nuestro único Mediador con el Padre. 1 Juan 3:2 resume el punto de esta verdad: “Seremos semejantes a él”.

LA SANGRE ROCIADA

Acercarse al cristianismo es acercarse a la sangre rociada, la sangre expiatoria, por medio de la cual tenemos redención, “tenemos redención por su sangre, el perdón de pecados según las riquezas de su gracia” (Ef. 1:7), y por la cual “[quienes] en otro tiempo [estaban] lejos, [han] sido hechos cercanos por la sangre de Cristo” (2:13).

La sangre rociada de Jesús sobrepasa con mucho el sacrificio de Abel (He. 11:4) y habla mejor que la de Abel. Dios aceptó el sacrificio de Abel porque él se lo ofreció con fe, pero no tenía poder expiatorio; ni siquiera para Abel, mucho menos para alguien más. Sin embargo, la sangre de Jesús fue suficiente para limpiar los pecados de todos los hombres por todos los tiempos, para hacer la paz con Dios para todo aquel que confíe en la sangre del sacrificio (Col. 1:20).

RESPUESTA AL EVANGELIO

Mirad que no desechéis al que habla. Porque si no escaparon aquellos que desecharon al que los amonestaba en la tierra, mucho menos nosotros, si desecháremos al que amonesta desde los cielos. La voz del cual conmovió entonces la tierra, pero ahora ha prometido, diciendo: Aún una vez, y conmoveré no solamente la tierra, sino también el cielo. Y esta frase: Aún una vez, indica la remoción de las cosas movibles, como cosas hechas, para que queden las incommovibles. Así que, recibiendo nosotros un reino incommovible, tengamos gratitud, y mediante ella sirvamos a Dios agradándole con temor y reverencia; porque nuestro Dios es fuego consumidor. (12:25-29)

Dice el escritor, después de contrastar el Sinaí con Sion: “Esto es lo que deben hacer. No deben ignorar al que habla”. “Dios, habiendo hablado muchas veces y de muchas maneras en otro tiempo a los padres por los profetas, en estos postreros días nos ha hablado por el Hijo” (He. 1:1-2). Si a los hombres se les hizo responsables de hacerle caso cuando los amonestaba en la tierra, desde el Monte Sinaí, ¿cuánto más lo serán ahora que Él amonesta desde los cielos, desde el Monte de Sion?

Los israelitas incrédulos que ignoraron a Dios en Sinaí no entraron a la tierra prometida, y los incrédulos de hoy, judíos o gentiles, que ignoran al Dios que habla por medio de su Hijo desde el monte de Sion no entrarán en la tierra prometida celestial. Ya sea que hable Dios desde el Sinaí o desde Sion, ninguno de los que lo rechace escapará al juicio.

Las bendiciones de recibir el segundo pacto son infinitamente mayores que las de recibir el primero. Y las consecuencias por rechazar el segundo también son infinitamente mayores. “El que viola la ley de Moisés, por el testimonio de dos o de tres testigos muere irremisiblemente. ¿Cuánto mayor castigo pensáis que merecerá el que pisoteare al Hijo de Dios, y tuviere por inmunda la sangre del pacto en la cual fue santificado, e hiciere afrenta al Espíritu de gracia?” (He. 10:28-29).

En el Sinaí, Dios conmovió la Tierra. Desde Sion también conmoverá los mismos cielos, el universo completo. Si los incrédulos no escaparon cuando conmovió la Tierra, ¿cuánto menos lo harán cuando sacuda los cielos y la Tierra! El escritor cita de Hageo lo que el Señor predijo: “De aquí a poco yo haré temblar los cielos y la tierra, el mar y la tierra seca” (Hag. 2:6; cp. Is. 13:13). El sol se volverá negro, la luna se volverá como sangre, las estrellas caerán a la Tierra, el cielo se partirá como un rollo y todas las montañas e islas se moverán de su lugar (Ap. 6:12-14).

Comentando el pasaje de Hageo, Hebreos 12:27 explica que la expresión aún una vez indica la remoción de las cosas movibles, como cosas hechas, para que queden las incommovibles. Todo lo físico (las cosas movibles) se destruirá. Solo permanecerán las cosas eternas.

Pedro nos dice que en aquel momento, que vendrá como ladrón en la noche, “los cielos pasarán con grande estruendo, y los elementos ardiendo serán deshechos, y la tierra y las obras que en ella hay serán quemadas” y “los cielos, encendiéndose, serán deshechos, y los elementos, siendo quemados, se fundirán” (2 P. 3:10, 12). Esto constituirá la conmoción de las cosas movibles, la destrucción total del universo físico por la ira de Dios.

Pero algunas de las cosas son inmovibles, esas permanecerán. Dios ha preparado “un cielo nuevo y una tierra nueva” que incluirá “la santa ciudad, la nueva Jerusalén, [que descienda] del cielo, de Dios, dispuesta como una esposa ataviada para su marido” (Ap. 21:1-2). Ese es el reino que recibiremos, un reino inmovible. Es eterno, inmutable, inamovible. Nunca nos lo quitarán y nunca nos quitarán de ahí. Por tal bendición maravillosa en Cristo, debemos tener gratitud, y mediante ella servirle a Dios agradándole con temor y reverencia. Entonces la respuesta correcta es una vida de adoración, ofreciéndole servicio santo a nuestro Dios digno y temible.

El versículo final del capítulo 12 es quizás la advertencia más severa de la Epístola a los Hebreos: Porque nuestro Dios es fuego consumidor. El escritor nos advierte de nuevo diciendo: “Algunos de ustedes han llegado al borde de la aceptación total de Cristo. No retrocedan al judaísmo ahora. En el Sinaí solo les espera juicio, un juicio aun peor por haber rechazado la oferta de Sion. No se consuman en el fuego del juicio de Dios, que es fiero e implacable”.

Vivir bajo el judaísmo es acercarse al Sinaí y a su juicio, por el cual todo aquel que confíe en las obras de la ley, incluso la propia ley de Dios, recibirá condenación. Retroceder al judaísmo después de haber oído el evangelio, después de haber visto a Sion, trae aun más condenación. Los judíos que “fueron iluminados y gustaron del don celestial” e incluso “fueron hechos partícipes del Espíritu Santo” (He. 6:4) no podían volver al judaísmo así sin más. No podían retomar las cosas donde las habían dejado. Si regresaban ahora, estarían sujetos no solamente al juicio del Sinaí, sino al de Sion.

Todo hombre enfrenta la misma decisión. Seamos judíos o gentiles, intentar acercarnos a Dios por las obras es acercarnos al Sinaí solo para descubrir que nuestras obras se quedan cortas y no pueden salvarnos. Seamos judíos o gentiles, confiar en la sangre expiatoria de Cristo es acercarnos a Sion, donde nuestro Sumo Sacerdote celestial mediará por nosotros y nos llevará al Padre, donde encontraremos reconciliación, paz y vida eterna. Y si usted de verdad se ha acercado a Sion y recibido todas sus bendiciones, es inconcebible que quiera aferrarse de alguna manera al Sinaí.

37 Conducta cristiana: En relación con otros (13:1-3)

Permanezca el amor fraternal. No os olvidéis de la hospitalidad, porque por ella algunos, sin saberlo, hospedaron ángeles. Acordaos de los presos, como si estuvierais presos juntamente con ellos; y de los maltratados, como que también vosotros mismos estáis en el cuerpo. (13:1-3)

Los primeros once capítulos de Hebreos no enfatizan mandamientos específicos a los cristianos. Hay una carencia obvia de explicaciones o exhortaciones prácticas. La sección es doctrina pura y está casi completamente dirigida a los judíos que habían recibido el evangelio, pero necesitaban ser afirmados en la superioridad del nuevo pacto.

Las exhortaciones del capítulo 12 que son válidas para los cristianos en general, les animan a correr la carrera de la fe con paciencia, y a seguir la paz y la santidad. Las exhortaciones específicas prácticas para los cristianos están en el capítulo 13. Tal cosa se ajusta al patrón de enseñanza del Nuevo Testamento, que es siempre doctrina y luego deber, posición y después práctica. El capítulo 13 no es un epílogo, sino parte integral del mensaje del libro. La fe verdadera exige vida verdadera.

Cuando en el siglo I, Plinio el Joven informó al emperador Trajano sobre los cristianos, escribió: “Se obligan por un juramento a no cometer ningún delito, a evitar el robo, el hurto o el adulterio, nunca rompen su palabra ni se niegan a entregar un depósito cuando les piden reembolso”. Aunque estaba buscando una acusación contra ellos, se vio forzado a caracterizarlos como personas que no cometían delitos y que pagaban sus deudas.

Los cristianos de los primeros siglos fueron una reprensión a las sociedades paganas e inmorales en medio de las cuales vivieron, y esas sociedades solían buscar la manera de condenarlos. Pero cuanto más examinaban la vida de los creyentes, más obvio se hacía que los cristianos vivían a la altura de la norma moral de su doctrina.

Tal vez Pedro tuviera esas críticas en mente cuando escribió: “Porque esta es la voluntad de Dios: que haciendo bien, hagáis callar la ignorancia de los hombres insensatos” (1 P. 2:15). Pablo escribió unas palabras similares a Tito aconsejándole así: “Presentándote tú en todo como ejemplo de buenas obras; en la enseñanza mostrando integridad, seriedad, palabra sana e irreprochable, de modo que el adversario se avergüence, y no tenga nada malo que decir de vosotros” (Tit. 2:7-8).

Hebreos 13 aporta una ética práctica en algunos asuntos de la vida cristiana que ayudan a mostrar el evangelio verdadero al mundo, para animar a los hombres a confiar en Cristo y a darle gloria a Dios.

El filósofo Bertrand Russell escribió un ensayo famoso titulado “¿Por qué no soy cristiano?”. En este y otros ensayos del mismo tipo, presentó lo que él consideraba argumentos irrefutables para rechazar el cristianismo. Se enfocó principalmente en las vidas de los cristianos que había conocido u oído y que vivían vidas menos que ejemplares. Escribió: “Creo que hay muchos puntos buenos en los cuales concuerdo con Cristo mucho más que los cristianos profesantes. No sé si puedo recorrer todo el camino con Él, pero podría ir con Él más lejos que la mayoría de cristianos profesantes. No profeso que viva a la altura de ellos (esto es, los puntos de Cristo), pero después de todo, no es así para un cristiano, ¿o sí?”. Y prosiguió para decir: “Existe la idea de que todos seremos malvados si no nos aferramos a la religión cristiana. Me parece que las personas que se han acogido a esta han sido en su mayoría extremadamente malvados”. Y así argumentaba en contra del cristianismo y la Biblia.

El hecho de que Russell escogiera solamente los ejemplos que respaldaban sus nociones preconcebidas, y de que racionalizara muchas de sus posiciones, no aminora el efecto de algunas de sus declaraciones. Lamentablemente, a lo largo de la historia de la iglesia, las vidas malvadas, inmorales y prejuiciosas de cristianos profesos le han dado al mundo la excusa para no sentirse atraídos por las afirmaciones de Cristo. El hecho de que los críticos suelen escoger los peores ejemplos hace necesario que nosotros vivamos a la altura de las normas más elevadas, que mantengamos los malos ejemplos al mínimo. Quienes somos verdaderos cristianos tenemos la responsabilidad seria de vivir sin mancha para la gloria de Dios, de modo que los incrédulos nunca tengan una razón justa para criticar nuestro estilo de vida, porque vivimos reflejando a nuestro Señor.

Una vez que estaba visitando una cárcel, conocí a un prisionero que hablaba mucho sobre ser cristiano. Cuando le pregunté si se había convertido mientras estaba en la prisión, dijo que no. Entonces le pregunté por qué estaba en la cárcel, pensando que tal vez lo habían encarcelado por no contradecir su conciencia en algún principio bíblico importante. Cuando me dijo que lo habían encarcelado por no pagar alrededor de treinta infracciones de tránsito, le sugerí fuertemente que dejara de promocionarse como cristiano. Su vida era un testimonio en contra de Cristo.

Alexander Maclaren dijo: “El mundo toma su noción de Dios en su mayor parte de quienes dicen pertenecer a la familia de Dios. Nos leen mucho más de lo que leen la Biblia. Nos

ven; de Jesús apenas oyen”. Nuestro Señor ordenó a sus seguidores: “Así alumbre vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras, y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos” (Mt. 5:16).

Por supuesto, Jesús tenía en mente las obras buenas verdaderas, no la pretensión hipócrita. En una conferencia en que estaba presente el famoso evangelista D. L. Moody, algunos de los jóvenes más celosos decidieron pasar la noche orando. A la mañana siguiente uno de los jóvenes le dijo a Moody: “Acabamos de venir de una reunión maravillosa de oración durante toda la noche. ¡Mira cómo brillan nuestras caras!”. El evangelista replicó: “Moisés no sabía que su cara brillaba”. Las buenas obras artificiales e hipócritas no son difíciles de detectar. No impresionan a Dios ni a los incrédulos.

La ética tiene que ver con las normas de conducta (comportamiento) o juicio moral. No puede haber ética sin doctrina. La doctrina es el fundamento sobre el cual debe tener la base toda ética práctica. La llamada ética situacional no tiene nada de ética, en el sentido de no tener ningún patrón o norma de comportamiento. Cuando lo que usted hace tiene base solamente en lo que usted siente o desea en determinado momento, la sola idea de un principio o norma moral carece de sentido. No es posible tener ningún sistema de ética sin normas de bien y mal. No se puede requerir razonablemente cierto tipo de vida o moral de una persona sin principios morales, universales, subyacentes, aseguradores que determinen tales normas. De otra forma, usted no tiene ética alguna, solo una moral de libertad para todo, que es exactamente lo que hoy día se está defendiendo y ejemplificando.

La idea de que la doctrina es inútil y provoca divisiones, que todo lo que necesitamos es vivir en amor, es fantasía y necedad. El amor necesita una norma. Sin una norma, la idea de amor de una persona será diferente —y contradictoria— de la de alguien más. Desear a la mujer del prójimo puede parecer amor a quien está deseando, pero es algo muy diferente para el esposo. Intentar dejar de lado la doctrina mientras se mantiene la ética es como intentar mantener una casa intacta quitándole los cimientos.

La ética cristiana no solamente exige la doctrina correcta, sino la relación correcta con Jesucristo. Sin una relación salvadora con Él, una persona no tendrá ni el deseo sostenido ni la habilidad para vivir a la altura de las normas morales del Nuevo Testamento. Todo mandamiento moral del Nuevo Testamento presupone la fe en Cristo. No es posible vivir a la altura de las normas de Dios sin Dios.

Una vez me pidieron que hablara sobre la perspectiva cristiana del sexo en una clase de ética de una universidad estatal. Comencé mi charla con unas palabras para ese efecto: “No espero que nadie aquí crea lo que voy a decir. No creo que tengan la capacidad para entender o aceptar la perspectiva cristiana del sexo. Les resultará completamente ajena, porque no la pueden comprender o aceptar sin una relación personal con Jesucristo”. Entonces, antes de presentar las cosas básicas del Nuevo Testamento sobre el sexo, pasé cerca de media hora explicando qué significaba una relación personal con Jesucristo.

Las normas del comportamiento cristiano establecidas en Hebreos 13 presuponen dos realidades básicas: que tales normas tienen la base en el fundamento doctrinal de los capítulos 1 al 12 y que son para los creyentes cristianos.

AMOR CONSTANTE

Permanezca el amor fraternal. (13:1)

La norma moral principal del cristianismo es el amor, y el amor particular al cual se exhorta aquí es el amor entre cristianos. El amor fraternal es una palabra (*philadelphia*) en el griego y se suele traducir como “amor fraterno”. Está compuesta de dos raíces: *phileō* (afecto tierno) y *adelphos* (hermano o pariente cercano; literalmente, “del mismo vientre”).

AMOR POR LOS HERMANOS

El amor fraterno puede tener dos aplicaciones fundamentales. En algunos lugares del Nuevo Testamento, se trata a los judíos incrédulos como hermanos. Físicamente, todos los judíos provienen del mismo vientre, son descendientes de Abraham y Sara. Son el pueblo escogido de Dios, con quienes Él aún no ha terminado. Entonces, la primera idea que viene a la mente aquí podría ser la de continuar amando a los judíos que no son cristianos. Los judíos cristianos estaban completamente separados del judaísmo; de los rituales, ceremonias, leyes y normas del antiguo pacto. Pero debían mantener un amor profundo por los judíos incrédulos. Por darle la espalda al judaísmo no debían darles la espalda a sus hermanos judíos. Debían tener el mismo amor que hizo a Pablo escribir: “Porque deseara yo mismo ser anatema, separado de Cristo, por amor a mis hermanos, los que son mis parientes según la carne; que son israelitas” (Ro. 9:3-4).

Sin embargo, la enseñanza principal es amar a los otros cristianos, nuestros hermanos espirituales. La admonición a continuar el amor fraterno indica que tal amor ya existe. El amor fraterno es el flujo natural de la vida cristiana. No puede generarse, pero sí puede

ahogarse o alimentarse. Por lo tanto, no se nos dice que hagamos que suceda, sino que le permitamos continuar. Cuando una persona recibe la salvación, se siente atraída de forma natural a la comunión con otros creyentes. Lamentablemente, esta actitud suele cambiar, pero solo ocurre así si el amor que recibimos en la salvación (Ro. 5:5) se ahoga.

El amor de otros cristianos es vital para la vida espiritual. “Habiendo purificado vuestras almas por la obediencia a la verdad, mediante el Espíritu, para el amor fraternal no fingido, amaos unos a otros entrañablemente, de corazón puro; siendo renacidos, no de simiente corruptible, sino de incorruptible, por la palabra de Dios que vive y permanece para siempre” (1 P. 1:22-23). Uno de los resultados de obedecer la verdad de Dios es el amor creciente hacia los otros creyentes.

Puesto que recibimos amor fraterno cuando recibimos la vida espiritual, debemos ejercer ese amor. La tarea cristiana no es buscar las bendiciones de Dios, sino usarlas. Ya poseemos todas las bendiciones que son importantes: “Todas las cosas que pertenecen a la vida y a la piedad nos han sido dadas por su divino poder” (2 P. 1:3). Nuestra preocupación principal no debe ser buscar o pedir las bendiciones, sino usar nuestras bendiciones (cp. Ef. 1:3).

Pablo enseña una verdad estrechamente relacionada en Efesios, cuando apela a que los hermanos en Cristo deben ser “solicitos en guardar la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz” (Ef. 4:3). Se les pide preservar, no fabricar, la unidad del Espíritu. De la misma manera, preservamos el amor fraterno expresándolo y alimentándolo, no contaminándolo o descuidándolo. “Pero acerca del amor fraternal no tenéis necesidad de que os escriba, porque vosotros mismos habéis aprendido de Dios que os améis unos a otros; y también lo hacéis así con todos los hermanos que están por toda Macedonia. Pero os rogamos, hermanos, que abundéis en ello más y más” (1 Ts. 4:9-10). No necesitamos tener más amor; necesitamos usar el amor que tenemos. No necesitamos tener más unidad o más paz; necesitamos usar la unidad y la paz que ya tenemos en Jesucristo.

Los creyentes a quienes iba dirigida la Epístola a los Hebreos tenían experiencia en mostrar amor. “Porque Dios no es injusto para olvidar vuestra obra y el trabajo de amor que habéis mostrado hacia su nombre, habiendo servido a los santos y sirviéndoles aún” (He. 6:10). Habían ejercido fielmente el amor por los hermanos en el pasado y se les animaba a continuar.

El principio básico del amor fraternal es sencillo. Pablo lo explica: “Amaos los unos a los otros con amor fraternal; en cuanto a honra, prefiriéndoos los unos a los otros” (Ro. 12:10).

Dicho de la manera más básica, el amor fraterno es cuidar de los otros cristianos más de lo que nos cuidamos a nosotros mismos. Cuando nos preocupamos por nosotros, ahogamos el amor fraterno. “Nada hagáis por contienda o por vanagloria; antes bien con humildad, estimando cada uno a los demás como superiores a él mismo; no mirando cada uno por lo suyo propio, sino cada cual también por lo de los otros” (Fil. 2:3-4). El amor fraterno se alimenta de la humildad, y la humildad crece del conocimiento espiritual correcto. Cuando nos medimos con respecto a Jesucristo, quien es la norma para nuestra vida, nos vemos como en realidad somos y nos humillamos. Solo entonces somos verdaderamente capaces de amar como Dios quiere que amemos.

POR QUÉ ES IMPORTANTE EL AMOR FRATERNAL

El amor fraternal es importante por tres razones principales: revela al mundo que pertenecemos a Cristo, revela nuestra verdadera identidad y agrada a Dios.

Jesús dijo: “En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tuviereis amor los unos con los otros” (Jn. 13:35). En efecto, Dios ha dado al mundo el derecho de evaluarnos sobre la base de nuestro amor mutuo. Como testigos para el mundo y testimonios para nuestro Señor, es de gran importancia que consideremos genuinamente a los demás como superiores a nosotros mismos y que procuremos su interés por encima del nuestro. De esa manera nuestras vidas predicarán un sermón poderoso y elocuente.

El amor entre cristianos también revela la identidad verdadera: nos da seguridad adicional de nuestra vida espiritual en Cristo. “Nosotros sabemos que hemos pasado de muerte a vida, en que amamos a los hermanos. El que no ama a su hermano, permanece en muerte” (1 Jn. 3:14). La prueba segura de la salvación se encuentra en nuestros corazones. Es nuestro amor unos por otros. Si nos preguntamos por nuestra salvación, podemos preguntarnos: “¿Me preocupa en gran manera el bienestar de los cristianos que conozco? ¿Disfruto la comunión con ellos? ¿Muestro mi preocupación atendiendo a sus necesidades?”. Si la respuesta es sí, no podemos tener mejor evidencia de que somos hijos de Dios: porque amamos a sus otros hijos, nuestros hermanos y hermanas en Cristo.

La tercera razón por la cual el amor fraternal es importante es porque agrada a Dios. Nada es más agradable para los padres que ver a sus hijos cuidándose unos a otros en sus necesidades. “¡Mirad cuán bueno y cuán delicioso es habitar los hermanos juntos en armonía!” (Sal. 133:1). Cuando sus hijos se cuidan mutuamente, se ayudan mutuamente y viven en armonía unos con otros, Dios se agrada y se glorifica. Cuando nos amamos al grado de estar dispuestos a ofrecer nuestras vidas unos por otros, somos ejemplo del

mismo Hijo de Dios. “En esto hemos conocido el amor, en que él puso su vida por nosotros; también nosotros debemos poner nuestras vidas por los hermanos” (1 Jn. 3:16).

El amor fraternal del Nuevo Testamento no es un afecto superficial y sentimental. Es un afecto basado en la preocupación profunda y constante, y se caracteriza por el compromiso práctico. “Pero el que tiene bienes de este mundo y ve a su hermano tener necesidad, y cierra contra él su corazón, ¿cómo mora el amor de Dios en él?” (1 Jn. 3:17). En otras palabras, negarse a ayudar a otros creyentes cuando estamos en capacidad de hacerlo prueba que, en realidad, no les amamos; y si no les amamos, ¿cómo puede estar Dios en nuestros corazones? Y si su amor no está en nuestros corazones, no le pertenecemos. La lógica de Juan es poderosa y práctica. Continúa: “Hijitos míos, no amemos de palabra ni de lengua, sino de hecho y en verdad. Y en esto conocemos que somos de la verdad, y aseguraremos nuestros corazones delante de él” (vv. 18-19).

La causa obvia de la falta de amor entre cristianos es el pecado. Jesús predijo: “Y por haberse multiplicado la maldad, el amor de muchos se enfriará” (Mt. 24:12). Nada enfría más rápido el amor que el pecado, especialmente el orgullo egoísta. Contrario a las afirmaciones de muchas de las enseñanzas y escritos populares disfrazados de cristianismo, la autoestima, la glorificación propia y el orgullo no son solo grandes enemigos de Dios, sino del amor. “Igualmente, jóvenes, estad sujetos a los ancianos; y todos, sumisos unos a otros, revestíos de humildad; porque: Dios resiste a los soberbios, y da gracia a los humildes” (1 P. 5:5). Sin humildad, el llamado amor por los demás no es más que usarlos para fines egoístas, para nuestros propios propósitos y satisfacción. La preocupación por uno mismo y el amor fraternal son tan mutuamente excluyentes y contradictorios como la oscuridad y la luz. El amor solamente crece en el huerto de la humildad.

El autor de Proverbios describe la verdadera naturaleza del yo mediante un ejemplo excepcionalmente gráfico: “La sanguijuela tiene dos hijas que dicen:

¡Dame!, ¡dame!” (Pr. 30:15). La sanguijuela que aquí se menciona es probablemente una criatura especialmente repulsiva, tiene una bifurcación en su lengua con la cual chupa la sangre de sus víctimas. Se dice que se suele atiborrar hasta explotar. Espiritualmente, esta sanguijuela es el amor propio, y sus dos hijas son la santurronería y la autocompasión. Nunca está satisfecha y su apetito insaciable es el enemigo de todo lo que la rodea. Incluso es su peor enemigo, porque el amor propio nunca puede satisfacerse de verdad.

El amor propio lo pervierte todo. El ego debe morir si el amor fraternal ha de continuar. El orgullo y el amor propio son fatales para el amor fraternal. Jesús, el Hijo de Dios, no vino para ser servido, sino para servir; ni vino a hacer su voluntad, sino la del Padre. ¿Quién tenía más razones para ser orgulloso que Jesús, el Creador y Señor del universo? Con todo, dijo: “Llevad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón” (Mt. 11:29). La única fuente de amor fraternal es un corazón manso y humilde, como el corazón de Jesús.

AMOR A LOS EXTRAÑOS

No os olvidéis de la hospitalidad, porque por ella algunos, sin saberlo, hospedaron ángeles. (13:2)

Los desconocidos, como los hermanos en el versículo 1, pueden ser creyentes o incrédulos. Nuestra primera responsabilidad es con nuestros hermanos en Cristo, pero nuestra responsabilidad no termina aquí. “Así que, según tengamos oportunidad, hagamos bien a todos, y mayormente a los de la familia de la fe” (Gá. 6:10). Pablo es igualmente explícito en 1 Tesalonicenses: “Mirad que ninguno pague a otro mal por mal; antes seguid siempre lo bueno unos para con otros, y para con todos” (5:15). “Con todos” incluye aun a nuestros enemigos. “Oísteis que fue dicho: Amarás a tu prójimo, y aborrecerás a tu enemigo. Pero yo os digo: Amad a vuestros enemigos, bendecid a los que os maldicen, haced bien a los que os aborrecen, y orad por los que os ultrajan y os persiguen” (Mt. 5:43-44). Incluso las personas más mundanas aman a quienes les aman, continúa diciendo Jesús (v. 46).

El peligro de que “se aprovechen de nosotros” no es excusa para no ayudar a alguien en necesidad. Por definición, un desconocido es alguien a quien no conocemos personalmente. En consecuencia, es fácil sentirse decepcionado cuando estamos ayudando a un desconocido. Una persona que nos pide diez dólares para comprar comida para su familia puede gastárselos en alcohol o drogas. Debemos usar nuestro sentido común para determinar cuál es la mejor manera de ayudarla, pero nuestra preocupación principal debe ser ayudar, no evitar que se aprovechen de nosotros. Si ayudamos de buena fe, Dios honrará nuestro esfuerzo. Las personas suelen aprovecharse del amor, pero es un costo que no cuenta.

En el mundo antiguo, la hospitalidad solía incluir albergar a un invitado por una noche o más. Las posadas eran pocas, solían tener mala reputación y eran costosas. Entre los judíos y las personas del Oriente Medio en general, la hospitalidad, incluso con los desconocidos

y extranjeros, era una virtud grande. Ciertamente, los cristianos no deben ser menos hospitalarios.

La hospitalidad es una norma bíblica para los supervisores u obispos (1 Ti. 3:2; Tit. 1:8). Los pastores y otros líderes de la iglesia deben tener las casas abiertas, estar listos para servir y satisfacer las necesidades de los demás. Mostrar hospitalidad con los desconocidos es la obra de una mujer espiritual (1 Ti. 5:10). En otras palabras, la hospitalidad debe ser una señal para todos los cristianos, una característica básica, no una práctica opcional o incidental.

No se dice que por ella algunos, sin saberlo, hospedaron ángeles para que sea la base o motivación de la hospitalidad. No debemos ser hospitalarios porque en algún momento podamos encontrarnos sirviendo a ángeles. Debemos servir con amor fraternal por el bien de aquellos a quienes ayudamos y para la gloria de Dios. El punto de la segunda mitad del versículo 2 es que nunca podremos saber cuán importante y de largo alcance puede ser un acto sencillo de ayuda. Servimos porque hay necesidad, no por las consecuencias que podamos prever. Abraham se salió del camino para ayudar a los tres hombres que iban pasando junto a su tienda. No esperó a que le pidieran ayuda, sino que se ofreció. Era una oportunidad más que un deber. De hecho, consideró que el mayor servicio era para sí mismo, diciendo: “Señor, si ahora he hallado gracia en tus ojos, te ruego que no pases de tu siervo” (Gn. 18:3). En aquel momento, no tenía idea de que dos de los hombres eran ángeles y el tercero era el mismo Señor (18:1; 19:1). Y si hubiera sabido que no lo eran, no hubiera sido menos correcto que fuera hospitalario.

Hay un sentido en el cual siempre servimos al Señor cuando somos hospitalarios, especialmente con los demás creyentes. “De cierto os digo que en cuanto lo hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí lo hicisteis” (Mt. 25:40). Alimentar al hambriento, albergar al desconocido, vestir al desnudo y visitar al prisionero en el nombre de Jesús es servirle. Darles la espalda a quienes necesitan de tales cosas es darle la espalda a Él (v. 45).

COMPASIÓN

Acordaos de los presos, como si estuvierais presos juntamente con ellos; y de los maltratados, como que también vosotros mismos estáis en el cuerpo. (13:3)

La compasión está relacionada estrechamente con el amor constante. Es más fácil ayudar a los demás cuando hemos tenido necesidades. Es más fácil apreciar el hambre cuando hemos tenido hambre, la soledad cuando hemos estado solos y la persecución cuando nos

han perseguido. No es que un cristiano deba experimentar hambre, soledad extrema o encarcelamiento para poder comprender a quienes experimentan estas cosas. La idea es que debemos hacer lo posible para identificarnos con quienes están en necesidad, intentar ponernos en su lugar. Sabemos que si estuviéramos muriéndonos de hambre, querríamos que alguien nos alimentara; si estuviéramos en prisión, querríamos que alguien nos visitara. Debemos hacer por ellos lo que querríamos que hicieran por nosotros si estuviéramos presos juntamente con ellos. Este es el principio de la regla de oro de Jesús: “Así que, todas las cosas que queráis que los hombres hagan con vosotros, así también haced vosotros con ellos; porque esto es la ley y los profetas” (Mt. 7:12).

Entre otras cosas, Hebreos 13:3 es una advertencia contra la espiritualización de la vida cristiana. La Biblia no enseña, como lo hacen algunas religiones orientales, que la persona en contacto con Dios trascienda el dolor físico, las dificultades y otras realidades por el estilo. Nuestra casa verdadera es el cielo, pero aún estamos en el cuerpo. Aún sentimos hambre; aún nos sentimos solos y aún nos sentimos heridos, física y psicológicamente. Nuestra hambre y dolor deberían hacernos más sensibles a los de los demás. En lugar de ver nuestros problemas como excusa para no ayudar, debemos verlos como incentivos para ser de mayor utilidad. Nuestros problemas deben hacernos más sensibles, hospitalarios y amorosos, no menos. Una de las curas más seguras para la autocompasión es el servicio amoroso.

Tertuliano, un apologista de principios del cristianismo, escribió: “Si hubiera alguien en las mazmorras, alguien desterrado en una isla, o alguien arrojado a una prisión, entonces los cristianos se harían portadores de su confesión”. Arístides, un orador pagano, dijo de los cristianos: “Si oyen que alguno de ellos está en prisión o en problemas por el nombre de Cristo, todos ofrecen ayuda para el necesitado; y si pueden redimirlo, lo hacen liberar”. En otras palabras, si estaba en la cárcel, pagarían la fianza por su libertad, el precio de la redención. La Confesión Apostólica decía: “Si algún cristiano resulta por la causa de Cristo condenado a las mazmorras por los impíos, no lo pases por alto, sino que de lo obtenido por tu trabajo y sudor, envíale algo para sustentarlo y para recompensar al soldado de Cristo. Todo dinero recogido por el trabajo honrado dirígelo y destínalo para la redención de los santos, rescatando así a esclavos, cautivos, prisioneros, personas maltratadas y condenados por tiranos”. Algunos de los primeros cristianos se vendieron a sí mismos en esclavitud para obtener el dinero para liberar a otro creyente.

Podemos mostrar compasión al menos en tres maneras importantes. Por una parte, sencillamente podemos “estar ahí” cuando otros están en dificultades. A veces la sola presencia de un amigo es el mejor estímulo y fortaleza.

Otra forma de mostrar compasión es con ayuda directa. Pablo agradeció a los filipenses por participar de su aflicción dándole dinero para realizar su ministerio en otras partes (Fil. 4:14-16). Respaldándolo económicamente, también lo animaron espiritualmente.

La tercera forma de mostrar compasión es por medio de la oración. De nuevo el ministerio de Pablo nos da un ejemplo. Sus palabras finales a los colosenses fueron un llamado a la oración: “Acordaos de mis prisiones” (Col. 4:18). No le podían visitar y el dinero no habría sido de ayuda en aquel momento, pero recordarlo en las oraciones podía sostenerle poderosamente.

Llevar las cargas de los demás cumple la ley de Cristo (Gá. 6:2), que es el amor. Si “no tenemos un sumo sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras debilidades” (He. 4:15), ¿cuánto más debemos simpatizar nosotros con los demás, especialmente con los otros cristianos, que están en necesidad? Siguiendo el ejemplo de Jesús, quien no vino para ser servido, sino para servir, debemos perdernos a nosotros mismos en cuidado amoroso, continuo y compasivo por los demás.

38 Conducta cristiana: En relación con nosotros mismos (13:4-9)

Honroso sea en todos el matrimonio, y el lecho sin mancilla; pero a los fornicarios y a los adúlteros los juzgará Dios. Sean vuestras costumbres sin avaricia, contentos con lo que tenéis ahora; porque él dijo: No te desampararé, ni te dejaré; de manera que podemos decir con fiadamente: El Señor es mi ayudador; no temeré lo que me pueda hacer el hombre. Acordaos de vuestros pastores, que os hablaron la palabra de Dios; considerad cuál haya sido el resultado de su conducta, e imitad su fe. Jesucristo es el mismo ayer, y hoy, y por los siglos. No os dejéis llevar de doctrinas diversas y extrañas; porque buena cosa es afirmar el corazón con la gracia, no con viandas, que nunca aprovecharon a los que se han ocupado de ellas. (13:4-9)

La segunda gran área de ética tratada en el capítulo 13 tiene que ver con nuestra responsabilidad con nosotros mismos, y se enfoca principalmente en la pureza sexual, satisfacción con lo que tenemos, y firmeza en la fe.

PUREZA SEXUAL

HONREMOS EL MATRIMONIO

El matrimonio es honroso a los ojos de Dios. Él lo estableció en la creación y lo ha honrado desde ese momento. Por supuesto, hoy día en gran parte del mundo, el matrimonio es poco menos que honroso. Muchas parejas se casan por conveniencia temporal, no como requisito social, mucho menos divino, para vivir conjuntamente.

La frase honrosa sea en todos los matrimonios puede haber sido una reacción a ciertas influencias ascéticas de la iglesia primitiva que sostenían que el celibato era un estado de mayor santidad que el matrimonio. Algunos hombres, como el famoso Orígenes del siglo III, se castraron bajo la noción errónea de que así servirían más devotamente a Dios. Pablo advierte que en los últimos días los maestros apóstatas “prohibirán casarse” (1 Ti. 4:3). Pero Dios considera que el matrimonio no solamente es permisible, sino honroso, y nosotros debemos considerarlo de la misma manera.

Dios honró el matrimonio estableciéndolo. Jesús honró el matrimonio realizando su primer milagro en una boda. El Espíritu Santo honró el matrimonio usándolo para describir a la Iglesia del Nuevo Testamento. Toda la Trinidad testifica que el matrimonio es honroso. Por tanto, ninguna persona está justificada para menospreciar el matrimonio.

Las Escrituras dan al menos tres razones para el matrimonio. Una es la propagación de los hijos. En la creación, Dios comisionó a la humanidad así: “Fructificad y multiplicaos;

llenad la tierra” (Gn. 1:28). El matrimonio también es un medio para prevenir el pecado sexual. “A causa de las fornicaciones, cada uno tenga su propia mujer, y cada una tenga su propio marido” (1 Co. 7:2). Pablo advierte, y luego pasa a aconsejar, a los solteros y viudas que se casen si no pueden controlarse (vv. 8-9). El matrimonio también es una provisión para la compañía. “Luego Dios el Señor dijo: ‘No es bueno que el hombre esté solo. Le haré ayuda idónea para él’” (Gn. 2:18).

El matrimonio puede honrarse de muchas formas. Una es por el esposo siendo cabeza. Dios se glorifica en una familia en la cual el esposo dirige. “Cristo es la cabeza de todo varón, y el varón es la cabeza de la mujer” (1 Co.

11:3). “El marido es cabeza de la mujer, así como Cristo es cabeza de la iglesia” (Ef. 5:23). Otra forma es un corolario de la primera, a saber, que las esposas sean sumisas a sus esposos, como Sara lo fue con Abraham (1 P. 3:1, 6). Una tercera forma en la cual el matrimonio debe honrarse es regulándose por el amor y el respeto mutuo. “Vosotros, maridos, igualmente, vivid con ellas sabiamente, dando honor a la mujer como a vaso más frágil, y como a coherederas de la gracia de la vida, para que vuestras oraciones no tengan estorbo” (v. 7). La preocupación del esposo y la esposa debe centrarse en el bienestar y la felicidad del otro, en lo que puede darse en lugar de lo que puede obtenerse.

EL LECHO MATRIMONIAL NO DEBE MANCILLARSE

Dios se toma muy en serio la pureza sexual. Los hombres y las mujeres pueden jugar con el sexo ilícito y estar perfectamente en su derecho a los ojos de la mayoría de personas. Pero, a los ojos de Dios, siempre es un pecado y siempre recibirá juicio. Pablo advierte: “Nadie os engañe con palabras vanas, porque por estas cosas viene la ira de Dios sobre los hijos de desobediencia” (Ef. 5:6). El apóstol también nos dice que huyamos “Huid de la fornicación. Cualquier otro pecado que el hombre cometa, está fuera del cuerpo; mas el que fornicar, contra su propio cuerpo peca”. (1 Co. 6:18). Aquí “inmoralidad” (*porneia*, “fornicación”) proviene del mismo término básico griego que fornicarios (*pornos*). En otras palabras, el mismo pecado sexual participa en los dos pasajes. El pecado sexual no es solamente contra Dios y contra otras personas, también es contra nosotros mismos. Parte de nuestra responsabilidad moral con nosotros mismos es ser puros sexualmente.

El mundo está más obsesionado con el sexo hoy que nunca antes. La actividad sexual fuera del matrimonio se considera normal y aceptable por la mayoría de las personas. El editor de una de las revistas pornográficas más conocidas asegura que “el sexo es una función del cuerpo, un impulso que el hombre comparte con los animales, como comer,

beber y dormir. Es una exigencia física que ha de satisfacerse. Si usted no la satisface, tendrá toda clase de neurosis y psicosis represivas. El sexo está aquí para quedarse; olvide la mojigatería que nos hace escondernos de él. Deshágase de esas inhibiciones, encuentre una chica que piense igual y disfrútelo”.

Algunos de los resultados más obvios de tales perspectivas son embarazos extramaritales, violaciones, nacimientos ilegítimos (a pesar de los métodos anticonceptivos y los abortos) y las enfermedades venéreas de todo tipo. Todas son cosas que rompen el corazón. Billy Graham ha comentado que los escritos que salen de los autores contemporáneos son “como el líquido que sale de una cañería rota”. Ya hay juicio en los hogares rotos, las enfermedades venéreas, los quebrantamientos físicos y psicológicos, y en los homicidios y otras formas de violencia que se generan cuando la pasión no se controla. No es posible vivir y actuar contra los principios morales del universo establecidos por Dios y no sufrir las terribles consecuencias.

Cuando los cristianos son inmorales, las consecuencias inmediatas pueden ser aun peores, porque el testimonio del evangelio se contamina. Nunca olvidaré a una estudiante joven que llegó a mi oficina obviamente conmovida. Dijo que era una cristiana nueva y que poco después de su conversión comenzó a asistir al grupo de jóvenes de una iglesia. El presidente del grupo la invitó a salir, y ella se sintió halagada y sorprendida de poder salir con un cristiano. Pensó: “¡Cuán diferente debe ser de aquello a lo que estoy acostumbrada!”. Pero antes de terminar la noche, él había destrozado la pureza de ella, sacudido la fe de ella y arruinado su propio testimonio. Lo último que oí de aquella joven es que su vida aún era un desastre.

Dentro del matrimonio el sexo es bello, llena y crea; fuera del matrimonio, es feo, destructivo y maldito. “Pero fornicación y toda inmundicia, o avaricia, ni aun se nombre entre vosotros, como conviene a santos” (Ef. 5:3).

SATISFACCIÓN CON LO QUE TENEMOS

Sean vuestras costumbres sin avaricia, contentos con lo que tenéis ahora; porque él dijo: No te desampararé, ni te dejaré; de manera que podemos decir confiadamente: El Señor es mi ayudador; no temeré lo que me pueda hacer el hombre. (13:5-6)

C. H. Spurgeon dijo: “He estado en muchas reuniones de testimonios y he oído a muchas personas decir que han pecado, y muchas personas han venido a mí para confesar sus pecados. Pero en toda mi vida nunca he tenido una persona que me confesara el pecado de la codicia”. Tampoco yo he tenido quien me confiese codicia.

Una vez llegó un hombre a mi oficina pidiendo confesar un pecado. Obviamente, era serio y estaba quebrantado. Dijo que su pecado era la glotonería. Cuando comenté que no se veía con sobrepeso, respondió: “Lo sé. No es que coma mucho, sino que quiero. Continuamente quiero comida. Es una obsesión”.

La codicia se parece mucho a la glotonería. Usted no tiene que adquirir mucho para ser codicioso. De hecho, no tiene que adquirir nada. La codicia es una actitud, es querer adquirir cosas, anhelarlas, poner nuestra atención y nuestros pensamientos en ello, sea que alguna vez las poseamos o no.

Cuenta la historia que cuando John D. Rockefeller era joven, un amigo le preguntó cuánto dinero quería. Respondió: “Un millón de dólares”. Después de obtener un millón de dólares, el amigo le volvió a preguntar cuánto dinero quería. La respuesta esta vez fue: “Otro millón”. La codicia y la avaricia siguen un principio de deseo creciente y satisfacción decreciente, una forma de ley de disminución de los rendimientos. “El que ama el dinero, no se saciará de dinero; y el que ama el mucho tener, no sacará fruto. También esto es vanidad” (Ec. 5:10). Cuanto más usted obtiene, más quiere. Cuando nos enfocamos en las cosas materiales, lo que tenemos nunca alcanzará lo que queremos. Es una de las leyes inquebrantables de Dios.

La avaricia es una de las formas más comunes de codicia, en parte porque el dinero puede usarse para asegurar muchas otras cosas que queremos. El amor al dinero es la lujuria de las riquezas materiales, cualquiera que sea la forma. El cristiano debe estar desprovisto de tal amor por las cosas materiales. El amor al dinero es un pecado contra Dios, una forma de desconfianza. Porque él dijo: No te desampararé, ni te dejaré. Sobre todas las demás cosas, el amor al dinero es confianza en las riquezas inciertas, y no en el Dios vivo (1 Ti. 6:17), buscar seguridad en las cosas materiales y no en el Padre celestial. Jesús advirtió: “Mirad, y guardaos de toda avaricia; porque la vida del hombre no consiste en la abundancia de los bienes que posee” (Lc. 12:15).

La avaricia de Acán le costó a Israel la derrota en Hai, la vida de treinta y seis compatriotas, la propia vida de Acán y la de su familia y sus rebaños (Jos. 7:1, 5, 25). Después que Naamán quedó limpio de la lepra por seguir la instrucción de Eliseo de lavarse siete veces en el río Jordán, el profeta rechazó cualquier forma de pago. Pero Giezi, el criado de Eliseo, corrió tras Naamán y lo engañó para sacar partida del capitán agradecido. Después de volver a mentir, Eliseo le maldijo con la lepra de Naamán (2 R. 5:15-27). Su avaricia lo llevó a la mentira, el engaño y la lepra. Judas también fue avaro y traidor, estuvo dispuesto a traicionar al Hijo de Dios por treinta monedas de plata.

Ananías y Safira pagaron con sus vidas la avaricia y el intento de engaño (Hch. 5:1-10). La avaricia no es un pecado insignificante para Dios. Esta ha mantenido a muchos incrédulos alejados del reino y ha provocado que muchos creyentes pierdan la alegría del reino, o más.

Por supuesto, no es malo obtener riquezas. Abraham y Job fueron muy ricos. El Nuevo Testamento menciona a varios creyentes fieles que tenían riquezas considerables. Pero el amor al dinero, es la “raíz de todos los males... el cual codiciando algunos, se extraviaron de la fe, y fueron traspasados de muchos dolores” (1 Ti. 6:10). Es codiciarlo y confiar en el dinero lo que resulta pecado. David aconseja: “Si se aumentan las riquezas, no pongáis el corazón en ellas” (Sal. 62:10). Job planteó el principio claramente: “Si puse en el oro mi esperanza, y dije al oro: Mi confianza eres tú; si me alegré de que mis riquezas se multiplicasen, y de que mi mano hallase mucho... esto también sería maldad juzgada; porque habría negado al Dios soberano” (Job 31:24-25, 28). La confianza en el dinero es desconfianza en Dios.

Algunas personas aman el dinero, pero no lo adquieren nunca. El amor de otras personas por el dinero radica en adquirirlo. Viven por la emoción de aumentar sus cuentas bancarias, acciones o participaciones en fondos de inversión. Para otros, el amor al dinero es acapararlo. Al tacaño no le interesa tanto incrementar sus posesiones como aferrarse a ellas. Aman el dinero por lo que es. Otros están más interesados en las cosas que pueden comprar y alardear con su riqueza. El consumidor conspicuo es el gran derrochador que ostenta su riqueza. Sea cual sea la forma que toma el amor al dinero, el resultado espiritual es el mismo. A Dios no le agrada y nos separa de Él. Tener ropa más bonita, una casa más grande, otro automóvil y unas vacaciones mejores nos tienta a todos. Pero Dios nos dice que estemos satisfechos. Contentos con lo que tenemos ahora.

Muchos de los destinatarios de la carta a los Hebreos habían perdido gran parte —o todas— de sus posesiones materiales, porque sabían que tenían “una mejor y perdurable herencia en los cielos” (10:34). A algunos que podrían estar anhelando recuperar lo que perdieron, creyendo que el costo era muy alto, se les dice que no vuelvan a confiar en las cosas materiales. Podemos decir con confianza: El Señor es mi ayudador; no temeré lo que me pueda hacer el hombre. Si tenemos al Señor, lo tenemos todo. La pérdida de algo más no puede ser peor que un mal inconveniente, un inconveniente que, rendido al Señor, siempre será para nuestro bien. De cualquier modo, las posesiones materiales son temporales. Vamos a perderlas tarde o temprano. Si el Señor decide que debemos

perderlas antes, no debemos preocuparnos. Proverbios 23:5 dice que las riquezas “se harán alas”.

Entre los requisitos bíblicos de los obispos (también llamados ancianos, Tit. 1:5-7) está no ser “codicioso de ganancias deshonestas” (1 Ti. 3:3). Ningún cristiano puede vivir con eficacia, mucho menos liderar con eficacia, si anhela el dinero. El amor al dinero debilita nuestra fe, nuestro testimonio y nuestro liderazgo. Cuando amamos el dinero, nuestra mira está en la clase incorrecta de ganancia. “Pero gran ganancia es la piedad acompañada de contentamiento; porque nada hemos traído a este mundo, y sin duda nada podremos sacar. Así que, teniendo sustento y abrigo, estemos contentos con esto” (1 Ti. 6:6-8). La falta de contentamiento es uno de los mayores pecados del hombre. El contentamiento es una de las más grandes bendiciones divinas.

¿Cómo disfrutamos el contentamiento? ¿Cómo nos satisfacemos con lo que tenemos? Primero, debemos darnos cuenta de la bondad de Dios. Si realmente creemos que Dios es bueno, sabemos que cuidará de nosotros, sus hijos. Sabemos con Pablo que “a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien, esto es, a los que conforme a su propósito son llamados” (Ro. 8:28).

Segundo, debemos darnos cuenta —no solo reconocer, sino darnos cuenta de verdad— de que Dios es omnisciente. Él sabe lo que necesitamos mucho antes de que tengamos necesidad o le pidamos que la satisfaga. Jesús nos asegura: “pero vuestro Padre sabe que tenéis necesidad de estas cosas” (Lc. 12:30).

Tercero, debemos pensar qué nos merecemos. Lo que queremos, incluso lo que necesitamos, es una cosa; lo que merecemos es otra. Debemos confesar con Jacob: “Menor soy que todas las misericordias y que toda la verdad que has usado para con tu siervo” (Gn. 32:10). Hasta lo más pequeño que tenemos es más de lo que merecemos. Los menos bendecidos de los santos de Dios son ricos (véase Mt. 19:27-29).

Cuarto, debemos reconocer la supremacía de Dios, su soberanía. Dios no tiene el mismo plan para todos sus hijos. Lo que da amorosamente para uno, puede igualmente retenerlo amorosamente para otro. El Espíritu Santo da variedad de dones, ministerios y pertenencias, “pero todas estas cosas las hace uno y el mismo Espíritu, repartiendo a cada uno en particular como él quiere” (1 Co. 12:4-11). En lo relacionado con las bendiciones materiales, debemos escuchar la sabiduría de Ana: “Jehová empobrece, y él enriquece; Abate, y enaltece”. (1 S. 2:7). Si nos fuera a hacer ricos, tendríamos que ser de un servicio

sobresaliente para Él. Por otra parte, hacernos ricos puede ser nuestra perdición espiritual. El Señor sabe lo que necesitamos y no nos proveerá menos que eso.

Quinto, debemos recordar cuáles son nuestras verdaderas riquezas. Son los mundanos, entre ellos los mundanos ricos, los que son pobres; y son los creyentes, incluidos los creyentes pobres, los que son ricos. Nuestro tesoro está en nuestro hogar, en el cielo, y debemos poner nuestra mente “en las cosas de arriba, no en las de la tierra” (Col. 3:2).

Sin embargo, sobre todas las cosas, el contentamiento viene de la comunión con Dios. Cuanto más nos enfoquemos en Él, menos nos preocuparán las cosas materiales. Cuando usted está cerca a Jesucristo, termina abrumado por las riquezas que tiene en Él, y las posesiones terrenales no le importarán. El contentamiento es tener confianza en que el Señor es nuestro ayudador; no temeremos lo que nos pueda hacer el hombre.

EL ESFUERZO EN LA FE

Acordaos de vuestros pastores, que os hablaron la palabra de Dios; considerad cuál haya sido el resultado de su conducta, e imitad su fe. Jesucristo es el mismo ayer, y hoy, y por los siglos. No os dejéis llevar de doctrinas diversas y extrañas; porque buena cosa es afirmar el corazón con la gracia, no con viandas, que nunca aprovecharon a los que se han ocupado de ellas. (13:7-9)

Creo que el llamado principal de este mensaje es para que los judíos que oyeron y confesaron el evangelio no regresen al legalismo. El nuevo pacto en Jesucristo tiene normas, normas muy altas, pero no requiere ceremonias, rituales, días santos ni formalidades. Sus normas son internas, no externas.

Tal como nuestros pastores, los cuales nos hablaron la palabra de Dios, y tal como Jesucristo es el mismo ayer, y hoy, y por los siglos, así debemos ser en nuestra doctrina y práctica. No debemos dejarnos llevar de doctrinas diversas y extrañas. Una de las maneras más sutiles que tiene Satanás de acercarse al cristiano es alejarlo de la sana doctrina, atraparlo en creencias sin fundamentos, inciertas y cambiantes. La mala doctrina da como resultado la mala vida.

PUREZA DE LA DOCTRINA

Una de las cosas más tristes del mundo es que un cristiano se vea arrastrado a una doctrina falsa y termine siendo ineficaz; pierda el gozo, la recompensa y el testimonio. Sin embargo, cosas como estas han ocurrido desde los primeros días de la Iglesia. Pablo estaba sorprendido de que algunos creyentes gálatas se hubieran “alejado del que [los] llamó por

la gracia de Cristo, para seguir un evangelio diferente. No que haya otro, sino que [había] algunos que [los perturbaban] y [querían] pervertir el evangelio de Cristo” (Gá. 1:6-7). A veces los falsos maestros son amables, nos caen bien y quizás hasta son sinceros. Es difícil creer que enseñarían algo falso o engañoso. Pero debemos juzgar la doctrina por la Palabra de Dios, no por la apariencia o personalidad de quien la enuncia. “Mas si aun nosotros, o un ángel del cielo, os anunciare otro evangelio diferente del que os hemos anunciado, sea anatema” (v. 8). En otras palabras, si el mismo Pablo cambiaba su enseñanza de las verdades reveladas que había estado predicando, no debían seguirlo. Ni siquiera a un ángel se le puede creer por encima de la Palabra de Dios. La idea es tan importante que Pablo la repite en el versículo siguiente: “Como antes hemos dicho, también ahora lo repito: Si alguno os predica diferente evangelio del que habéis recibido, sea anatema” (v. 9).

Estos gálatas habían comenzado en la gracia, pero habían vuelto a la ley. Habían comenzado en el Espíritu, pero ahora intentaban continuar en la carne. Los judíos, a quienes les hablaba Hebreos 13, estaban en peligro de hacer lo mismo. Las doctrinas diversas y extrañas no eran enseñanzas nuevas necesariamente. No se les pone nombre, pero es probable que, como muchas de las enseñanzas, si no la mayoría, fueran creencias tradicionales judías. Pero eran ajenas al evangelio de la gracia.

Pablo también advirtió a los ancianos efesios de este peligro. “Yo sé que después de mi partida entrarán en medio de vosotros lobos rapaces, que no perdonarán al rebaño. Y de vosotros mismos se levantarán hombres que hablen cosas perversas para arrastrar tras sí a los discípulos” (Hch. 20:29-30). El apóstol los encomendó a la Palabra de Dios, el único recurso que tenían para permanecer verdaderos a la fe (v. 32). El llamado final de la Epístola a los Romanos es este: “Os ruego, hermanos, que os fijéis en los que causan divisiones y tropiezos en contra de la doctrina que vosotros habéis aprendido, y que os apartéis de ellos” (Ro. 16:17).

Los peores falsos maestros son quienes se disfrazan de ortodoxia. Un liberal declarado, sectario o ateo puede verse fácilmente por lo que es. Los mejores obreros de Satanás son los que engañan, quienes saben que les oirán más si cubren su herejía con ideas bíblicas. “Porque éstos son falsos apóstoles, obreros fraudulentos, que se disfrazan como apóstoles de Cristo. Y no es maravilla, porque el mismo Satanás se disfraza como ángel de luz” (2 Co. 11:13-14). El blanco principal de Satanás es la Iglesia. No necesita pervertir al mundo porque ya está pervertido, ya está de su lado. Por esa razón, el Nuevo Testamento está lleno de advertencias a los cristianos para que estén atentos a las enseñanzas falsas. Satanás desea destruir el poder de la verdad en la Iglesia.

Dios sabe que la batalla más grande de su Iglesia es por la pureza de la doctrina, porque esa es la base de todo lo demás. Cada mala práctica, mala acción, mala norma de conducta, puede ser debida a una mala creencia. El resultado de que los apóstoles, profetas, evangelistas, pastores, maestros y creyentes nos unamos en la fe y maduremos en Cristo es que “ya no seamos niños fluctuantes, llevados por doquiera de todo viento de doctrina, por estratagema de hombres que para engañar emplean con astucia las artimañas del error” (Ef. 4:14). Una iglesia que no tiene una doctrina sana es inestable y vulnerable.

Una de las cosas que distingue a los hijos pequeños es la falta de discernimiento. No tienen forma de diferenciar lo que es bueno o malo para ellos. Juzgan solo por sentimientos y caprichos. Si algo parece atractivo, quizás intenten agarrarlo, aun si es una serpiente venenosa. Si algo tiene la más mínima apariencia de comida, intentarán comerlo. Dejar que un niño de tres años seleccione su propia dieta no le permitiría llegar a los cuatro años. Comería dulce o veneno hasta morir.

Lamentablemente, algunos cristianos no muestran mucho más discernimiento en el reino espiritual. Han estado tan poco expuestos a la sana doctrina, o los han alejado tanto de ella, que juzgan completamente por las apariencias y los sentimientos. En consecuencia, la Iglesia está llena de niños que se tragan casi toda enseñanza que les pongan delante de ellos, siempre y cuando no sea una herejía flagrante y el maestro afirme que es evangélico. Como cuerpo y como cristianos individuales, no podemos estar firmes en Cristo a menos que nos nutramos “con las palabras de la fe y de la buena doctrina” (1 Ti. 4:6). En tanto los creyentes sean inmaduros, la falsa doctrina es un peligro importante (cp. Ef. 4:11-16).

RECHAZO DEL LEGALISMO

Los judíos estaban acostumbrados a tener regulaciones religiosas para todo, y era difícil para ellos ajustarse a la libertad en Cristo. Para ellos era difícil aceptar la idea que Pablo expresó en 1 Corintios 8:8, que “la vianda no nos hace más aceptos ante Dios; pues ni porque comamos, seremos más, ni porque no comamos, seremos menos”. Toda su vida, habían creído y les habían enseñado que lo que comieran o dejaran de comer era importante para Dios. Incluso la forma de preparar los alimentos y comerlos era importante. Ahora les decían que las comidas nunca aprovecharon a los que se han ocupado de ellas. La espiritualidad no depende de las viandas.

Preocuparse espiritualmente por la comida no es necesario en el Nuevo Testamento. De hecho, insistir en regulaciones dietéticas por razones religiosas va en contra del evangelio. Pablo usa las palabras más duras para describir a quienes propagan esas ideas.

Pero el Espíritu dice claramente que en los postreros tiempos algunos apostatarán de la fe, escuchando a espíritus engañadores y a doctrinas de demonios; por la hipocresía de mentirosos que, teniendo cauterizada la conciencia, prohibirán casarse, y mandarán abstenerse de alimentos que Dios creó para que con acción de gracias participasen de ellos los creyentes y los que han conocido la verdad. Porque todo lo que Dios creó es bueno, y nada es de desecharse, si se toma con acción de gracias; porque por la palabra de Dios y por la oración es santificado (1 Ti. 4:1-5).

A Dios le costó trabajo convencer a Pedro de que las restricciones dietéticas y ceremoniales del judaísmo ya no eran válidas. Pedro llegó incluso a discutir con Dios cuando Él le ordenó en una visión que matara y comiera varios animales impuros. El Señor le tuvo que decir tres veces: “Lo que Dios limpió, no lo llames tú común” (Hch. 10:15). Cristo ha hecho que toda observancia externa sea inválida e inútil. “Porque el reino de Dios no es comida ni bebida, sino justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo” (Ro. 14:17). Pablo exhortó así a los colosenses: “Nadie os juzgue en comida o en bebida” (2:16). Como cristianos, nuestros corazones son afirmados solamente con la gracia.

39 Conducta cristiana: En relación con Dios (13:10-21)

Tenemos un altar, del cual no tienen derecho de comer los que sirven al tabernáculo. Porque los cuerpos de aquellos animales cuya sangre a causa del pecado es introducida en el santuario por el sumo sacerdote, son quemados fuera del campamento. Por lo cual también Jesús, para santificar al pueblo mediante su propia sangre, padeció fuera de la puerta. Salgamos, pues, a él, fuera del campamento, llevando su vituperio; porque no tenemos aquí ciudad permanente, sino que buscamos la por venir. Así que, ofrezcamos siempre a Dios, por medio de él, sacrificio de alabanza, es decir, fruto de labios que confiesen su nombre. Y de hacer bien y de la ayuda mutua no os olvidéis; porque de tales sacrificios se agrada Dios. Obedeced a vuestros pastores, y sujetaos a ellos; porque ellos velan por vuestras almas, como quienes han de dar cuenta; para que lo hagan con alegría, y no quejándose, porque esto no os es provechoso. Orad por nosotros; pues confiamos en que tenemos buena conciencia, deseando conducirnos bien en todo. Y más os ruego que lo hagáis así, para que yo os sea restituido más pronto. Y el Dios de paz que resucitó de los muertos a nuestro Señor Jesucristo, el gran pastor de las ovejas, por la sangre del pacto eterno, os haga aptos en toda obra buena para que hagáis su voluntad, haciendo él en vosotros lo que es agradable delante de él por Jesucristo; al cual sea la gloria por los siglos de los siglos. Amén. (13:10-21)

En este pasaje veo al menos cuatro cosas que Dios quiere en nuestro comportamiento y que están relacionadas directamente con Él: separación, sacrificio, sumisión y súplica.

SEPARACIÓN

Los versículos 10-14 están entre los más difíciles de la carta a los Hebreos. Están sujetos a múltiples interpretaciones y aplicaciones, y no quiero ser dogmático en las perspectivas que presento.

Tenemos un altar, del cual no tienen derecho de comer los que sirven al tabernáculo. Porque los cuerpos de aquellos animales cuya sangre a causa del pecado es introducida en el santuario por el sumo sacerdote, son quemados fuera del campamento. Por lo cual también Jesús, para santificar al pueblo mediante su propia sangre, padeció fuera de la puerta. (13:10-12)

Muchos cristianos creen que el altar mencionado aquí es literal, y que se refiere a los altares en los cuales hoy adoran los creyentes. Estos intérpretes sostienen que el derecho de comer se refiere a la Santa Cena. Pero entonces, ¿quiénes serían los que sirven al

tabernáculo, ¿quiénes no tienen derecho de comer? Y el versículo 11 habla de los cuerpos de aquellos animales cuya sangre a causa del pecado es introducida en el santuario por el sumo sacerdote. Difícilmente puede esto describir la adoración cristiana.

Algunos creen que la referencia es a un altar celestial, como el referido en Apocalipsis 6. Pero, de nuevo, ¿quiénes son los que no tienen derecho a comer allí? Y, en cualquier caso, no hay sacrificio de animales —ni se comen— en el altar celestial.

Otros creen que el altar es Cristo en sentido figurado, cuyo cuerpo debemos comer y cuya sangre debemos beber (Jn. 6:53-58). Pero aún queda la pregunta de a quién no se le permite comer y de qué pasa con los sacrificios de animales.

Creo que la mejor explicación es considerar que con tenemos el autor se refiere a sus compatriotas judíos. Esto es: “Los judíos tenemos un altar. Los sacerdotes sirven en este altar en el tabernáculo o el templo. Comúnmente, se les permite comer lo que queda de los sacrificios. Pero en el día de la expiación no tienen permitido comer de la ofrenda. Los cuerpos de los animales usados para el sacrificio se sacan del campamento y se queman”.

En esta perspectiva hay una analogía para los cristianos. Como el sacerdote de antiguo no podía tener parte en los pecados del pueblo, así también el creyente debería estar afuera de los pecados del mundo, pues ya no es parte de su sistema, normas y prácticas. Es eso lo que hizo Jesús, descrito de manera suprema en la crucifixión, que ocurrió a las afueras de la ciudad. Por lo cual también Jesús, para santificar al pueblo mediante su propia sangre, padeció fuera de la puerta. No creo que la analogía pueda llevarse más allá. Tan solo es una imagen de los cristianos siguiendo a su Señor y separándose del pecado. Como nuestro Señor fue crucificado a las afueras de Jerusalén, así también nosotros debemos estar espiritualmente a las afueras del pueblo pecador.

Salgamos, pues, a él, fuera del campamento, llevando su vituperio. (13:13)

El punto práctico es que como cristianos debemos estar dispuestos a salirnos del sistema, a cargar con el vituperio y la vergüenza que cargaron Cristo y el sacrificio por el pecado, a vivir el rechazo de los hombres. Esa fue la actitud de Moisés con el mundo. Tuvo “por mayores riquezas el vituperio de Cristo que los tesoros de los egipcios” (He. 11:26).

Pablo tuvo mucho que decir acerca de la separación. “No os unáis en yugo desigual con los incrédulos; porque ¿qué compañerismo tiene la justicia con la injusticia? ¿Y qué comunión la luz con las tinieblas? ¿Y qué concordia Cristo con Belial? ¿O qué parte el

creyente con el incrédulo?” (2 Co. 6:14-15). Los cristianos no tienen nada en común con el sistema del mundo y deben separarse de este (cp. 2 Ti. 2:4).

Después del incidente con el becerro de oro en el desierto y antes de la edificación del tabernáculo, Moisés armó una tienda fuera del campamento, “Y Moisés tomó el tabernáculo, y lo levantó lejos, fuera del campamento, y lo llamó el ‘Tabernáculo de Reunión’. Y cualquiera que buscaba a Jehová, salía al tabernáculo de reunión que estaba fuera del campamento”. (Éx. 33:7). Cuando Moisés entraba a la Tienda, “la columna de nube descendía y tapaba la entrada, mientras el Señor hablaba con Moisés” (v. 9). Quienes querían acercarse a Dios tenían que salir del campamento, porque Israel en su mayor parte, alineándose con el sistema del mundo, había rechazado a Dios.

Sin importar si la analogía es del sacrificio del Antiguo Testamento que se hacía fuera del campamento, de Cristo padeciendo la crucifixión en las afueras de Jerusalén, o de la tienda de reunión a distancia del campamento, el punto básico parece ser el de la separación.

Para los judíos a quienes estaba dirigido Hebreos, la separación del sistema del mundo significaba la separación del judaísmo. Dios, por así decirlo, ya no estaba en el campamento del judaísmo. Cualquiera que hubiera sido la importancia y significado del antiguo pacto, las ceremonias tradicionales, las regulaciones y las normas del judaísmo, ahora estaban invalidados. Dios hace ahora su pacto completamente fuera del campamento del judaísmo. Al momento en que Jesús murió en la cruz, el velo del templo se rasgó en dos; con ello el altar, los sacrificios y los rituales dejaron de ser parte del programa divino. Ahora eran parte del sistema del mundo, parte de las religiones humanas, los caminos humanos y la labor humana. Dios los dejó de lado y se volvieron tan paganos como los sacrificios en los templos de Baal o Diana. El cristiano judío no tiene más derecho para aferrarse al judaísmo del que tiene un gentil cristiano para adorar a Júpiter.

La separación del sistema no significa separación de los incrédulos en el sentido de no tener nunca contacto con ellos. Tampoco significa que intentemos escapar del mundo volviéndonos monásticos. En lo que a la separación concierne, el mundo es una actitud, una orientación, no un lugar. En tanto estemos en la carne, llevaremos algo del mundo dondequiera que vayamos. Paradójicamente, una actitud del estilo “soy más santo que tú” es la esencia de la mundanidad, porque está centrada en el orgullo. Y es de estas actitudes y hábitos mundanos que debemos separarnos. Y podemos participar en muchas cosas del mundo tan fácilmente con cristianos como con no cristianos.

Jesús describió nuestra relación apropiada con el mundo en la oración sacerdotal. “No ruego que los quites del mundo, sino que los guardes del mal. No son del mundo, como tampoco yo soy del mundo. Santifícalos en tu verdad; tu palabra es verdad. Como tú me enviaste al mundo, así yo los he enviado al mundo” (Jn. 17:15-18). Dios nos envía al mundo físico, el mundo donde viven las personas. De lo que debemos separarnos es del sistema del mundo, de la forma en que las personas del mundo viven (cp. 1 Jn. 2:15-17).

Usted no tiene que participar activamente en el sistema para ser parte de este. Querer hacer las cosas del mundo es tan mundano como hacerlas. Querer las cosas del mundo es tener su corazón en el mundo, sin importar dónde esté su cuerpo. Si está sentado en la iglesia pensando qué impresión está causando en los otros adoradores, en ese momento y esa medida usted está en el mundo; no importa cuán espiritual pueda ser el servicio de adoración.

La separación verdadera es costosa. “Todos los que quieren vivir piadosamente en Cristo Jesús padecerán persecución” (2 Ti. 3:12). La razón por la cual no hay más cristianos perseguidos es porque muy pocos son verdaderamente piadosos y viven afuera del campamento del mundo. Pablo escribió así, refiriéndose sarcásticamente a algunos creyentes corintios mundanos: “Nosotros somos insensatos por amor de Cristo, mas vosotros prudentes en Cristo; nosotros débiles, mas vosotros fuertes; vosotros honorables, mas nosotros despreciados. Hasta esta hora padecemos hambre, tenemos sed, estamos desnudos, somos abofeteados, y no tenemos morada fija” (1 Co. 4:10-11). Es fácil ser distinguido a los ojos del mundo si comprometemos la vida piadosa. Pablo prefirió tener hambre, estar mal vestido y ser maltratado con Cristo, a ser distinguido y estar en buena posición con el mundo.

SACRIFICIO

Así que, ofrezcamos siempre a Dios, por medio de él, sacrificio de alabanza, es decir, fruto de labios que confiesen su nombre. Y de hacer bien y de la ayuda mutua no os olvidéis; porque de tales sacrificios se agrada Dios. (13:15-16)

El sacrificio era extremadamente importante para el judío. Era la provisión divina para limpiar el pecado bajo el antiguo pacto. Sin duda, muchos cristianos judíos se preguntaban si Dios requeriría algún tipo de sacrificio bajo el nuevo pacto. Sabían que Cristo había ofrecido el único sacrificio por el pecado. Pero estaban acostumbrados a muchos tipos de sacrificios y quizás Dios exigiera todavía alguna ofrenda, algún sacrificio, incluso de los cristianos.

Sí, el autor les dice que sí lo exige. Exige un sacrificio de alabanza y de buenas obras en su nombre. Exige un sacrificio no en la forma de un rito o ceremonia, sino de palabra y obra: con nuestra alabanza a Él y nuestro servicio a otros.

EN PALABRA

Dios ya no quiere sacrificios de granos o animales. Solamente quiere sacrificio de alabanza, es decir, fruto de labios que confiesen su nombre. Los salmistas conocían bien este tipo de sacrificio. Si sus escritos pudieran caracterizarse con una sola palabra, sería alabanza. “Alabaré a Jehová conforme a su justicia, Y cantaré al nombre de Jehová el Altísimo”. (Sal. 7:17). “¿Por qué te abates, oh alma mía, y por qué te turbas dentro de mí? Espera en Dios; porque aún he de alabarle, Salvación mía y Dios mío” (43:5). “Te alabaré, Señor, entre los pueblos; te cantaré salmos entre las naciones” (108:3). Los últimos cinco salmos comienzan todos con “*¡Alabado sea el Señor!*”, que en hebreo es *alehuya*. El sacrificio que Dios desea es el clamor de nuestros labios en alabanza a Él.

El sacrificio de alabanza del cristiano debe ofrecerse siempre. No es una ofrenda porque las cosas salen bien, sino para toda circunstancia. “Dad gracias en todo, porque esta es la voluntad de Dios para con vosotros en Cristo Jesús” (1 Ts. 5:18).

EN OBRA

Juan nos advierte que “el que no ama a su hermano a quien ha visto, ¿cómo puede amar a Dios a quien no ha visto?” (1 Jn. 4:20). En otras palabras, si nuestra alabanza a Dios no está acompañada de hacer bien y de la ayuda mutua, entonces no es aceptable para Él. La adoración requiere acción que honre a Dios.

Isaías hizo una advertencia similar a Israel. Cuando el pueblo le preguntó a Dios: “¿Por qué... ayunamos y no hiciste caso?”, el Señor les respondió: “¿No es más bien el ayuno que yo escogí, desatar las ligaduras de impiedad, soltar las cargas de opresión, y dejar ir libres a los quebrantados, y que rompáis todo yugo? ¿No es que partas tu pan con el hambriento, y a los pobres errantes albergues en casa; que cuando veas al desnudo, lo cubras, y no te escondas de tu hermano?” (Is. 58:3, 6-7).

La alabanza a Dios en palabra y obra son inseparables. El servicio de labios debe estar acompañado de una vida de servicio. “La religión pura y sin mácula delante de Dios el Padre es esta: Visitar a los huérfanos y a las viudas en sus tribulaciones, y guardarse sin mancha del mundo” (Stg. 1:27). El único sacrificio aceptable que podemos ofrecer a Dios con nuestras manos es hacernos bien unos a otros, compartir, servir en su nombre de

cualquier forma que podamos a las necesidades de los otros. Juan dice: “Hijitos míos, no amemos de palabra ni de lengua, sino de hecho y en verdad” (1 Jn. 3:18).

SUMISIÓN

Obedeced a vuestros pastores, y sujetaos a ellos; porque ellos velan por vuestras almas, como quienes han de dar cuenta; para que lo hagan con alegría, y no quejándose, porque esto no os es provechoso. (13:17)

La tercera norma del comportamiento cristiano para con Dios es la sumisión. La sumisión más obvia vista en este texto es la debida a los líderes eclesiales. Pero Dios lleva a cabo su gobierno terrenal, espiritual y secular a través de varios hombres. Dios usa incluso a los líderes paganos que no le reconocen a Él. “Sométase toda persona a las autoridades superiores; porque no hay autoridad sino de parte de Dios, y las que hay, por Dios han sido establecidas” (Ro. 13:1). Pero para los creyentes, el gobierno más importante de Dios proviene de hombres controlados por el Espíritu. Un día Dios gobernará toda la Tierra a través de su Hijo, el Rey de reyes, pero mientras tanto gobierna su Iglesia a través de hombres fieles. Por tanto, la sumisión a estos hombres es sumisión a Dios.

LOS LÍDERES ECLESIALES REPRESENTAN A DIOS

A los líderes de la Iglesia se les llama ancianos (presbíteros) o supervisores (obispos), los títulos son intercambiables. El Espíritu de Dios ordena estos hombres maduros para gobernar su Iglesia en la Tierra hasta que Cristo regrese.

A medida que Pablo y Bernabé viajaban, nombraban ancianos en cada iglesia que establecían (Hch. 14:23). Pablo llamó a Tito a establecer ancianos “en cada ciudad” (Tit. 1:5). Cada congregación del Nuevo Testamento tenía a hombres como estos que la gobernaban. Ellos alimentaban y guiaban el rebaño (cp. Hch. 20:28).

En muchas iglesias de hoy, la congregación gobierna a los líderes. Esta clase de gobierno es ajena al Nuevo Testamento. Los líderes de la iglesia no deben ser tiranos, pues no gobiernan para sí mismos, sino para Dios. Pero el mandato no admite salvedades: Obedeced a vuestros pastores, y sujetaos a ellos. Bajo Dios y con mansedumbre y humildad, estos hombres tienen el derecho de determinar la dirección de la iglesia, de presidirla, de enseñar la Palabra en ella, de reprobado, reprender y exhortar (Tito 2:15). Deben apacentar “la grey de Dios que está entre [ellos], cuidando de ella, no por fuerza, sino voluntariamente; no por ganancia deshonesto, sino con ánimo pronto; no como teniendo señorío sobre los que están a [su] cuidado, sino siendo ejemplos de la grey” (1

P. 5:2-3). Los pastores y los ancianos son siervos que sirven bajo “el Príncipe de los pastores” (v. 4).

Tal como los líderes de la iglesia deben gobernar con amor y humildad, quienes están bajo su liderazgo deben someterse en amor y humildad. “Os rogamos, hermanos, que reconozcáis a los que trabajan entre vosotros, y os presiden en el Señor, y os amonestan; y que los tengáis en mucha estima y amor por causa de su obra” (1 Ts. 5:12-13).

Jesús dijo: “El que recibe al que yo enviare, me recibe a mí; y el que me recibe a mí, recibe al que me envió” (Jn. 13:20). Cuando un hombre es nombrado para dirigir una iglesia local, nuestra sumisión y obediencia a él es equivalente a someternos y obedecer a Cristo.

Cuando no hay líderes llenos del Espíritu que gobiernen bien o personas sumisas que sigan bien, hay caos y desunión en la iglesia y se abren las puertas a toda clase de problemas espirituales.

LOS LÍDERES ECLESIALES SON RESPONSABLES ANTE DIOS

La prioridad de todo pastor, todo anciano, todo líder eclesial, es cuidar del bienestar espiritual de la congregación, porque ellos velan por nuestras almas, como quienes han de dar cuenta. Ser líder de la Iglesia de Cristo es una responsabilidad muy seria.

Pablo tenía corazón de pastor, una preocupación permanente por el bienestar espiritual de quienes estaban bajo su cuidado. Podía decir a todos sus hijos espirituales lo que dijo a los corintios: “Yo con el mayor placer gastaré lo mío, y aun yo mismo me gastaré del todo por amor de vuestras almas” (2 Co. 12:15). Juan también podía decirlo: “No tengo yo mayor gozo que este, el oír que mis hijos andan en la verdad” (3 Jn. 4). La alegría más dulce de un pastor es ver a sus feligreses caminar con el Señor y dar fruto. Del lado contrario, una de las tragedias más tristes que puede sobrevenirle a un pastor es pasar años de su vida trabajando con quienes no crecen, no responden al liderazgo espiritual y no caminan en la verdad.

PARA QUE LOS LÍDERES ECLESIALES SIRVAN CON ALEGRÍA

La afirmación para que lo hagan con alegría, y no quejándose está dirigida al pueblo, no a los líderes. En otras palabras, es responsabilidad de la iglesia ayudar a que sus líderes les sirvan con alegría y satisfacción. Una forma de hacerlo es por medio de la sumisión bien dispuesta a su autoridad. La alegría de nuestros líderes en el Señor debe ser una motivación para la sumisión. No debemos someternos de mala gana o por compulsión,

sino de buena voluntad, para que nuestros ancianos y pastores puedan experimentar alegría en su obra con nosotros.

Es un asunto serio (y muy común) que haya miembros tercos y caprichosos en las iglesias que priven a los pastores fieles de la alegría que Dios pretende darles. No someterse adecuadamente trae queja en lugar de alegría a los pastores, y en consecuencia le produce dolor y desagrado a Dios, quien los envía para ministrarnos. La palabra quejándose (*stenazontes*) quiere decir “gemido interno no expresado”. Es una queja que solo suelen conocer el pastor, su familia y Dios. Debido a que la falta de sumisión es una expresión egoísta y voluntariosa, las congregaciones rebeldes probablemente no sean conscientes ni les interesa el dolor que causan a sus pastores y a otros líderes.

Jeremías, tal vez más que cualquier otro profeta, conocía la queja que causaba el pueblo rebelde y obstinado. Le llaman el profeta llorón por una buena razón. Cuando Dios le llamó, le prometió hacerlo “como ciudad fortificada, como columna de hierro, y como muro de bronce contra toda [la] tierra, contra los reyes de Judá, sus príncipes, sus sacerdotes, y el pueblo de la tierra”. Y le dijo: “Pelearán contra ti, pero no te vencerán; porque yo estoy contigo... para librarte” (Jer. 1:18-19). Todos estos opositores juntos no pudieron silenciar a Jeremías ni frustrar su ministerio, porque Dios siempre estaba con él. Pero ni siquiera Dios pudo evitar que rompieran el corazón del profeta: “¡Oh, si mi cabeza se hiciese aguas, y mis ojos fuentes de lágrimas, para que llore día y noche los muertos de la hija de mi pueblo!” (9:1). Murieron por su maldad y rebelión, porque “todos ellos [eran] adúlteros, congregación de prevaricadores. Hicieron que su lengua lanzara mentira como un arco, y no se fortalecieron para la verdad en la tierra; porque de mal en mal procedieron” (9:2-3). Jeremías pasó toda su vida en angustia por causa del pueblo obstinado y pecador sobre el cual le había dado Dios liderazgo espiritual.

Ni siquiera el Hijo de Dios se libró de esta queja. Satanás no pudo conquistarlo y los escribas y fariseos no pudieron confundirlo, pero el pueblo le produjo queja. La dureza de sus corazones y el rechazo le hicieron exclamar: “¡Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas, y apedreas a los que te son enviados! ¡Cuántas veces quise juntar a tus hijos, como la gallina a sus polluelos debajo de sus alas, y no quisiste!” (Lc. 13:34).

La mayoría de los creyentes corintios se preocupaba muy poco por la autoridad y los sentimientos de Pablo, a pesar de sus exhortaciones y reprensiones directas. No se puede decir cuántas lágrimas le causaron.

Pero hay otro tipo de respuesta: la que agrada a Dios y a los líderes. El apóstol pudo decir a los cristianos de Filipos esto: “Doy gracias a mi Dios siempre que me acuerdo de vosotros, siempre en todas mis oraciones rogando con gozo por todos vosotros” (Fil. 1:3-4). La razón no es que fueran un grupo inherentemente más agradable que los corintios (aunque tal vez sí lo fueran), sino que se aferraban a la sana doctrina y se sujetaban a sus líderes. La carta a los filipenses no refleja problemas doctrinales ni de rebeldía. La riña entre Evodia y Síntique es el único problema que se menciona. El sufrimiento de Pablo mientras les servía no lo provocaron ellos, sino sus críticos afuera de la iglesia. Esa clase de sufrimiento tan solo añadía a su alegría. “Y aunque sea derramado en libación sobre el sacrificio y servicio de vuestra fe, me gozo y regocijo con todos vosotros. Y asimismo gozaos y regocijaos también vosotros conmigo” (2:17-18).

La iglesia de Tesalónica también le produjo gran alegría a Pablo. “Porque ¿cuál es nuestra esperanza, o gozo, o corona de que me gloríe? ¿No lo sois vosotros, delante de nuestro Señor Jesucristo, en su venida? Vosotros sois nuestra gloria y gozo” (1 Ts. 2:19-20). Pablo estaba tan agradecido por estos creyentes queridos que casi no sabía cómo expresar sus sentimientos. “Por lo cual, ¿qué acción de gracias podremos dar a Dios por vosotros, por todo el gozo con que nos gozamos a causa de vosotros delante de nuestro Dios?” (3:9). Estas dos iglesias eran la alegría del pastor.

Por supuesto, los líderes espirituales no son infalibles ni perfectos. Hay ocasiones en que se justifica el desacuerdo de un miembro de la iglesia con un pastor o anciano, incluso al acusarle de pecado. Pero las Escrituras dan direcciones claras en cuanto a cuándo y cómo debe hacerse esto: “Contra un anciano no admitas acusación sino con dos o tres testigos. A los que persisten en pecar, repréndelos delante de todos, para que los demás también teman” (1 Ti. 5:19-20).

Dios quiere que su pueblo tenga la siguiente actitud con sus pastores y ancianos: “Que reconozcáis a los que trabajan entre vosotros, y os presiden en el Señor, y os amonestan” (1 Ts. 5:12).

PORQUE NOSOTROS RECIBIMOS ALEGRÍA

La rebelión constante de la Iglesia contra los líderes y ancianos evita que sus miembros aprendan y crezcan apropiadamente. Produce esterilidad y amargura espiritual. Quien nunca da alegría nunca tendrá alegría.

Provocar a queja a nuestros líderes es tan dañino para nosotros como para ellos, y para toda la iglesia. Esto no nos es provechoso. Cuando no tenemos un espíritu obediente y amoroso, Dios se desagrada, producimos queja en nuestros líderes y nosotros también perdemos la alegría. La alegría de Pablo con los creyentes fieles siempre estaba relacionada con la alegría de ellos. “Y asimismo gozaos y regocijaos también vosotros conmigo” (Fil. 2:18). Nunca encontrará un pastor verdaderamente feliz sin una congregación feliz, o una congregación feliz sin un pastor feliz.

SÚPLICA

Orad por nosotros; pues confiamos en que tenemos buena conciencia, deseando conducirnos bien en todo. Y más os ruego que lo hagáis así, para que yo os sea restituido más pronto. (13:18-19)

Nuestra cuarta obligación con Dios es la súplica. Orar por nuestros líderes en la iglesia es servir y agradar a Dios. La oración hace que las cosas sean posibles; mueve la mano de Dios.

Al parecer, el escritor de Hebreos era un líder de la iglesia o iglesias a las cuales escribía, y les pide respaldo de oración a quienes había ministrado. Todo siervo de Cristo necesita las oraciones de los creyentes a los que sirve. Los líderes eclesiales están hechos del mismo material que aquellos a quienes sirven. Tienen pecados, debilidades, limitaciones, puntos ciegos y necesidades de todos los estilos, igual que los demás. Necesitan y merecen las oraciones del pueblo de Dios, sin las cuales no pueden ser los más eficientes en su obra (cp. Stg. 3:1).

Los líderes de Dios enfrentan tentaciones a un nivel que la mayoría de los demás creyentes no enfrenta, porque Satanás sabe que si puede socavar a los líderes, otros caerán con ellos. Si puede hacer que comprometan o debiliten su posición, que aminoren sus esfuerzos, que estén abatidos y desesperanzados, entonces le ha hecho un gran daño a la obra de Cristo.

Pablo no titubeó para pedir oración. “[Oren] por mí, a fin de que al abrir mi boca me sea dada palabra para dar a conocer con denuedo el misterio del evangelio” (Ef. 6:19). ¡Cuánta más oración necesitarán del pueblo los ministros comunes y corrientes de Dios!

ES MERECEIDA

El escritor pide oración porque confía en que tiene buena conciencia y desea conducirse bien en todo. No era egoísta o arrogante, simplemente estaba diciendo que, hasta donde él sabía, había ministrado al pueblo con fidelidad; no perfectamente, sino fielmente. No

solamente necesitaba sus oraciones; también las merecía. Tenía el derecho ante Dios de esperar que ellos oraran por él.

No solo se imaginaba o suponía que había sido fiel. Tenía buena conciencia al respecto. Incluso las personas que no son salvas tienen conciencia, un sentido interno de lo que es bueno y malo, pero está corrompida (Tito 1:15). Como cristianos, nuestras conciencias están limpias, purificadas (He 9:14). No nos hacemos infalibles u omniscientes, pero bajo la dirección del Espíritu, podemos diferenciar lo bueno de lo malo de una manera que antes no se podía. La conciencia limpia no solo nos permite decir mejor si algo es bueno o malo, sino ser sinceros al respecto, con nosotros mismos y con los demás. El escritor de Hebreos podía decir sinceramente que había servido al pueblo que tenía a su cuidado. Por tanto, tenía derecho a esperar sus oraciones.

No creo que todos se merezcan nuestras oraciones. Ciertamente, no todo aquello por lo cual alguien nos pide orar merece nuestra oración. Un hombre vino a mí una vez para pedirme oración por un ministerio que acababa de comenzar. Era un ministerio telefónico en el cual las personas llamaban, dejaban un mensaje y luego este hombre, o alguno de sus colaboradores, devolvía la llamada. Invirtió cerca de veinte mil dólares en equipos electrónicos y seis meses de tiempo suyo y de sus colaboradores. Para todo este esfuerzo, vieron que dos personas tomaron “decisiones” que “consideraron” auténticas. Le sugerí que si vendía el equipo y comenzaba a dar testimonio puerta a puerta, probablemente él y sus compañeros verían más resultados en una semana de los que habían visto en seis meses.

Si una persona nos pide oración, deberíamos querer saber si lo que nos está pidiendo merece nuestro esfuerzo. El tiempo de oración es el más precioso que tenemos, y deberíamos usarlo cuidadosamente y con sabiduría.

ES NECESARIA

El escritor no pedía oración solo porque creyera que la merecía. La necesitaba. La necesidad más urgente que tenía en mente al momento de escribir la carta era que pudiera serles restituido más pronto. Cualquiera que fuera la razón para haberlos dejado, deseaba mucho poder regresar.

Pablo tampoco pidió oración frívolamente. Cerca del final de Romanos, suplica a los creyentes así: “Os ruego, hermanos, por nuestro Señor Jesucristo y por el amor del Espíritu, que me ayudéis orando por mí a Dios, para que sea librado de los rebeldes que están en Judea, y que la ofrenda de mi servicio a los santos en Jerusalén sea acepta” (Ro.

15:30-31). Le pedía a un grupo de creyentes fieles que oraran por la liberación de un grupo de creyentes infieles.

Dios es soberano, pero la oración hace posibles cosas que, de otra forma, serían imposibles.

EL EJEMPLO DE CRISTO

En todo nuestro comportamiento —en relación con los demás, con nosotros y con Dios— Jesucristo es nuestro ejemplo supremo. Si queremos ver amor continuo, ¿dónde podemos verlo mejor que en Jesús, quien “sabiendo... que su hora había llegado para que pasase de este mundo al Padre, como había amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el fin” (Jn. 13:1)?

Si queremos aprender compasión, ¿dónde podemos aprenderla mejor que con nuestro Señor, quien lloró con María y Marta en la tumba de su hermano Lázaro (Jn. 11:35)?

Si queremos saber qué es la pureza sexual, ¿quién nos la puede mostrar mejor que Jesús, “que fue tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado” (He 4:15)?

Si queremos aprender satisfacción, ¿quién tenía más contentamiento que Jesús, que dijo?: “Mi comida es que haga la voluntad del que me envió, y que acabe su obra” (Jn. 4:34) y “Las zorras tienen guaridas, y las aves del cielo nidos; mas el Hijo del Hombre no tiene dónde recostar su cabeza” (Mt. 8:20)

Si necesitamos apreciar la firmeza, ¿quién más firme que Jesús que resistió a Satanás en el desierto (Mt. 4:1-10)?

Si queremos saber cómo separarnos del mundo, debemos oír la oración de Jesús: “No ruego que los quites del mundo, sino que los guardes del mal. No son del mundo, como tampoco yo soy del mundo” (Jn. 17:15-16).

Si queremos ver sacrificio, Jesús no solo hizo el sacrificio perfecto, Él fue el sacrificio perfecto, entregándose “a sí mismo por nosotros, ofrenda y sacrificio a Dios en olor fragante” (Ef. 5:2).

Si queremos aprender sumisión, ¿quién se ha sometido alguna vez al Padre como Jesús cuando oró en el huerto?: “Abba, Padre, todas las cosas son posibles para ti; aparta de mí esta copa; mas no lo que yo quiero, sino lo que tú” (Mr. 14:36)

Si queremos saber qué es la súplica, debemos escuchar la gran oración de Jesús por nosotros que constituye todo el capítulo 17 de Juan.

EL PODER DE DIOS

Y el Dios de paz que resucitó de los muertos a nuestro Señor Jesucristo, el gran pastor de las ovejas, por la sangre del pacto eterno, os haga aptos en toda obra buena para que hagáis su voluntad, haciendo él en vosotros lo que es agradable delante de él por Jesucristo; al cual sea la gloria por los siglos de los siglos. Amén. (13:20-21)

En realidad, estos versículos son una bendición y podrían no comentarse. Ni siquiera los propios ejemplos de Jesús, perfectos y poderosos como son, no pueden capacitarnos para seguir sus pisadas. Necesitamos más que un ejemplo. El escritor llama a Dios para hacer posible el resultado de esta verdad en las vidas de su pueblo. Intentar vivir la vida cristiana con la doctrina más pura y los mejores ejemplos, pero sin el poder directo de Dios, es construir con madera, heno y hojarasca (1 Co. 3:12). No solo necesitamos conocer la voluntad de Dios, necesitamos tener su poder. Necesitamos que el Dios de paz nos haga aptos en toda obra buena para que hagamos su voluntad.

De manera que Dios nos deja su ética y nos da el poder de seguirle, de vivir a la altura. El crecimiento y la obediencia cristianos no tienen nada que ver con nuestro poder. El crecimiento y la obediencia cristianos son por el poder de Dios, haciendo él en nosotros lo que es agradable delante de él por Jesucristo.

La mayor muestra de poder divino en la historia del universo fue la resurrección de Jesucristo, cuando Dios resucitó de los muertos a nuestro Señor Jesucristo, el gran pastor de las ovejas, por la sangre del pacto eterno. Dios es el Dios de paz, porque estableció la paz con el hombre por medio de la sangre en la cruz (Col. 1:20). Por la cruz, Dios hizo un pacto eterno (cp. Zac. 9:11; Ez.

37:26). De modo que la sangre de nuestro Señor Jesucristo es eternamente poderosa (a diferencia de los viejos sacrificios del viejo pacto) y satisfactoria para Dios, de tal manera que lo resucitó de los muertos. Son el Dios de este poder y el poder de este Dios los que permiten que quienes le aman hagan su voluntad. “No que seamos competentes por nosotros mismos para pensar algo como de nosotros mismos, sino que nuestra competencia proviene de Dios” (2 Co. 3:5).

Lo que debemos contribuir a la vida cristiana es entrega. Todo lo que debemos hacer es abrir el canal de nuestra voluntad y permitir que el poder de Dios obre en nosotros. “Y el que da semilla al que siembra, y pan al que come, proveerá y multiplicará vuestra sementera, y aumentará los frutos de vuestra justicia” (2 Co. 9:10). Podemos ocuparnos en nuestra salvación porque Dios está produciendo en nosotros “el querer como el hacer,

por su buena voluntad” (Fil. 2:12-13). Por cuanto Cristo hace la obra, merece la honra y la alabanza, al cual sea la gloria por los siglos de los siglos. Amén.

40 Breve epílogo (13:22-25)

Os ruego, hermanos, que soportéis la palabra de exhortación, pues os he escrito brevemente. Sabed que está en libertad nuestro hermano Timoteo, con el cual, si viniere pronto, iré a veros. Salud a todos vuestros pastores, y a todos los santos. Los de Italia os saludan. La gracia sea con todos vosotros. Amén. (13:22-25)

EXHORTACIÓN

El escritor caracteriza su epístola. La llama palabra de exhortación (cp. Hechos 13:15, donde se usa esta frase para referirse a un sermón). La Epístola a los Hebreos es un gran tratado predicado con pluma. Es un llamado urgente a los líderes para que se vuelvan de una única mente en la devoción al Señor Jesucristo y para satisfacción completa en el nuevo pacto. Los temas doctrinales elevados y sublimes son el fundamento de esta exhortación principal.

Luego, casi de manera apologética, alienta a los lectores a soportar lo escrito, a recibir con mente abierta y corazón cálido lo que ha dicho; en contraste con aquellos en 2 Timoteo 4:3 (a quienes Pablo describe usando el mismo verbo, *anechō*), que “no sufrirán la sana doctrina”.

El libro ha sido directo, confrontador, inflexible, algo complejo y difícil para la mente, las emociones y la voluntad. Aun así, fue escrito brevemente.

Brachus (brevemente) significa corto, o en pocas palabras. Toda la carta es más corta que Romanos o 1 Corintios, puede leerse en menos de una hora y tiene menos de diez mil palabras. Si el escritor hubiera tratado los temas grandes que explica, la carta habría sido bastante más larga. Pero es sorprendentemente corta en comparación con las verdades infinitas y eternas que contiene.

SEGUIMIENTO

Sabed que está en libertad nuestro hermano Timoteo, con el cual, si viniere pronto, iré a veros. (13:23)

Necesitaban saber que uno de los siervos escogidos por Dios, el hermano Timoteo (que debió haber sido bien conocido por ellos) estaba en libertad. Aunque el término *apoluō* (en libertad) tiene varios significados, en el Nuevo Testamento suele usarse más en relación con liberar a los prisioneros que estaban arrestados o en prisión. El detalle histórico de la prisión de Timoteo es desconocido. No nos sorprende que, como su

maestro, Pablo, estuviera en la cárcel por predicar a Jesús. Timoteo parecía estar flaqueando en su fe cuando Pablo le escribió su segunda epístola. Por tanto, en 2 Timoteo 1:6—2:12 y 3:12-14, el apóstol le anima a soportar la persecución y no temerle. Es probable que Hebreos se escribiera poco después de 2 Timoteo, y vemos que este hombre de Dios había respondido bien a la exhortación previa de Pablo.

La esperanza del escritor era que Timoteo pronto se uniera a él, y que juntos visitaran a los lectores. Aquí vemos una ilustración clara de la importancia de hacer seguimiento con el ministerio personal a los discípulos. El apóstol Pablo solía expresar el deseo de este ministerio (véase Ro. 15:28-29).

SALUDO

Saludad a todos vuestros pastores, y a todos los santos. Los de Italia os saludan. (13:24)

Los lectores ya habían recibido la exhortación de obedecer a sus líderes (v. 17) y ahora se les pedía saludarles a ellos, y a todos los santos que eran parte de la comunión en Cristo. La mención a todos los líderes respalda otras enseñanzas del Nuevo Testamento acerca de la pluralidad de ancianos (cp. Hch. 20:17-38) que dirigen al pueblo de Dios.

La frase los de Italia os saludan puede indicar que el grupo que escribió estaba en Italia o, sencillamente, que algunos cristianos italianos estaban con el escritor y enviaron saludos.

BENDICIÓN

La gracia sea con todos vosotros. (13:25)

La epístola termina con una conclusión encantadora y sencilla en la forma de una oración a Dios para que les conceda gracia a los lectores (cp. Tit. 3:15), como lo hace con todos sus hijos por medio de Aquel que puede dar la gracia: el Señor Jesucristo.

Bibliografía

Barclay, William. The Letter to the Hebrews. Philadelphia: Westminster, 1957.

Bruce, F.F. The Epistle to the Hebrews. Grand Rapids: Eerdmans, 1964.

Griffith-Thomas, W.H. Hebrews: A Devotional Commentary. Grand Rapids: Eerdmans, 1970.

Hewitt, Thomas. The Epistle to the Hebrews. Tyndale New Testament Commentaries. Grand Rapids: Eerdmans, 1975.

Hughes, Philip Edgecumbe. A Commentary on the Epistle to the Hebrews. Grand Rapids: Eerdmans, 1977.

Kent, Homer A., Jr. The Epistle to the Hebrews. Grand Rapids: Baker, 1972.

Morris, Leon. Hebrews: The Expositor's Bible Commentary, vol. 12. Edited by Frank C. Gaebelein. Grand Rapids: Zondervan, 1981.

Murray, Andrew. The Holiest of All. Old Tappan, N.J.: Revell, 1969.

Newell, William R. Hebrews: Verse by Verse. Chicago: Moody, 1947.

Pink, Arthur W. Exposition of Hebrews. Grand Rapids: Baker, 1968.

Westcott, B.F. The Epistle to the Hebrews. Grand Rapids: Eerdmans, 1977.